



3 1761 07970806 1



PURCHASED FOR THE
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

FROM THE
CANADA COUNCIL SPECIAL GRANT

FOR

LATIN AMERICAN STUDIES

NOSOTROS



NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS

ARTE · HISTORIA · FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1.º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI · ROBERTO F. GIUSTI

AÑO VIII · TOMO XV

BUENOS AIRES

SOCIEDAD COOPERATIVA LIMITADA «NOSOTROS»

1914

KRAUS REPRINT

Nendeln/Liechtenstein

1968



AP
63
N6
t. 15-16

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden



NOSOTROS

UNA VUELTA AL MUNDO

Conferencia dada en el Consejo Nacional de Mujeres el día miércoles
27 de mayo de 1914

Señoras, señores:

Vengo a cumplir un compromiso, dejándome llevar de la tentación con alguna ligereza, pero que me fué imposible eludir ante la invitación, amable e inmerecida, de las distinguidísimas señoras de esta respetable institución del Consejo Nacional de Mujeres. La obra que tan benemérita asociación realiza, quizás insuficientemente conocida del grueso público, no por ello merece menos caluroso aplauso, y me complazco en tributárselo, reconociéndole vasallaje, en este instante en que la obligación que me impuse me hace aquí comparecer.

No sé si las señoras que han creído que podría interesar el breve y fugaz relato de una vuelta al rededor del mundo, habrán acertado en sus buenas intenciones: lo dudo mucho, no tan sólo porque viajes semejantes son hoy ya muy comunes sino porque, en el reducido tiempo de una conferencia, — sobre todo, del género de la presente, que debe ser más bien una conversación familiar — difícilmente podrá lograrse transmitir algo más que el relampagueo de una impresión confusa de cinematógrafo. Trata-

ré, sin embargo, de no fatigar demasiado la atención, que adivino gentil y bondadosa, pero de la cual cuidaré de no abusar.

Sólo de paso quiero particularizar que dicho viaje no fué, desgraciadamente para mí, una plácida excursión de turista, que traza y dispone de años enteros, de modo que hace la elección con libertad de lo más pintoresco o, para su respectiva idiosincrasia, más interesante: no; por el contrario, llevaba un propósito de investigación técnica — el examen crítico del régimen de la propiedad en determinados países, — y debía estar subordinado en todo a ese objetivo, sometiendo a él mi curiosidad de *globe trotter* y dando más de una vez con la puerta en los ojos a mis aficiones de estudioso. De ahí que haya tenido que renunciar a ver muchas cosas llenas ciertamente de interés, atando mi propio querer de pies y manos al sacrificar incursiones en regiones encantadoras y cerrar los ojos ante la seducción de lugares que me retenían con fascinación estupenda. Pero el deber me imponía esa inmola-ción, y de ahí que mi itinerario no comprenda puntos que atraen por lo general y de los cuales regresan los viajeros con el alma llena de recuerdos, conservando en su visión la imagen de paisajes, de tipos, de escenas inolvidables. Vale decir, entonces, que mi relación de hoy tendrá forzosamente que carecer de ese atractivo; tampoco podría contarlo todo sin que falte un sí ni un no, y otras cosas por menudencias de-jo: pido por todo ello a la simpática concurrencia disculpe estos vacíos y mucho desconfío de que lo poco visto por mí, en los ratos que mi objeto especial me dejaba libres, pueda justificar el haber reunido hoy aquí tan selecto y numeroso auditorio.

Prescindo, dejando por contar las cosas intermedias y para abreviar detalles sobre lo más conocido, de la parte relativa a Europa: al embarcarme en Marsella en el incomodísimo vapor *Charles Roux* en dirección a Argel, me apercibí con tiempo para penetrar en el mundo misterioso del Oriente, y empaparme en el ambiente sutil de la vida árabe y musulmana, llena de poesía y de ensueños. La llegada a Argel, lejos de producir el desencanto que la realidad, siempre inferior a lo imaginado, por lo general trae consigo, me llenó de verdadera estupefacción: las cumbres nevadas del Atlas, a lo lejos, plasmaban la imagen y la hechura de una admirable decoración, con las montañas de la Kabylia y las numerosas colinas que rodean de cerca a la ciudad, mientras que

ésta, envuelta en la más lujuriosa y exuberante vegetación, daba realce, entre follaje sempiternamente verde, a sus barrios pintorescos, mostrando a la derecha los caseríos apiñados y las callejas tortuosas y en forma de escalones interminables, de la parte árabe, y a la izquierda las resplandecientes villas del Mustapha superior, con edificios suntuosos y con jardines soberbios; la bahía, por otra parte, es hermosísima y no desmerece, aun cuando en detalles difiera, ni de la majestuosa de Río Janeiro, ni de la histórica del Cuerno de Oro de Constantinopla, o de la poética de Nápoles, como tampoco de la estupenda de Sydney o de la inolvidable de la Puerta dorada de San Francisco. Argel, vista desde el mar, tiene el encanto de un clima espléndido, de una coloración azul que hace resaltar los muros blanquísimos de sus edificios, y resplandece con tan singular hermosura que justifica el dicho árabe de ser "un diamante engarzado en esmeraldas", pues la flora subtropical que la rodea envuelve a las cúpulas y minaretes, a las terrazas, a las iglesias y mezquitas, a la Cruz y a la Media Luna, en un conjunto tan armonioso que lo cristiano y lo morisco parecen herinarse para convertir aquella otrora cuna terrible de los piratas berberiscos en una de las joyas más simpáticamente deslumbrantes del mundo actual, una ciudad que lo antiguo y lo moderno a la vez abraza, y que seduce, subyuga y atrae, así que el viajero la vislumbra. Apenas desembarcado, la mezcla estupenda de vida musulmana y de cultura europea da calor y color a las cosas de modo tal que los ojos no saben qué admirar más, si los blancos burnous de los árabes majestuosos e impasibles, y el tupido velo de las mujeres emocionantes, cuyos ojos brillan, giran, penetran en el alma de quien los mira, a través de la abertura arcaica del *haik* tradicional; o, al mismo tiempo, una turba abigarrada de judíos, flacos y de típica nariz y largas guedejas, los unos, gordos y de protuberancia nasal no menos característica, los otros, ambos con sus mujeres enormemente corpulentas, sin velo éstas pero cuya fisonomía parece también contaminada por el perfume voluptuoso que todo lo invade en aquella tierra del sol, de la languidez y de la pasión; o, conjuntamente, negros, malteses, europeos de todas nacionalidades, codeándose unos a los otros, en movimiento incesante todos, produciendo una impresión de vértigo el entrecruzarse de tanto tipo diverso, vestidos con los variados colores del arco iris, representando una completa colección de las razas humanas, y todos

envueltos por el sol radiante y la atmósfera diáfana de aquel cielo seductor.

No me detendré en la sección europea de la ciudad, que los franceses han edificado con calles amplias y construcciones suntuosas: lo que más me impresionó desde el primer instante fué la parte árabe, que se ha tenido el buen gusto de dejar intacta, aun cerrandò los oídos a los reclamos de higienistas y de ediles que todo quieren reformar y modernizar: esas callejas empinadas e irregulares, tan angostas que a las veces dos personas no pueden por ellas caminar de frente; aquellos centenares y centenares de escalones que es preciso trepar para llegar a la calle de la Kasbah; los bazares que llenan las aceras y la gente que ocupa la calzada; los cafés árabes, rebosantes de parroquianos sentados con las piernas cruzadas, fumando impasibles o sorbiendo el eterno café; los vestidos flotantes de hombres y mujeres, cuyos vivacísimos ojos parecen querer atornillarse en la mirada del viajero; esa vida árabe, de ensueño y holganza, de placer, de amor, de todo cuanto la calenturienta imaginación morisca ha podido concebir: eso, eso es lo que fascina y deslumbra. Y, fuera de las callejuelas de bazares, en las otras las puertas, sempiternamente cerradas, hacen entrar en vehemente sospecha de si es mentira o verdad la existencia llena de misterios en los ponderados patios de sus casas, cerradas celosamente a la mirada profana del paseante, quien no logra ver por lo general sino muros impenetrables, sin ventanas, sin signo alguno de vida exterior, mientras que adentro cada moro tiene su harem y, de noche, suelen vislumbrarse en las azoteas, sentadas silenciosamente, varias figuras de mujeres, señoras y favoritas, domésticas o acompañantes, pero que el curioso está condenado a adivinar de lejos, sin poder de cerca contemplarlas para admirar su decantada belleza. La Kasbah, histórico palacio de los deys de los piratas argelinos, es el centro de un barrio singular: la rue de la mer Rouge, con sus ventanales salientes que apenas permiten pasar a un hombre solo entre una y otra acera, la rue Ben-Ali y tantas otras, transportan el espíritu a la época en que los moros de entonces volvían triunfantes de sus incursiones piráticas en las costas del Mediterráneo y traían consigo cautivos y cautivas, para arrojar a los unos en las húmedas mazmorras de sus torres elevadas, y repartirse las otras en los harems nunca hartos de recibir bellezas de todo tipo y origen. El laberinto de las calles del barrio morisco es tan extraordinario que se pasa

días y días recorriéndolo, viendo siempre algo nuevo, buscando a diario su camino como si aquel reducido espacio fuera más grande que esos enjambres colosales de avenidas o de travesías, que caracterizan a Londres o a Pekín. Las mezquitas, con la eterna orientación de su *mirhab* hacia la Meca; las escuelas árabes, con el maestro y los alumnos, sentados en cuclillas a su derredor, repitiendo todos a la vez en coro la lección; los cafés nocturnos, con las danzas sugerentes y lascivas de las vírgenes locas de la tribu de los Ouled Nails; todo el Argel morisco es realmente sueño de gente despierta, a la que se le representa la gloria e imagina felicidades humanas: es la visión de un mundo nuevo para el viajero de raza blanca, pero de una vida que al instante se apodera de quien penetra en su ambiente, lo envuelve y ha tentado a más de uno a convertirse en musulmán y vestir el burnous elegante, para dejarse vivir bajo aquel sol ardiente y en medio de aquella población que parece ignorar o despreciar las penas o las preocupaciones de la existencia, y que vegeta imperturbable, majestuosa, feliz, no pidiendo a la vida sino el vivir del momento presente, sin percatarse del mañana, tan grande e incommovible es su fe en Allah todopoderoso y en Mahoma, su profeta!... Tengo aun ante mis ojos, — una mañana que bajaba la típica rue du Chameau, con sus escalones resbaladizos y las puertas, herméticamente cerradas, de sus casas, — la visión de un árabe de edad madura, que salía de una de ellas envuelto en amplísimo burnous y a quien acompañaba hasta la puerta una de sus mujeres, a la cual alcancé a ver un instante anudada a su cuello, pero que se apresuró a retirarse al notar la presencia de un extraño: la curiosidad me hizo ir derecho al argelino, quien hablaba un francés algo enrevesado pero comprehensible al fin, y busqué, poniendo todos los esfuerzos de mi discreción en jugar el lance, que me permitiera echar siquiera una mirada al interior de su casa misteriosa; resistióse aquél, quien me dijo ser comerciante y parecía, por su vestimenta, hombre acomodado, pero fueron tan insistentes mis súplicas, tanto le conjuré y rogué, que consintió al fin en abrir la puerta, penetrar conmigo en un zaguán que, a poca distancia, doblaba en forma de codo y hacerme llegar a un patio: en alta voz dijo algo en su idioma y oí cerrarse con violencia, rápidamente, las celosías de la parte alta que daba sobre aquél, el cual quedó entonces tan silencioso como la calle, rodeado de elegantísimos pilares de mármol blanco, y dejando entrever habitaciones a los

cuatro costados, con tapices en el suelo y divanes a lo largo de los muros, todo lo cual producía una impresión indefinible de encanto, de vida segregada del mundo, de poesía y de tranquilidad, sólo interrumpida por el abundoso chorro, lento y continuo, que arrojaba al aire una artística fuente situada en el centro, la cual así suavemente refrescaba la atmósfera: y, al mismo tiempo, de las celosías del piso superior parecían derramarse fragantísimos olores de rosas, flores, y aromáticos perfumes; en lugar semejante, lejos del alcance de cualquier mirada indiscreta, con una luz blanda y amorosa que os está rondando los ojos, todo convida a la voluptuosidad, al goce sensual, a soñar con las huries del paraíso mahometano. . . . Creo que abusé de la bondad de mi árabe, pues demasiado pronto, para mí, me significó que la curiosidad debía estar satisfecha y que era tiempo de retirarse. Y tuve que hacerlo; pero, malgrado el tiempo transcurrido, cuando cierro los ojos y recuerdo aquel instante, paréceme oír todavía el rápido cierre de las celosías, y quien sabe — porque confieso que, teniendo a mi lado al dueño de la casa, no me atreví a mirar — si por entre los elegantes arabescos de madera de aquéllas, más de un ojo curioso contemplaría escandalizado al *roumi* que, por arte al parecer incomprendible, había logrado levantar un momento siquiera la punta misteriosa del velo tupidísimo que tan celosamente cubre al hogar musulmán!

Mientras tanto, en el barrio europeo y en el Mustapha superior, viajeros de todas nacionalidades calientan sus espaldas al sol y llenan aquellos hoteles cosmopolitas en los meses del invierno, huyendo de las nieves y de los fríos de los países del norte. El infatigable *Comité des Fêtes* se esfuerza por multiplicar las diversiones, repitiendo, en la soberbia carretera que costea la ribera del Mediterráneo y que compite dignamente con la legendaria Corniche de la Riviera, batallas de flores, corsos, y las típicas "fantasías" de los jinetes moros, Centauros verdaderos. Pero declaro que todo ello convertía mi calor en frialdad; prefería tal aspecto de la vida en la orilla opuesta de aquel mar, pues allí lo que me fascinaba era lo que, a mi grande estupefacción, parecía no interesar mayormente a los turistas elegantes: es decir, el mundo árabe con sus luces y sus sombras.

Tengo por fuerza que suprimir el recuerdo de mis excursiones en el interior de Argel, la impresión de Constantine y de su rue Nationale, de las gargantas de sus montañas entre Cabo Okas y

Kerratá, lo pintoresco del río Rhumel, y tantas y tantas otras cosas. El tiempo señalado a esta conversación no me permitiría entrar en detalles semejantes. Y de Túnez tendría que decir mucho más que de Argel, si bien la similitud de su vida árabe me permitirá concentrar en pocos rasgos el recuerdo perdurable que tengo del tiempo vivido allí.

Por otra parte, el pasado de estas regiones nos enseña que constituyeron una comarca homogénea, berberisca hasta la médula, teatro de los choques más sangrientos y continuos entre diversos pueblos, desde que los fenicios elevaron en Cartago la sede de su imperio histórico y que Roma, tras el sangriento sometimiento de Jugurtha, se apoderó de todo el país, al que ha dejado sembrado de ruinas majestuosas, revelando a través de los siglos las obras públicas admirables que por doquier señalan el paso de su civilización. La iglesia católica, a poco andar, encontró en el Africa del norte el terreno más apropiado para brillar e iluminar con su doctrina al Occidente entero, relumbrando clarísima por toda la redondez del orbe entonces conocido: Tertuliano, San Cipriano, San Agustín, para no recordar sino los más ilustres, serán siempre focos de luz eterna para el cristianismo. Después, tras de la dominación bizantina, viene la conquista musulmana y árabe, y el florecimiento de aquella estupenda cultura morisca que ha dejado en media España rastros imborrables. Más tarde, los corsarios desalmados, compuestos de renegados de todas las razas, desde los puertos africanos tienen durante siglos en continuo temblor a la cristiandad; y San Luis viene a morir en sus costas, Carlos V acude en persona a dominarlos, pero queda triunfante la raza indomable de los Barbaroja y Kheir-ed-dine. Pues bien: de todo ello se encuentra a cada paso rastros en el suelo africano, y esta involuntaria evocación de la historia, ese constante alzarse de los muertos de tantos siglos para competir con los vivos en atraer la atención del viajero, como queriendo que toda la tierra sea testigo, es uno de los aspectos más interesantes que presenta aquella región inolvidable.

Así, Túnez — fuera de su hermoso barrio europeo y de su curiosísima ciudad indígena, — tiene a sus puertas las ruinas de Cartago, llevando tras sí los corazones por el drama histórico singular de las guerras púnicas, que no logra hacer olvidar el esplendor posterior de la iglesia africana ni, hoy tampoco, los edificios

y templos que la fe robusta del cardenal Lavigerie ha hecho erigir sobre los escombros de la ciudad de Dido, de Aníbal y de Asdrubal. El recuerdo de la civilización cartaginesa, malgrado los siglos transcurridos desde que fueron arrasadas hasta las últimas piedras de las murallas de su metrópoli, ejerce una atracción extraordinaria, y se pasea el viajero por los montículos que cubren los escombros de sus palacios y sus templos rememorando el esplendor de aquella cultura, que hizo temblar a Roma misma y que arrancara a Aristóteles uno de los elogios más sinceros al reconocer que hacía más de cinco siglos que el senado cartaginés venía dando al mundo ejemplos de sabiduría y firmeza, gobernándose con aquel misterioso "consejo de los cinco", de que Venecia tomó después la idea para organizar su célebre "consejo de los diez". Roma fué cruel en su victoria: trabajo cuesta hoy, 3.000 años después, identificar las ruinas cartaginesas, reconstruir mentalmente sus templos, imaginarse sus palacios: nada, casi nada queda de aquella época.

Túnez la blanca ha ido poco a poco ahogando su recuerdo, con la vida oriental de sus souks bulliciosos, con sus mezquitas, sus koubbas y sus midhas: todo lo cual, contemplado desde las alturas del Belvedere, ese parque maravilloso que el protectorado francés ha levantado para coronar la ciudad vieja y adornar la nueva, resulta de un encanto y de una seducción únicas, abarcando la mirada aquel espacio reducido de tierra que encierra, a la vez que las ruinas más interesantes de la historia, el testimonio más curioso de la cultura musulmana y la prueba más elocuente del poder de la actual civilización europea. En las afueras de la ciudad, el palacio de El Bardo, con su escalera de los leones y sus resplandecientes salas de audiencia, representa gráficamente la esencia de la actual dinastía, cuyo bey sólo reina en el nombre pero nada gobierna, y cuya organización tiene el manto tunecino pero sostenido por la garra francesa; la decoración de la sala del trono es de un gusto característico de tapicero empresario, con sus recargos de dorados chillones y sus muebles demasiado ornamentados: uno de los beys ha puesto allí su nota personal haciendo colocar en uno de los ángulos, sobre una mesa y bajo fanal de vidrio, una gran muñeca, vistosamente alhajada, que comprara en un viaje a París. . . Pero es la parte árabe de Túnez como en Argel, lo que también atrae: desde la Puerta de Francia, que separa la sección europea de la musulmana, el barrio El-Medina, con sus souks angostos

y en cada uno de los cuales se ven sólo artesanos de un solo oficio, presenta un aspecto de vida más intenso aun que los bazares de Stamboul o los moukis del Cairo; y se retiene extrañamente en la memoria la calle Halfaouine, con su mezquita, su fuente monumental y sus cafés moriscos.

Pero, lo confieso: malgrado todo aquel encanto prefería tornar a la ley vieja, volviendo a las ruinas solitarias de Cartago y, desde lo alto de sus colinas, contemplar la maravillosa perspectiva que ha presenciado tanto drama emocionante en los 4.000 años de vida conocida que registran sus anales; la mirada se extiende por todo el golfo inmenso y silencioso, de cuyos bordes se encumbran con tal aspereza que se muestran inaccesibles, las colinas y montañas de contornos mágicos dominadas por el Bou-Kornine, dedicado a aquel terrible Baal que Salambô — en la estupenda evocación de Flaubert — contemplara durante las noches febricantes, desde la terraza de su palacio de hadas; más allá, se extienden las cumbres azuladas del Djebel Recas y del Zachouan, y la mirada se encuentra de repenté como asida con garfio invisible al posarse sobre La Goulette, el nido temible de los piratas tunecinos, donde viniera a terminar la cruzada de San Luis, y, donde, tres siglos después, Carlos V tan inútilmente penetrara: hoy aquel sitio simplemente vegeta, convertido en lugar de pescadores inofensivos y en estación estival que los judíos patrocinan, mientras que, del otro lado, la pintoresca aldea de Sidi-bou-said parece desprenderse de los flancos de la montaña, en el lugar mismo donde exhalara su último suspiro el santo rey francés. Desde aquellas alturas, salpicadas de basílicas y museos, cuarenta siglos se levantan ante la imaginación sobreexcitada para contar la leyenda terrible de sus luchas y sus glorias! Tengo aún esculpida en la memoria la tarde, llena de melancolía, en que, sentado en una de las rocas más altas, tomé de nuevo en las manos a Flaubert, evocando otra vez más el drama de Salambô, que se me representaba con todos los contornos de escenas vividas y actuales: la aridez que me rodeaba, los edificios hoy levantados allí por una piedad cristiana que parece profanar la santidad del recuerdo pagano, las ruinas que por doquier se contemplan, todo desapareció poco a poco como se deshace el humo con el viento, y mis ojos tan sólo veían las construcciones de la Cartago de la leyenda, una población multicolor llenando sus calles, las escenas todas del drama descrito por el genial novelista; y esa

curiosa trasposición de siglos y de espectáculos se apoderó de tal manera de mí, y tan tenía el pasado echadas hondas raíces en mi pecho, que no podía convencerme de la realidad y ésta era lo que me parecía ser sueño... Y bajando de allí, malgrado el tranvía prosaico que acorta las distancias, sigue el encanto dominando al más indiferente, hasta que reposa su vista en aquella curiosa fuente de la virgen, la Ain Sbia del pueblecillo de Kousbous: por fin, en veloz automóvil se recorren los pintorescos kilómetros de la Corniche que costea al golfo y permite gozar de un panorama soberbio, hasta terminar en el centro mismo del Túnez europeo.

Menester fué arrancarme al encanto de la vida tunecina y dejar aquel soberbio Tunisia Palace Hotel, tan distinto del tranquilo Hotel de la Régence argelino, para embarcarme en el *Solutno*, ya que la conquista italiana en Trípoli me impedía entonces conocer aquella región, y — después de recorrer la Sicilia, visitar las ruinas recientes de Messina y detenerme en Palermo, cuya histórica capilla bizantina vuelve a la memoria las hazañas de uno de los períodos más interesantes del pasado, — poder sólo gozar de una breve estadía en Nápoles, tornando a vagar por las ruinas de Pompeya y a ascender al Vesubio: por cierto una excursión fantástica, porque el regreso a caballo desde el cráter se efectuó de noche, hiriendo los ojos el resplandor de las luces rojizas que salían del volcán, amortiguadas apenas por la pálida claridad de la luna, y contemplando a lo lejos la poética bahía, mientras que la cuesta empinadísima, llena de lava aun tibia o de piedrecillas que rodaban con estrépito siniestro bajo las pisadas de las cabalgaduras, compartía la atención y la emoción, añadiendo a lo hermoso del espectáculo el punzante temor de un peligro posible en caso de un fácil desbarrancamiento... Y, al día siguiente, me embarcaba en el *Omrah* con dirección a Egipto.

Esta vez, sí, deploro que el tiempo no me permita ser copioso en la comunicación de mis impresiones de Port Said, ni del Cairo, ni de la excursión inolvidable al Alto Nilo, pasando la primera catarata, ni la travesía por el canal de Suez y el quemante Mar Rojo. Es imposible intentarlo en pocos minutos. Apenas podré recordar el efecto que la estatua avanzada de Lesseps, antes de llegar a Port Said, produce; atravesar ese puerto típico,

con su población levantina y cosmopolita, donde se oyen todas las lenguas, y llegar al Cairo, para descansar la mirada desde la terraza del Hotel Gran Continental y ver, como en un *film* no interrumpido, la sucesión de cuadros curiosísimos que la vida egipcia allí presenta. Vuelan los días en aquella ciudad que, en realidad, encierra varias ciudades sucesivas, desde las ruinas de la primitiva población del otro lado del río, con sus curiosos restos de antiquísimos templos; las de la ciudad cristiana, con su docena de iglesias y la fortaleza romana; la primera ciudad árabe, con su mezquita de Amr; la segunda ciudad turca, con la otra singular mezquita de Ebn Toulom; la tercera ciudad musulmana, con su universidad indígena; y la actual, en su mayor parte europea, que todavía no ha erigido monumento alguno que la caracterice, con excepción del estupendo museo, que por sí solo resume la civilización egipcia entera. No podría entrar a describir monumentos ni instituciones: apenas cabe aquí hacer memoria de una que otra escena típica de aquella existencia especialísima. Tocóme un guía curioso, que creyó debía interesarme lo que a la generalidad poco atrae: el aspecto íntimo de la vida egipcia; llevóme un día a presenciar, en una familia kopta, la hermosa ceremonia de la consagración de un recién nacido, en medio de una agrupación de hombres que rodeaban al místico jarrón *goolah*, adornado con joyas costosas, tocando casi todos una música ensordecedora de tam-tams o rompiendo furiosamente no pocos en gritos de alegría, y viéndose tres velas encendidas que representaban cada una un nombre, a fin de corresponder a la criatura el de la bujía que se extinguiera la última; otro día me hizo contemplar, en un casamiento, la procesión del Zaffet-el-Hamman, con la novia ataviada, rodeada de sus relaciones y precedida de músicos: no la dejan poner los pies en el suelo sino que la llevan en un carruaje cubierto con rico chal de cachemira y, al salir de la casa, le arrojan poéticamente pétalos de rosa en profusión, cual si quisieran que fuera con corona en la cabeza en señal de victoria: la calle está llena de banderitas y se recibe a todo el mundo sin invitación; otra vez, condújome a ver un funeral, con el cadáver envuelto en diversos paños de seda, hilo, algodón y lana: el imán recita una plegaria y los presentes dan en alta voz su testimonio sobre las condiciones del muerto, para que pueda ser mejor juzgado a su entrada en el otro mundo, y la procesión se organiza llevando el buey destinado al sacrificio, los

camellos cargados de pan, y las lloronas más adelante; otra vez me hizo asistir a la partida para el extranjero, en viaje de placer, de un egipcio rico que llevaba sus cuatro mujeres, guiadas por el infaltable eunuco, quien no las deja mirar a parte alguna: agregándome que, apenas se embarcan en un vapor europeo, cambian de trajes y de hábitos, se visten como las demás señoras y participan en la conversación con los hombres. Llévome a los bazares para hacer alarde de las industrias típicas locales, sobre todo las de bronce, bordados de oro y plata, y los trabajos en madera: vi tomar un trozo de bronce, dibujar con una pluma una serie de líneas complicadas, y con el martillo y el punzón al poco rato convertirlo en la obra de arte más perfecta; observé paños que bordaban con oro y plata, sacando a luz colores pálidos admirables; contemplé como hacen los arabescos de madera en los *mosharabieh* que tanto encantan cuando se les ve convertidos en herméticas persianas de los harems, en las ventanas a la calle. Y pasaban los días paseando conmigo largo y tendido por la ciudad, mostrándome los acarreadores de agua con sus dos vasos de bronce, que golpean uno con otro; el vendedor ambulante de sorbetes, con un vaso de cristal ornamentadísimo, y tantos otros tipos populares. Por último me llevó a presenciar el zirk, en el cual una serie de fanáticos, sentados en rueda, se hipnotizan a sí mismos recitando en coro ciertas plegarias o repitiendo frases guturales, hasta caer en convulsiones, lo que me recordó a los derviches danzantes que en otra época tuvieran oportunidad de ver en Constantinopla. Pero de todas las ceremonias a que me tocó asistir, la procesión de la Alfombra Santa, de vuelta de la Meca, fué la más suntuosa por el aparato del Nahmal, la riqueza de los acompañantes y el fervor de los espectadores. Abrevio, porque sería interminable en la descripción de detalles; pero no he podido borrar la memoria de cierta impresionante ceremonia religiosa, que fuí una noche a presenciar desde el interior de una casa egipcia, mirando a la calle por una de las ventanas: era la procesión de Hussein y Hassan, que los musulmanes celebran con fervor extraordinario; cuando llegamos a la casa, ya la calle estaba cuajada de gente y tenía un aire peculiar de fiesta: el centro se conservaba despejado; al poco andar comenzó a llegar la procesión: niños en carruaje, hileras de hombres a los costados y, en el centro, dos filas de fanáticos, desnudos hasta la cintura y con filosas cimitarras en la mano, tajeándose furiosamente unos a los otros,

se dejaban miserablemente despedazar y tenían el cuerpo chorreando sangre, que otros creyentes limpiaban con géneros blancos, entonando todos cantos guturales y monótonos; el espectáculo era terrible, pues la concurrencia se encontraba sobreexcitada por aquella especie de martirio en público, y todos se exaltaban, gritando y gesticulando, ante aquella ofrenda singular al culto musulmán; durante la hora interminable que duró el desfile, una angustia incomprensible se apoderaba del espectador cristiano, temeroso de que su presencia fuera notada por la turba y se la considerara un sacrilegio, por más que el dragomán aseguraba que no había peligro alguno...

Fuera de esos aspectos, la ciudad del Cairo, en los meses de invierno, parece cosa encantada: aquel palacio de Ghezireh, donde se dan conciertos inolvidables; los bailes en el Savoy, los tes en el Shepherds, las mil diversiones que llenan la existencia del turista, le hacen creerse en el país de las Mil y una noches: al espectáculo pintoresco de la vida indígena, en los barrios egipcios, koptos o musulmanes, se une el de la existencia elegante más fastuosa y llena de brillo; y ese mismo contraste extraordinario de resplandor y hermosura alcanza efectos intensísimos, difícilmente superados en parte alguna del mundo.

Pero lo admirable, lo estupendo en Egipto es la visita a las ruinas de sus viejas ciudades y de sus templos legendarios, desparrramados a ambos costados del Nilo, desde el Cairo hasta Wady Hafá. Tocóme realizar esa excursión en un palacio flotante, el lujoso vapor *Egypt*, con una sociedad alegre y simpática, compuesta de turistas escogidos: durante varias semanas recorrimos el río, parándonos en los lugares apropiados para bajar y trasladarnos, en los conocidos burritos, hasta donde se encuentran las ruinas; en la noche que precedía a cada visita un técnico nos daba a bordo una conferencia, con proyecciones luminosas, sobre lo que íbamos a ver al día siguiente, y, además, cada viajero se había munido de una copiosa biblioteca de libros sobre la materia, de manera que la conversación, entre damas y caballeros, versaba casi íntegra sobre los maravillosos sucesos de la historia egipcia, discutiendo el valor arqueológico de templos, sepulcros y palacios, el significado de los mitos, los mil incidentes de aquella sugerente civilización. No era así vida desaprovechada la nuestra, pues, al poco andar, estimulados los unos por los otros, nos encontrábamos familiarizados hasta con los detalles más recónditos de jeroglíficos,

esculturas, y altos y bajos relieves. Como forzosamente había que trabar intimidad con los compañeros de mesa, por la duración misma del viaje, — ya que conservamos siempre la colocación que se nos diera en el comedor desde un principio, — felicítame de que mi buena suerte me colocara con una distinguida y respetable familia canadiense, la de Andrews, y que a mi lado se sentara una encantadora señorita, hija de aquéllos, la cual resultó tan entusiasta por lo que visitábamos, que me confesó se había venido preparando con lecturas detenidas, desde meses atrás, para saborear mejor el placer de la excursión. Miss Andrews había leído cuanto se había escrito sobre el particular y tenía en la punta de los dedos las obras arqueológicas de Maspero, Walls Budge y Weigall; conocía la historia de Egipto en sus más recónditos detalles, lo referente a su religión, a su magia, y discutía sobre el libro de los muertos, sobre los papiros de Azhai, de Nu, de la reina Netchemet, sobre el cielo y el infierno egipcios, sobre momias y sarcófagos, hasta el punto de que, para no andar corrido y avergonzado, me obligó a una tarea terrible de hartarme de libros y libros, a fin de reparar la flaqueza de mis conocimientos y con ella adelantar con réplicas el argumento y dar solución a las dificultades, — pues tuve que convertirme forzosamente en su constante acompañante al recorrer templos y sepulcros, — para hacer siquiera algunas breves glosas o comentarios sobre los mitos de los bajos y altos relieves. Sería muy ingrato si no reconociese el beneficio recibido de tan eximia compañera de viaje: fué para mí de gran substancia y provecho aquel curso completo e interesantísimo de arqueología, tanto más que nuestro dragomán — el inolvidable Raschid Monthani — intrigado por aquella preparación especial, concluyó por colocarse cerca de nosotros al dar sus explicaciones a medida que recorríamos las ruinas, y se entretenía en discutir después, en terceto, los más arduos problemas con que sacan a uno de sus casillas las antigüedades egipcias. Porque es un espectáculo curiosísimo el ver a un grupo numeroso de turistas, compuesto de gente de todos los matices intelectuales, ir corriendo atropellada y alegremente, como chicos, en burritos por las arenas del desierto, para arribar a cada una de las ruinas, bajar sin detenerse y dedicarse a la tarea de considerar con atención todo y oír con diligencia las descripciones del guía que nos conducía, pero el cual, dado lo que había de ver, no podía tomar largo tiempo para cada cosa: era menester, por lo tanto, tener los ojos

bien abiertos y la mente muy despierta para que nada dejara bur-
lados a tales excursionistas y para mirar precisamente lo que
era digno de verse entre la cantidad enorme de objetos que recla-
man la atención por todas partes. Y así corrimos con la vista por
todas las cosas, estudiándolas, especialmente las ruinas del templo
de Denderah, dedicado a la Venus egipcia, aquella sugerente
Hathor, tan íntimamente ligada a la historia trágica de Cleopa-
tra; en Luxor, el gran templo de Karnak y los restos de la otrora
opulenta Tebas fueron poderoso imán y atractivo de día y de no-
che; y no podría pasármeme entre renglones la visita a las tumbas
reales de Dehr-el-Barhi, aquel tremendo coloso de Ramses y los
sepulcros de Sethos, Amenophis, los diversos Ramses y tantos
otros de aquellos reyes que en su tiempo parecían no haber en
el mundo con el ruido de sus hazañas y el brillo de sus cortes; el
Rameseum, aquel templo soberbio, el de Deir-el-Medinah, el de
Medinat-Habu, lleva en volandillas el espíritu a los días gloriosos
de Ramses III y del gran Thotmes; más adelante, el sugerente
templo de Esna, después el de Komombo; y, en Assuam, aquella
isla estupenda de Elefantina y la hoy sumergida Philae, por en-
tre los techos de cuyos templos y palacios navegamos en botes...
Un volumen requeriría transcribir sólo las notas y apuntes, tra-
zados febrilmente en dichas ruinas, cuya majestad seduce
tanto más cuanto más preparado se halle el ánimo para verlas con
los ojos del pasado. Traigo siempre en la memoria una noche de
luna pasada en Luxor recorriendo las ruinas de Karnak, desde
su interminable serie de esfinges colosales a ambos lados de la
avenida que conduce a la entrada, hasta las elevadísimas columnas
llenas de bajos relieves de arriba abajo, en sus recintos más re-
cónditos: el efecto que producía aquel espectáculo era mágico,
incitando a un recogimiento íntimo, mientras la imaginación cal-
enturienta se representaba los reinados esplendorosos de Ever-
getes, de Amenophis, de Ramses, hasta los últimos Ptolomeos;
en el Karnak del tiempo de Thotmes, el de la reina Hatshepsut, el
templo de Mut, el de Amén, parecía como si despertaran y vol-
vieran en sí los espíritus vitales que otrora lo animaron, y se
veían mentalmente los claustros hechos un hormiguero de gentes
y las procesiones de los fieles, con los sacerdotes a la cabeza, re-
cobraban su antigua firmeza y gallardía, y se oía su cántico de
breves compases al pasar por el hermosísimo pilón de entrada,
hasta llegar al patio de las místicas columnas, donde centenares

de éstas se diría subían a los asistentes a la cumbre de la gloria al elevarse hasta techos que a la vista se confundían con el firmamento: allí los obeliscos estaban recubiertos de *tcham*, mezcla portentosa de oro y plata, y en uno de los santuarios enviaba rayos de sí la fatídica tabla de antepasados... La historia entera egipcia parece allí responder con un golpe de luz al que la descubre, porque aquellas ruinas fueron objeto de sucesivas fábricas suntuosas, levantadas por los diversos monarcas y, por los jeroglíficos y altos relieves, puede precisarse el ensanche sucesivo del templo colosal, enorme ya bajo el tercer Thotmes, unos 2.000 años antes de nuestra era, mayor aún bajo Amenophis III, aumentado al siglo siguiente por Ramses II, hasta que los Ptolomeos dieron fin a la famosísima obra. Y cuando más nos había llevado a lo hondo la involuntaria y silenciosa evocación del pasado, asemejando nuestras figuras a hormigas al pie de las elevadas columnas, — estando un instante sosegados en uno de los patios interiores, al que restituían fantásticamente su antigua forma y vida los rayos de la luna, la cual daba a porfía contornos maravillosos a todos los trozos de estatuas, de columnas y de altares, — me sentí como violentamente arrastrado a la prosaica realidad por una involuntaria e indignada exclamación de miss Andrews: era que, por una inconcebible profanación de aquel lugar sagrado, varias parejas de nuestros compañeros de viaje, al sonido de una orquesta improvisada, se lanzaban a bailar el tango, esa peste danzante que parece haber invadido al mundo *chic* contemporáneo en el presente cuarto de hora! Aquel verdadero sacrilegio echó por el suelo el encantamiento de la evocación anterior, y no fué ya posible restituir a su lugar el hilo del recuerdo: creo que hasta maldije interiormente a músicos y danzantes por haber elegido cabalmente aquel sitio, en aquella hora, para acto semejante...

Y eso que no eran las diversiones las que faltaban, pues andábamos todos embelesados en fiestas y regocijos: se danzaba a bordo cada noche, después de la conferencia explicativa; a nuestra llegada a Luxor y Assouam, en sus grandes y soberbios hoteles modernísimos nos esperaban con bailes y saraos, de modo que el elemento joven realmente no podía quejarse, desde que constantemente alargaba la rienda al placer. Recuerdo aún que, en la noche de San Silvestre, en el hermosísimo salón del Winter Palace Hotel de Luxor, reprochaba yo amistosamente aquella profana-

ción, por mala y torcida, a una simpatiquísima norteamericana, también compañera de viaje y quien había sido una de las que en el templo bailaron el tango: y miss Reed,—un tipo yankee “saucy”, según la intraducible expresión — por toda respuesta me llamó con las manos a valsar, obligándome a no parar hasta que la orquesta se fatigó de repetir dos y más veces el zarandeado y voluptuoso vals del “Conde de Luxemburgo”, mientras la concurrencia nos hacía rueda dejándonos en el centro como única pareja... Más me valiera no haber accedido tan fácilmente, pues muy presente tengo aún la estupefacción de mi excelente amigo, el ingeniero Chapeaurouge — el cual, por lo típico de su fisonomía artística y la clásica melena, a cuyo sacrificio siempre se ha resistido, era considerado por los compañeros del *Egypt* como algún concertista famoso, un Paderewski que viajara de incógnito — quien, al verme así quemar incienso a lo que antes había criticado, me lanzó con la mirada un mudo y elocuente *tu quoque!* Confieso ingenuamente que tenía razón, pero por lo menos el incidente me confirmó en la opinión de que no hay, en realidad, nadie que ame tanto el baile como la mujer de raza inglesa: pero persisto con mayor obstinación todavía en que fué un verdadero refinamiento de crueldad el entregarse a ese placer en el recinto secular de Karnak.

Los bazares indígenas en todos los puntos visitados, sobre todo en Assiout, Luxor y Assouam, están llenos de interés, y se pone en salvo el viajero cargado de telas, de objetos, de recuerdos. En Assouam organizóse una expedición al desierto en camello: debíamos visitar una tribu sudanesa de Besharins, acampados en un oasis; y esa experiencia de las horas interminables, bajo aquel sol de plomo y en medio de un arenal, cuyo color de oro no por eso lo hacía más simpático, no podrá borrarne el recuerdo del trote desconcertador del dromedario, que me arrojaba sin piedad de derecha a izquierda, izado yo sobre su alta giba, sin estribos y sin tener como conservar el equilibrio, todo lo cual me producía una impresión parecida a la del mareo en pleno temporal... Renuncio a hablar de Wady Hafa, de las ruinas del templo de Abu Simel, y de tantas otras maravillas de aquel viaje magnífico, aun a trueque de negar mi propia voluntad, pero el tiempo vuela como en posta y temo que la atención del auditorio pierda a su vez los estribos de la paciencia...

Todo en este mundo llega a su medida y período: al cabo de cierto tiempo, embarcado de nuevo en el vapor *Dalmatia* con rumbo a Palestina, no podía resignarme a tener que dejar el Egipto. La llegada a la rada abierta de Jaffa, en un día de temporal, sin poder echar áncoras, y siendo menester desembarcar porque era aquel el puerto forzoso y único para Jerusalem, volvíome a la realidad, y jamás podré sepultar en olvido a una compañera de viaje, miss Johnson, — inglesa, de edad indefinible, enérgica, masculina, pero excelente e instruidísima, — la cual iba delante mío cuando pasamos al bote: “pasamos” es un eufemismo, porque el mar agitado no permitía a la chalana arrimarse, sino que las olas la traían cerca del costado del vapor y la retiraban en seguida, de modo que dos marineros de a bordo, en una planchada saliente, desde la cubierta agarraban al pasajero acongojado en el preciso momento de acercarse la chalupa y lo arrojaban de arriba abajo a la embarcación, donde lo recogían en sus brazos dos fornidos boteros y lo depositaban, medio muerto o mareado, en el fondo de la misma; pues bien, miss Johnson — que usaba monóculo — al ser lanzada por los marineros, quiso quizá arreglar pudorosamente su pollera y aquel movimiento no calculado hizo que los vestidos se engancharan en un garfio y éste la tuvo suspendida en el aire, mientras las olas retiraban involuntariamente el bote: quedamos todos atónitos y dimos un grito de angustia al ver a la inglesa entre el cielo y el agua, pero serenó aquella perturbación el observar que, malgrado lo terrible y poco comfortable de la posición y los desesperados movimientos de piernas y brazos, aquella había recogido con admirable sangre fría el monóculo que pendía del cordón y, con flema británica, lo acomodaba nuevamente a su ojo. . . En tierra, después de reparar nuestras fuerzas en el Hotel, tomamos el tren para Jerusalem.

¿Qué podré decir, en breves instantes, sobre mi peregrinación a Tierra Santa? Porque debo encarcelar mi voluntad, desde que el escaso tiempo disponible me prohíbe soltar la lengua. ¿Cómo, en efecto, describir mi estadía emocionante en Jerusalem, con la diaria visita al Santo Sepulcro, andar por las calles de las estaciones del Calvario, y visitar desde el templo de Salomón hasta aquella curiosísima muralla del llanto que los judíos, todos los viernes, van a regar con sus lágrimas por la pérdida de la ciudad santa, por más que el llorar mucho a los muertos siempre arguye poca fe? Y de allí, las repetidas excursiones al jardín de los Oli-

vos, y a Bethlehem; después a Jericó, para recorrer el río Jordán y el Mar Muerto; más adelante atravesar la Palestina entera de sur a norte, parando en Nablus, en Djenin, llegar por fin a Nazareth, y, por último, en Haifa tomar de nuevo el vapor, en ruta para la India... Imposible es quererlo contar a lo largo, ni siquiera en forma de relación escueta, por más que todo ello esté, para un católico, lleno de los recuerdos más augustos, siguiendo por todas partes la historia de Jesús, asistiendo a su nacimiento en Bethlehem, viviendo su vida en Nazareth, acompañándole a orillas del Jordán, parando con él en la posada del Buen Samaritano, y hallándose con él en su terrible *Via Crucis* de Jerusalén: en una palabra, pisándole por doquier la sombra.

En aquella ciudad singularísima, — donde las principales naciones del orbe tienen barrios, asilos, iglesias y, armando querellas entre sí, se disputan vigorosamente su zona de influencia bajo la impasible vigilancia del *vali* turco, — todo es contraste, embustes y engaños, y todo intriga por las tramoyas que inventa la malicia. Del Grand New Hotel, en la puerta de Jaffa, salía al amanecer y jamás me fatigaba de recorrer las calles tortuosas y empinadas, llenas de barro, cuajadas de gentes y de animales, formando un dédalo complicado, pero en el cual, para que me enseñase por donde había de caminar, dirigía a diario mis pasos a una nueva visita al Santo Sepulcro. Es este un conjunto extraño de edificios superpuestos, cuya propiedad pertenece por fracciones a latinos, griegos, armenios y koptos, cuidando con cristiano celo cada uno de ataviar lo suyo con el lujo más deslumbrante, desvelándose en el adorno y policía de su respectiva iglesia, pero dejan venirse abajo la parte indivisa, la cúpula, llena de rajaduras y goteras, amenazando abatir todo por tierra; a la entrada está un piquete de soldados turcos, que son guardas de vista para que de noche y de día velen por el orden: tranquilamente fuman o juegan en el interior del templo, y un imán dice con el mayor fervor las plegarias musulmanas, que se confunden con las oraciones de las comunidades cristianas, las cuales celebran a la vez el oficio diario en todas las lenguas y en todos los altares, suplicando a Dios con lágrimas y clamores en capillas colindantes, pero mirándose de reojo los fieles de una a la otra; y he visto, con angustia y pena, en un día de festividad religiosa, a los soldados turcos, armados de fusil, impedir que los cristianos se fueran a las manos, distribuyendo con indiferencia

culatazos a diestra y siniestra, mientras se oían los clamores de unos y otros... De la piedra en que fué lavado y embalsamado el cuerpo de Jesucristo, y que se halla a la entrada, se atina con la huella de una serie interminable de capillas: la de la aparición de Cristo resucitado a la Virgen, la de la columna de la flagelación, la de la prisión, la del repartimiento de la túnica, hasta llegar a la pequeña eminencia tradicionalmente conocida por el Calvario, con dos capillas, la del lugar de la crucifixión y la de la erección de la cruz; en esta última hay una hendidura en la roca, por donde entré de rondón la mano, ante la vigilancia celosa del pope griego que cuida ese rincón, y me miró de tal manera, que ignoro si temió qué quisiera yo alzarme con la roca misma... A poca distancia, debajo del centro de la cúpula, se encuentra la santa tumba, recubierta de un templete de mármol, con un vestíbulo que contiene parte de la piedra que cubrió originariamente al sepulcro: hay que inclinarse, doblegándose mucho, para pasar por la abertura siguiente y penetrar — desvelándose a la vez involuntariamente en la meditación de la Santa Escritura — en el recinto sagrado de la tumba, oculta bajo una ménsula de mármol, e iluminada de día y de noche por lámparas riquísimas y de todos los colores. La impresión que experimenta el más indiferente al arrodillarse en aquel recinto es indescriptible, pues ve aquélla tumba por sus propios ojos y la toca con sus manos: y es esto aun más conmovedor, porque se diría lo desmenuza por la grandeza del dolor, si se asiste a la misa católica de la madrugada — a la cual llegué cuando la mañana esclarecía — pues como todos los cultos cristianos se dividen el honor de officiar allí, cada uno tiene una hora asignada. Alrededor del sepulcro se advierte una serie de capillas griegas, armenias y koptas, en las cuales se celebra al mismo tiempo con pompa el culto religioso, y ese simultáneo pregonar himnos a Dios en diversas lenguas y con diferentes rituales, confundiéndose las voces de unos y otros, es un espectáculo único, que no me cansaba de presenciar y observar. Pero todo Jerusalén está en condición análoga respecto a la multiplicidad de instituciones, conventos e iglesias de todos los cultos cristianos, y al antagonismo de los fieles de las diversas comunidades entre sí: cada nación facilita en esto lo imposible, porque hace de ello cuestión de política; Francia antes ejercía la supremacía del protectorado latino, pero hoy la república librepensadora ha renunciado a esa hegemonía, que las otras

naciones se disputan con empeño; Rusia tiene propio un barrio entero, y celosamente representa los intereses de la iglesia ortodoxa; Alemania misma — por acto político del actual emperador, — ha levantado suntuosos templos y edificios para sus súbditos católicos y protestantes; en una palabra, bajo el manto religioso cada potencia litiga por una influencia política tangible, con los ojos fijos en la siempre anunciada desmembración del imperio turco: falaz noticia que corre periódicamente por todas las regiones sin estorbo...

Los musulmanes, por su parte, han erigido sobre las ruinas del templo de Salomón la soberbia mezquita de Omar, situada en uno de los extremos de la ciudad y de donde se goza de un magnífico panorama: ese templo es una maravilla de arte y de riqueza, puesto que Jerusalén es ciudad santa para Mahoma y sus fieles, quienes han querido fabricar allí un santuario que supere, llevando la palma, a todos los de los demás cultos por su conjunto de majestad y por los detalles de belleza y lujo deslumbrantes, pues excede todo cuanto se puede imaginar y decir. En el interior de la mezquita, las columnas monolíticas de pór-firo rojo o de verde antiguo, y la decoración de los muros, que ostentan hasta el punto más alto de la cúpula estupendos mosaicos bizantinos, combinados con joyas engarzadas, hacen que el ánjimo conciba de tal manera con fuerza y viveza su esplendor y fausto, que realmente puede proclamarse esta mezquita como la más suntuosa del mundo islámico, ya que la de Constantinopla fué originariamente la basílica cristiana de Santa Sofía: hasta las vidrieras, por una ingeniosa combinación de cristales superpuestos y de diverso color, dejan una impresión no superada por los más elaborados *vitraux* de las más ricas catedrales. Pero... preciso es deshacerse de la propia voluntad y renunciar a recordar tanta y tanta cosa vista.

Con pena prescindo de evocar el recuerdo de Getsemaní y la emoción con que, al caer la tarde de un día invernal, desde el jardín de los Olivos y después de haber arrancado unas hojas al árbol bajo el cual descansara el mártir del Gólgota, me arrebatava en espíritu contemplando, en aquellas alturas de Sión, el amplio horizonte, a lo lejos cerrado por el Jordán y el Mar Muerto; todo es allí triste, desde la escasa vegetación hasta las memorias que se evocan, y esa colina resume, sin embargo, todos los últimos días de Jesús; cosa tan grande la recapitula concisamente.

Después Betania, con la casa de Lázaro y el recuerdo de la otrora opulenta pecadora que, hipócritamente desdeñada por el mundo que antes aprovechara de sus caricias, vino a obtener el perdón tolerante y fué recibida en su gracia, en la escena sublime en que Jesús dió al mundo entero una lección inolvidable. Bethlehem, — con el establo subterráneo donde Cristo hizo su entrada en el mundo, en un lugar sin luz del día pero iluminado hoy por multitud de lámparas, y donde los cristianos de todos los cultos vienen a orar de rodillas, postrados y cosidos con la tierra, ante aquel pequeño hueco en la roca, pero siempre bajo el ojo atento del centinela turco, armado y listo para intervenir en el menor conflicto — nos da todavía un ejemplo vivo del aspecto que tenía en tiempo de Jesús, pues no parecen haber pasado por ahí los 2.000 años transcurridos, ni haberse dado mucha prisa por ver aquello. Anduve de una calle en otra embelesado y del todo me dejaron absorto las habitaciones, que son todavía semisubterráneas, habiendo sido así construídas por temor a las incursiones de los beduinos, de modo que las gentes aun hoy acostumbran encerrar sus animales en pesebres que están bajo de tierra — lo que explica como en uno de éstos naciera Jesús, —y quedé maravillado y muy suspenso al admirar a sus habitantes que, hoy como entonces, se muestran al mundo con el mismo aspecto de raza no mezclada con las demás, presentando el tipo bíblico más fino; las mujeres están siempre ataviadas con la clásica vestidura de Judith: ignoro si, como aquella, andan bañadas en almizcles y ámbares, pero sí llevan la mitra en la cabeza y de la cual cuelgan dos largas cintas, el traje sujeto por un cinturón color azul, atravesado por rayas horizontales rojas y amarillas, ostentando una blusa de fondo rojo y ricos bordados de seda, entremezclados con hilos de oro y plata, y la túnica roja, sin brazos, abierta por delante y recogida por detrás para lucir el ropaje vistoso; y traen cabelleras por de fuera y las aderezan con trenzados áureos, mientras acicalan sus cuellos con múltiples collares de monedas de oro, cuyo número y valor atestiguan la riqueza de cada familia; todo lo cual es llevado, realzando tan característica indumentaria, con una altivez, una nobleza y una gracia, realmente únicas.

Suprimo de la memoria a la hermosa Jericó, el río Jordán y el Mar Muerto: excursión pintoresca, por parajes semi desiertos, no exentos de peligros y vigilando el dragomán con el ojo tan largo todos los rincones del camino, pues es frecuente el asalto

de viajeros aislados o desprevenidos, tanto que el carruaje donde íbamos fué detenido por un grupo sospechoso de beduinos, armados hasta los dientes y con quienes se entendió nuestro guía, ostentando su fusil, y nos dijo después en buen romance que preguntaban extrañamente si no habíamos visto unos camellos extraviados, mientras clavaban los ojos en el coche contando probablemente el número de pasajeros que en él iban... Renuncio a describir los abruptos caminos de Palestina, particularizando los sitios más pintorescos, como aquel terrible monasterio de San Sabas, edificado en lo más escarpado de un desfiladero, y en un desierto donde parece que no se concibe la posibilidad siquiera de vivir; ni referir al pie de la letra las escenas típicas de Nablus y Djenin, con el fanatismo musulmán de esta última, cuya población, que llévalo todo a regañadientes, rodeó nuestro coche, y nos decía mil afrentas en turco, gesticulando con violencia. Pero como lo que una vez se presenta en la memoria nunca se olvida, no puedo dejar de recordar a Nazareth donde Jesús pasara su juventud, y que, como Bethlehem, se conserva hoy como entonces era: todavía ahora no hay más provisión de agua que la de la única fuente existente, la misma a la cual bajara la Virgen María con su cántaro en la cabeza, exactamente como lo hacen hoy las esbeltas y gráciles nazarenas, a las cuales he contemplado así durante horas enteras, recostado en uno de los muros de dicha fuente, viéndolas descender continuamente como arroyuelos que se descuelgan de sus cumbres. La población está edificada en pendiente y las calles son, por lo tanto, escarpadas: la costumbre de bajarlas y subirlas con el cántaro en la cabeza, ha hecho que, como del trabajo sale el premio, las mujeres adquieran una esbeltez y un andar majestuoso y elegante; añádase que no ha padecido lesión ni detrimento la integridad de su tipo de raza, y se llevan tras sí los ojos y las lenguas su belleza y seducción imponderables. Tengo aun presente ante mis ojos, al subir una pendiente, a una hermosa nazarena que, bajando de lo alto de unas sierras, descendía a la fuente con su cántaro: la tarde se acercaba y la luz difusa prestaba mayor encanto aun a aquella figura bíblica, en el silencio y soledad de la calle; quedéme atónito parado, mirándola, cuando ella, al acercarse más a lo vivo a nuestro grupo, detúvose y, rompiendo el silencio, hablóme en hebreo, traduciendo el guía su deseo: debía bautizar a un hijo suyo y pedíame que le sirviera de padrino, buscando quizá el futuro

favor y amparo del respectivo consulado o el regalo que adivinaba recibiría la criatura, por tomarle un forastero debajo de su manto y protección; el dragomán apoyó el pedido, pues aseguró que tal ceremonia era típicamente interesante, pero nuestro viaje estaba arreglado para el amanecer del día siguiente, pues estábamos obligados a poner las cosas en concierto y medida, y los preparativos del bautismo requerían, por lo menos, un par de días de espera. No fué posible, por más que esto le hacía dar mil vuelcos al corazón, complacer a la hermosa hija de Nazareth, y la veo retirarse compungida, volviéndose para saludar con la mano: nos miró con ojos amorosísimos y atentos, sonriendo tristemente, y dejándome en el espíritu una imagen que, malgrado el tiempo transcurrido, parece como grabada de una manera indeleble en los repliegues de mi retina...

En fin, como nada en el mundo hay firme, pues es bola y rueda, poco tiempo después tomábamos el vapor *Medina*, en el cual los reyes de Inglaterra se trasladaron a la India cuando allí fueron a coronarse como emperadores del imperio asiático. Y atravesamos lentamente el canal de Suez y el Mar Rojo sofocante, suspendidos los ánimos en la admiración de las estupendas puestas del sol, que en la navegación del Nilo me habían ya encantado, y diciendo adiós al típico paisaje egipcio, pues el desierto de arena llega hasta las orillas mismas del canal, y allí, como en el río sagrado, se ve a los feilahs trabajando el día entero en subir por el aire el agua con el antiguo *shaduf*, para regar los sembrados de la orilla. En Adén, con su población sobre la árida roca y sus cisternas en las alturas, tomamos el rápido vapor *Salsette* que nos llevó a Bombay, después de atravesar el océano Indico, cuyas aguas parecen de noche cortarse en una estela de fuego, tal es la multitud de colonias de algas luminosas que permiten apreciar, en todo su esplendor, ese curioso fenómeno tropical.

He rodeado con curiosidad exacerbada toda la India, mundo complicado y fascinador, grande como un continente y lleno de las razas más numerosas y antagónicas; la he atravesado de E. a O. y de N. a S., y tratado allí gente de quien poder aprender, visitando detenidamente sus lugares principales y deteniéndome en Bombay, Agra, Delhi, Benares, Darjeeling, Calcuta, Madras

y Madura, para embarcarme en Tuticorin en dirección a Ceylon, no dejando paso por andar; realizaba un sueño de mi vida entera y durante años había tratado de atesorar cuanta información podían proporcionarme los libros sobre aquel país maravilloso, rebosante de atracción y de misterios, y rodeado de luz; he tratado de abrir mis ojos cuan grandes son y de concentrar mi espíritu en cuanto una enérgica voluntad puede lograrlo, para que no se me escapara nada y para no olvidar nada. Y, a boca llena puedo decirlo, todo lo visto y estudiado lo tengo tan presente en mi memoria que, aun con los ojos abiertos, suelo caminar creyendo encontrarme en alguna de aquellas ciudades, causándome maravilla mentalmente los palacios y monumentos de todo género que las adornan, y observando con el pensamiento las peculiaridades de su vida, tan difícil de apreciar a primera vista.

En este instante mismo Bombay se perfila en mi recuerdo con rasgos marcadísimos, metiendo colores en los dibujos, desde su hermosa bahía, su Apollo bunder, por donde desembarcase en "la puerta de la India", los inmensos edificios oficiales de la Explanade; hasta el laberinto de las calles, imposibles por lo sucias y cuajadas de gente, de su bazar central, aquella hermosa fuente floral de una de sus plazas, y el poético camino que costea a Malabar Hill, con adorables jardines a un costado y una vista panorámica no igualada, por el otro: he andado allí en romería en la incómoda *reckla* y en el veloz automóvil; he alargado el paso sin temor ninguno durante horas enteras por sus barrios indígenas, y he gozado de las dulzuras del reposo en sus Hanging gardens, dando así cualidad y linaje a lo indio y lo europeo a la vez: la "torre del silencio", rodeada de hermosísimos jardines y coronada por las innumerables bandas de cuervos que esperan los cadáveres que depositan los parsis en su interior para dejar blanqueando las osamentas en un abrir y cerrar de ojos, fué para mí uno de los espectáculos más típicos y que hirió con mayor fuerza mi imaginación, porque Bombay es la ciudad de los parsis, y el característico sombrero de hule, en forma de pezuña de ternera, por doquier descubre a los adoradores del fuego, hoy convertidos en riquísimos e inteligentes mercaderes, dueños de gran parte de la ciudad y los cuales, en sus manos, concentran lo más cuantioso del comercio de la India. Aquella ciudad hechiza, porque en ella se viene a hacer una mixtura divina de lo más refinado de la vida europea con lo más característico de la exis-

tencia india: esplendor y miseria que se codean sin cesar, pasando del lujo de sus paseos, llenos de gracia y majestad, y con carruajes que no desmerecerían en Hyde Park, a la profusa y singular iluminación de su White Street, donde la fácil galantería anda hinchada con una pomposa arrogancia y se ostenta con una franqueza y un despliegue desconocidos en París o en Berlín, sin mencionar al triste reverso de aquella medalla, la Black street, parangonable sólo con cierto barrio de Santos, que suele escandalizar al turista más despreocupado. En el Taj Mahal Hotel se figura uno en el Savoy de Londres, el Majestic de París o el Adlon de Berlín: al lado, en las sórdidas callejas de bazar, se vuelve súbitamente en sí, creyendo encontrarse en el peor de los *ghettos* imaginables. Y como la India es un mosaico de razas y de castas, cada una con su vestimenta propia, colores distintos y forma diversa de turbantes, el efecto de aquella abigarrada indumentaria es de una teatralidad tal que se entra en cuenta de tener ante los ojos una enorme decoración escénica, la cual marea por su movimiento continuo y sus cambios incesantes. Por doquier, la calma majestuosa de la conciencia del *kismet*, el hado,— que con *dustoor*, la costumbre y *backschiss*, la propina perpetua, parecen constituir la trilogía del Oriente,— graba y estampa en los habitantes un aire especial, distante mil leguas del febriciente afanarse de las gentes en una ciudad norteamericana o del rápido andar ocupado de los transeuntes de cualquier metrópoli europea. Para que se vea esto más claro que el mediodía, diré que en el bazar quise comprar, como recuerdo, una chuchería: mi guía servía de intermediario entre el vendedor y yo, prolongándose la negociación una eternidad, durante la cual nos rodeó un grupo de curiosos que comentaban animadamente las ofertas y exigencias, pues comenzó el hindú tranquilo por pedir 25 rupias por el pequeño recipiente de bronce que había yo elegido y concluyó por dármelo en 3 rupias y 6 anas; se echa, pues, de ver que el tiempo no existe para el hindú, y que tiene los pies de plomo para dar un paso, ejercitando la poltronería.

En cambio, en Agra es el pasado y no el presente lo que interesa y con oculto embeleso tiene ocupados los sentidos y hechizada la imaginación: no desconozco cuanto de seductora tiene la faz actual de su vida, tan intensa y típica, pero confieso ingenuamente que cada mañana, al dejar el Cecil Hotel para no regresar sino al anochecer, soltaba la rienda a la imaginación para soñar en los

grandes shahs del período esplendoroso de la dominación de los mogoles, en Akbar, Jehangir, Jahan; en los maravillosos palacios que allí construyeron, en los monumentos estupendamente delicados y poéticos que nos han legado; en sus mujeres inmortales, la enérgica y discreta Nur Jahan Begun y la dulce e inolvidable Mumtaz Mahal. Porque Agra encierra en su recinto — sirviéndole ellas de escudo, amparo y muro — las joyas arquitectónicas más soberbiamente hermosas del mundo entero, y nación alguna de la tierra puede blasonar de palacios más espléndidos que el Jahangiri Mahal, que caracteriza el arte del reinado de Akbar; el Diwan-i-am y construcciones conexas, del Shah Jahan; esa perla indescriptible de la Moti Masjid; aquella deliciosa “torre del jazmín” de las sultanas; la tumba de Itmad-ud-daulah; y ese monumento único, exponente el más sublime de lo que puede soñar el arte humano, el Taj Mahal, destinado a servir de mausoleo a la sultana favorita, dando así al recuerdo de su amada un esplendor que hombre alguno de la tierra, en ninguna época de la historia, ha superado ni en el deseo ni en la ejecución. En el palacio de Akbar — como en la ciudad, hoy muerta, que éste construyera en Fatehpur Sikri, a las puertas de Agra, — es el arte hindú el que hace alarde y muestra de su grandeza; pero en el del shah Jahan es el arte persa sarraceno, llevado a la cumbre de la perfección por el hindú, lo que ha hecho resplandecer en la vista de todos esa maravilla de mármol blanco y negro, en la cual cada piedra resulta labrada y perfecta a todas partes, y cuyos últimos quilates se han dado con la precisión y minucia del más delicado encaje flamenco, tanto que la materia se ve excedida del arte; y cuyas proporciones, majestuosidad de líneas y elegancia insuperable de formas, dejan pasmado y absorto al viajero. La “mezquita de la Perla” es una joya, ciertamente, con aquel sutilísimo ritmo que se desprende de sus 3 cúpulas sobre sus 7 arcos, lo que le da una elegancia ideal; pero la sala de audiencia del palacio, el Diwan-i-am, — malgrado los estragos que el tiempo, el terrible motín de los cipayos y la lamentable miopía artística de algún virrey inglés hayan podido ocasionar, — es una maravilla de grandiosidad: falta el famoso trono, que representaba un pavo real con su cola desplegada, hecho todo de piedras preciosas, pero las proporciones que aun incitan a admiración y la riqueza de los restos, cuya integridad no padece lesión ni detrimento, pues ahora se conservan cuidadosamente, revelan el fausto singular de aquella

corte; a su lado el Mina bazar, donde las damas de honor de la sultana recibían a los artistas y vendedores que les ofrecían sus artículos más lujosos, deleita y gusta el espíritu y sentido con una galería superior de mármol, que parece tallada a semejanza e imagen de un encaje de Bruselas; el Diwan-i-khas, con sus decoraciones de árboles y flores, esculpidas en el mármol y esmaltadas con su coloración apropiada, luce detalles de una finura y encanto difícilmente superable; la "torre del jazmín", donde la sultana, buscando el silencio que pone sosiego y paz, se retiraba a descansar y gozar de un panorama magnífico, es una alhaja tal que excede la perfección de su poder al concepto de nuestro imaginar, no pudiendo idearse cosa más preciosa, ni a nadie antojársele que con el solo mármol pueda alcanzarse un efecto parecido; los departamentos del harem, la zanana, ofrecen el don soberano de una gracia y una exquisitez que arquitecto alguno, en otra parte del mundo, ha soñado siquiera en fantasear.

Pero es el Taj Mahal la maravilla de las maravillas, colocada por el hombre en grado sobrenatural: antes de verlo entre sueños a la noche se me había con frecuencia representado la gloria de su aspecto, pasmándome ante las más nítidas reproducciones fotográficas y las descripciones más elaboradas, pero todo quedó pálido y descolorido ante la realidad, desmayándose el alma: lo he ido a contemplar desde el río, al amanecer, a medida que la aurora se iba tiñendo de colores finos, rojeando algunas nubes, y se señala entonces en hermosura tan adelantadamente que se van sucesivamente demarcando sobre el fondo azul del horizonte las líneas purísimas y los perfiles de suprema elegancia de aquella joya de mármol, hasta presentarse majestuosamente toda entera, en todo su esplendor, coronada como con un escudo por un nimbo áureo al ser bañada por los primeros rayos del sol; su hechizo tuvo casi enloquecido el entendimiento en una noche de luna, al gozar de su contemplación desde la entrada de la avenida de cipreses que atraviesa el vastísimo jardín que lo circunda, y lo he visto en aquel instante destacarse sobre el tranquilo firmamento, ceñido y rodeado por la luz plateada del astro nocturno, que comunicaba a sus torres y cúpulas tintes finos y suavísimos, casi etéreos, los cuales con su hermosura parecían subir aún más al cielo, si cabe, aquel monumento imperecedero de amor incommensurable. Porque el shah idolatró de tal manera a su favorita que ninguna otra cosa pensaba sino como levantarle

Un monumento que fuera una de las maravillas del mundo, y pasó adelante en su porfía, sin rehuir esfuerzos ni excusar recursos para lograrlo, convocando a los artistas más famosos de la India, de Persia, de Arabia, del Asia Central, y mandó que compareciesen en su presencia los obreros más hábiles de Bagdad y Samarcanda, Shiraz y China; en sólo esto ocupó 20.000 hombres y tardó una veintena de años para construirlo, y de ninguna otra cosa trataba, gastando millones y millones a trueque de que se le despilfarrara el caudal y consumiera el tesoro que tenía. El Taj Mahal es en sí la joya arquitectónica más ideal y la que ha mejor enderezado la intención a encarnar la personificación de un sentimiento: el del amor más intenso, más absoluto, más subyugador, immortalizando la radiante juventud de la Mumtaz Mahal misma, en aquel tributo nobilísimo del arte y la pasión. Todo es allí admirable, todo lleva y guía a exaltar el recuerdo de la sultana amada: desde los amplísimos jardines que sirven de marco único a la perspectiva de todos los costados, hasta el interior del monumento mismo, donde las líneas immaculadas del mármol revelan que ha sido tallado con una delicadeza que no se emplea ni con la seda misma; se alcanza a ver allí, destacándose solitarios en el centro, sólo dos sarcófagos: el de la mujer adorada y el de su inmortal adorador, participando de una misma vida en la muerte y la inmortalidad, como en su vida estuvieron apretadamente vinculados en amor... El espíritu desfallece al encontrarse al lado de aquellos mausoleos, que están recubiertos de flores, incrustadas con delicadísimos colores en la marmórea blancura del fondo; anúdase la voz en la garganta, porque la emoción es intensa, y recuerdo a lo vivo la impresión que me produjo, al volver en mí y reportarme, el pronunciar en voz baja el nombre de la sultana idealizada, porque — gracias a un fenómeno acústico felicísimo — un eco singular llevó mi palabra con lentitud, primero, con vibración cada vez más en aumento y con más clara y armoniosa consonancia, después, hasta que, de lo alto de la cúpula, retumbó el nombre mágico en tono sonoro, metálico, como de ultratumba, resonando, como con címbalos de plata y por todos los ámbitos del recinto, aquel eco de lo pasado, glorificación eterna de la mujer que ha sido objeto del más sublime de los recuerdos humanos... Nada he visto, en el mundo entero, comparable al Taj Mahal: está fuera de toda cuenta y libre de toda competencia, y no creo que exista nada que pueda con él

parangonarse. Después de contemplarlo, casi me parece profanar con suma irreverencia la belleza eterna el detenerme en los otros palacios o describir los demás monumentos: la misma tumba de Itmah-ad-daulah, hermosísima como es, resulta pálida a su lado, y no se encuentra encanto ni en aquel estupendo palacio de Fatehpur Sikri, que es, sin embargo, una maravilla por su grandiosidad majestuosa. El Taj Mahal, solo, vale un viaje a la India, porque ningún elogio es condigno a su merecimiento; morir sin verlo debe arrancar el alma de quien sospeche siquiera su existencia.

A su vez Delhi, la ciudad tradicional de los reyes y hoy la capital de la India, tiene una historia accidentada, cuyos rastros han quedado en sus palacios y monumentos: en realidad es una superposición de diversas ciudades y en todas resplandece una señal y rastro mostrando a las claras que allí ha estado, y está, el corazón del país entero. Nada más elocuente, en este sentido, que la notable galería hindú, de columnas, en el Kutab Minar, la torre misma de Kutab-ud-din, el típico pilar de Asoka, la ciudad de Firozabad, las tumbas que rodean la de Nizam-ud-din, el mausoleo de Saddar Jang, la mezquita Jama Nashid, y el soberbio palacio contenido en el fuerte, todos los cuales son exponentes típicos de las vicisitudes por que ha pasado aquella interesantísima ciudad. El palacio imperial, quizá más suntuoso y de mayor magnificencia que el de Agra, manifiesta la gloria del arte persa-sarraceno-hindú; en el salón de Diwan-i-Khas, en hermosos caracteres persas, se lee con deleite la inscripción que resume el esplendor mogol: "si hay un paraíso en la tierra es éste, es éste, es éste", y realmente no puede pedirse mayor exquisitez de adornos en aquel mármol, cuya belleza parece resistir a los siglos y a los hombres, como la roca entre las olas del mar. Desgraciadamente, cuando el terrible motín de los cipayos, este recinto fué teatro de escenas heroicas por parte de los refugiados ingleses y sufrió mucho con la lucha sangrienta inevitable, sin poder más tarde disimular los desacatos y oprobios; hoy, sobre todo debido a la iniciativa enérgica de lord Curzon, cuando fué virrey de la India, con grande advertencia se ha acudido al remedio del daño, para desvanecer las trazas del desastre y conservar en su integridad estas joyas, en las cuales nada se envejece ni cansa, porque son fruto de un arte que no se repetirá jamás, pues requiere para su florecimiento el crudo des-

potismo de épocas pasadas, que bebe la sangre de sus súbditos sin piedad y veja el pueblo con excesivos pechos, porque gobierna por sus intereses y antojos. Preciso es llevar esto con buen ánimo: cambian los tiempos y varían las exigencias como los ideales, pero, del punto de vista del arte, es menester, doblando el cuidado de las cosas, conservar — y, si posible fuera, restaurar solícitos — esos monumentos únicos, verdaderos tesoros con los cuales no cabe andar en competencia. La tumba del emperador Humayun es quizá una de las más sagradas de la India: cuando la insurrección de 1857, en el encono del momento un oficial inglés mató allí al último emperador mogol, Badahur Shah y a sus hijos, dejando así rota y sin esperanza de remedio a la secular dinastía que tan glorioso rastro artístico ha derramado en aquel país. Delhi ha sido proclamada ahora capital del imperio británico de la India, como para dar nuevas pruebas de su grandeza, y el gobierno proyecta la construcción de una serie de edificios y palacios para instalar a las autoridades: hase repicado la aldaba, llamando a concurso diversos arquitectos para que las nuevas y suntuosas fábricas puedan dignamente hacer emulación con las del viejo imperio mogol, pero sería de gemir con amargo llanto que se diera preferencia a algún estilo europeo desde que, por razón de clima y de ambiente, convendría más bien criar inmortalidad creciente y gloriosa, manteniendo el estilo arquitectónico que caracteriza a los palacios existentes; de todas maneras, es indudable que la ciudad hará maravillosa transformación, sin adulterar con novedades lo existente, pues se ha señalado por lugar del asiento virreinal una área de terreno colindante con la parte actualmente edificada.

Por lo demás, Delhi es uno de los puntos más típicos de la India, en el sentido de que el extranjero anda como quien va sobre espinas observando lo estrictamente separado de las diversas castas, hasta el punto de que los brahmines no transigen con los *feringhi*, ni siquiera en las cosas más triviales de la vida; en parte alguna se cae mejor en lo que puede significar el estado *pardah* de la mujer hindú de las castas elevadas, pues su reclusión es tan absoluta que las innumerables mujeres que por doquier se ven, con toda seguridad puede decirse que pertenecen a las castas inferiores: esa profunda división secular de las clases sociales ahonda entre ellas abismos insondables y da aliento y forma a uno de los problemas sociológicos más intere-

santes, pues las diversas razas hindús son absolutamente refractarias a templar la demasía de una innovación en sus conceptos religiosos, y éstos no les permiten amalgamarse con los europeos, ni tomar unas cosas por otras, a diferencia de los musulmanes, parsis o de otras creencias. El resultado es que la dominación inglesa, que ha civilizado materialmente al país dándole la gran dádiva de todos los progresos europeos y tomando a pecho hacer obras públicas colosales, es en realidad superficial y no responde a las obligaciones de su oficio desde que no ejerce influencia verdadera en los millones de la masa indígena hindú, sobre la cual resbala como el agua sobre el cristal, sin dejar huella alguna: esa indomable resistencia pasiva de la población mantiene como escondido y enconado un punto interrogante y terrible para el porvenir del predominio británico en la India, y el viajero, al palpar de cerca ese estado de cosas, no encuentra la vena a esa enfermedad, pues no atina con la solución de dificultad semejante, ya que se trata de millones de seres de un lado, y de un puñado de hombres del otro. La misma educación, que los ingleses han multiplicado con generosidad indiscutible creyendo que todo lo allana y suaviza, no ha sido para ellos tan provechosa, pues como el deseo abre las puertas a las culpas, aquella ha despertado en las castas que no son hindús puras el sentimiento de la autonomía y atizado el entendimiento fomentando la formación del llamado partido nacional de la India, que pide ruidosamente para ésta el régimen australiano o canadiense; pero la juventud netamente hindú, que pasa por las escuelas, como si éstas hubiesen tan sólo puesto leña al fuego, parece sólo sacar de las mismas un odio más acentuado por los feringhi y una resolución más enérgica de sacudir su yugo alguna vez: de ahí los atentados criminales que vuelven a dar otro y otro golpe con frecuencia tan singular, que pone la cruz delante de los ojos. Inglaterra tiene ahí un problema preñado de peligros, que le pone una punta al pecho, y que parece no tener glosa ni salida: ojalá pueda desembarazarse de las dificultades y desatarlas en el sentido más favorable para la civilización.

Los ferrocarriles de la India hacen fe de la pericia y amor del confort, tan inherentes a la idiosincrasia inglesa: se goza allí de otra luz, de otro suelo, viajando con comodidades no soñadas en otras partes, en coches-camas amplios, con comedores admirablemente servidos, pero dentro de las costumbres locales, vale

decir, llevando cada viajero su *boy*, sirviente indígena singularmente entrenado, que le sirve de intérprete, vela a su derredor, adivina todos sus deseos, le prepara su cama, le trae su te: en una palabra, se convierte en un ayuda de cámara admirable e insustituible. No puede peregrinarse por aquel país sin tomar un *boy* apenas se pone los pies en la India, y se le conserva hasta el momento de subir al vapor que nos aleja de sus costas: los hoteles, los trenes, todo se proporciona y viene a punto para costumbre semejante, y cuando se ha habituado uno a tal comodidad queda confuso y perplejo con su falta en los demás países. Patrick, el excelente *boy* que me cupo en suerte, realmente era un ideal, y debo decir que jamás he viajado como allí, pues aun antes de que yo mismo deseara o necesitara alguna cosa, el turbante de mi *boy* se inclinaba ante mí y me presentaba lo que iba a pedirle: tan lo llevaba su natural con gran propensión a adivinar lo que podía yo anhelar; no es raro, entonces, que con régimen semejante quien ha vivido en la India sueñe con volver, lo que es notorio en los militares y empleados civiles, pues cuando obtienen su jubilación, en vez de radicarse de nuevo en la Gran Bretaña, tornan a la larga a la vida fácil y llena de encanto oriental de la clásica península asiática.

Y en ésta se ha cuidado de poner medios para la salud de todos y mostrarse agradecido a los huéspedes, aprovechando todos los recursos de la naturaleza para embellecer la existencia: tal la creación de Darjeeling, el paraíso del Himalaya, donde, a más de 7.000 pies de altura, han organizado la ciudad minúscula más coqueta, más pintoresca, más hermosa que es dable imaginar, sacándola de la profundidad de la nada; y, para llegar hasta allá, como si fingieran mil rayas en el aire, han ideado un ferrocarril que es una maravilla, parecido a un juguete por sus dimensiones extrañamente reducidas a la menor expresión, con la vía férrea más interesante del mundo, ascendiendo la montaña cual si subiera con alas de viento, en forma de zig-zags continuos o de curvas espirales atrevidas en 8, que producen la impresión más singular en sus vueltas rápidas, con un riel a veces más elevado que el otro y la súbita y visible inclinación de los wagones, lo que suele arrancar cómicas exclamaciones de terror al viajero desprevenido. He tenido oportunidad de ser llevado acá y acullá en casi todos los trenes del mundo conocido, y de encaramarme a lo alto de las montañas que más

han cobrado fama por sus funiculares o líneas férreas de cremallera o de los sistemas más variados: en parte alguna he hallado una línea más pintoresca e interesante que el trozo que va de Siliguri a Darjeeling, cuyo renombre debería andar en las bocas de todos. Porque hasta Siliguri el trayecto desde Benares se efectúa en los ferrocarriles comunes y se atraviesa el Ganges en los ferrybotes de tipo ordinario: si no fuera por el paisaje peculiar y por las plantaciones de arroz a ambos costados de la vía, lo que permite no dejar rincón que no se mire y remire en aquel cultivo típico del paisano *ryot*, que tiene enlagnados los sembrados, aquella travesía no participaría de mayor interés. Pero apenas se toma el tren de Darjeeling al llegar a Siliguri y se penetra en la región de las plantaciones de te, el paisaje muda de colores como camaleón, y el tren juguete parece llevado por la furia del aire en medio de una región de hadas, cercada de una parte y otra por la más lujuriosa y exuberante vegetación imaginable, — al lado de la cual la misma esplendorosa del Brasil empalidece, — con panoramas de belleza insuperable y grandiosidad ideal, atravesando la región de las nubes hasta donde anda su imperio por acabarse, pues se las ve bajo nosotros, y se diría que endereza hacia el cielo su vuelo... Las gradientes de aquella subida son de 1^m29 como término medio y el problema de ingeniería ha sido ingeniosamente resuelto con zigzags que parece no nos alejaran del mismo punto pero que remontan insensiblemente centenares de metros cada vez, o con espirales que asemejan ejercicios acrobáticos, figurándolos perfecta y acabadamente, pues cruzamos repetidamente el eje de la vía, pero a mayor altura cada vez; mientras tanto todos, bien abrigados porque el frío era intenso — verdad es que me tocó ascender allí en febrero — cobran aliento y respiración para admirar las escenas estupendas del paisaje, con bosques vírgenes impenetrables y poblados de animales feroces, de tigres, leopardos, jabalíes, etc., a quienes el silbato de la locomotora se diría les lanza al demonio del cuerpo, porque suele vérselos a la distancia, saltar y echar a huir como un rayo, cual si les nacieran alas en los pies; otras veces las plantaciones de te, con las habitaciones de sus encargados, señalan abiertamente la vida civilizada en aquella imponente soledad. A partir de la estación Tindharia la vía se torna más pintoresca y los zigzags de la misma estrujan y aprietan con tanta fuerza la atención de los viajeros, que olvidan éstos el *chota hazri*, o primer suculento

almuerzo indio, ante aquellos ángulos agudos, cuyo fin está tan alejado del comienzo y que tan pronto tuercen el camino como pasan de largo, pareciendo perder el hilo y método; o, al acercarnos a la estación de Gyabari, las vueltas de las espirales que abarcan a veces varias millas, dan en el gracioso disparate de hacernos creer que tomamos de propósito alguno de esos trenes de miniatura de ciertos lugares de diversión, como el Earl's Court de Londres o, — si lo grande con lo pequeño puede compararse— el Parque Japonés que tenemos en nuestro camino de Palermo. Los torrentes, las hendiduras fantásticas a pico que causan vértigo cuando se las contempla inclinando la cabeza por la ventanilla del wagón, en no interrumpida sucesión unas vienen y otras van, dándonos ejemplo vivo de las formas más variadas, con todos los matices del verde, según que los rayos del sol las iluminen vertical u oblicuamente: debajo, el valle del Terai — terrible por lo malsano, tanto que basta demorar allí algunas horas para que el no habituado adquiera la malaria, que ya no lo abandonará en el resto de sus días, obligándole a despedirse para siempre de los deleites — deja ver las más variadas y abundantes plantaciones de te. Más adelante, la parada de Kurseong deja rienda suelta, en los breves instantes del descanso, a la observación de una curiosa variedad de tipos en su bazar: ya no hay rastro del hindú de los llanos, y estos montañeses, tibetanos u otros, sacan a plaza distinto aspecto, el cual tanto interesa que ni siquiera deja recordar la necesidad de tomar nuestro *tiffin*, ese sustancial lunch de la India: después, Toong, a 6.000 pies, parece ilusión de algún encantamiento por los helechos soberbios, gigantescos, innumerables, que por doquier todo lo invaden; por último, se llega a Ghoom, a más de 7.500 pies, donde ya no prospera el te, encontrándonos más alto que las nubes. Y todo este ferrocarril no tiene más que unas 50 millas de extremo a extremo de la línea, con su minúscula trocha de dos pies: la impresión que produce, — sea la gradiente empinada, sea el recurso de zigzags y espirales — es que despabilan centenares y centenares de millas...

Pero su recuerdo me ha hecho derramarme a lo largo y ancho profusamente y me veda ocuparme de Darjeeling como lo deseería: baste decir que no ha llegado a mí noticia, en todo lo que he viajado, un lugar más pintoresco por su ubicación, por la hermosura de sus panoramas y por lo interesante de su población curiosísima, que es, en su mayoría, compuesta de budhistas ti-

betanos. No pondré nunca en olvido cierta excursión, en caravana, con algunos compañeros: a las dos de la mañana salimos a caballo, en los resistentes petizos tibetanos, unos, y otros en *dandies*, especie de palanquines para señoras, dejando el Woodland's Hotel en dirección a Tiger Hill, a donde debíamos arribar antes del amanecer para poder deleitarnos en contemplar a la salida del sol el Monte Evèrest, pues el mayor coloso del mundo, con sus 30.000 pies de altura, sólo acuerda el divino permiso de que se vea su cumbre unos instantes al ser ella herida por los primeros rayos del sol, cuando la madrugada es despejada; la cabalgata, en plena obscuridad y por entre bosques espesos, pisaba la sombra a una ruta que constantemente parecía torcer a uno y otro lado; teníamos que marchar a la hila, como banda de grullas; el frío era terrible y todos nos íbamos acercando poco a poco al paraje, hasta que el clarear del alba, que en aquellas alturas parece adelantarse a lo que en los llanos se nota, comenzó a dejarnos percibir los objetos y especular las formas de las cosas, dándonos contornos fantásticos y ofreciéndonos, en los recodos y curvas del camino, perspectivas estupendas. La vida lentamente parecía renacer, saliendo de las entrañas de la naturaleza, pero no llegaban al oído ni gritos de pájaros ni ruido perceptible alguno, pareciendo todo como sumido en un profundo letargo sobrenatural: una niebla fina nos envolvía y penetraba agudamente en nuestro cuerpo, pero el frío matinal daba calor, haciendo hervir a borbotones la sangre y, al poco rato, comenzó a percibirse el murmullo de las conversaciones, más tarde se escucharon risas y por último la caravana mostró a las claras la alegría saludable que la hora y el paisaje provocaban: pronto iban todos corriendo a media rienda, no menos diestros en la jineta; los sentidos todos se movían y transportaban, y, así encendidos y transportados, parecía que se levantaban hasta el cielo. En aquel preciso momento, como por andar yo a lo holgado llevara a guisa de abrigo suplementario mi poncho criollo de vicuña, apenas lo vió de lejos uno de los excursionistas, apretó con espuelas al caballo hasta colocarse al lado del mío, saludándome como a amigo afectuoso en español: era un caballero de edad, antiguo "artista", — comprador de lanas para una firma de Amberes, — y de quien eran conocidísimos los principales estancieros argentinos, habiendo antes acostumbrado venir al Río de la Plata durante mucho tiempo todos los años. Curioso encuentro, en lugar y momento semejante, y en razón de la

pieza de indumentaria nacional que lo solicitara, pues fué como llamar con la trompeta: pero creo que, robados y embebidos los sentidos en el espectáculo de lo que nos rodeaba, no debí quizá responder muy expresivamente a mi interlocutor, pues prefirió desviarse y dejarme de nuevo entregado a la contemplación del paisaje y a la concentración de mi pensamiento. . . Poco después llegábamos al punto deseado, antes de que el sol quisiera asomarse en el lejano horizonte: desmontamos dando diente con diente y hallamos por fortuna que otros viajeros, los cuales habían pernoctado en el cercano caserío de Senchal, tenían preparado fuego y se disponían a tomar te y café, que saboreamos con delicia, viendo a nuestros pies sólo nubes y encontrándonos rodeados por una densísima niebla, que amenazaba malograr nuestro propósito. La emoción que a todos embargaba era intensa: desfallecía nuestra lengua y quedaba atajado el corazón; un caballero alemán me confesó que hacía varias semanas estaba en Darjeeling y había venido ya diversas veces hasta allí para poder contemplar al Everest, sin poder lograrlo, pero que no regresaría a su país sin verlo. Por fin, cuando abandonábamos ya toda esperanza, y estábamos desahuciados de la misericordia, la niebla comenzó a adelgazarse y se deshizo al fin en tenue velo, mientras que el sol lanzaba al cielo sus primeros rayos: el espectáculo fué sublime en aquella elevadísima altura, y comenzaron a destacarse las nieves eternas del Kanchenjonga hasta que se distinguió, clarísimo, soberbio, imponente, el blanco pico del famoso Everest hacia el oeste, flanqueado por otros dos, ligeramente inferiores, que parecían centinelas destacados, con sus cascos de hielo, helados, fijos, inmóviles. . . Al bañar el sol aquel paisaje, realmente se experimenta la sensación de una infinita gloria, de un himno inmenso de la naturaleza que canta el esplendor del cielo y de la tierra! Pero dura un instante solo, pues en el acto una niebla sutil comenzó a levantarse y en pocos segundos volvió a rodear de misterio impenetrable al gigante del globo: apenas habíamos podido admirarlo y nuevamente se escondía, para siempre quizá, a nuestra atónita mirada. Pero le veo aún en toda la majestad sublime de aquel momento único: ha quedado incrustado en mi memoria de tal modo que todo, paréceme, podrá borrarse de ésta menos aquel recuerdo intensísimo y sin rival posible.

Con todo, lo que realmente prende más el corazón de uno en la India es la ciudad mil veces sagrada de Benares, cuya existen-

cia cuenta más de 26 siglos y enviaba rayos de sí por el mundo cuando ni la majestad romana ni el arte griego, ni siquiera el fastuoso imperio babilónico soñaban en florecer. Desde esos tiempos remotos la ciudad del Ganges tenía firmes cimientos y estaba del todo arraigada como centro del pensamiento religioso más hondo y elevado, donde los sabios del mundo acudían por sí mismos a beber la más completa enseñanza, habiendo partido de allí, como de un poderoso núcleo intelectual, la más pura doctrina y la filosofía más levantada, y hoy, por una de esas curiosas evoluciones de la mentalidad humana, — que la lleva por el camino de la vida espiritual con la prosperidad y ligereza que va una nave con muy buen viento en popa y con bonanza — el pensamiento filosófico contemporáneo parece orientarse otra vez lentamente hacia Benares, en la forma del movimiento teosófico y de renovación crítica de la teoría, hermética y misteriosa, que los viejos libros sanscritos exponen. Pero es ciudad que, a la vez, ofrece comodidad y sazón para que el viajero encuentre allí, como en un haz reunidos, a hombres de todas las razas de la histórica península, porque la suprema aspiración del hindú es realizar, una vez siquiera, la peregrinación santa para purificarse en las aguas misteriosas del Ganges, o venir a morir a sus orillas: ciegameamente se atan a cumplir tal resolución. El río sagrado, tan calumniado que al cólera se le ha llamado por antonomasia “el viajero del Ganges”, guarda con mucho encerramiento propiedades antisépticas tan curiosas que, — malgrado arrojar allí a diario los cadáveres de centenares de personas y bañarse al mismo tiempo en sus ondas hombres que ostentan a las veces todas las lacras, bebiendo fervorosamente los fieles a todas horas el agua del mismo río, — ha sido refractario a la propagación de los microbios de la peste y estuvo a sus invasiones inexpugnable, tanto que el gobierno virreinal, a raíz de las investigaciones y ensayos científicos más cuidados, se ha juzgado con obligación de reconocer esa singular propiedad y declarar que no existe peligro de contaminación. Pero como la ciudad está construída en un hacinamiento estupendo de edificios de varios pisos y con callejas que parecen zaguanes, donde se codea una multitud enorme, no sólo de habitantes que allí normalmente residen sino de peregrinos piadosos venidos de todos los rincones de la India, y de mendigos, estropeados y enfermos, de todas partes, que se arrastran hasta ese sitio en la fe profunda de que la inmersión en las aguas del río los curará de

sus males, se sigue el grave inconveniente de que las condiciones higiénicas de la población forzosamente dejan mucho que desear, por manera que cualquier enfermedad contagiosa que en tal lugar se desarrolle, en un abrir y cerrar de ojos corre como reguero de pólvora y engendra y acarrea pena y dolor por el tendal de víctimas, a las cuales, malgrado los soberbios institutos de caridad debidos a la munificencia de los rajahs y otros potentados indígenas o a la solicitud generosa del gobierno virreinal, no es posible muchas veces atender siquiera, porque su número alcanza proporciones fabulosas. Y, sin embargo, allí los príncipes y los potentados de la India han erigido palacios de un lujo fastuoso, sobre todo a las orillas del río, y han ofrecido sus dádivas con largueza para que se levanten templos variadísimos y de una prodigalidad no soñada; pero, como revolcando unos sobre otros, hay un verdadero laberinto de callejuelas que a cada momento tienen escalones para torcer a un lado o aun para seguir, hallándose frecuentemente cerradas, de acera a acera, por portones que parecen corresponder a casas particulares: como, en el simbolismo del culto hindú, ciertos animales son sagrados y se les deja en libertad, constantemente se tropieza con vacas, toros, y a veces camellos, a los cuales nadie incomoda pero que incomodan a todos, pues en la estrechez de esos callejones no es difícil que lo derriben al viandante de un encuentro o le partan por la mitad del cuerpo, lo cual no es del todo placentero, por más pintoresco que sea ver como aquellas sagradas bestias ponen en pretina, para su manutención, a los vendedores ambulantes y a los que tienen mostradores a la calle. Añádase que los hindús se bañan a toda hora del día, pues renacen de las aguas, y que es parte de su ritual acarrear bacías de bronce llenas de agua al emprender la jira diaria a los santuarios, pues tienen obligación de rociar siempre la imagen del dios que veneran: de ahí que los fieles harten de agua la tierra con un reguero de barro y de humedad pegajosa, pues sus vestidos mojados se podrían torcer, y las guirnaldas de flores, sobre todo las de la olorosa y amarillenta caléndula, que llevan como ofrenda, también van esparciendo una estela de copiosas gotas. De los templos innumerables que allí existen, sea que en unos se adoren imágenes simbólicas o animales vivos que también encarnan un simbolismo dado, es el de Visweswara, con su enorme y deslumbradora cúpula en forma de cono, recubierta toda de una espesa capa de oro puro, el que más mezcla la majes-

tad con el agrado por el espectáculo singular que a todas horas presenta: domina, en los adornos de su exterior e interior, domando la altivez y poderío de los demás símbolos, el misterioso del *lingam*, personificación de la creación e imagen muy perfecta y hermosa de la vida, esencia de Siva mismo. Desde el amanecer hasta entrada la noche la concurrencia que penetra, circula por dentro y vuelve a salir, yendo en corso, es incesante y se asemeja a un torrente inagotable: se desvanece la cabeza al detenerse a contemplarla, pues en los mayores aprietos cobra más bríos, sobre todo cuando se arremolina para penetrar en el estrecho santuario y llegar donde está la imagen de aquel dios, a la que infunde un soplo de vida una pálida luz, amortecida aun más por el hálito de aquellos millares de fieles que salen por sus turnos para derramarse por el reducido recinto, rociar al dios con el agua sagrada y presentarle sus ofrendas, bañados todos de amarillez, como de horror teñidos; a la noche, esa misma capilla se nos pone delante más brillantemente alumbrada, pero la acumulación de las guirnaldas olorosas que cada uno deposita aromatiza el recinto con una fragancia tal que desvanece por lo acre y fuerte, saliendo abominable hedor de todo ello, mientras que media docena de brahmines, llevando cada uno en la mano derecha el candelero simbólico de las 5 luces y, en la izquierda, campanillas vibrantes, entonan solemnes cánticos védicos con voz dulcísima y pasajes tan admirables que en el quiebro nadie les compite: es realmente de admirar el fervor y la piedad con que tales ceremonias se llevan adelante, mostrando el prodigio de su potencia como la unción profunda de los innumerables fieles que a ellas asisten, y descubriendo sin rebozos la solidez de su fe y las hondas raíces de su convicción religiosa.

Porque se echa de ver en la religión hindú una esencia filosófica de pureza sublime, a través de las alegorías y símbolos con que, para la masa de los fieles, ha sido menester materializarla, pues tejida viene de tales matices: todo lo reduce a un concepto supremo, y hace entrar por cuerda derecha a un solo dios todopoderoso, Brahma, quien con Vishnu y Siva, forma la trinidad del padre, del hijo y del espíritu santo; pero es Dios mismo, es decir, Brahma, "quien — como lo proclaman los Vedas — existe por sí mismo, al cual sólo el espíritu percibir puede, pues es imperceptible para los órganos de los sentidos, y carece de partes visibles, siendo eterno y el alma de todas

las cosas, y a quien nadie puede comprender". Difícilmente, ante la filosofía más exigente o la religiosidad más fervorosa, puede pretenderse una definición más perfecta del concepto de Dios, de la misteriosa esencia del universo, ni que mejor nos persuada que podemos subir al cielo sin alas. Es claro que son los Yogis quienes, por dedicarse a escudriñar los secretos de Dios, alcanzan a comprender así el culto, y son las inteligencias supraterrénas de los Mahatmas, las que, declinando las cosas de la fe magistralmente, aclaran lo más intrincado y oscuro de tales doctrinas a los discípulos que se resuelven a levantar el entendimiento a lo espiritual, ocupándose en la contemplación sabrosa de las perfecciones divinas. para dar caza a los hondos secretos del misterio de lo infinito y de la vida: y en la India abundan esos espíritus que así hacen renuncia de la materialidad de la existencia, y por la mortificación y penitencia se resumen en el nirvana y viven una vida superhumana, porque encaraman las pasiones a la cumbre más alta, las reúnen en un solo haz y las afocan en un solo punto, subiéndolas hasta la celsitud del precipicio, con lo que producen esos curiosísimos fenómenos de un fakirismo inexplicable, enajenando y robando para sí toda el alma, en los sanyasis que, en Benares sobre todo, son terribles de ver a orillas del río, conservando durante años, sin hacer mudanza su cuerpo, una posición que parece imposible mantener un minuto seguido, clavado y esperando, sin moverse, sin preocuparse de su ropa ni comida, a la que atienden los fieles, y dejando crecer su cabello y sus barbas hasta el suelo, no pareciendo conservar vida, para gloria de Dios, sino en el extraño fulgor de sus ojos, que se dirían enclavados constantemente en un mundo invisible para las miradas de los que no alcanzan un grado semejante de autosugestión y de hipnotismo irresistible. Guardo sobre mi escritorio, como recuerdo de aquel viaje, una fotografía tomada a un costado del Dasamedh ghat, una de las colosales escalinatas de granito que descienden hasta el agua y constantemente se ven llenas de gente, bañistas, peregrinos y paseantes: pues bien, a la derecha se halla allí a las manos un santón, en posición tan extraña e inverosímil que deliberadamente volví a verle en diversos días, en diferente momento, de distinto lado, buscando comprobar un cambio de postura, un signo de cansancio, un indicio cualquiera que me probara que era aquel un ser como los demás; cuando me convencí de que estaba quedo sin remecerse, en inmovilidad absoluta, y de la completa

buena fe del mismo, fuí a pararme cerca de él y me hice sacar así un retrato, con el cual, a diario, antójaseme que veo lo ausente como presente, y me convence de que no he soñado que veía una visión cuando así observé al sanyasi, inclinado hacia adelante sobre la punta de los pies, con los talones en el aire, descansando rígido el estómago en la extremidad achatada de un palo que, sesgado, estaba clavado en tierra y así lo sostenía; erguido el busto, con las manos extendidas hacia adelante y unidas por un rosario de grandes cuentas de ámbar; hirsuta y luenga la barba, larguísima la melena; manteniendo inmóvil la cabeza con los ojos estáticos y fijos éstos, y enclavados, sin pestañear, — por sobre las aguas del río que corre a sus pies, — en el horizonte lejano como si miraran muy despacio algo infinito, inconmensurable, supraterráneo... Durante la operación de la fotografía, que quizá le pareció una profanación o una falta de respeto, como le observara yo fijamente, sus ojos se posaron un fugitivo segundo sobre los míos para desviarse al instante, mirándome brevísimamente, y, cual si el golpe de su vista me rasgara el corazón, dejóme una impresión tal de angustia y de zozobra que me hizo arrepentir de mi capricho, y desde entonces parece como querer acompañarme siempre, pues suelo ver la extrañísima mirada, penetrante, incisiva, con brillo inexplicable, cuando despierto sueño con aquella escena de Benares!

No es posible dejar correr el recuerdo y tengo que echar grillos a mis deseos: horas y horas pasaríame dando vida a tanto y tanto espectáculo curioso, que se diría no quieren apartarse de mi memoria, tan honda fué entonces la impresión recibida. Tal dificultad me obligaba a sobreseer una inesperada visita al palacio del maharajah de Benares, en Rammanjar, mordíendome la lengua respecto del despliegue de aquel fausto verdaderamente asiático por la procesión de los elefantes de la corte, ricamente enjaezados y llevando a los altos dignatarios, en medio de sus tropas indígenas, que lucían vistosos uniformes, los unos todavía medioevales, pues conservaban cascos y cotas de malla, pero los otros, modernísimos: de cuya mixtura resaltaba una curiosísima variedad de colores...

De Calcutta sólo diré que es una ciudad notablemente inglesa, por sus edificios y paseos; predomina allí la población mahometana y armenia, y levanta el cuello la arrogancia de los mestizos, que van formando casi una casta: los eurasiáticos; pero sea que

se salga a lucido paseo por la famosa explanada del Maidan, a orillas del río Hooghly o se haga ejercicio en los hermosísimos Eden gardens, o por las calles principales, del pecho me sale a la boca que es aquella una ciudad provincial de Inglaterra. Del tropel de recuerdos que sobre dicha capital regalan y acarician a mi mente, me hace no sé qué guiño de ojos cierta visita al maravilloso jardín botánico, cuya curiosísima higuera banyan tiene centenares de raíces aéreas y echa sus ramas sobre una circunferencia de un millar de pies, realizando así la singular visión mental de Milton en un verso célebre del *Paraíso perdido*.

Madras, a pesar de ser capital de una de las provincias de la India, no se planta con el mismo airoso ademán de aspecto británico como Calcutta: su calle Mount road, debido sin duda a lo terriblemente cálido del clima, parece a vista de todos como trasunto de vida europea sólo en las primeras horas de la mañana y al atardecer, como sucede con el histórico parque Chepauk o el grande People's park: pero, fuera del interés con que convidan sus barrios hindus, — pues ya aquí el elemento mahometano comienza a ser cada vez más y más débil, desde que el sud de India escapó en otro tiempo a la dominación mogol — lo que más me atrajo fué el vecino suburbio de Adyar, donde está el centro del movimiento teosófico que, comenzando hace apenas 40 años a impulsos del coronel americano Olcott y de la rusa madama Blavatzky, hoy, bajo la dirección de Annie Besant, puede gloriarse de tener afiliados en todos los rincones del mundo; pero no olvidaré que un distinguido caballero hindu, a quien fuí presentado en el Hotel Conemara para que me hiciera conocer la institución, me informó de que aquella enseñanza puede quizá despabilar los ojos de los occidentales, pero no avivaría la vista de los orientales, pues apenas asentaba la primera piedra, el *abc* de la religión hindu... No me detendré ni a discutir ni a explicar esta cuestión, pues me llevaría muy lejos, y ni el tiempo en este momento todavía disponible ni este lugar tampoco, me lo permitirían.

Siento igualmente no poder discurrir de acá para acullá en una de las visitas más curiosas: la de Madura, que resume la tradición y cultura meridional de la India, y cuyo estupendo templo, dedicado a la diosa Minakshi, es una maravilla de arquitectura dravidiana, completamente ajena a toda influencia artística de procedencia extraña, exponente de un estilo hindu legítimo, con esbeltas torres piramidales, rincones rectangulares que se repiten

y repliegan unos dentro de otros como las típicas cajas de laca chinesca, un enjambre de claustros y galerías y pórticos, donde pulula de día y de noche una enorme multitud; esculturas delicadísimas, techos horizontales, sin rastros de cúpulas ni arcos: y todas esas diferencias de labores se muestran en piedra, pues parece haber sido excluída totalmente la madera. Presencí allí una imponente ceremonia religiosa nocturna, que no es de suyo oculta pero de la cual pocos forasteros son testigos: apenas tomaron cuerpo las primeras sombras de la noche, de los altos de la estación del ferrocarril — donde nos alojamos, pues no existe hotel allí — con afectado secreto me trasladé al templo con un guía, quien andaba turbado de miedo de que mi presencia en la procesión sacara de su quicio la ira de los fieles; a nuestra llegada todo estaba profusamente iluminado con lamparillas de todo género: a ambos costados del pórtico central y todo a lo largo del inmenso vestíbulo de las 1.000 columnas, divisaban los ojos a vendedores con mostradores improvisados, y una multitud afanosa recorría el local, comprando luminarias, guirnaldas, mil objetos diversos, después de regatear un cuarto de hora el precio; cada vez más iba creciendo a más largos pasos la concurrencia, y, a pesar de lo enormemente grande del recinto, el perfume asfixiante de las guirnaldas de flores amarillas y de los millares de seres allí congregados alcanzaban con el olfato lo que no es creíble, hasta que los sacerdotes del culto principiaron a organizar lentamente la procesión, llevando en andas a las imágenes de los dioses y los emblemas de su poder, ofreciendo pujas y encantamientos, mientras la gente, que seguía en grupos compactos, cada cual con su luminaria, le iba dando música y cantando canciones, prosternándose a ratos en el suelo: los ídolos más grotescos y extraños desfilaban a mi vista, haciéndoles todos reverencia, y malgrado el evidente simbolismo, no podía ocultársene que todos aquellos fieles, cuyo fervor ingenuo era evidente y merecía todo respeto, se aplicaban a la adoración de aquellas imágenes, idolatrándolas como la encarnación misma de su cielo de divinidades. Cerca de dos horas guardó continuamente su puesto la procesión, a cuyo lado pude siempre andar, gracias al guía intérprete que me convoyaba y quien me colocó en diversos puntos estratégicos a su paso: hizo mella profunda en mí aquella fe tan ardiente, que no podría con sinceridad decir haberla visto mayor, más completa o más sincera, en las iglesias más afamadas de la cristiandad: quizá sólo en los monas-

terios de Rusia, donde el mujik demuestra igualmente una piedad extraña, pueda encontrarse algo de lejos parecido. Y allí no había engañifa, pues aquellos hindus iban casi todos desnudos, apenas cubiertos por telas cuyo estado revelaba la pobreza y la sinceridad de sus dueños... Fui testigo esa noche del baile ritual que se acostumbra hacer en esas fiestas: las *nautchas*, recargadas de joyas y con vestidos recamados de oro y plata, jugaban de los pies como de los brazos en ritmo lentísimo, a la usanza oriental; y aquellas bailarinas, en toda la India celebradas, lograban producir la sensación más intensa de la más intensa voluptuosidad asiática...

Por fin, en Tuticorin me hice de nuevo a la mar en el vapor *El Barhata* para cruzar a Colombo: travesía que rivaliza con la del canal de la Mancha en no eximir del terrible mareo sino a muy contadas personas.

ERNESTO QUESADA.

(Concluirá).





Ernesto Quesada

INTERMEDIO (1)

Joven desengañado del mundo y de la vida
que exhibes, como un timbre, tu manía suicida
de no pensar en nada, porque tu alma está llena
de saber y, a tu juicio, nada vale la pena;
de no creer, tampoco, porque si bien se mira
nada es, por lo que adviertes, ni verdad ni mentira;
de no confiar en nada, ni esperar bien alguno
porque entre los que existen no te halaga ninguno;
de no amar, porque entiendes que el amor es intento
indigno de los hombres de tu temperamento;
de no soñar, al menos, porque el sueño es quimera
propia de almas pueriles, ebrias de primavera;
de no apetecer nada: ni riquezas, ni nombre,
ni poder, ni siquiera la gloria de ser hombre, —
sin que a pesar de todo, con lógica que admiro,
ni en realidad ni en sueños te hayas pegado un tiro:

Depón por un momento ese tu ceño adusto
que ya a nadie persuade ni a mí me mete susto,
y hablemos buenamente, como viejos amigos
que tras un largo viaje se encuentran, sin testigos.

Cuando partiste, hace años, eras un buen muchacho,
un poco enamorado y otro poco borracho,
de ilusión unas veces y otras veces de vino,
que hacías en jornadas iguales tu camino,
despreocupado, alegre, voluptuoso, travieso,
pronta la mano al golpe, lista la boca al beso,
seguro de tus fuerzas, contento de ti mismo,

(1) Del libro de cuentos, próximo a aparecer, titulado *Caricia de Sol*.

llena el alma de sueños y los ojos de abismo,
el músculo tendido con suprema energía
y el espíritu henchido de radiante alegría,
y que cuando acudíamos a nuestra cita diaria
con la vida, no menos bella por ordinaria,
con la herramienta al hombro y el cantar en los labios,
te reías conmigo de los que siendo sabios
morían finalmente sin que hubieran sabido,
por lo menos, si habían o no habían vivido...

¡Qué mudanza al regreso!... Tu espíritu es un yermo,
traes el alma helada y el corazón enfermo
de agotamiento, hastío, temor, incertidumbre,
sin fe y sin esperanzas, sin ilusión que alumbré
la obscuridad estéril en que al fin te perdiste,
como un niño en las selvas, acobardado y triste...

En tu viaje te has dado tal hartazgo de ciencia
sin digestión, que al cabo perdiste la conciencia
de lo que eras tú mismo, y tu personalidad
naufagó en el oleaje de aquella inmensidad
de teorías contrarias y verdades opuestas
que en confusión de rumbos fijos me manifiestas,
amasando con ellas ese pan de mil hojas
de ingeniosos equívocos y bellas paradojas
que es tu solo alimento, bien precario, en verdad,
puesto que, al fin de cuentas, no es más que vaciedad...

En las fuentes letales de la sabiduría
presurosa, has ahogado tu viril alegría,
y tu fe de otros tiempos se ha trocado en la duda
que ensombrece y espanta tu pobre alma, desnuda
de todo sentimiento de belleza o amor,
porque ya es sólo un páramo tu jardín interior.

Eres un muerto que anda, un espíritu exhausto,
torturado y vacío como el del pobre Fausto,
sin que haya Mefistófeles que se anime a adquirirlo,
ni Dios bueno y piadoso capaz de redimirlo.

Tú, que tanto sabías, todo, todo hoy lo ignoras;
tú, que así te reías, hoy ni siquiera lloras;
y claudicante, triste, desorientado y solo, —

Marsyas sacrificado por las iras de Apolo, —
giras en tu vacío íntimo, sin cesar,
como una hoja arrastrada por el viento, al azar.

Entre tanto, la vida, la vida verdadera,
fértil, fecunda, fuerte, prolífica, sincera,
que no sabe de análisis, ni dogmas, ni teorías,
pero que en cambio crea y estimula energías, —
estalla en torno nuestro como en una explosión
del esfuerzo hecho obra, la virtud hecha acción,
la esperanza hecha aliento y el amor hecho fuerza,
sin que nada entorpezca, ni destruya, ni tuerza
las reacciones triunfales de su impulsión creadora.

Se insinúa en la noche, se revela en la aurora,
crepita al mediodía y esplende en los crepúsculos;
transfórmala en belleza la tensión de los músculos
en campos y ciudades, estudios y talleres;
se ennoblece en el cálido amor de las mujeres,
y atraídos por ella, donde posa la planta,
el corazón se expande y el espíritu canta!

Hasta ahora, en las páginas leídas de este libro,
en el que con mis ansias y mis impulsos vibro,
conmigo has recorrido, de los varios senderos
de la vida, al acaso, si los más placenteros,
también los más difíciles. del amor, sombra y luz,
que es corona de rosas y de espinas y cruz,
manantial de agua pura, cisterna envenenada,
oasis de reposo para el alma cansada,
tormento irremisible, fuente de gracia plena,
ánfora de miel y acíbar constantemente llena.

Complejidad sublime como la vida misma,
es el amor, amigo, como la vida, un prisma,
en el que la infinita diversidad de aspectos
se nos revela en forma de infinidad de efectos
que sólo nos exigen, para su comprensión,
sinceridad de espíritu y fuerte corazón.

Términos equivalentes, el amor y la vida
nútrense en nuestra carne macerada y dolida,

y amor es, como aquélla, un lírico resumen donde halla sus motivos de inspiración el numen.

Los dos complementarios y ambos contradictorios, no tienen por fronteras límites divisorios; se enlazan y confunden, y amor y vida, en suma, son recíprocamente como el agua y la espuma.

Al amor exaltemos para exaltar la vida: lo hemos visto, o veremos, triunfar en la reñida lucha de hondos prejuicios; en las inquietudes enervantes del siglo, y en las vicisitudes y en las alternativas de su propio proceso, para fincar el ímpetu de su fuerza en un beso, que traduce en la angustia de su loca ansiedad el vigoroso anhelo de la fecundidad!

Fecundidad tan sólo la vida nos exige ¿y es esto, por ventura, lo que tanto te aflige? pues bien: no es necesario, según lo que colijo, tramar filosofías para tener un hijo...

Hijo de carne y huesos o hijo espiritual, legítimo si puedes, y si no, natural, hazlo de cualquier modo, y si en ello se ingenia tu voluntad, verás cómo tu neurastenia, tu desgano invencible y hasta la catalepsia del deseo, en que a veces te arroja tu dispepsia, se traducen en una como excelsa virtud de bondad y energía, de entusiasmo y salud.

Dime, si te parece, que mi visión es corta y que me animalizo demasiado: no importa: antes que fuerza inocua sin destino virtual, francamente: prefiero ser un poco animal...

Advierto, felizmente, que esta plática es larga y que por lo que digo parece que te carga.

Hago punto y concluyo. Perdóname si he sido, con demasía, acaso, valiente o atrevido; mas no me era posible substraerme al deseo de decirte, de paso, lo que al mirarte creo del pesimismo ingrato que malogra tu vida, que pudiendo ser Niágara, es un agua dormida;

que pudiendo ser carmen, es tan sólo un desierto;
y que en la atonía de tu destino incierto
es un esfuerzo estéril ; una energía inerte
encauzada hacia el piélago inmóvil de la muerte! . . .

¿No te place la prédica? Es igual. Son sinceras
mis palabras, y basta. Di de mí lo que quieras,
o bien, no digas nada. Es lo mismo. Tu amigo
seré de todos modos, si te agrada. Prosigo . . .

J. L. FERNÁNDEZ DE LA PUENTE.

“LA NACION” Y EL ARTE NACIONAL

Publicamos a continuación tres estudios críticos sobre la exposición que de sus obras han hecho en el Salón Nacional los artistas argentinos Zonza Briano, Bermúdez, Leguizamón Pondal, Deluchi, De Navazio y Del Campo.

El éxito muy halagüeño alcanzado por la exposición es conocido de todos. La exposición ha sido visitada y discutida, con interés, con calor, y la expresión de los más opuestos juicios sobre el valor de las obras expuestas ha hallado cabida en todos los diarios libremente. Con tales antecedentes, no podía ser recibida sino con marcada sorpresa en todos los círculos literarios y artísticos la determinación de *La Nación*, de no admitir en sus páginas otro parecer sobre la exposición que el emitido en ellas por su crítico de arte, rechazando los artículos que disintieran con las opiniones de éste, por más que los prestigiasen firmas reputadísimas. Ricardo Rojas, uno de los rechazados, leyó su estudio en el banquete ofrecido a los expositores por un nutrido grupo de intelectuales, y dejó en él constancia de su protesta contra la actitud insólita de *La Nación*; Manuel Gálvez, otro de los rechazados, nos ha entregado su artículo para que lo publiquemos junto con el de Rojas.

A las protestas surgidas respondió *La Nación* en su número del 22 del corriente con un extenso editorial — nuevo caso insólito — cuyos conceptos no podemos dejar pasar en silencio, sin siquiera expresar a su respecto en breves palabras nuestra absoluta disconformidad, que es la disconformidad — damos fe de ello — de la mayoría del elemento pensante del país, que de este asunto se ha ocupado. *La Nación*, muy bien inspirada, teme porque las aptitudes de nuestros artistas de talento se malogren, y los juicios del público se desorienten por falta de dirección segura en materia artística, y a tal objeto se erige en censor único

e indiscutible, dispuesta a dar a cada cual lo que se merezca y a colocarlo donde se merezca para que ahí se quede por siempre. "A la crítica artística — dice, y por crítica artística debe entenderse la del mismo diario — incumbe el deber de colocarse a la altura de la misión que el momento le impone: la grave misión de celadora del porvenir del arte nacional". Y más adelante: "Este deber es más importante y más grave de lo que a primera vista parece: es como una policía sanitaria que vela por los intereses de la Nación Argentina en el campo intelectual".

Muy bien por esa policía sanitaria; pero ¿quién le ha atribuído tan omnímodas facultades? ¿No teme *La Nación* que su crítico pueda errar, como todos los humanos, y no admite la posibilidad de dos criterios distintos, ambos rectos y sanos, sobre un mismo asunto, y la utilidad de presentar al público ambos puntos de vista? No le insinuamos que cree una tribuna libre para el debate de los temas de arte, pero sí le sostenemos que el criterio de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, escritores y críticos de sólida reputación, bien vale el de su crítico de arte. Es posible que éste sepa señalar muy bien "las orientaciones a que debe ajustarse todo arte que se inicia" — empleamos las propias palabras de *La Nación* — "por el órgano del buen sentido, cuando otras dotes le falten, y con auxilio del buen gusto, cultivado en el estudio de las obras maestras y, *más todavía* en la observación de la realidad"; pero ¿por qué suponer que ese *buen sentido* y ese *buen gusto* (¡qué poca cosa le exige *La Nación* a sus críticos!) han de faltarles a los distinguidos hombres de letras que solicitan la grata hospitalidad de *La Nación* para sus ideas?

Todo el editorial que comentamos canta el mismo estribillo: *La Nación* se propone por sí y ante sí "educar el gusto público y velar por la honestidad artística de las generaciones futuras".

Nadie puede desconocerle ciertamente el derecho de erigirse en única dispensadora en sus columnas del favor y de la censura; allá el gran diario con su ilusión de poseer la verdad revelada en materia de arte y con ella en la mano la protección de las musas en nuestro suelo, recién llegadas según cuentan y ya amenazadas de tanto peligro; pero que entonces reniegue de hoy en adelante de su noble tradición de libertad en la discusión de las ideas, y de amparo de todo espíritu escogido que quiera decir su palabra, y declare sin embozos: "No nos agrada la contradicción. Nuestra palabra debe ser la primera y la última para

los lectores. Nuestros juicios son absolutos é inapelables." De esta suerte *La Nación* podrá seguir ejerciendo, para su mayor gloria, la dictadura intelectual que un tiempo le correspondió "par droit de conquête" y ahora reclama "par droit de naissance".

NOSOTROS que no teme desorientar a las personas inteligentes con la discusión levantada de todas las ideas, publica a continuación los dos artículos de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, y uno de Rinaldo Rinaldini que sostiene exactamente lo contrario que aquéllos.

LA DIRECCIÓN.

EL SALON DEL RETIRO

Allá en el término de la calle Florida, donde comienza su declive la barranca del Plata, conserva y ceba Buenos Aires, uno de sus mejores sitios de silencio, de tradición, de poesía. Es como si el tumulto bursátil de la ciudad se remansara en la frondosa plaza, y en ella el alma porteña pudiese más claramente recordar, comprender y soñar, tal como un agua aquietada en su cuenca, refleja mejor sus astros. Apenas hace medio siglo, y era aquel barrio un lodazal silvestre donde se atascaban las carretas; ahora corren los autos por la limpia vereda, entre señoriales mansiones y árboles armoniosos. Yo no puedo pasar por aquella plaza sin recordar que en ella se realizaban antiguamente nuestras corridas de toros, y que el mismísimo don Juan Manuel de Rosas, antes de ser tirano, saltó una tarde al redondel, vestido de gaucho para enlazar una fiera, y que después, siendo tirano, tuvo en el mismo barrio una de las mazmorras donde aherró a los poetas de su tiempo. . . En ese histórico rincón de la ciudad, los argentinos de hoy celebramos nuestras exposiciones de arte, con el orgullo que nos da el contraste de aquel pasado sombrío, que es necesario conocer para mirar con simpatía la obra actual de nuestros pintores y escultores, y presentir con optimismo, el florecimiento de su obra futura.

He ahí la reminiscencia local que se despertaba en mí estas últimas tardes al atravesar el viejo Retiro y penetrar en las salas de la exposición, recién inaugurada bajo los auspicios de la Comisión de bellas artes. Perdíase a lo lejos, tras de los muros sordidos, la línea horizontal del Plata epónimo; dejaba a mis espaldas la estatua del paladín, últimamente profanada por la venal incomprensión de un artista europeo, y trasponía la verja del pabellón con el alma acometida por la necesidad de un arte propio y de una atmósfera de belleza en la ciudad. Hace un cuarto

siglo que se viene aquí luchando por esa esperanza, con éxito mezquino. Pedimos a la sociedad, al gobierno, a la prensa, a la crítica, respeto por la personalidad de los autores, aplausos por el patriotismo de su esfuerzo, reverencia por el desinterés de sus vidas. La obra madura no llegará sin ese estímulo de inteligencia y de amor. Promueva la crítica sus cuestiones teóricas sobre la belleza, o sus cuestiones técnicas sobre la expresión, pero sin olvidar que el arte es aún entre nosotros, no sólo problema estético, sino problema elemental de cultura. Tal vez se requiera ser argentino para sentir todo esto, pero es menester sentirlo. Difícilmente verá surgir un arte nativo el país, donde los artistas no hayan logrado siquiera la jerarquía social que corresponde a sus altas vocaciones, ni la cotización profesional de sus obras. La crítica debe tener presente que un arte nacional no se genera por la técnica voluntaria de un hombre, sino por el sentimiento inteligente de un pueblo. De ahí que en tales casos, sea más útil educar al opulento contemplador, que deprimir al abnegado artista.

Y cuando se ha penetrado en la exposición del Retiro, vamos pasando, según el orden de las salas, por entre las telas pastorales de Cupertino del Campo, y los acendrados arquetipos de Jorge Bermúdez, y los tranquilos bronce de Leguizamón Pondal, y las inquietantes visiones de Zonza Briano, y las rojizas luces de Pedro Delucchi y las decoraciones florales de Navazio, y cuando volvemos hacia atrás, individualizando las obras, desearíamos entonces cerrar los ojos a todo lo mediocre, para abrir el espíritu a la contemplación de los esfuerzos logrados y a la promesa de los nombres elegidos. ¿A qué esgrimir la fusta y entorvecér el ceño como un dómine lívido, contra el que creemos pésimo alumno del viejo Apeles? Lo que hay de grande en esos destinos, habrá de realizarse fuera de nuestro magisterio, ilusorio; y habrá de morir solo, cuanto hay de fútil en ciertos afanes. Dejemos a la puerta esas pedagogías del libro abierto y del pecho cerrado. Digamos sólo la palabra del bien, porque esa es fecunda. Revelemos al magistrado ceremonioso, a la dama elegante y al hombre del pueblo, que cada uno de esos trabajos expuestos en el salón del Retiro, es la concreción de un ensueño aquilatado de angustias; que la capacidad de generarlo y amarlo, es por sí sola un signo de selección en las sociedades embrionarias; y que obstinarse en él ante gentes irrespetuosas, frívolas, indiferentes o sórdidas, es ya soli-

viantar el carácter hasta los renunciamientos de la santidad o hasta los timbres de un silencioso heroísmo.

Yo he visto a Jorge Bermúdez partir de Buenos Aires para la quebrada de Humahuaca y los valles de Catamarca, después del éxito de sus dos últimas exposiciones; trocar en ese viaje la sensualidad metropolitana por la frugalidad de la aldea o el ascetismo de nuestra vida campesina; para ir en busca del modelo autóctono, y volver de allá con esas diez y seis telas que expone, vigorosas de sinceridad y de color. Yo he visto a Zonza Briano en su taller de Barracas, cerca del puente del Riachuelo, vivir como un cenobita en su retiro, poseído por su arte, soñando de día y velando de noche, para arrancar a la forma inerte, la expresión espiritual de sus retratos próceres, la vida sutil de sus cabezas femeninas, o la presencia fantasmal de su Cristo blanco. Yo lo veo a Cupertino del Campo salir con su obra de pintor a la discusión pública, cuando pudiera preferir la segura quietud burocrática de su empleo eminente; y lo veo a Leguizamón Pondal que pudiera vivir a la sombra del nombre heredado, seguir las sendas escarpadas del arte, en procura de un nombre propio; y los veo a Pedro Delucchi y a Walter de Navazio, después de haber cursado las academias locales, buscar la ruta de Europa, ellos también aguijoneados por el ansia de una belleza perfectible, vibrantes argonautas de la noble Quimera. Tanto valor de almas — y de alma — es lo que también se expone en el salón del Retiro; sacrificios, vigiliias, ideales, coraje, sinceridad, talento, amor, todo eso junto, que vale, para la cultura patria, por lo menos tanto como vale una elección populosa, o un lance de aviación, o un ruidoso debate parlamentario, o la conferencia de un visitante extranjero, o el más pingüe negocio de la bolsa o una exposición de campeones pecuarios. La prensa, el estado, el pueblo, tienen cada uno, su deber de solidaridad con semejante acontecimiento. Desamparar el salón del Retiro, fuera hostilizar una generosa fundación, y justificar el desaliento o la emigración de nuestros artistas.

Se dirá que pretendo enaltecer la exposición por sus valores morales, y yo me avanzo a confesar ese propósito, puesto que se trata de un salón de artistas argentinos. Debemos tender a la formación de un movimiento local de arte, "nacional" por la residencia de los autores, por las tendencias estéticas, por la vinculación espiritual del núcleo creador y del pueblo que contemple las obras creadas, anualmente expuestas bajo el patrocinio de toda

la nación. Sólo un movimiento de esa índole podría enorgullecernos como argentinos, y dar a Buenos Aires la calificación de una capital artística, siquiera sea dentro de nuestro continente. Pretender que lo somos ya por nuestros museos, por nuestros teatros, por nuestras exposiciones mercantiles, es una puerilidad peligrosa. Buenos Aires interesa a los empresarios de ópera como centro de abonos y a los mercaderes de cuadros como hotel de ventas, pues tienen la experiencia lucrativa de cómo se sorprende la ingenuidad generosa de los cosmópolis adinerados. La exposición internacional del centenario — valiosa, sin duda, — hubiera podido ser simple espectáculo suntuario al alcance de una colonia rica. Siente nuestro pueblo espontáneas tendencias artísticas que debieran ser inteligentemente cultivadas. Nacen a veces en la tierra argentina individualidades selectas, que no han de pertenecernos por el accidente de la cuna, sino por el arraigo de la vida y del espíritu. Si nosotros no sabemos crear ese ambiente de simpatía cívica y estética para los artistas nativos, los más fuertes emigrarán, buscando la patria de su espíritu, y ellos serán de la ciudad que los acoja, con detrimento y retardo de nuestra propia civilización.

Ante reflexiones de esa índole, véase la importancia civil de nuestro salón del Retiro. La severidad individualista, intransigente, filosófica, ha de avenirse aquí con los problemas morales del medio artístico naciente. Es muy fácil recordar los nombres ilustres de una civilización ya realizada; lo difícil es contribuir a realizarla en un mundo nuevo. Para lo primero basta haber viajado y leer las revistas; para lo segundo, es necesario la intuición, la fantasía, el amor. Por eso eludo la vanidosa voluptuosidad que pudiera encontrar en las fallas de emoción o de técnica de las obras expuestas. Pudiera decir que Delucchi patina sus telas con un sepa arbitrario y que sus arabescos son a veces vulgares; mas prefiero elogiar la austeridad de su dibujo y el vigor animado de sus aguas fuertes (v. núm. 43). Pudiera decir que Navazio no pinta el relieve ni la calidad de las substancias en sus desnudos fonjes, o que las manchas de color de tal jardín (núm. 11), rojo, verde, quedan como sobre la paleta en su materialidad prístina, sin armonizarse entre sí, ni envolverse en la luz del ambiente; mas prefiero elogiar el "Ombú" y los "Sauces de la tarde" por la honda poesía personal que de aquellos árboles trasciende... Pudiera decir que Leguizamón Pondal ha modelado con vacilación la cabeza número 1; mas prefiero elogiar el verismo del

retrato número 3. Pudiera, en fin, censurar en del Campo la poca selección de los modelos (v. gr. núm. 4), la inclusión de trabajos inconsistentes (núm. 18), la pincelada que se corta donde se desearía el trazo continuo, audaz, seguro; mas prefiero elogiar en el número 39 sus logrados efectos de luz y de fronda, en el número 37 su amplitud panorámica, en los números 7, 23 y otros, sus delicadas expresiones de verdor pampeano, poesía de nuestras églogas genuinas...

El mundo de los artistas, crea en todos los países una atmósfera electrizada de asechanzas, intrigas, rencores. Mientras visito el salón, algunos vienen a murmurar sus querellas en mi oído. Los que están, se creen perseguidos por los ausentes; los ausentes se dicen excluidos por los que están. "Este — me avisan — es un aficionado; ése un megalómano; aquél, un impersonal; el otro, un simulador; el siguiente, un estudiante; el último, un ingenuo"... Es lamentable que todo esto ocurra en una tierra de suyo hostil, donde todas las fuerzas cordiales debieran aunarse, no para defender la obra de éste o de aquél, sino la causa de todos, en cada caso representada por el cofrade que se arriesga a mostrar su obra, pues aquí "exponer" es "exponerse"... ¿Por qué llamar "aficionado" — con tono deprimente — al que se ha definido "pintor" — bueno o malo — por su obra abundante, por su vocación duradera y hasta por el solo hecho de exponer en el salón anual de los pintores? ¿Por qué censurar al que tiene personalidad bien definida y quiere manifestarla, si hemos de censurar también al que no la tiene y sigue humildemente los cánones? Se ha murmurado del sistema de la exposición por salas individuales, queriendo ver en ello la obra de un círculo excluyente. Esto es injusto. Exponen este año los seis artistas que obtuvieron las sendas salas disponibles. Otros — quienes las pidan — expondrán en los años venideros — según me informan algunos miembros de la Comisión. Pero lo que no puede negarse, es la ventaja del sistema, que cede un local gratuito al expositor argentino, que salva su personalidad dentro de cada recinto, que no promiscua obras diversas en la abigarrada confusión de los pabellones comunes, reuniendo así en todo ello, los alicientes de una exposición individual y las ventajas civiles de una exposición colectiva, pues en tal caso la obra aparece, no como la labor de un esteta solitario, sino como el trabajo de un grupo conciente de su arte y de su nacionalidad.

Salgo de esta exposición con la plena confianza de que muy pronto llegaremos a definir un arte nacional. Los que desde hace años seguimos y fomentamos este movimiento, podemos hablar del largo trecho en poco tiempo recorrido. Amplia y segura ha sido la evolución, desde las escasas exposiciones de antaño hasta el salón del Retiro, por lo que él representa como organización de la cultura en su conjunto, y como avance estético en la obra descollante de Zonza Briano y de Bermúdez. Bastaría remontarse a la sección argentina del Centenario, para comprender lo que en nuestro país significan las salas de estos dos artistas creadores y singulares. Mientras el arte nacional de entonces parecía buscar sus fuentes en un verismo trivial, y su técnica en las untuosas academias italianas, para representar sus gauchos de carnestolendas y sus cocoliches de sainete — Zonza Briano y Bermúdez avanzan resueltamente hacia las esferas de la emoción individual y castiza, buscando trasuntar, por una técnica más viril, la vida espiritual de sus modelos. Uno y otro representan, en el momento actual de su arte y de la sociedad argentina, el idealismo tantas veces predicado contra el materialismo y el cosmopolitismo que son la fase actual de nuestra evolución: Zonza Briano en el arte de las formas, con su culto de las vidas superiores; Bermúdez, en el arte del color, con esas telas en que la raza americana y su paisaje se acendran en una armonía secular. Y no vacilo en agregar que por su ejecución, la sala II y la sala IV del Retiro figurarían con dignidad para nosotros en cualquiera de las más célebres exposiciones anuales que se realizan en Europa. No desdeñaría la presencia de estos dos artistas nuestros el salón de París y creo que ambos honrarían al Museo Moderno de Roma o a la Tate Gallery de Londres. Quienes conocen el fondo mediocre de estos dos últimos museos, saben que no incurro al juzgar así, en una hipérbole complaciente.

En la sala IV hay un ambiente de capilla: silencio, flores, penumbras, aromas de Arabia... Yo no sabría decir si ese ambiente místico se debe sólo a esta máquina más o menos teatral, o a la presencia silenciosa, majestuosa, misteriosa, del Cristo blanco que se alza en el fondo de la rotonda. Lo que sí sabría decir es que no hay en todo ello nada de censurable. Censuraríamos entonces toda la estética wagneriana, y el artificio esencial en que reposa el arte. Basta enunciarlo para comprenderlo: la libertad del artista debe ser infinita. Sólo se le pide una emoción

de belleza; si nos la da, el corazón le bendice. Y el Redentor que está en el Retiro, tiene la unción del arte verdadero. Está modelado con simplicidad, y ya se sabe que hay una simplicidad difícil. El artista se ha valido de ella por necesidad del asunto, y no para eludir dificultades, como se cree vulgarmente. Yo ví al Cristo nacer de la arcilla negra, y tenía las manos y el hombro anatómicos en extremo; después los veló el artista, borrando la clavícula y uniendo los dedos, porque lo que buscaba crear no era un hombre visible ni un Dios invisible, sino una aparición. En el siglo II de nuestra era, los paganos caricaturaban al Cristo como un asno crucificado; desde entonces hasta ahora, el arte le ha representado de diversos modos, brutalmente humano en Holbein y Ribera, frívolamente humano en el Tintoreto y Rafael, pero siempre patético, gesticulante, dramatizado, hasta llegar al Cristo escultórico de Bistolfi, cuya peinada barba y manos crispadas, así como la túnica labrada, lo humanizan asaz, siguiendo el influjo de los predecesores. Este del Retiro es el primero en que Cristo aparece totalmente sereno, como un bloque o como un árbol o como un espíritu. Es "El"... Y para eso necesitábase la misma técnica de las cabezas femeninas, desde cuyos sutiles matices de sentimiento nos elevamos con la serie de los retratos, a la expresión de los caracteres viriles, y vemos que el modelado va sobresaltándose y definiéndose por grados, desde el equilibrio del Bosch y la serenidad del Mitre hasta el tormento del Wágner. Por otra parte, quien ha realizado el torso que se llama "Belleza", palpitante de vida venusina, queda fuera de toda disputa como modelador, y el Redentor está, por sus dificultades, más allí de todo eso. Lo está igualmente como interpretación de la mágica figura cristiana, fantasmal para los ojos del arte verdadero, como para los ojos de la vida, donde tan sólo la entrevemos...

En cuanto a la sala de Bermúdez, diré que es la afirmación de un poderoso temperamento de pintor, venturosamente orientado ya hacia la definitiva posesión de su personalidad, de su técnica y de su raza. Se le dice que tiene reminiscencias de Zuloaga. Quizás... algunas, como resabio de su obra primigenia; pero a mí me place decir que se halla en vías de su total independencia, y que casi nada veo ya de sus maestros en el "Gallero Viejo", en la "Serrana", en la "Chinita", en el "Gaucha del norte". Pero, y Zuloaga, ¿no es acaso un resumen voluntario del Greco, de Velázquez y de Goya? ¿Por qué no ven más bien en Bermúdez, la in-

fluencia de aquellos padres de la pintura ibérica, que Bermúdez ha estudiado en Toledo y Madrid, lo mismo que Zuloaga?... Es que Zuloaga está de moda; se cotiza en los salones; circula en las revistas... Yo comencé a ver la obra de Zuloaga en un salón de otoño, en París, y me causó verdadero asombro. Más tarde descubrí sus fuentes en el Prado, y la que había juzgado creación genial, me lo expliqué por la asimilación de un hábil talento. ¿Y Velázquez mismo, no pasó acaso por dos maneras provisionarias hasta llegar al cuadro de "Las lanzas" y a los retratos del tiempo de Don Felipe? ¿Y aún independizado de sus primeras sugerencias, no subsistió en su obra definitiva, la influencia de su maestro Zurbarán? Yo no conozco un solo artista que pueda repetir aquella jactancia que se atribuye a Napoleón en su coronamiento: "Yo soy mis antepasados". El señor Bermúdez los tiene, y debe estar orgulloso de ello, aun cuando deba libertarse completamente de ellos. Si sólo hubiera compuesto "La patroncita", sería ya uno de los fundadores del arte verdaderamente argentino. Su destreza en la composición, la amplitud de sus arabescos, la intención de sus fondos, el relieve y colorido de sus figuras centrales, la calidad de sus substancias, la firmeza de su dibujo, la seguridad de sus pinceladas, la fecundidad de su labor, la simpatía por su tierra, su emoción nativa, su tradición castiza como hombre y como pintor, todo le conduce a superar en mucho su juventud y su obra actuales, y realizar cuadros de carácter y de costumbres, que habrán de definir nuestra pintura, por su técnica y por sus asuntos regionales. Está en el buen camino histórico: el norte argentino debe ser su taller. La luz, la tierra, el hombre, la emoción de los siglos, el color de las telas y costumbres, todo está allí en propicia coincidencia con su temperamento personal y con su ideal nacionalista.

Tales son las palabras de aplauso que yo he sentido la necesidad de divulgar para lograr que el país me las oyera. Al abandonar el salón del Retiro un hada bienhechora iba borrando en mi mente la impresión de lo subalterno que suele haber en las exposiciones, para no recordar sino lo bello, lo útil y lo bueno del loable acontecimiento. ¿A qué desencadenar, como un Eolo maligno, la racha helada y heladora sobre la primicia de las gemas? Cerremos, al contrario, nuestro luerto sagrado, y amparemos sus frutos, hasta que llegue para nosotros también, entre cantos y luces, la mañana de las buenas vendimias.

RICARDO ROJAS.

LA ESCULTURA ELEGÍACA

PEDRO ZONZA BRIANO

Me parece útil — mejor dicho, imprescindible, — ahora que surge en nuestro país una generación de verdaderos artistas, interpretar la obra de los más representativos en el común esfuerzo por la belleza y la cultura. Pedro Zonza Briano, cuya segunda exposición acaba de inaugurarse, es uno de aquellos artistas. Su arte, muy nuevo y muy sutil, concebido según un concepto propio, reclama su exacta interpretación. Es un arte fácil de ser sentido, pero difícil de ser explicado y definido. Se ha escrito abundantemente sobre Zonza Briano, pero hasta ahora, a mi entender, no ha sido bien precisado el carácter de su obra. Así, pues, cuanto se escriba sobre este artista será interesante, ya que ayudará a la comprensión, no precisamente sentimental sino más bien estética, de su arte. Ensayaré interpretarlo en estas líneas, pero sin pretender, por cierto, haber acertado en absoluto. Conviene que el público conozca, junto a las críticas minuciosas, el espíritu de la obra de arte y el concepto de belleza según el cual aquella ha sido creada. Cuanto más audaz y revolucionaria es la obra de un artista, más análisis y comentarios exige; pero en estos casos la utilidad de las interpretaciones reside, principalmente, en que, difundiendo conceptos nuevos, representa una campaña por la cultura y el progreso.

Zonza Briano es un elegíaco, según el significado moderno de la palabra elegía. El artista elegíaco se vale de medios simples, sumamente simples, para producirnos sensaciones. Es un arte penetrado de elegancia, de melancolía; por eso el dolor es en él discreto y, aunque atormentado, nada tiene de trágico. Verlaine, Carrière y Debussy son tipos de artistas elegíacos en poesía, pintura y música. Zonza Briano presenta todas las características

que aquéllos. Como Verlaine, Debussy y Carrière, ha suprimido la línea y ha creado un arte de sombras. Ama el dolor, pero es un dolor sutil, melancólico, todo elegancia y modernidad. La emoción en sus obras es puramente interior, como en todos los elegíacos, y la belleza de ellas no depende de los detalles sino de algo impalpable, de algo que llevan dentro y que también las envuelve misteriosamente.

Es preciso insistir sobre la ausencia de detalles en el arte elegíaco. Tengamos siempre presente que es éste un arte de sensaciones. En el arte objetivo y descriptivo, el detalle es imprescindible, ya se trate de una descripción literaria, musical o escultórica. Pero si el artista, comprendiendo la ineficacia de la descripción, quiere darnos su sensación de una cosa, vale decir expresar su alma, entonces los detalles no sólo son innecesarios sino que perjudican. Para producir una sensación hay que tomar muy pocos elementos, los más simples, los más estrictamente indispensables. Los detalles demasiado trabajados interrumpen la sensación haciendo detenerse en ellos los ojos del contemplador. Es necesario que la mirada penetre de golpe hasta el alma misma de la obra, que perciba en un instante el misterio de su belleza. En las obras hechas para ser sentidas no debe haber mucho que ver. Un instante, un solo instante, ha de bastar para comprenderlas profundamente.

El arte elegíaco sólo expresa sensaciones. Con dos palabras, como Verlaine, con un toque insignificante sobre la cera, como Zonza Briano, nos dice un mundo de cosas, mucho más de lo que nos dirían unos versos o una escultura cargada de excelentes detalles. Y es que sólo la sensación tiene eficacia. Si un escritor, queriendo evocar ante el lector una ciudad secular, pongo por caso, se afana en acumular detalles, no conseguirá sus propósitos. Las mejores descripciones no nos dan jamás ni una idea aproximada de las cosas. Pero si en cambio toma los elementos esenciales para, por medio de ellos, reproducir su emoción, mostrando el alma de aquella ciudad, el efecto será distinto. El lector, en este caso, al sentir lo mismo que el artista, adivina lo profundamente propio de la vieja ciudad, su alma misma. Y si así sucede, no importa que la imagen física que el lector se forja no coincida por entero con la verdadera, puesto que el contemplador ha percibido su fisonomía espiritual, — más eterna y verdadera, por cierto, que la exterior y material.

El arte elegíaco es esencialmente moderno. En literatura, como lo ha observado Brunetière, la sensación aparece, plenamente consciente de su valor, por primera vez, en Flaubert. En pintura, los impresionistas dan las primeras sensaciones, pero no pudieron ser del todo elegíacos porque se preocupaban con exceso del color y de la técnica. El arte elegíaco no necesita del color. Es un arte de medios tonos, de matices, de sombras, un arte crepuscular. Carrière, como dije, realizó el tipo de pintor elegíaco. En música Claudio Debussy hizo lo que Verlaine en poesía. Con medios muy simples, y que parecen complicados a los que no lo entienden, nos da sensaciones admirables. La escultura estaba atrasada en este punto. Rodin no nos produce sensaciones, porque no ha suprimido la línea. Rodin es, sin duda, muy simple y ha preparado el terreno para la verdadera revolución en su arte y cuya gloria corresponde a Zonza Briano. Rodin tiene grandes vinculaciones con los griegos, sobre todo con los primitivos anteriores a Mirón; y aún con los españoles, cuyo concepto de la escultura parece haberle influenciado. Zonza Briano nada tiene que ver con los griegos. Rodin, como Rosso, de quien se dijo inexactamente que Zonza Briano le imitaba, son precursores del artista argentino.

Este arte de sensaciones, que desdeña la forma y sólo se preocupa de la belleza interior, la belleza invisible, es por definición, un arte místico. Elegía, arte de sensaciones, misticismo — todo ello tan moderno — eso es el arte de Zonza Briano.

Dije que Zonza Briano nada tenía que ver con los griegos. Y así es, en efecto. Su concepto del arte es, con las modificaciones que los tiempos determinan, el que en otra parte he llamado cristiano. El arte helénico sólo se preocupaba de crear líneas, y Zonza Briano, como los primitivos cristianos, desdeña la línea, pero hasta hacerla desaparecer. El arte helénico sólo mira la belleza formal. Zonza Briano la belleza espiritual, interior, invisible. La escultura griega es objetiva, vale decir descriptiva, pues sólo se propone exhibir un bello cuerpo. La escultura de Zonza Briano es subjetiva, habiendo alcanzado el máximo del subjetivismo.

Su concepto cristiano está evidenciado en forma clara y terminante por dos de sus obras. "Creced y multiplicaos", expuesta el año pasado y que figura en nuestro museo, es una obra eminentemente cristiana; hasta hay en ella algo de primitiva. Obra

casta y profunda, sin sensualismo, expresa en la actitud resignada de la mujer — una mujer que presente la madre — el dolor de la maternidad. Su título admirable lo dice todo. No representa un acoplamiento cualquiera, sino la unión de los esposos que realizan el precepto de Cristo. Se siente allí la presencia virtual del hijo. En otra ocasión juzgué a esta obra como no realizada enteramente. Era un error que me complazco en rectificar. La falta de anatomía me hizo opinar así, sin tener en cuenta que en esta obra, como en las ceras, Zonza Briano realiza arte de sensaciones.

En su nueva exposición presenta un Cristo. No es el Cristo-hombre sino el Cristo-aparición. ¿No es tal vez así como lo vió San Pablo en su camino de Damasco? Es algo impalpable e incorpóreo y jamás, quizá, se ha espiritualizado tanto la materia. Tiene este Cristo admirable no sé qué de augusto, de divino. Lo admiramos y lo amamos. Es también la sensación de Cristo, más que Cristo mismo.

El arte de Zonza Briano, en su reproducción de sensaciones, tiene un porvenir inmenso. Tomando lo esencial, sin perder tiempo en modelados para él inútiles, puede llegar a constituir una admirable colección de documentos humanos. Puede reunir infinitos momentos fisionómicos en que expresamos la alegría, el dolor, el odio, el heroísmo, todas las pasiones, todas las virtudes, todos los vicios, todos los dolores. Si tal hace, su arte será una verdadera cumbre espiritual y un equivalente del de aquellos inmensos novelistas que, como Balzac, Galdós, Flaubert, han anotado tantos aspectos de los sentimientos humanos. En las obras del artista argentino — no estudios ni bocetos como creen algunos, sino obras definitivas — se siente un fuerte calor de vida que las anima dándoles yo no sé qué inquietud tan humana y misteriosa. Y se diría que cada vez que nos absorbemos en su belleza, surgen de lo más íntimo de ellas, expresiones nuevas, matices insospechados, sombras encantadoras.

MANUEL GÁLVEZ.

LA EXPOSICION DE ARTISTAS ARGENTINOS

En sus *Deberes del Hombre*, Mazzini, dice que nuestro primer deber, el primero por su importancia, sin el cual no comprenderemos bien ningún otro, es para con la humanidad. Los demás deberes, para con la patria, para con la familia, nacerán como una consecuencia de ese primer deber, el más santo, el más inviolable, el que nuestra naturaleza de hombre nos demanda. Trasplantado este principio al terreno del arte, tendríamos que el primer deber del artista, primero por su importancia, sin el cual no podrá penetrarse de ningún otro, es para con el arte — el arte como realización de un ideal de belleza.

Los deberes para con la patria y la familia artística, nacerán como una consecuencia natural de ese primer deber. El artista localizará su amor por la belleza, — aspiración suprema del arte, — como el hombre localiza en la patria y en la familia su amor por la humanidad. Pero el artista empezará por sentir la belleza antes de sentir la patria y la familia. Cultivará ese amor como el único culto verdaderamente sagrado a que le ha destinado su naturaleza.

Del impulso de su inspiración, del eco que ésta encuentre, se irá formando la familia artística que dará origen al arte nacional. La idea de un arte nacional fundado en los sentimientos patrióticos es un programa aceptable tan sólo en política, pero detestable en el dominio estético. El arte se formó en todas partes animado por la llama de un ideal común a la humanidad y los maestros que lo originaron o lo llevaron a su completo desarrollo, trabajaron ajenos a la idea de la patria.

Se dice que una gran obra produjo una fuerte evolución en el espíritu de un pueblo sin que pueda nunca afirmarse que la obra fué dirigida a producir esa evolución. Y es que los grandes espíritus trabajaron por su propia causa exclusivamente; su causa

se hizo luego la causa común y la fuerza de su impulso dió lugar a la formación de un ideal o de un arte dado. En el orden espiritual los movimientos colectivos son nulos y los progresos sólo se afirman por el acrecentamiento de la personalidad. Para llegar a un arte nacional es necesario esperar antes el advenimiento de grandes artistas que den a un ideal de belleza una fuerza capaz de unir a su alrededor a todas las voluntades en una aspiración común. Nuestra única acción posible es inculcar en el artista un profundo amor por la belleza y enseñarle a traducir los sueños que ese amor provoca en su mente.

Si reducimos la idea de arte a la idea de patria, caeremos bien pronto en un sentimentalismo que nada tendrá que ver con el verdadero arte que se alimenta de ideales y de aspiraciones, es decir, de lo que es eterno y por lo tanto ajeno a la idea sentimental de la patria.

Un arte nacional no se formará tampoco copiando exclusivamente los aspectos de nuestro país. Las civilizaciones de Europa tienen un arte propio, característico, porque lo formaron una larga tradición de artistas ajenos en su obra a la idea de nacionalismo y que buscaron la belleza donde aparecía más evidente. La tradición es el elemento constitutivo de un arte propio y la tradición no se reemplaza con el entusiasmo patriótico.

En todas partes la obra precedió a la teoría. Provoquemos la obra y luego pensaremos en las teorías nacionalistas. Enseñemos al artista a hacer arte — sin apéndice — y tratemos de que su idealidad sea suficientemente poderosa como para provocar el arte nacional tan deseado. Alentemos a los verdaderamente capaces y establezcamos una crítica rigurosa, despiadada si es necesario. En arte la benevolencia es el peor de los males. Alentar la ignorancia y el error es fomentar vanidades y desperdiciar naturalezas que pueden servir a un destino más humilde pero más útil para el bien común.

La pintura, la escultura, son un arte y una ciencia: la ciencia es accesible a todos, el arte es incommunicable y es inútil querer inculcarlo a aquel que no ha recibido el don estético. Así habla un gran maestro, y si deseamos para nuestro país un arte digno, meditemos largamente sus palabras. Nuestras academias están atestadas de jóvenes que van a estudiar pintura como quien estudia contabilidad, o aprende un oficio cualquiera. Una esperanza común los alienta y los sostiene: la indulgencia de los profe-

sores primero; la de la crítica y del público después. Alguien le ayudará a pasar sus exámenes, otro alguien le hará obtener una beca. Más tarde una persona condescendiente le pondrá en buenos términos con la crítica y he aquí una nulidad más obstruyendo el camino a los espíritus verdaderamente dotados.

*

Proponemos a la meditación del señor Cupertino del Campo estas simples reflexiones, no ya por la autoridad que el señor del Campo representa como director del Museo Nacional de Bellas Artes, sino porque su obra de pintor (le llamaremos así a pesar de que debiera llamarse pintor al que pinta bellas cosas y no al que tan sólo pinta) tiene todo el carácter de una prédica.

Expuesta en la primera sala de la exposición la obra del señor del Campo, parece señalar el carácter general de ella e indicar a los jóvenes con tendencias al arte, dónde deben inspirarse. La obra del señor del Campo es la reproducción meticulosa y fastidiosamente banal de ciertos aspectos de nuestra campaña. Inútilmente hemos querido encontrar en ella la idealidad que le ha atribuido la crítica.

Los artistas que hicieron del paisaje el motivo principal de sus producciones nos presentaron una *visión* de los lugares en que se complacía su espíritu y su obra tenía en cierto modo el carácter de una evocación poética, carácter esencial en la obra de un paisajista y que no descubrimos en ninguna de las telas del señor del Campo, tan poco inspiradas. Esta condición o más bien dicho esta falta de condiciones de su arte, nos ha llevado a creer que el señor del Campo en su afán nacionalista expone tan sólo para indicar como una fuente de inspiración los aspectos de nuestro suelo y en tal caso no dejaremos de afirmar nuestra preferencia por su pluma como un medio de prédica infinitamente más eficaz. Si su intención es animar a los tímidos, seguiremos prefiriendo su pluma, pues con ella puede inculcarse amor por la gran cultura, empeño que le será mucho más difícil conseguir con su pincel. La gran cultura crea las grandes aspiraciones y las altas aspiraciones crean la voluntad donde no la hay.

No creemos que provoque ninguna emoción en un espíritu sincero la obra del señor del Campo. Un corto viaje en tren nos ofrece aspectos más variados e interesantes. Encuadrado en la

ventanilla del vagón, iluminado por un sol generoso y poblado por las imágenes de nuestra fantasía, el aspecto de nuestra campaña que apercibimos desde el tren nos satisface mucho más que la fría obra del señor del Campo.

Si su intención, repetimos, es hacernos amar nuestro paisaje, apresurémonos a advertirle que su obra empezará a hacérselo insoportable a fuerza de ser banal. En esta exposición sus cuadros nos quitan mucho de las fuerzas que necesitamos para ver el resto y si no fuera que en la sala siguiente aparece en sus colores frescos y radiantes la obra de un simpático artista, volveríamos sobre nuestros pasos. Como primer ejemplo de un arte nacional el que nos ofrece el señor del Campo es bien desalentador.

El señor del Campo pinta nuestro paisaje, cuyo carácter esencial es que sus líneas se pierden en una lejanía infinita, con una perspectiva de miope y limita su grandeza con la evocación banal de alguna casucha desmantelada, con motivos incapaces de conmover el alma más chirle y sentimentalota. Es posible que esos aspectos tengan alguna significación para el señor del Campo, pero en tal caso hizo mal en no transmitir esa emoción a su obra. Toda su obra está pintada desoladamente, si podemos expresarnos así, sin que haya nada capaz de conmover la fibra más blanda de nuestra sensibilidad. El señor del Campo ha querido alejarse de toda tendencia conocida y pintar según su propia sensibilidad, (es éste el único aspecto simpático y encomiable de su obra); pero al alejarse de los sistemas de expresión conocidos se ha alejado también de la esencia misma del arte.

El señor del Campo olvida la responsabilidad que le crea su cargo de director del Museo Nacional de Bellas Artes y que si él expone la *Casita del quintero*, una *Vieja cochera*, la *Casa de los peones* y el *Interior de un galpón*, con cuanta más razón el señor Pedro Delucchi, que es un principiante sin experiencia y sin una idea muy cabal de lo que el arte significa, no expondrá un *Pesebre* (!), una serie de casuchas desmanteladas, aspectos de arrabal y los cascos de algunos barcos que le han conmovido hasta lo más hondo, como lo deja suponer el amoroso efecto de luz con que ha querido hacerlos resaltar. ¡Interesante esta generación de artistas que ama apasionadamente los aspectos de arrabal, que descubre la poesía de los terrenos baldíos, de un paisaje sin perspectiva y se conmueve ante los aspectos más vulgares de la naturaleza!

Para mayor contraste, todas esas obras llevan títulos poéticos, melancólicos y se llaman: *Crepúsculo*, *Las primeras gotas*, *Nocturno*, *Tramonto*, *Mañana de sol*, *Quietud*, *Sol dorado*, *Cauce profundo*, *Tarde serena*, *Luz del poniente*.

¡Qué lejos estamos de la idealidad que consciente o inconscientemente realizaron los verdaderos artistas y que sintetizan estas palabras!

"El artista debe mostrar a todos lo que el místico ve en sí mismo, una versión de inmortalidad que transporta a los personajes de lo posible a lo imposible en el mismo sentido que la Iglesia atribuye a la resurrección de los cuerpos. Pintar es, en realidad, transfigurar, hacer pasar de lo contingente a lo abstracto, de lo temporal a lo eterno, de lo relativo a lo absoluto, y la obra que no alcanza a la apoteosis no debería interesar a nadie, pues no cumple esta operación de cualidad que constituye su única razón de ser y la condición de nuestro más noble placer."

*

En el salón contiguo al que ocupa el señor del Campo, encontramos una tendencia más de acuerdo con los buenos principios. El señor Bermúdez, que allí expone, aspira a realizar un arte grande, que podrá dar lugar más tarde a la formación de un *arte nacional*. Su tendencia a realizar composiciones y retratos sobre el paisaje nos descubre su amor por las viejas y verdaderas formas del arte. El paisaje fué en las grandes realizaciones pictóricas un motivo accesorio y los primitivos pintores le introdujeron en la composición para dar mayor amplitud y deleite a sus obras. Más tarde el artista, estableciendo una relación estrecha entre el paisaje y el motivo principal, le dió una intención mayor y le destinó a aclarar el significado de su obra. Así lo entendieron Tiziano, Giorgione, Poussin y todos los grandes paisajistas. La escuela española moderna ha vuelto a la primitiva tendencia que hacía del paisaje el fondo de la obra. El señor Bermúdez sigue esa tendencia y todo lo muestra dispuesto a afrontar las enormes dificultades que ella comporta.

Puesto el señor Bermúdez en tal camino, debe cuidar de una debilidad capital en su arte: la mala perspectiva. El señor Bermúdez ha corregido bastante ese defecto del año pasado a este, pero aun le queda mucho por hacer. La perspectiva, que el ar-

tista moderno descuida como cosa poco menos que inútil a su arte, era, según Leonardo, el timón y la brújula de la pintura. Nadie desconoce, en efecto, que no hay otro modo de dar alguna significación a un paisaje si no es por medio de la perspectiva, y que un paisaje sin amplitud y sin atmósfera no tiene valor alguno. Del conocimiento de la perspectiva depende también el buen modelado de las figuras, la perfecta distribución de los motivos y de los personajes que componen la acción, la exacta distribución de las luces y las sombras.

La mala perspectiva es una debilidad común a toda la obra del señor Bermúdez, debilidad que ha conseguido atenuar sin que desaparezca del todo en su cuadro el *Peregrino*, uno de los más interesantes de su exposición, a pesar de las influencias que recuerda. En el *Peregrino* el señor Bermúdez ha conseguido también armonizar mejor los colores y nos ha evitado la transición brusca de un tono a otro que presentan la mayoría de sus cuadros. La obra es, en general, un poco efectista.

Es lástima que el señor Bermúdez no pueda alejarse definitivamente de las influencias del arte español moderno, que no mate su amor por las figuras recortadas, por las grandes masas de color, por los personajes estáticos. El arte español moderno, tiene mucho de afichista y más de una de sus grandes obras semeja un cartel destinado a propagar la curiosidad hacia las ciudades más características de la península. En el arte moderno mientras el escultor por una curiosa interpretación de los principios piensa en *envolver* sus figuras en el ambiente, el pintor tiende a hacer figuras estucadas ajenas al ambiente que le rodea y empasta la tela como si quisiera esculpir sobre ella. El snobismo parece volver al artista a los tiempos en que el arte en la infancia de su técnica daba a sus producciones el aspecto de grandes mosaicos. Pero aquellos primitivos artistas tienen en su descargo la sinceridad de su inspiración, mientras que el artista moderno agrava su falta con un amor desmedido por todos los efectismos y una ausencia absoluta de idealidad.

En la *Patroncita* y el *Batón rosa*, el señor Bermúdez se ha alejado un tanto de la influencia que hacemos notar más arriba, abandonándose con mayor libertad a su inspiración. Sin embargo, su amor por los efectos de color lo ha tentado y en la *Patroncita* ha alterado la buena armonía de la obra con una chocante nota de color. En la obra de arte todas las partes deben contribuir a

un efecto único. Componer, se ha dicho, no se limita a acomodar varias figuras o motivos entre sí; es necesario darles un significado. La manta de colores vivísimos que aparece en la *Patroncita* del señor Bermúdez nada tiene que hacer con la obra y es un detalle completamente ocioso que no haríamos notar si no indicara una tendencia enojosa y poco simpática. En su amor por las notas de color el señor Bermúdez descuida un tanto la acción y el significado de sus figuras, de expresión poco precisa y en general un poco duras. En la *Patroncita* y en el *Batón rosa* el paisaje montañoso parece atentar contra la vida de la graciosa persona que forma el motivo principal.

Por momentos la fuerza de voluntad parece no responder en este artista a sus designios y en más de una de las obras expuestas, el señor Bermúdez después de terminar bien una de las partes y conseguido un efecto que le satisfaga, abandona el resto de la composición o lo trabaja con menos empeño.

Con todo hay algo de muy alentador en el señor Bermúdez y que lo coloca en un lugar casi exclusivo entre nuestros artistas, preocupados en su mayoría en sorprender la buena fe de un público indiferente para fortuna de ellos. El señor Bermúdez aspira — y traduce esta aspiración en todas sus obras, aun en las más débiles — a un arte grande y digno y se le ve luchar constantemente por una perfección mayor. Sus defectos son defectos técnicos y el resultado de influencias que los años borran, con mayor facilidad en un artista aplicado y bien inspirado como éste.

*

Otro artista joven con buenas intenciones, alejado más que ninguno de las influencias perniciosas del modernismo, pero de poco impulso, es el señor Gonzalo Leguizamón Pondal, que ha hecho fundir en bronce algunas de las graciosas creaciones de su fantasía. El señor Leguizamón expone siete obras un tantico triviales pero que denotan un espíritu sano, ajeno a las enfermizas predilecciones del arte actual. Este joven artista más sensato y más modesto que otros, no cree en la necesidad de dar a sus figuras un aspecto convulsivo para que expresen algo.

Sin embargo, necesario es confesar que este artista no es por el momento más que una esperanza y que si muestra un espíritu

recto, las obras que expone no revelan una gran facultad creadora. La nota más simpática y también la más interesante de su exposición son sus cabezas de niños.

El señor Leguizamón es un artista muy joven y bien inspirado y si sus trabajos no provocan juicios ditirámicos, que no olvide que tiene largos años por delante para producir obras que nos colmen de contento.

Su exposición nos ofrece un pequeño descanso, un punto de tregua a tanta vanidad que respira en general este certamen, a esa conciencia exagerada del valor de sus medios de que parecen hacer gala los expositores.

*

Los biógrafos de León Bautista Alberti cuentan que la vista de un hermoso lugar le curó más de una vez de la enfermedad, y este amor por la naturaleza, común a todos los artistas del Renacimiento, fué el origen de la idealidad altísima que anima el arte italiano del siglo XV y XVI.

Hoy el artista prefiere el encierro, obscuro las más veces, de su cerebro y aspira a conmovernos con la mueca fatigante de sus pasiones. A la clara luz universal prefiere el débil centelleo de sus instintos y echa mano a todos los recursos de la industria moderna para *hacernos vivir una atmósfera* en que se complace su naturaleza enfermiza. ¿En virtud de qué principios el señor Zonza Briano nos obliga a andar a empellones por una sala téticamente iluminada que fastidia nuestra sensibilidad como la vista de un mal morboso? ¿Qué relación tiene con el verdadero arte ese artificio de sala de espectáculos? ¿Quiere acaso significarnos el señor Zonza Briano que sus obras son golpes de luz en la obscuridad? Que vuelva entonces la vista hacia el pasado y verá qué manoteo lamentable es todo eso que nos presenta.

Al entrar a esta sala nos encontramos con dos obras de índole distinta pero igualmente significativas: la *Psicología de Wagner* y *Belleza*. La primera une a lo absurdo del título lo absurdo de la realización. El señor Zonza Briano ha hecho al maestro de Bayreuth un cráneo descomunal y ha llenado su frente de protuberancias y surcos que perderían al psiquiatra más experimentado. El señor Zonza Briano hace psicología con el criterio de un humorista, y en su *Wagner* la exageración del cráneo rivaliza

con la exageración de la nariz y los surcos de la cara que se abren camino sin respeto de los huesos, que este original artista olvida más y más.

Andan por ahí infinidad de reproducciones y fotografías de una obra famosa de Houdon: la cabeza de Voltaire. Que el señor Zonza Briano se tome la molestia de verla. Ninguna biografía, ningún estudio psicológico, le dará una idea tan acabada del espíritu del genial enciclopedista. Houdon, que no necesitó violentar los rasgos para expresar lo que quería, no tuvo tales aspiraciones psicológicas y significativas, a pesar de que su obra diga mucho más sobre el alma de su modelo que lo que expresa sobre el suyo la del señor Zonza Briano. Con lo que queda demostrado que Houdon no sólo como artista valía infinitamente más que el señor Zonza Briano, sino como hombre. Idéntica cosa puede decirse del inmortal retrato de Baltasar Castiglione, de Rafael, y con más derecho de la Monna Lisa, de Leonardo, de una penetración inaccesible.

Los antiguos cuidaron muy poco de los títulos rimbombantes, y sus obras, de una concepción clarísima, fueron bautizadas más de una vez por la admiración pública. Los artistas modernos, en cambio, se devanan los sesos por encontrar un título altisonante que sugiera al espectador y le haga ver lo que no existe.

En la segunda de las obras citadas, el título si no es muy exacto nos revela en compensación una modalidad bien particular del espíritu de su autor. *Belleza* representa a una mujer que en violento gesto presenta a la admiración del espectador dos muslos poderosos. El simbolismo de esta figura nos convence una vez más de que si el señor Zonza Briano no tiene una gran idealidad tiene en cambio una idea tan elevada de sí mismo que le hace fáciles todas las audacias. El señor Zonza Briano puede aplicarse aquello que: "la belleza aparece a la vulgaridad de los hombres bajo los rasgos de la concupiscencia".

Las ceras forman la parte más admirada de la obra de este artista y en realidad es lo que hay de verdaderamente interesante en ella. Sin embargo, destinadas a revelarnos aspectos juveniles, esas ceras padecen de un defecto capital. La idea de un arte de las pasiones de que tanto se alaba su autor, es incompatible con la idea de juventud. Las pasiones nacen del conocimiento y la juventud no puede desprenderse de la idea de inexperiencia. Esas niñas de ojos azules y ojos negros saben demasiadas cosas. El

tipo juvenil sintetizó en las épocas del gran arte el ideal estético, pero el tipo juvenil animado de ideales, no de pasiones. La manera como el señor Zonza Briano interpreta a la juventud, denuncia a una mentalidad poco envidiable. Si el señor Zonza Briano fuera capaz de sobreponer una sola vez el espíritu a los sentidos, vería cuán infinitamente mayor es la belleza de una cara juvenil que ilumina un alma ingenua a la de aquella que parece rememorar lascivos desórdenes.

Como obra principal de su exposición el señor Zonza Briano nos ofrece un *Redentor* poco convincente. Para justificar su título, esta figura necesitaría mayor vigor y mayor amplitud en la mirada, — vaga en demasía — más acción en el gesto. Su actitud de sonámbulo, que recuerda demasiado la de uno de los burgueses de Calais de Rodin, se aviene más a un filósofo escéptico predicando la vanidad de toda acción en este mundo. La cabeza del *Redentor* carece en absoluto de belleza, defecto tanto más sensible si se tiene en cuenta que la idea de Cristo responde a una idealización sublime en la mente cristiana.

*

Una de las puertas del salón donde expone el señor Zonza Briano se abre sobre una amplia terraza. Una brisa fresca reanima el espíritu y le descarga de la atmósfera pesada que acabamos de abandonar. Parécenos despertar de un letárgico sueño donde a una fugaz sensación de belleza se sucedía una pesadilla terrible. El cielo diáfano, la arboleda de un paseo vecino, nos vuelve hacia la verdad de las cosas naturales. Su sana influencia nos lleva a rememorar los tiempos en que el artista buscando solaz en la amenidad de los campos, encontraba un continuo alimento para su imaginación vigorosa y a su rica fantasía. Cuando la forma era el lenguaje de los grandes ideales y de las aspiraciones supremas. Y con el recuerdo de las cosas pasadas, agradable y triste al alma, entramos a una nueva sala atestada de obras.

El señor Pedro Delucchi, que allí expone, es un artista abundante y fecundo, sino siempre feliz. La pintura de este joven artista es abrumadora por la exageración del empaste y por los tonos cargados de que se vale. Sus paisajes carecen en absoluto de perspectiva y la coloración es siempre arbitraria y hosca. Toda su obra está dibujada con claridad, pero mal pintada. Haría

bien este joven artista en pintar menos. Su obra perdería en cantidad pero ganaría seguramente en calidad, dispuesto como parece a una aplicación constante. Pinta sin reflexión y cualquier cosa, haciendo gala de una naturaleza poderosa que deberá emplear con más economía, si aspira a mejorar su arte.

Además de sus pinturas el señor Delucchi expone una serie de aguas fuertes que revelan en él condiciones poco comunes para ese arte.

*

Y llegamos al señor Walter de Navazio. Este joven artista lo ve todo verde en este pícaro mundo. Verde la estética, verde el gusto artístico. ¿Que es un escéptico? Claro que lo es. Como que lo que no lo ve verde lo ve violeta. Pero que no desmaye el señor de Navazio. La crítica, en vez de ponerle verde, siquiera para estar de acuerdo con él en algo, dirá: ¡Cómo maneja los verdes el señor de Navazio!

¡Qué motivo de reflexión, sin embargo, nos ofrece el arte de este señor cuando se recuerda que el año pasado fué premiado por la Comisión Nacional de Bellas Artes y que expone este año bajo sus auspicios! ¿Cómo es posible estimular en tal forma a una persona que nada tiene que hacer con el arte y alejarle de las verdaderas actividades a que puede haberle destinado su naturaleza? El secreto mayor de nuestra felicidad en este mundo es acertar — ya que rara vez se tiene una idea cabal de sus fuerzas — con el destino que más conviene a nuestras condiciones físicas y a nuestra capacidad mental. El beneficio mayor que podemos ofrecer a un semejante es, por lo tanto, alejarlo de una falsa actividad, simple principio de caridad cristiana que no debiera olvidar la Comisión de Bellas Artes, dispuesta por lo que parece a proteger todas las audacias.

Los sinsabores y las estrecheces por que ha de pasar, casi invariablemente, un artista antes de llegar a la realización de sus aspiraciones, nada importan mientras sean compensadas por un triunfo más o menos próximo. Pero lanzar a un joven a las dificultades de una vida tanto más azarosa en una época de indiferencia artística como la nuestra, para que concluya un día por estrellarse con su impotencia, es una bien triste misión. Si el arte ganara con esto nada importaría una vida sacrificada por

tan noble empeño, mas la clara noción del arte no hará más que entorpecerse con esos engañosos amoríos artísticos.

La Comisión debiera tener más en cuenta la inspiración, las intenciones de un principiante por inhábil que sea su técnica. La verdadera obra de arte, se ha dicho, es aquella que nos hace olvidar su ejecución para gozar de su significado. La mala técnica, aun la más rudimentaria y primitiva, se reforma con el estudio paciente, y el menos dotado puede llegar a pintar con corrección.

Aquello que no se forma o más bien dicho no se evita, es la falta de inspiración, la incapacidad espiritual para realizar una obra digna. La Comisión debiera premiar con más frecuencia a los bien intencionados y olvidar a los extravagantes que tanto ama. Las condiciones del espíritu son invariables en su esencia. Cambian de forma pero no de fondo y el extravagante de hoy no habrá hecho con los años más que disfrazar mejor su mal.

Pero toda disquisición filosófica se reemplaza con una cualidad esencial: el buen gusto artístico. ¿Lo tiene la Comisión de Bellas Artes? Es lo que aun está por probarse.

RINALDO RINALDINI.

Julio 15-1914.

SIRIPO

POEMA HEROICO EN TRES ACTOS

(INSPIRADO EN EL ÚNICO FRAGMENTO QUE SE CONSERVA DE LA TRAGEDIA DEL MISMO TÍTULO DE DON MANUEL J. LABARDEN).

POR

LUIS BAYÓN HERRERA

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

Atardecer.

Al levantarse el telón, Siripo se hallará sentado — a la izquierda — visiblemente preocupado. Yara, aparecerá por el foro, deteniéndose en el centro de la escena, observando al cacique.

YARA. — *(Con timidez, en voz baja)*

¿Ya se fué la cautiva?

SIRIPO. — *(Bruscamente, saliendo de su abstracción)*

¿Quién la busca?

No está aquí la cristiana.

YARA. — *(Después de un silencio doloroso)*

¿No la veo!

¡Pero está aquí! ¡Contigo! Tú la tienes dentro de ti, Siripo. Yo la siento

en el aire, en la luz... y tú la llevas, igual que el corazón, dentro del pecho.

¿Cómo arrancarla de tu lado, ahora?

Ya no basta la muerte de ella: el fuego quemaría sus carnes... pero nunca... ni nada borraré ya su recuerdo!
 ¡Vive dentro de ti! ¡Vive en tu sangre!
 ¡Respira con tu aliento!...
 Si la muerte quisiera hacerla suya, tendría que vencerte a ti primero.
 Si la muerte llamase a la cristiana tendría que golpear sobre tu pecho!

(Acercándose al cacique y cayendo de rodillas a su lado).

¡Ah! Siripo... Siripo... cuando no eras nada más que un guerrero, y al volver victorioso de las guerras, sin plumas la cabeza, vació tu flechero, arrastrando la lanza ensangrentada, y manchando la tierra de un reguero de tu sangre... recuerdas que la india, que desprecias ahora... con sus besos cerraba tus heridas, calmaba tus dolores, y de noche, de pie, junto a tu lecho velaba, sin moverse, silenciosa, como una centinela de tu sueño?

(Desesperadamente).

Ah, Siripo. Siripo... tú que diste muerte a los extranjeros, temiendo su ambición, para que nunca pudieran ser de nuestra patria dueños... déjame a mí que mate a la cautiva que ha conseguido echarme de tu pecho!

SIRIPO. — *(Mirándola de hito en hito, y retirándola con desdén)*
 ¿La muerte de la blanca?

YARA. — *(Desesperadamente)*

¡Sí, cacique!

(Siripo se levanta como huyendo de ella).

UN INDIO. — *(Apareciendo presuroso)*
 Señor, señor, ya vuelven tus guerreros.

(Se oyen dentro algunos alaridos).

SIRIPO

¿Quién venció?

(Yara se incorpora y escucha atentamente)

EL INDIO

Los timbúes. Al descender el sol, se ganó la batalla; mas con tan mala suerte que al decidirse el triunfo... un soldado español, el más bravo de todos, dió a Lambaré la muerte.

YARA. — *(Corriendo hacia la derecha, gritando)*

¡Lambaré! ¡Hermano mío!

SIRIPO. — *(Con ira)*

¡Pero le habréis vengado!

¡El que le dió la muerte, también habrá caído!

EL INDIO

¡Sólo un blanco con vida tus lanzas han dejado!

SIRIPO. — *(Brusco)*

¿Quién es?

EL INDIO

¡El español que a Lambaré ha vencido!

SIRIPO. — *(Con asombro e indignación)*

¡Eh! ¿Cómo no tomaron los timbúes venganza de ese cristiano dándole la muerte?

EL INDIO. — *(Se vuelven a oír dentro, pero muy cerca, los alaridos de antes)*

Lo traen a tu presencia, para poner su suerte Al alcance de un bote de tu lanza.

(En este momento entran en escena Hurtado, —desarmado— entre dos indios, y tras ellos otros dos conducirán sobre unas angarillas el cuerpo de Lambaré. Yara, sollozando, marchará tras el cadáver. Las angarillas serán depositadas en el centro de la escena. Yara se arrodillará junto a ellas).

SIRIPO. — *(Al ver a Hurtado, con júbilo salvaje)*

¡Ah! ¿Tú fuiste el que pudo vencer a Lambaré?

¡Tú fuiste!

HURTADO

Sí, yo soy.

SIRIPO

¡Pues esta vez, cristiano,
no podrás engañarme! Ya te tengo en mi mano,
y ya sé las traiciones que encubre vuestra fe.
¡Ah! ¡Por fin! Entre lanzas llevadle bien guardado,
y sin que pueda verle la cautiva,
al tronco de una palma le tendréis amarrado,
sin que pueda moverse, mientras viva!
¡Ohá timbúes!

(Dos indios sacan a Hurtado de la escena por el foro. Luego Siripo, poniendo suavemente una mano sobre la cabeza de Yara, le dice tiernamente):

¡Yara!

YARA. — *(Dolorosamente al cacique, mostrándole el cadáver de Lambaré)*

¡Siripo! ¡Ya estoy sola!
De mi sangre era el único varón que me quedaba;
y desde que en tu pecho penetró la española,
era Lambaré el único timbú que no me odiaba.
¡Lambaré hermano! Hermano, la sangre que has perdido
siempre fué sangre heroica, sangre de vencedores:
ninguno de tu sangre cayó jamás vencido,
que nadie pudo nunca vencer a tus mayores.
¡Pero tú eras más grande que todos: has caído,
pero al caer vencistes a los conquistadores!

(Tomando la lanza de Lambaré que estará junto a él en las angarillas).

Esta lanza, manchada con la sangre invasora,
nadie pudo quebrarla, nadie pudo vencerla.
La esgrimieron los brazos de Siripo y Mangora,
los únicos timbúes que pudieron moverla.
Siripo, nunca quise, como lo anhelo agora,
tener un hijo tuyo que pueda merecerla.
¡Ah! Cristianos, cristianos... ¡Otro más ha caído!
y tras él todos, todos bravamente caerán.
Nunca se verá un indio que viva sometido.

¡Y mientras que no exhalen el último gemido
de la muerte, los indios nunca se entregarán!
Y cuando ya no quede un solo indio en mi tierra,
si nuestro Sol fecunda la sangre derramada,
¡yo sé que nuestra sangre por el sol fecundada,
germinará en varones, que serán de mi tierra!
¡Guay, cristianos, si un día siente esa raza nueva
el heroico impulso de la sangre que lleva!
Al sentir en las venas los bélicos ardores
de la sangre de América, en tropes guerreros
partirán rumbo a Oriente, nuevos aventureros,
a conquistar el mundo de los conquistadores.

SIRIPO — (*Conmovido*)

¡Ven a mis brazos, Yara!

YARA. — (*Abrazándose al cacique*)

¡Siripo!

SIRIPO. — (*Con emoción en la voz*)

Los timbúes

toda la noche al bravo Lambaré velarán.
Y para que las sombras malignas no le turben
en torno de su cuerpo fogatas arderán.
Que las mujeres bailen las danzas de la muerte
y que canten sus tristes canciones sin cesar.
Timbúes, conducidle hasta el campo de palmas,
y para las fogatas la leña preparad.
Y cuando ya los fuegos den al viento sus llamas,
llamadme, que el cacique también quiere velar!

(*Los indios salen con el cadáver de Lambaré.*)

YARA. — *Que habrá ido a sentarse donde antes lo estaba el cacique, llama a éste, y luego con mucha emoción en la voz, que por momentos se quebrará en sollozos, dice:*

Siripo... cuando el Sol nazca de nuevo...
y se hayan apagado las hogueras
que en homenaje a Lambaré mandaste
que esta noche se enciendan...
Yo, que ya nada tengo en este suelo,
viendo que de tu amor otra es la dueña,

me alejaré de aquí... sola... buscando consuelo a mi dolor en otra tierra...

SIRIPO. — (*Acercándose a ella, con ternura*)
¿Vas a irte de aquí?... ¿A dónde, Yara?

YARA. — (*Tristemente*)
¡Yo no lo sé! Cuando las hojas secas caen al suelo, y el viento en remolinos por el aire las lleva... saben a dónde van?... Pues, yo lo mismo: un viento negro me tendió por tierra... me arrancó de tu pecho... y otro viento, que es mi dolor, a mi pesar me aleja del suelo en que nací, sin rumbo, sola, sin que pueda saber dónde me lleva.

SIRIPO. — (*Conmovido*)
¡Yara!

YARA
¡Siripo!

SIRIPO — (*Dulcemente*)
¿A dónde irás?

YARA
¡Qué importa!
Lejos... muy lejos... donde nadie pueda ver a la india despreciada. Quiero que nadie, nadie pueda oír mis quejas... Huir, huir, que aquí, Siripo, todo... nuestro amor y mi dicha me recuerda: Mi Paraná, mi rancho, todo, todo me habla de tí, Siripo. Y esa selva donde nació tu amor... cuando era Yara, de todas las mujeres, la más bella!... Fué en un amanecer, en el silencio profundo de la selva... Yo me interné buscando rojas flores para adornar con ellas mi cabeza... y al verme triste tú porque no hallaba las bellas flores de color bermeja...

“Si tú lo quieres — me dijiste — a todas
 puedo yo con mi sangre enrojecerlas...”
 Así nació mi amor, y desde entonces
 siempre entrábamos juntos en la selva:
 yo a buscar rojas flores para adornos,
 tú a cortar ramas fuertes para flechas...
 Nadie turbaba entonces nuestro idilio...
 Hasta que al fin, de no sé qué extranjera
 patria, llegaron unos hombres blancos
 diciendo que era de ellos esta tierra...
 y que ante un rey, un Dios y ante unas cruces
 debíamos doblar nuestras cabezas.
 Y antes que vernos en la paz esclavos,
 quisimos vernos libres en la guerra!
 Pero todo acabó, que desde entonces
 ellos fueron los amos de las selvas;
 desde que el río Paraná surcaron
 sus piraguas inmensas,
 se quebró nuestro idilio... y desde entonces
 en el hondo silencio de la selva
 se oye un sollozo largo... tan profundo
 que parece que nace de la tierra...
 y es mi patria, mi patria la que llora
 como india prisionera,
 porque en ese sollozo largo y hondo
 está todo el dolor de nuestra América!

SIRIPO. — (*Sintiendo renacer su amor por la india*)
 ¡Ven a mis brazos Yara! Ven...

YARA. — (*Corriendo hacia el cacique, y abrazándole*)
 ¡Siripo!

SIRIPO

¡Reclina así en mi pecho tu cabeza!

YARA. — (*Con amor*)

¡Ah! ¡Siripo!

SIRIPO. — (*Opriniéndola contra su corazón*)
 ¡Mi Yara!

YARA

Cuánto tiempo...
hace ya que tus labios no me besan!

(Ofreciéndole su boca, voluptuosamente).

Bésame!

SIRIPO. — *(Tomando entre sus manos la cabeza de la india, para besarla)*

¡Sí!

YARA

¡Siripo!

(En el momento que el indio va a juntar sus labios con los de la india, aparece Lucía de Miranda. Siripo al verla detiene su beso y queda mirándola absorto. Lucía baja la cabeza. Yara al observar el gesto del cacique, se vuelve rápidamente hacia la blanca).

YARA

¿Qué? ¡La blanca!

SIRIPO. — *(Retirando a la india de sus brazos)*
¡Cristiana! ¡Me domina!

(Luchando consigo mismo).

YARA. — *(Con odio)*

¡La extranjera!
¡Otra vez ha quebrado nuestro idilio!

(Acercándose al cacique).

Siripo!...

SIRIPO. — *(Apartándola de sí)*

¡No!... Toda mi sangre al verla
se enciende como un fuego! Me domina...
y sin quererlo yo... voy hacia ella!

(Acercándose a la cristiana, dulcemente).

¡Cristiana! ¿Me odias?

LUCÍA. — *(Con voz reconcentrada)*

¡Sí, cacique, siempre!

(El indio pone un gesto de dolor como si le hubieran herido).

Mi esposo... ¿dónde está?

SIRIPO. — *(Con júbilo salvaje)*

¡ Ah!... ¡ Sí! ¡ Espera!...

¡ Ohá timbúes!

(Aparecen dos indios).

Al cautivo blanco,
entre lanzas, traedlo a mi presencia!

(Salen los indios. Siripo acercándose a la blanca, con voz reconcentrada).

¿ El es el dueño de tu amor?... Agora
no podrá serlo nunca más!

LUCÍA. — *(Angustiada)*

¿ Qué intentas?

SIRIPO. — *(Marcando las palabras)*

Que puedas ver tu mesma, con tus ojos,
penetrar en su cuerpo tantas flechas
como haya en mi flechero!

LUCÍA. — *(Desesperada)*

No, Cacique,
no lo veré: de tu arco la primera
flecha que parta se hundirá en mi pecho!

(Aparece Hurtado entre cuatro indios armados. Lucía al verle quiere echarse en sus brazos).

¡ Hurtado!

SIRIPO. — *(Corriendo a impedirselo)*

¡ No!

HURTADO. — *(Luchando por deshacerse de sus guardianes)*

¡ Soltadme! Si tuviera
un acero en mis manos... contra todos
combatiría para defenderla!

LUCÍA. — *(Derribada al suelo por el cacique durante la lucha)*

¡ Hurtado!

HURTADO. — *(Con desesperación)*

¡ Mi Lucía!

SIRIPO

¡Dadme un arco!

*(Un indio le alcanza un arco).*YARA. — *(A los indios, por Hurtado, señalando un árbol)*

¡Atadle aquí!

*(Los indios obedecen).*SIRIPO. — *(Por la cristiana, que va a incorporarse aterrada)*

¡Timbúes, detenedla!

(Cargando el arco y apuntando a Hurtado).

¡Cristiana, mira!

LUCÍA. — *(En un grito desgarrador)*

¡No! Cacique, tente!

(Delirante de dolor, avanzando hacia el cacique que al oír sus palabras deja caer arco y flecha al suelo).

¡Te amaré! Te amaré, cuanto tú quieras.

¡No le volveré a ver! ¡Será tu esclavo!

Yo seré tuya!

YARA

¡Miente!

LUCÍA. — *(Jugándose el todo por el todo)*

¡No! Y en prueba

de que mi amor es cierto... mira, mira!

*(Se abalanza al cuello del cacique cubriéndole de besos).*HURTADO. — *(Que comprende todo el dolor del sacrificio de su amada, rompe en un sollozo, invocando a la Providencia)*

¡Señor, señor, tened compasión de ella!

LUCÍA. — *(Insistiendo vehementemente)*

¡Mi amor, mi amor si le perdonas!

SIRIPO. — *(Echándola hacia atrás la cabeza y clavando su mirada en los ojos de la cristiana)*

¡Blanca!

¡Tu amor! Ah, por tu amor todo lo diera...

(Fuera de sí, quebrando al final la voz en un sollozo).

religión, cacicazgo, todo... todo...

(Se aleja unos pasos de ella torturado por una lucha interior).

LUCÍA. — *(Alzando las manos al cielo).*

¡Ah, Dios mío! ¿Por qué me hiciste bella?

(Una pausa de hondo silencio).

YARA. — *(Acercándose al cacique, en voz baja)*

¡Te volverá a engañar! ¡Es por salvarle!

¡Pero no te ama!...

LUCÍA. — *(Postrándose a los pies del indio)*

¡Yo seré tu sierva!

Desde hoy haré cuanto tu amor me pida.

¡Mi vida es tuya! ¡Te la ofrezco en prenda!

¡El será tu cautivo!...

SIRIPO

Pero nunca

volverás a mirarle...

LUCÍA

¡No!

SIRIPO. — *(Terriblemente)*

¡Si llegas

a poner otra vez en él tus ojos...

junto con tu mirada irá mi flecha!

(A los indios, que obedecerán).

¡Desatadle! Cristiano, yo no quiero

cautivos. Eres libre. Llano y selva

y un rancho dentro de mi toldería

te ofrezco desde ahora... y si deseas

una mujer, elije de mi tribu

entre todas las indias, la más bella.

HURTADO. — *(Con ira reconcentrada)*

Dame a elegir entre tus lanzas una

con la que pueda atravesarte el pecho.

Dame la muerte, arrancándome los ojos...

No valen vida y libertad al precio

que me quieres hacer pagar, tan sólo
porque me ves entre tus lanzas preso!

SIRIPO. — (*Picado en su amor propio*)
¡Dejadle en libertad! ¡Dadle una lanza
a ver si puede atravesarme el pecho!

(*El mismo cacique toma su lanza para dársela al cristiano*).

LUCÍA. — (*Abalanzándose a él*)
¡No, cacique, no!

SIRIPO
¡Dásela tú misma!

YARA. — (*Acercándose a ellos, con perversidad*)
¡Yo se la alcanzaré!

LUCÍA. — (*Rechazando a la india*)
¡No! ¡Yo enloquezco!
(*Loca de dolor, agotada, cae de rodillas, implorante*).
¡Ten, Dios mío, piedad de mí!

HURTADO. — (*Desesperado, se acerca a Lucía*)
¡Lucía!

SIRIPO. — (*Impidiéndoselo*)
¡No, cristiano!

HURTADO. — (*Ante su impotencia, rompiendo en sollozos al final*)

Cacique... ¡me someto!
¡Haré cuanto queráis, libre o esclavo!
¡¡ Señor, Señor, Señor!! ¡qué te hemos hecho?

(*Hay una breve pausa de angustioso silencio*).

UN INDIÓ. — (*A Siripo*)

Cacique: están ardiendo las hogueras
en homenaje a Lambaré. Los fuegos
dan luz a todo el campo de las Palmas,
y armados de sus lanzas, los guerreros
espantan a las sombras de la noche
que sin cesar se posan en su cuerpo.
¡Quieren cerrar sus ojos! Las malditas
tienden veloces vuelos

alrededor de Lambaré, parecen
caranchos grandes, negros...
Y el malo añanguazú silba en la selya...
Curupirá quiere apagar los fuegos...

SIRIPO. — *(Alzando, amenazador, su lanza)*

¡Añanguazú... Curupirá... mi lanza
no os dejarán que os acerquéis al muerto!

(Va a hacer mutis; pero se detiene observando con recelo a Hurtado. La mirada de éste se encuentra con la del cacique. A un gesto de Siripo Hurtado hace mutis y detrás el cacique seguido de todos los indios. Quedarán en escena Yara y Lucía de Miranda).

YARA. — *(Acercándose lentamente a Lucía, dolorosamente)*

Cautiva... tú no amas al cacique...
y yo... ¡lo adoro más que al sol!... Lo quiero...
¡más que a mi sangre!... ¡Es mi vida!... ¡Todo!
Yo sé que tú nunca podrás quererlo.
Tú amas al hombre blanco de tu raza,
y lo amas tanto que, por defenderlo,
juraste amor al indio que yo adoro...

(Vehementemente).

¿Nunca tuviste celos?
¿No sabes lo que son? ¡Cómo torturan!
¡No quema tanto el fuego!

(Con perversidad, marcando mucho la intención).

Entre todas las indias de mi tribu
debe elegir una mujer tu dueño...
Y si entre todas quiere la más bella...
¡yo seré la elegida!... Y en su lecho
yo ocuparé el lugar que tú debieras
ocupar... a su lado... y en mi pecho
reclinará tu amante su cabeza...
y yo le haré que olvide, con mis besos,
los de tu boca...

LUCÍA. — *(Furiosamente)*

¡No!

YARA

¡Sí!... ¡Mis caricias
le embriagarán de amor, a tal extremo,
que olvidará las tuyas!

LUCÍA

¡No!

YARA

Mis brazos
no desprenderé nunca de su cuello...
y pasaremos juntos a tu lado...
y delante de ti nos besaremos...
y...

LUCÍA. — *(Retorciéndose de dolor)*
¡Calla! ¡No! ¡Dios mío!

YARA. — *(Triunfante)*

¿Agora sabes
cómo hieren los celos?

LUCÍA

¡Víbora, calla!...

YARA. — *(Gozándose en el dolor de la blanca)*

¡Sí! ¡Como las víboras,
he llenado tu sangre de veneno!
¡Agora... corre a mi indio y que él te cure!
¡Yo, agora, voy en busca de tu dueño!

(Mutis corriendo).

LUCÍA. — *(Echa a correr tras ella; pero se detiene aterrada al oír la voz
de Cayumari)*

¡No!

CAYUMARI. — *(Arrastrándose entre unas matas, llama a la blanca,
con misterio)*

¡Cristiana!... ¡Cristiana!

LUCÍA. — *(Aterrada va acercándose al lugar de donde sale la voz;
al reconocer a Cayumari, respira tranquilizándose)*

¡Cayumari!

CAYUMARI. — (*Al ver que Lucía va a acercarse a él*)

No te acerques a mí, blanca... ; Silencio!
 Escucha, sin moverte, mis palabras:
 ¿Recuerdas aquel día en que me hirieron
 los hombres de tu raza... y tú, piadosa,
 vendaste mis heridas?... En agradecimiento
 a tu bondad, el indio Cayumari
 no dejó de velar por ti un momento
 desde aquel día... que por defenderte
 corrí todos los riesgos...
 Y éste en que agora estoy es el más grave:
 Tengo dentro de mí un remordimiento
 que me tortura horriblemente, blanca:
 ; Por defenderte traicioné a mi pueblo!
 ; Me olvidé de mi patria!... Y desde agora
 nunca jamás podré pisar el suelo
 donde nací... ; Pero aun quiero salvarte!
 ... Escucha, blanca: En un lugar secreto,
 que sólo yo conozco, está tu padre.

LUCÍA

; Padre mío!

CAYUMARI

Dejáronle por muerto
 los indios sobre el campo de pelea.

LUCÍA. — (*Rápidamente*)

Pero vive...

CAYUMARI

Sí; pero está perdiendo
 sangre por una herida... porque una aguda flecha
 le penetró en el pecho...

LUCÍA

; Ah!... ; llévame a su lado!

CAYUMARI

No, cristiana...

agora no...

LUCÍA

¿Por qué?

CAYUMARI

¡Calla... Silencio!

(Después de escudriñar, receloso, ante las sombras de la noche).

...Yo volveré cuando ya estén dormidos
en el campo de palmas, los guerreros
que están velando a Lambaré... Más tarde...
con tu esposo me esperas aquí mismo...
Yo conozco un camino entre la selva...
y por ese camino llegaremos
hasta el río, muy cerca de la playa
donde anclado quedó vuestro velero...
y antes que nazca el nuevo sol... vosotros
podéis estar muy lejos
de la tierra timbú!

LUCÍA. — *(Con las manos en alto)*

¡Gracias, Dios mío!

CAYUMARI. — *(Implorante)*

¡Y a mí también llevadme en el velero!

LUCÍA. — *(Afirmando)*

¡Mi Dios ha de premiarte, Cayumari!

CAYUMARI. — *(Mirando a todas partes, hace mutis arrastrándose sigiloso)*

Agora, calla...

LUCÍA. — *(Con ansiedad)*

¡Vuelve, vuelve presto!

¡No tardes, Cayumari!

(Cayendo de rodillas).

¡Gracias, gracias...
mi Dios, que al fin quisiste oír mis ruegos!

HURTADO. — *(Apareciendo sigiloso)*

¡Lucía!

LUCÍA. — (*Con ansiedad*)

¡Hurtado!

HURTADO. — (*Yendo a abrazarla*)

¡Mi bien!

LUCÍA. — (*Alejándose de él temerosa*)

¡Si nos vieran!

HURTADO. — (*Sorprendido*)

¿Qué salvamos,
 Lucía, . . . si no nos ven?
 ¿La vida? . . . ¿Cómo pensamos
 en salvarla? ¿Para quién?
 ¿Pues la vida acaso vale,
 Lucía, tanto dolor?
 ¿Habrá un tormento que iguale
 al de vivir sin tu amor?
 ¿Es nuestra ya nuestra vida?
 ¿Pues porqué la defendemos?
 ¡Si amándonos la perdemos,
 démosla por bien perdida!
 ¿Cómo perderla mejor?
 ¡Perdiéndola nos salvamos,
 que si hay que morir, triunfamos
 muriendo por nuestro amor!
 ¿Qué será sino agonía
 nuestro vivir? ¡No, mi bien!
 Olvidemos todo . . . y ven
 junto a mi pecho, Lucía.
 No nos aleje el temor
 de morir . . . si a tal rigor
 nos llevase nuestra suerte . . .
 ¡Que nos sorprenda la muerte
 en brazos de nuestro amor!

(*Van el uno hacia el otro y quedan confundidos en un abrazo.*)

LUCÍA. — (*Con pasión*)

¡Hurtado mío!

HURTADO — *(Con emoción en la voz)*

... Mujer,
que en alas de un temerario
amor, subes mi calvario
resistiéndote a caer:
que siempre tan fuerte seas;
que no te falte el aliento
cuando en la cumbre te veas...
¡en el último momento!

LUCÍA

¿Quién piensa en morir, Hurtado?
¡Venga la muerte en buen hora,
que teniéndote a mi lado
no la temo!... Mas agora
mi Dios movido a piedad
nos salva... de aquí a un instante
podremos huir...

(Ante la sorpresa muda de Hurtado).

¿Verdad
que es un milagro?... Anhelante
la hora dichosa espero...
Cayumari, nuestro guía,
sabe un oculto sendero
desde aquí mismo al velero...
y antes de nacer el día,
nos daremos a la mar!

HURTADO. — *(Dudando, con asombro y júbilo a la vez)*

¿No es sueño? ¿No es ilusión,
Lucía?...

LUCÍA. — *(Tristemente)*

¡Mi corazón
ya se olvidó de soñar!

(Hurtado la atrae hacia su pecho, tiernamente. En ese instante, Yara, que habrá llegado arrastrándose entre la maleza, al ver la escena).

YARA. — *(Con júbilo salvaje)*

¡Ah!

(Hace un mutis rapidísimo).

(Lucía y Hurtado se desprenden el uno de otro asustados por la exclamación de la india).

LUCÍA. — *(Mirando a todas partes)*

¡Qué!... ¿Cayumari?... Yo
juraría haber oído...

¡Cayumari!...

(A Hurtado, interrogándole) .

¿Tú?

HURTADO. — *(Suspense)*

Sí... yo

también oí...

LUCÍA. — *(Muy bajito)*

¡qué habrá sido?

HURTADO

¿Hay víboras por aquí?

LUCÍA

Tal vez...

HURTADO

La selva está llena.

LUCÍA. — *(Misteriosa)*

Yo ví una terrible... a mí,
por poco más, me envenena...
¡y hasta me llegó a morder!

HURTADO. — *(Asustado)*

¡Lucía!

LUCÍA

Mas ya sanó
la herida.

HURTADO

¿Dónde mordió?

LUCÍA

Muy dentro... Fué una mujer
la víbora que ví yo!

HURTADO. — (*adivinando*)

¡Yara!

LUCÍA

¡La misma! El dolor
le inspira tanta maldad!
Pero es digna de piedad,
que también sufre de amor!
Ella será la primera
que celebre nuestra huída,
que ya daba la partida
de su amor, como perdida
mientras la blanca viviera.
Mas ya la blanca se va...
en brazos de su cristiano,
rumbo al suelo castellano,
de dónde no volverá!

(Como soñando, la mirada perdida a lo lejos, y abrazándose a su esposo al terminar los versos).

Y en las noches largas... frías...
junto al fuego... en nuestro hogar...
¡qué dulce será evocar
estos angustiosos días!
Y cuando seamos viejos...
contaremos nuestra historia...
buscando en nuestra memoria...
como quien mira a lo lejos!
Y tal vez un trovador
llegue a conquistar su fama
con un romance de amor...
El romance de la dama
en pos del conquistador!
¡Qué dulce será evocar
entonces, nuestra pasión!

HURTADO. — *(Recibiéndola en sus brazos)*

¿Vés cómo tu corazón,
mi bien, aún sabe soñar?

(En el momento en que se abrazan llegan sigilosamente, ocultándose en la maleza Siripo y Yara).

(Yara tiende una mano hacia los amantes mostrándoselos a Siripo).

SIRIPO. — *(Ciego de ira, correrá de un lado a otro, como un león herido, al mismo tiempo que dice todas las palabras)*

¡Ah! ¡Timbúes!

(Lucía y Hurtado al oír el grito, se estrechan más que nunca. A los gritos del cacique van llegando indios que traerán la leña que pide Siripo, y la amontonarán alrededor del árbol del centro de la escena).

YARA. — *(Al ver la decisión del indio, triunfante)*

¡Al fin!

SIRIPO

¡Timbúes! Leña!!

HURTADO

¡Soñábamos, Lucía!

SIRIPO

La cristiana...

atadla aquí.

(Por el árbol del centro. Los indios se apoderan de la blanca, arrancándola de brazos de Hurtado).

LUCÍA. — *(Con terror)*

¡Dios mío!

SIRIPO

Que la hoguera

¡sea bien alta!

(Atan a Lucía al árbol indicado y encienden el fuego).

YARA. — *(Con mayor júbilo cada vez)*

¡Al fin!

SIRIPO

Y al castellano
amarradle a ese árbol! Dadme flechas!

(Obedecen los indios ambas cosas).

HURTADO. — *(Ya amarrado al árbol, clavando los ojos en Lucía, y ésta en él hasta morir)*

¡Lucía!

LUCÍA

¡Amor!

HURTADO

No dejes de mirarme
mientras vivas!

SIRIPO. — *(Enfurece más al oír las palabras de sus víctimas)*

¡Mi lanza! ¡Ah! La hoguera,
pronto timbúes!

(La leña empieza a arder; las primeras llamas lamen los pies de la blanca).

YARA. — *(Accercándose al cacique)*

Yá, Siripo, mira!

SIRIPO. — *(Sin atreverse a mirar)*

¡No!

HURTADO

¡Lucía!

LUCÍA

¡Mi amor!

SIRIPO. — *(Luchando consigo mismo)*

¡No quiero verla!

LUCÍA

¡Creo en Dios!

HURTADO. — *(Viendo sufrir a su esposa)*

¡Dadme a mí la muerte!

SIRIPO. — *(Apretando su lanza, y poniéndose frente al cristiano*

¡Agora!

¡Cristiana! ¡Mira!

(Clava su lanza en el pecho al cristiano. La blanca exhala un postrer grito al ver caer a su esposo, y ella al instante expira cayéndosele la cabeza sobre el pecho).

YARA. — *(En voz baja)*

¡Al fin!

SIRIPO. — *(Al ver la muerte de la blanca se le cae la lanza de la mano, da un agudo grito y corriendo hasta el árbol donde arde, la desata, la carga sobre su hombro y la trae al centro de la escena mientras dice):*

¡No! que no muera!

¡La blanca no! ¡La blanca no! ¡Cristiana!

(La tiende en el suelo, contemplándola con un gesto de profundo dolor).

¡Si con toda mi sangre te pudiera
volver a dar la vida! ¡Blanca! ¡Blanca!

(Estará arrodillado junto al cadáver de Lucía. En este momento se alza y les grita a los timbúes):

¡Matadme a mí! ¡Matadme a mí con ella!

(Cae otra vez de rodillas, sollozante, anonadado. Toma con verdadera unción entre sus manos la cabeza de la cristiana, y la va lentamente acercando a sus labios, mientras cae lentamente el

TELON

FIN DEL DRAMA

LA MISION DE LA ESCUELA

Pocas veces tan delicada la misión del orador, porque en una hora tan entrañable, el espíritu se abre a las generosas expansiones: la emoción se impone a todo, en la despedida de los bachilleres egresados de esta casa, y en la palabra de estímulo — efusiva y sin reservas — para los alumnos sobresalientes; porque los unos son los triunfadores que llevan andado una primera jornada, de aquella más larga de la vida entera, y porque los otros, urgidos por inquietudes de espíritu, tienen como la obsesión del término, y vienen rastreando la huella de sus predecesores.

La emoción del éxito es conturbadora: es una dulce embriaguez que hace olvidar al caminante las fatigas que sufrió, y de frente al porvenir, evoca una senda encantada, donde la vegetación le ofrece sombra propicia y la naturaleza, vestida de sus mejores dones, pone notas de luz, allá al final, destacando el palacio blanco y risueño, donde anida la esperanza y el ideal.

Yo no voy a restaros nada, jóvenes estudiantes, de esa sana, de esa legítima emoción, y creo que si así imagináis el porvenir, tenéis descontado de antemano gran parte de la felicidad, porque si no la hallarais en la vida, y el camino aquél fuera de difícil recorrido — sin sombra para el peregrino, sin caricias para el espíritu — el ensueño estaría en vosotros mismos, y la fe, la inquebrantable fe del hombre fuerte, sostendría inmune la energía contra las tentaciones que desvían a los débiles o aplastan a los enfermos de la voluntad.

* Este discurso que publicamos por encerrar muy atinados conceptos sobre educación, fué pronunciado por el doctor Ricardo Levene en el solemne acto público de la entrega de los premios a los bachilleres egresados en 1913 del Colegio Nacional Mariano Moreno. Asistieron a la ceremonia el Ministro de Instrucción Pública y las primeras autoridades de la enseñanza secundaria y del Colegio. N. DE LA D.

La emoción misma que comparto con vosotros, acaba de conducirme, por virtud de un proceso natural, frente a mi deber, para deciros todo lo que siento y pienso, acaso la última palabra para los que se van y de afectuoso consejo para los que todavía este hogar retiene.

*

Hace pocos días leía en mi clase de quinto año, el capítulo XVIII del "Príncipe" de Maquiavelo, titulado "De qué modo los príncipes deben practicar la lealtad". El escritor italiano habla de los reyes que han hecho grandes cosas y que de la lealtad y fe han tenido poca cuenta; de cómo los soberanos deben saber proceder como hombre y como bestia, para lo cual es necesario que sean educados por centauros. "Y siendo, pues, necesario a un príncipe — dice Maquiavelo — proceder como bestia, debe entre ellas imitar al zorro y al león, porque el león no se defiende de las trampas y lazos, ni el zorro se defiende de los lobos. Es menester, pues, ser zorro en el conocer lazos y trampas y león en el amedrentar a los lobos".

Los alumnos escucharon con la atención que toda aquella original y sugestiva época del Renacimiento despierta en el espíritu del estudioso: contradicciones inconciliables formaron en una misma sociedad, cuando los Papas como Julio II poníanse al frente de coaliciones europeas para pelear contra Francia, y artistas, perfectos e inimitables artistas del buril, como Benvenuto Cellini, eran al propio tiempo sacerdotes del arte y asesinos.

Terminada la lectura, pregunté a los alumnos su impresión sobre aquella desconcertante página de Maquiavelo, cuya moraleja consiste, en síntesis, en aconsejar la fuerza y la astucia para triunfar en la vida.

Un distinguido discípulo, espíritu inteligente y ponderado, me dijo más o menos así: "Señor, desgraciadamente la moral de Maquiavelo es todavía la moral imperante; la victoria es de los simuladores y de los hábiles, pero no de los capaces".

Y puso en estas palabras un dejo de amargura en la edad de todos los entusiasmos.

He arrancado este episodio de la vida del aula, de tan íntimas y cálidas confesiones como la vida del hogar, porque las palabras de aquel joven eran el sentir de la mayoría de los alumnos, y

porque pareciera como si los buenos no creyesen en una justicia social distributiva, fundada en la aptitud, el mérito o la conducta.

Entre tanto, como si un soplo helado filtrara por sus almas y destruyera en flor sus ilusiones, como si comenzara a palidecer aquel tonificante y fecundo sol de optimismo, que ha sido la fuerza nacional por excelencia, la nueva juventud se inclina a no creer; y esta duda paralizante de la acción, que agota la buena voluntad, que siembra en los corazones la convicción de la ineficacia en el esfuerzo propio, que incita a no hacer, o hacer por caminos fáciles, denuncia una grave enfermedad moral — crisis de carácter y de fe — que no puede ser curada sino en la escuela, en una escuela que eduque sin pretensiones de hacer sabios enciclopédicos a la edad de diez y seis años, pero que eduque para la vida, forjando y arraigando indestructibles disciplinas morales e intelectuales, y que eduque para nuestra sociedad y para nuestra época, formando caracteres incorruptibles y ciudadanos capaces de una democracia libre.

El señor ministro de Instrucción Pública ha expresado recientemente que el Colegio Nacional no es la puerta de entrada de la Universidad. Bienvenida esta alta orientación, que esperamos definitiva y orgánica, para que los institutos de enseñanza secundaria realicen su misión en el sentido de educar y no instruir, conforme a un pensamiento tan difundido como practicado. Educar quiere decir formar a un hombre en la integridad de su conducta, en la firmeza de su carácter, en su moralidad sin tacha, en su espíritu de acción y en el equilibrio armónico de todas las potencias de su alma. El Colegio Nacional será entonces la puerta de entrada a la democracia, que es el gobierno que por definición supone mayor libertad, y necesita, por tanto, ciudadanos aptos, con una clara noción del deber, con el hábito y la energía para dominar sus pasiones, con la aptitud para la asociación y la solidaridad, dado que el individuo aislado nada vale, nada puede ni nada significa, y dado que la democracia es, en definitiva, la escuela fecunda de todas las virtudes viriles del ciudadano. Se ha hablado y se ha escrito mucho sobre esa misión de la escuela en una sociedad cosmopolita, heterogénea, amorfa, como la nuestra. Los más se han inclinado por la fórmula "la escuela debe argentinizar", aunque no se ha definido el concepto preciso y escrito que esta afirmación entraña. Cuántos maestros

llegaron a equivocar su sentido entendiendo por "argentinización" pintar con los colores de la patria el toldo de la escuela! Cuántos otros, ensayando interpretar esa nueva política educacional, entendieron que consistía en enseñar preferentemente la historia externa de nuestro país, en formar al alumno en el concepto heroico y militar de la patria, cerrando los ojos ante el cuadro de toda la historia humana y olvidando la historia secular de la lucha por la cultura, por la civilización, por la libertad.

En el seno de esta sociedad, en profunda transición histórica, la escuela argentina debe moralizar. Moralizar quiere decir — según el vigoroso concepto de Ihering — no sólo no cometer una injusticia, sino no permitir que nadie la cometa. Quiero expresar que la escuela argentina debe formar y robustecer esa poderosa fuerza social que gobierna a los pueblos cultos — la conciencia colectiva o la opinión pública — que enérgica y sin piedad, cae sobre todos aquellos delincuentes, que las leyes no califican de tales, pero que hacen daños positivos, porque aflojan y corrompen los vínculos de la asociación humana, porque desorganizan el orden social.

No hay sino una sola moral, privada o pública, hemos dicho en clase más de una vez, porque es una e indivisible la conciencia, y es absurdo admitir que un hombre puede ser bueno en su hogar y en la vida pública infrinja un reglamento como funcionario o venda su voto como ciudadano. Del mismo modo en la vida de un pueblo. Los dictadores, los aventureros, los políticos sin escrúpulos, gobiernan a los pueblos que han renunciado a su dignidad en la vida privada, que han hecho abandono de las conquistas morales que la civilización les ha entregado para que las ejerciten y utilicen como un instrumento de progreso: la libertad y el derecho.

*

Y bien, jóvenes bachilleres: los que habéis ingresado a la Universidad y los que habéis aplicado vuestra energía a tantos campos de la actividad social; sois soldados de esa causa, caballeros armados de ese ideal, lanzados a la vida del país para cumplir un destino; vuestros sueños tendrán vuelos de águila y se cernirán sobre vosotros en alas de la victoria, si tenéis fe, fe invul-

nerable a la decepción, fe que dignifica y ennoblece la vida, la fe en la justicia, en la verdad, en el ideal.

Y luchad por estos grandes amores, con la emoción que movía vuestro espíritu cuando pensabais en la madre, que estaba con vosotros en todos los instantes, que sufría con vuestra preocupación o vuestro dolor, y que se ilumina en una dulce sonrisa, como ahora, con vuestro triunfo; así, la madre común, la patria de todos, esta grande y generosa patria de todos los hombres libres, que os sigue y os espera y que sufre y sonrío — la pupila fija y el espíritu inquieto — con la misma pura emoción de la madre.

RICARDO LEVENE.

NOTAS Y COMENTARIOS

Ramón Menéndez Pidal.

El ilustre filólogo y crítico español don Ramón Menéndez Pidal, considerado junto con Adolfo Bonilla de San Martín, el más alto discípulo de Menéndez y Pelayo, por confesión del mismo maestro, es nuestro huésped desde hace unos días. Infatigable erudito y analista penetrante, es grande la contribución que los estudios filológicos y literarios le deben: bastaría para señalarlo como maestro eminente su gramática histórica de la lengua o sus admirables estudios sobre la epopeya española, con ser ambas investigaciones una mínima parte de su obra. El primero de Agosto iniciará Menéndez Pidal en la Facultad de Filosofía y Letras su anunciado ciclo de conferencias públicas sobre Menéndez y Pelayo, y el cuatro del mismo mes sus lecciones especiales acerca del teatro de Lope de Vega, cursos ambos que han de ser fecundos en enseñanza para sus oyentes.

NOSOTROS, reservándose tratar de ambos cursos con mayor extensión en el próximo número, presenta su homenaje de simpatía al ilustre erudito.

La recepción del doctor Antonio Dellepiane en la Academia de Filosofía y Letras..

A mediados del mes corriente la Academia de Filosofía y Letras recibió a su nuevo miembro, el doctor Antonio Dellepiane. Bien merecía tal homenaje el autor de tanta obra noblemente pensada, desde *Las causas del delito*, excelente libro que en su hora tuvo repercusión en todos los círculos intelectuales, hasta su reciente *Filosofía del Derecho Procesal*, cuya exposición en la Academia de Ciencias Morales y Políticas del Instituto de Francia, valió a su autor uno de sus más bellos triunfos.

El doctor Dellepiane ofrece, en nuestro país y en el momento actual, uno de los más estimables ejemplos de laboriosidad estudiantosa. En este sentido, su obra múltiple y representativa, tiene valor evidente en el desarrollo de nuestra cultura.

En el acto de la recepción académica el doctor Dellepiane leyó su trabajo sobre la tradición intelectual de los López, y fué su conferencia al propio tiempo que análisis erudito y crítica sagaz, obra de noble factura literaria. El doctor Dellepiane por la sutileza de su criterio, la elegancia de su estilo y por la profundidad de su inteligencia de investigador concienzudo, pertenece a ese grupo de estudiosos del cual Taine es el maestro admirable.

El doctor Ernesto Quesada hizo, en nombre de la Academia, el elogio de la obra de su nuevo miembro.

Cuarteto Beethoven.

En el salón *La Argentina* acaba de celebrarse el primero de los dos conciertos con que se anunció esta nueva sociedad musical, constituida por los valiosos elementos representados por los señores Vela y Casals (violines), Ramón Vilaclara (violoncelo) y Gambuzzi (viola).

La falta de espacio, al no permitirnos publicar en este número la "Crónica musical", nos impide ocuparnos de este concierto con la merecida extensión, pero es justicia que dejemos constancia de la alta nota artística dada por el naciente Cuarteto, que dedicó su programa inaugural a Beethoven. Se interpretaron dos cuartetos y un trío.

Los ejecutantes dieron prueba de una envidiable precisión puesta al servicio de un perfecto entendimiento de las obras vertidas, pero más aún que esta precisión y que la técnica eficaz puesta de relieve, debemos elogiar el noble sentimiento artístico con que ellas fueron expresadas.

Deseamos un completo éxito a la nueva institución, acerca de la que escribiremos más ampliamente en próximos números.

Exposición de caricaturas.

El popular dibujante Filiberto Mateldi ha expuesto en el salón de la Cooperativa Artística una serie de caricaturas que ponen en evidencia una vez más sus raras condiciones de humorista.

La caricatura, que ha evolucionado del *grotesco* antiguo hacia el dibujo incisivo y mordaz, del mismo modo que la risa franca y bonachona de antaño se ha convertido en una mueca irónica, requiere una penetración sutil no fácil de encontrar y que el señor Mateldi realiza admirablemente. Su penetración honda y rápida parece rivalizar con la agilidad de su técnica. El señor Mateldi maneja el carbón y el pastel con una maestría y una seguridad envidiables. Con sus rasgos rápidos graba la expresión fugaz que ha de revelarnos una modalidad de su personaje, y así nos muestra la nostálgica expresión del ministro de Italia, que parece echar de menos su saturniana tierra, el espíritu sutil y felino del señor Manuel Láinez, el carácter arremetedor e irreductible del crítico Barrenechea, la bonhomía pesada de nuestro vicepresidente, la irritabilidad del señor Joaquín de Vedia, trabajos todos estos que cuentan entre los mejores.

Las obras del señor Mateldi, no sólo hacen reír, sino que hacen pensar las más veces y en esto concuerda con los grandes humoristas modernos, cuyos dibujos son con ínfrecuencia una síntesis filosófica. La exposición del señor Mateldi ha gustado mucho y esperamos que esta circunstancia mantenga por mucho tiempo el buen humor de este artista.

La "Revue Sudaméricaine".

Con el séptimo número ha dejado de aparecer la *Revue Sudaméricaine* que fundó y dirigía en París Leopoldo Lugones.

Nos ocupamos de tan importante revista cuando apareció, y exteriorizamos entonces nuestra disconformidad absoluta con su carácter. Es ese mismo carácter, apenas modificado en los números posteriores, el que la ha matado. A nuestro juicio la *Revue Sudaméricaine* no podía sostenerse librada a sus propias fuerzas, pues, poco francesa en Francia, dadas sus pretensiones americanas, y demasiado francesa en la Argentina, ni allá ni aquí podía competir con esperanza de éxito con publicaciones ya acreditadas como la *Revue des deux mondes*, la *Revue* o *Le Mercure*.

¿Hemos de declararlo con franqueza? No nos interesa el éxito de estas empresas argentinas que buscan conquistar a París con unas cuantas páginas de papel impreso. París y Europa los conquistaremos a su debido tiempo cuando lo merezcamos — dentro de uno o dentro de cien años. — y para merecerlo necesitamos

trabajar de veras, material, moral e intelectualmente en nuestro suelo, y no pasarnos allá disfrazados de franceses. Los hombres del alto valer de Lugones debieran intentar en Buenos Aires la fundación de una gran revista, bien sea con el apoyo oficial, así como Groussac creó *La Biblioteca* en mala hora desaparecida, y acaso contribuyeran entonces enormemente a formar el ambiente intelectual que a nuestros literatos les falta y tanto necesitan para hacer obra de largos alcances, que los dé a conocer en Europa. Pero, impacientes, quieren comenzar por allá, sin antes hacer algo aquí, y así les va...

Instituto Popular de Conferencias.

La Prensa ha tenido una excelente iniciativa, que creemos de nuestro deber alabar sin restricciones. Ha entregado su gran sala de actos públicos a una comisión de distinguidos caballeros, ventajosamente conocidos en nuestro mundo intelectual, a fin de que organicen en ella permanentemente todos los años desde el 15 de Mayo al 15 de Octubre, conferencias de todo carácter a cargo de hombres de estudio y de letras reputados. El hecho de que *La Prensa* haya creído conveniente dar a la institución proyectada autonomía tal que la resguarde de las contingencias que pudiera crearle la dependencia directa del diario, y sus propósitos de apoyar en todo sentido a la institución para asignarle de día en día un mayor radio de acción, dotándola de una revista y dándole el carácter de una universidad libre, hacen todavía más loable la iniciativa.

Esta fundación será denominada *Instituto Popular de Conferencias*, y su dirección estará a cargo, por el momento, de los siguientes señores, designados por la dirección del diario: Estanislao S. Zeballos, Angel Gallardo, David de Tezanos Pinto, Rodolfo Rivarola, Juan B. Señorans, Carlos Ibarguren, Miguel Mastrogianni y Carlos M. Morales. Actuará de secretario el señor Adolfo Dago Holmberg.

Nada más tenemos que agregar por ahora a lo dicho: sólo cabe esperar. La idea es óptima y merece hacer camino si los destinados a realizarla logran, como se lo indica el artículo III.º del Reglamento del Instituto, "proceder severamente, a fin de mantener la cátedra con la mayor altura y dignidad".

Viajeros.

— A mediados del corriente, regresó de Europa, a donde había ido con misión del gobierno argentino, para asistir al “Congreso del Libro” de Leipzig, nuestro colaborador y vicepresidente del directorio de la Sociedad Cooperativa NOSOTROS, don Alberto Gerchunoff.

El fuerte escritor vuelve más señor que nunca de sus admirables facultades de observación, de crítica y de expresión, aguzadas y perfeccionadas por su estadía en el Viejo Mundo, y no ha de tardar en darnos los bellos libros que *Los gauchos judíos* anunció, y su talento, llegado a la plena madurez, promete.

— También está de nuevo entre nosotros, después de una larga ausencia, el doctor José Ingegnieros. Regresa el mismo de siempre, el que todos conocen, a la vez serio y juguetón, juguetón en la vida, serio en el estudio. Decir con qué satisfacción se le ha vuelto a ver por sus muchos amigos y admiradores está de más. NOSOTROS que disintió radicalmente con su libro *El hombre mediocre* y la actitud desconcertante que acompañó a la publicación de dicha obra, se complace en saludar cordialmente al simpático escritor e ilustre publicista, augurándose por él y por la ciencia argentina, que su consagración a los estudios psicológicos y sociales, terreno donde tanto ha hecho ya, sea definitiva, y un hecho, por todos anhelado, su ascensión a la cátedra en las dos Facultades de Medicina y de Filosofía y Letras.

Ediciones de “La Lectura”.

Recomendamos a nuestros lectores los últimos volúmenes de la excelente edición de los *Clásicos Castellanos* que con unánime aplauso de los entendidos y de los amantes de las buenas letras está realizando *La Lectura* de Madrid. Constituyen los dos volúmenes recientemente aparecidos, que vienen a agregarse a la ya larga lista de los anteriormente publicados, *La vida de Lazarillo de Tormes* y *Fernando de Herrera*. Ambos están presentados con el habitual esmero tipográfico y con un abundante material crítico-bibliográfico. Muy interesante sobre todo es la Introducción al *Lazarillo* de Julio Cejador y Frauca, en la cual este reputadísimo filólogo español intenta atribuir, la discutida paternidad de la famosa novela, con argumentos muy dignos de tomarse en

cuenta, a Sebastián de Horozco, insigne escritor del siglo XVI, de aquel grupo erasmista que floreció bajo Carlos V y al cual pertenecieron hombres como Juan de Valdez y Cristóbal de Villalón, resucitados por la crítica sólo en estos últimos tiempos.

Una revista juvenil.

Se titula *Páginas* y la redactan unos animosos literatos en ciernes, alumnos del Colegio Internacional de Olivos. Muy elegante el formato, excelente el papel y la impresión, abundante el material, y bueno, lo que no es tan común. Prosa — cuentos, descripciones y críticas — versos y caricaturas, todo muy discreto y muy simpático. Algunos de esos muchachos prometen de veras. La empresa merece ser estimulada y lo hacemos con viva complacencia, a la vez que señalamos a los directores de los buenos institutos de enseñanza oficiales o particulares la conveniencia de alentar estas iniciativas tendientes a encender un poco de idealismo en el alma de los jóvenes estudiantes, mediante el culto de las artes, y acaso a determinar el florecimiento de alguna escondida vocación.

NOSOTROS.



NOSOTROS

NOTAS

LA GUERRA

La conflagración tremenda que todos anunciaban como fatal, y en cuya posibilidad, sin embargo — extraña antinomia — todos se resistían a creer, ha estallado, magna en sus proyecciones, espantosa en su desarrollo, oscura en su desenlace, impenetrable en sus consecuencias, tal cual se la preveía. Ha estallado como el rayo, instantánea, y en el momento en que se produjo, inesperada. A fines de Julio el mundo vivía pendiente de un proceso sensacional, cuando Austria lanzó su reto a la pequeña Serbia, recogió el guante la grande Rusia, terció Alemania en la contienda, como señora de la Paz y de la Guerra, y ésta desencadenada, fué envolviendo en sus trágicas espiras a Francia, a Bélgica, a Inglaterra, al Luxemburgo, al Montenegro, al Japón, sin que el día en que se vive pueda decirnos qué otro pueblo entrará al siguiente en la danza macabra. El primero de Agosto la humanidad ya sabía que una hora histórica acababa de sonar; pocos días después no le cabía duda que estaba frente a una de las mayores catástrofes que registran los milenios. Por debajo de esta catástrofe; qué cosa pequeña y baladí aparece la vida cotidiana del hombre y su pobre literatura!

Como nosotros cuando tenemos que hacer un gran esfuerzo mental para llegar a concebir que los hombres seguían viviendo sus limitadas existencias con el mismo ritmo acompasado, aun en la hora crítica en que Jerjes amenazaba la civilización occidental con sus millones de asiáticos, o los bárbaros irrumpían por todas partes sobre el Imperio Romano, o los turcos golpeaban a las puertas de Viena, o Napoleón levantaba en armas a Europa entera, así nuestra posteridad sólo con gran trabajo logrará figurarse que hayamos podido seguir un tan formidable choque en que la humanidad juega sus destinos, con una serenidad que únicamente la curiosidad altera. Vivimos en plena epopeya y nuestros nietos nos los envidiarán ; oh ironía !

Se exterminan los hombres sobre todos los mares y en todas las tierras ; millones de soldados sólo están en pie para matar o para morir ; llueve fuego y acero, se hunden los acorazados enormes, arden las ciudades, son arrasados los campos ; por doquier está la matanza, el incendio, la rapiña, la violación ; única ley es destruir y asesinar ; el hombre ha dado paso al gorila lúbrico y feroz ; y, sin embargo, la humanidad sigue su curso, atraviesa la guerra, atravesará acaso la revolución que cual furia vengadora aquélla engendre, conocerá el hambre y el espanto, y de todo ello saldrá en esencia la misma, ni más buena ni más mala, aunque tal vez preparada para alcanzar días mejores.

¿ Ilusiones de un ingenuo optimismo ? Y bien, sí. Seamos optimistas ante este naufragio de todos los valores morales. Cuando a esto nos han traído treinta siglos de filosofía, veinte siglos de cristianismo, y un tan formidable acopio de civilización material y tantas palabras altísimas : Derecho, Justicia, Piedad, Fraternidad, Paz, Arbitraje . . . ; no se le abren al espíritu otros caminos que el de desesperar definitivamente de la condición y la suerte del hombre o el de pensar que en el crisol de la historia ésto tenía necesariamente que producirse para la depuración del futuro. Y si la humanidad ha atravesado triunfante otras crisis parecidas, confiemos en que salga también de ésta, después de la locura sangrienta de algunos años, con una mayor experiencia para algunos siglos. Seamos optimistas aun ahora que la humanidad penetra en este infierno dantesco, y esperemos que pueda algún día salir de él *a riveder le stelle*. ¿ A qué indignarse contra el zar o contra el kaiser, trágicos juguetes en manos del destino ? ¿ Quién puede lanzar la responsabilidad sobre alguien ? La res-

ponsabilidad habría que buscarla en el seno de los siglos y en la baja condición del hombre, que a este duro paso nos han traído. ¿A qué desear el triunfo de ésta o de aquella nación, si ninguna puede legítimamente arrogarse el derecho de ser la única civilizada y la única fecunda de porvenir, y menos en estos momentos? Formulemos votos por la suerte de la Humanidad; deseemos que, ya sea del agotamiento de todos los combatientes, ya sea de la realización de una más grande Alemania o una más grande Francia o una más grande Inglaterra, salga la Humanidad más libre y más feliz, tanto como su condición inferior se lo consienta.

Por otra parte no será éste el último choque. ¿Llegará el día en que los hombres alcancen aquella armonía social soñada por todas las utopías? ¿O no es el hombre el fin de la evolución de la vida sobre el planeta y sus sangrientas luchas tanto valen para el ser futuro como para nosotros las peleas entre chacales y las batallas de hormigas?...

... En tanto la pobre carne humana sufriente forma montañas sangrientas en los campos de Bélgica y Polonia, y millones de mujeres lloran a sus esposos, a sus hermanos, a sus hijos, y maldicen al cielo que permanece mudo ante el dolor y los *¿porqués* de nosotros, tristes pigmeos.

ROQUE SAENZ PEÑA

El espíritu se siente confortado ante la unanimidad del sentimiento con que fué acogida por el pueblo la noticia de la muerte del Presidente de la Nación, Dr. Roque Sáenz Peña. Las manifestaciones de su acción de gobernante, por ser claras y casi tangibles, no han escapado a la comprensión y al juicio de sus contemporáneos, y Sáenz Peña no ha necesitado que pasaran los años para que su obra benéfica se advirtiese y celebrase por todos los hombres de buena voluntad.

No nos interesa su vida anterior a su ascensión a la presidencia, que fué la vida de un caballero, la cual si por muchos aspectos se asemeja a la de los hombres de su generación, que se equivocó y acertó como todas las generaciones, por otros se individualiza netamente y se destaca en plena luz. Hasta 1910 Sáenz

Peña fué para el país un político honesto, un diplomático de representación, un publicista distinguidísimo; desde 1910 su nombre se vincula estrechamente a la historia de nuestras instituciones y alcanza tales merecimientos que no han de olvidarlo los argentinos, antes bien han de colocarlo en señalado lugar, junto a los nombres de nuestros patricios insignes.

No le bastó a Sáenz Peña ser un presidente probo y de miras levantadas; saliéndose de los confines de la administración de la cosa pública, en la cual marcó su acción con muchas medidas excelentes, fué su más cara ambición realizar la revolución pacífica que más anhelaba el país en el orden político: el establecimiento de la libertad del sufragio, la reivindicación para el pueblo de sus derechos electorales, sólo existentes hasta entonces en el papel. La ley electoral que podrá ser más o menos perfecta en su mecanismo, lo que poco importa, es obra suya, y, hagamos justicia completa, de su más eficaz colaborador, el ministro Indalecio Gómez: ambos la trabajaron con amor, la sostuvieron con tesón, la defendieron contra todos los ataques y la hicieron triunfar. Pero no paró ahí la obra de Sáenz Peña. Con la convicción profunda de que hacía obra buena y necesaria, predicó con la palabra y con el ejemplo hasta llevar a todos los ánimos la confianza en que el pueblo podría votar libremente siempre que lo quisiese, y alejar de ellos aquel escepticismo que durante tantos decenios tuvieron respecto a las promesas de sus gobernantes.

No es este el momento de analizar los resultados de la ley; pero cualesquiera que ellos fuesen por ahora — y nosotros los consideramos excelentes — no cabría dudar de la bondad de la obra de Sáenz Peña, pues el hacerlo equivaldría a dudar del valor moral y político de la democracia, para preferirle la opresión, el fraude, el gobierno de las oligarquías.

Cuando más se pretendió despreciar aquella obra se la calificó de obra idealista o de obra de iluso. ¡Así tenga la república en todos sus días muchos idealistas, muchos ilusos como el malogrado presidente! Nosotros queremos prescindir por un momento de la eficacia práctica de la obra de Sáenz Peña, para contemplar sólo el espectáculo de su lealtad con la palabra empeñada, de su inquebrantable fe en la capacidad política del pueblo, de su tenacidad en la realización de un ideal, y ya eso basta para enaltecer su figura. ¡Políticos idealistas, que tengan una sola palabra y entiendan que la deben cumplir!... Así los hubiera en

todos los tiempos! Idealista sí lo fué Sáenz Peña, para gloria suya, pero no tan iluso como se ha repetido, pues muy lejos estuvo de escribir en la arena movediza: tan bien comprendió el alma de su pueblo y el momento histórico en que le tocó actuar, tan a tiempo vino su reforma — lo que prueba su sentido de la realidad — que por otros se ha pretendido quitarle todo mérito, con las consabidas palabras: “ya había llegado la hora.” — ¡Oh, sí! pero las horas históricas no suenan tan a punto, no son tan fatales, que no se las pueda adelantar o retardar de muchos años; de dónde la gloria del Reformador que llega y ordena: “Ahora ha de ser y no más tarde”.

NOSOTROS, que en repetidas ocasiones aplaudió la acción política del doctor Sáenz Peña, lamenta que la República haya perdido un gobernante tan bien inspirado, que trabajó con sinceridad a la vez por nuestra paz interior y exterior.

LA DIRECCIÓN.



José Ingenieros

EL RENACIMIENTO CULTURAL DE CATALUÑA

- I. La tradición cultural de Cataluña. — II. El renacimiento literario y artístico. — III. La cultura científica. — IV. Los estudios filosóficos. — V. Política y cultura.

I. — La tradición cultural de Cataluña

España — fuera absurdo negarlo — es una coaptación de estados diversos que la geografía peninsular predestina a vivir confederados. La unidad realizada a fines del siglo XV es pura y simplemente política: cada provincia o región conserva tradiciones propias y tiene intereses heterogéneos. Dentro de la gran patria geográfica y política subsisten las pequeñas nacionalidades históricas y sociales. La unidad de herencia — que es la historia — y la unidad de educación — que es la cultura — dan cierta fisonomía particular a las provincias orientales de la península, que baña un mismo mar desde Perpiñán hasta Valencia y riega el Ebro desde Tudela hasta Tortosa.

Jaime de Aragón tomó a Valencia; los abuelos del valenciano Luis Vives sirvieron en los ejércitos de Aragón; Lulio nació en Mallorca y se educó en tierra firme; Servet dividió sus primeros estudios entre Zaragoza y Barcelona; los intelectuales catalanes figuraron en el partido aragonés en tiempos de Carlos III; hoy mismo, para abreviar, Ramón y Cajal, nacido en Zaragoza, fué profesor en Valencia y en Barcelona, antes de emigrar a Madrid.

En esta Cataluña grande, — floreciente sobre los lados de un equilátero imaginario que tiene sus tres ángulos en Barcelona, Valencia y Zaragoza, — más vasta que la raquíca provincia del mapa político actual, sobra la tradición del pensar hondo y vasto.

En el período de la colonización griega, anterior a la cartaginesa, hubieron en el litoral mediterráneo escuelas y academias. Esas manifestaciones de cultura se acrecentaron bajo la domina-

ción romana, introduciéndose estudios de ciencias y derecho; en tiempos de Sertorio, el vencedor de Sila, fundáronse en Osca (Huesca) varias escuelas importantes, con maestros griegos y romanos.

En los siglos que corren del VIII al XI, bajo el gobierno árabe, la cultura romanovisigoda se extinguió, o poco menos, en la península; solamente en Navarra y Cataluña persistió algún amor por las ciencias y las letras, gracias a la no interrumpida relación con Francia y con Italia. Menciónanse estudios canónicos y de ciencias, siendo indudable que a ellos concurrieron algunos estudiosos del país vecino. En Zaragoza los "Estudios", de origen romano, estaban florecientes en el siglo XII y de ellos se formó más tarde la Universidad. Lérida era un centro cultural de primer orden y en toda la región hubieron notables bibliotecas. La escuela de Montpellier, incorporada transitoriamente a los estados catalano-aragoneses, fué la más famosa de su época para la enseñanza de la medicina.

Aumentadas las relaciones con Francia e Italia a fines del siglo XIII, la región catalana hubo de ellas considerables beneficios intelectuales. Abundaron los trovadores; muchos reyes cultivaban la poesía; la didáctica moral prosperaba. En el siglo XIV hubo una verdadera escuela literaria catalana, cuyos comienzos nada tenían que envidiar a los de la otra escuela que nacía en Castilla. Eran dos naciones, dos mentalidades, dos idiomas, dos organizaciones, independientes. Nadie, por otra parte, pensaba en la unidad política peninsular, ni la reunión de dos o tres coronas bastaba para fundarla, siendo tantas las existentes. El mar y la montaña habían perdido su valor político. Los estados catalano-aragoneses habían traspasado los Pirineos y se extendían por Francia, al mismo tiempo que en Italia y Sicilia a través del Mediterráneo. En cambio los estados castellanos veíanse obligados a compartir el resto de la península con otras dos nacionalidades: la musulmana y la portuguesa.

En 1300 Jaime I fundó en Lérida la primera Universidad catalana, para que los estudiantes no estuviesen precisados a asistir a la de Tolosa. Carlos IV constituyó, a mediados del siglo, las de Huesca y Perpiñán. En Zaragoza fundaron los mudéjares una Universidad en la morería, para enseñar medicina, filosofía y ciencias. En Valencia hubo escuelas superiores desde tiempos de Jaime I, convertidas en Universidad en 1500. Barcelona tenía una

academia de ciencias desde principios del siglo XIV, convertida en Estudios Generales en el siglo XV.

Siguen creciendo en los estados catalano-aragoneses las influencias italiana y francesa en la literatura, la árabe en la teología y la judía en la medicina. Culminan las letras en el reinado de Alfonso V, a impulsos de ese contacto con variadas culturas extranjeras; la influencia provenzal en la poesía catalana es pronto suplantada por la italiana. Antes del siglo XV comienza a refluir sobre Italia la cultura de Aragón, cuyos dominios llegaron a poner una pica en Grecia, en el episódico dominio de Atenas.

Los más grandes nombres de la filosofía española, en la hora augural del Renacimiento, fueron de esta región peninsular; no quiere ello decir, como suele pretenderse erróneamente, so color de catalanismo, que haya existido una particular filosofía catalana, ni que hubiese una lógica propia del pensamiento filosófico local, distinto del español; ninguno de los dos tuvo características colectivas.

Después del teólogo y moralista Oliva, abad de Ripoll y bibliófilo consumado, el magnífico Lulio acompañó la evolución europea de la escolástica; Vives se asoció al humanismo de Erasmo; Servet precedió a Harvey en la ciencia del Renacimiento. Y son de esa época luminosa el catalán Pennafort, docto y laborioso, el valenciano Vicente Ferrer, todo fervor y piedad, el famoso Juan Fernández de Heredia maestro de cronistas, y Bernat Metge, autor del "Sueño" magistral, y Francisco Eximenés, moralista de firmes principios, y el ilustre médico filósofo Arnoldo de Vilanova, y otros que son honra de la cultura catalano-aragonesa. Corrían décadas brillantes cuando Alfonso V traducía personalmente las epístolas de Séneca y gustaba de terciar en controversias de teólogos y moralistas, siendo su par en agudeza de ingenio.

Gloria es de Barcelona aquel Raimundo Sebunde cuya fama trascendió a Europa y fué entregada a la posteridad por la apología de Montaigne, fecunda en disputas. Y de Zaragoza lo es el doctísimo teólogo y moralista Pedro de Luna, el antipapa, que se retiró a Peñíscola para legarnos sus "Consolaciones de la vida humana", de hondo sentido estoico y cristiano. Y en toda la región, más vasta, de Montpellier a Calatayud, floreció la escuela teológica y científica luliana; y frente a ella, todos los escolásticos antilulianos, que remataron en el catalán Nicolás Eymerich, apa-

sionándose por los más abstractos problemas que el pensamiento humanista planteó allende los Pirineos.

Nada faltó en aquella luminosa efervescencia cultural de Cataluña. Para que el cuadro fuese completo, hubo un ingenioso personaje de novela picaresca: Anselmo de Turmeda, ¿escapado de una página del Gil Blas de Santillana?, verdadero Doctor Sangredo de la teología, que engañó a cristianos glosando libros moros y engañó a moros glosando libros cristianos.

Esa tradición cultural tuvo su lógica en la historia catalano-aragonesa. No es por accidente que las primeras prensas alemanas, entradas a España, a fines del siglo XV, llegaron a Valencia, Barcelona y Zaragoza, antes que a Salamanca, Toledo y Avila.

Todo ello se agostó, es cierto, al realizarse la unidad política bajo la hegemonía de Castilla, convertida en teocracia al servicio del fanatismo religioso. ¡Triste hora, aquella, cuando solamente se permitió el cultivo crepuscular de la escolástica, que el Humanismo y el Renacimiento acababan de expulsar de Europa!

De esa España tuvo un gajo Cataluña, con Gaspar Lax, de Sariñena, cuya absurda ignorancia indignó, con razón, a Luis Vives cuando le frecuentó en París. En el siglo XVI la literatura catalana prosperó sin sentir influencias castellanas, particularmente la poesía. Pero entrando el siglo XVII las cosas cambiaron; el monopolio del comercio de Indias en favor de Cádiz y Sevilla, restó importancia al litoral mediterráneo. Por ese entonces comienza a interrumpirse la tradición cultural de la Cataluña grande, que ya se limita a presenciar la gloria literaria de Castilla, ofreciéndole una inmarcesible corona por manos de Boscán.

La España de los Habsburgos dió entonces al mundo su maravilloso siglo de oro literario. Proscribió, en cambio, las ciencias de la naturaleza y cegó las fuentes del renacimiento filosófico, sin tolerar ninguna heterodoxia de la teología dogmática. Tuvo, en otro sentido, dos altos exponentes de su psicología colectiva: la mística y la novela picaresca, los dos géneros más españoles de toda la historia cultural de España. Después las letras agonizaron; en torno de su lecho de agonía reunió el destino tres nombres de grandes pensadores: Quevedo, Saavedra Fajardo y Gracián.

Esta España — no la heroica, no la pintoresca — es la que en particular nos interesa; en ella tuvieron parte preeminente los estados catalano-aragoneses. Esa es la buena tradición, la de la

España cultural, la que honraron los pensadores y los filósofos, la que tuvo ciencias y artes florecientes, expulsadas por una intolerancia que ningún español moderno intenta justificar.

Sin cultura y sin trabajo no hay, no puede haber, ideales que embellezcan y enaltezcan la vida. No ideales abstractos y agónicos, anclados en la rutina, sino ideales vivientes y vivificadores, nacidos de la experiencia y que señalen la perfección de lo por venir.

No es creíble que el trabajo y la cultura sean fuerzas divergentes: por el camino de la pereza nadie llegó a la sabiduría. Ofendería a Cataluña quien le negara ideales porque tiene la virtud del trabajo. No creemos a los forjadores de sofismas; no es verdad que si allí está el trabajo, en otra parte ha de estar la cultura.

Es ridícula cierta pretensión de los pobres holgazanes que confunden su estado con la sapiencia ascética, dando a entender que todos los pueblos ricos y laboriosos son forzosamente ignorantes y prosaicos. La Incultura y la Pobreza — dice la historia — suelen ser simultáneas en la decadencia de las naciones.

El renacimiento iniciado en Cataluña es un aspecto particular del hondo afán que se advierte en todos los centros universitarios españoles. Antes de examinar sus manifestaciones, digamos que su eficacia exige una completa renovación de ideales. El Trabajo, antes repudiado como ocupación servil e indigna de caballeros, debe mirarse como fuente del mérito y base de la dignidad humana; los valores de la cultura, excluidos de toda influencia por el advenimiento de los políticos profesionales, deben reasumir el primer rango en la nueva ética cultural.

II. — El renacimiento literario

La literatura española cuenta entre sus clásicos pocos nombres catalanes. Merecen tal rango Boscán, Capmany, Cabanyes, Balmes, Bartrina y Milá, sin duda alguna. ¿Por qué son tan contados? La razón paréceos sencilla: los catalanes, desde el siglo XVI, han conservado un espíritu colectivo abiertamente anticastellano; no se han entregado a cultivar las letras españolas porque nunca dejaron de considerarse nación conquistada. Aceptarían, por razones geográficas, ser una nacionalidad autónoma, confederada

con las demás de la península; pero no renuncian, en manera alguna, a ser una nación. Y consideran que el primer signo distintivo de la nacionalidad es el uso del idioma propio.

Políticamente, el concepto es justo; culturalmente, no podemos comprender las ventajas de cultivar el catalán y no el español, siendo este último el idioma de 20 naciones y más de 30 Universidades.

Se opone a este hecho una objeción cuya lógica es respetable. Nuestro idioma tradicional y usual — dicen — es el catalán. La manera espontánea y fecunda de escribir, es hacerlo en el idioma en que se piensa. Si pensamos en catalán no podemos escribir en español, que es un idioma extranjero. Y de elegir un idioma extranjero para traducir lo que pensamos, elegiríamos el italiano, el francés, el inglés o el alemán — para nosotros tan extranjeros como el español — pero que tendría la ventaja de corresponder a naciones cuyo ambiente cultural es más vasto e intenso que el de España.

Razón o sofisma, es respetable por su lógica. Por otra parte, si el razonamiento fuese absurdo, los únicos perjudicados serían los mismos escritores que lo enuncian. Ellos no lo creen.

En el siglo XVII dejó de existir la literatura catalana, absorbida por la de Castilla. Pero cuando ésta vino a menos, prodújose, a fines del XVIII, el primer renacimiento literario catalanista. En 1788 fundóse en Barcelona una Academia de Jurisprudencia, que fomentó el estudio del derecho regional. Contemporáneamente constituyóse una Academia de letras, “La Comunicación Literaria”, cuyos miembros tenían estricto compromiso de escribir solamente en catalán.

La crisis política, por que pasó España al poco tiempo, fué desfavorable a este movimiento localista, que era, a un tiempo mismo, literario y político.

El germen siguió latente hasta hace pocas décadas, en que floreció con robustez inesperada. Este renacimiento cultural, que ha dado en llamarse “catalanismo literario”, ha coincidido con el desarrollo del “catalanismo político”. Algunos consideran que la reaparición del idioma catalán en las letras fué un hecho espontáneo, natural; otros creen que fué una deliberada manifestación del regionalismo político.

Hubo, como veremos, una y otra cosa. Es indudable la espontaneidad de la poesía dialectal, — como la tienen otras regiones

de España; no lo es menos la significación política del catalán "adoptado" por juristas, eruditos y periodistas, que antes habían escrito en español y después lo siguieron escribiendo. Lo que se consideraba dialecto de una provincia española fué elevado al rango de idioma de la nación catalana.

Entre las fuerzas iniciales de este doble movimiento fueron decisivos algunos hombres de vasto saber. Grande, entre todos, el doctísimo erudito Milá i Fontanals, maestro del eminente Menéndez i Pelayo, quien exploró las fuentes de la antigua cultura regional; la tradición histórica fué vivificada por Bofarull, la arqueología por Piferrer y la filosofía por Llorens. Contáronse claros ingenios entre los iniciadores del catalanismo literario: los Balaguer, Rubió i Ors, Monturiol, Permanyer, Aribau, Adolfo Blanch y otros.

El primer florecimiento fué poético; la restauración de los antiguos "juegos florales" reanudó la tradición que, con Ausias March, se remontaba al siglo XV. El nombre de Jacinto Verdaguer, autor de la admirable "Atlántida", trasciende ya las fronteras peninsulares; hay una estrecha concordancia entre su humano lirismo y su vida dramática. Su ingenuo temperamento de apóstol pareció rayar, muchas veces, en desequilibrio.

La serena y clásica musa del mallorquín Miguel Costa y Llobera, reapareció con más precioso estilo en su coterráneo Juan Alcover, francamente elegíaco. El humorismo simplón de Apeles Mestres, siempre subjetivo y romántico, conviértese ahora en versos agudos y sonrientes por obra de José Carner. Sobra en Jeroni Zanné la virtuosidad que falta en el valenciano Teodoro Llorente. Se empreña de pensamiento la poesía de Maragall, de Alomar y de Corominas, tan meritorios por otros conceptos.

Estos tres nombres merecen especial mención. Juan Maragall es un lírico inquieto, desbordante de fantasía y de sentimiento. intenso en la expresión y penetrante de fe: cree todo lo que dice y su convicción se transfiere en quien lo lee, animador verdadero, encelador febril. Gabriel Alomar tiene menos temperatura y mayor erudición; no es tan lírico, pero su pensamiento es más denso; poeta y prosista, es un escritor emersoniano. Pedro Corominas tiene un valor más ético y profundamente educativo, a manera de un estoico conmovido por ideales modernos.

Los prosistas han sido numerosos, no desdeñando algunos la poesía: Massó i Torrens, Pous i Pagés, Santiago Rusiñol. Pin i

Soler, Iglesias, Prudencio Bertrina, Victoria Catalá, Ruirra, Casellas, para citar solamente algunos. Entre los más recientes destácase por su ingenio agudo y la agilidad de su estilo Gabriel Miró, experto novelista y autor de crónicas muy gustadas.

La historia literaria es cultivada con gran brillo por Rubió i Lluch, que es ya un maestro respetado, y por el laborioso bibliófilo Miquel i Planas; ejercita la crítica literaria, con singular competencia, Manuel de Montoliu, quien se inclina a poner la cultura científica como base de toda labor literaria.

El teatro regional, iniciado por Soler, se honra con las producciones de Guimerá, Rusiñol y Vilanova; crece a su lado la figura del celebrado Marquina, cuyo alto vuelo lírico prefiere volcarse en los moldes castellanos.

Diversas facetas presenta en su personalidad de escritor Manuel Santos Oliver; su vasta cultura y su reposado pensamiento, confiérenle un puesto conspicuo en las letras catalanas. Hay en sus escritos políticos la preocupación de las causas hondas y los efectos lejanos. Es galano en sus escritos literarios, robusto en sus incursiones sociológicas y eficaz polemista.

Demasiado numerosas son las Academias de varia índole, aunque, en las más, la importancia de los trabajos no corresponde a la pompa del título. Entre los institutos de cultura descuellan el "Institut d'Estudis Catalans", el de "Estudios Económicos" y el "Ateneo Barcelonés", dotados de excelentes bibliotecas. El "Institut de cultura y biblioteca popular per la dona" es muy simpático como iniciativa y muy rudimentario como realización. Existe una "Casa de América" y varios aficionados al hispanoamericanismo, resuelto casi siempre en iniciativas de penetración comercial. Ha cultivado en serio los estudios americanistas Federico Rahola, procurando agregar un aspecto cultural a las relaciones entre los países de habla española.

La prensa catalana, en conjunto, es deficiente. Algunos diarios salvan, sin embargo, su buen nombre: "La Vanguardia", "La Veu de Catalunya", "La Publicidad", "El Día Gráfico", etc. Otros son ridículos, desde el título y el formato hasta el criterio y el estilo.

Aparecen numerosas revistas técnicas, bastante discretas, sin ser sobresalientes. Entre las publicaciones de cultura general son de primerísimo orden los "Anuaris de l'Institut de Estudis Catalans", y la óptima revista mensual "Estudio"; en la actualidad cuentan entre las más interesantes de la península.

Muchas y grandes imprentas lanzan al mercado millones de volúmenes anuales, impresos, en mucha parte, por cuenta de editores sudamericanos. Trátase en general de obras europeas traducidas al español. Si se exceptúa la literatura local y los libros de texto, la producción de autores españoles llega a representar el tres por ciento de los libros impresos, correspondiendo la mitad de ese porcentaje a autores catalanes que escriben en español o en su propio idioma. La mayor parte de las obras impresas para "ultramar" es desconocida en las librerías peninsulares.

*

Sin la menor pretensión de competencia, agregaremos algunos datos sobre las bellas artes.

Considerada en su conjunto, la pintura catalana carece de características. Los pintores tienen sobrada imaginación poética: parecen literatos que escriben con el pincel. La falta de una gran escuela tradicional, pues no hubo en Cataluña un Velázquez, un Goya, un Greco o un Murillo, deja a cada artista un margen infinito de individualidad; si alguna influencia general puede observarse, es el gusto helenizante y la afición a revivir el sentimiento naturalista griego. Habiendo visto cuadros de Brull, Llimona, Galofre, Urgel, Ribera, Fabrés, Rusiñol, Barrau, Borrell, Ramón Casas, Mas y Fondevila, Meifren, Cusi, Masriera, Casas Abarca, Riquer y otros, fuerza es reconocer la importancia del floreciente núcleo de pintores catalanes, no obstante la ausencia de características comunes que constituyan propiamente una escuela.

Honran a la escultura los nombres de Blay, Clará, Llimona, Clarassó, Aché, Company, los Oslé, Arnau, cuyas maneras respectivas son heterogéneas.

Es indudable que entre las artes ninguna culmina tan alta, en Barcelona, como la arquitectura. En pocas ciudades europeas — que en esto no entran en parangón las españolas — se observa tal afán de originalidad: verdadera inquietud creadora que aun no acierta a plasmarse en un nuevo estilo. El nombre de Gaudy es ya universal en su arte, por La Sagrada Familia y la Casa-Parque Guell; obras muy meritorias han ejecutado Puig i Cadafalc, Luis Domenech y Montaner (autor del Hospital San Pablo), Sagnier, Domenech i Estopá, y diez más. Si Alemania asombra al mundo con su arquitectura pública monumental, Cataluña no

puede olvidarse en cuanto respecta al palacio de habitación privada. Algunas fachadas suelen exceder de originales, rayando en lo absurdo; en cambio los vestíbulos, salones e interiores suelen ser novedosos y de exquisito gusto.

En todas las iniciativas edilicias se nota cierta agradable megalomanía; los proyectos urbanos sobre reforma del ensanche, debidos a León Jaussely, son dignos de estudio y sorprenden por su dionisiaco optimismo.

Es superfluo hablar de cultura musical, de los célebres coros y del Palacio de la Música Catalana: su fama es mundial.

*

Cerrado este breve paréntesis de información artística, fuerza es reconsiderar la significación del "catalanismo-literario", entendido como restauración del idioma nacional de Cataluña.

Cundió primero en la poesía y tuvo de su parte la erudición; en esos dos géneros conserva aun cierta preeminencia. En sus momentos de mayor expansión consiguió invadir otros géneros literarios: la novela y el teatro, aunque sin llegar nunca a excluir el idioma castellano. En el periodismo tuvo ínfima representación, hasta la fundación de *La Veu de Catalunya* y los *Anuaris* del Instituto de Estudios Catalanes, dos iniciativas directamente asociadas al catalanismo político, en su expresión reciente.

La vuelta al catalán ha sido escasa en la naciente producción científica, sociológica y filosófica; en su casi totalidad, como veremos, se expresa en el idioma de Castilla. En la prosa literaria (no periodística), decae ya visiblemente el uso del catalán: dato de información editorial que no admite rectificaciones.

El balance es simple, en suma. Poesía, periodismo político y erudición, continúan con el catalán. Otros géneros literarios: equivalente uso del catalán y el español, cada día más inclinado a favor de este último. Producción científica, sociológica y filosófica, cultura universitaria, casi exclusivamente españolas.

El porvenir dirá si es vital el "catalanismo literario" y si tiene una función política en el nacionalismo catalán. En el peor de los casos, si todos volvieran al uso del español, se reconocería que ha sido un grandísimo estímulo en favor de la cultura literaria. Y, en ese sentido, podemos decir que contribuyó en primer término al "renacimiento cultural" de Cataluña, que es muy diferente cosa.

III. — La cultura científica

Manuel de Montoliu, en sus "Estudios de literatura catalana", dedica un entero capítulo a señalar la desproporción entre el florecimiento literario y la cultura científica en Cataluña. La observación es justa; pero es necesario agregar que refleja un aspecto común de toda la cultura española. Debe hacerse otra limitación a ese juicio; las "ciencias de papel" (erudición, historia, derecho, etc.), han sido siempre, y son actualmente, copiosas en toda la península. Las que escasean son las "ciencias de la naturaleza", las destinadas a observar y experimentar sobre la realidad que rodea al hombre. Toda la cultura española, desde el siglo XVI hasta el XX, puede simbolizarse en una frase: sobran archivos y escasean laboratorios.

A pesar de estas reservas sigue pareciéndonos exagerada la opinión de Montoliu. Quien observe con interés la vida intelectual de Barcelona, no podrá suscribir sus afirmaciones: "nuestra cultura está aún divorciada de la del mundo contemporáneo, faltándonos el lazo de unión definitivo entre nuestra mentalidad y la del resto de la Europa civilizada: la cultura científica". Sin comparar nuestra exigua información con la profunda de Montoliu, debemos hacer justicia a cosas y personas que conocemos, pues revelan un movimiento científico digno de respeto.

El renacimiento cultural se inició en la poesía y trascendió efusivamente a las letras y las artes, poniendo en ellas alguna marca original y duradera. En las ciencias no puede ocurrir lo mismo por una razón muy simple: las ciencias no se improvisan. La inspiración artística puede ser episódica o accidental; las investigaciones científicas exigen institutos, métodos y disciplina de trabajo. En un poema vuelca su ingenio un hombre excepcional; en la determinación de una ley científica colaboran generaciones. Unamuno escribe lo que sale de su caletre; nada podría descubrir Cajal si otros no hubieran perfeccionado el microscopio y organizado los métodos histológicos. Esto quiere decir que la originalidad científica es siempre y necesariamente distinta de la literaria; resulta absurda la aplicación de igual medida a dos asuntos absolutamente heterogéneos. Por estas razones creemos lícito atribuir tanto valor cultural a los estudios psiquiátricos de Giné y Partagás, a los bacteriológicos de Ferrán, a los pediátricos

de Martínez Vargas, a los biológicos de Turró, a los fisiológicos de Pi Suñer, — para citar a los que mejor conocemos y podemos juzgar con alguna competencia — como a las poesías de Verdaguier y Carneu, o a los dramas de Guimerá y Rusiñol.

*

Acaso una insuficiente competencia haya desviado nuestra atención de otras ciencias naturales; parécenos que la renovación científica iniciada en la Universidad de Barcelona, se percibe más acentuadamente en los estudios médicos, cada día más inclinados hacia la enseñanza clínica y la investigación experimental. El cambio es muy sensible en pocas décadas. Es notoria la popularidad de José de Letamendi, cuyos aforismos y escritos, por su recto sentido moral, alcanzaron gran boga en todo el mundo médico de habla española; su nombre señala el fin de la vieja escuela, pues en sus refranes y consejas campea un burdo empirismo que es la antítesis de los verdaderos métodos científicos. Con espíritu amplio y generalizador, éstos fueron eficazmente propiciados por los Jaime Pi Suñer, Salvador Cardenal, Giné i Partagás, Rodríguez Méndez, J. Valenti Vivó, maestros de alta envergadura, cuya obra fué secundada y continuada por los Coll y Pujol, Suñé y Molist, Carulla, Martínez Vargas, Vallejos Lobón, Fargas, Bartrina, Augusto Pi Suñer, Celis, distinguidísimos todos en sus especialidades respectivas y algunos ya respetados fuera de España.

Bajo su dirección modernamente orientada, fórmase actualmente una generación nueva de estudiosos que honran a la escuela médica barcelonesa. ¿Podría aplicárseles justicieramente las palabras del distinguido crítico citado?

Los estudios biológicos y experimentales, iniciados hace ya algunos años ⁽¹⁾, encamínanse a un brillante desarrollo por la fundación de la Sociedad de Biología, cuyos trabajos son editados por la sección de Ciencias del "Instituto d'Estudis Catalanis". Los del año 1913 constan de cincuenta monografías presentadas por Agustí, Alomar, Alzina, Balasch, Bellido, Carrasco, Darder,

(1) Ver: Augusto Pi i Suñer, "Las nuevas instalaciones biológicas de Barcelona", comunicación a la Asociación Española por el progreso de las Ciencias, Junio de 1913.

Dargallo, González, López, Marimón, Nubiola, Ors, Peyrí, Pi Suñer, Sayé, Turró, Verderau y Vidal. (1)

En este orden de investigaciones científicas son de notoriedad europea los trabajos del célebre bacteriólogo Jaime Ferrán, las investigaciones antropológicas de J. Valenti Vivó, la doctísima labor del higienista R. Rodríguez Méndez, los originales estudios fisiológicos de Augusto Pi Suñer y las publicaciones de histología y neurología del profesor Carlos Calleja, nombres que honran a la ciencia catalana en el extranjero. Podrían, sin duda, citarse algunos más.

*

La patología mental — materia que menos ignoramos — desamparada en España por la enseñanza oficial, alcanzó en Cataluña mayor brillo que en otra región alguna de la península. (2) El admirable "Instituto Pedro Mata", de Reus, honra a toda España e inmortaliza el nombre del verdadero creador de la patología mental española. Dirígenlo el eminente profesor Rafael Rodríguez Méndez, ya rector del claustro barcelonés, y el ilustre mentalista Arturo Galcerán Granés, presidente de la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Barcelona.

Después de Pedro Mata son dos catalanes los representantes más conspicuos de la clásica lucha entre la vieja psiquiatría supersticiosa y la nueva psiquiatría científica, que ha durado siglos. La locura, considerada como una maléfica posesión del alma por misteriosas fuerzas invisibles, pasó a ser, poco a poco, una perturbación funcional del cerebro, cuya anatomía patológica vamos conociendo mejor día por día.

Esas dos corrientes, teológica y anatómica, estuvieron representadas en la renovación de la cultura catalana: Pi i Molist, el admirable cervantista que analizó los primores del Quijote, y Giné i Partagás, que en doctísimas obras y conferencias introdujo el criterio científico moderno en la patología mental.

Para el primero, de acuerdo con sus creencias, la locura era una desintegración total o parcial del alma; para el segundo, de

(1) "Treballs de la Societat de Biologia, 1913", Barcelona, 1914.

(2) Ver escasos datos en Luis Comenge, en Rafael Rodríguez Méndez, prólogo a los escritos póstumos de Giné Partagás, y en Galcerán Granés "El concepto de la locura a través de los siglos", Barcelona, 1914.

acuerdo con su experiencia, las enfermedades mentales dependían de alteraciones estructurales o químicas del cerebro.

En los últimos treinta años el laboratorio y la clínica se han pronunciado por Giné y Partagás, preparando una concepción naturalista de las funciones de la mente; hoy, todos los psicólogos, toman los datos de la biología como fundamento de sus estudios. Los filósofos que no ignoran la ciencia llegan a afirmar que la psicología biológica es el eje de la moral, de la lógica y de la estética, que antes fueron ramas de la filosofía especulativa.

Son vecinos de la escuela catalana dos valencianos ilustres: el sabio psicólogo Luis Simarro y el doctísimo psiquiatra José M. Esquerdo. Y vecinos suyos son también los zaragozanos Ramón i Cajal y Gimeno Riera, el más grande neurólogo y el más moderno mentalista de los maestros aragoneses. Concebida la Cataluña grande, en sentido histórico y cultural, entrarían ellos en la misma unidad en que otrora se fundían los nombres de Lulio, Vives, Sabunde, Vilanova y Servet.

En la propia Barcelona son mentalistas muy respetados Antonio Rodríguez Morini, director del Manicomio de San Baudilio y de la excelente "Revista Frenopática Española", Francisco Xercavins, Bravo y Moreno, Giné Marriera, Emilio Briansó, Coroleu, Riu y Matas, Martín y Juliá, Albiñana y Sanz, Odón Moles, Galcerán Gaspar, etc.

*

En otros dominios de las ciencias naturales, — por lo poco que conocemos y nos atrevemos a juzgar, — son dignos de grande estimación el matemático Terades, el físico Fontsaré, el eximio criminologista Eugenio Cuello Calón, el geólogo Almera; nuestra ignorancia nos excusa de callar otros nombres acaso igualmente meritorios, aparte de los que mencionaremos al ocuparnos de los estudios filosóficos.

*

Los problemas económicos y sociales, básicos para toda sociología, alcanzaron mucho lucimiento en tiempos de Carlos III. Suelen recordarse varios nombres: Masdeu, Cadalso, Cobarrús, Piquer, Forner, Capmany, Campos, etc. Durante los comienzos del movimiento catalanista las preocupaciones políticas distrajerón de los estudios económicos y de la investigación propiamente sociológica. A fines del siglo pasado fundóse un Instituto de So-

ciología, presidido por el sabio profesor Valentí Vivó, pero languideció rápidamente. La "Biblioteca sociológica internacional" difundió un tanto este género de estudios y algunos volúmenes de autores españoles llegaron a publicarse en la "Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales" dirigida por Alfredo Calderón y S. Valentí Camp.

Una fermentación sociológica, digna de mencionarse, acompañó en Cataluña al movimiento anarquista, que, conviene no olvidarlo, contó durante diez años con las simpatías más decididas de mucha juventud intelectual, diseminada actualmente en otros partidos y facciones. Algunas revistas de sociología ácrata reunieron esos esfuerzos inquietos; entre los pocos libros de alguna originalidad o eficacia, recuérdanse todavía los de Tarrida del Mármol, leídos en toda Europa.

Cuenta entre los eruditos de cuestiones sociológicas Santiago Valentí Camp, autor de "Premoniciones y reminiscencias" y de "Atisbos y Disquisiciones", editadas en la Biblioteca Sociológica Internacional. Su libro "Vicisitudes y Anhelos del Pueblo Español" plantea y analiza los problemas vitales de España, resolviéndolos en sentido paralelo al que señaló Joaquín Costa; no obstante su redacción fragmentaria y su escasa unidad, puede contar entre la docena de buenos libros que la sociología política produjo después del desastre del 98. Además de los volúmenes que ha publicado, es propulsor de varias iniciativas encaminadas a la difusión de la alta cultura, dirigiendo o asesorando traducciones europeas y ediciones españolas. Su última obra es el primer volumen de un estudio fundamental sobre las sectas y las sociedades secretas a través de la historia, comprendiendo desde las creencias de las primitivas civilizaciones hasta las últimas modalidades del sindicalismo contemporáneo.

Hemos leído varias referencias a una "tradición pedagógica catalana" que pretende ampararse bajo el heteróclito abolengo de Lulio, Vives, Rexach y Balmes; no podemos nombrar, acaso por ignorancia, ningún pedagogo catalán contemporáneo. No conocemos otro nombre que el de Francisco Ferrer, cuyas opiniones pedagógicas parécennos de una absoluta insignificancia; su título para el monumento de Bruselas es un fusilamiento absurdo.

Estos breves datos bastan para demostrar que las ciencias no están proscriptas de Cataluña, aunque los resultados de su labor metódica y creciente sean menos llamativos y sonoros que los de la producción artística y literaria.

IV. — Los estudios filosóficos

El pensamiento filosófico catalano-aragonés, entrado a la penumbra desde el comienzo de la hegemonía castellana, vibra apenas en el siglo XVI, con Joaquín Setanti, y no intenta resucitar hasta el XVIII. La escuela de Cervera no alcanzó a poseer maestros ilustres; perdióse lo más del tiempo en estériles discusiones entre el viejo aristotelismo de la primera escolástica y el ampliado por la segunda.

Disputábanse la hegemonía del claustro los dominicos, los capuchinos y los jesuitas, partidarios respectivamente del Tomismo, del Scotismo y del Suarismo. En los últimos tiempos la enseñanza tornóse ecléctica y absurda, amalgamándose nuevas influencias postcartesianas con las precedentes direcciones escolásticas.

Dos de los tipos más representativos de la alta cultura peninsular en el siglo XIX, se formaron en los claustros de Cervera: Jaime Balmes y Ramón Martí d'Eixalá. Más que ellos, sin embargo, sirvió a la causa cultural de Cataluña Francisco Javier Llorens, maestro eficaz y sugerente; sus "Lecciones de Filosofía" serán editadas en Barcelona cuando cesen de oponerse a ello las autoridades universitarias que las tienen secuestradas, pretextando que no son bastante ortodoxas (?). Podrían mencionarse aquí el nombre del docto Milá i Fontanals, no ajeno a la filosofía, el del escolástico Comellas i Cluet y el del positivista Pi i Margall. La obra de un krausista José Soler y Miquel, fué periodística y su póstumo volumen de "Escritos" carece de significación propiamente filosófica.

Entre los contemporáneos, varios escritores tienen conquistado un puesto firme en los dominios de la filosofía renaciente.

Es justo indicar que, los más, toman su fundamento en diversas corrientes de la filosofía científica: positivista en Gener, biológico-pragmatista en D'Ors, biológico-nietzscheísta en Ruíz, psicológico-biológica en Turró y físico-naturalista en Comas Solá. Esta concordancia en poner la cultura científica como premisa necesaria de la especulación filosófica, nos parece del mejor augurio para el florecimiento de los estudios filosóficos en Cataluña. La corriente teológico-tradicional, no obstante el honrosísimo precedente del gran escolástico Balmes, tiene aquí menor significación que en el resto de España.

Un soplo de vida y modernidad se advierte en toda la obra de Pompeyo Gener, cuyo serio y continuado esfuerzo merece el reconocimiento de la nueva generación catalana; su nombre cuéntase entre los más conspicuos cultores del positivismo científico en la península. Pensador jugoso y original, fácilmente se nota que llegó a la filosofía con una sólida base científica y con una vasta erudición, que nunca dejó de aumentar. Algunos de sus libros cuentan entre los más interesantes de la España nueva y su reputación trascendió los límites de la península, donde su independiente criterio le mantiene ajeno a todas las camarillas políticas y universitarias que tanto influyen en la estimación de los valores culturales. Su obra de juventud, "La muerte y el diablo", sin ser una obra propiamente doctrinaria, le dió rango como filósofo y fué honrada con un prólogo de Littré. Sus "Hegregías" son obra de varón y de español, llenas de ese hondo sentido ético y político que animó los escritos de Joaquín Costa, el vencido Sarmiento de España; Gener, como Costa, puso la ciencia y el trabajo como bases para el renacimiento de su patria liquidada, afirmando la necesidad de una renovación cultural fundada en las ciencias naturales. Cuenta en su haber otros libros muy leídos en todos los países de habla castellana, como "Amigos y Maestros", "Inducciones", etc. En el más reciente, sobre la vida y obras de Miguel Servet, presenta al gran humanista español en lucha abierta contra los dos fanatismos cristianos, encarcelado por los católicos y quemado por los protestantes. Gener es una mente europea.

La personalidad multánime de Eugenio D'Ors acrece diariamente su autoridad moral y su eficacia entre la nueva generación de Cataluña. Su curiosidad sin fronteras y su poliédrica cultura le permiten transfundir savias personalísimas en su "Glosario", especie de Suma periodística en que comenta día a día la nota más actual en el mundo de la cultura; fácil es comprender que la unidad no es un atributo esencial de esa labor sobradamente extensiva.

Ciertos trabajos de raigambre biológica le acreditan de pensador naturalista; ello no obstante, sus inclinaciones literarias y su acicalamiento estilístico dan a algunos de sus escritos recientes un tono imaginativo y menos técnico. En "La Bien Planada" esas cualidades se subrayan: es una abstracción simbólica e idealista de la realidad eterna, en que el arte se amplía en humani-

dad. En algunos de sus escritos reaparece un concepto alegórico, "el hombre que trabaja" y "el hombre que juega"; diríase que en ellos se humanizan y trasmutan, metafóricamente, la experiencia y la imaginación, formas esenciales de toda la evolución biopsíquica. Hombre de acción por el pensamiento, teoriza con el ejemplo vivo de su formación cultural; sabe encender en sus lectores la confianza en el esfuerzo propio y su orientación ética es, más o menos, pragmatista. Gala de estilo y sumo arte de ingenio ha revelado en su último ensayo "De la amistad y del diálogo", digno de figurar en un volumen selecto de Montaigne.

De carácter heterogéneo son los escritos del alienista Diego Ruíz. Con su obra de juventud, sobre la genealogía de los símbolos, adquirió merecidísima notoriedad; pocos nombres, en su tiempo, podían citarse en España que le aventajaran en el camino de la filosofía. Tras un paréntesis poco fecundo, ha dedicado sus más recientes escritos a la propagación multilingüe de una "ética del entusiasmo", marcadamente iconoclasta y optimista.

Algunos fundamentales problemas de sociología biológica y de psicología social han sido tratados por Ruíz en términos líricos, cuyo sabor nietzscheísta es acentuadísimo, principalmente en el "Kosmogogischer dialog". En su interpretación psiquiátrica de la historia se plantea la sociología biológica, simbolizando a las razas en "parejas humanas" y estudiando las leyes de su constitución y disolución; estudiando la función biológico-social del genio, adhiere a la doctrina que ve en él una fuerza de resistencia contra la degeneración determinada por la imitación y la rutina; la expansión individual de las personalidades intensas y capaces de reaccionar contra el medio domesticador, (es decir, la llamada voluntad de potencia), se manifiesta por el Entusiasmo, y es la clave de una ética de los hombres superiores. El "superhombre" conviértese en doctrina más propiamente biológica en Ruíz, que anuncia el advenimiento del "Ultravertebrado"; en su opúsculo "Das Ueberwirbeltier" derrocha el autor gran ingenio y logra mucha eficacia su estilo, aunque científicamente no vale el "metantropo" hipotético de Morselli o el "ultrahombre" imaginado por nuestro Ameghino, para callar de otros que han dado fórmulas biológicas similares.

En su última forma ⁽¹⁾, el tono lírico y el estilo torturado, dan

(1) En la "Revista de América", París, Abril de 1914.

una impresión de nietzscheísmo literario; Ruiz, que había comenzado por donde pocos terminan, parece terminar por donde muchos comienzan. El bello decir, original y dionisiaco, prima ahora sobre el grave pensar; y en vez de escribir obras de filósofo, ha creído más sencillo anunciarse como filósofo antes de escribirlas. Hay volcado, en todo ello, mucho corazón e inspira una firme simpatía. Se comprende, así, que la eficacia de sus recientes propagandas sea mayor entre las gentes de letras, siempre inclinadas a reemplazar los valores lógicos por los valores estéticos, como si las vías intuitivas de la Belleza pudieran sustituir a los caminos experimentales de la Verdad. Pasar de éstos a aquellos, como ocurre a Diego Ruiz, resulta interesante y permite una mayor originalidad personal; pero la filosofía corre el riesgo de ser tanto menos filosófica cuanto más se adentra en el estetismo. Esto no significa que un mal filósofo sea preferible a un buen poeta, ni lo contrario; quiere decir, simplemente, que la literatura y la filosofía son cosas distintas, por su método y por su finalidad. Y se comprende que literatura no quiere decir buen estilo; aquella distrae de filosofar y éste ayuda a hacerlo bien.

El recientísimo (1914) volumen "Los Orígenes del Conocimiento", de R. Turró, del Laboratorio Municipal de Barcelona, estudia la formación natural del conocimiento de acuerdo con los principios de la psicología biológica: en el curso de la asimilación nutritiva el organismo va adquiriendo una "experiencia trófica" que es el punto de partida de la "experiencia sensorial", base del conocimiento y de la lógica humana. En esta dirección no conocemos, en la bibliografía española moderna, ninguna obra que pueda compararsele; en la misma filosofía biológica europea merece contar entre las producciones más sistemáticas, por su riguroso y excelente método. Se comprende sin esfuerzo que el autor ha entrado a la filosofía con el capital de una severa disciplina científica, adquirida en muchos años de laboratorio; y se notan en la obra los beneficios de esa ventaja fundamental.

Una exposición técnica de los principios de la filosofía científica ha sido efectuada, sinópticamente y con encomiable precisión, por José Comas y Solá, del Observatorio Fabra ⁽¹⁾. En este terreno, como es natural, queda poco campo librado a la fantasía, consistiendo el mérito de tales trabajos en coordinar sistemática-

(1) José Comas Solá: "Ensayos de Filosofía Científica", en la revista "Estudios", Barcelona, 1914.

mente las leyes e hipótesis más legítimas que pueden inferirse del estudio de las ciencias físico-naturales.

En el dominio particular de la estética merecen recordarse varios estudios monográficos del profesor José Jordán de Urries; más que a exponer una doctrina personal, están encaminados a comparar las diversas corrientes que se agitan dentro de la nueva estética experimental, convirtiendo en una ciencia psicológica lo que antes fué una disciplina especulativa.

Esta información sería incompleta si olvidáramos algunos estudios de historia de la filosofía publicados por eruditos meritísimos, que continúan la obra del gran Milá; entre ellos descuella Antonio Rubio y Lluch, afanosamente consagrado a restaurar las fuentes de la cultura catalana medioeval, y su discípulo A. Calvet, autor de una excelente monografía sobre Anselmo de Turmeda.

Interesantes estudios de ética y psicología del pueblo español viene publicando Carreras y Arnau, catedrático en la Universidad de Barcelona. Con mucho ingenio y doctrina ha desentrañado "la filosofía del derecho en el Quijote", en un libro que todo cervantista leerá útilmente; ha emprendido, además, una serie de estudios monográficos sobre los antiguos filósofos de Cataluña.

V. — Política y cultura

Dentro del catalanismo, en sus comienzos, predominó la corriente literaria y anarquista. En la actualidad es francamente político y conservador. Su programa efectivo — que no podríamos juzgar — es bilateral. Por una parte, obtener una situación privilegiada dentro del organismo político español; por otra, derivar hacia un regionalismo conservador todas las fuerzas populares inclinadas a los partidos de izquierda.

En este último sentido se ha iniciado una política de iniciativas sociales cuyos resultados prácticos son francamente nocivos a la cultura catalana. El miedo al terrorismo anarquista ha excedido los límites de la legítima defensa social, oponiéndose indirectamente a la elevación moral de las clases más incultas y numerosas. La represión de los desórdenes de 1908 fué seguida por una tácita concentración de los elementos conservadores; todo lo

que estaba encaminado hacia la cooperación y el sindicalismo ha sido obstruido, procurando sustituirlos por la beneficencia y la caridad. Esta substitución del naciente derecho obrero — reconocido y consagrado en casi todos los países civilizados — por la antigua concepción de la filantropía teológica y feudal, importa un retroceso en el nivel de la educación y la cultura populares. ¿Pan y toros...? Es imposible creer que se haya pensado volver a esa fórmula. No se podría impunemente dar máquina atrás, de esa manera, sin comprometer seriamente la elevación moral de las masas que son los cimientos vivos de la vida pública en Cataluña.

El número de instituciones de beneficencia es considerable, aunque muy desigual su eficacia; en muchos casos "puede aumentar la miseria en vez de curarla o extinguirla". Trátase, en general, de patronatos, asilos, consultorios, escuelas, etc., administradas por religiosos y costeadas por las clases conservadoras con el propósito de sustraer las masas obreras a toda propaganda sindicalista o libertaria. Aquí, como en todo el mundo, el mendrugo de pan que da la caridad no tiene por miga la educación social del obrero; antes tiende a mantenerle en la ignorancia y la miseria, que a la larga andan juntas. Las principales instituciones de carácter social son prolongaciones de la Curia y "laboran constantemente en pro de las reivindicaciones católicas de las clases sociales más necesitadas" (1). Este espíritu confesional las convierte en instrumento de reacción; es tan nocivo, socialmente — y más nocivo, culturalmente — que el otro sectarismo, liquidado en Barcelona con el fusilamiento del director de la Escuela Moderna.

Faltaría a mi probidad si ocultara que Cataluña no está exenta del fanatismo religioso que tanto obstruye el renacimiento cultural de toda la península. Hay quien procura hacer un "catalanismo teocrático", sin otro resultado que restar al catalanismo las simpatías de las gentes liberales.

Es fuerza reconocer la importancia de esos obstáculos que se oponen, acaso involuntariamente, al renacimiento de la cultura catalana. Bienvenido el misticismo cuando llega a producir un Raimundo Lulio; bienvenida la exaltación cristiana si llega a culminar en un Miguel Servet; bienvenido el dogmatismo toda vez

(1) Véase Ramón Albó y Martí: "Barcelona caritativa, benéfica y social", II volúmenes, Barcelona, 1914.

que aporte a su propio dogma luces nuevas como las de Jaime Balmes. Pero la superstición vulgar, sin fe y sin ideales, sólo puede ser un obstáculo a todo renacimiento cultural, alejando la hora hipotética en que una raza de hombres ilustrados pueda converger a cualquiera grande obra de solidaridad y de civilización.

El peligro más grave que amenaza a la renaciente cultura catalana es su solidaridad con el regionalismo político. (1) ¿Los Milá, los Llorens, los Verdaguer, habrán trabajado, pensado y cantado para que los políticos profesionales se aprovechen de su esfuerzo? Estós han estimulado, de mil maneras, el catalanismo literario; pero es indudable que, en la rendición de cuentas, no son los poetas y los pensadores los que obtuvieron beneficios del movimiento.

El mundo de la cultura debería mantenerse ajeno a las contingencias del mundo político. Son dos profesiones distintas. No quiere esto decir que los hombres de pensamiento deban confinarse en un ascetismo contemplativo, negándose a actuar sobre la vida social; significa, solamente, que la actividad de los pensadores debe intensificarse en torno de iniciativas culturales, encaminadas a formar grandes núcleos de población moralmente superior, cuyos ideales puedan contener en el porvenir los excesos de la política profesional.

Las ciencias y las letras nada pueden ganar complicándose con los intereses de partidos o facciones, cuyos destinos son siempre efímeros y transitorios. La lucha por la intensificación cultural debe ser superior a las disputas de los partidos y mantenerse ajena a ellos. La política, siempre actual y oportunista, no puede olvidar los problemas de hoy, mirando al éxito; la cultura debe preparar los problemas de mañana, mirando al ideal.

Podríamos reducir todo esto a una fórmula sencilla: Los valores de la política son actuales y de partido; los valores de la cultura son perennes y de la nación.

JOSÉ INGENIEROS.

(1) Sobre la significación global del movimiento puede leerse, en primer término, el magnífico libro de Valentín Almirall "El Catalanismo", y los menos interesantes de José Torras y Bagés: "La tradició catalana", de Durán y Ventosa: "Regionalisme y Federalisme" y de Enrich Prat de la Riba: "La Nacionalitat Catalana".

POESIAS

Quedamente...

Me la traje quedo, muy quedo, el Destino,
y un día, en silencio, me la arrebató.
Llegó sonriendo; se fué sonriente;
quedamente vino;
vivió quedamente;
queda... quedamente desapareció!

Abril 25 de 1913.

Diálogo

El Desaliento:

¿Porqué empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder!
Si Dios no se deja ver,
alma, cómo le has de hallar?
Y aun pretendes lograr
que esa esfinge que se esconde
y calla, te diga donde
recobrarás a tu muerta!
Ilusa, llama a otra puerta,
que en ésta nadie responde!

La Esperanza:

— Hay que empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder.

Si Dios no se deja ver,
alma, le tienes de hallar
por fuerza!

Y has de lograr
que esa esfinge que se esconde
y calla, te diga donde
recobrarás a tu muerta:
Si la Fe llama a una puerta,
el Amor siempre responde!

Septiembre 20 de 1912.

AMADO NERVO.

Madrid.

(1) Del próximo libro *La Amada Inmóvil*, (versos a una muerta).

UNA VUELTA AL MUNDO

Conferencia dada en el Consejo Nacional de Mujeres el día miércoles
27 de mayo de 1914

(Conclusión)

Dice la leyenda, pareciendo fabulosa narración, que el paraíso terrenal de la Biblia estaba situado en la isla de Ceylón: quizá a ello coadyuve con todas sus fuerzas el clima encantador y la estupenda vegetación. Tocáronme noches sin nubes y frescas, días brillantes y de sol, frías las mañanas y muy agradables las tardes: la llegada había sido seductora, porque la isla parece oculta en el velo de una niebla que se rasga delicadamente para dejar admirar los valles cuajados de vegetación y las alturas cubiertas de plantaciones de te, con el mar que se diría viene lenta y coquetamente a estrellarse con la playa, levantando altísima espuma. Colombo es una delicia como residencia invernal: el centro antiguo de la ciudad es sumamente pintoresco, debido quizá al curioso árbol de la lluvia — cuyas hojas se cierran a la noche, guardan el rocío y, al calentarse al amanecer, se abren y dejan caer una garúa finísima — que por doquier adorna a Chatham street y demás calles principales, cuajadas de gentes de todos los países del extremo Oriente, con sus trajes nacionales, pero entre mil se echa de ver y descubre el ocre singhales. Alojábame en el Galle Face Hotel, edificado a la extremidad de la carretera marítima, en uno de los más apacibles, amenos y recreables sitios, en una posición ideal, y cuya suntuosidad es cosa que se deja entender porque lo patrocinan los turistas más exigentes, que arrancan a huir del invierno europeo para gozar la felicidad de la eterna primavera de esta isla, y vienen dispuestos a sepultar en olvido las preocupaciones y sólo pasar la vida en sones, bailes y danzas: de noche, los salones que

dan al amplio jardín, cuyos canteros van bajando suavemente la pendiente de la playa hasta ser lamidos por las olas murientes del mar, trócanse en lugares de saraos estupendos, y hace milagros la música de orquestas escogidas, lanzando a la numerosa concurrencia en brazos del baile con un entusiasmo tal que he solido quedar por cautivo horas enteras, repantigado en un asiento en el jardín cerca del mar, — debajo de altísimas palmeras, de cuyas hojas más elevadas pendían innumerables lamparillas eléctricas, cuyas luces de colores dan vaivenes a una parte y a otra al balancearse las ramas por la leve brisa, y por instantes mudan curiosamente colores, como el camaleón, — y he contemplado deslizarse, como si se les fueran los pies muchas veces, por senderos y canteros de musgo admirablemente cuidado, a parejas interminables, ondeándose todos y moviéndose a un compás con elegancia suprema, en los giros rítmicos del vals. Bajo aquel cielo azul esplendoroso, percibiendo el oído sólo el eco amortiguado de la música, regalados los ojos con la visión de una luz suavísima, aquel divino baile de hadas en el jardín encantado, apenas interrumpido por el lento y constante ruido del mar al mojar finísimamente el césped con la espuma de sus olas, para retirarse con lentitud como si buscara las tinieblas de la noche y volver con diligencia al poco andar, producía un efecto mágico y singular...

Pero lo más interesante, en la estadía de Ceylón, es la excursión a la capital, Kandy, situada en lo alto de la montaña y a la que conduce un ferrocarril que, al ascender constantemente, pone a la vista los paisajes más variados y sorprendentes, sobre todo a partir de la estación Rambukhana, con el valle encantador de Dekanda, el estupendo monte Allagalla, el paso de la "roca sensacional" donde parece lanzarse el tren en el vacío; y la visita al soberbio jardín botánico de Peradeniya, que es una maravilla por la hermosura y lozanía con que campea la flora variadísima y de desarrollo increíble que allí se admira: sobre todo, sus árboles de caoutchuc, el del algodón rojo, sus canteros de flores de colores no soñados. Kandy se vanagloria ante todo con su lago preciosísimo y, a uno de los costados de éste, aquel templo legendario que guarda el diente sagrado de Buddha y donde acuden constantemente peregrinos de todos los rincones de los países budhistas: he visitado el Dadlada Maligawa rodeado por grupos compactos de fieles que se detenían larguísimo rato para hartar

sus ojos en las groseras esculturas de madera y los frescos ingenuos de las paredes, en los cuales han matizado con diversidad de finos y hermosos colores todos los tormentos del infierno para cada clase de pecadores; mientras tanto, constantemente vibraba en los oídos el monótono ruido del tam-tam y de otros instrumentos, que los lamas están siempre tocando para con su sonido excitar los ánimos a devoción; y en montón confuso se veía a numerosos vendedores de flores, con las eternas guirnaldas de doradas caléndulas, cuyo penetrante perfume tenía el poder de casi marearme, y los cuales estaban atentísimos a cada fiel, pues todos compran su guirnalda y la depositan después como ofrenda al pie del ídolo favorito: pero aquí, a la vez que la caléndula de color oro, merecen igualmente buen lugar los pétalos blancos y amarillos de la hermosa plumiera, o el blanco jazmín y el oleander. Ese día los sacerdotes, con sus trajes amarillos, hacían compañía violenta con los elefantes, emparamentados con telas de colores vistosos, y en los cuales habían venido algunos altos personajes indígenas, vestidos de blanco y oro, con una gorra elaboradísima, en medio de un séquito ataviado igualmente con trajes de tintes brillantes, y todos con el rostro encendido y sonrosado con la prisa del camino. El espectáculo era de una teatralidad extraordinaria. Cruzamos por un estrecho corredor y otra escalera, no menos angosta, hasta penetrar en el pequeñísimo santuario donde se guarda tras siete llaves el *palladium* de Ceylón, que varios millones de seres veneran: en el primer momento se requería ser más que un lince, pues el diente de Buddha se vislumbra apenas sobre una mesa de plata maciza, a través de una serie de tabernáculos y de barrotes de metal, dando vueltas en torno suyo un alambre de oro, como si se encerrara a dormir en el fondo de una gran flor áurea del lotus simbólico, siendo todos los tabernáculos también de oro macizo, ornamentados con rubíes magníficos, perlas, esmeraldas y ojos de gato, y en el recinto asombran valiosísimos ex votos de príncipes y reyes, con una imagen de Buddha cuya enormísima esmeralda desalienta la admiración. Cerca de allí se halla el pabellón octogonal, que hace callar a los infieles con la biblioteca budhista más preciada del mundo, cuyos libros manuscritos están escritos sobre hojas de palmas, en pali y sánscrito, encuadernados con cordones que permiten examinar hoja por hoja, no dejando rincón que no se mire y remire, y cubiertos con tapas de metal repujado, adornado de joyas preciosas.

A la vuelta a Colombo encontré que reinaba intensa agitación porque acababan de publicarse oficialmente bandos notificando que, al mes siguiente, los buzos iban a comenzar la cosecha de perlas, bajando al fondo del mar en el cercano golfo de Mannar para recoger las ostras que encierran la codiciada "perla oriental": pero no podía demorarme para presenciar el espectáculo, pues debí embarcarme en el vapor *Osterley*, rumbo al continente australiano.

De mi viaje a Australia y Nueva Zelandia prefiero no decir ahora nada: he dictado sobre él un curso especial en mi aula de sociología, en la Facultad de Filosofía y Letras, y alguna de las conferencias se ha publicado en opúsculo separado, de modo que tal vez ande en boca de todos; y sería incurrir en repeticiones, ofreciendo relativamente poco interés para gran parte de las personas que en este instante me escuchan, el volver a recordarlo. Por otra parte, ese mundo, malgrado encontrarse en el Oriente, presenta más caracteres europeos que orientales, y, sin necesidad de engolfarme en la profundidad del secreto, fácilmente alcanzo que lo que más despierta la curiosidad — y es natural que así sea, sobre todo tratándose de un público especialmente femenino, como el que hoy llena este local — es la faz exótica de aquellas civilizaciones: el tiempo empleado ya en esta conversación, no obstante la benevolencia del auditorio, va en camino de sobrepasar el límite de la tolerancia que puede pedir un conferenciante, por más que benévolamente se le haya dado cédula en blanco, y no querría abusar en modo alguno de la paciencia de mis oyentes. Básteme, pues, decir que, llegado a Fremantle, en la Australia occidental, visité detenidamente a la capital Perth, reembarcándome para venir a Australia sud y detenerme en Adelaida, de donde pasé por ferrocarril al estado de Victoria, para conocer a Melbourne; de ahí tomé el vapor *Lcongana*, que me condujo a la isla de Tasmania, para trasladarme hasta Hobart, partiendo de allí en el vapor *Mocraki* hacia la isla de Nueva Zelandia: desembarqué en Bluff, me demoré en Invercagill, estuve en Dunedin y Christchurch y me quedé especialmente en Wellington, la capital de aquel dominio, desde donde recorrí la región maravillosa de los geysers; después, en el vapor *Tahiti* regresé a Australia, y entre Picton y Nelson pude presenciar el curiosísimo fenómeno del pelorus Jack, ese delfín-piloto que, desde tiempo inmemorial, escolta y guía a cada vapor apenas se pasa el faro de

Stephen's island, siendo visible de a bordo, esa noche, por la intensa fosforescencia que se forma al rededor de su cuerpo, lo que le hace asemejar a una especie de torpedo eléctrico que aparece y desaparece sobre las ondas; por último, fuí al estado de Nueva Gales del sud, permaneciendo en Sydney, de donde el vapor *Prinz Segismund* me transportó a Queensland, dejándome en la ciudad de Brisbane. En parte alguna del mundo, mejor que en Australia, una población más simpatiquísima ha reducido el problema de la vida al fin deseado: alcanzar en lo posible la felicidad, sacando preciosos intereses de las bellezas naturales, asiendo la ocasión por el copete para gozarlas con el frenesí del *picnic* y del *camping*, poniendo en custodia grandes parques naturales o artificiales, y dando calor a la existencia por el uso práctico de todos los encantos imaginables: yo echaría una cerradura de golpe a esta parte de la conferencia si quisiera recordar sólo algunos paseos inolvidables, como un precioso *billy tea* en el espléndido parque nacional de Adelaida, cierta jira en yacht por la soberbia bahía de Sydney, una admirable excursión en *mail coach* a la cascada hermosísima de Russell, en plena Tasmania, y la espléndida recorrida en automóvil por la región de los geysers en Nueva Zelandia. Es realmente lástima que no me sea posible trazar aquí un retrato en pequeño del dilatado viaje, resumiendo siquiera las impresiones generales, pues, aparte del aspecto sociológico, la naturaleza entra con blandura engañosa en el alma, ya que no puede ser más pintoresca: pero veda y pone ley para que no se haga, el breve tiempo de que aun debo disponer.

Antepuse a las demás la línea de vapores alemanes, al dar el último abrazo a Australia, porque íbaseme el alma por recorrer las posesiones germánicas de la Melanesia, que hacen ahora su entrada a la vida civilizada y en las cuales cabe todavía procurar saber lo oculto del porvenir de las razas primitivas de Oceanía. He estado en el archipiélago de Bismarck y descendido en su capital Rabaul, el único punto del globo donde se fatiga las selvas cazando el preciado pájaro del paraíso, cuyo plumaje vistosísimo y único, de color oro puro o de matizado azul, es tan codiciado por las señoras elegantes, que se les va el alma tras él; la población es hermosa pero reducida, pues hay apenas un puñado de blancos, vestidos todos uniformemente con traje de brin blanquísimo, que usan sin ropa interior y mudan varias veces al día,

ya que el clima tropical y la penetrante humedad de la atmósfera enfrenan sus deseos de otra indumentaria; en cuanto a los indígenas, hermosísimos tipos cobrizos, no se ponen a buscar los pelillos de la ropa ni se ofenden de las arrugas del vestido, pues tan sólo se acicalan con un reducido taparrabo algunos y los más, ninguno: pero, los hombres sobre todo, se distinguen por darse al cuidado y regalo de su persona con profusión de aros y brazaletes en brazos y piernas, y por la manera de componer su cabello, hacerlo trencillas, enrizados y copetes, acicalándolo con largos peines tallados o plumas vistosas, y poniendo la gala en sus armas variadas; los alemanes han disciplinado una tropa colonial curiosa, y se sirven de ella como de milicia segura: una compañía vino a hacer la guardia al costado del vapor mientras se efectuaba la descarga, y miraba entre ellos unos mozos robustos pero que no se escondían debajo del uniforme, ya que, fuera del consabido paño a la cintura, visten únicamente el cinturón con cartuchera, la gorra militar y el fusil, pues sólo los oficiales se presentan con el peculiar vestido de brin blanco. Después estuve en Nueva Guinea, en la capital Friedrich Wilhemshafen; y de allí fuimos a las islas Carolinas, bajando en Jap; más adelante visitamos Angaur. En toda esa región no es necesario ser gran computista y calculador para ver que los blancos se cuentan con los dedos de la mano, y son los que andan siempre con el timón en la mano, pues dirigen los establecimientos comerciales e industriales, pero la población indígena tan hallada está ya en su nueva vida que resulta fácilmente gobernable: por lo menos en las costas, porque aun no se ha explorado casi el interior de dichas posesiones, habitadas por tribus de caníbales, en guerra constante unos con otros y que suelen poner en aprieto a los poquísimos europeos que intentan reconocer las comarcas vecinas. Conservo en mi gabinete de trabajo una concha recogida en la isla de Siar entre las chozas de una aldea de caníbales, que una expedición militar alemana había desalojado pocos meses antes para tener sujeta la región, y a donde fuimos con el capitán del vapor y algunos pasajeros, en una lancha a nafta, para conocer de cerca la guarida de aquellos indígenas temidos, ya que estaban quitados los estorbos del camino... Es aquella la vida salvaje en todo su esplendor, donde se vive con libertad en cumplimiento de sus apetitos desordenados, pero siempre con la fascinación del peligro constante y desconocido, en medio de razas cuyo idioma difícilmente se alcanza a

dominar, pues cada tribu tiene el suyo, y bajo un clima que gasta y consume por lo terriblemente cálido: causa admiración ver a ese puñado de hombres, resueltos sin vuelta ni rodeos a transformar lentamente esos lugares, avanzando todos a un tiempo con igual precaución al interior, organizando con prolijidad valiosas plantaciones, sobre todo de cocoteros, cuya copra hoy alcanza precios que compensan cualquier fatiga; explotando los fosfatos naturales, pues no es tan secreto su venero que el hombre no lo halle; dominando poco a poco a la naturaleza, cuya vegetación renace con un vigor desesperante en el sitio mismo que se ha limpiado el día anterior, lo que obliga a una labor constante, sin descanso, abrumadora. Pero los alemanes, venidos los últimos a distribuirse por el mundo, han tenido que tomar lo que las otras naciones antes habían desdeñado, y edifican con tenacidad admirable su imperio colonial sobre tan flacos cimientos; a pesar de todos los pesares, luchan encarnizadamente contra tanto obstáculo, hacen sus conquistas y emprenden sus hazañas. Es preciso haber visitado estos parajes para comprender lo heroico de la brega: la mujer blanca se muestra más desesperada, pues todavía no resiste al clima mortífero y la tisis la derriba antes del primer año, y cualquier ventacico la lleva tras su soplo; pero la hermosa samoana, llena de vigor y encanto, aclimatada a esas regiones, se pone tan a los antojos del blanco que está sirviendo de base para la formación de una raza mestiza, la cual será más europea que indígena. He tenido conversación y pláticas con no pocos de aquellos centinelas avanzados de la civilización, y uno de ellos, dueño hoy de una plantación considerable cuya cosecha de copra le representa una fortuna anual, hablando a solas conmigo me confesó que suele dar de vez en cuando un paseo por Europa, pero tan grande es la tristeza que lo consume que siente la nostalgia de la Oceanía, lo penetrante y excitante de su existencia semi-salvaje y el estímulo de la lucha misteriosa y sempiterna, cuya pasión con su inmensidad llena todo su ser, de modo que retorna a esas islas perdidas en el Pacífico y sólo allí se considera verdaderamente feliz!

Me encaminé después a las islas Filipinas, desembarcando en Manila, y he quedado asombrado ante la transformación material que la dominación yanqui ha introducido desde que el tratado de París, a raíz de la guerra hispanoamericana, le diera en 1898 la

posesión de aquel histórico archipiélago de las 3.000 islas. Manila es un mostrador especialísimo, por ser el único punto del Extremo Oriente donde la civilización europea y el culto católico, desde fines del siglo XVI, han estampado rastros imborrables: la parte de "intramuros", en la cual queda en pie su histórica muralla, presenta un aspecto medioeval único, y en sus tranquilísimas calles parece continuar viviendo a pata llana la vida de siglos anteriores; sus iglesias son interesantísimas, sobre todo la de los jesuítas, en cuyo interior hay una decoración de madera tallada que es una maravilla de arte. Todo en aquella parte imprime en la cosa sellada la figura del sello de la dominación española, y los norteamericanos deliberadamente han conservado la marca de esa reliquia histórica. Fuera de los bastiones viejos, los barrios filipinos son característicos, con la vida especialísima de su calle Escolta; los típicos "carretones", que sirven para el transporte de las mercaderías; las "carabelas", para llevar pasajeros hacinados en ellas como racimos de uva; y las "carromatas" curiosas, que requieren una destreza especial para treparse a ellas; por doquier el buey filipino, el carabao, resulta el elemento principal de tracción; en cuanto a la población que por las calles circula, aparte del enjambre de chinos y de no pocos hindus, singhaleses, y gentes de las diversas partes de Oriente, se reconocen con toda seguridad las diferentes clases de filipinos, desde el *tao* de la región boscosa hasta el "ilustrado" de la clase superior; estarse quedo una hora en el viejo puente de España, es ver a vista de ojos una verdadera representación cinematográfica, por la variedad enorme de tipos humanos que incesantemente van por allí norabuena su camino adelante. Las casas, construídas con la conocida estera *nipá*, en los barrios de extramuros, no hacen armonía con los edificios de sólido material de la ciudad de intramuros; las tiendas chinas son, al parecer, arcas de Noé, y los vendedores ambulantes se diría forman legión, pregonando toda clase de artículos, desde el característico sombrero de paja hasta dulces del sabor más extraño. El barrio de Binondo es, en esto, filipino puro, con callejas en las cuales dos personas no caben de frente, y que parecen abovedadas por los techos salientes de ambas aceras, como en la calle de los chinos: las tiendas de la calle de Rosario y San Fernando, con los mostradores donde se exhibe la *piña*, son igualmente curiosas. Pero la transfiguración sanitaria norteamericana ha llevado ya a buen puerto su am-

biciosa pretensión, creando hermosísimos barrios modernos, con clubs, hospitales y un soberbio hotel en la plaza de la Luneta, donde la música militar a diario congrega una concurrencia numerosa; algunas avenidas, como la de Babumbayan, son realmente magníficas, y el nuevo bulevar marítimo, de Manila a Cavite, aparece como uno de los más pintorescos imaginables. Todo luce, sin embargo, carácter español y el sello religioso que las numerosas congregaciones católicas le han impreso: el tagalo olvida sus preocupaciones, su "majira", cuando el "padre" lo conforta poniendo fuerzas en su corazón, y vive feliz en sus casas de estera, a cuyo interior puede la vista, desde la calle, llegar de cabo a rabo. Lo que es estupendo, en la rápida mudanza del actual régimen — que no ha economizado para lograrlo — es la red de caminos carreterós, que permiten recorrer gran parte de la isla de Luzón en automóvil con una facilidad tal que ni los de Francia o Inglaterra, tan constantemente cuidados, hacen comparación con aquellos: he ido a Fort Mackinley, por ejemplo, donde se ha dispuesto la fábrica del barrio militar, cuarteles y casas para la oficialidad, y pocas veces habré andado con mayor velocidad, aparte de lo pintoresco del paisaje y de lo interesante de las aldeas indígenas que se atraviesan, en las cuales hormiguean las criaturas, y donde las mujeres, de aspecto resuelto y de mirar desenvuelto, parecen desempeñar el papel prominente. De las alturas del barrio militar se domina un panorama espléndido de la ciudad y del puerto: siempre la memoria me está representando haber presenciado, desde el punto citado, una puesta de sol sobre la bahía, que constituía uno de los espectáculos más hermosos y de una singularísima melancolía, en esa hora, siempre emocionante, del crepúsculo vespertino, al desaparecer el sol tras los altos picos de las montañas, colorearse de púrpura y oro el firmamento, y extenderse sobre las aguas silenciosas el manto augusto de la noche que se aproxima lentamente. . . No creí que Manila pudiera ejercitar una seducción tan grande, ni que brindara con un interés tan subido y tan singularísimo su vieja ciudad de intramuros, que quise andar al sabor de mi paladar, y el eco todavía responde al extraño sonido de mis pasos sobre el pavimento en el letargo profundo que constantemente reina en aquellas calles, a primera vista sin habitantes, durmiendo un sueño fantástico, como si todo estuviera en catalepsia y los pocos seres con que se tropieza se mo-

vieran automáticamente en un ambiente de otras edades, ajeno a la realidad o producido por la ilusión traicionera del opio o del haschich: se diría que hacen vueltas las gentes con aire de sonámbulos. En cambio, en extramuros, sobre todo a la hora del cierre de las fábricas tabacaleras, levanta polvareda una turbulenta invasión de gentes, principalmente de alegres muchachas filipinas, que parecen bien, muy rebien, con su blusa almidonada y de forma arcaica por sus mangas amplias y durísimas, con el *jusi* y la *piña* y el *sinamay* que, para ellas, están sobre todas las cosas: y es de ver su jovial contento — que no deja quejoso con razón a nadie — en los curiosos “bailujos”, que tratan de atajar a uno apenas se han dado dos pasos...

De allí enderecé el camino a la posesión inglesa de Hongkong, largándome nuevamente a la mar en el vapor *Thongwa*. Inglaterra ha convertido aquel punto en uno de los lugares de más intensa vida comercial y en morada donde con gusto se viva, y en centro donde se descanse, pues es una de las ciudades más bonitas, más pintorescas y llena de atractivos: la bahía, espaciosísima, tiene gentil hermosura, y la ciudad, edificada en las laderas de colinas que apenas permiten un par de calles horizontales y hacen de las demás lindísimas sendas que suben y bajan, y parecen empinarse sobre la coronilla de las estrellas, o caminos con escalones y zigzags, tiene forzosamente que ser recorrida en palanquín, y los coolíes por doquier van corriendo a más y mejor para ofrecer ese cómodo medio de transporte: el trepar al jardín botánico, en esa forma, constituye un paseo delicioso. Las calles principales, sobre todo *Queen's road* y *Des Vœux*, tienen un extraño aspecto británico y chino combinado, mientras que el barrio netamente chino saca a luz los misterios de la vida del celeste imperio. En cambio, se sube como con alas de viento al *Victoria peak* en el tramway de cremallera; el *Jubilee road* es un lugar de ensueño, a propósito para fabricar en el aire vanas esperanzas; y sólo al volver nuevamente a la parte central, los letreros colgantes y salientes de cada casa dan a entender que es chino el núcleo de la población, además de ser frecuente tropezar en plena calle, a guisa de escarmiento, con chinos ladrones o malhechores acomodados en el suelo, con los pies y manos en el cepo y un gran letrero en signos chinescos sobre el pecho: detrás, un soldado sikh representa la autoridad inglesa que ha impuesto la pena y ejecuta el su-

plicio en lugar público; y los demás chinos — con o sin trenza, pues ya aquí se nota que hacen de esto cuestión política — contemplan el espectáculo con el ojo indiferente de quien a ello está habituado desde niño y por más pesada que sientan la mano del juez. Para mí fué esa la primer visión del régimen chino y no se hartaban mis ojos de mirarla, por ser un gobierno europeo quien adoptaba procedimiento semejante. Eso, los palanquines y los jinrickshas, — livianísimos tilburies que corren ligerísimamente, arrastrados al trote de coolies infatigables — insinúan el carácter propio del Extremo Oriente.

Y tan es así, que de allí me dirigí a Cantón en un vaporcito, entrando en el río de la Perla y desembarcando en un típico *sampan*, para dar la vuelta otro día por ferrocarril hasta el barrio inglés de Kowlong, situado frente mismo a Hongkong, del otro lado de la bahía. En Cantón cogía la hebra de la China; en el río, cuajado de millares de juncos y sampanes, tiene su vivienda una considerable población flotante, que allí vive y duerme; en la ciudad misma hormigüea un millón de habitantes en sus calles angostas y llenas de industrias, pues aquél ha sido el centro comercial del país, y todavía hoy es la ciudad más industrial y de vida más intensa de la costa del Pacífico asiático. No fué el barrio europeo — por hermoso que sea — en lo que más entretuve y cebé la curiosidad, sino la ciudad misma, con sus mil templos y el variadísimo espectáculo de sus calles: días enteros gusta uno de pasear holgazaneando, columpiado en palanquín por dos vigorosos coolies, y andábame vagando a la flor del berró por los barrios populosos, entrando en sus innumerables negocios, deteniéndome en aquella típica calle Ha Gao Pao, donde instan con halagos las tiendas de las sederías más delicadas y escogidas; en la otra calle Sai Loi Tso Té, donde ponen asechanzas los negocios de muebles negros con incrustaciones de nácar y mármol; en la Dai Sann Gei, que trastorna con la tentación de sus marfiles, curiosidades y piedras preciosas; en todas partes la muchedumbre es compacta, rumorosa, y despidiendo un conjunto de tufo y hedores, de que resulta un olor intolerable que atemoriza la respiración y se pega de tal modo al viajero, que éste se siente desfallecer en aquel mundo especialísimo, de una vitalidad extraordinaria y del aspecto más pintoresco imaginable. Aquí el mando tuvo y el palo, el llamado partido republicano chino, que encabeza

el enérgico médico Sun Jat Sen, y, como signo exterior de la tendencia reformista, la población ha cercenado, con una gentil tijereteada, sus largas y características trenzas: de aquí partió la revolución que, obrando prodigios de valor y portentos de bizarría, derribó la secular dinastía mandchu. Y es ésta una ciudad profunda y típicamente china, y ha fundado instituciones que demuestran en verdad es exponente de aquella cultura, como su soberbio templo de los 500 ídolos, la típica pagoda de las flores y la singular casa de los muertos, donde, en pequeñas capillas funerarias, es costumbre conservada antiguamente que se depositen los restos de la gente pudiente, la cual les sirven constantemente manjares y los regalan con ofrendas, hasta que el adivino sagrado indica el lugar y momento de enterrarlos en algún sitio del campo, obligando a demostraciones de lutos costosos, lo que explica como las campiñas chinas se encuentran esmaltadas de tumbas, que siempre respeta el labrador al romper la tierra: en aquella casa de los muertos se ve a los lamas budhistas, en el traje blanco de duelo, recitar en alta voz preces que leen en libros manuscritos, y a su lado hay vendedores de toda clase de objetos de papel, como flores, figuras, vasos, etc., que los deudos compran para colocar al lado de los cadáveres. Pero el templo cantonés más característico es el Sing Wong Min, "templo del terror", que da muestras de la gloria celestial con sus pinturas murales curiosísimas, en las que se descubre la ira de Dios con todos los tormentos del infierno budhista, y en cuyo rigor y variedad la fértil imaginación del artista chino ha puesto con sus colores en perfección las escenas más indescriptibles, los refinamientos más sutiles de crueldad, dejando pálido cuanto el Dante ideó de más espeluznante en su *Divina Comedia*. Ahora bien: introduciéndose en los templos y los yamens o andando por las calles y entrando a las casas de venta, se pone atención en una cosa: la hartura y contento de las gentes, por más sórdidamente que aparezcan vestidas; la ausencia absoluta de ebrios, y una especie de alegría ruidosa y comunicativa; se diría que andan baldíos, mano sobre mano, por la ciudad; todos parecen satisfechos con su existencia y si, del punto de vista pintoresco, la visible desaparición de la trenza llama aquí la atención, en cambio las mujeres no han podido transformar sus pies ridículamente prensados y que las obliga a caminar como si se valieran de piernas de palo, llevando a peso de plata los pasos que mueven; cierto es que ahora se ha prohibido se deforme así

a las niñas, pero no se puede modificar el “lirio de oro”, — como el poeta chino llama al pie anquilosado — de las mujeres formadas, que cifraban antes en esto su coquetería, como las señoras occidentales parecen asentarla en comprimir el pecho con el corsé europeo; pero todos, hombres y mujeres, son de baja estatura, de cutis amarillento, descubriendo sus ojos antes de tiempo que son solapados mercaderes y nada dormidos. El guía me hizo andar yendo y viniendo por los diversos talleres donde el afamado artífice cantonés talla maravillosamente en el marfil una serie increíble de figuras y labra, muy de su mano, objetos de una curiosidad tal que se diría constituyen piezas de museo; los de los habilísimos bordadores de telas preciosas, que sacan de un dechado muy primorosa labor; los que con las plumas de ciertos pájaros hacen trabajos de una delicadeza inaudita, dejándolos iguales y perfectos; el hecho es que el viajero queda medio corrido, medio atolondrado, y es menester sacar fuerza de flaqueza para resistir a la tentación de comprar y comprar, a precios que parecen ridículamente exiguos, los objetos más fantásticos y los artículos más perfectos.

No puede ya crecer el recuerdo sumamente simpático que de Shanghai conservo: los días pasados allí tuvieron la virtud de darme a entender que es aquel uno de los lugares más hermosos del mundo entero, porque la parte europea — el grupo de las concesiones inglesa y norteamericana, y el de la francesa — ha sido puesto tan lucido y en buen orden, con una perfección tan extraordinaria y con servicios públicos de vialidad, iluminación, paseos, etc., que se realizan con precisión tan admirable, debido a la emulación internacional, que puede decirse osadamente y a boca llena que aquel es un modelo edilicio como no existe en Europa misma. La calle marítima del Bund y su continuación, el quai de Wampoó, es simplemente espléndida; el Foochow road reúne los negocios más lujosos, iluminados por la noche con una profusión de la que no se tiene idea, y haciéndoles compañía las casas de comida y de te, en las cuales cantan las famosas “Sing-song girls”, de manera que hay un concurso de gente que va de un costado a otro, deteniéndose mucho en teatros, y tiendas, cafés y fumaderos de opio; el famoso Maloó, que es una avenida típica, y el Bubling well road, conducen por los barrios de quintas y villas, habiendo cada cual rivalizado en construir una vivienda que sea una joya arquitectónica y en cuidar jardines tan bellos,

que se detiene el paseante a contemplarlos. Los clubs se envanecen de su confort y lujo, al lado de los cuales los más afamados del Pall Mall de Londres empálidecen: los que he conocido — el alemán del club Concordia y el inglés del Shanghai Club — son de primer orden. He asistido a carreras en el magnífico hipódromo del Bubbling Well road, que pueden parangonarse con las inglesas de Ascot o con el despliegue de elegancia que caracteriza a las francesas de Longchamps; y en el Astor House me parecía encontrarme en el hotel más *swagger* de la capital más exigente. Shanghai es un lugar donde se ansía vivir, tan magnífica es la planta urbana y tan refinada es la existencia. Por supuesto, al lado de la parte europea está la ciudad china, con su dédalo de calles que reproduce la impresión inolvidable de Cantón. . . No he escrito en el agua — porque he perpetuado, en una curiosísima placa fotográfica, el cuadro instantáneo producido — la memoria de cierto paseo en automóvil por allí: el chauffeur, que era muy diestro, blasonó de poder aventurarse en los barrios chinos, por más que temía el alboroto consiguiente, pues jamás se había hecho tal cosa; picóme la curiosidad, y por más que creyera que aquello era más bien bravear y hacer locuras, lo alenté y enardecí con el resultado de que se lanzó despepitado a las angostas calles chinas, echando a volar atrevidamente a la gente que acostumbra llenar la calzada, y causando terror y espanto en los vendedores de toda clase de objetos, cuyos mostradores volantes, colocados en las aceras, se veían amenazados por el monstruo de nafta; a poco andar se golpeaban unas cosas con otras como si hubiera estallado una revolución, pues clamaban atropelladamente todos, pero sin hacer cara al enemigo inesperado, hasta que, malgrado la habilidad del conductor, nuestro auto entró de rondón en una encrucijada en la cual no podía ni avanzar ni retroceder. . . Se presentó entonces un agente chino de policía, según declaró serlo — descalzo, de aspecto bonachón y sin gran solemnidad — y, en inglés champurreado, con nosotros, el *pidgin english* del Extremo Oriente, y en chino voluble con el gentío que nos rodeaba, trató de explicar y sacar de este aprieto a la situación, que comenzaba a tornarse peligrosa: fué en ese preciso momento que se tomaron varias fotografías, tanto de adentro como de afuera del automóvil, en medio de la curiosidad de las gentes, que se acercaban a examinar el auto o la máquina fotográfica, pero con sosiego y calma, comentándolo todo entre

ellos y atendiendo a las exhortaciones del agente, nuestro improvisado protector: fué obra muy dificultosa salir del apuro y regresar al barrio europeo, con el jocoso epílogo de que, al dejar la parte china y despedirse de nosotros el policiano imperial, echando a rodar la honestidad, sencillamente nos pidió su propina por el servicio prestado. . .

Debía ir como de molde por ferrocarril a Nanking, la antigua capital de la parte sud del celeste imperio. En esta ciudad desaparece ya la singular nota de los barrios europeos, como si súbitamente se los sorbiera la tierra: a pesar de ser puerto abierto al comercio internacional, apenas se permite residir allí a un centenar de extranjeros y el Bridge House Hotel toma un carácter muy distinto del de los hoteles de Shanghai. Siendo aquél el centro intelectual de China, por sus librerías y su universidad, hallé establecida una curiosa práctica: la de conceder a los estudiantes, como privilegio, que sean los únicos que sirvan de guías a los poquísimos viajeros que hasta allí se aventuran, con lo que se les hace fácil y llevadero practiquen el idioma extranjero que aprenden y, al mismo tiempo, trazan y ordenan con toda perfección sus conocimientos históricos y literarios al mostrar los diversos institutos y templos, y explicar su significado. El estudiante chino que llevé por compañero hablaba pasablemente el inglés y satisfizo a la demanda cumplidamente con una erudición a toda prueba, pues daba respuesta concluyente y con lujo de detalles a mis numerosas preguntas, comentando sutil y eruditamente las ruinas del barrio mandchu, las tumbas de los reyes de la dinastía Ming y el singular simbolismo de la "avenida de los espíritus" que a ellas conduce y se encuentra flanqueada por enormes estatuas de piedra, representando animales de toda clase y mandarines con diversos trajes: ardían llamas de amor en su pecho por la historia de su país, y, desde lo alto de la construcción elevada por el emperador Tsaitien para la conmemoración anual del gran fundador de la dinastía Ming, formó con breve relación un retrato perfecto de la suerte de ésta y las pasadas glorias de Nanking, en términos de verdadera elocuencia. Me acompañó después al enormísimo edificio donde, en millares de celdas, venían periódicamente a enclaustrarse más de 20.000 aspirantes al mandarinato, para sujetarse a los complicados exámenes que debían darles derecho al codiciado título: allí, en uno de los pabellones altos, tomamos nuestro lunch mientras me exponía las peculiaridades de

aquella institución china que, para cada función pública, exigía un previo examen y sólo acordaba ascensos a los más competentes... Llevóme después a conocer las industrias locales, sobre todo la del género "nankin", tan conocido en el mundo entero, haciendo que todo lo cerrado a nosotros se franqueara; y como por doquier íbamos dando tumbos con ruinas, pintó de pies a cabeza, lenta pero expresivamente, desde el cuadro de la terrible rebelión de los Taipings, que destruyó en parte la ciudad a mediados del siglo pasado, hasta la última revolución llamada republicana, que estableció en aquel punto la sede del gobierno provisorio y tuvo la ciudad que pasar por todo y sufrir especialmente porque allí se desarrolló una lucha encarnizada. No podía imaginarme yo, ni aquel estudiante podía tampoco sospecharlo, que pocos meses después otra nueva revolución de las provincias del sud contra las del norte tendría su desenlace en nuevas y sangrientas batallas en Nanking y causaría nuevos estragos y ruinas: la fortuna se le ha mostrado enemiga y contraria.

Deseaba costear el famoso río Yangtsé, rival del Amazonas y del Missisipi: por eso, de Nanking preferí la vía fluvial hasta Hankau y me embarqué en el vapor *Kiang-yu*. Los días que duró dicha navegación, comparable en ese trecho a la del Rhin por los recuerdos históricos de poblaciones y ruinas a ambos costados, y por las bellezas naturales del trayecto, han quedado atravesadas en el corazón para siempre: ningún momento cesaba ni descansaba de admirar el paisaje y el capitán, un inglés comunicativo, — la murmuración de a bordo le adquirió el título de mala lengua — cuidaba de llamar mi atención hacia los lugares más renombrados, sobre todo en Siaskushan, que es una altísima isla de granito, en la cima de cuyo monte hace la coronación una elevada pagoda, la cual, por estar erigida en una de las vueltas más pintorescas del río, a todas partes parece ha de mirar. Bajamos en Kiuchiang, porque estaba yo interesado en adquirir, como recuerdo, alguna pieza de la cercana manufactura de porcelana de Tschinteschen; visitamos después los diversos lugares donde el vapor atracaba, pues todo se le iba en hacer paradillas, y cargábamos chucherías de todas las poblaciones, admirando su incesante actividad y las variadas industrias de sus bazares. Por fin arribamos al deseado Hankau y, al gozar del descanso y quietud del Hotel Boemer, alcancé a descubrir un reducido suburbio europeo, colindante con la inmensa ciudad china, siendo ésta en

realidad tripartita porque sus barrios se derraman por los dos otros costados del río, que allí se corta por medio y une con el río Hankiang, de modo que Hankau, Wutschang y Hanyang, componen una masa de población que pasa del millón y medio, morando la comercial mayorista en la primera, la comercial minorista en la segunda, y la de funcionarios administrativos en la tercera: la concentración de diversas vías fluviales convierte aquel punto en un foco activísimo de movimiento comercial, pues hasta él arriban transatlánticos y las embarcaciones de cabotaje de las más ricas regiones del imperio, lo que ha centralizado allí principalmente el comercio del te, que los rusos parecen haber logrado monopolizar. En la ciudad china fuí invitado al curiosísimo club de la corporación Shansi, al cual pertenecen los banqueros de dicha provincia, y pude conocer el templo venerado del dios de la guerra Kuan-ti: por lo demás, el mismo dédalo de calles angostísimas, la misma multitud de gente por doquier, e igual multiplicación de negocios de todo género.

Como no podía perder un punto de tiempo, me fué imposible seguir mi inclinación de continuar por el río Yangtsé hasta las grandes cataratas, y tuve a pura necesidad que tomar el tren a Pekín, en el nuevo ferrocarril recientemente construído y que atraviesa de N. a S. la parte central del imperio. Eramos varios los pasajeros que debíamos partir por el expreso semanal del viernes para llegar el domingo a Pekín: el tren salía a las diez de la noche y, como cada ricksha no conduce sino una persona, resultó que andábamos a la hila, con un trotecito algo picarillo, formando una caravana sumamente pintoresca porque cada coolie llevaba un farolito chinesco de colores y, como son de velocísima andadura, parecía la nuestra una procesión fantástica al recorrer las calles sin alumbrado en dirección a la estación... Deploro carecer de tiempo para poder referir con particularidad las peripecias del viaje por ferrocarril, pues la región atravesada es característica: es la llanura de la famosa "tierra amarilla", de una fertilidad asombrosa y que viene llevando la carga de la repetición de cosechas sucesivas desde innumerables años atrás, sin mostrar señales de cansancio ni de agotamiento: esa capa de *loess* tiene centenares de pies de espesor y ha venido acumulándose durante siglos, formando una planicie inmensa y que imprime su suelo amarillo al país entero, pues por eso adopta ese color como epíteto y sobrenombre, y así se ufana de su río amarillo, su empe-

rador amarillo, y hasta su bandera es amarilla; a ambos lados de la vía, toda la población que pasábamos tenía las paredes amarillas, y el aire mismo parece amarillo con el polvo! Ya entonces se perfilaban los prodromos de la lucha política entre el presidente Juan-shi-kai y su partido conservador, y Sun-Jat-Sen y su fracción reformista, con mayoría en el flamante parlamento chino: el primero, apoyado sobre todo en las provincias del norte, más imperialistas que republicanas; el segundo, en las del sud, más republicanas que imperialistas; a fin de ganar por la mano al otro y en previsión de los sucesos que luego se produjeron, el primero despachaba tropas hacia el sud, que venían enhiladas en largos convoyes militares, monopolizando casi todo el material rodante disponible y constriñendo a nuestro tren expreso a prolongadas demoras en casi todas las paradas, y a las que, quisiera o no, hubo de condescender; como el malestar político había trascendido a las poblaciones rurales, ese recelo frívolo y miedo sin causa sacaba a todos de su quicio, provocando una concentración inusitada de gentes en las estaciones, y se habían dejado guarniciones en guarda de las mismas: los que afluían a éstas querían entrar de hoz y coze en cualquier convoy para huir, y cometían la animosa temeridad de asaltar aun a los trenes de carga, sin pensar en boleto y sin que los guardas del ferrocarril ni la fuerza pública pudieran impedirlo, tal era la avalancha humana de hombres, mujeres y niños, que abría las puertas de los vagones, falseaba las llaves y quebrantaba los candados. Y era tal el terror con que atropellaban que no se les ponía cosa delante, y los he visto treparse como moscas a los techos de los coches, ubicarse en los intersticios de la carga y aun colgarse de las cadenas que unen un vagón al otro: preguntándole yo al inspector de nuestro tren — que era un belga muy atento — cómo podría impedirse el desastre que un movimiento cualquiera del tren de carga tenía que producir, arrojando al suelo a muchos de aquellos infelices, a quienes aquello los traía atontados y locos, me respondió que eso sucedía a diario y que nadie se preocupaba de ello, porque era tan enorme el número de habitantes y tan absoluto el desdén por la vida, que tal cosa carecía de importancia... Me tocó, en efecto, ser testigo de una de esas temidas arrancadas de raíz de un tren de carga y ver rodar por el suelo, entre las ruedas, a varios chinos — sin poder distinguir la diferencia que hay de uno a otro, ni si eran hombres o mujeres, pues su traje es idéntico —

todos los cuales fueron molidos, quebrantados y hechos pedazos, sin lanzar ellos ni un grito y sin que los demás tampoco dieran voces. Estoicismo, sin duda, pero que denota una impasibilidad llevada a su más extremo grado: ignoro si vencen con la razón el dolor, pero demuestran ser absolutamente indiferentes; o — y esto no me atrevo a afirmarlo — como locos y sandios no miran el peligro.

En Pekín me alojé en el Hotel des Wagons-lits, cuya espléndida construcción es ornato y hermosura del barrio de las legaciones, y brinda con todo el lujo y comodidad de los primeros hoteles europeos: la costumbre inglesa de mudar de traje caballeros y señoras para comer, da un aspecto de fiesta perpetua a las reuniones de la noche, pues nadie se desenreda de la ocasión ni sale ya a esa hora, viniendo a la casa con gran prisa artistas hindús, japoneses y otros, para dar muestras de las habilidades más increíbles como funámbulos, prestidigitadores y encantadores de serpientes. Es aquella la ciudad quizá más interesante del universo entero, y sus actuales divisiones de ciudad tártara, imperial, prohibida, exterior, etc., con sus murallas que las separan materialmente, muestran el secreto de un régimen al cual el nuevo estado de cosas va dando zancadillas: se sostiene que no pocas de sus calles son sucias y están sin pavimentar y que, en ciertos barrios, el hacinamiento de viviendas es extremo, pero cuando se contempla la ciudad desde lo alto de la "torre del tambor" o de las murallas que circundan el barrio de las legaciones, por los ojos se ve que en realidad es un conglomerado de jardines, pues casi cada casa es dueña de un espacio dedicado a jardín o huerta, en lo que quizá se halla la razón de la extensión enorme que exige este millón de almas, que nunca dice: esto me basta. Más todavía: se comprueba que casi todas las casas son de un piso; se echan de menos las chimeneas de cocinas y si se mira con cuidado y atención parece como si la mayoría de las gentes tuviera la bucólica en las cocinerías ambulantes que, en plena calle y con hornillas portátiles, constantemente están preparando manjares a cuyo olor se diría resucitan los muertos; mirando con particular atención las ventanas, se observa que no hay vidrios en las aberturas y se conoce de lejos que se pega una hoja de papel delgado, para dejar pasar la luz e interceptar el viento; los techos son de teja o de paja; se descubre fácilmente la antigüedad de los solares y las residencias más acomodadas no pueden divisarse

desde la calle porque están protegidas por un alto muro, detrás del cual se hallan a la mano los jardines y los pabellones; se alcanza a ver aun desde lejos que la limpieza de las casas no es muy exagerada, y queda descubierto y manifiesto que una vez construido un edificio no lo reparan ni cuidan, pues las paredes y techos parecen a la vista de todos con un visible aspecto de abandono, y en las huertas y patios se traslucen las vislumbres horrendas de montones de basura o de objetos rotos y usados; por doquier se repara en las calles los arcos denominados *pailos*, que perpetúan la memoria de cualquier hazaña o acontecimiento público o privado. Es preciso, por otra parte, andar en ricksha, y los coolíes que las arrastran con presteza y resistencia singulares, son de una destreza única, pues, sin moderar su trote habitual, orillan los pantanos, cruzan por donde se creería que la más experta mula no lo haría, y el viajero, suavemente mecido por aquel movimiento rítmico al cual pronto se acostumbra, columpiándose el cuerpo con vaivenes, a lo de vas o vienes, olvida que es un ser humano quien así lo lleva y tira. Atravesar los umbrales de los barrios de negociantes de curiosidades y ser conducido como de la mano, al través de callejas, zaguanes y corredores, a los diferentes negocios de toda clase de artículos, desde los trajes bordados hasta el *cloisonné* afamado, bien valido lo vale: esta última industria tiene talleres notabilísimos, como el situado en la calle Lao Tien Li, donde ninguno de los detalles de la fabricación, en todos sus estadios, se pierde de vista, y maravilla la seguridad, la limpieza y perfección, con que se dan buena maña con su trabajo; hay una calle especial de bazares, la Ta Shi Lai, que tiene méritamente granjeada gran fama y por sí sola es digna de una visita a Pekín, tal es la extraordinaria cantidad de objetos maravillosos que pueden allí encontrarse a vil precio: he presenciado una venta en remate de porcelanas antiguas y por lo que me transmitía el guía deduje se concertaban en desaforado precio, pero las piezas, algunas de las cuales pude considerar de cerca con atención, eran realmente espléndidas por sus colores y dibujos, y se preciaban de provenir de los reinados de Kang Hsi y de Chien Lung; también fuí, llevando siempre al guía por compañero, a las ferias al aire libre cerca del templo Lung Fu Si, donde centenares de negociantes sacan a vender a la plaza y ponen en pregón toda clase de artículos; en la ciudad china, al lado de la tártara, las tiendas de sederías y de curiosidades pare-

cen atravesarle a uno el pie para que caiga y le trastorne la tentación. El espectáculo de las calles es tan lleno de interés, que en sólo un paso se detiene uno muchas horas; en la muchedumbre variadísima que camina por doquier a paso tendido, así como en un lienzo blanco cualquier mota se pone, destácanse los chinos ricos, pues, como signo visible de que pertenecen a clase acomodada, llevan jaulas de pájaros en la mano o en la de un coolíe, demostrando así que pueden hacer de su capa un sayo, disponiendo de tiempo sobrado para sacar a pasear a sus pájaros, sin temor de que se les vuelen... Las mujeres, por su parte, tienen otra manera de ser y se diferencian por sus trajes, pues la de raza china pura lleva la peor parte, ya que tiene sus pies deformados, anda como quien va sobre espinas, a veces apoyada en un largo bastón, está siempre ataviada con traje corto y se ve su pantalón atado en el tobillo, componiendo un peinado en que los cabellos aparecen recogidos en la nuca en forma de cola de urraca; mientras que la de la raza mandchú puede traer cuanto se le antoje debajo de su traje largo, que alcanza hasta los pies, y anda con los cabellos arrollados alrededor de una pequeña tablilla de madera colocada en lo alto de la cabeza; parece como si el color nacional, para los trajes, fuera el eterno azul, desde el azul oscuro del nankín de algodón común, hasta el azul claro de los trajes de lujo y seda — como era invierno, muchos llevaban sus vestidos de seda adornados de pieles — y esos trajes se abren por el costado, pues vi así a una desabotonar el suyo; pero todos, hombres y mujeres, son altos, de buenos colores y de mirada desenvuelta. Pude escudriñar las cosas más escondidas de las diversas ciudades, enbutidas la una en la otra, hasta la prohibida, donde se hallan los palacios imperiales, con lagos hermosísimos y pagodas asombrosas, y su “colina de carbón” famosa. Los templos son únicos: el del cielo, con su edificio central coronado — como se ciñe a un vencedor las sienes — por un enorme botón dorado, que de todas partes se ve, y recubierto por tejuelas de porcelana vidriada de un azul oscuro singular, es uno de los más curiosos: pero, desde el advenimiento de la república, se viene derriscando y quebrantando el esplendor que le diera la costumbre de trasladarse allí el emperador, con la corte, a invocar a sus antepasados y pedir ayuda y socorro al cielo mismo; para llegar donde están, tanto este templo como el de agricultura, es menester atinar con su huella en medio de grandes par-

ques cercados de muros. Sería imposible aquí rastrear siquiera el número de todos los templos, por más algunos tengan mucha vena para decir, como el de Lama, donde hay un enjambre de sacerdotes budhistas y reside “el Budha viviente”; o el de Confucio, con sus grandes estatuas sobre tortugas de piedra — la tortuga, que se hace topadiza por doquier, es uno de los cuatro animales sagrados de la China; — “la pagoda de la botella”, que parece estar tapada por una especie de gran paraguas; el templo de la tierra, donde anualmente la dinastía imperial alababa a la majestad divina con grandes ceremonias... Esta ciudad es abundantísima y exuberante y rica en leyendas y recuerdos relativos a cada templo, palacio o monumento: no podré olvidar el interés con que, al estar cerca de sentirse las 8.30 p. m., — hora en que el guardián de la “torre de la campana” debe tocar a ésta, — abría emocionado los oídos para oír ese maravilloso sonido, que muda los tonos alegres en tristes, y cuya pureza singularísima se debe a que, al fundir el metal, se precipitó en él, como piadoso sacrificio filial en aras del éxito buscado, la hija del fundidor, despeñándose sin volver más en sí y sin que de ella quedara rastro alguno, pero, como el premio sigue al filo de la muerte, su cuerpo, por extraña amalgama con el metal, ha dejado enriquecido y ennoblecido a éste con una resonancia única en el mundo... He hecho una visita a esa maravilla que se llamó palacio de verano y que hoy, en medio de sus ruinas, llena de estupor y éxtasis con sus jardines, sus construcciones y la variedad inmensa de toda clase de refinamientos: en la típica y florida fraseología china se comprende todo esto debajo del nombre de “la montaña de las 10.000 edales”, y no se economizó gasto para que hubiera en él con eminencia las gracias y dones, cuanto de hermoso se pudiera concebir: existe allí, en una altura desde donde se extienden los ojos a un vastísimo panorama, edificado en la ladera misma de la colina y escondido entre artístico y tupido bosque, como si buscara rincones para morar consigo a solas, un pabellón precioso, cuya conservación es admirable y en el cual acostumbraba la emperatriz ir a tomar el te, no apartándose jamás de su lado sus damas favoritas, y aquel sitio ideal, que la imaginación fácilmente puebla de mentiras con las escenas más fantásticas, y que ningún extraño podía antes pensar en contemplar de lejos siquiera, dada la etiqueta extraordinaria de la corte, hoy se huella con mucha gala y lozanía, y puede allí so-

ñarse despierto con lo pasajero de las grandezas del mundo, cuando en este imperio secular y con una dinastía que parecía in-conmovible hace apenas un par de años, ahora no queda rastro de nada reservado y al misterio se lo lleva la avenida con ímpetu furioso; pero, con todo, es un admirable lugar para dejar correr libremente a la "loca de la casa", y tener envidia del arte infinito con que los monarcas chinos supieron tomar los puntos más hermosos que tenían, para descansar y quizá para soñar!

Uno de los recuerdos más vivos que tengo de Pekín, es el de haber asistido con gran frecuencia a su primer teatro, el Wen Ming Cha Juan, único al que pueden ir mujeres y donde se ve a personajes con sus familias; mi guía chino resultó muy entendido en achaques de bambalinas y le lucía lo que sabía; me conducía temprano, pues la representación comienza a las doce del día y termina a las nueve de la noche, y salía por fiador de que se daban piezas muy interesantes. La parte destinada al público está distribuída en compartimientos cuadrados horizontales, pues no hay sillas y cada cual se acomoda a su gusto doblando sus piernas, y se ponen a tomar te y a fumar; el escenario está algo elevado y en él no hay tras que andar a la rebusca de decoraciones, pues no las hay, pero se sitúan los músicos a un costado, porque hay frecuentes cantos. Las explicaciones del guía me permitían seguir fácilmente las diferentes piezas, pues apenas se ve el fin de una se oye un agudo sonido de címbalo y comienza la otra sin entreacto alguno, pero, como si los actores tuvieran una cortina y velo delante, van por turno adentro para cambiar sus trajes y al mismo tiempo la concurrencia deja de ser lo mismo que era, renovándose parcialmente como si fuera un teatro por secciones. Muy presente tengo que una de las piezas, según se me dijo de pe a pá, se componía de un prólogo, en el que se exponía el argumento, y de 4 actos: en el primero, se desplegaba la metáfora que lleva el texto, en el segundo y tercero, la acción se desenvolvía y el tema llegaba a su madurez, y en el cuarto vino el desenlace, que terminó con el castigo y expiación del crimen. Los actores — pues no hay sino hombres, siendo las partes femeninas desempeñadas por aquellos — arrojan en sus hombros gran peso de trabajos y son de una resistencia formidable: verdad es que, de tiempo en tiempo, aparece un coolíe en las tablas con tazas de te y cada actor cobra así más ardiente vigor, pero, — me decía mi guía — el público sabe que, para medir los puntos del humor

que calza, debe considerar al sirviente como invisible; en una escena, en que entraban en la representación militares, apareció una tropa de caballería pero sin caballos y sólo con látigos, imitando la acción de montar y desmontar para que la ilusión fuera perfecta y pintara mejor las cosas que vió en la imaginación. Los trajes son riquísimos y con bordados que me parecieron admirables: se me dijo que en este punto se suma y compendia todo el lujo de cada actor. El público mira y oye con suma atención, estando siempre muy en sí; fuera de la parte dividida en cuadros, hay otra abierta, donde se da franca la entrada al pueblo. El espectáculo era para mí sumamente interesante porque equivalía a una pantomima, desde que no entendía con comprensión y claridad lo que se decía o cantaba, pero la perfección mímica de la representación era tal que podía hacer concepto cabal del argumento y engolfarme en su desarrollo, aun sin las explicaciones oficiosas del guía. Y como éste hay una serie de otros teatros en Pekín: mas, en toda ciudad china las funciones teatrales son constantes, porque las compañías sólo tienen que confiar en su indumentaria y de la misma penuria saben hacer caudal para quedar airosos, desde que todo lo demás está suplido por la imaginación del auditorio; pero acontece que ese amor al teatro es uno de los grandes medios educativos, pues siempre los argumentos son sacados de la historia imperial y como el pueblo bajo goza del privilegio inmemorial de asistir gratuitamente, se empapa de las tradiciones y leyendas nacionales.

Por más que lo deseo, debo aquí romper el hilo de mis recuerdos de Pekín y renunciar a hacer descripción de mi pintoresca excursión a la gran muralla, — que es una obra colosal y por la cual, en el camino de Nanku, he dado pasos muy medidos y compuestos, como si fuera una ancha avenida, — pues mi conferencia va convirtiéndose en una representación de teatro chino, que comienza a mediodía y termina al anoecer... Tomé allí el lujoso tren que va a Mukden, para unirse al transiberiano que lleva a San Petersburgo, París y Londres, pero se me puso en medio como muro la ciudad que fué teatro de las más heroicas batallas de la reciente guerra ruso japonesa, en aquellos sangrientos meses de comienzos de 1905. Desde el Yamato Hotel he querido andar al sabor de mi paladar el campo de batalla, en el cual no ha habido señaladas mudanzas, y he visto, ya construído, el sencillo pero elocuente monumento que a sus muertos ha elevado

el Japón: estaban los rusos haciendo otro tanto con los suyos, pero su monumento es mucho más rico y elaborado. Por más que las autoridades sean nominalmente chinas, esta parte de Mandchuria está en la zona de influencia japonesa y la intervención de éstos es en todo visible. Aparte de lo típico de la ciudad, el antiguo palacio imperial de la dinastía mandchú guarda debajo de llave y sello tesoros valiosísimos: entre éstos, una colección de porcelanas que es una maravilla por lo abundante, completa y por su estado de perfecta conservación.

Subí en Mukden al tren de la Mandchuria sud, recientemente entregado al servicio público y, por Antung, fui a la península de Corea, que atravesé de N. a S. deteniéndome varios días en la capital Seoul; la independencia coreana de entre las manos se les ha escapado y ahora es una simple colonia japonesa, pero se emprende la peregrinación de aquel país con simpatía profunda, pues su población, de un temperamento tranquilo y triste, parece llevar en su aspecto el luto resignado por su reciente decapitación internacional y sufre con paciencia la vara del rigor. Desde que se penetra a Corea quédase absorto de ver la uniformidad de la vestimenta: las clases comunes van vestidas de blanco y sólo las superiores pueden emplear telas de color, no percibiéndose casi mujeres; sus tipos son curiosos, porque los que llevan traje de color presentan rasgos finos, su estatura es elevada y sus vestiduras son amplias, mientras que los de traje blanco son más burdos y de rasgos más toscos, con mandíbulas salientes y la nariz achatada; no se ven casi industrias y los campos aparecen cultivados de un modo primitivo, siendo curioso que no se observen plantaciones de te, mientras que en China y Japón es esta la bebida nacional. Es Seoul una de las ciudades más simpáticas, y a diario salía del Sontag's Hotel para dar un paseo por la alegre ciudad y andar por sus calles, y tomaba afán por mirar a las gentes, sobre todo las de traje de color, con sus curiosísimos sombreros de cerda de caballo, engomada y extendida en forma de cono, con alas a los costados: singular indumentaria llevada con una gravedad majestuosa, pero a cuyo estilo y traza no creo fácil acomodarse. Los palacios, otrora imperiales, son interesantes, sobre todo el antiguo, al cual da vueltas un extenso parque y en el que se incluye una serie de construcciones, únicas por su situación y carácter: es lástima que los japoneses no los conserven

como debieran, pues algunos, como el encantador pabellón de descanso de la emperatriz asesinada en 1895, se borra, deslumbra y mengua, por su estado de ruina, lo que mueve a compasión por ser verdaderamente idílico por su situación y distribución. Recuerdo cierta excursión, bajo una lluvia torrencial, al monasterio Tschanganso, templo de la paz eterna: pocas cosas he visto más románticas y llenas de poesía.

Por fin, tras un viaje en que parecíamos horadar las peñas y los montes, atravesamos el estrecho de Fusan en el vapor *Koma-Maru*, y llegué a Shimonoseki, en el Japón, donde me esperaba el excelente guía, de antemano pedido a la Welcome Society, institución japonesa utilísima, presidida por el marqués Hachisuka, y que facilita a los viajeros todo cuanto es humanamente necesario para que, mirando a otra luz las cosas, puedan conocer bien el país en las mejores condiciones. Llegué en el mes de mayo, la estación en que florecen los cerezos y en que se celebran fiestas populares florales que son encantadoras: he recorrido el país entero, después de navegar la región estupenda de sus mares interiores hasta Kobe, para detenerme en Osaka, la ciudad más industrial de la región; he pasado días y días en Kyoto, donde conocí a japoneses distinguidísimos, que se empeñaron en hacerme penetrar en la esencia misma de su vida nacional; he ido hasta el santuario de Nikko y he residido en la capital Tokyo, antes de trasladarme a Yokohama, para dirigirme de allí a las islas Hawaii. Guardo como oro en paño un recuerdo esplendoroso del Japón: tras tanto pasar de tierras y mares, visitaba el país después de recorrer el Oriente y el Extremo Oriente, y haber peregrinado por las comarcas más exóticas y fascinadoras para el turista, de modo que mi atención podía explícitamente encontrarse saturada y tornarse más difícil la admiración por lo que viera: sin embargo, hizo tal impresión en mi corazón el país de hadas del "imperio del sol naciente", me hirió tan de cerca y vivamente, que no me resolvía a alejarme de allí y sólo el duro deber me obligó a poner término a mi permanencia: el ambiente es tan poético, tan seductor, que no se resiste a él y todo empalidece en el recuerdo cuando se rememora lo allí visto y observado, pues es como acometer rostro a rostro a la belleza; queda el ardiente deseo de volver, y se siente con mayor aflicción la desdicha de haber conocido tan tarde sus encantos, pues en la juventud debe ejercer una fasci-

nación irresistible, sobre todo para quien logre dominar el idioma porque la eterna conversación en triángulo, por intermedio del intérprete, produce el efecto de un balde de agua helada cuando la interlocutora es cualquiera de esas graciosísimas japonesas, muñecas deliciosas y mujeres de una atracción y de una seducción no igualadas por la de raza alguna, pues traen su alma hecha un cielo portátil. . . Imposible es, en breves rasgos, dar idea siquiera de las bellezas naturales, de los monumentos, templos y ciudades, de sus fiestas y teatros, y menos de la amabilidad incomparable de hombres y mujeres: porque es preciso no contentarse con la simple excursión del turista, que ve la superficie de las cosas, sino que es menester penetrar en la intimidad de sus costumbres, para lo que basta la llave de oro de la introducción a personas de cierta posición social, pues éstas se desviven por hacerle conocer todo, y vienen como caídas del cielo para invitarle y llevarle a todas partes, señalarle todo lo que puede interesarle, y parece como si se complacieran en envolverlo en una atmósfera tal de seducción, que se concluye por considerar aquella existencia como superior a la occidental, más llena de atractivos, de goces, de placeres. La población, con sus trajes nacionales, es de una gracia inimitable, y tan parece bañarse toda de regocijo y alegría que el viajero se siente con ella contagiado.

En Osaka, en medio de aquel millón de japoneses, entre los cuales casi no se encuentra un extranjero fuera del personal del magnífico Osaka Hotel, a cada paso se detiene uno y arrima a los bazares y recorre los talleres y casas de negocios, pero allí lo que más halaga y regala es su teatro, sobre todo el de muñecas, que goza de celebridad mundial. He asistido diversas veces a esos espectáculos, que debía juzgar con el criterio de quien concurre a una pantomima, ya que lo hablado o cantado me resultaba vedado, y cada vez he tocado con la mano un nuevo encanto: tomaba siempre un palco alto, para poder dominar la sala, dividida en pequeños cuadrados donde se sitúan las familias y toman te, comen y fuman, porque la representación comienza a las 11 de la mañana y dura hasta las 6 de la tarde; desde el escenario hasta la parte opuesta de la sala hay dos tablados paralelos, a cierta altura de los espectadores y por allí caminan los actores durante la representación y como parte de la acción de ésta, de modo que se produce la ilusión de que todos — actores y espectadores — entran en juego y les cabe a los unos tanta parte como

a los otros; cuando se trata de un actor favorito arrojan flores sobre el angosto tablado, como homenaje a su arte; la iluminación abarca al escenario y a la sala a la vez, y los techos — sobre todo en las épocas de fiestas florales — están enramados con flores y vistosas guirnaldas, en profusión tal, que parece el teatro entero aderezado con doseles. En las representaciones del teatro de muñecas, éstas, de tamaño natural, vistosamente vestidas y personificando cada una al personaje típico — galán, amada, etc. — tienen detrás de sí a un actor encapuchado de negro, en el cual, por convención tradicional, no se repara, pero es quien hace accionar y mover a la muñeca: el realismo de la representación es tal que las víctimas se cubren de líquido rojo imitando sangre, y la mímica es tan a lo vivo que se experimenta la sensación de que realmente se hieren y matan. La música y el coro están ocultos a un costado, y en el otro se halla un nicho giratorio donde se sienta el lector, quien tiene por delante el texto de la pieza y la recita cambiando la entonación de la voz, dándole todo el colorido dramático posible, mientras que las muñecas se mueven y realizan mímicamente las palabras de aquél; cada tantos minutos el nicho gira y aparece sentado otro lector, que sigue la recitación donde la deja el anterior, lo que se hace para que se turnen y no se fatigue la voz ni se aminore el efecto de la declamación. En los teatros de actores vivos, las piezas son igualmente de un gran realismo, y, me decía el guía, no hay propiamente texto porque el actor principal las modifica a veces, si bien con templanza y moderación, durante la representación misma, imaginando diálogos y escenas en que los demás actores deben hacer con perfección el papel que les cupiere, lo que da al drama un aire de vida verdadera, que no se encuentra en el teatro europeo, donde los actores repiten simplemente el texto del autor. He asistido, tanto en Osaka como en Kyoto, a dramas y comedias que, aun no entendiendo el idioma, me producían una impresión enorme, pues los actores hacían muy al vivo su figura y resultaba ilusión representativa de la verdad, ostentando aquellos trajes riquísimos, de brocado de oro y telas preciosas. Durante las escenas es frecuente ver a los ayudantes, vestidos de pies a cabeza con capuchones negros, — para advertir al público que los considere como invisibles — entrar y ayudar a los actores a modificar su indumentaria, con una rapidez tal que el desarrollo de la acción no sufre con tan ingenua intromisión. Llamóme la atención que, en todas las piezas

vistas en los teatros de Osaka, Kyoto y Tokyo, el desenlace fuera siempre trágico y se retira el espectador bajo la impresión de la desgracia final, mientras que en China sucede lo contrario, triunfa siempre la virtud y el público lleva la sensación de que el vicio es castigado; pero casi todas las piezas japonesas vistas eran dramas heroicos, de carácter histórico, en las cuales se ensalzaba a la lealtad. En realidad, debo decir que los actores japoneses se descubren y se echan más de ver como maestros consumados en su arte, sobre todo en lo que tiene colorido trágico; su sola mímica me causaba escalofríos.

Durante el mes de los cerezos, los templos — maravillas de arte por sus altares de laca de innúmeras capas, por sus biombos de pinturas hermosísimas, y por los mil otros detalles que los convierten en verdaderos museos — son teatro, en los parques que los rodean, de fiestas populares y de bailes típicos, que traen consigo un efecto extraordinario. El culto japonés por las flores está íntimamente arraigado en el alma popular: cada mes tiene un nombre de flor, y los templos acostumbran arreglar sus parques de tal modo que sucesivamente vayan floreciendo a la vez por secciones, y cada vez que reviven los árboles y ríen los prados se celebra una fiesta popular, que congrega a la población al rededor de los altares budhistas o shintoístas, con bailes alegóricos e instalando profusamente locales volantes de te para solaz de la concurrencia: todo entonces se enriquece y toma vida, pues cuando los árboles están en flor todas son esperanzas, hierve la sangre en las venas y la tierra se viste de hermosura. Me tocó asistir primero a las festividades de la sakura, la flor rosada del cerezo, y alcancé todavía la de la fuji, la vistosa wistaria: las fiestas populares que con tal motivo se dan en los parques, y los bailes, en los teatros, son admirables; recuerdo un paseo, en ricksha, por la avenida este del Sumidagawa, en Tokio, con su doble hilera de cerezos en flor, y realmente era imposible pedir un espectáculo más hermoso en parte alguna del mundo; y, en Kyoto, presencié el baile Miyako Odori, que supera al más suntuoso ballet de los teatros europeos, no sólo por la profusión de bailarinas, sus adornos, sus transformaciones en figuras diferentes, sino que ejercitaban el baile con decencia, si bien meneaban los pies como si fueran de pluma; pero, además, presentaba todo ello una armonía y un conjunto tal de arte supremo, conservando la única tonalidad de la flor del mes, que daba mayor realce a

la decoración de la sala, en sus costados, en el techo, en guirnaldas colgantes, y todo, dentro de igual tonalidad, producía una ilusión insuperable.

Los templos japoneses, tanto los elaborados y suntuosos del rito budhista como los más sencillos, pero quizá por eso mismo más imponentes, del rito shintoísta, incitan a grande admiración y causan maravilla. Los shintoístas no tienen, fuera de la estatua de la diosa Amaterasu, sino el espejo simbólico de metal y la caja misteriosa donde se encuentra encerrado el espíritu de la deidad: no hay culto ritual ni sacerdocio propiamente dicho, pues el shintoísmo es la religión más pura e ideal posible, sin preceptos éticos ni doctrinarios, sin dogmas, pero basada en la deificación de los héroes y de los grandes hombres, como en el respeto de las fuerzas ocultas de la naturaleza; he asistido a ceremonias impresionantes en templos shintoístas y sólo he visto a los dignatarios, vestidos de amarillo, repartir ramas del árbol sagrado del sakaki, pero la muchedumbre de fieles revelaba una alegría singular, a pesar de tratarse de una conmemoración funeraria: rasgo este típico, porque el japonés mira a la muerte con ojos simpáticos, desde que cree en la vida eterna, y no le causa dolor los que se van sino que envidia, por el contrario, la bienaventuranza de que gozan. Mientras tanto, en los templos budhistas también he podido asistir a una ceremonia religiosa y me ha llamado la atención la pompa del culto, las vestimentas de sus sacerdotes, su ritual sagrado, porque tenía analogías sorprendentes con las funciones solemnes de las iglesias católicas, en que actúan obispos y numerosos sacerdotes: hasta en la liturgia y en los cantos me hacía el efecto de oír algo como un eco lejano de algún *tedcum* oficial. Pero así como en China los templos aparecen como abandonados, cubiertos de polvo y con no pocas de sus imágenes en pésimo estado de conservación, en el Japón todos son resplandecientes, brillan con lujo extraordinario y son objeto de un cuidado minucioso: no estriba, pues, el peso de esta razón en la esencia del culto sino en el temperamento de los pueblos. Y el temperamento japonés es eminentemente artístico, sano, verdadero: desde su indumentaria, en que todo se armoniza para producir la impresión de la belleza, hasta sus fiestas, sus costumbres, su idiosincrasia misma, todo vence nuestra admiración y entendimiento, y está allí subordinado al criterio del arte, que busca hermosear la vida, llenarla de alegría, satisfacer

las emociones más elevadas como los gustos más complicados, y apartar de la existencia todo lo que es fealdad.

Hasta en los detalles más nimios el arte es sugestivo. Así, he asistido en el renombrado Maple Club de Tokyo a la ceremonia del te, en una comida a que fuera invitado por un distinguido médico japonés, que había congregado a las geishas más celebradas de aquella capital: no podré olvidar con qué infinita gracia se procedió por una de éstas al ritual complicado de aquella ceremonia, desde encender el fuego en minúsculo brasero, quemar allí el incienso, preparar el finísimo y aromático polvo verde a que reducen las hojas de te, mezclarlo con agua hirviendo y revolverlo con el pequeño *cha-sen* de bambú, para servirlo en taza de una pequeñez ideal, y de la cual sólo debía uno sorber tres tragos, para pasarla a los demás asistentes; mi amigo japonés, hombre ya de edad, me instruía en los detalles de la ceremonia, y, después de ésta, al son del samisen las geishas bailaron como sólo se sabe bailar en el Japón; por último vino la comida, traída en preciosas cajitas de laca y, por todo cubierto, los dos palillos de marfil para llevar a la boca los trozos de pescado, de legumbres, de arroz, por fin. Reducen, pues, todo al mayor grado de perfección y parecen tener todas las virtudes y excelencias, sin faltarles una... Una noche, en Kyoto, el guía — arqueólogo y conocedor profundo de las costumbres de su país, y quien me acompañó constantemente desde mi desembarque en Shimonoseki hasta mi embarque en Yokohama, de modo que recordaré siempre las atenciones del excelente J. Memezawa — se empeñó en llevarme al típico barrio Yoshiwara, con motivo de una fiesta que allí se celebraba y que cada día va teniendo más séquito y autoridad; llegamos, entrada ya la noche, cuando la iluminación resplandeciente ponía delante de los ojos, en las amplias calles, a una multitud locuaz, alegre, vestida con esos vivos colores a que tanto se encariñan los japoneses; la procesión se iba acercando poco a poco y entraba en su composición una enorme cantidad de mujeres jóvenes y de niños entremezclados, llevando cada una de aquéllas un gran paraguas abierto, que agitaban revolviéndolo de modo que los colores se juntaban y confundían de un modo curiosísimo, produciendo un efecto singular: mi guía me explicó el curioso simbolismo de aquello, diciendo significaba que es la mujer veleta que a cualquier viento se mueve; a los costados, en las aceras, había dos filas de japonesas

arrellanadas en sillas que parecían querer poseer para siempre, pero una más abajo que la otra, combinando admirablemente los matices de sus *kimonos* y sobre todo los de su amplio *obi*, con ese maravilloso efecto con que se pega el azogue al oro y le busca, y teniendo como techo especial, a todas vistas hermosísimo, una fila de farolillos japoneses encendidos y unidos con guirnaldas de la flor rosada de cerezo: en una de las filas, cada musmé tenía un samisén y tocaba en él, cantando en coro las de la otra fila... En una palabra, aquel espectáculo, mirado con atención y reverencia por un gentío enorme, pero en el cual centelleaba la alegría amable, sin un grito destemplado, sin un gesto que a nadie incomodara, sin que se viera un solo vigilante para guardar el orden, formaba un conjunto tan curioso, tan teatralmente hermoso, que llevaba los ojos de todos tras su resplandor... Otra vez fuimos en Tokyo a presenciar el torneo anual de luchadores, en un circo que contiene varios millares de espectadores y allí... Pero ¿a qué seguir? Imposible sería poner término al tropel confuso de recuerdos, aun cuando deliberadamente prescindiera de museos, institutos, templos, palacios y parques: necesitaría más de una conferencia sólo para especificar y nombrar por sus nombres cuanto la memoria atesora sobre la vida japonesa, pues no dejé cosa por intentar conocer, desde bailes y comidas, hasta reuniones en casas particulares cuyos jardines deliciosos, con sus árboles enanos y paisajes que parecen colosales en un pequeñísimo espacio, dejan al viajero sin saber qué admirar más, pues el interior de las casas es un encanto por las artísticas decoraciones florales, para lo cual la japonesa parece tener dedos de hada y poner el adorno y distinción por su antojo. Hasta se olvida la incomodidad de tener que sacarse los botines en la puerta de la calle y penetrar en una casa donde se halla una alegre y elegante reunión, llevando simplemente medias, lo que da a la indumentaria occidental un ligerísimo y poco agradable tinte de ridículo; pero los repetidos y elaborados saludos, casi hasta el suelo, hasta conducirlo a sentarse en los *zabuton* o almohadones, en los cuales hay forzosamente que cruzar las piernas, y brindarle después aquellas minúsculas y repetidas tazas del caliente y traicionero saké, lo tranquilizan a uno por completo, mientras se nos ponen delante las geishas y bailan al son del poético *samisén* o, corriéndose una sobre otra las paredes de papel que dividen las piezas, se descubre a las visitas la cantadora

aplaudida, y del fondo de todo resaltaba una fiesta musical encantadora... Decíame discreta y bien intencionadamente en Tokyo un caballero japonés, — educado en Alemania y a quien fuera presentado en el Seiyoken Hotel, invitándome después a su casa — que la mujer japonesa, de la cual hace mucha cuenta el turista sólo por su aspecto pintoresco, es en mucho superior a la occidental como dueña de casa y compañera del marido, pues posee a la perfección el arte de agradar, se desvela en darle contento a aquél, tanto que anda uno al sabor del paladar del otro, y concentra todos sus esfuerzos en hacer que sólo se note la faz placentera de la vida, pues consigo trae dulzura y suavidad, observando estrictamente el código femenino del Onna Daigaku, que ha logrado hacer de ella el ser más feliz y más capaz de hacer feliz al hombre, tan vive a su voluntad; hízome de su señora, la *oka-sama*, “la honorable dueña de casa” — el idioma nacional parece ser de una cortesía de la que no tenemos idea los occidentales — el elogio más caluroso, tanto más que la cotejaba con las europeas, a las que pudo conocer y tratar durante su permanencia en el viejo mundo: en su opinión, éstas apenas merecen el nombre de sombras comparadas con aquélla...

Pero noto que de nuevo peco de largo al dejar correr el recuerdo, y debo poner punto final: son tantos y tantos los incidentes que se agolpan a la memoria, que no cabría detenerme en ellos si alguna vez ha de terminar esta ya interminable conferencia.

Trataré de ser ahora brevísimo. En Yokohama tomé el vapor *China* para ir a las islas Hawaii y conocer a Honolulu. Antes de llegar a ésta y al atravesar el paralelo de los 180 grados, experimenté la singularísima sensación de vivir dos veces el mismo día, pues allí se corrige, por consenso universal, la diferencia de hora que se produce al dirigirse de O. a E.: si así no sucediera el calendario se perturbaría porque, al volver al punto de partida, no coincidirían las fechas de los días; por eso en aquel punto — la intersección de los 180 grados de longitud, con los 30 grados de latitud — se repite el día...

Los norteamericanos, que han anexado el archipiélago de Hawaii, están convirtiendo a la ciudad de Honolulu en un verdadero paraíso terrenal, pues el clima y la belleza de la ubicación se prestan admirablemente para ello: desde el mar aparece como un anfiteatro ideal de jardines, en medio de una vegetación lujuriosa.

Su museo Bernice-Pouali-Bishop contiene íntegra toda la cultura kanaka; su espléndido Aquarium es quizá el más completo del mundo; pero es la ciudad misma, con sus jardines deliciosos, lo que seduce y fascina, con una población indígena encantadora, y con las fiestas, paseos y saraos, que los que allí van a invernar a diario organizan. Recuerdo aun la manera, realmente emocionante, como despiden a los viajeros, pues es como arrancárseles el alma y partírseles el corazón: los amigos, y una gran concurrencia de espectadores, llenan el muelle a que atraea el vapor, llevando todos guirnaldas de flores olorosas; cada cual echa los brazos al conocido que se va, colocándole en el cuello una guirnalda, lo que envuelve al turista en un manto de flores, que la costumbre local veda sacarse mientras los que quedan le siguen con los ojos hasta perderle de vista; la música toca piezas alegres con gallardísimos pasajes de voz y garganta, y se oye por todos lados el grito cariñoso del *aloha*, que es como enviar mil saludos y dar con los labios la paz... También en el Japón había sido despedido por amigos con el dulce *sayonara*, que en algo recuerda a las *saudades* de nuestros vecinos brasileros; pero el *aloha* hawaiano encierra un concepto más amplio, abarcando no sólo la idea de "hasta la vista y sin adiós", sino el voto íntimo por la felicidad del que se ausenta y la súplica encarecida de no olvidar a quien de modo tal le hace salva real!

Y también debo así despedirme de mis oyentes; y terminar, porque días después llegaba a San Francisco, y emprendí mi larga jira por el Canadá y Estados Unidos, para regresar a Buenos Aires desde Nueva York, después de haber recorrido 36.440 millas en mi vuelta al rededor del mundo, parando en 50 hoteles y tomando 21 vapores... Sólo me resta pedir ahora disculpa al auditorio amable que me ha prestado una atención no merecida, y deplorar únicamente que, siquiera para que se me tome la excusa en cuenta, por más que haya querido sintetizar o recordar sólo la faz pintoresca del viaje, — aun a riesgo de dejar en el tintero lo más interesante — no me fuera posible ser más breve. Mil gracias, pues, señoras y señores.

ERNESTO QUESADA.

LA MANCHA HIPTÁLMICA

— ¿Qué tiene esa pared?

Levanté también la vista y miré. No había nada. La pared lisa, blanca y fría, estaba sólo oscurecida hacia el techo, efecto de la sombra.

Otro alzó a su vez los ojos y los mantuvo un momento inmóviles y bien abiertos, como cuando se desea expresar algo sin acertar con lo que precisamente se quiere decir.

— P... Pared? — formuló al rato.

Eso sí; torpeza y sonambulismo de las ideas, eso sí, evidentemente.

— No es nada — les dije — es la mancha hiptálmica.

— ¿Mancha?...

— ...hiptálmica. La mancha hiptálmica. Este es mi dormitorio. El dolor de cabeza, sin embargo... Mi mujer... Bueno; estábamos casados desde hacía siete meses, y anteayer murió. ¿No es eso?... Es la mancha hiptálmica.

Una noche mi mujer se despertó sobresaltada.

— ¿Qué tienes? — le pregunté inquieto.

— ¿Qué sueño más raro! — me respondió, angustiada aún.

— ¿Qué era?

— No sé, tampoco... Sé que era un drama; un asunto de drama... una cosa oscura y honda... ¡Qué lástima!

— Trata de acordarte, por Dios! — la insté, vivamente interesado. Ustedes me conocen, creo, como hombre de teatro...

Mi mujer hizo un esfuerzo.

— No puedo... no me acuerdo más que del título: La mancha tele... hita... hiptálmica! Y la cara atada con un pañuelo blanco.

— ¿Qué?...

— Un pañuelo blanco en la cara... La mancha hiptálmica.

— ¡Raro! — murmuré, sin pensar un segundo más en descifrar aquello.

Pero diez días después mi mujer salió una mañana del dormitorio con la cara atada. Apenas la vi, recordé bruscamente, conociendo en sus ojos que ella también se había acordado. Ambos soltamos la carcajada.

— Sí... sí! — se reía. — En cuanto me lo puse, me acordé...

— ¿Un diente?

— No sé; creo que sí...

Durante el día bromeamos aún con aquello, y de noche, mientras mi mujer se desnudaba, le dije de pronto desde el comedor:

— A que no...

— Sí, la mancha hiptálmica! — me contestó riéndose. Me eché a reír a mi vez, y durante quince días vivimos en plena locura de amor.

Después de ese lapso de aturdimiento sobrevino un período de morosa inquietud, un sordo y mutuo asecho de disgusto que no llegaba, ahogado al fin en explosiones de radiante y furioso amor.

Una tarde, tres o cuatro horas después de almorzar, mi mujer, no encontrándome, entró en su cuarto y quedó sorprendida de hallar todo oscuro. Me vió en la cama, extendido.

— ¡Federico! — gritó corriendo a mí.

No contesté una palabra, ni me moví. ¡Y era ella, mi mujer, entienden ustedes?

— ¡Federico! — repitió. — ¿Qué tienes?

— ¡Déjame! — me desasí con rabia, volviéndome al otro lado.

Durante un rato no oía nada. Después, sí, los sollozos de mi mujer bajo el pañuelo hundido hasta la mitad en la boca.

Esa noche cenamos en silencio. No nos dijimos una palabra, hasta que a las diez me encontró en cuclillas delante del ropero, doblando con extremo cuidado, y pliegue por pliegue, un pañuelo blanco.

— ¡Pero desgraciado! — exclamó desesperada, alzándome la cabeza. — ¡Qué haces!

¡Era ella, mi mujer! Le devolví el abrazo, en plena e íntima boca.

— ¿Qué hacía? — le respondí. — Buscaba una explicación justa a lo que nos está pasando.

— Federico... amor mío... — murmuró.

Y la ola de locura nos envolvió de nuevo.

Ya dentro del dormitorio, aquí, ví que se desnudaba. Desde el comedor le grité:

— ¿A que no?...

— ¡Hiptálmica. hiptálmica! — respondió riendo y apresurándose.

.....
Cuando entré me sorprendió el silencio considerable de la pieza. Me acerqué sin hacer ruido y miré. Mi mujer estaba acostada, el rostro completamente blanco e hinchado. Tenía atada la cara con un pañuelo blanco.

Corrí suavemente la colcha sobre la sábana, me acosté en el borde de la cama, allí, y crucé las manos debajo de la cabeza.

No había en el cuarto ni crujido de ropa ni trepidación lejana. Nada. La llama de la vela ascendía como asfixiada por el inmenso silencio.

Pasaron horas y horas. Las paredes, blancas y frías, se oscurecían progresivamente hacia el techo... ¿Qué es eso? No sé...

Y alcé de nuevo los ojos. Los otros hicieron lo mismo, pero al bajarlos los detuvieron fijamente en mí.

— ¿Usted nunca ha estado en el manicomio? — me dijo uno al rato.

— No, que yo sepa... — le respondí.

— ¿Y en presidio?

— Tampoco, hasta ahora...

— Pues tenga cuidado, porque va a concluir en uno u otro.

— Es posible... perfectamente posible... — repuse, procurando dominar mi confusión de ideas.

Salieron.

Estoy seguro de que han ido a denunciarme, y acabo de tenderme en el diván. Como el dolor de cabeza continúa, me he atado la cara con un pañuelo blanco.

HORACIO QUIROGA.



Eduardo Talero

SOL CAMPESTRE

El sol es muy distinto, según se le contemple
Con humedad de lágrimas o con brillos de temple ;
El no tiene conceptos de moral ni de ciencia
Y lo mismo perfuma la flor y la conciencia.

Para el sol es la vida la razón soberana
De existir, y lo mismo colora la manzana
Que el racimo y el labio y la nube teñida
Con el áureo reflejo de su hornaza encendida.

Los clásicos le pintan sobre caballos blancos
Hiriéndoles con flechas mortíferas los flancos ;
;No saben! No conocen que hasta del pobre burro
Endulza la existencia su aurisno susurro.

No es el raptor de diosas etéreas y livianas,
Sino el humilde obrero de las vidas lozanas,
Es el que pone al gallo en la cresta frutillas
Y dora de las mozas las duras pantorrillas.

Es el amable viejo de los agricultores
Que no lo han infamado con místicos errores ;
Para ellos no es el Júpiter tonante, ni el tirano
Que usa a nuestro planeta como circo romano.

Buen jardinero justo, a la brizna y la viga
Les da el mismo cuidado que a la flor y la hormiga,
Y su colmena de oro la misma canción usa
Para invisible insecto o para ilustre musa.

Es el íntimo amigo cuya vista de lampo
Filtra por las rendijas de la casa de campo,
Que enciende la mirada de perros y corceles
Y luego cabrillea festivo en los manteles.

Los labradores dicen que al dormir sobre el heno
Perciben el aroma de ese patriarca bueno,
Y que al hundir la horquilla en las doradas parvas
Le peinan y acarician las rubicundas barbas.

Todo lo transfigura su rayo de alegrías:
De los insectos hace fugaces pedrerías,
En diamantes convierte las hojas de las hachas
Y en red de oro los rizos de las rubias muchachas.

El sol de las campiñas es un buen compañero
Que al despuntar el alba despierta al gallinero,
Que en la espumosa leche riega sus iris finos
Y vuelca en sus cristales las perlas de sus trinos.

Con cepillo de plata limpia los naturales
Rasos de los ganados que llenan los corrales,
Y hecho llovizna de oro da grano a las gallinas
Y les hincha las crestas con ansias purpurinas.

El hilo de su plata con que la vida enhebra
Titila en las miradas del hombre y la culebra
Y es el mismo que ondula en el agua y el aire
Y es ritmo en las canciones y en la mujer donaire.

El vapor de los surcos y del robusto pecho
Sube al sol en un vaho inconsútil deshecho.
Para tornarse en esos celajes con fragancia
A rosal escondido y a mejillas de infancia.

No hay metal donde el juego de su luz no desate,
Ni charco en que los cielos azules no retrate,
Y hasta las bocas besa chispeando en las bombillas
De los mates que apuran los peones en cuclillas.

Para él la tierra vibra y se da el enbeleso
De pedirle en el cáliz de cada flor un beso,
O de hacer que en cada árbol un abrazo le suba
Y cada ansia destile su humedad en la uva.

Por él hierven los mostos y estallan las botellas,
Por él gimen sin causa las pálidas doncellas,
Por él son ignorantes en el amor los sabios,
Por él se muerde el joven la grana de los labios.

Cuando lento tras lomas azuladas se pierde,
Dibuja sobre el fondo de la pradera verde
Siluetas de labriegos cuyas blancas camisas
Agigantan los bustos henchidos por las brisas.

Se oculta en sus alcobas: la noche y la penumbra,
Cuando al hondo misterio de la semilla alumbrá;
Y así plasma y cincela la pujanza del toro
Como pinta ramajes y pájaros de oro.

En noches de intemperie y de desolaciones,
Cuando las almas tiemblan y crujen los tizones,
Despierta entre los troncos donde moraba ciego,
Y al despertar respira ramilletes de fuego.

Entonces al viajero nostálgico le invita
A ver en cada brasa una boca bendita,
Y a mirar en los rizos undosos de la llama
La suelta cabellera de la distante dama.

Para toda existencia ya cargada de angustias
Por las trémulas sombras de las ciudades mustias
No hay como el sol que torna las ásperas herrumbres
En los bruñidos bronce de solitarias cumbres.

Hasta para arroparnos con nieblas vaporosas
El sol nos las perfuma con sus lejanas rosas,
Diciéndonos que todo, hasta las horas grises
Son humo de su fuego, vapor de sus matices.

EDUARDO TALERO.

LA MORAL DE TOLSTOI

A nadie volvais mal por mal.

Capítulo XII, 17.—*San Pablo a los romanos.*

El odio aumenta por el odio recíproco, y puede ser extirpado por el amor.

(*Proposición XLII. Ética.*)

El que en todos sus actos se somete al dictamen de la Razón, se esfuerza cuanto le es posible en recompensar por el Amor o la generosidad el odio, la cólera, el menosprecio que los demás tengan para él.

SPINOZA. (*Proposición XLVI. Ética.*)

El hombre generoso que perdona a su enemigo y que devuelve bien por mal es el ser sublime.

SCHOPENHAUER. (*Fundamento de la moral.*)

Toltoi demuestra en su notable obra: “La salvación está en vosotros”, que no es él el único que profesa la no resistencia al mal.

Sir William Harrison, el célebre defensor de la libertad de los negros en los Estados Unidos, formó en el año 1838 una sociedad de paz mundial y en la declaración de sus principios, aceptada por todos los miembros, se pronunció de la siguiente manera: “La historia de la humanidad está llena de pruebas, de que la violencia física no contribuye a la elevación moral, y de que las malas inclinaciones del hombre sólo pueden ser corregidas por el amor; que no se ha de contar con la fuerza del propio brazo para defenderse contra el mal, que la verdadera fuerza consiste en la bondad, la paciencia y la caridad, que solamente los pacíficos heredarán la tierra, y que los que a hierro matan, a hierro mueren”.

Otro norteamericano, Ballou, dice: “La verdadera no resistencia es la única resistencia al mal. Si todos los hombres se abstu-

vieran de resistir al mal con el mal la dicha reinaría sobre la tierra.”

Mucho antes que Tolstoï, Harrison y Ballou, ya habían patrocinado la idea de la no resistencia al mal dos colosos del pensamiento humano: Spinoza y Schopenhauer.

Tarea larga y difícil sería remontarnos hasta el origen de esta idea y descubrir quién fué su autor, porque muchos siglos antes de J. C. ya había sido profesada por Moisés y los profetas de Israel, y en su germen ya ha sido expresada por los Indos en los tiempos más remotos de la historia humana.

No obstante ser esta idea tan antigua, los sedimentos del odio recíproco formados por la constante lucha del hombre contra el hombre, de pueblos contra pueblos, de razas contra razas, llegan a un espesor tan enorme, que cada vez que se predica la idea de amor, nos parece extraña y nueva y es necesario que sea expresada por un Tolstoï o un Spinoza para que le prestemos atención.

Veamos cómo entiende Tolstoï la idea de la no resistencia:

Según él, la no resistencia no es una idea abstracta, ni sólo un mandamiento divino, sino también una regla práctica de conducta. Nos parece que el análisis de esta moral práctica ha de ser de un interés indudable.

La gran mayoría de los hombres piensa de una manera distinta a las ideas tolstoianas: “a la violencia hay que responder con la violencia; si se hace fuerza contra mi personalidad debo oponer mi fuerza propia; si es a mi clase, contestaré con la fuerza común de mi clase, si a mi pueblo, o nación, — con la fuerza del pueblo, o de la nación”.

La historia de la humanidad entera está llena de esa lucha eterna entre hombres, grupos, clases, pueblos y naciones.

¿Cómo comprender entonces las palabras de Harrison, Ballou, Tolstoï, Spinoza y Schopenhauer, que la no resistencia conserva, mientras que la resistencia destruye, y que la única y verdadera resistencia al mal es no responder por el mal?

*

“No contestar al mal por el mal” es la consecuencia lógica del principio: “contestar al mal con el bien”.

En nuestros actos somos guiados, voluntaria o involuntariamente, por un fin doble, el bien personal o el bien ajeno — el bien social.

Cuando el bien personal y social no estén en contradicción, cuando exista una armonía completa entre la persona y la sociedad, entonces no habrá lugar para problemas morales, los cuales son una parte integrante de nuestra época actual de injusticias y desigualdades.

El precepto: contestar al mal con el bien, se puede completar de la siguiente manera:

“Contesta al mal con el bien, porque es útil, no contestes al mal con el mal, porque es dañoso”.

Tolstoï tiene un admirable cuento, “Historia verdadera”, que puede servirnos como demostración de esta idea:

Ansenoff, joven comerciante, que viajaba a Nischni-Novgorod encontró en el camino a otro compañero y los dos pernoctaron en una posada. Durante la noche el compañero de Ansenoff fué asesinado. A la mañana siguiente, cuando se descubrió el crimen apareció el cuchillo sangriento en la valija de Ansenoff.

Este juró ser inocente, pero la prueba no dejaba lugar a dudas, le juzgaron y fué condenado al castigo de “knut” y trabajos forzados.

Después de pasar 26 años en la *catorga* ⁽¹⁾, Ansenoff reconoce en uno de sus compañeros al culpable de su desgracia, el que, después de cometer el crimen, escondió el cuchillo homicida entre su equipaje y continuando su carrera de crímenes, había sido al final sentenciado por otro asesinato.

El criminal prepara la fuga del presidio, y Ansenoff lo sabe. El primer impulso en él es el de vengarse delatando a su enemigo mortal, pero después de una lucha muy complicada en el alma de Ansenoff, genialmente descrita por Tolstoï, los sentimientos de venganza son vencidos.

Esta no resistencia al mal por el mal produce tan gran efecto sobre el asesino que él mismo se entrega y confiesa su doble delito: cómo había asesinado al comerciante y cómo había hecho que Ansenoff apareciese culpable.

Acude a mi memoria otro cuento de Tolstoï:

El verdugo ahorca al mismo tiempo a un revolucionario y un campesino. En los últimos momentos de su vida el revolucionario injuria al verdugo y éste le contesta con una bofetada; el campesino antes de morir tan sólo pronuncia estas sencillas palabras:

(1) Trabajos forzados.

“no te da vergüenza, hermano mío!”, cuyo sentido produce en el verdugo tan profunda impresión que le obliga a pensar y sufrir, los dos atributos que caracterizan al hombre.

La bondad y la grandeza de Cristo ante la muerte ejercen sobre el alma de Judas tal influencia, que el traidor, el más perverso de los hombres, no puede soportarlos y se ahorca.

De sumo interés nos parece también un episodio de la célebre novela de Tolstói, “Ana Karenine”.

Ana, la mujer de Sergius Karenine, amaba al conde Wronsky que la correspondía, lo cual no era un secreto para el marido, quien según las costumbres de aquella época debía desafiar a Wronsky. Sólo con sangre se puede vengar la injuria que un amante hace al marido. Así pensaron todos alrededor de Wronsky, así pensó él mismo, que por su carácter de oficial del ejército tanto más creyó el lance inevitable; pero como éste no se producía, todos se sorprendieron de la pasividad de Karenine y buscaban la causa en lo que ellos llamaban su cobardía.

Ana se enferma tan gravemente que todos desesperan de su salvación.

Wronsky, loco de dolor corre a su lado, olvidándose por completo de la opinión del mundo, de Karenine, de sí mismo; en la habitación de Ana se encuentra con Karenine, — su marido, y éste último en lugar de aprovechar la ocasión para vengarse de Wronsky, no permitiéndole quedar cerca de Ana, le consuela al verle completamente desesperado.

Ana sanó, pero Wronsky no puede orgánicamente soportar la no resistencia al mal de Karenine e intenta suicidarse, disparándose un tiro.

Un ejemplo notable de la no resistencia que encierra un interés profundo y una rara belleza, encontramos en el “¿Quo Vadis?” de Sienkiewitsch. Hay en esa admirable novela un fiel retrato de Judas: Chilón Chilonides.

Calumniador y traidor, hombre bajo y vil, que por dinero vendería a su propio padre, cobarde, feo, con un sello de traidor estereotipado en su frente, viejo, cínico y avaro, Chilón se presenta ante Nerón en el momento en que éste después de haber hecho incendiar a Roma temblaba bajo las acusaciones directas del pueblo, y le insinúa la idea monstruosa de que los incendiarios de Roma son los cristianos.

Esta idea salvadora para Nerón, prometíale además sensacio-

nes nuevas por la persecución de los cristianos, acusados de haber llevado a cabo un crimen del cual él era el autor y creador y Chilón es acogido con suma benevolencia.

Al siguiente día de su crimen, Chilón se hizo rico, poderoso y uno de los favoritos del Emperador.

Roma, caída en desgracia, desesperada, revoltosa, hambrienta, llena del sentimiento de venganza, se presta crédula a las calumnias de Nerón y con enorme placer satisface sus bajos instintos en los espectáculos de los circos, donde millares de cristianos, hombres, mujeres y niños son crucificados y devorados por animales feroces, son asesinados por gladiadores, son quemados vivos, y el pueblo romano aplaude esos crímenes como si sintiera alivio a sus dolores y a su miseria ante los dolores más grandes, inhumanos casi, de los mártires cristianos.

Chilón es testigo ocular de la obra de sus manos, y permanece siempre al lado de su amo triunfante, Nerón. En una fiesta brillante que organiza Nerón, aparece ante los espectadores un cuadro que supera todas las crueldades anteriores — antorchas de hombres y mujeres vivos, que agonizan en las llamas.

En uno de estos desgraciados Chilón reconoce a un cristiano, Glauco, a quien ha hecho mucho daño y quien le perdonó en circunstancias en que habría podido vengarse de él.

Tan pronto como le vió cayó Chilón aterrado, retorciéndose, y exhaló un grito, que más que un grito humano parecía horrendo graznido.

— ¡ Glauco ! ; Glauco ! — exclamó.

Era, en efecto, el anciano médico. Le miró desde lo alto del poste que ardía.

El sin ventura, tenía el rostro contraído por el dolor y estaba inclinado hacia adelante, como si quisiera ver por última vez a su verdugo, al hombre que le hiciera tan negra traición, al que le robara esposa e hijos, al que le entregara en manos de sus asesinos; al que después de perdonado en nombre de Cristo, todavía olvidó el perdón y tornó a entregarle a sus enemigos. Nadie había inferido a otro hombre agravios más terribles y sangrientos. ; Y ahora, cuando la víctima que perdonó al verdugo se abrasaba en aquel poste embreado, el verdugo venía a colocarse a sus pies!

Glauco no apartaba los ojos de Chilón; éste quiso huir, pero no pudo. Le parecía que una mano misteriosa le detenía, que en su interior estallaba algo, que sobre él pesaba una montaña de

plomo, que se acercaba el fin de su vida y que se borraban de su vista el César, la Corte, la multitud; sólo veía ya en torno el vacío tenebroso, en cuyo negro fondo continuaban brillando los ojos del mártir, que le emplazaban, mirándole al través del humo y del fuego.

Y Glauco seguía con la vista fija en él.

Los presentes adivinaron que algún misterio había entre aquellos dos hombres, pero no se rieron, porque el rostro de Chilón revelaba tan horrible sufrimiento como si aquellas lenguas de fuego devorasen su propio cuerpo.

De repente levantó las manos y exclamó con acento desgarrador:

— ¡ Glauco! En nombre de Cristo, perdóname!

Reinó el silencio, se estremecieron los espectadores de aquella escena y fijaron todos la mirada en el mártir.

Este movió lentamente la cabeza y con voz que parecía un gemido, pronunció las siguientes palabras:

— ¡ Te perdono!

Chilón cayó al suelo, aullando como un perro presa de terror; y hundiendo la frente en el polvo, se cubrió de tierra con ambas manos la cabeza.

Breves instantes transcurrieron.

Chilón se puso de pie. Tan transfigurado se alzó del suelo, que los augustanos creyeron que era otro hombre. Sus ojos despedían extraño fulgor y su rugosa frente parecía iluminada por la aureola de la inspiración o del éxtasis. El acobardado griego de pocos momentos antes estaba transformado; parecía un sacerdote que inspirado por un numen se dispusiera a revelar una verdad arcana.

Sereno e imponente, Chilón se volvió hacia la multitud, extendió su diestra y con voz vibrante que la oyeron no solamente los augustanos, sino la muchedumbre de espectadores, exclamó:

— ¡ Pueblo romano! Te juro por mi muerte, que las víctimas que aquí perecen son inocentes! ; He ahí el incendiario! — Y con el dedo indicó a Nerón.

La idea de la no resistencia al mal por el mal la encontramos también en Goethe.

En *Goetz von Berlichingen* la hermana del héroe dice: “Los actos de mi hermano son nobles, sin embargo no quisiera que mis hijos siguiesen su ejemplo. No lo niego: para los perseguidos por

los príncipes él es más que un santo, pues su ayuda es evidente. Pero, ¿no mató él a dos comerciantes para salvar a un desgraciado? ¿Acaso éstos no eran también inocentes? ¿No se aumenta el mal común, cuando se quiere vencer el mal por el mal?"

Sin embargo, debemos mencionar un caso muy interesante y por cierto muy raro, cuando la bondad, como contestación a una injuria puede reaccionar peor que la mayor venganza. Ya en *Ana Karenine* hemos visto que Wronsky intentó suicidarse bajo la influencia del perdón de Sergius Karenine.

Hasta admitimos el caso cuando el hombre que medita bien sus actos, conscientemente responde con el mal por el mal, para no producir una reacción demasiado fuerte en el alma del ofensor.

*

La humildad y la sumisión del ofendido raras veces tendrán un efecto cuando los ofensores son más de uno.

La contestación en este caso con el bien por el mal no tendría las consecuencias morales que hemos mencionado más arriba.

Si Judas hubiera tenido un hermano o un amigo con un alma traidora igual a la suya, difícilmente se habría arrepentido.

Si los ofensores fueren tres, cuatro, un grupo, una clase, la multitud, estarían asegurados contra toda influencia moral externa.

Este hecho no pasó desapercibido para Tolstoï y en su filosofía deja mucho lugar para la determinación no sólo de la relación del hombre con el hombre sino también del hombre con la sociedad, el Estado, con los demás hombres en general, de lo que nos ocuparemos en otra oportunidad.

Pero, nos dirán, el hombre es egoísta, y los móviles de sus actos no son ni el bien, ni la perfección moral de los demás, sino el bien de sí mismo. Aun admitiendo que la no resistencia al mal por el mal pueda tener una cierta influencia psicológica sobre el ofensor, ¿qué bien puede resultar de una ofensa para el ofendido? ¿No serán la sumisión y la no resistencia por lo contrario una decadencia, un rebajamiento del hombre y de su valor, de su amor propio y de su dignidad?

Ya la idea misma parece desde este punto de vista una injuria y estos sentimientos de orgullo y de dignidad personal bien comprensibles, hacen difícil la aceptación, hasta aún la discusión de las ideas de Tolstoï (y del cristianismo en general).

Sin embargo, Tolstoï merece ser oído. Lo sabemos muy bien que él mismo ha sido una personalidad en el amplio sentido de la palabra. No le faltaba ni amor propio, ni dignidad personal de hombre honrado. Como carácter era violento y apasionado.

Su alma no era sencilla, dulce, llena de amor y abnegación como la de Cristo, sino llena de pasiones, de aptitudes buenas y malas a la vez, de una multitud de contradicciones, por lo que Tolstoï se nos presenta nervioso, múltiple, insatisfecho de sí mismo, de su vida de familia, de su gloria, de su destino de vivir una sola vida.

Tolstoï era hijo de su siglo y adaptarse a la moral cristiana no era para él un acto sencillo, fácil, sino una lucha continua muy complicada y profunda que acaparó íntegro su ser y duró toda su vida.

Pero Tolstoï luchó no sólo consigo mismo; tuvo que soportar las discordias con su mujer, sus hijos, y sus amigos, los cuales le creían desviado de su camino verdadero, viéndole dedicarse a tareas religiosas, sufrió toda clase de persecuciones de la iglesia ortodoxa, que le excomulgó, por fin, del Estado, que le persiguió constantemente.

Tolstoï soportó todo eso por su gran amor a la verdad, pues sus mismos enemigos nunca dudaron de su completa sinceridad.

Y un hombre sincero, que busca la verdad y *razona* buscándola merece toda nuestra atención.

Escuchémoslo, pues:

Conocemos, dice Tolstoï, tres concepciones de la vida. Dos pasaron ya por la humanidad, y atravesamos hoy la tercera con el cristianismo.

He aquí cuales son estas tres concepciones:

- 1.^a Vida personal o animal.
- 2.^a Vida social o pagana.
- 3.^a Vida universal o divina.

Según la primera concepción, la vida del hombre está comprendida en su sola personalidad; el objeto de su vida es la satisfacción de su voluntad. Según la concepción que sigue, la vida del hombre está comprendida, no sólo en su única personalidad, sino en un conjunto y en una gradación de personalidades: la familia, la tribu, la raza, el Estado. El objeto de la vida consiste en la satisfacción de la voluntad de este conjunto de personalidades. Según la concepción tercera, la vida del hombre no está

comprendida ni en su personalidad ni en un conjunto y una gradación de personalidades, sino en el principio de la fuente de la vida: Dios.

Estas tres concepciones de la vida sirven de base a todas las religiones que existen o existieron.

El salvaje no reconoce la vida sino en él, en sus necesidades personales; la dicha de su vida sólo está concentrada en él. La mayor dicha para él está en la satisfacción más completa de sus apetitos. El móvil de su vida es su placer personal. Su religión consiste en hacerse favorable a la divinidad, en prosternarse ante dioses imaginarios que no supone sino con un fin particular.

El pagano social reconoce la vida no en sí solo, sino en un conjunto de individuos: la familia, la tribu, la raza, el Estado, y sacrifica su dicha a este conjunto. La gloria es el móvil de su vida. Su religión consiste en la glorificación de los jefes de grupos: antecesores, jefes de tribus, soberanos, y en la adoración de los dioses que exclusivamente protegen a su familia, a su tribu, a su estado.

El hombre de la concepción divina de la vida reconoce ya la vida, no en su personalidad, o en una asociación de personalidades, sino en la fuente de la vida eterna: Dios, y para cumplir la voluntad de Dios sacrifica su dicha personal, familiar y social. El móvil de su vida es el amor, y su religión es la adoración del principio de todo: Dios.

Toda la vida histórica de la humanidad no es otra cosa que un paso gradual de la concepción de la vida personal animal a la concepción social, y de ésta a la divina. Toda la historia de los pueblos antiguos, que duró millares de años y termina en la historia de Roma, es la historia del reemplazo de la concepción social y nacional. La historia del mundo, desde la época de la Roma imperial y de la aparición del cristianismo, es la historia, que aun hoy atravesamos, del reemplazo de la concepción nacional por la concepción divina.

Esta última concepción (y la doctrina cristiana que de ella se desprende) dirige nuestra vida y sirve de base a toda nuestra acción, tanto práctica como científica.

No conozco en las obras filosóficas de Tolstoï otro lugar en que haya expresado tan bien, tan sumariamente su concepto del Universo. En esta forma definitiva y positiva vemos resumidas y aclaradas las ideas penosas que le dominaron toda su vida.

Tolstoï como Schopenhauer, como cada hombre que piensa algo más que en el día siguiente, buscaba incesantemente la solución a los problemas eternos: “¿Para qué vive el hombre?” “¿Qué es la vida?” “¿Realmente es preciso vivir?” Estas ideas en una época de su vida le llevaron a la desesperación, al deseo de suicidarse.

Tolstoï encontró su salvación en la fe, en la Resurrección de la imagen ideal y pura de Cristo.

Pensamos en otra oportunidad referir cómo se formó en Tolstoï la idea de Dios, tema de mucho interés, pues su Dios no es el Omnipotente, el Juez, el Dios de un pueblo, de una raza, ni tampoco el Redentor divino; su Dios es la bondad, creada y nutrida por su lúgubre Madre — el Dolor.

Si Tolstoï tiene razón y realmente vivimos en la época cristiana, entonces ejercer el bien no es un esfuerzo, o un precepto moral, es el mismo modo de vivir, la única razón del ser y de la existencia humana.

¿Pero tiene algún sentido el concepto de una vida universal de Tolstoï? Contestamos afirmativamente, atribuimos a la idea de Tolstoï un profundo interés filosófico:

Lazos fuertes ligan al hombre con su familia, su clase, su pueblo, con la humanidad. Ya menos evidentes se nos presentan las relaciones del hombre con el Pasado, y nos parece que existe un límite infranqueable entre el hombre y el Porvenir.

Pero debe haber una relación causal entre el hombre y el Pasado infinito y el Porvenir sin límites!

La razón debe admitir esa relación entre el hombre y el Universo, como lo admite para cada ser viviente, para cada cosa, y aun para los átomos mismos.

Con la muerte no se acaba todo. El filósofo quiere ver más allá de la muerte, quiere penetrar en el Infinito y si no llega a conquistar verdades experimentales, satisface con sus bellas imágenes las necesidades más íntimas del alma humana, que son tan naturales y tan lógicas, como las exigencias de la pura razón.

¿Cuál es la relación entre el hombre y el Universo?

“Puede uno imaginarse, dice Tolstoï (*La verdadera vida*) que nuestro cuerpo de hoy, representado como un ser aislado y al que amamos con preferencia a nuestros semejantes, fué en otro tiempo, en una vida anterior e inferior, sólo una reunión de cosas anidadas, es decir, que el amor las había reunido en un solo todo, y él es que se hace sentir en nosotros, en nuestra vida individual de

hoy. Podemos igualmente suponer que nuestro amor, por lo que nos es tangible, nos reunirá en la vida futura en un ser único que estará tan próximo a nosotros como hoy lo está nuestro cuerpo”.

Tolstoï se olvidaba *del odio*, o tal vez lo consideraba como cosa pasajera que desaparece con todo lo que es mortal en el hombre.

Empédocles, 450 años antes de J. C., daba más importancia al odio, le creía eterno y enseñaba: “el universo se compone de pequeñas partículas (átomos), de los cuales unos presentan el amor y otros el odio”.

¿Cuál de los dos tenía razón? En vano buscaremos la verdad!

Sin embargo, nos parece difícil explicar mejor la necesidad de ejercer el bien de lo que lo hizo Tolstoï, pues si nos dijeran que el hombre hace el bien para sí mismo, para su propia conservación, contestaríamos que la vida humana es un grano en el infinito del espacio, y un momento en el infinito del tiempo y no puede tener un valor en sí misma. Si nos dijeran que el hombre ejerce el bien para su clase, su pueblo, la humanidad entera, tendríamos la misma respuesta: ¿Acaso la humanidad es eterna? ¿No nació en el último período de la vida de la tierra cuando esta ya contaba centenares de millones de años? ¿Y acaso no desaparecerá algún día esa humanidad con su dolor y su dicha, con lo que es en ella pequeño y grande, detestable y elevado, feo y bello?

Pero, si nos dicen: el Amor es la Naturaleza misma, Dios, tan eterno como el Universo, y nosotros tenemos la dicha de ejercerlo voluntariamente, encontramos esa contestación, conformes con ella o no, amplia y lógica; y admiramos a esos hombres sublimes como Tolstoï que buscaron la respuesta a los problemas arduos en su propio ser, que experimentaron con su propio dolor.

*

Nos queda todavía por referir un caso cuando el ofendido es la *sociedad*, y el ofensor una o varias personas. ¿Puede acaso la sociedad tolerar el crimen?, o más todavía, ¿es imaginable que la sociedad conteste en este caso con bien al mal?

Un adversario de las ideas tolstoianas (y cristianas en general) indudablemente verá en el problema mismo una demostración más evidente de lo absurdo de esas ideas.

Se trata de un problema muy delicado, por cierto. Veamos como lo discute Tolstoï.

Es en su última novela inmortal, *La Resurrección*, donde Tolstoi en la persona de Nechliindoff estudia el problema y llega a las siguientes conclusiones:

Hay cinco clases de criminales. A la primera pertenecen las víctimas de un error judicial, y forman el 7 %. La segunda clase comprende a aquellos que han cometido delitos en circunstancias excepcionales: en un arrebató de cólera o cegados por los celos. En el tercer grupo se encuentran los sentenciados por desobediencia a la ley. La cuarta clase se compone de todos aquellos que han sido encarcelados por delitos políticos o religiosos y por fin la quinta clase está formada por los que cometen delitos contra la propiedad.

Es interesante saber que el célebre criminalista alemán von Litz encuentra justificada tal división. "Tipos criminales" y "Criminales de nacimiento" los desconoce Tolstoi y critica a Lombroso y a Ferri, a Maudsley y a Tarde, de cuyos escritos, dice, sacó como única consecuencia, un amargo escepticismo.

Este 'tipo criminal' ha sido admirablemente descrito por otros dos grandes escritores rusos, Dostoiewsky y Melschin. Los dos autores, que por delitos políticos fueron durante largos años condenados a trabajos forzados, tuvieron la ocasión de estudiar a los criminales de cerca y ambos llegaron a la conclusión que sólo a uno por ciento se puede calificar como criminales natos.

No entraremos en discusión sobre estas ideas. Sólo diremos: cuando los hombres sean hermanos desaparecerán los errores judiciales, los crímenes políticos y religiosos, los contra la ley y la propiedad; no habrá entonces diferencia de razas, de grupos, de clases; entonces reinará el amor, pero no como religión sino como medio ambiente natural y lógico para el desarrollo de todas las fuerzas intelectuales del hombre: su corazón y su cerebro, su fantasía poética y creadora que les lleva a la adivinación del Universo, y su razón tranquila y serena que descubre mundos nuevos hasta en el mismo átomo; de todas sus aptitudes, de su inteligencia y de su conciencia a la vez.

Y la marcha incesante hacia la luz y la verdad nos atestiguan que estas aspiraciones algún día dejarán de ser sueño y se realizarán en una forma brillante y lúcida.

GLOBOS DE ENSAYO

Formalistas.

Tienen la manía de circunscribirlo todo. Si se trata de un partido político, nos encontramos con una disciplina intolerable. Si de una agrupación cualquiera: hay una carta orgánica y autoridades que le restan vida. Si de una escuela: tenemos reglamentos, horarios y programas definidos, — negación de la cultura que se desea. Si de una revista de letras: los artículos o composiciones tendrán que ser inéditos, su autor debe firmar, estará prohibido reproducir una vieja doctrina en sus términos clásicos, habrá mil y una limitaciones trazadas para más honor y eficacia y conducentes a todo lo contrario.

Esta es una característica del hombre civilizado: desconoce el método de la Naturaleza; procura dictar la forma a que se acomodará la cosa; quiere que el resultado sea causa; que gobierne lo que es subordinado. Así niega la riqueza del mundo; cree que para librarnos de la miseria tenemos que construir con esfuerzo. No ha visto que la creación de todas las cosas es un proceso de deseo, pero no de codicia. Las cosas se forman solas, conforme a las leyes del mundo. Y los caprichos de la mente tienen la utilidad de todos los errores: la ulterior y más clara inteligencia de lo verdadero.

El núcleo de cualquier cosa es una necesidad humana primordial; en redor, y por simple polaridad, se dispondrán las partes y evolucionará el conjunto hasta llegar a su forma natural y necesaria. Pero, en todo producto de la Civilización, cuesta descubrir la raíz, a tal punto está enmarañada y sofocada por cúmulo de artificios. El hombre civilizado con su cultura toda convencional, carece de verdadero entendimiento; jamás podrá salir de su estupidez, sin salir de su civilización.

¡Pobres!

¿Qué decir de los intelectuales que se quejan y maldicen de la falta de ambiente? Su intelecto carece de vida propia; es un mecanismo más o menos curioso o extraordinario, cuando se voltea la manivela, o cuando la lamparilla o el magneto dan la señal de marcha.

Son 'os que imaginan que el pensamiento es un motivo teatral; que el pensador — o el escritor — es una especie de cómico o trágico que debe ocupar un escenario, para interesar de algún modo al público y recibir la justa recompensa. Si el teatro está vacío o si el público es obtuso, ¿qué harán tantos y tan buenos actores en la escena? Muchos tendrán que reñir, otros sobrellevar la rechifla o el vacío, hasta retirarse culpando a que vivimos en un simple mercado y ni siquiera tenemos una buena plaza pública.

Algunos cifran nuevas esperanzas en que “podría hacerse el ambiente” — al fin, ¿qué es lo que hoy no se fabrica? — ¡Dios nos libre!

Digo que no hay país más favorable al desarrollo de la cultura que aquel en que falta preocupación y honor para tal asunto.

El deseo de conocimiento — como el deseo de belleza — es una realidad tan pura, que no puede vivir y crecer mezclada con ninguna especie de vegetación extraña; y lo más extraño a tal deseo es la necesidad de recompensa o la busca de un resultado.

El verdadero escritor o artista no es producto de las invitaciones de sus contemporáneos: tiene su raíz en sí, se basta a sí mismo, *hace* por necesidad, *es* por fatalidad, y tan por fatalidad que no existe castigo humano o natural que pueda anularlo; ni siquiera quitarle un ápice de su fuerza. Si es Martín Fierro, dirá: “lo que al mundo truje yo, del mundo lo he de llevar”.

Las manos son artífices, y el cerebro ha crecido imitando las manufacturas; sus estudios son elaborados, no naturales. Pero nunca faltan los Millet, los Whitman y los Wágner, que ensayan la expresión más directa y más inevitable, rechazando el amaneramiento, las inutilidades y los rellenos.

También los que se quejan de falta de ambiente son inutilidades y rellenos.

Otra literatura.

La novela, el poema épico y el drama — por grande que haya sido y pueda ser su belleza — son, quizá, formas propias de una humanidad infantil; destinadas a ser finalmente absorbidas en el poema lírico-religioso.

También creo en el desarrollo de un género hasta hoy poco definido, que tendría por asunto la experiencia diaria; algo como el *diario íntimo* de algunos escritores, pero no reservado, ni tratado de un punto de vista personal, sino convertido en conversación. Debo aclarar esta palabra: pues no llamo conversación a la antipática *causerie*, ni a un pasatiempo más o menos agradable, más o menos comadrería, o despunte de gustos particulares, sino al deseo de expresar y comunicar lo más digno de ser expresado, sin ir a buscarlo en consideraciones ajenas a lo que en el día le está pasando al escritor. El hecho diario enriquecido por su significado profundo, enriquecido por las luces del recuerdo y de la esperanza, visto y sentido a través de toda la historia humana, sabiendo que en un día cualquiera de cualquier hombre está contenido todo el universo. Una especie de correspondencia epistolar del escritor con el mundo; el escritor publica páginas y el mundo le contesta con hechos, para que los lea y de nuevo responda.

Esta novedad es un poco difícil; los lectores soltarían con indignación o risa de ver un ciudadano que se atrevía a presentarles magnificados los incidentes con la lavandera o las gracias del bebé. ¿Y en qué revista o periódico se podrían publicar tales infelicidades, faltas muchas veces hasta de extensión? ¿Sería una desvergüenza inaudita! ¿En qué abismo de inepticia se hundiría la cultura, si se quisiera reemplazar muchos estudios eruditos, sabiamente contruídos, sin una laguna ni un lunar, honor de las letras y de la patria, con la impudicia de las veinticuatro horas del día? Como chacota, podría admitirse en un periódico chistoso.

Y sin embargo, este género debe llegar; — toda vez que un individuo prefiera decir lo que él piensa, más bien que lo que pensaron otros.

Firma.

Un hombre tiene siempre demasiados motivos de esclavitud. ¿Por qué no me libraría yo de mi firma? Firmando se compromete uno sin necesidad: se ata por la aversión que provoca o, lo que es peor, por el elogio. Lo confunden a uno con sus obras, y más grave todavía, se ve uno arrastrado a un grado más de orgullo necio. La firma, sin lo que hay en ella de pura costumbre o necesidad, es ridícula ofensa para con la humanidad; es como decirle a toda ella: "Esto que aquí ves, no tú, sino yo, lo hice". Por otra parte, un nombre ilustre paraliza y ciega a quienes lo reverencian. En cuanto a mí, no puedo sufrir que vengan a molestarme con ninguna persona u obra asombrosa o siquiera estimable. Si con afectuosidad y cordialidad, o con entrañable amor o entusiasmo se pondera, lo encuentro muy justo y agradable; pero si se alaba en carácter de juez, para distinguir planos de elevación y separación, encuentro ahí una malevolencia detestable, — y un tremendo disparate, pues todo lo que se ha visto y adorado, es por lo mismo inferior y no debe interponerse ante lo que no se ha visto ni se verá nunca.

SWEET HEART.

EL FABRICANTE DE BABUCHAS DE BUJARA

LEYENDA PERSA (1)

Vivía en Bujará el Sheij Mohammed ebn Hassán, y si bien sus versos no eran malos, mejores aún eran sus babuchas, pues habéis de saber que Mohammed era poeta, pero sea que la sabiduría de Allah (que es gran grande y misericordioso) no le hubiese iluminado, o que su mal destino le hiciera permanecer en la oscuridad, lo cierto es que para no morir de hambre, veíase obligado a trabajar todo el día en el oficio de fabricante de babuchas, y tanto trabajaba y de tan poco tiempo disponía, que era vergonzoso oírle recitar las cinco oraciones, pues mal y muy de prisa las decía.

De noche, y a la luz de un pobre candil, escribía Mohammed sus composiciones; y después de releídas llegaba a saberlas de memoria; mas tan exóticas eran que ninguno quería oírlas y el pobre Mohammed se las recitaba a sus babuchas, y he aquí, que entre golpes de martillo y tirones de la correa del tirapié, allá salían de su boca cuartillas y más cuartillas de versos.

Cierta vez, en que acababa Mohammed de hacer su frugal colación del mediodía, detúvose a la puerta de la tienda un desconocido. Venía éste montado en blanca mula, apeóse y después de entrar le saludó diciendo:

— ¡Que la misericordia de Allah sea contigo! Contestó Mohammed en igual forma y disponíase a mostrar al desconocido sus babuchas, cuando éste le dijo:

— Disculpa buen hombre, no vengo a comprarte babuchas y sí a que me digas donde hay un albéitar que pudiese herrar mi mula.

Contestóle Mohammed que tres calles más abajo, a la vuelta

(1) De un libro en preparación: *Las Leyendas del Ramadán*.

de la plaza, frente al gran bazar, allí encontraría al albéitar que necesitaba. Ofrecióse galante a acompañarle, lo que el desconocido aceptó gustoso, pues, según él era esa su primer visita a Bujará.

Llevaban ya caminado largo trecho, cuando el forastero, que parecía haber notado el aire pensativo y melancólico de Mohammed, preguntóle:

— ¿Qué te pasa, por qué estás tan triste? ¿Es que los vecinos de Bujará no compran tus babuchas? ¿Te hallas mal dispuesto con el Cadi de tu distrito, o quizá te atormenta el recuerdo de algunos ojos negros?

— Nada de eso, mis babuchas son las que más se venden en Bujará; mi amistad con el Cadi no puede ser más cordial, pues rara es la semana, que una vez por lo menos, no almorcemos juntos y juntos digamos la oración del mediodía. En cuanto a ojos negros que me preocupen... te equivocas, porque mi corazón sólo palpita por una cosa que es la poesía; pues has de saber, señor, que también hago versos.

— ¡Ah! ¿Con que eres poeta?

— Así me llaman con sorna mis vecinos y se dice en Bujará que el mejor empleo que se les puede dar a las babuchas de Mohammed es el de usarlas como látigo cuando éste recita sus composiciones.

— ¿Y son tan malas?

— ¿Malas, señor? ¿Qué han de ser! En ellas canto la belleza de las rosas del Meshed y los amores de Jusrú... mas, he aquí la casa del albéitar, — y dió dos golpes con la aldaba.

Hizo trato el forastero para que su mula fuera herrada, y disponíase Mohammed a regresar a su tienda, cuando al hacer una ceremoniosa genuflexión y desearle al desconocido que la bendición de Allah le acompañase en su viaje, éste le dijo:

— Díceme el albéitar que tal es la faena que hoy tiene, que no podrá herrar mi mula hasta un poco antes de la oración de la tarde. ¿Quieres, pues, que platiquemos estas pocas horas juntos? Me recitarás tus versos y te escucharé complacido, porque Allah que es clemente y misericordioso, que da plumas a los pájaros, brillo a las estrellas y perfume a las flores, me ha dotado de alma sensible para todo lo bello y yo, como tú, también hago versos.

— Mira, señor, — contestó Mohammed — que al decir de las gentes, un par de mis babuchas vale más que cien de mis versos.

Pronto te irás de Bujará y mejor es que lleves el recuerdo de las buenas babuchas de Mohammed y no el de sus malos versos.

Echaron a andar calle arriba, y al poco rato llegaron a la tienda. Sentóse el forastero frente a Mohammed y éste, entre puntada y puntada comenzó a recitar sus versos con voz clara e impregnada de cierta tristeza. Al concluir la última estrofa, levantóse el desconocido y poniéndole amistosamente sus manos en los hombros, le dijo:

— Escúchame Mohammed: tus versos no son malos, tampoco son ellos bastante hermosos para consagrarte; le faltan armonía y esa profusión de metáforas que se sucede en ellos, envuelve las imágenes oscureciendo los conceptos de tal manera que llegan a hacerse incomprensibles. Has descuidado en la composición de tus estancias, las reglas establecidas por nuestros buenos poetas. Si tú me permites voy a hacerles pequeñas correcciones. Mañana salgo para Ghazna donde haré que le sean presentadas al Sultán; ponle ahora tu firma en la última página y deja que lo demás corra por mi cuenta.

Gustoso accedió Mohammed a lo que el forastero le pedía. En su febril imaginación veíase ya admirado por sus vecinos y oía correr su nombre de boca en boca, no como Mohammed el fabricante de babuchas, sino como el poeta, el elegido por Allah para cantar la gloria de sus guerreros.

— Dime, señor, — díjole al desconocido. — ¿Podría este esclavo tuyo saber como te llamas?

— Mi nombre es Abul Kasem, pero me llaman Firdusi y soy de Tous.

— ¡Cómo! Eres Firdusi “el paradisíaco”, cuya fama extiéndese por toda la Persia y cuyos versos tanto gustan al Sultán? ¡Y te has dignado escuchar esas malas estrofas de labios de este ignorante, a quien la propia ignorancia ha hecho atrevido!

— Cálmate, Mohammed, que tus versos no son tan malos y pronto serán apreciados por tus conciudadanos que no se mofarán más de tí. Ya es hora de partir. ¡Qué Allah te proteja!

— ¡Que él te acompañe! — respondióle un tanto emocionado Mohammed.

Y allá fué Firdusi, “el paradisíaco”, en dirección a la casa del albéitar llevando un voluminoso rollo de manuscritos bajo el brazo.

Desde ese día Mohammed no vivió tranquilo. No sólo descuidó

sus babuchas, que a medio concluir yacían en un rincón de la tienda, sino que su inspiración parecía estar exhausta. Nada nuevo había compuesto desde esa tarde en que presentóse en su casa el desconocido viajero que resultó ser uno de los poetas más celebrados de la época.

Dos semanas pasaron, y dos semanas de sufrimiento fueron para Mohammed. El tinte rosado de sus mejillas había desaparecido, mostrando, en cambio, una palidez cadavérica, que hacía resaltar, aun más, los pómulos agudos; oscuro círculo rodeaba sus ojos, y su mirada antes vivaracha y avizora, vagaba ahora incoherente en el espacio. Pasábase los días absorto en profundas meditaciones, sentado en el rincón más oscuro de su tienda y apoyada su pálida cara en las palmas de las manos, hasta que una tarde, una silueta proyectó su sombra en el dintel de la puerta: era nada menos que el Cadi del distrito. Dirigióse hacia donde Mohammed estaba, y después de muchas genuflexiones hízole entrega de cien monedas de plata y un manuscrito firmado de puño y letra por el mismo Sultán Mahamud en el que éste le felicitaba por su composición pidiéndole, al mismo tiempo, aceptase como un recuerdo esa bolsa.

La voz de la celebridad de Mahommed había cundido por el barrio: allí estaban el mercader de aceites, el albéitar, y los vecinos más caracterizados del distrito; aun el mismo Jatib encargado de los servicios de la mezquita en los días de las grandes fiestas, y tantos otros que solían burlarse de Mohammed haciendo mofa de sus composiciones. Allí estaban todos felicitándole por su triunfo, y no faltó quien dijera: ¡El premio es justo, me lo esperaba, tenía que suceder!

Desde aquel día, nadie fué más solicitado en el barrio que Mohammed, todos le admiraban y disputábanse su amistad, y, hasta hubo alguien, que quiso — siguiendo la costumbre persa de que todo poeta use un sobrenombre — llamarle “anwari” (1).

No hubo fiesta a la cual no fuese invitado; ya no podía trabajar en paz. Su tienda veíase a todas horas invadida por sus amigos y vecinos que venían a escuchar y admirar sus versos. Siempre que Mohammed concluía de recitar las últimas estrofas, una lluvia de exclamaciones le inundaba felicitándole, mas, ya fuera simplemente por alabar la sabia y recta disposición del Sultán,

(1) El luminoso.

o porque en realidad los nuevos versos fuesen malos, lo cierto es que nunca faltaba quien dijese: "Mira, Mohammed, los versos que has tenido la gracia y bondad de recitarnos y que tan dulces parecen, bien pobres son comparados a aquellos que por inspiración de Allah enviaste al Sultán y que éste tuvo la deferencia de premiar".

Cada vez que Mohammed oía exclamaciones de esta índole, la expresión de su rostro cambiaba enteramente; ya no quería recitar más. Su voz se llenaba de congoja y más de una vez, lágrimas que trataba de ocultar, empañaron sus ojos. ¿Qué motivaba esta honda tristeza? ¿Qué nube venía a ensombrecer el límpido cielo de su alegría?

Es que la gloria alcanzada por las poesías que envió al sultán no le pertenecía. Las correcciones fueron tantas, que muy poco, casi nada, había quedado del manuscrito que él, Mohanmed ebn Hassán, entregó en día no lejano, a un desconocido que resultó ser Firdusi de Tous, a quien llamaban "el paradisíaco".

La pena causada por esos honores, que él en el fondo de su conciencia comprendía no merecer, fué consumiendo su existencia, y hace ya muchos años, una noche como ésta, la postrera del Ramadán, cuando el Imán daba aldabonazos en la puerta de la tienda de Mohammed para anunciarle la hora de tomar la última comida lícita, no obteniendo contestación a sus repetidos golpes, entró y halló el cuerpo inerte de Mohammed ebn Hassán llamado por algunos "el luminoso". . .

Aquí concluye su historia, mostrando como Allah (que es omnipotente, grande y justo), si bien sabe premiar las virtudes, también sabe castigar los pecados, pues pecado era la vanidad de Mohammed que en paz descansa, y al que Allah tenga en su misericordia!

C. MUZZIO SÁENZ PEÑA.

POESIAS

Arte.

Eres el manto plegadizo y terso
que encubre el impudor de la Natura ;
la luz que pulimenta y transfigura
la salvaje beldad del universo.

A tu conjuro mágico el disperso
acorde, se hace escala ; arquitectura
y estatua el mármol ; la cromía insegura
del iris, cuadro ; y el sollozo, verso.

Enorme luminar, los soñadores
como insectos circundan tus fulgores ;
y eres — del Ideal en el camino —

la línea divisoria del arcano .
donde acaba la ciencia de lo humano
y empieza el *más allá* de lo divino !

Copa vacía.

Un lustro se alejó. No queda nada
de tu edad infantil. Ya no deslies
la tristeza en mi alma congelada ;
que ya no me acaricia tu mirada,
ni benévolamente me sonríes.

El cascabel vivaz de tu alegría
— quizá de tu hermosura el mejor gaje — ,

ha mucho que trocaste por la fría
gravedad estudiada que crecía
a la par con la falda de tu traje...

Ya corolas de nieve no deshojas,
ni imaginario mal te da tristeza,
ni guardas de un breviario entre las hojas
junto a versos de amor, las flores rojas
que eran manchas de sangre en tu cabeza.

No presentes mis pasos cual solías
cerca del templo todas las mañanas,
y no están ya, como en mejores días,
mis diez y ocho años cual diez y ocho espías
vigilando en la noche tus ventanas.

Pasaron tus miradas amorosas,
se fueron mis sentidos madrigales,
ya no huella yo espinas, . . . ni tú rosas . . .
y tú ya no persigues mariposas
ni yo ilusiones ¿ves? ¡somos iguales!

De tu edad infantil no queda nada;
está marchita mi pasión de antaño,
y en tanto proseguimos la jornada,
tú, de la vida ya desengañada,
yo, queriendo engañar el desengaño . . .

JORGE BAYONA POSADA.

Bogotá.

“IL SOGNO DI ALMA”

En el teatro Colón, que tan caro paga nuestro público, nunca se favoreció como se debía la producción nacional. Mientras su escena se brindaba con toda prodigalidad a cualquier elucubración lanzada al mundo por los poderosos editores de Milán, su conquista era para nuestros autores una quimera. Los pocos que aquí se han dedicado a cultivar la música de teatro han debido resignarse siempre ante un desdén, que convertía la aspiración en un calvario, tanto más doloroso porque a menudo se veía que el templo puesto tan lejos de las aspiraciones era conquista fácil para los mercaderes de allende el Atlántico.

Pero no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, y esta temporada la empresa del Colón ha cumplido con su deber moral, obligada más que por sus sentimientos por la cláusula del contrato de arrendamiento que impone el estreno de una obra de autor nacional cada temporada.

No podemos menos que festejar el acontecimiento. Era tiempo ya de que la empresa del Colón, a la que tantas concesiones hacemos, nos hiciera siquiera una. No siempre el Colón ha de ser la Jauja de “divos” y divos más o menos injustamente elevados y pagados... Y la influencia de esa “concesión” que se ha hecho ha de producir sin duda muy buenos resultados. Hay aquí infinidad de artistas con cualidades; devotos del estudio y llenos de ansias de trabajo que han debido renunciar a la producción por no tener alicientes; por saber que sus composiciones no saldrían jamás de tertulia familiar. En los teatros de ópera reinan despoticos los artistas que prefieren exhumar la más lamentable antigualla antes que favorecer un autor del pueblo que tanto los beneficia. Nuestro, sólo pueden aceptar el dinero...

Los músicos podrán en lo sucesivo entregarse a la tarea con esperanzas. El teatro Colón parece que será propicio a sus ansias

de gloria y nuestra producción artística no sólo será representada por las obras de prosa...

A una composición del señor López Buchardo ha tocado la suerte de iniciar la era feliz y la Fortuna ha protegido decididamente su estreno. No puede pedirse acogida más entusiasta que la que se le ha dispensado. El público del Colón, que no se entusiasma ni con la pasión de "Tristán e Isolda", que se muestra siempre glacial, reservado, incommovible, no se sabe si por temperamento o porque quiere presumir de público que no se deja conquistar fácilmente, ha aplaudido con un entusiasmo excepcional. Jamás se ha visto en el Colón tanta vehemencia ni tanta insistencia en el aplauso. Ni el más poderoso agudo de Titta Ruffo — una de las admiraciones "artísticas" más grandes del público del Colón — ha obtenido acogidas tan entusiastas como cualquier acto de "Il sogno di Alma". El autor salió a escena a mitad del primer acto, luego siete veces al final de cada uno y salieron los intérpretes y el libretista y la gente seguía aplaudiendo sin cesar, hasta que alguien hubo de pensar en la necesidad de sacar a los padres del autor para satisfacer tanto entusiasmo... Lope de Vega, que según la historia ha sido el autor más festejado ha debido sentir celos, si es que en su residencia actual se cultiva también los viles sentimientos que tanto influyen en los que aún andamos en este pícaro mundo.

Sería inocente atribuir todos esos aplausos a la sugestión o el encanto de la obra. Sin mucha perspicacia se pudo advertir que el público se entregaba a esas vehemencias respondiendo a sentimientos que no le sugería ni el libro ni la partitura. Se saludaba al autor, que es joven, que es distinguido, y que sobre todo es argentino. Se trataba de un paladín de nuestra música que bajaba a la liza y nuestro público demostró eficazmente que eso de que nadie es profeta en su tierra era aquí una infamia y que sentía vivamente la solidaridad patriótica.

Todo eso es realmente simpático y merece ser aprobado. El aplauso es la base de las heroicidades y el señor López Buchardo, que es joven, necesita ser alentado. Hay que fomentar sus ansias de gloria, su amor al trabajo.

Pero nosotros no podemos entregarnos al comentario que sugiere una pasión o una simpatía o un sentimiento desligado por completo del que sugiere la obra en sí. Nos toca analizar una obra de arte y nada más peligroso para uno de esos exámenes

que la pasión. Por algo se transige con las feas... Y no es patriotismo, como han entendido algunos colegas, dedicarse a cantar himnos al joven maestro. En arte hay que estar más allá de los sentimientos regionales y se debe devoción a la Belleza. No sabemos tampoco del beneficio de esas mentiras, porque las obras de arte no se juzgan fuera de aquí por lo que decimos sino por lo que son. Se intenta, en verdad, una fácil mentira que sólo puede engañar al autor.

Y al autor no se le debe engañar; se le debe hablar con sinceridad, con dignidad, felicitándole por lo bueno que ha hecho, señalándole la ruta feliz y marcándole los defectos de su obra para que los corrija, los evite y no vuelva a caer en ellos. ¿Que es amargo? ¿Que la verdad es acíbar, que hacernos ver nuestros pecados es doloroso? Para el mediocre sí. Sólo los mediocres — como los tenores — se sienten perfectos. Pero el hombre inteligente sabe que nada es perfecto, que es humano errar y que todos se equivocan. Equivocarse no es pecado mortal, en cambio lo es cuando por vanidad se insiste en el error... Todos los grandes hombres no fueron ungidos al primer intento. Muy al contrario. Todos los que llegaron a ser eminencias se templaron con el dolor, con los infortunios, con la adversidad, que es la que más enseña, la que da más bríos, porque cada gran hombre parece que necesitara los grandes agujones. Recuérdese los grandes músicos, ya que de músicos hablamos, y se verá que la vida artística fué un calvario cuando se lanzaron en ella porque entraban como demolidores de malas fórmulas, como renovadores, como perfeccionadores. Y aquellos que no lucharon y que por amoldarse a lo consagrado se ganaban los elogios no tuvieron más que el éxito efímero de esas gentes que adulaban. Y sus obras pasaron a modestas modas de ropería.

Y esta cuestión del elogio y de la crítica merece especial atención en este país donde vivimos de improvisaciones y de mentiras. A cada instante inventamos hombres, sin duda porque no los tenemos y si los hay no los conocemos. En todas las cosas de este país se observa infinidad de tipos lanzados a la circulación y adorados no se sabe por cuales razones. A poco que se escarbe en nuestras eminencias se encuentra la triste realidad, el "bluff", el ídolo creado por sugestión. Nuestras eminencias suelen ser, en su mayor parte, como el Putois del cuento de Anatole France, pura fantasía, cuestión de mentiras, de imaginación, de falseda-

des que sostienen falsedades... Y en el terreno del Arte más quizás que en la política. Obsérvese, por ejemplo, nuestro teatro nacional y se verá que tenemos más autores que especies de trigo, y que cada una de esas personalidades es pura ficción. Vivimos en plena reciprocidad de bombos. "Hazme genio y te haré", es el lema de nuestros luchadores de arte. Y los diarios, caídos en manos de los mismos "campeones" son fábricas de reputaciones hechas a base de autobombos o bombos de amistades. El que no saca el elogio, la patente de talento por amistad con el cronista, lo saca por el director del diario, por el compañero, por la hermana, por la novia, por la tiple...

Así está el teatro nacional y los Lope de Vega — en cuanto a fecundidad — siguen improvisándose. Y, francamente, poco honor hacen al prestigio de nuestra literatura estos genios de fabricación casera y por contacto.

En otras manifestaciones de arte sucede lo mismo. La pintura y la escultura tienen genios y consagrados como los del teatro nacional y la música no ha escapado de esa "moda" y se ha visto dedicar y aceptar a composiciones de jóvenes lilas los elogios que correspondían a sus trajes, a sus peinados, a sus corbatas...

Con "Il sogno di Alma" hemos caído en el mismo exceso. "Il sogno di Alma" vale más por lo que promete que por lo que es. Y esto va por la música. El libro no promete nada porque el doctor Prins no está en edad de regenerar su literatura.

El libro de "Il sogno di Alma" es un libro bastante tonto. Su asunto y su desarrollo sólo estarían bien en un cuentito infantil de Calleja. Se ha querido acusar de él a Sem Benelli, pero no podemos creer en la participación del autor de "La cena delle beffe" en nada más que en las cuestiones gramaticales.

El asunto puede sintetizarse así:

La pastora Alma que tiene amoríos con el pastor Herio, se duerme después del clásico duo y mientras duerme bajan unas nubes — de escenografía — que la ocultan y nos muestran lo que sueña. Los tres cuadros siguientes son una realización de las fantasías de la pastora que se ve transportada a un palacio casi árabe, donde hay corte con un príncipe que la enamora y donde las bailarinas bailan con vestidos sicalípticos, dando la nota más interesante de la noche. Al último, como era natural, la pastora despierta, las nubes vuelven a conducirse como un ascensor y volvemos al duo del primer acto.

La concepción no puede ser más simple y la realización escénica no beneficia en nada el valer de la obra. Los cuadros se suceden sin interesar, sin emocionar. El interés del libro es el que le dan la escenografía y la coreografía. "Il sogno di Alma" es hermano directo de cierta producción que en el género chico explotan con más éxito y más habilidad los señores Perrin y Palacios.

La tarea del joven López Buchardo no ha sido en verdad fácil. ¿Qué música se le pone a semejante libreto? No hay más que pasión para un dúo... Todo lo demás ha debido ser música descriptiva; una música que debía sugerir al espectador la impresión de la pastora que sueña y tiene aventuras soñando... La poesía del libro no la hemos podido sentir. El interés tampoco. El cielo nos ha negado un alma de costurera susceptible a impresionarse con la facilidad de una placa fotográfica... El patriotismo tampoco alcanza a crear una emoción, un interés y una poesía donde no hay más que evocaciones más o menos "miliunanochescas"...

Un músico que conociera los efectos del teatro, de esos capaces de poner en música la guía del teléfono, quizá hubiera hecho algo interesante con "Il sogno di Alma", pero el señor López Buchardo es joven, inexperto en lides teatrales y el libro ha quedado sin salvarse. El joven López Buchardo ha hecho cantar a su orquesta, pero su canto es una cancioncita siempre superficial, sin emoción, sin vigor, es una música que no quiere ser y que no puede evitarlo, hija de recuerdos massenettianos y puccinianos...

El señor López Buchardo conoce la literatura musical. Ha estudiado la retórica del arte de componer. Pero no basta saber armonía y contrapunto para hacer una obra de arte. La obra de nuestro connacional nos recuerda esos versos bien medidos y bien rimados que sólo nos acarician el oído. La idea y la emoción apenas se asoman...

La música del joven López Buchardo por querer ser delicada es femenina. Hasta en ciertos ímpetus no alcanza a tener energía, virilidad y suena siempre a cancioncita de opereta lánguida y superficial. Tiene algunos pasajes bonitos, tiene momentos de un lirismo que puede rivalizar con el de Puccini, pero eso y los bailables no son suficientes para constituir una obra de arte ante la cual debamos exclamar: "De rodillas. Llegó nuestro Mesías..." El señor López Buchardo es todavía una gran promesa.

Otro grave inconveniente de la obra del señor López Buchardo

es su falta de originalidad. Siempre suena a cosa muy oída y hay momentos de una analogía desoladora. Hasta los oídos menos avezados han advertido en el segundo acto frases hermanas o parientas cercanas del canto de las flores de "Parsifal" y de las ondinas del "Crepúsculo de los Dioses"... No se puede exigir el nuevo verbo musical a un músico joven que recién sale de sus connubios con los grandes maestros, pero tampoco puede tolerarse esa imitación servil. Hay que tomarlos de modelo pero tratando de que al imitarlos no se les reproduzca. Todos los artistas en literatura y en música han sufrido esas influencias, pero todos, cuando han sido "algo", además de poner algo propio marcaban rápidamente su independencia. Puede topiarse la forma, no la esencia de una composición...

Y prescindimos de la cuestión música nacional. El asunto no la toleraba, y ponerla con el del señor Prins hubiera sido una incongruencia. Además, hay que buscar la belleza y las buenas ideas antes que los nacionalismos. Por otra parte, nuestro "folk lore" no es muy rico y nuestras pasiones no tienen un léxico especial.

El joven López Buchardo — lo repetimos — es un bello proyecto de gran autor. Es joven, estudioso, sabe cosas musicales y tiene cierta dosis de sentimiento. Pero es malo declararlo eminencia, como se ha hecho. Hay que hablarle con franqueza, para que trate de evitar recaer en los defectos señalados, para que cambie de musa, que la que tiene es muy cursi, para que luche contra las influencias que lo esclavizan, para que estudie y luego evite dejarse engañar por las exterioridades de un asunto y, confunda escenografía con poesía. Es necesario que sepa que su éxito del Colón ha sido un éxito en el que entró más la simpatía personal que su obra.

Y perdone el joven López Buchardo estas líneas, que aunque noblemente inspiradas no le pueden ser gratas. Recuerde que los niños mimados llegan a hombres llenos de defectos y que solemos bendecir las rudas reprimendas de nuestros padres cuando dejamos de ser niños.

JULIO F. ESCOBAR.

NOTAS Y COMENTARIOS

NUESTRO SEPTIMO ANIVERSARIO

Celebramos con este número nuestro séptimo aniversario. Siete años de existencia, venciendo tantos obstáculos como los que el ambiente presenta a empresas de la índole de la nuestra, nos dan derecho a enorgullecernos de NOSOTROS. Desde muchos decenios atrás, la República no había tenido una publicación de carácter exclusivamente literario, que viviese tan largo tiempo. Por eso mismo, porque eso prueba que ya existe aquí un núcleo compacto de opinión capaz de sostener una iniciativa desinteresada, de índole puramente intelectual, nos reafirmamos una vez más, con más tenacidad que nunca, en la voluntad de no cejar en la empresa hasta haber asegurado en forma estable y definitiva el porvenir de NOSOTROS. Mentiríamos si dijésemos que la lucha y las zozobras han concluido, y todos comprenderán además cómo el momento presente, de honda inquietud moral y grave preocupación material, hace más ardua esa lucha y más frecuentes esas zozobras. Pero precisamente la misma dificultad de la empresa nos alienta a proseguir en ella, pues tenemos la convicción de que nada bueno y útil se ha hecho jamás por nadie que haya desmayado y cedido ante los primeros contratiempos.

La dirección de NOSOTROS cree haber cumplido las promesas hechas en repetidas ocasiones a sus lectores: la acogida que ellos y la prensa le dispensan, lo prueba. También cree haber mantenido la promesa hecha a sus colaboradores, de que NOSOTROS estaría abierta a todas las opiniones honesta y altamente expresadas, sin subordinarse a doctrinas o afiliarse a camarillas de especie alguna. Esta es la parte de su programa en cuya realización ha puesto más especial empeño, y a pesar de todos los inevitables malentendidos piensa que al hacer triunfar en sus páginas el principio de la libre discusión de las ideas y de los hombres que las encarnan, ha hecho obra buena y necesaria.

Sólo le queda a la dirección agradecer al público que ha rodeado a la revista con su calurosa simpatía, y a la prensa en general que generosamente nunca le ha escatimado el aplauso.

Juan Jaurés.

Ha muerto el más alto representante contemporáneo de la humanidad que espera el advenimiento de días mejores, días de más Amor, más Verdad, más Justicia, más Belleza. Ha sido asesinado simultáneamente con el estallido de la tragedia europea, como es apagada por el delincuente la luz denunciadora, cuando va a cometer el crimen. Nada nuevo podríamos agregar en estas breves líneas de condolidada protesta, a lo que se ha dicho sobre el torpe delito y la víctima ilustre, si bien nos reservamos hablar extensamente en el próximo número de este noble paladín de la causa del Futuro. Unase en este instante nuestra voz a la de la conciencia universal, para reprobar la violencia en la solución de los conflictos entre los hombres, la violencia que ayer hirió en el bando contrario a Francisco Ferdinando de Austria — y la consecuencia de esa muerte ha sido la guerra europea — y hoy hiere en nuestro bando a Jaurés. Los que no lamentamos aquella muerte nos hemos merecido ésta. Ojo por ojo... La misma lógica inflexible explica ambos crímenes.

Dositheo M. López y Evaristo Gismondi.

Dos compañeros de la prensa que han fallecido en el mes que acaba de terminar.

Dositheo M. López honró nuestro periodismo con la integridad de su carácter y la alta conciencia que tuvo de sus deberes. Su vida no fué fácil. Sufrió mucho, y conoció la enfermedad, la miseria, el desamparo, la injusticia. Sin embargo supo abrirse paso, gracias a su constancia y a su decisión, y alcanzó por fin el premio de sus desvelos y de sus sufrimientos: el respeto y el afecto de cuantos lo trataron. Nunca se consagró a una causa que no fuera noble y justa. Militó en el partido radical cuando creyó que de él podía esperarse algo; se separó con otros muchos cuando lo vió desorientado y sin meta; prestó luego su apoyo al partido socialista, cuando creyó que sus servicios podían favorecer la causa del bien y de la verdad, y muere sin haber dejado rencores tras

de sí, rodeado en su marcha hacia la tumba por los conmlitones de la víspera y los de la hora presente, por los compañeros de *La Prensa*, diario en el cual trabajó durante muchos años, y los de *La Nación*, en que había entrado últimamente; por los radicales y los socialistas; por todos, en fin, los que lo conocieron, cualesquiera fuese su posición y sus ideas.

— Evaristo Gismondi perteneció durante algunos decenios a la redacción de *La Prensa*, cuya crónica musical hizo con cultura e inteligencia. Su desaparición ha dejado un sentido vacío en nuestro mundo teatral y hecho perder a la crítica de arte argentina uno de sus distinguidos cultores.

Viajeros.

Leopoldo Lugones está de nuevo entre nosotros. La guerra lo ha decidido a dejar el Viejo Mundo y volver a la patria. Sea bienvenido, pues su acción aquí, así se ejerza en el periodismo, en las letras o en el estudio severo, si consagrada a la única causa digna, la Verdad, ha de ser de positiva utilidad para todos, por venir de un hombre de ideas.

— Regresa en cambio a España, Roberto Levillier, a continuar, con misión del gobierno, sus investigaciones sobre la historia colonial, en los archivos de Indias. En breve, como resultado de sus trabajos, piensa hacer imprimir los siguientes volúmenes de documentación:

Antecedentes de la política colonial en las Provincias del Río de la Plata (en dos tomos); *La correspondencia de los oficiales reales de hacienda* (primer tomo); *La correspondencia del Cabildo de Buenos Aires en la época colonial* (tres primeros tomos).

Prepara además dos libros originales que ha de dar pronto a luz, el uno sobre la psicología del pueblo argentino, y el otro, una colección de notas y observaciones personales.

“Una vuelta al mundo”.

Ha aparecido elegantemente editada en un opúsculo de 84 páginas, la brillante conferencia que con el título que encabeza estas líneas dió el doctor Ernesto Quesada en el Consejo Nacional de Mujeres el 27 de Mayo ppdo., y se ha publicado luego en este número y en el anterior de NOSOTROS.

A los lectores de NosOTROS que desearan poseer en edición aparte este instructivo y ameno trabajo del ilustrado publicista argentino, advertimos que el opúsculo está en venta en la administración de esta revista y en las principales librerías, al precio de un peso moneda nacional.

NOSOTROS.



NOSOTROS

LETRAS COLONIALES

En las aristocráticas universidades coloniales, España monopoliza ideas, como tiene privilegios políticos y económicos. Envía a ultramar en vigilados galeones ideas medioevales. Salamanca es la fábrica intelectual, como Sevilla el depósito de las provisiones industriales. La Inquisición conserva, mediante purificadores autos de fe, los beneficios de la religión hereditaria. Crecen en las colonias sometidas a uniforme presión intelectual, súbditos ortodoxos de la Iglesia y del rey.

Erudición, pedantería, saber libresco abruma a la brillante juventud de las escuelas. La teología, las doctrinas del Peripato, la escolástica, las sutilezas de Duns Escoto se convierten en ciencia oficial. Se fundan en el siglo XVI las universidades de Santo Domingo, de Lima, de México: son como las de Caracas y Córdoba "reales y pontificias" dóciles a virreyes, inquisidores y arzobispos. Un viajero francés, Frézier, juzga así su actividad lamentable: "Il en sort d'assez bons sujets pour la scolastique et la chicane de l'école, mais très peu pour la positive". Limitada la curiosidad intelectual por el poder vigilante, se agitan los americanos en torno a ideas inflexibles, complican y retuercen la forma, acumulan citas de autores latinos, sustituyen la memoria al juicio, la apostilla marginal a la propia reflexión. El estilo recargado y tortuoso como las fachadas churriguerescas de los

templos, como los santos abrumados de joyas y de ex votos. Incrustan en la lenta prosa castellana reminiscencias clásicas, gemas bizantinas, los escritores de México, del Perú, del Brasil.

El conceptismo, el gongorismo, prodigalidad de sentencias, sutileza, libertad excesiva del hipérbaton, bárbaro uso de imágenes, frase sinuosa y recóndita — se extienden viciosamente en América. En España y en Portugal, son formas de decadencia, en las colonias que imitan fácilmente los vicios de la metrópoli, literatura nacional. No influye en las letras americanas el renacimiento literario español: ningún íntimo lirismo en medio de la sequedad erudita de la colonia. En cambio, poesía palaciega en torno a virreyes elegantes, arte de abanico, pueriles acrósticos, rimas de pie forzado, elogios académicos, distraen el ocio estéril de los ingenios criollos. Podría formarse una biblioteca con la poesía servil de los doctores americanos, en que se canta la llegada de un virrey, el nacimiento de un príncipe, la muerte de una reina, un auto de fe o una corrida de toros. Interviene en esos certámenes la mitología, evocada con absurdo escenario de sucesos locales. Escriben en latín poetas y prosadores, improvisan sonetos en lenguas extranjeras, pero su arte es frío, arcaico, sin libertad intelectual y sin pasión. En la literatura, no admiran el movimiento de las odas horacianas ni la elegancia de Virgilio: los entusiasma la poesía de la decadencia, la abundancia oratoria, el mito extraño. Se forman en el siglo XVIII academias en los ricos virreinos de México y del Perú y en la capitania de Venezuela: la Arcadia mexicana, la Academia del marqués Castell dos Rius en Lima, la de los hermanos Ustáriz en Caracas, donde florece la misma poesía artificial y erudita.

Al lado de estos frívolos versos, aparecen poemas como "La Araucana" o "La Cristiada", ensayos literarios de inspiración americana. En "La Araucana" (1589), Alonso de Ercilla, capitán y poeta, canta las glorias de la conquista chilena y la viril resistencia del Arauco. Describe batallas y caracteres, narra maravillosamente, da a un conflicto local la grandeza de la antigua epopeya. Se libra del gongorismo, es el precursor del americanismo literario. En la ruda acción que evoca, la originalidad del paisaje y de los broncíneos guerreros, revela un mundo nuevo. "La Cristiada" de Fray Diego de Ojeda (1611) escrita en Lima es la epopeya de la vida de Cristo, de elocuente y apasionado ascetismo. Otros poemas, como "La Argentina" de Centenera (1602) en

que se canta la conquista del Río de la Plata, la "Rusticatio Mexicana" del P. Landívar escrita en latín a fines del siglo XVIII, la "Grandeza Mexicana" de Balbuena (1604), donde abundan descripciones de la naturaleza americana y cuadros históricos de antiguos reinos; la "Prosopopea", de Teixeira Pinto, o "Caramaru", de Santa Rita Durao, epopeyas brasileras de los siglos XVI y XVIII, se distinguen de la monótona poesía de la época: movimiento, color, elocuencia, lo mismo en Ercilla que en Balbuena, dan a estos cantos indudable primacía.

Hallais en la literatura americana el comentario de la acción, un arte erudito, la exaltación de la tierra. Falta el lirismo, la poesía subjetiva. Una admirable mexicana del siglo XVII, Sor Juana Inés de la Cruz, apasionada y culta, opone el amor divino y el amor humano, con acentos de infinita delicadeza. Sorprende esta poesía espontánea en una época artificiosa. Expresa sentimientos y tristezas desconocidos en los afectados versos de sus contemporáneos. Analiza "los efectos irracionales del amor" que "empieza como deseo y acaba en melancolía", los celos, la ausencia, la cita mística con el Amigo o la humana pasión inquieta y ardiente. Hay, en sus poesías, una rara precisión psicológica. Su misticismo es una forma de exaltación amorosa: "divino imán que adoro", "amante dulce del alma", dice en un romance a Cristo.

Si faltan grandes poetas en América, abundan eruditos y cronistas, jurisperitos y gramáticos. Los historiadores de la conquista y de la colonia — Bernal Díaz de Castillo, biógrafo de Cortés, el padre Calancha que describe la vida de un convento limeño, Gabriel Soares de Sousa o Fray Vicente de Salvador que han observado minuciosamente el Brasil colonial del siglo XVII, — narran con la ingenuidad de un Froissart el rudo heroísmo de los iberos o las menudas devociones de la España colonial. Absortos ante la naturaleza, el fausto de los príncipes indios, la novedad de las estrellas y de los hombres, refieren sucesivas impresiones sin sabiduría ni artificio. Dicen con entusiasmo su sorpresa: así el P. Vaz de Caminhas en carta al rey portugués (1500) elogia "las fuentes del agua dulce y perenne", las "florestas densas y sombrías" del Brasil. Pasmosos eruditos producen la Colonia: son verdaderos humanistas que conocen profundamente las letras antiguas y modernas. De ellos son ejemplo el peruano Pedro de Peralta Barnuevo nacido en 1666 que escribió poesías en griego,

en latín, en español, en varias lenguas modernas, italiano, inglés, francés y portugués, que disertó, infatigable polígrafo, sobre metales y sobre música, fué historiador, astrónomo, jurisconsulto, poeta precoz y fecundísimo; el mexicano Sigüenza, matemático, astrónomo, historiador y filósofo del siglo XVII. En las órdenes religiosas, sobre todo, entre los jesuítas y los dominicanos abundaron los gramáticos que estudiaron las lenguas indígenas de América con penetrante simpatía y escribieron gramáticas y diccionarios indispensables en el diario comercio de las misiones de los indios (1).

La filosofía se reduce al perpetuo comentario de la escolástica. Ni Vives, precursor español de la crítica de Kant, ni Fox Morcillo, que quieren harmonizar, en la península, las doctrinas de Platón y Aristóteles, influyen en América. Se desarrollan, sin embargo, las ideas políticas y el derecho. Las querellas entre gobernadores y obispos, las discusiones sobre el patronato, la vida inquieta de los cabildos, la enseñanza de la legislación romana en las universidades, suscitan comentarios y bizantinas disputas. Francisco de Vitoria y Domingo de Soto estudiaron en España los fundamentos del derecho natural. En América mientras discuten algunos doctores sobre la esencia o la existencia de los seres, otros analizan la condición de los indios, el principio de autoridad, la esclavitud. Solórzano Pereira escribe un tratado sobre la "Política Indiana", en que examina todas las cuestiones teóricas y legales que provocó el conflicto de indígenas y españoles. El obispo Villarreal analiza las luchas entre el poder religioso y civil en un libro notable sobre el "Gobierno Eclesiástico". Los mismos teólogos no desdeñan el estudio de los deberes del español en relación con las razas vencidas. Las leyes peninsulares parecen inspiradas por estos profesores de derecho natural: fundan "repúblicas de indios", protegen a los nuevos súbditos del rey español contra la tiranía de los conquistadores, los declaran "personas libres" y vasallos del monarca.

En el siglo XVIII, se trasforman las colonias de América. Se

(1) La gramática no ha sido olvidada en la época republicana. Han continuado su esfuerzo científico los misioneros. Se han estudiado los provincialismos que modifican el castellano en América. Dos grandes sabios, Bello y Rufino Cuervo, han escrito diversos tratados sobre la lógica y la historia del español. El "Diccionario de Construcción y Régimen", de Cuervo, es tan notable como el de Littré.

inician otras influencias intelectuales, de Inglaterra y de Francia. Carlos III ha decretado franquicias comerciales. España no abandona la dirección de las escuelas, pero los contrabandos holandeses y sajones complican la vida industrial e intelectual. Penetran mercaderías e ideas y caen lentamente los antiguos monopolios. Quien sabe si los audaces corsarios, vagabundos señores del Pacífico y el Atlántico, contribuyeron a la independencia americana. Llegan, peregrinos ideales, violando severas aduanas, impíos libros. Viajan los criollos a través de Francia y de España. Se estudia a Newton, a Gassendi, se fundan cátedras de matemáticas y medicina, el cartesianismo conquista escuelas contra el despotismo de un Aristóteles medioeval, interpretado por los teólogos. Empieza para las lejanas colonias la "edad de la discusión". A ergotistas y poetas de certamen suceden naturalistas, matemáticos y periodistas revolucionarios. Se fundan bibliotecas y semanarios. Ideas turbadoras anuncian la protesta guerrera.

A fines del siglo XVIII aparecen algunas "gacetas" en Lima. Desde 1539 existe la imprenta en México. En 1584 se permite su establecimiento en el Perú. Los jesuitas la introducen en Colombia en 1738. El primer periódico aparece allí en 1791. En 1792 se establece la imprenta en Cuba. En los primeros años del siglo XIX las colonias menos prósperas, Chile, la Argentina, tienen imprenta y periodismo. *La Aurora de Chile*, aparece en 1812, la primera imprenta argentina es de 1796, la uruguaya de 1807. En 1678 se fundó en la universidad de Lima la cátedra de Prima de matemáticas. Mutis dicta una cátedra de astronomía en Colombia en 1762 y enseña el sistema de Copérnico. En 1768, se quiere fundar en Caracas un colegio para el estudio de las matemáticas y de las ciencias naturales. El deán Funes establece la primera de estas enseñanzas en la Argentina en 1800. Se desarrollan pronto los estudios de geografía, de medicina y astronomía y ciencias naturales. Un nuevo fervor domina en las escuelas. En las "memorias científicas" de la época se juntan abigarradamente experiencias y silogismos, materialismo y astrología. "El Mercurio Peruano", notable revista que aparece en 1791, es un modelo de estas publicaciones sabias e interesantes. La expedición científica de Humboldt a América en 1801 influye en el desarrollo intelectual de las colonias: aquel polígrafo enseña el culto de la naturaleza, analiza fenómenos sociales, propaga los nuevos principios de la ciencia. Otras misiones de hombres de ciencia, de los espa-

ñoles Ruiz y Pabón, de Jorge Juan y Antonio Ulloa, de Mutis a fines del siglo, contribuyen también a renovar los arcaicos estudios de las colonias españolas. Dos americanos estudian a principios del siglo XIX la influencia del clima en el hombre: Francisco José de Caldas, geógrafo y astrónomo en Colombia; Hipólito Unanue, médico, en el Perú.

No sólo progresan las ciencias físicas. Los criollos se consagran al estudio de la economía política, del derecho natural, de las doctrinas de los enciclopedistas franceses. Inquieta a los virreyes la popularidad de Voltaire, de Marmontel, de Raynal, de Volney. Una generación de precursores de la independencia, en el orden intelectual, sale de las escuelas transformadas. El cartesianismo y la enciclopedia preparan en Francia y en América un movimiento revolucionario. Crítica de la autoridad y de la religión, individualismo, fe en la razón y en la ciencia van a armar a un grupo de idealistas contra todos los poderes constituídos.

Así el Dr. Espejo critica en el Ecuador el régimen colonial de ignorancia y miseria. Al colombiano Antonio Nariño que había traducido los "Derechos del Hombre" en 1794, pidióle el virrey Mendinueta un plan de administración para la rebelde colonia. Nariño condena en su ensayo político los impuestos excesivos, las trabas a la exportación, el monopolio comercial e industrial. El padre Maciel reclama en Buenos Aires la libertad de la enseñanza, el abandono de Aristóteles en nombre de Descartes, Gassendi o Newton. Moreno revelaba en su célebre memoria conocimientos jurídicos y económicos, citaba a Adam Smith y a Filangieri. En el Perú, don Pablo de Olavide, nacido en 1725, amigo de los enciclopedistas, perseguido por la inquisición, propaga ideas liberales, condena la filosofía y la teología, "cuestiones frívolas e inútiles". Hereje y místico, niega como Voltaire para retractarse después en un libro "El Evangelio en Triunfo" (1795) que es, según Menéndez y Pelayo "uno de los precedentes indudables del "Genio del Cristianismo". José Baquijano ataca a fines del siglo XVIII a la escolástica que todavía domina en la universidad Limeña de San Marcos, expone ideas de Montesquieu sobre la monarquía, critica el absolutismo. En México, Lizardi, "el pensador mexicano", escritor rudo y popular, defiende en audaces periódicos, desde 1811, las ideas revolucionarias, la libertad de la prensa. El padre Mier, nacido en 1765, acusado de hereje y desterrado de México, es católico liberal. Recorre Fran-

cia y escribe sus observaciones simpáticas al movimiento revolucionario y a Napoleón. Después, lee los comentarios de Burke sobre la agitación jacobina y critica los principios que inspiraron a los legisladores de América, "metafísicamente verdaderos, pero inaplicables en la práctica, porque consideran al hombre abstracto y tal hombre no existe en la sociedad". El brasileño José Bonifacio de Andrade e Silva, nacido en 1763, se consagra a las ciencias naturales y prepara la independencia de su patria.

Mitad sabios, mitad conspiradores, atacan al absolutismo español, los monopolios, la teología, estos libres ingenios perseguidos por inquisidores y desterrados por virreyes. Rivalizan en liberalismo clérigos y letrados. No se puede condenar la educación española que formó a esta juventud curiosa, erudita y heroica, que avanza de los claustros severos a los campos asoleados y con la lectura de los clásicos latinos exaspera su criollismo intemperante. Generación epónima de marqueses millonarios y doctores mestizos, de curas liberales y cabildantes orgullosos que impone a un mundo recluso nuevas formas sociales.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

París, 1914.



Eugenio Diaz Romero

EL VIEJO

Pobre viejo,
Que marchas agobiado del camino a la vera.
Yo te canto en la hora de tu ocaso
Con el pecho oprimido
Del dolor que me inspira tu enigmático paso
De soldado vencido.
Ya está lejos tu ardiente primavera,
Y sin brillo el espejo
Que reflejó tu juventud lozana.
Tu rostro de hoy, surcado de profundas arrugas,
Fué, sin embargo, un día, de las bellas encanto.
Sobre tu frente cana,
Ya insensible al halago de la vida,
Cayeron tus cabellos oscuros como el manto
En que envuelves ahora tu majestad caída.
El labio que hoy se crispa en mueca dolorosa
Y en blasfemias sacrílegas estalla,
Vibró con la dulzura de una fuente armoniosa
Y con áspero acento de batalla.
Y ese cuerpo doliente, miserable, caduco,
Que arrastras duramente,
Cual si el mundo pesara, todo entero, en tus hombros,
Imprimiéndote un aire pavoroso de escombros,
Fué ayer no más, el cuerpo adolescente
Que en las frágiles fiestas del gimnasio venciera
Por su ágil movimiento y su esbeltez pagana;
El cuerpo que encerraba, como en pétrea custodia,
Un corazón henchido de energía temprana;
Y fecundo en vigor, pródigo diera
La abundosa eclosión de los amores;

El mismo, en fin, que hoy labran los dolores,
Que la humana miseria insulta y odia
Y que mañana arrojará a la tumba
Sin recoger un rasgo de tu historia,
En equívoco gesto de desprecio y olvido.

¡ Pobre viejo sin gloria !
¡ Antorcha moribunda !
Te contemplo pasar, triste, abatido,
Bajo el fardo implacable de tu larga existencia.
Pero yo no me río de tu suerte,
No me aparto, tampoco, de tu agrio camino.
No ofendo con miradas desdeñosas tu anciana
Figura que reclama con imperio la muerte.
Yo comprendo tu mísero destino.
Mas te tiendo con hondas efusiones mi mano,
Te ofrezco, con el alma, mi cariño,
Te cubro con la diáfana inocencia
De los míseros seres que te injurian al verte.
Hasta la blanca y púdica doncella,
Que miras, al pasar, con dulces ojos,
Donde apenas un rayo de otro tiempo fulgura,
Hace escarnio, sonrío de tus años, te veja,
Desatando en pos tuyo el reproche galante.
Nadie piensa, al mirarte, claudicante,
Que también fué gallarda tu figura,
Y que al igual del joven que a la reja
Y al fulgor titilante de una estrella,
Vierte en promesas tibias su entrañable ternura,
O en la trémula boca de su amada da un beso ;
Tuviste, tú también, quien te adorara,
Y con férvido goce te brindara,
En la flor sanguínea de unos labios rojos,
La embriaguez turbadora, total de un embeleso,
En que el cielo y la tierra palpitan en los ojos.

Lejos están tus años de alegría,
Agostada por siempre la feliz primavera
De tu edad de amoríos y de esa tu sincera
Madurez combatiente

Que tuvo, acaso, para tí más horas
De dicha y de quietud consoladoras,
Que aquellas, turbulentas, de tus locos deseos.
Apenas tu memoria, deprimida, impotente,
Guarda el dulce recuerdo de la fiel compañera
Que a veces secundó tus devaneos
Y otras veces te opuso su firme mansedumbre ;
De tus hijos amados, bellas flores
Del árbol de tu vida, deshojadas,
Sin piedad por la ráfaga sombría ;
De todo lo que fué bueno a tu alma
De padre y de señor, hombre y obrero ;
De cuanto ayer amaste, sembrador idealista,
En tu cruel existencia que no supo de calma,
Cual la del héroe antiguo marchando a una conquista.
Eso ha pasado ya, no es más que un sueño
Que ninguno recuerda, ni tú mismo.
Para todos aquellos que te miran
Inclinado hacia el suelo como un sepulturero,
Eres el pobre viejo, la ruina deleznable,
Que clama, ansiosa, por tragar la tierra ;
El objeto siniestro de vergüenza y ludibrio,
El ser triste, que ahuyenta como abismo,
Porque incurriste ; oh, viejo miserable !
En el grave pecado
De vivir en tu amor grande de ensueño,
Ofendiendo a los hombres con tus álbicas canas ;
Porque no conservaste el gallardo equilibrio
De tu paso resuelto, de tu designio osado.
Porque también tú fuiste incapaz de oponerte
A los años que anuncian invisibles campanas
Y preceden fantasmas silenciosos de muerte.
Porque tu vida, en fin, ¡ oh ! lamentable
Viajero de este mundo hipócrita y perverso,
Llena un sitio que miles codician brutalmente
Para sufrir más tarde idéntico destino.
Por eso, porque nieva sobre tu vasta frente
Y en sombras y tristezas tu corazón se abruma,
Te lapidan, ingratos, en tu áspero camino,
Te escupe la canalla su venenosa espuma.

Heme, pues, triste anciano, conmovido a tu paso.
Una intensa piedad me inunda el pecho.
Ganas me dan de asirte de la mano
Y ayudarte a trepar la dura senda.
Diré a los que te hieran sin derecho
Y acendren la amargura de tu ocaso,
A las lindas doncellas que sonríen
Ante el senil elogio de tu ofrenda ;
Al joven impetuoso, rebelde al buen consejo,
Y al pomposo magnate que te acusan de viejo,
Que puesto que tus horas, sin duda, están contadas
Ellas son, por lo mismo, doblemente sagradas.

Les diré que no arrojen ni guijarros ni espinas
Cuando por el calvario de tu vida caminas ;
Que hubo un día en que fuiste valeroso y ufano,
Ardiente enamorado, padre leal, buen hermano,
Que en lugar de la injuria, que veja a quien la lanza,
Escuchen tus oídos palabras de esperanza,
Y que al morirte caigan buenamente de hinojos
Cerrando con dulzura compasiva tus ojos.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

LA NEGOCIACIÓN DE PAZ

CON EL IMPERIO DEL BRASIL ⁽¹⁾

Cuanto más se profundiza este asunto, tan ligeramente considerado por algunos autores, muy especialmente los argentinos, no atribuyendo gran influencia a la toma de las Misiones en el resultado de la guerra e independencia uruguaya, uno se convence, cada vez más, de lo interesante del tema, envuelto en la obscuridad de los tiempos, y que comienza a revelarse en la correspondencia privada salvada milagrosamente.

Alguna razón tuvo Dorrego para ordenar a Rivera llevara su expedición hasta el Río Pardo, recordándole lo que a su respecto habían conversado en Buenos Aires. Alguna razón tuvo para querer preparar elementos sobre el Paraguay. Era que ahora ya no pensaba en entregar a los brasileños un solo palmo de tierra de lo reconquistado. Quería más: hacer la paz, pero sin separar la Provincia Oriental de las Provincias Unidas. Ya no era, pues, Rivera quien iba a dificultar la paz ansiada por Dorrego, reteniendo las Misiones. Era el mismo Dorrego quien así reaccionaría, con más una circunstancia agravante. Es sabido que lord Ponsomby insinuó o impuso al emperador del Brasil la proposición de la independencia uruguaya. Más aún: que en el *Proyecto de Convención Preliminar de Paz*, que lleva la fecha de 18 de marzo de 1828, anterior, como se vé, a la toma de las Misiones, que se efectuó el 17 de mayo, ya el emperador del Brasil declaraba su renuncia sobre la Provincia Oriental, la que

(1) Estos cuatro capítulos pertenecen a una obra histórica, en prensa, de que es autor el doctor Alberto Palomeque. Se titula la obra: "Guerra de la Argentina y el Brasil. El General Rivera y la campaña de Misiones, 1828". Las páginas inéditas que publicamos aquí se refieren a la gestión de nuestros plenipotenciarios Guido y Balcarce ante la corte del Brasil, para arribar a la paz, basadas en documentos que por primera vez salen a la luz pública.

debía erigirse en *Estado independiente*. Esta convención fué enviada por Ponsomby, y entregada a Dorrego, por intermedio de Mr. Parish, encargado de negocios de Inglaterra, en Buenos Aires, estando autorizada con la firma del ministro de negocios extranjeros del Imperio, marqués de Aracaty. ⁽¹⁾ Se vé, pues, que las negociaciones de paz comenzadas durante la administración de Rivadavia, aunque con fatal resultado, como es sabido, se reanudaban después de Ituzaingó, y en vísperas de la atrevida empresa de Rivera. No sería extraño, pues, que Dorrego, en esos momentos, hiciera todo lo posible para impedir que López mismo, a quien, sin embargo, alentaría en la tarea, realizara la expedición, a cuyo efecto no le enviaría los recursos necesarios. Recuperados los Pueblos de las Siete Misiones Orientales, las negociaciones de paz continuaron, y el 12 de julio partían para Río de Janeiro los generales don Tomás Guido y don Juan Ramón Balcarce con las instrucciones respectivas. Como era natural, la fundamental era la independencia uruguaya y la entrega de las Misiones!

Nueva reacción de Dorrego a favor de la paz

Pues bien, — y éste es un antecedente muy importante, no mencionado por autores que se han dedicado a estudiar la cuestión de la guerra con el Brasil, a cuyo efecto han revisado los archivos argentinos y consultado muchas obras importantes, ⁽²⁾ — después que marcharon los generales Guido y Balcarce, se produjo otra reacción en el espíritu de Dorrego. Este gobernante cambió de opinión rápidamente, mandando una nota a los citados comisionados para que de ninguna manera firmaran el convenio

(1) "Guerra del Brasil" por J. Amadeo Baldrich, pág. 470. Al respecto he aquí lo que dijeron Guido y Balcarce al discutirse el Tratado de Paz: "La Legación dijo en seguida, que aunque el Gobierno de la República había aceptado explícitamente las bases propuestas por S. M. I. para una convención preliminar de paz, que le fueron transmitidas en extracto por intermedio del ministro de S. M. B., en Buenos Aires, no prestó su asenso a los que en cinco artículos asignó en 18 de marzo del corriente año, S. E. el señor marqués de Aracaty; que por ese motivo la Legación Argentina, fiel a los encargos de su gobierno, se proponía dar su opinión expresa sobre el tenor de las bases." (Conferencia de 11 de agosto de 1828).

(2) Obra citada, pág. 479 y 480.

de paz sobre la base de la independencia uruguaya. Esto era destruir todo lo convenido, debido a la intervención de lord Ponsomby. Era más: era, por parte de Dorrego, decirle al emperador, — quien había iniciado la negociación de paz, proponiéndose esa base *sine qua non* en aquella convención de 18 de marzo, siendo aceptada por Dorrego — que se consideraba fuerte para la guerra debido a algún acontecimiento extraordinario.

¿Cuál podía ser ése? ¿qué impidió la realización de tal pensamiento en el ánimo de Dorrego?

Entre otras causas fundamentales, estaba la influencia que la victoria de Rivera tuvo en todos los rincones de la República Argentina. Rivera, en esos días, fué aclamado, considerado como el *genio de América!*

Dorrego, pues, empezó a sentir las palpitaciones de su pueblo, y de ahí que las respetara.

En su consecuencia, al proceder de aquella manera, lo hizo después de consultar el caso con hombres pensadores, entre los cuales estaba el doctor don Juan J. Gil, ministro en Inglaterra, ilustre argentino, muerto prematuramente para la patria, quienes opinaron de acuerdo con el sentimiento público. ⁽¹⁾

En el fondo de esa reacción de Dorrego podría verse una guerra a las ideas de los hombres de Rivadavia, quienes habían opinado, en un principio, por la independencia uruguaya, llegando algunos, como García, hasta celebrar el tratado de entrega de la provincia al Brasil, que fué unánimemente condenado por el espíritu público, en el cual se fundó Rivadavia para rechazarlo.

Los elementos federales querrían demostrar que Rivadavia había cometido un error, y de ahí que a cada rato reaccionaran, tratando de sacar partido de cualquier suceso, para así exhibir, según ellos, la base falsa de la política unitaria.

En efecto, y esto hasta ahora no se ha publicado en libro alguno, si bien ya lo hemos insinuado en alguna ocasión, el gobierno argentino, reaccionando sobre lo convenido, decía entonces, en documento que existe en el archivo del ministerio de relaciones exteriores: “Los señores ministros no deben consentir en entrar a estipular ninguna clase de tratados que tenga por objeto especial reconocer la absoluta independencia de la Provincia Oriental

(1) La opinión del doctor Gil llegó tarde, pues tiene la fecha de 16 de enero de 1829. Véase obra de Baldrich, pág. 471.

erigida en un Estado nuevo; que, por el contrario, en todos los casos previos han de dejar conocer la oposición que ofrece para ella el pronunciamiento de la opinión conforme y general a este respecto, y el fatal ejemplo de reconocer el principio de poderse ceder o disponer de una parte del territorio en obsequio del tercero, y que en este concepto solamente se consideran autorizados para negociar, ya en el carácter de convención, armisticio, o en el de tratado, *quede sujeta aquella provincia a una independencia temporaria que sirva de ensayo para conocer la disposición a las mejoras que haya adquirido con la experiencia de lo pasado, y al final de la cual se promuncie en favor de uno de los dos Estados a quienes* ⁽¹⁾ *pertenecía. No es posible que el emperador desée establecer la desmembración, porque en ese caso a nadie en lo sucesivo sería ella más fatal que a él mismo. Esta es una observación que no necesita largas explicaciones”.*

Dorrego estaba convencido de su “expresa y terminante resolución”, por lo que esperaba que en caso de rechazarse el pensamiento no se rompieran las negociaciones sino continuarse dando tiempo a que la reflexión y el convencimiento, decía, “obren en el ánimo del emperador, *forzado principalmente por los sucesos que sucesivamente aumentan en favor nuestro*, los que el gobierno no descuidará de transmitir en oportunidad a los señores ministros plenipotenciarios”. ⁽²⁾

Esta nota hacía referencia a dos artículos adicionales que debían agregarse a las *Instrucciones* ya recibidas. En ellos se decía que “la misma integridad del territorio brasilero y la necesidad de mantener la tranquilidad de la República, atrayendo el beneficio común de no dar pábulo a ideas de ensanche, o engrandecimiento, que es de precisión combatir diestramente, ha de estimularles a recabar un artículo expreso en que por ambas partes quede garantida la no desmembración de ninguna porción del territorio, y la obligación de hacer causa común contra cualesquiera que intentase extender sus límites en perjuicio de los países contratantes, a cuyo compromiso ha de sujetarse por el periodo

(1) Está mal este “quienes”, debió decirse “cuales”.

(2) Nota reservada N.º 3, de fecha 26 de julio de 1828, que se encuentra en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina, lo mismo que los demás documentos que en seguida se citan, y que por primera vez se publican en estos países. Yo mismo los copié, cuando en 1904 estuve empleado en el ministerio.

de su independencia temporaria, el gobierno que se establezca en la Provincia Oriental, del modo más firme y terminante, a evitar en lo futuro toda tentativa que sea ocasión de alterar la paz y buena inteligencia que debe producir la prosperidad en estos países nacentes”.

En los artículos adicionales, y en la nota explicativa, se hacen referencias a la necesidad de impedir que los países contratantes pudieran dividirse. Esta pretensión era la misma que había formulado el representante del Brasil en 1824, ⁽¹⁾ a fin de no destruir la obra realizada en la Provincia Cisplatina. Entonces el Brasil quería que la Argentina hiciera idéntica declaración, para así sancionarse la usurpación del territorio uruguayo; declaración que aquélla se guardó muy bien de hacer. Ahora, era ella la que lo pretendía para asegurar sus pretensiones durante la independencia temporaria, y no se reprodujeran los sueños de Artigas al querer organizar una nueva nación con los territorios del Uruguay, Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes. Pretendía imposibilitarla durante la independencia temporaria, pues para después quedaba atada, es decir, no tendría libertad más que para entregarse a uno u a otro de los contratantes!

Lo impolítico del pensamiento se revela con sólo tener presente la influencia que uno y otro país han tratado de ejercer en aquel territorio, aun siendo independiente. ¡Qué vida espantosa habría sido la de esa independencia *temporaria*, para asegurarse cada uno de los contratantes el plebiscito popular al vencimiento del plazo estipulado!

Actitud de los ministros Guido y Balcarce

Ahora bien, ¿qué hicieron los plenipotenciarios argentinos ante semejante cambio de frente de Dorrego? ¿se atrevieron a cumplir la parte de las instrucciones en lo que se refería a la independencia temporaria? ¿tuvieron conocimiento los caudillos orientales de lo que se tramaba? ¿en qué razones concretas se fundaba Dorrego para hacer cambiar de rumbo a la nave, cuando ya se estaba en el puerto y con el ancla en el fondo?

(1) Véase “Orígenes de la diplomacia argentina” por Alberto Palomeque. Esto se estableció en el tratado de 4 de septiembre de 1857, que no se ratificó, celebrado entre el Brasil y la Argentina.

Los señores Guido y Balcarce declararon, en el acto, que “creerían faltar a su honor, a su deber y a la alta confianza con que el gobierno los había honrado, si no hiciesen con franqueza las observaciones que naturalmente fluyen del contexto de la citada nota, cuyas prevenciones están contrastadas con la naturaleza de las cosas, con la experiencia del pasado y con el cuadro presente que los plenipotenciarios tienen a la vista, y quienes nadie más que ellos pueden avaluar debidamente, por lo mismo que están sobre el lugar de la escena”.

Después de este preámbulo, en el cual se vislumbra lo que iban a decir los señores plenipotenciarios, hacían presente que “muy desde luego conocieron, al iniciar sus tareas, que la independencia temporal de la Provincia de Montevideo estaba reprobada en los consejos del gabinete del Brasil, y que sobre esta base sería muy difícil, por no decir imposible, negociar con provecho”.

Este conocimiento regló la conducta ulterior de los plenipotenciarios, por lo que decían: “Desde que la adquirieron debieron tentar otras vías, y éstas no podían hallarse sino en la independencia absoluta. Esta base no ha sido recibida con la prevención que la otra, *en lo cual sin duda tendría mucha parte el punto de honor que es natural se haya formado este gobierno, de tratar sobre una base propuesta por él, de antemano aceptada por la República, comunicada por su gobierno al jefe de los orientales, y aceptada por él satisfactoriamente*”.

Los negociadores continuaban recordando a su gobierno que “todas las aberturas y proposiciones ulteriores se han dirigido en este sentido, del que será *preciso* ahora hacer una desviación, si, como previene la nota que se contesta, deben separarse ideas cuya tendencia sea la absoluta independencia de la Provincia Oriental y formación de un Estado nuevo”.

En presencia de este hecho grave, — que todo lo trastornaba, en el que sufría la seriedad del propio gobierno argentino, al separarse de una base fundamental ya aceptada por todos los interesados, por lo que podía decirse que los plenipotenciarios no habían ido a Río de Janeiro sino sobre seguro, a llenar una formalidad diplomática, — los generales Balcarce y Guido se consideraron obligados a recordar que su “existencia política y honor individual estaban identificados con el crédito de su gobierno y con los intereses más vitales del Estado Argentino”, por lo que se “permitían, en obsequio de respetos tan sagrados, ir más ade-

lante en sus observaciones y analizar los fundamentos en que está motivada la resolución del gobierno contenida en la citada nota, bien persuadidos que en todo caso se apreciará de un modo digno el espíritu que preside a sus explicaciones”.

Hoy, que por primera vez la historia argentina conoce la actitud circunspecta y correcta de los generales Guido y Balcarce en el incidente grave que relatamos, tiene una ocasión más para enaltecer la memoria de tan conspicuos personajes. Ellos, con su prudente sabiduría, cortaron de raíz un mal que empezaba a desarrollarse y tomar grandes proporciones. Dorrego había perdido la cabeza — *¡esta cabeza! ¡esta cabeza!* — como le decía a Pueyrredón, — que tantas cosas indebidas le hizo hacer en su vida impulsiva, rescatadas con su martirio y su valor en la hora de la muerte!

Argumentos de Dorrego impugnados por los negociadores

Los ministros recordaban que eran tres los principales argumentos hechos por Dorrego para “convencer de la necesidad de la variación: 1.º, las últimas ocurrencias de esta Corte con motivo de la sedición de las tropas extranjeras; 2.º, los avances de la expedición del Norte; 3.º, la circunstancia del aumento de nuestra fuerza marítima”.

Como era natural, esos tres argumentos fueron victoriosamente rebatidos.

La sedición de los irlandeses y alemanes estaba concluída; los primeros se habían ausentado para su país, y los alemanes habían sido distribuídos en el Imperio. Fué un error de Dorrego el de haber querido participar de tan vergonzoso hecho. ⁽¹⁾

La circunstancia de haberse aumentado la armada con cuatro insignificantes buques, por obra del entusiasmo popular (la fragata hamburguesa *Matilde*, la goleta francesa *Hydra*, y los bergantines americanos *Faney* y *Allister*), no era un hecho de importancia.

Y, por último, como se vé, se invocaba el triunfo de Misiones, es decir, el ejército del norte, comandado por Rivera; cuando,

(1) Véase Baldrich, pág. 460 y “Revista Nacional”, trabajo del doctor don Manuel F. Mantilla.

en lo único en que Dorrego pensaba era en arrancarlo a Rivera del país para lanzarlo sobre el Paraguay, no queriéndole de manera alguna en la guerra con el Imperio. Por lo demás, no había tal *ejército del norte*, sino elementos dispersos que se preparaban para reingresar a territorio uruguayo, porque ya todos sabían que la paz era un hecho sobre la base de la nueva república. Los soldados de Misiones nunca pertenecerían de verdad a tal nominal ejército del norte.

Como los plenipotenciarios lo declaraban, ellos habían ido a Río de Janeiro sabiéndose lo ya pactado, hasta *por el jefe de los orientales*, que lo había acatado. Esta paz era un hecho ya consumado, y no podía volverse atrás. Desde *marzo 18 de 1828* así estaba consignado en la convención enviada por el Emperador, y entregada a Dorrego, que la aceptó, con conocimiento de los orientales. En prueba de ello, éste designó la respectiva misión el *17 de junio*; y el *12 de julio* partían los plenipotenciarios, que concluían el tratado el *27 de agosto de 1828*.

El llamado ejército del norte, que aquí se hacía valer, ahora, para querer continuar la guerra, respondiendo a la gritería popular, que ignoraba todos los secretos de Estado, sólo serviría para imponer la paz, ésta que Dorrego creía comprometida, a triunfar Rivera en Misiones. El Emperador no miraba ese ejército como elemento de guerra, sino como pródromo de paz!

Estas nuevas *Instrucciones* colocaban a los negociadores en una bien difícil situación, la cual estaba expuesta, de una manera concluyente, en esa fundada y literaria nota, obra, puede desde luego asegurarse, del ilustrado escritor el general don Tomás Guido, honra y prez de las letras argentinas.

Al ocuparse de la influencia de la toma de las Misiones, se hacía una declaración de sumo interés político. Ellos decían que "cuanto mayores sean los progresos de la expedición del norte, tanto más derechos creerán haber adquirido los orientales para *conquistar una independencia, que, sin esos títulos nuevos, ha sido siempre objeto de su idolatría*, por más que las circunstancias particulares en que se han visto, los hayan reducido *algunas veces a adoptar el arbitrio de la simulación*".

Guido y Balcarce hablaban como una pitonisa. Ellos habían actuado muy de cerca con los orientales. Conocían a fondo aquel pueblo, incapaz de agachar la cerviz. Habían tenido a su lado hombres de aquel terruño, muchos de los cuales ahora vagaban

por Misiones, con Rivera, ⁽¹⁾ y conocían a fondo sus tendencias ingénitas. En dicha frase no hacían más que reflejar el sentimiento de ese pueblo indómito, el cual, unas veces, se presentaba brioso, de cuerpo gentil, en la lucha por su independencia, mientras otras, como aquellos lo decían, recurría a la *simulación*. Esta expresión, que pasará a la historia, explica perfectamente la Declaratoria del 20 de agosto de 1825 sobre incorporación de la Provincia Oriental a las Provincias Unidas del Río de la Plata. La intención de los negociadores al emplear esa frase era marcadísima. A esa actitud de los caudillos orientales se referían evidentemente los generales Guido y Balcarce, confirmada una vez más por los incidentes de esos días, precursores de Misiones, de que pronto hablaremos. Como se vé, los negociadores argentinos daban a la invasión de Misiones el carácter emancipador que en sí tenía, respecto del cual tan equivocado se hallaba Dorrego. De ahí vendría la paz, y la independencia absoluta. Nunca podría deducirse de él un argumento para la continuación de la guerra.

Destruído este argumento, quedaba el relativo al aumento del armamento naval. Los negociadores alegaban "las enormes dificultades que habrá que vencer antes de la realización del armamento naval, después que han tenido presente el monto de la subscripción, a pesar de estar de por medio el patriotismo de los contribuyentes, el impulso vigoroso de un gobierno y la valentía del proyecto que se tiene en vista. De todos modos, si éste llegase a realizarse un día, lo que desean sinceramente los que subscriben, no por eso sólo habríase eludido la eventualidad de los acontecimientos que son tan ordinarios en el curso de las operaciones marciales. Además, S. M. I. avisado de este peligro por los papeles públicos de esa capital, ha dispuesto sea reforzado el bloqueo inmediatamente con una fragata de guerra, una corbeta, y algunos oficiales destinarlos a la escuadra brasileña en el Río de la Plata".

Rebatidos los tres argumentos hechos, arribaban a la conclusión de que era "poco menos que un imposible moral el que llegue a negociarse la paz bajo otra base que la de la independencia absoluta de la Provincia Oriental". Y dicho esto, exponían consi-

(1) El coronel don José María Palomeque, ayudante de Balcarce en la guerra por la Independencia Argentina, era ahora uno de los ciudadanos que se hallaban en la invasión de Misiones.

deraciones muy sesudas, que la historia debe recoger y divulgar, no sólo por emanar de quienes emanaban, sino por la profundidad del pensamiento.

Es la primera vez que en este asunto se va a la intra-historia, y se escucha la voz de ultratumba de los protagonistas en el drama. Aquí hablaban en reserva, confidencialmente, decían su íntimo ideal, sin ocultamientos de ningún género, sin temor de quien les escuchaba ni de comprometer intereses generales.

“La contienda por su naturaleza”, decían con criterio elevado, “prolongación y demás circunstancias que la afectan, se ha convertido positivamente en una verdadera guerra de opinión. Podría decirse, sin impropiedad, que de ambas partes se disputa más por el crédito y buen parecer de los beligerantes, que por intereses de otra naturaleza distinta. De consiguiente, debe creerse que nunca habrá punto de contacto, sino en aquel medio que concilie el decoro, o sea el orgullo nacional, si se quiere, de los dos Estados contendientes. Este medio no puede hallarse sino en la absoluta independencia del país disputado, con cuyo arbitrio ambos beligerantes quedan bien puestos, ganando recíprocamente cada uno en lo que pierde el otro, y ganando ambos simultáneamente en la nueva categoría y ser político del cuerpo moral sobre que pendía la controversia, en las garantías que él proporciona para impedir la colisión de los partidos, y el choque de los intereses de los beligerantes entre los cuales viene a interponerse ese mismo Estado como medianero nato de sus diferencias.”

Este raciocinio de alta filosofía política, nacido de la talentosa mente de los negociadores, parecía no bastarles. Querían demostrarle a Dorrego el abismo a donde iría a parar si contrariaba “la opinión general de la parte pensadora de ambos Estados, la del pueblo oriental que afecta, conoce sus verdaderos intereses, y el sufragio de la potencia mediadora, cuya última circunstancia, decían, es notoria hasta la evidencia a los ministros que subscriben”. Por eso le recordaban que “la base de la independencia absoluta libraba a la República Argentina, o al menos a Buenos Aires, de una guerra doméstica con la Provincia Oriental, y la libraba con honor y provecho de ambas, pues ahora, decían, “no es la Provincia de Montevideo la que exige, ni la de Buenos Aires la que difiere a su solicitud, sino a la de un poder tercero, que tiene posesión y derechos probables que hacer valer, fuerza en que apoyarlos, y títulos en su mismo desprendimiento, *con que*

algún día enajenaría tal vez la afección de los orientales en perjuicio de la República Argentina, colocándola en mal punto de vista con ellos mismos por la iliberalidad con que caracterizarían la resistencia inesperada del Gobierno de la República a formar de la Provincia Oriental un Estado nuevo e independiente”.

El talento político estaba ahí de manifiesto. Balcarce y Guido se apresuraban a decirle a Dorrego: “no contradiga usted la opinión general de ese pueblo; déjelo usted libre e independiente, respetando ese sentimiento autónomo que acaba de manifestarse en el choque de Lavalleja y Rivera con Alvear y Rodríguez, y en la acción atrevida de la recuperación de los Pueblos de las Siete Misiones Orientales; esa es no sólo la opinión de quien es dueño de sus intereses, sino también de la gente pensadora de ambos Estados”.

No convenía tirar demasiado la cuerda, porque entonces ese pueblo, con el andar del tiempo, buscaría en los hombres del otro lado del Cuareim lo que ellos aparentemente le habían dado: afecto y cariño. Era necesario concluir con la colisión de los partidos de la nueva provincia con Buenos Aires, para evitar guerras domésticas. Esto lo veían claro los negociadores. Dorrego se convencería de ello, mas no así los hombres que pertenecieron a su agrupación futura. No quisieron escuchar la palabra profética de Guido y Balcarce, y buscaron en esa colisión, en esa conmixtión política, la solución de problemas venideros, que produjeron la intervención del tirano Rosas, con su instrumento Oribe, en la provincia independiente. Y entonces, ese núcleo de argentinos se enajenaría la simpatía de aquel país, el cual buscó, como lo previeron Guido y Balcarce, en los brasileños, la alianza de 1851, para ir contra el poder dictatorial de Buenos Aires, y vencerlo!

Y quienes tal acontecimiento extraordinario y solemne desarrollarían en 1851, serían los perseguidos de 1828 contra los perseguidores de la misma época. El sentimiento autónomo que estalló en Misiones en 1828, sería el mismo de 1843 frente a las huestes de Rosas y Oribe en Montevideo. Era el mismo que les había legado Artigas: ni españoles, ni brasileños, ni argentinos!

Era vidriosa la situación de los ministros. Ellos así lo reconocían, por lo que le decían al ministro de relaciones exteriores

y de guerra y marina, brigadier general don José Rondeau, que "sabría valorar el conflicto en que se encontraban, al tener que respetar y obedecer órdenes que están en tan manifiesta contradicción con su convicción íntima, con su conciencia, y que en cierto modo destruyen una parte de sus primeras instrucciones".

Sin embargo, como buenos soldados, se colocaban al frente del enemigo, y, acatando las órdenes recibidas, estaban "dispuestos a no perdonar medio para que se llenaran las intenciones de su gobierno, y las pondrían en acción a todo trance para llevar la negociación al punto de partida que señalaban los artículos adicionales, bien que sin lisonjearse del éxito en ese punto, así como se lisonjearan, decían, de haber procedido hasta aquí sobre principios honrosos a su patria, a su gobierno y a su carácter público, y en conformidad a las instrucciones que recibieron. (1)

Hacían las del héroe a quien se le envía al sacrificio.

La documentación exhibida y extensamente extractada, porque así lo impone la solemnidad del asunto internacional, que recién hoy se exhuma de entre el polvo del archivo ministerial, viene a colocar las figuras simpáticas y talentosas de los generales don Tomás Guido y don Juan Ramón Balcarce en el lugar que realmente les corresponde.

En efecto, ellos salvaron su conciencia en esa nota allí *reservada* durante cerca de 80 años. Mientras tanto, al leer los protocolos de la Convención de Paz del año 28, se ignoraba cuál fuera el verdadero sentimiento de esos hombres. Ellos reconocían que debían callar y obedecer ostensiblemente, aunque dejando allí, en nota *reservada*, la manifestación elocuente de sus sentimientos íntimos, para que la posteridad algún día los juzgara. Mientras tanto, en las actas labradas al discutirse la Convención de Paz aparecían cumpliendo con lo ordenado en las *Instrucciones*, como soldados enviados al sacrificio. Pero su conciencia, como ellos decían, estaba descartada del asunto.

Los historiadores, que nada de lo expuesto conocían, han atacado a los negociadores. En efecto, don Antonio Díaz nos dice: "Es sensible que tratándose de un asunto esencialmente democrático, *fuesen batidos en brecha los plenipotenciarios republi-*

(1) Nota de Balcarce y Guido al ministro Rondeau, fechada en Río de Janeiro a 18 de agosto de 1828, en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina.

canos por los representantes imperiales. ¡Tanto le costaba a la República Argentina abandonar la última esperanza!" (1)

¡Ah! Si el señor Díaz hubiera conocido lo expuesto, habría dicho: "¡Honor a quienes mejor que los representantes imperiales, supieron colocar las cosas en su lugar y proclamar bien alto el sentimiento independiente de los orientales, que los conducía hasta la *simulación* para llegar al logro de sus aspiraciones!" Ese valor de los plenipotenciarios argentinos de saber guardar silencio, para no revelar un secreto de Estado, enaltece sus personalidades. Supieron ser fieles a la confianza en ellos depositada, y nunca se atrevieron a desplegar los labios para relatar lo sucedido.

Cuando los plenipotenciarios argentinos propusieron al Imperio el artículo adicional sobre la independencia *temporaria* de cinco años, sabían que iban al fracaso, contrariando los sentimientos de la *gente pensadora de ambos Estados*. De ello se aprovecharon los representantes imperialistas para aparecer, ante la historia, atrayéndose ese *cariño* de los orientales de que hablaban Guido y Balcarce. Ellos dijeron entonces: "Que no podían excusarse de notar que se tentase el arbitrio de una independencia temporaria, quimérica e insuficiente; que la honra, así de la república como del Brasil, consistía en que, conviniendo una vez en constituir entre ambos Estados un tercero, gozase de una independencia duradera, sin que quedase la sospecha de que alguno de los dos Estados contratantes se reservaba pretextos para ingerirse y trastornar sus destinos: que el ensayo de la independencia de aquella provincia por el espacio de cinco años, era considerado por los ministros de S. M. *como ofensivo e injurioso a los orientales*, porque era lo mismo que darles por mitad la libertad que pretendían, y sujetarlos a un vergonzoso estado de pupilos." (2)

Los señores Guido y Balcarce, al oír todo esto, y mucho más que creyeron del caso exponer los representantes brasileños, se dirían para sí: "Pero, si estáis predicando a convencidos; si supierais que es el triunfo de Misiones, obtenido por el esfuerzo de los orientales, entre otros sucesos, el que ha hecho cambiar de criterio a la República Argentina!"

Por lo demás, esas Misiones fueron materia de controversia.

(1) Véase pág. 74, nota, obra de don Antonio Díaz.

(2) Conferencia del 14 de agosto de 1828.

El Emperador llegó hasta el punto de declarar que daría *por rota toda negociación* si se pretendía discutir la posesión *temporaria* de las Misiones hasta la evacuación de la plaza de Montevideo por el Imperio. Los plenipotenciarios argentinos tuvieron naturalmente que ceder en ambas cosas. Y ¡cosa curiosa!, del protocolo aparecen vencidos los argentinos; pero, de todo lo que hemos expuesto resulta que ambas partes estaban de acuerdo. Dorrego habría sido el primero, según Pueyrredón, quien lamentaría, antes de realizarse, la toma de Misiones, porque suponía que Rivera se opondría a su devolución, dificultando la paz. Y Rivera no se opuso, y la paz se hizo!

Mientras tanto, la historia escrita protocolarmente hace aparecer a los imperialistas con *cariño* por los orientales, para quienes consideraban *ofensivo e indecoroso la independencia temporaria!* Felizmente allí está la nota *reservada* durante 80 años, poniendo en claro el amor de los argentinos.

¡Cuánta palabra profética! Esa nota de Guido y Balcarce es un timbre de honor para la Argentina, siendo de lamentarse haya permanecido *reservada* tan largo tiempo.

Cábenos la satisfacción de haberla rastreado y entregádola a la publicidad.

ALBERTO PALOMEQUE.

Setiembre de 1914.

LA PROGENIE DE HERCULES

*Al Dr. Francisco E. Correa, Diputado
Nacional por Santa Fe.*

Hace mucho tiempo que Alberdi, buscando en sus *Bases*, la raíz de nuestras luchas civiles y la debilidad financiera de las provincias frente a Buenos Aires, en motivos que no fueran una simple rencilla de hombres y de divisas, los encontró, no tanto en la situación política en que España nos dejara después de la colonia, como en la fundación de las ciudades que posteriormente a las guerras de la Independencia, constituyeron el mapa definitivo de la República.

Desde un punto de vista geográfico y comercial, nada hay que ofrezca en materia de conquistas un tan notable contraste, como las ocupaciones inglesa y españolas en América.

Mientras la primera, tendió a prolongarse a lo largo de sus costas marítimas, creando ciudades independientes sobre el océano, libres las unas de las otras, sin más vínculos comunes que los de la lengua y la tradición, tuvo en la facilidad del tráfico directo con la civilización occidental, la capacidad económica necesaria para el fundamento de una democracia y el campo abierto donde germinó con éxito la libertad de pensar.

Los Estados Unidos fueron un país desde su origen. Su paso de colonia inglesa a república independiente, fué un cambio constitucional y no político. Políticamente gozaron bajo la colonia, de un territorio repartido con más o menos homogeneidad, de franquicias comerciales, de los rudimentos de una civilización y de una lengua que los unificaba, en el peligro constante de los indios en el Oeste y de los negros en el Sur. Peligro éste, que resultó a la larga más terrible que aquel, porque como los indios no se sometieron ni se mezclaron, su exterminio fué total, en tanto que

los negros traídos y vendidos como esclavos, no sólo se sometieron, sino que se propagaron y aunque los norteamericanos los odien y los desprecien, tienen por la constitución iguales derechos y garantías, por donde este singular retazo africano, transportado únicamente con miras comerciales, vino a apropiarse con el tiempo, de los beneficios con que en un gesto de fraternidad, aquella envolvió por igual a todos los habitantes de la Unión. Estos, en cambio, se lo han agradecido, dejando sobre una extensa porción del territorio, la mancha oscura de su infamante origen y la multiplicación de su prole incapaz. Hermosa lección.

Los grandes Estados, como las grandes ciudades americanas, colocados los unos y las otras, en idénticas condiciones ante la competencia del comercio universal, hicieron de esa faja atlántica, tan bien aprovechada, la base de su actual prosperidad.

Su *Far West*, el Oeste americano, vino más tarde, cuando el Este, es decir sus costas marítimas, daban con sus puertos, su riqueza material y sus vías de comunicación, las facilidades suficientes para volcar en el océano, el trabajo de ese oeste fabuloso, tan parecido a la pampa nuestra, con las relatividades del caso y cuya vida agrícola y rural, nos llega de continuo, popularizada en los libros de Roosevelt o en las películas de los cines.

Crearon con las fuentes de sus recursos los orígenes legales de su libertad. Pudiendo pagar los gastos de su democracia tuvieron el derecho de discutirla, creyendo con razón que las democracias que no se costean, tienen la libertad de los millonarios que viven a préstamo de sus usureros. Y aunque neguemos al capitalismo como doctrina, no seamos pesimistas para con el dinero que es su hijo mayor. Ni creamos que la riqueza pública americana sea el fruto de la pobreza relativa de sus habitantes. Afirmarlo sería comodidad y creerlo escepticismo.

Trapeicio que se sostenga con estas cuerdas le rompe, por lo general, los huesos al equilibrista.

Por esto hay que respetarlos, porque se hicieron respetar. Frente a la Europa de la Santa Alianza, aparecieron un día en momentos bien solemnes para América. Y no fué entonces su razón, ni su justicia, ni su derecho, sino su potencialidad económica para comprar buques y armar soldados, lo que detuvo las ganas nada tranquilas con que nos amagaron españoles, franceses y rusos. No era precisamente en nombre de una doctrina, antes bien, de una actitud, por lo que la banda temible se quedó en la

otra orilla. A la doctrina, se la pudieron llevar por delante, pero a la actitud que los obligaba a tomar otra, no. Fué así como nació la doctrina Monroe, de un bravo gesto de coraje. Claro que como doctrina, venía a culminar en una manera de pensar, ya especificada y delineada en casi todos los mensajes de los presidentes anteriores, del Congreso mismo, de Clay su portabandera, y de una opinión pública favorable a la no intromisión europea en América. Pero todo esto no hubiera valido nada, si llegado el momento, la doctrina no hubiera sido más que papel escrito. Monroe demostró lo contrario. De ahí que hay que referirse a su actitud primero y a la doctrina que lleva su nombre después.

De aquellos días a hoy, han pasado muchas cosas entremezcladas con el viejo episodio. Buscando dinero, los norteamericanos han hecho adelantar la civilización. Tendrá que agradecérselo ésta si es honrada, como los químicos a la alquimia y los libros incomprensibles a los prólogos que los aclaran. Porque el dinero podrá pasar, pero las conquistas del espíritu humano no. Puede que el dinero que ha sido su objeto, llegue a constituir su preocupación. Detengámonos, sin embargo, y no filosofemos. Lo que está ante nuestros ojos, es algo tan claro y tan fuera de toda abstracción, que si ésta quisiera sentarse, para levantar cómodamente sus construcciones ideológicas, sería atropellada veinte veces al día, por los que yendo de prisa, suponen que el pensamiento que no tiene una expresión práctica y concreta, resulta perezoso por lo improductivo.

Qué me importa que los discos de Edison o el telégrafo de Morse, enriquezcan con su producto los bolsillos de un comerciante, inclusive los del inventor, si en la música que guardan o en las palabras que transmite, está patente e indiscutible el triunfo de la inteligencia y del ingenio, que sin buscar el camino oculto, de esa verdad eterna que los teósofos suponen agazapada en las páginas de algún libro, ellos la anticipan sin anunciarla demasiado, en la forma de una máquina agrícola, de un hilo telefónico o de la maravilla sorprendente de la lámpara eléctrica.

Y todo esto es el fruto del estímulo, de la energía, del deseo de tener dinero. Siendo una conciencia nacional, la pública consideración que otorga, se supone que los que lo ganaron poseyeron algo más que la suerte gloriosa o nefasta del jugador. Es pues, una de las formas de la selección natural, no hay que considerar de otra manera el apetito de su posesión.

Y si representa la comodidad de la vida y la libre originalidad de las ideas, si ensancha el corazón en lugar de oprimirlo y sirve con lealtad a los ideales que ni apaga ni mata, antes bien los resucita si es que han muerto, quédenos su provecho para encauzarlo en los nobles afanes a que sea menester y despreciemos la filosofía amarga de los amargados, no porque el dinero exista sino porque no lo poseen.

Hay una literatura que lo combate y colocado dentro de sus páginas el crítico que lo fulmina, está en las condiciones del que públicamente odia, a la mujer que adora en secreto, o de los que aparentan inhibirse de las posiciones a las que en silencio aspiran llegar.

Triste destino el de los pueblos sin independencia financiera, como el de los hombres sin recursos personales, carecen los unos de una efectiva conciencia política, como soportan los otros, el dolor azaroso de poner un tabique de miedo entre el mundo de los hombres y el del espíritu. El pensamiento, sin la palabra que es su resorte y su traje, es un hijo eterno que pegado en las entrañas no se pudiera concebir. A este precio, más le valiera no asomarse en la forma de una llama ardiente, por los ojos que su fuego quema y no consume, ni agitar convulsivamente las manos que lo delatan en la nerviosidad de los dedos, ni ponerse a la sombra de una vida, para alumbrarla mezquina y temblorosamente, mientras en un rincón del cerebro, como un sufrimiento, se renueva su alcohol inmortal.

¿Y nosotros?

¿Fuimos un país antes y después de 1810? ¿Políticamente lo fuimos?

Que en la geografía americana, el mapa de la Argentina se extendiera hasta el estrecho magallánico y se recostaran sus lagos interiores, en porciones de leguas por el sur andino, nada importa. Bien sabemos que la república no era eso. Hoy mismo no lo es; es algo que está por hacerse.

La República la constituían, entonces como hoy, por sobre todo Buenos Aires y unos cuantos puntitos, más en el interior que en el litoral, lo que era un contrasentido.

Esos puntitos eran: Córdoba en primera línea, Tucumán arriba,

y las florecientes provincias andinas, nacidas con el tráfico de Chile, amén de las otras, secundarias, ogaño como antaño, exceptuando Santa Fe y Entre Ríos.

Bien se advierte que no eran éstas las vías de la civilización y del comercio. Surgieron de un plan extraño a estas especulaciones.

El camino al Perú fué el secreto de su fundación. Se hicieron buscando su ruta o volviendo de ella. Desde el punto de vista de la comunicación con el mundo de occidente, nos resultan absurdas, desde el punto de vista del interés en el vellocino peruno, tienen su lógica.

Esto dió por resultado la existencia de diez provincias absolutamente mediterráneas, tres litorales y una marítima... en el país cuya costa atlántica hubiera podido albergar ciudades que serían emporios en la actualidad.

Al revés de los Estados Unidos, hemos poblado el Oeste, antes que el Este; el desierto interior a despecho de la costa comunicable y abierta. Hicimos trece casas con una sola puerta que era Buenos Aires. Porque ni aun Santa Fe y Entre Ríos, con estar sobre el Paraná, pudieron librarse de quedar encerradas, a pesar de su río, el día que a un Rosas, por ejemplo, se le ocurrió prohibir e impedir la navegación de los ríos interiores.

Y he aquí a todo un país, entrando y saliendo por un solo conducto. El secreto de nuestras luchas civiles ha residido en esto. En que el país, con un solo punto de comunicación exterior, quedaba con una única aduana. Forzosamente la provincia en donde se hallara colocado ese elemento de poder, tendría que imponerse a las demás.

La desigualdad económica de nuestras provincias y de nuestras ciudades, con respecto a Buenos Aires, ha pesado, como pesa hoy día, en una desproporción tan evidente que el extranjero que se ocupa de nosotros, es lo primero que ve: el bienestar material que permite hacer avenidas en Buenos Aires y la miseria de provincias como La Rioja, San Luis o Jujuy, donde a lo mejor no hay agua buena para beber. Y son provincias argentinas, tan provincias como las ricas y tan autónomas. Pero de qué les sirve la autonomía?... Sin duda para tener una constitución.

Y es que estas provincias no tuvieron una razón de ser comercial. Y ahí está todo. El tiempo y las circunstancias, se vengaron de no haberlos tenido en cuenta, haciendo de Santa Fe y Entre

Ríos, inferiores a Mendoza y a San Juan, en el año 10 y en el 20, lo que tenían que ser una vez promulgada la libre navegación de los ríos, a la tarde siguiente de Caseros.

¿Y por qué? Porque estaban sobre el Paraná, sencillamente.

Y Córdoba, que era una señora ciudad, la gran ciudad argentina cuando Sarmiento la evocó en su "Facundo", comparémosla con Rosario, que a pesar de su lejana fundación, sólo comenzó a vivir a raíz de las disidencias de Buenos Aires con las provincias, hasta convertirse en puerto de la Confederación?

Apenas si alcanza a sesenta años, la fecha de este acontecimiento y ahí está Córdoba y ahí está Rosario. ¿Y por qué? Porque el Rosario es la salida de todo el interior argentino y está sobre el Paraná.

Ahí tenemos a Bahía Blanca, comparémosla con cualquiera de las ciudades del interior nuestro, ciudades que le llevan doscientos y trescientos años de vida y Bahía Blanca, será, sin dudarle un segundo, la tercera ciudad de la república, porque no tiene más que llamar los buques a su puerto. Formidable razón. Todavía vamos a ver a todo ese sur desconocido para nosotros, surgir, nada más que por el prodigio de sus costas marítimas, una vez intensificada la población, casi nula hoy, en razón a su enorme extensión y surgir con ventaja sobre las más viejas ciudades argentinas.

Y es que ahí ha estado el verdadero país. La República futura se está fabricando en silencio como todas las grandes creaciones. Cierto es que para preparar y afrontar tan grandioso suceso, no contamos más que con la inmigración, poca cosa con ser mucha.

Vamos entregando de esta manera, todas las nobles ocupaciones de la tierra al brazo extranjero. Nada hacemos en pro de una población agrícola nuestra. Sé que algo se hace, pero es tan poco, en relación con lo que se debiera hacer, que este esfuerzo por lo débil, se pierde en la nada.

No tenemos en realidad más que dos grandes problemas: el de la educación primaria y el de la ocupación de la tierra. Que esta última sea ocupada y explotada por manos nativas, es la mejor obra de patriotismo que se le puede hacer a la República.

Lo de problemas espirituales, sociológicos y de otra índole, es pura literatura, gusto de gastar papel, gente que vive en Buenos Aires y no se da cuenta del país en que vive. Ante la visión pavo-

rosa de leguas y leguas desiertas y que hay que poblar, el problema agrario asume la primacía sobre todos.

¿Qué sacamos con ser argentinos y tener una patria común, si comenzamos por ser extraños a la tierra en que vivimos, desde el momento que ni la usufructuamos ni la cultivamos?

Despreciamos la patria de oda lírica, cantada a menudo con los himnos de la adulonería y quedémonos con la efectiva y la cierta, la patria que haciendo propietarios de la tierra los inviste del más sagrado título para la defensa de su suelo. País que no tiene intereses materiales que defender, no tiene tampoco motivos poderosos para luchar.

¿Acaso nuestra juventud está vinculada en algo con este problema? ¿Lo conoce acaso? La excepción entre ella debieran ser las carreras liberales, sin embargo, son su plato apetecido. ¿Y por qué si nuestros intereses individuales y colectivos nos tiran lejos de las facultades, nos recibimos de abogados y médicos sin que los pleitos abunden y sin que los enfermos sean tantos?

Porque nuestra educación conspira contra nuestros propios intereses.

El Colegio Nacional, tipo de nuestra educación media, no llena ninguna de las funciones para la que está llamada la juventud en un país como el nuestro. La educación intelectualista que proporciona — sin serlo por supuesto, pero hay que darle algún nombre — lleva a la facultad derecho o al fracaso seguro cuando se deserta de ella. No la llevan a la vida que vivimos y de la que debiera participar.

Esta orientación intelectualista de nuestra enseñanza que comienza en el Colegio Nacional debe forzosamente terminar en la Facultad!... ¡Ya tenemos Facultad de Ciencias Comerciales!

Puesta la mano sobre el corazón, ¿siente el país la necesidad de institutos de esta naturaleza? Esto es crear una casta de mandarines, una burocracia que vivirá de todo menos de su oficio. Nace este instituto a costa de las tres cuartas partes del país analfabeto, del Chaco frondoso y desconocido, de la Patagonia desierta, con provincias pobres, a pesar de sus recursos, sepultadas en sus capitales miserables. La creación de este nuevo doctorado da idea de cómo se ha entendido la instrucción pública entre nosotros.

El día que lleven un Colegio Nacional por Río Negro, Chubut o Santa Cruz, todos dejarán sus trabajos para ser doctores en

Buenos Aires, que es precisamente lo que les sucede a las provincias del interior, que tras de no tener población, los pocos bachilleres que egresan, una vez en Buenos Aires, no quieren volver. El Colegio Nacional les ha abierto la puerta para que se vayan, en vez de cerrársela para que se queden.

Pero, ¿cómo se los obliga? Ahí está la palabra de orden. Hay que transformar totalmente al Colegio Nacional o dejar los necesarios y crear un nuevo tipo de escuela en armonía con la vida actual del país.

Cuando escribo estas líneas no puedo omitir el nombre del doctor Osvaldo Magnasco. Está tan vinculada su obra y su espíritu a la reforma de que me ocupo, que por un tiempo, la reforma y el reformador fueron una sola cosa.

Ojalá suceda cuanto antes este cambio radical en nuestra enseñanza, que lo sería en nuestras costumbres.

Tendría así, esa Patagonia de leyenda, elementos con que afrontar el destino que le está deparado.

Su clima, su extensión, su situación geográfica, crearán un tipo de argentino nuevo, grandote y fortacho como sus antecesores indígenas y nueva ruta para el comercio del mundo.

Como sólo con ciertos elementos se acometen ciertas empresas, no ha de ser con doctores de la Facultad, con lo que se ha de desafiar los vientos patagónicos, la soledad de los valles y el silencio de los grandes lagos. Por algo se llama este artículo: "La Progenie de Hércules". La progenie del atleta y del héroe, amasada y asoleada en tierra argentina, al calor de las faenas agrícolas y de la vida rural. Esta es nuestra vida, nuestro presupuesto, nuestra razón de ser, porque todo principia y termina entre nosotros con las lluvias y las cosechas.

Y es así, si la tierra es nuestro gran problema y nuestra gran política, la primera preocupación debe ser, después de amarla, trabajarla. Porque un pueblo que no cultiva su territorio, no lo posee, lo habita nada más. Y cuidado, que esto no esté pasando con nosotros.

JORGE WALTER PERKINS.

EL HILO DE ORO

La senda estéril.

Quiero hoy rimar mi verso
con un ritmo quimérico y cansado,
que tenga el feble son
de una canción de otoño en lejanía,
para que mi alma pueda
vagar como un espíritu encantado
por este lago azul
de mi vieja y lustral melancolía.
Ya no puedo vivir,
Señor, dame la paz de tu remanso.
La bestia del dolor
ha saciado en mi carne su apetito.
Ciego de fe te busco,
Señor, en dónde estás, que ya me canso,
que ya muero, Señor,
que ya siento el horror de estar maldito.
Dí mi sangre a la vida
con la casta pasión del sacrificio,
dí mi alma a la ilusión
contra la angustia de ruines tentaciones,
y hoy, sin sangre y sin alma,
siento el ciego y oscuro maleficio
del gusano que muerde
el hilo azul de las meditaciones.
Voy solo por la senda
que cubrió de cadáveres el Viejo.
Un sol cristiano muere
sangriento y dolorido en el ocaso.

Los ojos de los muertos
incendian su fosfórico reflejo
y la voz de la sombra
murmura maldiciones a mi paso.
Busco reposo y lloro
por tanto amor que pudo ser, perdido.
Quiero morir y siento
la pena de mi vida abandonada.
Me angustian el cansancio
y la paz de la tierra y del olvido.
Muero, lleno de horror,
porque detrás de mí no dejo nada.

Ananké.

Hastiado de esa feria miserable y maldita
que destrozó mis sendas en flor del porvenir,
ya sólo busco, enfermo de esta pena infinita,
una piadosa mano que me ayude a morir.

Todos fuisteis conmigo generosos y buenos,
si hubo en algo una culpa, la pusieron quizás
lo que las fuerzas ciegas meditaron de menos
o lo que el claro espíritu se iluminó de más.

No lloreis por la pobre juventud de un payaso
que mostró sus cartones por conservar su raso.
Lo mejor de mi alma fué su ruta escondida.

Y acaso ahora mi carne, de regreso a la tierra,
podrá mostraros todas las ternuras que encierra,
dando vida a esas rosas que le negó la Vida.

Oriente.

Las plebes tienen hambre de justicia.
Legislador, arrójales un hueso.
Y tú, burgués, explota su estulticia
con un poco de patria y de progreso.

La democracia triunfa en los comicios
y el bajo fondo su falange apresta.
Se derogan los códigos patricios.
La civilización está de fiesta.

Los enigmas.

Palabras, risas, besos,
celos, pereza, envidia,
canto de la cigarra,
ilusiones, promesas y candor.
Alegre enigma del Amor.

Curiosidad, necesidad,
ciego empeño de ver,
silogismo, alma obscura,
catálogo, apariencia.
Docto enigma de la Ciencia.

Traiciones de la vida y de la muerte,
pasión premeditada,
oficina del mágico ideal,
feria, gruta, baluarte.
Enigma metafísico del Arte.

Terror, valor, rencor, instinto, orgullo,
nube roja, ola gris,
naipe, superstición,
hierro, sol, sangre y tierra.
Siniestro enigma de la Guerra.

Humildad, sencillez, contemplación,
tren de domingo, armario de familia,
banca de la bondad,
muerte, página en blanco. pagaré.
Ingenuo enigma de la Fe.

Hambre, fatiga, sed, dolor, fracaso...
El hombre vagará perpetuamente

sobre las huellas de su propio paso,
de oriente a ocaso
y de ocaso a oriente.

Post-scriptum.

Como un blanco estandarte
llega la confidencia:
— La docta indiferencia
está alabando tu arte.

Mueven sus incensarios
los nardos en el cieno.
— Preparad, sagitarios,
la flecha y el veneno.

— Los derogados ritmos
a los tuyos dan cita.
— La venganza medita
sus nuevos logaritmos.

— En copas se ha fundido
el acero tenaz.
— Pigmalión pide a Dido
un tratado de paz.

— ¿Y la pluma que atorra
tu clásico linaje?
— Empavesa la gorra
de seda de mi paje.

— ¿Y el lápiz de las guerras
de la caricatura?
— Amillara las tierras
de mi literatura.

— Da cobijo su techo
y es amparo su alfombra.
— Desconfía, el acecho
siempre buscó la sombra.

Y es de ver por qué suerte
de contrición, los vinos
no embriagan ya y la muerte
viste cándidos linos,

(el vino que mató tanto seso de bruto
y la muerte que siempre se vestía de luto).

JOSÉ MARTÍNEZ JEREZ.

CARNE DE POETAS

Las carnes que emanan emoción y pensamientos artísticos, siempre me han inspirado profunda admiración y cariño.

Debajo del sol — y tal vez encima — no creo que haya un misterio más admirable que el del cuerpo humano cuando su ardor orgánico relampaguea para producir los bellos pensamientos.

Para mí la carne de un artista es carne excepcionalmente valiosa; es quizá la única digna de privilegios, (no se ofendan por esto las hermosas mujeres) como que de ella humea lo único que entre cielo y tierra tiene prestigios de divina eternidad.

La aureola pintada sobre las cabezas de los grandes místicos antiguos, quizá no sea un simple capricho decorativo. Posible es que siempre se haya producido ese halo de fosforescencia nebular en torno a los cerebros electrizados por la excesiva intensidad mental.

No hay por qué suponer que la fuerza eléctrica, que tan sutiles y luminosos fenómenos produce, sea superior y más noble que la fuerza psíquica o astral, o como quiera llamarse a ese flúido productor de las ideas.

Prescindo de las investigaciones científicas sobre el mecanismo del cerebro; prescindo, por ahora, de ese nervio recóndito apriisionado por el sabio Cajal; y prescindo del rigorismo de laboratorios, exigido por los colegas a las afirmaciones profesionales.

Aquí no habla el médico sino el fervoroso admirador de los poetas y artistas en general.

Esa admiración me ha acercado siempre a ellos, permitiéndome, al observar sus dolencias, convencerme de que son organismos raros, de idiosincrasias especiales, de nervios complicados, casi de carne excepcional, como dije al principio.

Podríase afirmar que hasta en sus funciones de nutrición, de asimilación y de desgaste se cumplen en ellos otras leyes; y hasta que gozan y sufren de manera distinta a los demás prójimos que no tenemos la peligrosa dicha de ser productores de belleza.

Su modo de ver el mundo cotidiano es diferente, quizá por el

hábito de mirar de afuera para adentro, dando así más importancia a las sensaciones que a los objetos exteriores que se las producen. Eso que les alucina los sentidos, eso que tantas veces se ha llamado el velo de la ilusión, debe ser el flúido, el halo, la aureola, la emanación fosfórica escapada de sus cerebros vibrantes.

Acostumbrados como están a concentrar su espíritu en los tres temas fundamentales del arte: el amor, el dolor y la muerte, su vida íntima y hasta su vida fisiológica se afecta de la desadaptación al ambiente vulgar, y de ahí sus caprichos, sus extravagancias, sus excesos y su irascibilidad.

El médico que al examinarlos se preocupe más de su cuerpo que de su estado espiritual, fracasa irremisiblemente. En esa clase de enfermos la preocupación del paciente constituye el gran elemento curativo, toda vez que en ellos la fuerza mental influye sobre la carne y la domina con más intensidad que en los demás organismos.

Por eso la sugestión es con ellos de eficacia extraordinaria; pero para que el médico pueda ejercerla, le es preciso apoderarse de su espíritu, y para esto es necesario sondearle su tendencia, calcular su coeficiente de vibración, vislumbrar el orden de sus ideas predominantes en un momento dado, y sobre todo, no contrariárselo con autoritarismo profesional.

Para ellos la solemnidad del médico es poco menos que la seriedad del burro. De ahí el que Talero sostenga que yo he salvado de la muerte a Rubén Darío, a él mismo y a otros poetas y escritores, no con drogas, sino con mi "risa rubia".

Recuerdo que hace catorce años se me presentó en el Hospital Rawson Rubén Darío, pálido y tembloroso, creyéndose ya con todos los síntomas de la hidrofobia, porque acababa de rasguñarle un dedo cualquier perrito juguetero. Comprendí en el acto que, sin unas cuantas carcajadas, la sugestión era imposible, y que sin ello tan poderosa imaginación bien podía causarle de veras la hidrofobia. Mientras gustábamos una copa de whisky and soda, y reíamos con el recuerdo cómico del "Rey que rabió", un enfermero capturó a un gozque vagabundo cuya sangre inocente sirvió para un análisis que por siempre salvó a Rubén de los demonios de la rabia.

Y así; cuántas veces! su corazón, su hígado, no se normalizaron de repente, tan sólo con una auscultación, una ligera percusión y una broma de optimismo.

Las neurastenias de ese ilustre genio son muy interesantes y exóticas. Algunas de las crisis de inquietud, de vacío, de aerofobia, de ausencia personal, no son sino fenómenos de la abstracción previa a los accesos de canto.

Es la "celestes enfermedad" cuyo tratamiento consiste en estimular la producción a fin de que con ésta se precipite la descarga nerviosa de una tensión que embotaba y ensombrecía al cerebro.

Cuando años atrás estuvo Eduardo Talero agonizante, observé un caso típico de desdoblamiento de la personalidad. En su estado subconsciente afirmaba que en su cama yacían dos personas enemigas: una alegre y lozana, y otra perversa y triste que torturaba e insultaba a la primera, que a su vez repelía con codazos a la segunda. Comprendí el fenómeno; acepté la visión del enfermo; y de acuerdo con éste convinimos en cambiar la cama ancha por otra muy angosta, de modo que la persona hostil y triste no tuviera espacio donde acostarse. Con esa sugestión desapareció el desdoblamiento. En realidad eso no era sino la personificación ilusoria de la fuerza vital hostilizada por la dolorosa enfermedad.

Pero prescindiendo del delirio morbosos, ¿ese fenómeno de la doble personalidad, no lo presentan todos los artistas en su vida normal?

Fijándose minuciosamente se puede observar que el poeta distraído en el ordinario trato callejero, es casi persona distinta del poeta poseído de presión mental, en trance de producción próxima o reciente. Su pulsación, su temperatura, sus miradas, sus expresiones fisionómicas, hasta su voz son distintas.

Entonces es cuando las drogas aplicadas a la carne fallan; y cuando el médico debe convertirse en amigo, y sobre todo en auxiliar y estimulante de las descargas psíquicas, que si éstas torturan y en ocasiones calcinan el cráneo donde estallan, en cambio nos embellecen la vida, con las únicas fulguraciones celestes y reveladoras de algún fuego divino.

Y si esto es así, justo sería respetar la carne de los artistas consagrados, como los católicos veneran a la carne de hostia.

Y ya que no podríamos comerla, que tan amarga debe ser, porfiemos siquiera por eternizarla dándole el derecho que corresponde a la de tantos de nuestros antiguos poetas olvidados, para perdurar en mármoles y bronces.

MARTÍN REIBEL.



Martin Reibel

LITERATURA DE JUVENTUD

Se escribe para el corazón, para el pensamiento y para la vista.

El lírico y el sentimental usan el primer sistema y hacen páginas de sentimiento para los sentimentales y los líricos. Noble el motivo y noble el fin, son los trabajadores de lo muy hondo — a veces lo vulgar, siempre lo común — de la especie que ama, que sufre y que llora. Es el escritor-consuelo y vale por lo que escribe, sobre todo cuando logra escribir como un gran escritor.

Filósofos y sabios se deciden por el segundo sistema. Son los que auscultan el bien y el mal de la vida, en el espíritu y en el cuerpo. Los escritores del porvenir, por excelencia, y los escritores de la humanidad, por antonomasia. Los más seguros y los más grandes escritores.

Los demás — legión impune y perjudicial — escriben lisa y llanamente para la vista. Por desgracia, la juventud se atiene a este sistema, unas veces por error y otras por facilidad. Pero la juventud es ideal, es fuerza, es impulso. Es lo que se propone y es lo que dispone. Es lo que adelanta y es lo que empuja. Es lo que debe ver y es lo que debe hacer. ¿Cómo viene, entonces, en la juventud, este mal inmenso de la pluma hueca, aunque sonora, débil, aunque fecunda? Juventud es aprender y juventud es vivir. Si las fuentes más lejanas y las más difíciles de abreviar están a su alcance, ya que el tiempo y el afán y la agilidad le caracterizan, ¿cómo es que produce lo inútil y lo innecesario?

Lo sabe ella misma. Su labor le acusa y le descubre. Su fracaso es la consecuencia de su método: imita. Y los hombres que imitan no producen; redundan. Y únicamente son buenos escritores los que producen y crean.

Juventud deberá ser producir con virtualidad, sincera y personalmente. Mirar con los propios ojos y hacer con las propias

manos. Y ensayar el vuelo con las propias alas. Así será grande; porque aunque yerre, tendrá vergüenza de su error y se perfeccionará. Y porque es necesario errar para saber del error y enmendarse, y para aprender a no errar. Y porque imitar es creer en el maestro y ser discípulo siempre.

Estamos en tiempos de afirmar lo que vemos, sentimos y tocamos. Ellos nos reclaman más ciencia y más verdad. Y estamos, además, en los tiempos del hombre. La misma libertad, su principio razonable y grandioso, requiere su independencia, como garantía segura de su desenvolvimiento eficaz.

Los escritores son los índices de la humanidad. Son los que la historian, la comprenden y la mejoran. Si no lo consiguen así, será que sus plumas no sirven y están de más.

Por eso es que los literatos, los que sólo hacen literatura — ropaje, vistosismo, emoción sin un fin — escriben para la vista. Si la juventud les imita y labora bajo ese sistema, renuncia en el principio de su desempeño.

La palabra "literato" debe desaparecer. O escritor hondo y de verdad, o pluma, simple pluma vana y sin objeto.

JULIO CRUZ GHIO.

EL GIGANTE EGOISTA

Todas las tardes, al volver de la escuela, los niños tenían costumbre de ir a jugar en el jardín del Gigante.

Era un gran jardín delicioso, de césped verde y suave. Acá y allá, sobre la hierba, asomaban hermosas flores como estrellas y había doce durazneros que en la primavera se llenaban de delicadas florecillas de rojo y perla, y en el otoño se cargaban de rica fruta. Los pájaros se paraban en los árboles y cantaban tan dulcemente que los niños solían interrumpir sus juegos para escucharlos.

— ¡Qué felices somos aquí! — se decían.

Un día volvió el Gigante. Había ido a visitar a su amigo el ogro Corneo y se había quedado siete años con él. Transcurrido este tiempo y ya dicho todo lo que tenía que decir, — pues su conversación era limitada, — decidió volver a su castillo. Al llegar vió a los niños jugando en el jardín.

— ¿Qué estáis haciendo aquí? — gritó con voz estentórea. Y los niños echaron a correr. — Mi jardín es mío, todo el mundo puede comprender esto y nadie sino yo jugará en él!

Y así fué que construyó un alto muro alrededor y puso un cartel que decía:

LOS CONTRAVENTORES SERÁN PERSEGUIDOS

Era un Gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían donde jugar. Trataron de hacerlo en la carretera, pero estaba muy polvorienta y llena de piedras duras, y no les agradó. Solían caminar alrededor del alto muro y conversar sobre el hermoso jardín que encerraba.

— ¡Qué felices éramos allí! — se decían.

Llegó la primavera, y el campo se cubrió de pequeñas flores y pajaritos. Solamente en el jardín del Gigante egoista persistía aún el invierno. Los pájaros no se cuidaban de cantar en él ahora que no había niños y los árboles se olvidaron de florecer. Cierta vez una hermosa flor asomó su corola sobre el césped, pero al ver el cartel sintió tanta pena por los niños que volvió a esconderse. Los únicos satisfechos eran la nieve y la helada.

— La primavera ha olvidado este jardín — exclamaron — de modo que nosotros viviremos aquí todo el año.

La nieve cubrió el césped con su gran manto blanco y la helada pintó de plata todos los árboles. Luego invitaron al viento norte a acompañarlas y éste vino. Estaba envuelto en pieles y bramaba todo el día por el jardín, silbando dentro de las chimeas.

— Este es un lugar delicioso, — dijo — tenemos que pedir al granizo que nos visite.

Y vino el granizo. Todos los días tamborileaba durante tres horas en el techo del castillo, hasta que hubo roto casi todas las pizarras. Y luego corría alrededor del jardín lo más ligero que podía. Estaba vestido de gris y su pecho era como el hielo.

— No puedo comprender por qué la primavera se retarda tanto, — decía el Gigante egoísta, sentado en la ventana, mirando su jardín frío y blanco.— ; Espero que habrá un cambio de tiempo!

Pero la primavera nunca llegaba, ni tampoco el verano. El otoño dió doradas frutas a todos los jardines, mas no dió ninguna al jardín del Gigante.

— ; Es demasiado egoísta! — dijo.

Así es que allí siempre era invierno y el viento norte, el granizo, la helada y la nieve, danzaban alrededor entre los árboles.

Cierta mañana, el Gigante se hallaba despierto en la cama, cuando oyó una música deliciosa. Sonó tan suavemente a sus oídos, que pensó si serían los músicos del rey que pasaban. En realidad no era más que un chorlito que cantaba afuera en la ventana, pero hacía tanto tiempo que no oía cantar un pájaro en su jardín, que aquella le pareció la música más hermosa del mundo. Luego el granizo interrumpió la danza y el viento norte dejó de rugir, y un deleitoso perfume llegó a él a través de la ventaaa abierta.

— Creo que la primavera habrá llegado al fin, — dijo, saltando de la cama y miró hacia afuera.

¿Qué observó?

Un cuadro magnífico. A través de un pequeño agujero abierto en el muro, los niños se habían escurrido y estaban sentados en las ramas de los árboles.

En cada árbol que alcanzaba a ver había un niño. Y los árboles estaban tan contentos de haberlos recobrado, que se cubrían de flores, balanceando sus brazos sobre la cabeza de los niños. Los pájaros volaban a su alrededor y gorjeaban con deleite, y las flores asomándose sobre la verde hierba, sonreían. Era una escena encantadora. Solamente en un rincón del jardín, continuaba el invierno. Era el rincón más apartado del jardín, y en él hallábase parado un niño. Era tan chico que no podía alcanzar a las ramas del árbol y caminaba alrededor llorando amargamente. El pobre árbol estaba aún cubierto de helada y nieve y el viento norte soplaba y crugía sobre él.

— ¡Sube, pequeñito! — decía el árbol, y bajaba sus ramas todo lo que podía; pero el niño era demasiado pequeño.

El corazón del Gigante se ablandó al ver esto.

— ¡Qué egoísta he sido! — se dijo; — ahora sé por qué la primavera no quería venir aquí. Voy a poner a ese pobre niño en la cima del árbol y luego derribaré el muro y mi jardín será eternamente el sitio de recreo para los niños.

Realmente estaba muy triste por lo que había hecho.

Bajó las escaleras, abrió muy suavemente la puerta de entrada y salió al jardín. Mas cuando los niños lo vieron se asustaron tanto que escaparon todos y se hizo otra vez invierno en el jardín. Pero el niño no corrió, porque sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no vio llegar al Gigante. Este, se puso cuidadosamente detrás de él, lo tomó con cariño sobre una mano y lo subió al árbol. Y desde ese momento el árbol empezó a florecer y los pájaros cantaron en sus ramas. El pequeño extendió sus brazos y apretándolos al cuello del Gigante lo besó. Viendo los otros niños que el Gigante no estaba enojado volvieron corriendo y con ellos vino la primavera.

— Es vuestro jardín, — dijo éste y tomando una gran hacha derribó el muro.

Y la gente que pasaba a mediodía para el mercado encontró al Gigante, jugando con los niños en el más hermoso jardín que pueda imaginarse. Jugaron todo el día y a la tarde fueron a despedirse de su amigo.

— Pero, ¿dónde está vuestro compañerito? — díjoles. El Gigante lo prefería entre todos porque el niño lo había besado.

— No sabemos, — respondieron — se ha ido!

— Debéis decirle que no tema nada y que vuelva mañana!

Pero los niños afirmaron que no sabían dónde vivía y que jamás le habían visto hasta entonces, y el Gigante se puso muy triste.

Todas las tardes al terminar la escuela venían los niños a jugar. Pero el pequeño a quien amaba el Gigante no volvió a vérselo. Este era muy bueno con todos los niños, aunque deseaba vivamente ver a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.

— Cómo me gustaría verlo! — solía decir.

Pasaron los años y el Gigante se puso muy viejo y débil. No podía jugar con los niños y se sentaba en un enorme sillón custodiándolos, mientras gozaba con las bellezas de su jardín.

— Tengo muchas flores hermosas, — decía, — pero los niños son las más hermosas flores!

Una mañana de invierno estaba mirando desde su ventana hacia afuera, mientras se vestía. Ya no odiaba el invierno, pues sabía que la primavera dormía y con ella despertarían las flores.

De repente se restregó los ojos asombrado y miró y volvió a mirar. Era un cuadro maravilloso. En el rincón más apartado del jardín había un árbol completamente cubierto de encantadoras flores blancas. Sus ramas eran todas doradas, de ellas pendían frutas de plata y debajo estaba parado el niño que él amaba.

El Gigante, con gran alegría bajó corriendo las escaleras y salió al jardín. Cruzó apresuradamente el césped y se aproximó al niño. Cuando estuvo junto a él su cara se encendió de cólera y dijo:

— ¿Quién se ha atrevido a heriros?, pues en las palmas de las manos del niño había la impresión de dos clavos y la impresión de dos clavos en sus pequeños pies.

— ¿Quién se ha atrevido a heriros?, — gritó — decídmelo, que he de tomar mi gran espada y matarle!

— ¡No! — respondió el niño — pues éstas son las heridas del amor!

— ¿Quién sois? — preguntó el Gigante y se sintió invadido por un extraño temor cayendo de hinojos ante el niño.

Miró éste al Gigante, y dijo:

— Un día me dejasteis jugar en vuestro jardín, hoy vendréis conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron corriendo esa tarde, encontraron al Gigante muerto, tendido debajo del árbol, completamente cubierto de flores blancas.

OSCAR WILDE.

Traducido del inglés por Luisa Sara S. de Barreda.

DEL ORIGEN DE LA POESIA

El Mar, ese país llano y eterno
Que engalana sus campos con encajes
De espuma; que en sus iras más salvajes
Ahóndase hasta dentro, hasta el Infierno
O elévase hasta el Cielo, como un brazo
Que se tendiera a Dios; el Mar, gigante
Cuando abate y sepulta, delirante,
Riquezas, vidas, con siniestro abrazo;
El Mar, fiera domada cuando canta
Como desperezándose en la arena
La monótona, eterna cantilena
Del flujo y del reflujo.

Se levanta
Una roca como alma altiva y muda.
— Altiva porque se hizo en la batalla
Con el Destino, muda porque calla
Sus pesares. — Como álzase una duda
En un sueño de amor, surge cortando
Con un rasgo cruel la playa inmensa.
La ha cincelado el Mar. Ella condensa
La historia de los Siglos. Y fijando
En sus grietas la vista, rememora
Cuántas noches oscuras, tenebrosas,
Cuántas iras del Mar! ; Oh, cuántas cosas
Ha escrito Dios en ella!

El Sol, que llora
Sus lágrimas de luz sobre la Tierra
En un derroche magno que encagece,
Va perdiéndose ya... — Rojo, parece
La hostia de una religión de Guerra. —

El viento gime con amarga pena.
 Gime, porque, nacido con el mundo,
 A través de los Siglos errabundo,
 Vió las llagas que abría la cadena
 De la opresión en pechos descarnados,
 Y está hecho de odios, de pasiones,
 De llantos, de dolor, de imprecaciones.
 — Con el Mar confundidos y abrazados
 Van elevando un salmo a lo Infinito. —

Un hombre yérguese en la enhiesta Roca.
 En su frente, en sus ojos, en su boca,
 Hay un gesto de Enigma, cual si el rito
 De Creación oficiase. El Mar domina
 Mientras el Viento riza sus cabellos
 Y el Astro con sus últimos destellos
 Lo nimba en una irradiación divina.

Y Dios en las alturas.

Dice el Hombre:

“Hermano de la Nada siendo Todo,
 Creador de Luz y Sombra, nieve y lodo,
 Por quien, cual pregoneros de su nombre
 Ruge la Ola, se desata el Viento
 Y arde el Sol. Como un soplo que vertiera
 Destellos en lo que antes niebla fuera
 Derramaste, Señor, el Pensamiento
 En el fondo sin fondo de mí mismo;
 ¡Te lo vuelvo, mi Dios, porque es maldito,
 Y en mis entrañas ruge el ronco grito
 De un dolor que ha llegado al paroxismo!
 ¿De qué sirve pensar, de qué, si luego
 Que en lo más hondo mío, en ese arcano
 Que está dentro de mí sin ser humano
 Concibo, abrasadoras como fuego,
 Brillantes como soles, fantasías
 Que bullen y trastornan y se agitan,
 Como enjambres que locos necesitan
 Subir, subir, dejando las sombrías
 Regiones de los mundos hasta el Cielo,

Y al salir de los labios hecho nota
Humana, lo que fuera antes ignota
Llama divina, surge como un velo
Que lo ahoga y aplasta la Impotencia,
Y rudo, áspero, vil, brota el lenguaje?
¿Por qué, Señor, por qué si fuí salvaje
— Viviendo por vivir — de inteligencia
Inundaste mi ser y no me diste
Algo más grande y luminoso, algo
Que me haga valer más de lo que valgo?
Es cierto que soy Rey y que encendiste
El Sol en los espacios como una
Lámpara colosal de mi faena,
Y colgaste en mis noches la serena
Lámpara cariñosa de la Luna.
Es cierto que cuando álzanse los montes
E interrumpen la paz de mis llanuras
Los escalan mis pies, y en sus alturas
Me emborracho de nuevos horizontes!
Es cierto. Fuiste pródigo en grandezas
Al crearme a tu imagen, y hasta tengo
Ser hijo, cual lumínico abolengo,
De la Altitud suprema en las Altezas!
Pero falta, Señor, porque me aplasta
Tan mísero poder, tan grande anhelo,
Porque me ahoga, Dios, mirar el Cielo
Y al Cielo no llegar; porque no basta
A mi ambición ser Rey sino Rey grande,
Porque quiero y no puedo penetrarme
En lo hondo de las cosas y abismarme
En la armonía colosal que espande
Como un foco de luz, Naturaleza!
Quiero decir al Sol que le bendigo:
Hablarle cara a cara, como amigo,
Pero aunque llevo erguida la cabeza
No llega al Sol! No puedo ni siquiera
Interpretar lo Noble, lo Sublime,
Lo Suave, lo Triunfal, lo que redime,
Mi ser del lodo ruín de que naciera.
Y aunque impotente sienta, sufra y calle,

Soy, sé por un secreto desvarío,
Una caja de música, Dios mío,
Que aguarda tu señal para que estalle!
Soy un Rey en la Tierra. . . Rey fantasma,
Tan apegado a mi pesar al suelo
Que envidio de las águilas el vuelo;
Y cuando el Mar se yergue, cuando espasma
Cada átomo la ira de sus olas
Y chocan con furor y se levantan
Y caen luego, braman, lloran, cantan,
Entonces ; Dios, mi Padre! al verme a solas
Ante grandiosidad tan iracunda,
Te presiento rigiendo esa batalla,
Y al ver que lengua, balbuciente, calla,
Un no sé qué de mágico me inunda
Y lloro como el Mar, como él me arrastro,
Y mi pecho sacuden las tormentas
Más ásperas! — Las luchas son, violentas,
De la Impotencia y ese inmenso astro
Que llaman Pensamiento. — Mientras tanto,
En el alma ha quedado la divina
Inspiración y brota una mezquina
Expresión incoherente, sin encanto,
Que no truena ni estalla, que parece
Murmullo hueco, sin repercusiones,
Como enfermo latir de corazones,
Eco que muere, luz que languidece. . .
; No quiero el Pensamiento! Cuando rudo
Habitador del Bosque fuí dichoso,
Y fiero, sin lirismos, Rey-Coloso,
Delante de Belleza pasé mudo.
Hoy la quiero loar ; aun más, ansío
Penetrar en su seno, amalgamarme
Hecho carne en su carne y empaparme
Hecho luz en su luz ; oh, Padre mío!
Y Belleza entra en mí ; y aquí en el pecho
Como nube preñada me palpita :
Necesita parir con infinita
Explosión que ensordezca ! ; Es tan estrecho
Mi ser y tan inmensa Fantasía! . . .

Mas... me ahoga Impotencia... quiero y callo...

“¡Y ya no puedo más, Señor, ya estallo”...

Y:

— Canta! — dijo Dios.

Y fué Poesía.

ALBERTO MENDIOROZ.

La Plata.

· LOS PRIMITIVOS HABITANTES DEL DELTA DEL PARANÁ

POR LUIS MARÍA TORRES

Con lamentable frecuencia se escriben juicios críticos sobre obras científicas, sin haberlas leído siquiera superficialmente. Todos están sujetos al mismo patrón: título de la obra, resumen del prólogo, ojeada rápida al índice y varios epítetos elogiosos, intercalados con tino. Como nadie protesta por el elogio, el crítico escapa así del compromiso, olvidando que tanto la loa, como la censura, deben justificarse, pues, de otro modo, carecen en absoluto de valor.

Estos críticos formulan sus juicios con la buena intención de estimular al productor, ignorando que los hombres superiores no necesitan ese acicate, porque están estimulados por dentro.

De tal manera se abusa hoy de esta fórmula, que los mismos calificativos encomiásticos, evidencian, más que de admiración, un sentimiento de lástima hacia el autor, como si éste, a sabiendas, marchara al sacrificio.

Por múltiples causas, cuyo análisis me desviaría de mi propósito, la verdad es que, particularmente en nuestro medio, la producción intelectual ocupa hoy un plano secundario.

Pero abandonemos estas reflexiones harto conocidas, para tratar en síntesis la obra del doctor Torres.

El libro ofrece, desde luego, un escollo insalvable para los perezosos que, con la excusa de las exigencias de la vida actual, creen justificar su holgazanería. La obra es voluminosa y no puede serlo de otra manera, porque representa la labor de muchos años y es, además, de investigación y análisis minucioso, donde no basta la palabra de autor, por autorizado que sea, si no se documenta en forma irreprochable.

Se trata de un libro de gran formato, con 616 páginas, abundante material de ilustraciones, en grabados, figuras, planchas, diagramas, planillas, cuadros de datos antropométricos, resúmenes; llena de erudición, con una bibliografía muy cuidada, de labor fina, no puede ser leída sino con tiempo y reposo.

Es el exponente de una intensa labor, y, comenzaría diciendo que el doctor Torres es un hombre laborioso, si eso bastara para recomendar la producción; pero, como por el mundo anda el producto de mucha labor inútil, nada habría concretado con ese epíteto.

Ante todo, interesa conocer el método general de la gestación de la obra y el de su ejecución, también general, sin perjuicio de analizar someramente los seguidos en el manejo del instrumental y en los cálculos.

En primer término debe tenerse presente, que el autor ha nutrido su mente por el procedimiento más eficaz, la observación directa, haciendo vida completa de explorador durante no pocos años, recorriendo una vasta comarca, no al acaso, sino según un plan ordenado y un criterio hecho de investigador. Es así como pudo recoger *in situ*, gran parte del material que cimienta su estudio. La producción de Torres es, pues, original.

Este trabajo preliminar de observación atenta del medio y de coleccionista, se extendió, en lo que a esta obra concierne, desde el año 1900 a 1906.

Como su mismo título indica, el libro no encara una sola faz científica, sino que abarca un amplio conjunto. Se trata del estudio de un pueblo, desde los puntos de vista antropológico, étnico y sociológico. De ahí que su primer cuidado haya sido el de seleccionar y clasificar todo el material, dándole su importancia relativa. Establece dos grandes grupos: el antropológico y el arqueológico, como punto de apoyo para el estudio etnográfico, sociológico y lingüístico.

Antes de entrar en el material mismo, se ocupa especialmente del medio, o sea del territorio y sus caracteres, como ambiente de adaptación, y así, describe su aspecto general, no sólo del punto de vista geográfico (el río Paraná, el Delta, las islas, los bañados, las crecientes, los vientos, los albardones, las costas, los brazos, etc., etc.), sino también biológico. Luego penetra en las formaciones geológicas, aportando las opiniones más autorizadas y las que deben considerarse como observaciones propias.

Todo lo referente al análisis estratigráfico, se apoya en datos paleontológicos.

Para terminar con el estudio del ambiente, Torres se ocupa de la fauna y flora del Delta, y, sin entrar en mayores detalles, hace una enumeración somera de las principales especies, como para dar una idea general del medio, del punto de vista biológico.

Evidentemente, la gestación de la obra puede dividirse en tres períodos: el primero que corresponde al trabajo del explorador, con una orientación precisa; el segundo, al hombre de laboratorio, y el tercero, al pensador.

El trabajo del explorador queda resumido en menos de 50 páginas (prólogo y condiciones del medio). Con el material coleccionado, penetra en el laboratorio, para someterlo a sus pesquisas y análisis, y pone de manifiesto el método especial seguido en sus investigaciones. Luego, al través de un mundo de datos numéricos, de esquemas, de gráficos, el pensador llega a conclusiones concretas.

Para fundarlas, las apoya justamente en todo el sólido basamento que ha podido proveerle un método científico riguroso, aplicado con toda imparcialidad.

Este es, en síntesis, el orden seguido en la confección de la obra.

Vamos ahora a la obra misma:

En la segunda parte, "Antropología y Arqueología", comienza haciendo una síntesis de las exploraciones y descubrimientos de S. Roth y sus conclusiones. Roth ha podido observar cantidad de paraderos, cementerios y túmulos indígenas, de donde recogió material de positivo valor. Refiere luego las exploraciones de Ambrosetti, Lista, Martínez y otros, para hacer la relación de los viajes por él realizados, poniendo de relieve las dificultades que ha tenido que vencer.

"Antes de iniciar la descripción de los materiales obtenidos en los yacimientos, dice, conviene que haga una relación general del sistema observado en los trabajos de excavación y de cómo he obtenido las observaciones y demás elementos de prueba; como así también, de los métodos que he observado con preferencia para el estudio de los restos óseos humanos, clasificación y descripción de los materiales de industria."

Entra en este análisis para justificar la descripción del material por yacimiento, "haciendo la individual de los restos antropológicos primero, como estudio social de los objetos, instrumen-

tos y armas, según su clase y categoría, inmediatamente después”.

En su trabajo, Torres indica, en cada caso, la relación de dependencia del hombre con el medio físico y sus calidades variantes.

Del punto de vista metódico, divide su estudio en dos partes: descriptiva y osteométrica. En la última, divide las piezas del esqueleto en series, menos los cráneos, que corresponden a los materiales de los diversos yacimientos “por su evidente homogeneidad y también porque, con los huesos largos, debido a los pocos ejemplares reunidos, convenía realizar la técnica métrica, en tablas de conjunto. Debido a estas circunstancias, los resultados pueden encontrarse y verificarse con facilidad y no dejarán de satisfacer las premiosas exigencias”.

En la sucesión de sus descripciones, se encuentran los casos de lesiones patológicas, variaciones y anomalías que ha podido observar, sin destruir la unidad de las descripciones. En lo que se refiere a la exposición de los resultados generales, el autor hace una síntesis, donde resume los caracteres determinados.

El capítulo que acabo de señalar es de los más notables, como puede verse desde luego, por cuanto en él pone de manifiesto un plan de trabajo serio, de reposo y meditación; una técnica irrepachable, un método rigurosamente científico y una orientación propia. No es el explorador que se lanza al acaso; no es el investigador influenciado por preconceptos; es el hombre de ciencia que posee un rumbo, para llegar a un fin dado, que surgirá necesariamente del estudio y sincera interpretación del material.

El cuerpo de la obra está constituido por el análisis y descripción del material: el túmulo señalado con el número 1, da lugar, al estudio del yacimiento mismo, objetos, instrumentos y armas en él contenidos; trata particularmente la industria cerámica, terminando con sus observaciones del punto de vista estratigráfico y tecnológico.

El autor emite sus vistas personales en cada caso (material lítico, industrias de hueso, cerámica). La misma ordenación se observa en el estudio del túmulo número 2. Aquí inicia el análisis de los cráneos, siguiendo el orden: Cráneo, calvarium, calvaria y calota. En los primeros, sigue una ordenación metódica en la descripción: diversas normas, mandíbula, etc., ilustrando todo, con láminas muy nítidas y bien tomadas al objeto que persigue.

El estudio de las demás piezas óseas, está metodizado así: co-

lumna vertebral, clavículas, húmeros, cúbitos y radios, huesos coxales, fémures, tibias.

Desfilan en este extenso análisis, los materiales hallados en los túmulos 1 y 2 del Paraná Guazú, en el cementerio número 1 del mismo, en el túmulo 1 del Brazo Gutiérrez, y en el del mismo número del Brazo Largo. Incorpora, el autor, a todas estas descripciones, otros materiales que no forman parte de las series que conservan los museos de Buenos Aires y La Plata, y otros que no han sido retirados de los yacimientos por personas interesadas en obtener las observaciones complementarias *in situ*, cuyo material reviste importancia en la dilucidación de varias cuestiones arqueológicas, pertinentes a la cuenca del Río de la Plata.

Los materiales que trata en ese capítulo especial, se encuentran en distintos museos nacionales, provinciales y particulares, y su descubrimiento, en la mayor parte de los casos, se debe al azar. Incluye, también, algunas series pequeñas de fragmentos de cerámica grabada, obtenidos en sus excursiones preliminares.

Dice el autor: "De algunos hallazgos daré sólo referencias, que valen como simples datos, pues corresponden a objetos descubiertos por personas que, sin dejar testimonios expresos, los han enviado a museos de Europa. Finalmente, debo hacer notar que en las descripciones de este capítulo, seguiré el orden geográfico, iniciándome con los hallazgos del Delta inferior". A continuación describe los hallazgos y estaciones en la cuenca del Luján y Carapachay, los de la cuenca del Paycarabí y Fredes, los de Carabelas y Paycarabí, los de la estación de Sagastume Grande, los de las estaciones en Ñancay y los del Puerto Sanda, para terminar con sus observaciones. Estos objetos, en su casi totalidad, se encontraron en la capa de tierra superficial, siendo evidente que su inclusión data de época muy moderna; su técnica corresponde a la época neolítica, y, los caracteres particulares, indican escasa antigüedad; los instrumentos y armas de hueso, son propias de pueblos exclusivamente pescadores y cazadores, y, para su fabricación, se emplearon cuchillas o láminas de piedra, lo que evidencia una cultura primitiva, ajena, hasta entonces, a toda intervención extranjera. La intervención de instrumentos de metal para su fabricación, no parece muy evidente. En la cerámica no se puede concluir nada sobre formas predominantes; prevalece "el modelaje a mano, la cocción al aire libre, la ausencia de grandes vasos, la inclusión de rebordes, asas y detalles acce-

sorios que en algo denotan un paso más adelante, en la homogeneidad de formas y técnicas absolutamente arcaicas.”

“La ornamentación predominante es la grabada, distribuída en zonas sobre la parte ventral superior, de elementos lineales simples, o más o menos simétricos, cuando se trata del orden rítmico, correspondiente en suma al estilo geometrizado que he venido analizando en esta memoria.”

La tercera parte de la obra está destinada a la Etnografía, y comprende un vasto estudio, que abarca los pueblos del Delta, sus caracteres sociológicos y los especiales lingüísticos. En esta parte, trata: 1.º, las noticias sobre la zona o zonas isleñas habitadas y los rasgos físicos de esos habitantes; 2.º, sus diferencias y semejanzas morfológicas, fisiológicas y psicológicas, con los que poblaron territorios adyacentes y comprendidos en la cuenca del Río de la Plata; 3.º, las que aludan a los llamados caracteres étnicos, especialmente, y según el orden de clasificación, como ser: vida material, en sus distintas fases; vida psíquica, según las escasísimas referencias, la organización de la familia y algunos caracteres sociales, organización política, bienes y comercio, y, finalmente, la tradición oral; 4.º, los caracteres lingüísticos atribuídos a los modernos pueblos del Delta, que comprenden el capítulo final.

Aquí, el autor entra de lleno en los resultados de sus investigaciones, y sus conclusiones despiertan el más vivo interés. Todas responden a datos positivos, o se fundan en hechos estudiados, de tal modo que se infieren lógicamente del método científico aplicado. Torres no se deja arrastrar por la fantasía, haciendo afirmaciones a la ventura. Es, ante todo, sincero y no toma lo dudoso o conjetural, como verdad comprobada; de ahí el uso frecuente de términos como: “posiblemente”, “puede decirse”, “es probable”, etc., donde necesite entrar en el detalle más fino.

En lo que se refiere a la población del Delta, deja sentado que estaba constituída por numerosas tribus, que vivían de la pesca, y ocupaban, posiblemente, la tercera parte del mismo, pudiendo calcularse entre 6.000 y 10.000, en época del descubrimiento, el número de habitantes.

Todas esas tribus, adaptadas a un ambiente común, o ligadas por parentesco, han de haber adoptado idénticos modelos de habitaciones.

El estudio de la vida doméstica y la constitución de la familia

contiene datos de verdadero interés, poniendo en evidencia sus usos y costumbres, respecto de la división del trabajo, sepulturas, fabricación de utensilios e instrumentos diversos, medios empleados para la construcción de sus canoas y elaboración de sus armas de combate; luego en lo más doméstico, como el tatuaje y el adorno personal, y, por último, la conservación de la propiedad, la autoridad de los padres, el matrimonio, etc.

El autor hace un estudio especial de las industrias y las artes, de los bienes y el comercio indígena, de las características sociales, donde anota entre otras conclusiones, que si a nada concreto se ha podido arribar respecto de las prácticas usadas en la crianza de los hijos, en cambio, se infiere que esos pueblos no tenían preferencias por los varones o por las mujeres. En la guerra, sólo participaban los hombres; la organización militar consistía, principalmente, en tener avanzadas exploradoras, para evitar sorpresas y saqueos. Cuando se trataba de objetos, el botín no se repartía; en cambio, se repartían los prisioneros sometiéndolos a la esclavitud.

Anota como una práctica frecuente en estos pueblos, las mutilaciones.

En lo que se refiere a la música, danzas, cantares, es decir, a las manifestaciones de sus sentimientos estéticos en este sentido, son completamente desconocidas. No ocurre lo mismo con las prácticas funerarias, que el autor trata con detención, así como otros caracteres.

La organización política puede reducirse a un cacique o jefe, que predominaba por su bravura y sagacidad, y un consejo de ancianos, sólo para circunstancias excepcionales.

“Ni leyes ni prácticas se conocieron que denotaran algún concepto de equidad o de justicia. En los últimos tiempos, debieron regir, sin embargo, algunos principios para la aplicación de preceptos contra la violación de algunos derechos personales y reales”.

“Me inclino a creer, dice el autor, que la organización gubernamental — consejo de ancianos, jefes de familia, o elegidos por sus condiciones personales, — debe haber sido la adoptada en tiempos de paz y tranquilidad, y dominando siempre que las circunstancias lo permitieran, el principio de la autoridad patriarcal. Alterada o modificada la situación en presencia del caso de hostilidad, el gobierno general, con carácter militar, habrase librado o confiado a un solo individuo”.

“El cacique o los caciques debieron tener en dichas circunstancias, ciertos derechos o privilegios, y entre otros, el de disponer de varias mujeres, como lo asegura Larrañaga en el mencionado documento respecto de los Minuanes. No se sabe si tenían derechos personales o reales de privilegio sobre los individuos de su dependencia y sobre sus bienes”.

Los caracteres lingüísticos comprenden un estudio rápido del punto de vista de las noticias históricas y el compendio del idioma de la nación Chaná por D. A. Larrañaga.

A la exégesis corresponde: “1.º La cronología sobre la base de las observaciones estratigráficas y tecnológicas generales y especialmente a cada uno de los mencionados yacimientos; 2.º Los caracteres antropológicos y las diferencias y afinidades étnicas de su población con respecto a las estudiadas de territorios limítrofes; 3.º Las características que se han constatado en el análisis de los elementos de esta cultura, para contribuir a las determinaciones de su probable origen, duración, correlaciones, influencias y desaparición, con el bosquejo general de los períodos de sucesión; y 4.º A los caracteres etnográficos y lingüísticos que nos acercarán aun más a la total reconstrucción que se investiga”.

Muy interesantes todas sus conclusiones generales, son demasiado extensas para poder ser transcriptas. El especialista y el estudioso encontrarán en la obra de Torres, amplio campo para sus inclinaciones.

En resumen, la producción representa un esfuerzo considerable, donde a una sólida preparación en la materia, se alía una esfera intelectual elevada y una envidiable perseverancia en la labor. Obra de proyección para las ciencias afines, de fina investigación y análisis, de erudición, de método, de criterio propio y orientación personal, debe considerarse como un jalón en el campo de las ciencias pertinentes.

Este análisis somero es insuficiente para contener lo fundamental del trabajo y no puede dar más que una idea del material estudiado y de la orientación científica de la obra. No va como palabra de estímulo para su autor, que es hombre de ciencia de buena cepa y no la necesita, sino como simple noticia para los estudiosos.

RODOLFO SENET.

EL SALON NACIONAL DE 1914

I

Un positivo progreso significa esta exposición sobre la de 1913. Quizás el número de obras interesantes no sea mucho mayor ahora, quizá no haya disminuído en proporción apreciable el número de las mediocridades. El progreso consiste en la seriedad, en el fuerte empuje, en la intención de arte que revela el actual certamen. En la exposición de 1913 abundaban las obras sin concluir, los estudios, las impresiones, los bocetos, — ahora casi enteramente desaparecidos. Los cuadros de este Salón son en su mayoría absoluta — dejando aparte su mérito, — verdaderos “cuadros”.

Otra característica del presente concurso es la entrada en escena, o la consagración en cierto modo definitiva, de ciertos nombres revelados ayer. El crítico de arte al juzgar las exposiciones anteriores debía necesariamente dedicar algunas palabras, — aunque fuesen de censura, — a obras inferiores producidas por personas que en nuestro medio artístico representaban, a falta de concurrentes, cierto valor relativo. Ahora todos esos nombres — simples aficionados, en realidad, pasan a ocupar un lugar secundario, desalojados por los artistas de talento que surgen día a día. No extrañe, pues, el lector si prescindo de aquellos.

El salón de 1914 marca una etapa en la evolución del arte argentino. Es un conjunto importante que podría rivalizar, — me atrevo a afirmarlo, — con los mejores certámenes análogos que se realizan en Europa.

II

Composición y figura

Después de seis años de silencio, consagrados a trabajos ajenos al arte, vuelve FERNANDO FADER a presentarse al público. Fader es el artista argentino de quien más se ha esperado una obra de alto valor estético. Por ello su abandono de la pintura produjo verdadero sentimiento a los que amamos el arte y deseamos ver a la patria engrandecida por el esfuerzo de sus poderosas mentalidades. La vuelta de Fader a sus pinceles ha causado regocijo, sobre todo porque ha vuelto acrecentado de talento y de ciencia. Su cuadro *Los manilas* significa, quizá, hasta hoy, la más alta cumbre a que ha llegado la pintura argentina. Como obra de pintor — quiero decir por su valor técnico, — no encuentro dentro del arte universal contemporáneo muchos cuadros que puedan parangonársele. Anglada, con ser en este sentido un artista prodigioso, no le supera. *Los manilas*, que representa tres vendedoras de mantones enseñando su lujosa mercadería a una compradora, es una maravilla de color. Los trajes variadamente pintorescos de las vendedoras, los mantones, que extienden sobre los asientos y la alfombra su lujo oriental; el desnudo de medio cuerpo de la compradora, influido por la magia de los colores circundantes; el reflejo de los mantones en un espejo del fondo; algunas flores; todo, forma una sinfonía extraordinaria, de una riqueza, de una brillantez, de un vigor, de una novedad, de un calor como raras veces he visto. No se sabe qué admirar más: si la orquestación de los colores, la maestría del dibujo, la fuerza del pincel, o aquella sapientísima composición, que permite al artista reproducir ocho o diez mantones sin repetir las formas y en una tal naturalidad, que no podía ser aventajada. Pero además de esta obra maestra, Fader exhibe otro cuadro. Lo titula *Vuelta del pueblo* y representa un paisano a caballo, llevando una mujer a la grupa y deteniéndose frente a un soberbio panorama de montañas que constituye el fondo del cuadro. Son admirables estas montañas, profundamente azules en la falda, blancas de nieve en las cimas. Y es admirable también el cielo, sobre todo por aquellas nubes densas, de un blanco sucio arriba y debajo

negras, cargadas de agua. Cuadro de color, pleno de carácter, con trozos realmente poéticos, revela en Fader otras cualidades que complementan las que se observan en *Los manilas*. Quizá no es aquel cuadro todo lo simple que yo quisiera. En *Los manilas* la cargazón de color no perjudica, sino que al contrario lo avalora, pues el asunto del cuadro es una gran polifonía de colores. Pero en *Vuelta del pueblo* hay cierto exceso de colores, por ejemplo aquellas plantas amarillas del primer término, que, a mi juicio, hacen desmerecer la total armonía del conjunto. Las dos obras de Fader dan una sensación de fuerza pero no de fuerza inorgánica y salvaje, sino de fuerza encauzada, civilizada, artística. Constituyen, sin duda ninguna, los trabajos de más alta belleza exhibidos en el cuarto Salón.

CÉSAR CAGGIANO, premiado el anterior año con aquel tríptico *Mi familia*, defectuoso pero revelador, se presenta ahora en la casi plena posesión de sus medios. La *Figura* tiene un rostro de gran relieve y carácter. Pero la obra de Caggiano realmente valiosa es el *Retrato de la profesora señora Jenny de Malatesta*. De frente, en tamaño natural, en primer término, la profesora apoya discretamente su figura contra su piano abierto, el que ocupa todo el fondo, a lo ancho de la tela. Es una obra de sincera naturalidad, de un gran valor psicológico, de poderoso carácter. El rostro surcado de arrugas, la expresión de los ojos y de la boca, la distinguida sencillez de la actitud, dan al retrato cierta familiaridad y nobleza encantadoras. El joven artista ha puesto, sin duda, mucho cariño en esta obra que, siendo un retrato, nos resulta abundante de sentimiento. Su mérito dominante tal vez sea la originalidad, una originalidad fresca, no rebuscada, una originalidad que sólo poseen las obras sinceras, sentidas y personales. En cuanto a la técnica, revela un importante progreso sobre *Mi familia*. Hay en el *Retrato* detalles excelentes. Así aquella mano y aquel rostro que no desdeñaría un gran pintor.

MARÍA CÁRDENAS expuso el año pasado, aparte de un cuadro al óleo, dos pasteles interesantes cuyos diversos méritos elogí. Esperaba de ella algo superior. Pero su óleo *En pose*, sin ser manifiestamente inferior a sus pasteles del año pasado, no demuestra progreso ninguno. Es, sin embargo, una nota delicada y reveladora de simpáticas cualidades.

Tal vez perjudique al cuadro de María Cárdenas su vecindad con la *Maruja* de JORGE BERMÚDEZ, tan brillante de color, tan

vigorosa, tan atrayente con su encanto extraño. *Maruja* hace empalidecer a sus vecinos inmediatos. Los ojos elocuentes y profundos, — Bermúdez es maestro en la expresión de los ojos femeninos, — tiene no sé qué de magnético que obligan a nuestra vista a posarse en ellos. Por lo demás el cuadro tiene mucho carácter y contribuyen a dárselo no sólo la expresión fisionómica del personaje sino también los accesorios: el vestido, el cuello, amplia y elegantemente abierto, el collar de grandes cuentas verdes y fondo de este mismo color. Es un cuadro español, de genealogía goyesca, pero con un matiz argentino que no se sabría decir en qué reside, pero que lo sentimos.

Una de las obras más concienzudamente trabajadas es el *Retrato de la señora L. de la C.*, por ERNESTO DE LA CÁRCOVA. El distinguido profesor, autor de aquel bello cuadro que se titula "Sin pan y sin trabajo". demuestra una vez más su profundo conocimiento de la técnica, su equilibrio, su sentido de la armonía. Este *Retrato* no nos sorprende por su originalidad, ni por su novedad. No es tampoco una obra "de garra". Pero está ejecutado con nobleza, con seriedad artística, con distinción, con suma pericia y no carece de valor psicológico. Es un retrato académico, no inferior por cierto a los de los artistas franceses que más fama alcanzaron en el género: Bonnat, por ejemplo. Su defecto, para mi gusto personal, está en tener algo de "arriéré". De todas maneras debemos felicitarnos de que en nuestras exposiciones se exhiban obras como éstas, que, por lo menos, revelan trabajo, buen gusto y dominio completo de la técnica.

Análoga tendencia parece seguir PRÓSPERO LÓPEZ BUCHARDO, que el año pasado expuso dos excelentes figuras. Este año aborda un asunto demasiado vasto, no sólo para un hombre joven como él y que lleva muy pocos años consagrados a la pintura, sino para un artista definitivamente formado. Su *Rapsodia* comprende once personajes. Se trata de una escena española. Una bailarina ejecuta una danza sobre el tabladillo de una taberna, al son de guitarras y castañuelas, ante varias compañeras y parroquianos indiferentes. Próspero López Buchardo no ha tenido en cuenta que no es lo mismo pintar diez cuadros con una figura en cada cuadro que uno solo con diez figuras. En el último caso cada figura debe tener un valor simplemente episódico, pues forma parte de un conjunto al cual ha de cooperar. No sucede así en el cuadro de López Buchardo. Cada personaje parece haber sido tratado aisladamente,

sin relación a los demás y como si no perteneciera a un conjunto. Como consecuencia lógica, la composición no es todo lo suelta y natural que se quisiera. Encuentro también que todas las figuras son algo chatas y que algunas no están suficientemente caracterizadas. Para una obra de esta importancia hay que hacer muchos estudios del asunto y no comenzar a pintar sino cuando el dibujo esté perfecto. Quizás no existe en arte ciencia más difícil que la de agrupar personajes. Rafael, maestro en la materia, trazó muchísimos dibujos preliminares en el estudio de sus célebres frescos del Vaticano. Por lo demás, hay en este cuadro algunos trozos excelentes.

Además de *Rapsodia*, López Buchardo presenta dos cuadros: uno que titula *Retratos*, tres figuras femeninas vestidas de gala y en reunión familiar — y *Charley*, retrato de un hombre joven. En el primero encuentro defectos de dibujo y de armonía en los colores. El segundo me parece más preciso, más sencillo, más verdadero.

ALFREDO BENÍTEZ, que por primera vez se presenta ante el público, según entiendo, nos da a conocer un *Retrato* de señora y una figura bastante característica: *El loco Concepción*. El primero me parece frío y vacilante. El segundo es superior por su dibujo y su verdad. Quizás estos dos cuadros —el último especialmente, sean algo pobres de color, pero de todos modos revelan positivas y no comunes cualidades.

El artista español VILA Y PRADES ha tenido un admirable acierto en el *Retrato* del niño J. V. P. Es una figura llena de gracia y encanto, en la que no hay un detalle, una pincelada, que no colabore en la impresión total. Parece haber sido realizada en pocos instantes, en el calor de la inspiración. Aquel niño vestido de blanco, sobre fondo gris, revela la maestría de este pintor que, con medios sumamente simples, ha sabido construir una obra personal, elegante, deliciosa. Es la obra de un verdadero artista. El *Retrato del señor C. de la T.* me parece eficaz, serio y bien trabajado. Nada tengo que objetarle, pero no llega a la inspiración y sencillez del otro.

Dulce sueño, del señor RICARDO LÓPEZ CABRERA, que representa una niña plácidamente dormida en su silla de hamaca, es una nota de dulzura y delicadeza, simpática y bastante correcta. Pero no revela grandes cualidades. Tiene algo de blando y le falta vigor, hasta el punto de que se le creería obra femenina.

El año pasado elogíé *El violinista* de VALENTIN THIBON, cuadro semicaricaturesco, lleno de espíritu y revelador de grandes cualidades. Este año el joven artista ha realizado un enorme progreso. Su *Jesusa*, una "gallega" con su plumero en la mano, frente a una cómoda, tiene mucha gracia e intención satírica. Nada más difícil que hacer caricaturas al óleo. El color debe ocupar un lugar secundario, pero no tanto que desaparezca y la línea misma no debe ser tan exagerada como en un simple dibujo. Un dibujo tiene algo de actual, de transitorio, que autoriza toda violencia con tal de evidenciar la intención. El cuadro es algo permanente y lo excesivamente caricaturesco resulta aquí perjudicial. Thibon ha acertado y su *Jesusa* es una hermana de los cuadros admirables de Honorato Daumier, con los que tiene alguna analogía. Menos caricaturesco, y menos acertado también, me parece el *Sepulturero*. En cambio el *Seminarista*, un pelirrojo flaco y pescuezudo, delante de altísimas arcadas conventuales, resulta de gran eficacia. Mucho hay que esperar del talento personalísimo que el autor revela en estos cuadros.

QUIROZ, premiado con medalla de oro en la exposición del Centenario, me ha decepcionado nuevamente. Su *Ave de presa* y su *Tipo sardo* son dos cuadros desagradables y antipáticos. Y no es la culpa del modelo. Velázquez ha pintado tipos repugnantes que sin embargo nos agrada contemplar. Los tipos de Quiroz no interesan y es casi a pesar nuestro que nos detenemos frente a ellos. En el *Ave de presa* había tema para un gran cuadro. Quiroz ha fracasado. Sin duda no ha logrado expresar el alma violenta, huraña, tortuosa de aquel ser extraño que apenas nos da a conocer superficialmente. Superior a éstos es, sin ninguna duda, el inmenso óleo *Retrato de familia*. El ambiente está bien observado y expresado, aunque poco vigorosamente, y las figuras de los niños encantan. No me parecen dentro del ambiente los rostros de los niños y menos aun la madre, figura nada distinguida. Yo creo que el modelo debió ser distinguido, pues no se concibe otra cosa en tal ambiente, pero si no era así, el artista debió darle distinción para acordarlo con el ambiente. Un cuadro es, ante todo, una armonía: Armonía de líneas, de colores, de detalles, de luces.

MANUEL GÁLVEZ.

(Continuará).

EL CUARTO SALON

EL VERNISSAGE

La mañana es fría y desapacible; el sol quiere inútilmente abrir una brecha entre las nubes que amortiguan su luz. La ciudad es poco hospitalaria y el transeunte cambiaría de buen grado la tristeza de la calle por un lugar al amor de la lumbre y de las bellas obras. El "vernissage" del Salón se ofrece como un convite singularmente oportuno. Es una mañana propicia para visitar obras de arte, para pasarla en el desenvolvimiento de teorías artísticas, construyendo y desbaratando planes estéticos de acuerdo con nuestros inestables gustos.

Con todo esto entramos al Salón de buen ánimo, a más que corre la voz de que nuestros artistas han progresado grandemente. Se dice que el Salón está lleno, no ya de ensayos ni de tentativas, sino de obras. Y esta opinión debió ganar desde un principio a sus organizadores, porque la primera sala parece preparada para provocar esa idea. Se han colocado allí, de un modo estratégico, las obras de mayor aparato, y las de mayor mérito.

La primera impresión que el visitante recibe es de sorpresa y también de contento; aquellas obras nos revelan aptitudes insospechadas en nuestro medio; y si más tarde, al amparo de la reflexión, el mérito de todo cuanto vemos disminuye sensiblemente, esa hábil presentación de la entrada ha bastado para que nazca en nosotros una esperanza.

Si el Salón, como todo concurso de esa índole, está destinado a darnos una idea de la capacidad artística media y a enseñarnos cuales son las aptitudes del momento, el certamen de este año nos traerá la alegría al alma; pero si en el Salón hemos de buscar

también cual es la orientación de nuestro medio artista, cual su ruta, toda alegría se vuelve tristeza.

Encontramos allí representada a una juventud apta; con una gran voluntad de hacer, pero es la suya una voluntad ciega que marcha sin rumbo, al azar de las influencias. Una juventud entusiasta, pero que atajan su impulso todos los convencionalismos modernos y que sacrifica en el desarrollo de cuanta teoría absurda anda por ahí, sus aptitudes reales. A medida que avanzamos en nuestra visita vamos descubriendo, a nuestro pesar, cuanto hay de convencional y también de imitación inconsciente en esas obras. La razón y el buen sentido están en bancarrota. Todo lo domina un entusiasmo desmedido por las tendencias ajenas. Es visiblemente el nuestro, un arte formado en el marasmo de ideas que aquí florecen, traídas por todos los malos vientos. No hay un pensamiento personal que se destaque, ninguna tendencia que marque un rumbo en todo ese maremágnum de escuelas.

Un amigo a quien comunicamos esta impresión, nos dice que es demasiado hacer para una juventud formada más por intuición personal que por una sólida cultura y una dirección capaz. En el medio en que vivimos, sigue diciendo nuestro amigo, es eso un esfuerzo inaudito y que debe halagarnos hasta lo más hondo. Aquí donde todo buen impulso se apaga, donde toda actividad espiritual muere sofocada por una atroz indiferencia, no puede llegarse más allá. Nuestro horizonte ha ido estrechándose hasta hacerse inmediato, amigo mío. Hable usted de cultivar el espíritu y la mayoría le responderá con aquel viejo refrán español: “¡Ventura te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta!” ¿Qué puede hacer en tal medio un artista, más que someterse a los caprichos de la moda? Trabajar en la realización de un ideal es estrellarse voluntariamente contra la peor de las indiferencias que es la ignorancia complacida. Nuestro desarrollo intelectual, nuestro saber, es tan sólo una apariencia, un miraje de nuestra vanidad. Nada amamos menos que la cultura. El gran número se ríe de nuestras veleidades artísticas. La nulidad espiritual de la mayoría es una fuerza contra la cual nadie se sentirá capaz de levantar el gesto. ¿Y de quién, en verdad, puede esperarse tal heroísmo?

— Es que el artista no debiera pensar en el ambiente ni en cosa parecida, nos aventuramos a responderle. Aquel que es mú-

sico, ha dicho un filósofo, si no tiene donde, tocará en una caña vacía, pero tocará. Aquel que se sienta capaz de realizar una gran obra, la realizará contra todas las influencias que le rodeen.

Consultar el gusto ambiente para seguir la tendencia a la moda es confesar que no se tiene fuerzas suficientes para realizar una obra original y grande. Las cuestiones de ambiente son un signo inequívoco de debilidad en el artista. El culto de las grandes obras, es él quien lo crea. Pero ese rol, esencialmente educador, requiere en el artista una enorme fuerza de voluntad y de carácter que el moderno no tiene. El arte no es un mero placer personal, ni mucho menos un pasatiempo. El arte es un gran esfuerzo, un sacrificio, un heroísmo. El arte es un sacerdocio al que debe sacrificarse honores, bienestar, placeres. El arte exige el empleo de todas nuestras fuerzas vitales como toda la fortaleza de nuestro espíritu.

Los modernos que piden aliento, indulgencia, olvidan demasiado las amargas vicisitudes que debieron pasar todos los grandes artistas, aun los más geniales; las miserias y las dificultades sin fin de que se compone la vida de un Miguel Angel, de un Leonardo, de un Rembrandt. Olvidan también por desgracia, que aquellos verdaderos artistas, preocupados exclusivamente en hacer bellas obras, no esperaban otra satisfacción que la de ver surgir a la vida las creaciones de su ingenio y que la miseria y la lucha los enardecía antes que doblegarles, les comunicaba ese divino impulso que se tradujo en los más altos acentos de la inspiración humana.

Todos los problemas del ambiente quedarían resueltos si el artista pensara más en su obra y menos en su público; si librado a la sinceridad de su inspiración aplacara sus ansias de éxito, su manía de llamar la atención, de figurar. Mientras la obra del artista no se imponga por la fuerza de su belleza; mientras esa belleza no sea sensible, el público será hostil o, lo que es peor, indiferente; mientras el artista necesite justificar lo que hace y pinte con clave; mientras — como lo vemos en esta exposición — pretenda interesar nuestra curiosidad antes que nuestra sensibilidad y aspire a ofuscarnos con el malabarismo de su técnica, la mayoría seguirá inmovible. La obra de arte debe dirigirse a la sensibilidad no al entendimiento; al alma, no al cerebro. El gran público no tiene por que interesarse por una obra que ha sido hecha para un grupo de privilegiados, si puede llamarse así a

los iniciados en los secretos del oficio. El ambiente se formará cuando la obra despierte la admiración de sus contemporáneos, cuando como una fuerza inevitable atraiga hacia ella todos los entusiasmos. ¿Y es la habilidad técnica que llevará por sí sola a este resultado; o es necesario antes que nada una inspiración entusiasta, nacida de un incondicional amor por todo lo bello? Hacer obra de artista es incontestablemente más eficaz que hacer obra de pintor cuando se quiere ganar los sufragios de la mayoría.

Este Salón nos demuestra una vez más que los problemas de la técnica son para nosotros mucho más importantes que los problemas de orden estético. Del mismo modo que un cristal puesto al sol nos enceguece con la vivacidad de sus reflejos y basta para no dejarnos ver el paisaje, así los artificios de la paleta absorben nuestros sentidos, hasta hacernos perder de vista la razón de ser de la obra de arte. Nuestro criterio ha sobrepujado insensiblemente el pintor al artista. Los errores que ese modo de ver lleva consigo son fáciles de adivinar. La exposición a que asistimos es de una vaciedad desconsoladora. La mayoría de aquella juventud pinta a tontas y a locas sin finalidad, por el solo placer de pintar. Es un tecnicismo árido donde no vemos florecer una sola idea.

Si en la educación del artista se atendiera principalmente al desarrollo de su sentimiento estético, es decir, del sentimiento de la belleza, la influencia alucinadora del tecnicismo no causaría tanto daño. El artista aprende a expresarse pero no aprende a sentir y como una consecuencia natural cuando su pincel no sigue servilmente los rudimentos de una escuela, se hace un generador de sofismas. Al estudiar los modos de expresión de una escuela, el artista parece prescindir de lo que ella expresa. Olvida que el pensamiento de un gran maestro, la idealidad que de su obra se desprende, puede generar en nosotros ideas nuevas, fortalecer un ideal o un criterio, mientras que sus medios de expresión responden a una sensibilidad para nosotros desconocida y por lo tanto inaccesible. Las obras maestras deben servir al artista para formar su moral del arte, su filosofía. Fuera de los principios inmutables que esas obras establecen, para un verdadero artista no hay más escuela que la de su sensibilidad (damos por sabido que no hay sensibilidad, así sea la más exquisita, que pueda prescindir de aquellos principios). Ingres dijo alguna vez que escribiría sobre su puerta *Escuela de dibujo* y formaría pintores, y es

que el color como el carácter de la ejecución son cuestiones de temperamento y todos nos expresamos según nuestra propia naturaleza. Aprendidos los fundamentos del arte, aprendida la gramática que formarían los grandes maestros, sólo queda al artista enriquecer su lenguaje de las formas con la visión de las grandes obras, como el literato enriquece el suyo con la lectura de los grandes libros. Y llegado el momento de expresarse, el artista lo hará siguiendo su sensibilidad, si aspira a interesarnos con su obra.

¿Quién podría imaginar las ideas de Leonardo expresadas con la técnica de Velázquez; las de Miguel Angel con la técnica de Wateau; las de Goya con la técnica de Rubens? Sin embargo, a esto lleva la teoría de nuestro artista que sigue indistintamente a los españoles, a los franceses, a los alemanes o italianos, según lo quiera la moda y las probabilidades de éxito. Este arte que se nos ofrece es extravagante y caricaturesco, porque el artista no traduce jamás una idea propia, pero sigue una tendencia generalizada por el éxito, variándola hasta lo absurdo.

Es una lástima que tantas buenas voluntades sacrifiquen toda la fuerza de su entusiasmo por servir a una musa despatarrada y loca como es la musa moderna. ¿Quién dirá a esos artistas que en el arte moderno no hay una idea que lo sustente, una doctrina que lo guíe, una finalidad que lo arrastre? O si hay una idea que lo sustente es la del éxito; una doctrina, la moda; una finalidad, el lucro. El arte se ha convertido en un oficio y el artista sólo cuida de su clientela. La conciencia del artista moderno está en expresar las extravagancias que genera una mentalidad anodina. En conmover los sentimientos fáciles de aquellos a quienes el pensamiento fatiga.

No es nuestro deseo atribuir los mismos propósitos a nuestros artistas, pues creemos que en lo que hacen hay mucho más de inconsciencia que de sinceridad y que en último término lo que les ha faltado es una dirección eficaz o una voluntad firme que les sostuviera en los principios de la sana razón. A medida que hablemos de las obras, iremos justificando nuestras afirmaciones con los ejemplos. Por el momento concretemos nuestra impresión, diciendo que falta en absoluto a esa juventud el espíritu de examen; que trabaja sin razonar, perdiendo en inútiles amoríos de escuela las buenas facultades de una naturaleza sana y capaz. El Salón de este año es una gran alegría y es una gran tristeza:

una gran alegría por los progresos enormes que representa; una gran tristeza por la falta de principios que manifiesta.

Mientras le visitábamos durante esa mañana del "vernissage" nos vinieron obstinadamente a la memoria las siguientes palabras de Robert de la Sizeranne, que dedicaríamos especialmente a nuestros jóvenes, si no fueran tan hostiles a los sanos consejos.

El autor, que acaba de hablar de la introducción del traje moderno en la estatuaria y de la fealdad de tal accesorio, dice a los artistas: "No os inquietéis por representar las costumbres de vuestro tiempo ni sus aspiraciones sociológicas; inquietaos por representar lo que encontréis bello en todos los tiempos, según vuestras aspiraciones sean o no las del mundo donde vivís! Sed sinceros, es decir, sed artistas y sed de vuestro arte antes de ser de vuestro tiempo. No os dejéis desviar de vuestro camino por aquellos que os dirán que los antiguos fueron grandes porque expresaron su raza, su moral, sus costumbres, su vida. Puede que sea cierto, pero nada es menos probable y en todo caso no puede servirlos para nada. Marchad simplemente hacia lo que os parece bello, como el río va al mar, como el ave vuela hacia la espiga cargada de grano. Si el ropaje de los antiguos os gusta más que la levita, vestid con él las espaldas de vuestro héroe. Se reirá durante tres días, pero los años le guardarán, pues vuestro héroe no será considerado grande sino cuando le habréis hecho bello. Osad todas las inconsecuencias, a condición de que sirvan vuestro dibujo. Desechad toda lógica si se resuelve en una forma sin gracia. Y creed que no hay luz intelectual comparable al garbo de un bello brazo levantado para asegurar el equilibrio del ánfora — ni una intención que reemplace a un pliegue ligero que cae de la espalda a los pies de la más humilde estatuita de Tanagra!"

RINALDO RINALDINI.

NOTA. — Lo que acaba de leerse es tan sólo el relato de una primera impresión. La necesidad de justificarla con el examen detenido de las obras, nos obliga a repetidas visitas, poniéndonos en el caso de postergar para el próximo número el estudio en detalle de todo lo expuesto.

R. R

LETRAS ARGENTINAS Y AMERICANAS

LETRAS ARGENTINAS

El libro de los madrigales, por Belisario Hernández.

Tiene este libro un mérito que lo hace desde luego simpático y agradable, y es la sinceridad con que están concebidas y realizadas las composiciones que lo forman. Podrán ellas resultar a veces ingenuas o escritas sin mayor dominio de la expresión poética, que debiendo ser siempre una síntesis, excluye la redundancia y la dilución en que a menudo incurre el autor de estos poemas. Por otra parte podrá señalarse el abuso de temas y situaciones carentes de novedad y tratados además en forma un tanto gastada. Todo ello quiere decir que el poeta no ha dejado de ser tributario de ciertas influencias y que no ha hallado todavía su Castalia propia. Pero lo que por sobre todo eso interesa advertir es la existencia de un temperamento poético, o sea la cuestión esencial, dado que todo lo demás es asequible con la cultura y el ejercicio.

Justifica esta apreciación la capacidad de sentimiento que atestiguan sus estrofas en las que a través de la imagen baladí o del ritmo dudoso cabe sorprender la emoción verdadera, a la que impide una exteriorización más elocuente la inseguridad verbal del escritor. Porque no basta, — y esto apenas parece necesario decirlo, — experimentar un estado anímico cualquiera, sentir la belleza de una cosa dada, y abrigar el deseo de traducir todo eso en forma artística, sino que es menester poner en la palabra la *intención* poética, capaz de penetrar en el alma ajena y contagiarla con el sentimiento expresado.

Ese elemento sugestivo es todo en el lenguaje del poeta elegíaco que canta cosas melancólicas, como lo es en el lenguaje del humorista que procura suscitar estados placenteros y risueños. En él está el éxito de una frase de Bernard Shaw como el de una

línea de Verlaine: virtud oculta y casi imposible de analizar, que o se posee desde el principio por don singular, o llega a imprimirse a la palabra cuando se ha aprendido a destacar lo esencial de lo accesorio en las cosas, secreto esto último de todo el arte como profundamente afirma Taine.

Los versos del señor Hernández quedan, pues, en la categoría de tentativas poéticas más o menos felices, pero suficientes para demostrar lo que, perfeccionando su instrumento, puede él alcanzar en el futuro. Tiene ya el amor de las cosas nobles y bellas, el manejo aun deficiente, pero perfectible del ritmo, y si todo lo antedicho se refiere a su labor en conjunto, justo es decir, como excepción, que algunas de sus composiciones conquistan francamente, por la pureza del sentimiento, y la manera bastante "réus-sie" de su ejecución. Así el soneto, hermoso sin duda, que abre el libro, ofrendándolo al afecto maternal, y otros poemas en que el propósito madrigalesco o la impresión de ternura se evidencian eficazmente.

Las vértebras de Pan, por Eloy Fariña Núñez.

En un pequeño volumen ha reunido este conocido escritor una serie de cuentos compuestos en su mayoría sobre asuntos paganos, lo cual explica el título del libro. Evocaciones de Grecia y Roma realizados con discreta erudición y ática elegancia de estilo, los relatos del señor Fariña Núñez imaginados a base de reminiscencias históricas, tienen el carácter de los que Lemaitre escribiera "Al margen de los libros viejos". Así "La Inmortalidad de Horacio", que da ocasión a una delicada pintura del ambiente imperial en la época de Augusto y otras variaciones no menos interesantes.

Incluye también el autor dos o tres cuentos modernos de índole sentimental y esto se nos antoja inoportuno, pues destruye la unidad del conjunto y no está de acuerdo con la denominación genérica de la obra.

El señor Fariña Núñez tiene ya conquistada una buena reputación literaria como cuentista, y este libro no hace más que confirmar dicho juicio. Sabe, en efecto, el autor desarrollar con habilidad sus temas siempre escogidos e imprimirles el atractivo de un lenguaje directo y sobrio, apto para la descripción acabada y para la expresión eficaz del sentimiento. Trátase, por otra parte, de un escritor dueño de una cultura sólida que pone por lo tanto

un sello de distinción intelectual en todos los productos de su espíritu madurado en la meditación y el estudio.

Biografía del general Juan Martín de Pueyrredón, por Félix García Vera.

Bien venga toda labor destinada a esclarecer las cosas de la historia patria o a destacar cada vez con más relieve sus figuras prominentes. Tarea de este género, por deficiente que ella sea, es siempre tarea noble con tal que la abone la sinceridad y el deseo de establecer la verdad histórica. Cuanto más libros que, como el presente, significan una excelente monografía biográfica en que se delinea con sobrio trazo y justiciero espíritu, la silueta del gallardo Director Supremo.

El señor García Vera, distinguido educacionista del Rosario, ha compuesto lo que él llama "ensayo", con verdadero método y con una sencillez y claridad de estilo ejemplar en obras de esta naturaleza. Evoca la actuación de su héroe a través de sus múltiples fases de militar, diplomático, congresal y estadista, y de todo ello resulta bien aquilatada la significación de esta personalidad descollante de nuestro período inicial. El autor ha realizado así una labor ciertamente encomiable y sería satisfactorio que aplicara las dotes evidenciadas en este libro, a futuras obras del mismo género, que contribuyen a revivir el pasado argentino y mantener en la actualidad el culto por hombres y cosas que constituyen un legado glorioso, todo ello en forma seria y desprovista de la declamación estéril, habitual en los que hacen de este asunto un "modus vivendi" más o menos fructuoso. . .

Patogenia política, por Wenceslao Jaime Molins.

La crítica de nuestra fenomenología política demanda cierta valentía y seguridad de criterio que nos complacemos en encontrar en el presente libro. Tratándose de cosas cuya complejidad inherente se agrava por la heterogeneidad y el exceso de los elementos que pretenden explicarlas, es difícil llegar a obtener una visión de conjunto más o menos acertada. Y si bien estos estudios no logran constituir la síntesis perfecta, aciertan al menos a señalar muchas de las causas morbosas de los sucesos a que se refieren al censurar con firmeza las influencias degenerativas que retardan el afianzamiento institucional. Esos estudios están inspirados en un sano anhelo de progreso moral para la

República, y el autor muestra en muchas de sus actitudes para juzgar modalidades y acontecimientos, la seriedad reflexiva de su carácter. La crítica a la verborrea parlamentaria, a la esterilidad frecuente de la oratoria, hecha con seguro análisis y oportuna erudición, da idea de su concepto sereno y exacto de lo que debe significar la acción política. No obstante, la bibliografía un tanto "arriérée" que se nos ocurre advertir a través de sus páginas, y que parecería acusar cierta predilección por el romanticismo político de antaño, vese que el escritor tiende, por el contrario, a una concepción moderna y práctica de la política. Su análisis del radicalismo es penetrante, si bien demasiado amable en sus apreciaciones generales. Su conocimiento de la política del interior le capacita para reflejar las características de ese ambiente con gran sagacidad. No menos feliz es el dibujo de personajes y prototipos de la politiquería circundante, entre los cuales logra algunas siluetas con verdadera maestría. El señor Molins termina estudiando la actual ley electoral y sus deficiencias, como asimismo la política del gobierno creador de dicha ley o sea el del doctor Sáenz Peña, y arribando a la conclusión de que: 1.º Se puede practicar la ley de elecciones nacionales aplicada a la legislación de todas las provincias. 2.º Se puede gobernar sin partido. Llega el autor a estos "ergos" tras reflexiones minuciosas y lógicas. La exposición es suficientemente metódica y ordenada y su libro resulta en conjunto un trabajo sincero, juicioso e imparcial.

LETRAS AMERICANAS

Serenidad, por Amado Nervo.

Cada libro lírico de este poeta admirable señala, más que por los lineamientos generales de su forma (de un arte exquisito en todos ellos), por la entonación propia de cada cual y la emoción fundamental que le inspira, un período diverso en la vida espiritual del autor. Esto atestigua la sinceridad de su canto, natural y espontáneo y no obsta para que toda su obra poética revista una unidad superior y perfecta: la que determina, por sobre accidentales diferencias de ética o de estética, el constante amor de la verdad, la bondad y la belleza.

El poeta que en "Perlas Negras" expresara la tortura mística de su ser atormentado por la duda y sediento de certidumbres religiosas; que en los "Poemas" dijera, liberándose ya de la angustia pretérita, su amor por la vida, dolorosa y adorable; que en "La Hermana Agua" entonara con acento digno del de Asís su alabanza panteísta de la naturaleza y que cantara, en las ténues estancias de "En Voz Baja", melancolías, inquietudes, éxtasis, alegrías y nostalgias, dirá en este último conjunto de poemas, — cuyo título sugiere la apacible calma de quien llega al fin de una jornada despojado ya de vanidad y de inquietud, — las visiones de su alma, espejo en que las cosas se reflejan sin turbar la ternura de la superficie, como se copian los árboles y las nubes, el azul y las estrellas en las aguas de un tranquilo lago...

El poeta no ha renunciado, pues, a la contemplación de lo hermoso ni se ha divorciado del sentimiento. No es la insensibilidad ni el quietismo lo que este libro expresará. Antes bien, su espíritu, desdeñando las cosas efímeras y engañosas, se halla más compenetrado con la vida, con la vida verdadera, sólo que su corazón ya maduro, comprende mucho y por lo mismo mucho perdona y ama, como en la bella estrofa del D'Annunzio:

Ma l'anima nel cuor se fa piú buona
Come il frutto maturo. Umile e ardita
sa piegarse e resistere; ferita
non geme; assai comprende, assai perdona.

Del propio modo dirá él en una confesión humilde y sincera:

Desde que no persigo las dichas pasajeras
muriendo van en mi alma temores y ansiedad.
La Vida se me muestra con amplias y severas
perspectivas y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad...

Comprendo al fin el vasto sentido de las cosas;
sé escuchar en silencio lo que en redor de mí,
murmuran piedras, árboles, ondas, auras y rosas...
y advierto que me cercan mil formas misteriosas
que nunca presentí...

La serenidad de esta poesía no la exime naturalmente de cierta tonalidad melancólica. La alegría es movедiza y bulliciosa, en tanto que todo tranquilo recogimiento está velado por una tenue tristeza. El arroyo es alegre: brinca y canta. El estanque dormido posee en cambio una apariencia triste. Por eso dice Amado Nervo:

Lector, tal vez murmures (y tal vez con verdad)
después de que las páginas deste libro leíste
que mi serenidad es un poquito triste...
¿No es así, por ventura, toda serenidad?

Así es, en efecto, y por ello, la mayor parte de las estancias de este libro conducen a la meditación acerca del misterio de la naturaleza y los secretos del ser humano, mediante ese sutil matiz filosófico que ha impreso en ellos el alma pensativa y honda del autor. Y ya se sabe que no es precisamente júbilo lo que causan estas requisas a través de lo incognoscible...

Amado Nervo ha agrupado en el presente libro todas sus composiciones de los últimos años y algunas escritas anteriormente, pero que caben por su índole en esta colección. En ella anticipa también poemas pertenecientes a un libro futuro "La Amada Inmóvil", compuesto como homenaje al recuerdo de una suave mujer que pasó por su vida y que ya no existe. Son estrofas de grave ternura y de resignada melancolía.

"Serenidad", es un libro armonioso y profundo, y en la trayectoria que marca la obra del poeta, representa, por su espíritu, una culminación.

Homenaje a Enrique Deschamps. Madrid.

Hemos recibido este folleto conteniendo la información relativa al homenaje de que fué objeto hace algunos meses el señor Enrique Deschamps, representante de la República Dominicana en España, quien por su fervorosa obra de propaganda americanista se ha hecho acreedor a este tributo de simpatía que le han rendido numerosas y esclarecidas personalidades de la Península.

El señor Deschamps, que renunciara su misión diplomática en España para consagrarse noblemente a una labor de difusión del movimiento progresivo de los pueblos latinoamericanos desde los principales diarios de París, Roma, Berlín y Madrid, fué despedido en esta última ciudad con una fiesta brillante y simpática en que diversos oradores hicieron el elogio de su personalidad y de su obra. El folleto presente contiene los discursos de don Rafael María de Labra, el célebre americanista, presidente ahora del Ateneo de Madrid, de don Antonio de Zayas, del senador don Luis Palomo, don Emilio Zurano, doña Blanca de los Ríos, don José Gutiérrez Sobral y del obsequiado señor

Deschamps, como asimismo las principales adhesiones y las notas de la prensa relativas al acto.

Dolorosa y desnuda realidad, por Ventura García Calderón.

Conocíamos al autor de este libro como delicioso "chroniqueur". Revélasenos ahora como cuentista excelente. Este volumen contiene diez y siete cuentos, todos ellos llenos de interés y de encanto. El parentesco estrecho de ambos géneros: crónica y cuento, nos hacía desde luego suponer el resultado. Al fin en los dos casos la cuestión está en narrar bien: cosas vistas, en la crónica, o cosas imaginadas, en el cuento. De ahí el éxito del señor García Calderón en esta faz de su literatura. Nos seduce la elección de sus asuntos, nunca vulgares, siempre humanos y reales, fuera de toda fantasía como no sea en algún detalle; la nerviosa brevedad del estilo, propio, matizado, sugestivo. Nos seduce igualmente la emoción que recorre todas las páginas, la piedad *huguiana* que demuestra ante el dolor de los miserables. Luego, el señor García Calderón es un frío psicólogo, un "amateur d'ames", que conoce el valor de un gesto, de una actitud, de una palabra y refleja todo eso en sus relatos con maestría de novelista.

Sería difícil acertar a decir cuál de sus cuentos nos agrada más o nos parece de ejecución más feliz. Con ser bastante diversos entre sí, en razón del tema, todos ellos atesoran las mismas cualidades. Hacen sentir, hacen pensar y son igualmente artísticos en su factura.

El señor García Calderón, que tiene a más ciertos rasgos de humorismo, dedica su libro a Balzac "por dos espléndidas enseñanzas de que le es deudor: la tristeza de la humana comedia y la mejor manera de hacer café"...

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

SOBRE "IL SOGNO DI ALMA"

BANCARROTA DE LA CRITICA

Revelarse músico eximio en el hemisferio austral de nuestro planeta, resulta empresa temeraria. Con alguna excepción honrosísima, los señores críticos del citado hemisferio, excelentes traductores, admiradores incondicionales de todo lo consagrado como admirable, son muy capaces de disertar concienzudamente sobre cualquier tema conocido... en Europa; pero, puestos de improviso en presencia de una obra nueva, se sienten acometidos de súbita parálisis o catalepsia cerebral, absolutamente inconciliable con las exigencias habituales del lenguaje articulado.

Y es natural que así sea. El talento crítico, facultad innata, debe reposar en la ciencia y en la experiencia, para no descarrilarse a lo mejor en ridícula catástrofe. Por eso los críticos australes enmudecen ante las obras nuevas, o se limitan a consignar vagas impresiones de aspecto sibilino. No se atreven a ejercer ampliamente su oficio de perdonavidas intelectuales. Incapaces de olfatear el talento que surge, les falta competencia para negarlo; pero así que alguno de ellos, por motivos más o menos extraños a la jurisdicción de la crítica severa e imparcial, resuelve asumir la ofensiva; hay que ver con qué esplendorosa evidencia estalla entonces la verdad de cuanto he dicho!; Cuánta ignorancia agazapada en las interlíneas! Aseverar sin fundamento; aconsejar con hipocresía; condenar sin autoridad; ridiculizar sin *esprit*: tales son los elementos más simpáticos y más nobles entre los muchos que componen la triaca envenenada de tales lucubraciones.

Apresúrome a suplicar a mis lectores que se sirvan no sospecharme encantado con la idea de que se me tenga a mí por crítico. Hablo porque es necesario que alguien hable en presencia de un

acontecimiento artístico tan importante como la aparición de "Il sogno di Alma". Hablo porque, familiarizado desde tiempo inmemorial con las emociones de la música superior, "Il sogno di Alma" me ha afectado las intimidades más hondas de la percepción estética, haciendo vibrar cuerdas tan reacias de ordinario al estímulo sonoro, que sólo tiemblan, — lo sé por larga experiencia, — al flujo del genio y del talento.

Por fortuna, el público del Colón ha sabido vislumbrar por sí solo ese vaho genial que forma algo así como el éter de la penumbra violeta en que solloza el ensueño de la dulce Alma. Pero el público de Buenos Aires, aunque inteligente como el que más, no ha podido, con una sola audición por turno de abono, saborear el enorme caudal de belleza contenido en "Il sogno di Alma". Se convencerá de ello quien compare las impresiones de los que la han oído una sola vez, con las de quienes han tenido el buen gusto de escucharla tres o cuatro veces.

Aunque todos conformes en calificar de hermosa la obra, nótase en los primeros una especie de incertidumbre o desorientación no exenta de angustia: curioso estado de ánimo que, por lo menos en gran parte, se debe a la excelencia misma de la obra, de cuya orquesta emanan tan a menudo aladas ráfagas de inspiración, que muy pocos se atreven a aceptarlas como originales, tratándose, como se trata, de un autor novel, marcado con las tachas abrumadoras, para el caso, de ser argentino, de pertenecer a una familia distinguida y de no saberse donde ha estudiado. Las dos primeras circunstancias quizá justifiquen semejante preocupación; pero la última ¡oh, la última!...

¡Sepa el público de Buenos Aires que López Buchardo ha tenido un maestro incomparable, el único capaz de haberle enseñado lo que sabe: Dios! No hay academia, no hay conservatorio en el mundo donde se *enseñe* el talento. López Buchardo ha tenido en su infancia profesores de piano; pero la armonía la aprendió él solo, o nació sabiéndola, que lo mismo da. Cuando se decidió, *después de haber compuesto su ópera*, a tomar lecciones de contrapunto en París, las tales lecciones resultaron conversaciones *mano a mano* con el profesor, el cual se apresuró a aconsejarle que abandonase los *estudios* lo más pronto posible, para no perder tiempo...

Así, pues, el público del Colón, sin ningún antecedente que le permitiera orientarse, ha demostrado entender más que la crítica.

Claro está que al referirme al público, prescindo del elemento

ignorante y mal intencionado, que por desgracia forma en sus filas, sin que sea posible remediarlo. Es forzoso resignarse a escuchar los juicios más disparatados, las opiniones más absurdas. No ha faltado quien dijera, por ejemplo, que el delicioso coro de Hadas del segundo acto se parece demasiado al terceto de las hijas del Rhin. Como ambos son cantados por mujeres, la ignorancia y la malevolencia se han solazado en equipararlos al punto de declararlos "parecidos", siendo así que si en algo se asemejan es en belleza, y más que todo en calidad de belleza, pues no parece sino que las Hadas y las Ondinas se complacen, efectivamente, en herir las mismas secretas fibras de la sensibilidad estética. Pero decir, con la consiguiente malicia o ignorancia, que *se parecen*, equivale a sostener que existe semejanza entre "Aída" y "Lohengrin" a causa de las trompetas, o que "Il sogno di Alma" se asemeja, por lo de las campanas del primer acto, a "Les Cloches de Corneville".

El público inteligente no ignora que, en la primera audición de una obra nueva, si es de apreciación difícil, lo primero que de ella se comprende o asimila, es lo que de algún modo *recuerda* otras obras ya conocidas, así se trate de futilidades nimias, como ser un ritmo *sui generis*, o un timbre especial, o una sucesión de dos notas o intervalos, cuando no de un simple acorde solitario. La inspirada y original partitura de López Buchardo no se substraerá a la regla general.

Compleja en su sencillez; irisada de arborescencias y cambiantes de piedra preciosa; delicadamente afligrida de medias tintas armónicas, el público no ha podido, en una sola audición, no digo aquilatarla en su justo valor, pero ni siquiera apreciarla medianamente. De ahí que, atento como pocas veces se le ha visto en nuestro gran coliseo,—porque evidentemente sentíase como magnetizado bajo el influjo del arte verdadero,—se hallara en condiciones especialísimas para la comprensión precoz y casi exclusiva de lo que le iba despertando ilusorias reminiscencias de cosas ya oídas...

Pero tranquilícese el público. No se trata de reminiscencias reales, musicalmente hablando. Es cuestión de ritmos, de timbres, de notas sueltas, de coincidencias fugaces que se producen, por fuerza, cada vez que los *bcaux esprits se rencontrent*, cada vez que el vuelo melódico, en el vaivén ansioso de la inspiración, llega acaso a rozar en algún punto sensible la órbita de otros vuelos y de otras ansiedades...

Así lo comprende, sin excepción, todo aquel que insiste en escuchar la inspirada partitura, subyugado por la magia decisiva de una música tan hermosa como original: tan espontánea en su línea melódica, cuanto limada y pulida y acariciada en su riquísima urdimbre contrapuntística. Pero no es posible hablar de la música sin acordarse del libreto. Por cierto que es difícil imaginar argumento más apropiado para el comentario musical. Aparte del prólogo y el epílogo, los tres actos se desarrollan en la región del Ensueño. Todo lo que se ve en la escena, todo lo que se canta, todo lo que se oye, todo es irreal. Es un sueño, un sueño de Alma, la ingenua, la graciosa, la sonriente Alma. ¿De qué nos habla la Música, al fin, sino de amor y ensueño? ¿No es vilipendiar el arte divino aplicarlo al comentario de un acto prosaico, cuando no brutal o soez?

Claro está que la exigua porción de público amante de las emociones fuertes, como ser suplicios inquisitoriales o fallecimientos por hambre o por bacilos de Koch, han visto defraudadas sus esperanzas en presencia de un argumento tan ajeno al repertorio del Gran Guignol; pero ¡cuán deliciosamente conmovidas han debido sentirse las personas accesibles a la poesía frente a ese primer de ingenuidad y de gracia que es Alma contándole a su novio la horrible pesadilla de su boda principesca!

¿No es infinitamente hermosa y teatral y digna de la música la llegada fantástica de Alma al palacio, traída de la mano por el príncipe, pálida la tez y enrojecidos los ojos por el llanto, en el trance supremo de ver desvanecido para siempre el poema real, que ella cree soñado, de sus amores?

La emoción de lo forjado en el ambiente violeta del ensueño, emerge de la escena en íntima fusión con el aterciopelado divagar de la orquesta, y la amargura de Alma dormida al pie del árbol, bajo la mirada sonriente de la Virgen, despierta en el ánimo no sé qué lejanas evocaciones. . .

¡Y pensar que no han faltado quienes tacharan de trivial el argumento de "Il sogno di Alma"! ¡Oh prodigio de impermeabilidad poética!

Los críticos australes suelen ser aficionados a las obras *fuertes*, como dicen ellos. *Fuerte*, dicen que es "Nabucodonosor", por ejemplo, ese colosal monumento de mal gusto exhumado este año en el Colón. Para ellos lo chabacano, lo ruidoso, lo ordinario, es *cosa fuerte*: lo distinguido es femenino; lo femenino es simple; lo simple es malo. ¡Claro! ¡Lo fuerte de "Le vase brisé" no salta

a la vista de cualquiera, así como los amores criminales de alguna reina envenenadora son, en efecto, para mucha gente, cosa más importante, más *fuerte*, que un idilio entre zagales!

Por fortuna, estamos ya lejos del tiempo en que la ópera no tenía otro objeto que el lucimiento de los cantantes y el solaz de la elegancia aburrida, sensible tan sólo al estiletazo brutal de algún do de pecho rígidamente inmóvil en la eternidad de un calderón. En esos tiempos, felizmente pasados, nada más aparente que una puñalada para sacudir la modorra digestiva de los espectadores. Pero hoy...

En "Il sogno di Alma" no hay puñaladas, ni microbios, ni siquiera traiciones ni intereses mezquinos: nada que recuerde la abominable prosa de la vida. Alma sufre, sí; pero sufre soñando... Está enamorada y es feliz. Sólo el sueño la ha hecho traición... Y la música de López Buchardo, delicada y sutil como una caricia, dice en su lenguaje ultraterreno lo que no quiso o no pudo decir Prins con la palabra: y es tan armoniosamente íntima la penetración del libreto con la música, que no hay tregua para la atención en los tres actos de exquisito deleite que procura la obra admirable.

Admirable, sí; y más admirada cuanto más oída. Con la mitad de lo que vale — apúntelo la crítica — tenía bastante para triunfar en todos los teatros del mundo. Se necesitaba una obra así, libre de rebuscamientos, saturada de ideas, honesta, sincera, en que nada se sacrifica al ideal de crear belleza. Llenos están los escenarios de producciones fofas, vacías, pura bambolla, en lo que lo cursi se hermana con lo pedantesco y en que el afán de *épater le bourgeois* hace las veces del talento.

"Il sogno di Alma", motivo de legítimo orgullo nacional, debió representarse ocho o diez veces por lo menos.

El explicable silencio de la Crítica austral ante la obra nueva, no lo consintió. Lamentémoslo, pero también consolémosnos con la esperanza del desquite: no pasará mucho tiempo (¡maldita guerra!) sin que podamos ofrecernos la fruición de leer interesantes y encomiásticos análisis de la gran obra argentina: primero en francés, en inglés o en italiano, y luego en pintoresco y concienzudo criollo. Y, o mucho me engaño, o tendremos, entonces, el gusto de oír sesudas conferencias sobre la música nacional...

CIENCIAS JURIDICAS

Jurisprudencia y política, por Joaquín V. González.

La vasta labor del doctor Joaquín V. González le ha impuesto ya como tratadista eminente de política y jurisprudencia. En nuestro país donde secundariamente se ha ejercido la política teórica — es decir, la que fundamenta en la serenidad estudiosa los principios de gobierno — la obra del doctor González tiene un valor que los años harán más evidente.

A las ventajas de su erudición, el doctor González ha unido la eficacia de su labor de gobierno. Primer magistrado de provincia, legislador y ministro, ha podido ejecutar como gobernante lo que como estudioso proyectara. Es así que el doctor González realiza el ideal del hombre de estado.

En el último volumen de su ya vasta bibliografía, reúne estudios de importancia capitalísima: consultas jurídicas en cuestiones arduas y delicadas, discursos parlamentarios sobre asuntos de trascendencia, escritos de política militante que descubren su mente de reformador.

Pocos hombres han realizado en nuestro país y con tal eficacia una obra paralela a la de González. Constitucionalista eminente ha orientado a veces la opinión unánime; internacionalista de nota, ha informado con elocuencia erudita sobre el valor e importancia de tratados y de convenciones, y sin restringir a ello su esfuerzo, ha sabido, como elaborar historias, levantar universidades y como hacer literatura, proyectar en leyes sabias el trabajo obrero y la organización proletaria.

Algo hay de *sarmientesco* en su obra: la amplitud de la empresa y el optimismo en la lucha. Si le falta el gesto airado y desconcertante que caracterizara al grande hombre, le sobra la visión clara de nuestro porvenir y, sobre todo — coincidencia importante — la de nuestra cultura. González en la época de Sarmiento

hubiera elevado escuelas, como éste en nuestros días hubiera organizado tal como está la Universidad de La Plata.

El libro que estas líneas motiva, siendo parte de una grande obra constructiva, no puede ser juzgado con ligereza. Sus páginas, conocidas ya del público, fueron comentadas a medida que nacían del autor. Compréndese, pues, por qué preferimos anunciar simplemente su nuevo volumen antes que analizarlo sin profundidad. Esperamos el día en que estudiar, como se merece, su obra múltiple y representativa.

Historia de la enseñanza de las ciencias jurídicas y sociales en la Universidad de Buenos Aires, por Agustín Pestalardo.

Buena tesis, ciertamente, la del doctor Pestalardo. Buena por lo novedoso del asunto que estudia, buena por la seriedad científica que lo guía y buena por el método que sigue. Esta triple excelencia tan extraña, y sin embargo tan primordial en trabajos de esta índole, nos reconcilia con la práctica de la tesis, cuyo menguado prestigio raramente es salvado por los jóvenes doctores.

Desde luego, las tesis que en su origen obligaron al estudio paciente de un hecho, de un fenómeno o de una teoría, a los cuales se pretendía dar, sino un aspecto nuevo por lo menos una idea más, en nuestro tiempo han rebajado su primitiva significación y exclusivamente pretextan la obtención de un diploma. Atribúyase esto a la Universidad que no fomenta lo suficiente esos trabajos concienzudos o, si se quiere, a los jóvenes graduados en quienes más arde la pasión profesional que la tranquilidad estudiantil y la honradez científica, lo cierto es que el más leve análisis de las obras doctorales revela, al propio tiempo que desconsoladora pobreza analítica, una increíble incapacidad para la construcción armónica del trabajo.

La obra del doctor Pestalardo es una dignísima excepción. Por eso merece buenos plácemes. A ella ha dedicado paciente investigación y serio método, criterio inteligente y avizor.

Si bien es cierto que nuestra universidad carece hasta ahora de verdadera tradición científica y si, en lo que a la enseñanza del derecho se refiere, hemos dependido de las tendencias que han ensayado las universidades europeas, es interesante investigar en qué forma y con cuál intensidad aquellas tendencias y enseñanzas repercutieron en nuestro medio, qué hubo de propio y de nacional

en los estudios y, en fin, cuál ha sido el grado de influencia que la universidad ha tenido sobre el desarrollo de nuestra cultura.

Diversas obras habían ya, aunque fragmentariamente, tratado el tema. Conocida es la historia de nuestra universidad escrita por los doctores Bidau y Piñero, pero este libro, como algunos otros, mejor que las tendencias intelectuales, historia la exterioridad de los planes, de las reformas, de los cursos. Hasta ahora no se había escrito la historia interna y al propio tiempo crítica de la enseñanza del derecho, desde el clandestino estudio de las obras extranjeras durante el coloniaje hasta las últimas reformas y los más recientes planes. En tal labor empeñóse el doctor Pestalardo y fruto de ella es su tesis, que nuestra Facultad justamente ha distinguido.

En cuatro partes se divide la obra. En la primera se analiza la enseñanza desde las primeras épocas coloniales hasta la fundación de la Academia de Jurisprudencia. Estúdiase en la segunda los progresos realizados desde las primeras tentativas tendientes a crear la Universidad de Buenos Aires hasta que, caído Rozas, iníciase su franco desarrollo. Parte interesante es la tãrcera en que el autor analiza las ideas de Alberdi sobre los estudios jurídicos; la implantación del eclecticismo de Cousin como reacción a la escuela utilitaria que, años antes, aceptara Somellera; los primeros estudios del derecho romano que dirigiera Vicente Fidel López, la iniciación en la enseñanza del derecho canónico, del derecho civil, del derecho comercial y del criminal, del internacional y del constitucional. El doctor Pestalardo analiza a través de los textos elaborados en esa época o adoptados en los estudios las diversas tendencias de la enseñanza. A veces lamenta el común fetichismo por la ley escrita que lleva a la cristalización de las normas positivas en un país como el nuestro donde la evolución jurídica debiera ser continua. "Es que la Universidad no preparó a los hombres para descubrir, a través de nuestra vida, las normas que nos son propias y emprender la crítica serena e imparcial de la legislación vigente: los pocos que se entregaron a esa tarea deben el gesto a su propio impulso".

Singularmente recomendables son las páginas en que el señor Pestalardo retrata a los viejos maestros desaparecidos. Cuando no los presenta en forma original sabe escoger el párrafo elocuente que con anterioridad los perfilara. Así, su obra anímase de vida y es como si oyéramos de un testigo sobreviviente el re-

cuerto erudito y amoroso de los nobles mentores que fundaron nuestra cultura.

En la parte cuarta el autor analiza la influencia del positivismo en los estudios de nuestra Universidad; trata de los diversos planes de enseñanza y de la cuestión aun no resuelta del doctorado como complemento y coronación de los estudios de la abogacía. Las últimas páginas de la obra están dedicadas al análisis del estado actual de la enseñanza, a los trabajos más recientes y a las cuestiones más palpitantes como la que a la didáctica del derecho civil se refiere.

La obra del doctor Pestalardo ha de ser por su información abundante y por su importancia innegable, una de las fuentes más preciosas del investigador que en lo futuro realizare la historia de nuestra cultura. Y si ella honra a su autor, honra asimismo a la casa que la ha premiado.

El voto obligatorio; su aplicación, por Enrique Loncan.

El problema que el señor Loncan estudia ha sido, en los últimos años, tratado en abundancia. La ley Sáenz Peña dióle actualidad y, desde su discusión hasta estos días, el tema ha sido analizado largamente en discursos de parlamento o en artículos doctrinarios, en conferencias políticas como en tesis doctorales.

La cuestión, aunque resuelta por la ley positiva, conserva aun su interés filosófico, psicológico y jurídico. Siempre ha de decirse con Posada: "Una ley pretende imponer, e impone, la obligación del voto, no ya mediante una declaración dogmática, sino en virtud de la amenaza de una sanción: la pregunta es inevitable: ¿por qué? ¿con qué derecho? Sólo después vendrá esta otra: ¿cómo? ¿con qué eficacia? ¿para qué?"

El señor Loncan, joven estudioso, de espíritu equilibrado y sagaz, ha tratado de resolver en este libro las cuestiones que más se relacionan al problema. Acaso no las ha estudiado con la profundidad que ellas se merecen, pero asimismo estas páginas nos revelan el talento de investigador y de crítico que el autor posee.

La cuestión que analiza el señor Loncan es de aquellas difíciles de tratar medianamente. La esencia misma del voto obligatorio supone tales principios de filosofía y de política que, estudiarlos, implica una labor ardua y concienzuda. Si, por el con-

trario, se prefiere reducir el análisis a sus características y manifestaciones externas, no es difícil incurrir en la vulgaridad más absoluta. Lástima que el autor de este trabajo no ha realizado lo primero con la amplitud que su inteligencia prometía. Si es bueno su libro, no lo es como todos lo deseábamos: impecable y profundo.

El señor Loncan estudia ante todo los caracteres de la democracia contemporánea e investiga la naturaleza del sufragio que, con relación a aquélla "es lo mismo que la sangre en el funcionamiento del organismo humano", según símil que el autor aprovecha. Para Loncan el sufragio es una *fuerza* que interviene en todos los accidentes de la vida democrática, "fuerza que no queda librada a otra voluntad ni a otro designio que al que le quiera asignar el hombre por sus propios medios". Planteados los dos criterios con que puede considerarse el sufragio, es decir, como un deber o como una facultad que el ciudadano puede utilizar a su arbitrio, el autor llega a la conclusión de que el voto debe ser obligatorio, porque tal carácter se deriva de su naturaleza misma. Más adelante el señor Loncan considera el fundamento racional del voto obligatorio en un capítulo nutrido de ideas y luego, en el siguiente, analiza el problema cívico en la República Argentina y, por fin, en los dos últimos, trata de la aplicación del voto obligatorio y de sus consecuencias.

Difícilmente se podría en tan pocas páginas como las de esta obra tratar tan interesantes cuestiones. El doctor Loncan las ha analizado con talento y con eficacia.

Virtud rara en los libros de esta índole, tiene el de Loncan la de estar bien escrito. Ni un lugar común, ni una idea trivial mancha sus páginas; por el contrario, algunas tiene este trabajo como sus cuatro primeras y las que componen el capítulo V, que le aseguran escritor de casta.

J. N.

NOTAS Y COMENTARIOS

A propósito de nuestra nota sobre Jaurès.

Nuestro colaborador y miembro del directorio de la Sociedad Cooperativa NOSOTROS, Manuel Gálvez, entendiendo que esta revista, según lo estipulan los estatutos de la misma sociedad, debe mantenerse alejada de todo embanderamiento político, nos pide una rectificación o aclaración de un concepto vertido por nosotros en el número pasado respecto de la muerte de Jaurès, concepto expresado así: "Unase en este instante nuestra voz a la de la conciencia universal, para reprobear la violencia en la solución de los conflictos entre los hombres, la violencia que ayer hirió en el bando contrario a Francisco Ferdinando de Austria — y la consecuencia de esa muerte ha sido la guerra europea — y hoy hiere en nuestro bando a Jaurès". Las palabras incriminadas son: *y hoy hiere en nuestro bando a Jaurès*. Jaurès era socialista. ¿NOSOTROS, entonces, contra lo estipulado en sus estatutos, también lo es?

Con verdadero placer satisfacemos el pedido de nuestro amigo y colaborador. El nos ha de permitir, precisamente, establecer de una vez por todas qué entendemos por imparcialidad en lo que a la revista concierne. Ante todo, reclamamos una vez más para NOSOTROS el derecho de publicar todas las opiniones, sobre literatura, arte, política, moral, filosofía, etc., que se presenten abonadas por una firma responsable. Sin ir más lejos, sosteníamos este derecho, ejercido por nosotros durante siete años, en el número pasado, cuando escribíamos: La revista "cree haber mantenido la promesa hecha a sus colaboradores, de que NOSOTROS estaría abierta a todas las opiniones honesta y altamente expresadas, sin subordinarse a doctrinas o afiliarse a camarillas de especie alguna. Esta es la parte de su programa en cuya realización ha puesto más especial empeño, y a pesar de todos los inevitables

malentendidos piensa que al hacer triunfar en sus páginas el principio de la libre discusión de las ideas y de los hombres que las encarnan, ha hecho obra buena y necesaria”.

Por lo tanto, no se le achaca a la revista el ser conservadora o anarquista, nietzscheana o cristiana, clásica o decadente, partidaria de A o de B, porque militen en uno u otro bando los que en la revista escriben, aunque sean los mismos directores, siempre que lo hagan bajo su firma. ¿No significa esto ser imparcial?

Pero otro es el caso, sin duda, cuando es la misma revista la que opina. En este caso su criterio de imparcialidad requiere ser analizado diversamente. No entendemos que la imparcialidad deba manifestarse por el silencio. La revista debe decir su palabra sobre aquello que considere que la exige. Y si esa palabra ha de decirse ¿cómo será imparcial? ¿No concretando nada; no resolviéndose en ningún sentido; inmovilizándose en el absoluto equilibrio? Todo eso es absurdo. Con tal criterio llegaríamos lógicamente a cosas como ésta: que un lector podría reclamarnos el haber tejido el elogio de tal o cual muerto ilustre, por no ser de su predilección, y acusarnos, por consiguiente, de parcialidad. No; nosotros entendemos de otro modo nuestro deber. Tratamos que las opiniones de la revista estén de acuerdo con las del ambiente, o, en todo caso, sean la expresión de aquello que por los más de nuestros lectores (y bien conocemos el espíritu de la mayoría) sería considerado justo y oportuno. Podemos equivocarnos en la interpretación de dicho espíritu, no lo negamos, pero, precisamente porque nos atenemos siempre en nuestros comentarios a cuestiones muy generales o que no pueden suscitar asperezas y contradicciones, creemos reducir esos errores a un *mínimum*.

Ahora bien: ¿hemos transgredido este principio al hablar de *nuestro bando*, refiriéndonos a Jaurès? No. Ni se nos ocurrió hacer profesión de fe socialista. NOSOTROS no es socialista, puede creerlo el amigo Gálvez. Pero NOSOTROS es una revista argentina, país que auspicia todos los nobles y generosos ideales; Jaurès, aparte su condición de socialista militante, fué un luchador incansable por la paz, por la justicia, por la libertad; Jaurès representaba el presente como lo representa la Argentina, así como Francisco Ferdinando de Austria, con quien lo poníamos nosotros en contraposición, representaba el pasado: nada más natural que habláramos de *nuestro bando* y del *bando contrario*. ¿O está Manuel Gálvez con *el otro bando*? Buen provecho le haga; pero

constituirá entonces una ínfima minoría en nuestro ambiente, cuyo espíritu cree interpretar NOSOTROS. Pues recuerde nuestro buen amigo que hasta la Cámara de Diputados se levantó en pie en homenaje del malogrado tribuno, y a la demostración se adhirieron, salvo una excepción, los mismos diputados conservadores y católicos.

¿Queda satisfecho nuestro colaborador?

Sobre "Nosotros".

Haciendo excepción a nuestra costumbre de no transcribir los elogios con que continuamente nos honra el periodismo nacional y extranjero, publicamos a continuación el artículo que nos dedicó últimamente en el diario *El Triunfo* de la Habana, el reputado escritor cubano Arturo R. de Carricarte, por ser la expresión del concepto que en el extranjero se tiene sobre NOSOTROS y por contener además apreciaciones de índole general sobre la vida intelectual argentina. Dicho artículo se titula *Un gran programa y una gran revista*, y dice:

"Nuestra América en los últimos años ha realizado una serie de actos que elevan su significación moral a un grado insuperable. Las pequeñas rivalidades que distanciaban los pueblos del continente se van borrando, y la solidaridad internacional cunde y se hace firme cada día.

Y no fuera justo al consignar tan relevante conducta, dejar de citar en primer término a la Argentina, a la cual se debe, en no poca parte, nuestro actual encumbramiento: fué Calvo quien primero hizo pesar el influjo americano en los derrotados internacionales con sus admirables estudios de Derecho Público; Drago quien dió un alto al imperialismo europeo que amenazaba nuestras nacionalidades; a Sáenz Peña se debe el rasgo de cultura y de internacionalismo más gallardo con su noble frase "América para la humanidad", cuyo lirismo no es óbice para que se le reconozca un alto sentido moral y una elevada significación como muestra de cultura; y, por último, ha sido también la Argentina la que, por la pluma admirable de Ricardo Rojas, ha dado la voz de alerta para que nos apercibamos a "nacionalizar" nuestros pueblos, inconscientemente entregados a la acción extranjera.

Y si Ricardo Rojas ha sido el apóstol de esa campaña, digna de imitación, argentina es, también, la publicación que ha reco-

gido el programa y lo viene cumpliendo de manera insuperable: la revista NOSOTROS, de la cual tuve oportunidad de ocuparme hace dos o tres años y que para bien de las letras castellanas en América persevera noblemente en sus generosos empeños.

En las páginas de NOSOTROS, puede seguirse el desenvolvimiento brillantísimo de las letras argentinas: la crítica se ejerce en sus columnas con una independencia, serenidad y cultura insuperables. Ni convencionalismos, ni intransigencias. Tan lejos están los colaboradores de NOSOTROS de la intemperancia demolidora "fraicandilesca" como del ditirambo irreflexivo y desmoralizador "condekostiano". La exactitud del juicio, la noble tolerancia, el examen sereno y desapasionado de autores, de obras y de escuelas informan los trabajos de Rojas, Más y Pí, Giusti y cuantos con esa labor de exposición y de análisis dan alientos a los empeños artísticos y rinden justicia y ofrecen oportunidad de reafirmarse a las brillantes reputaciones juveniles conquistadas con el esfuerzo y el estudio.

De intento he querido referirme en primer término a la labor de crítica que se realiza en NOSOTROS, porque esa debe ser imitada en Cuba. Necesitamos una crítica seria, honrada, que no ceda al halago y que en el mismo grado que no se deje cegar por el brillo de su renombre convencional, sepa conceder lo que el mérito y la labor continuada y sana demandan de respeto y de atención.

El ditirambo fácil, la frase de falso entusiasmo y el aplauso benévolo, tales son las características de nuestra crítica. El análisis sereno, la desapasionada compulsa de méritos y deméritos, eso no se hace casi nunca. Prefiérese aplaudir aun aquello que no se ha leído. El diario, y tanto como el diario la revista, sacrifican la serenidad de un juicio y la independencia de un criterio honrado, libre de bajísimas pasiones, a la complacencia y al compromiso amistoso.

En pocos pueblos se hace preciso, como en el nuestro, desarrollar un programa literario sano y elevado. Nuestras costumbres literarias, nuestras aficiones artísticas, nuestros gustos están por depurar. Y así el arte se estanca y los mejores esfuerzos se esterilizan y las energías se malgastan inútil y lamentablemente.

NOSOTROS ha emprendido ese programa, lo ha definido y lo viene cumpliendo de modo irreprochable.

Pero no se limita al examen de las producciones y del medio

argentino; sus páginas se ofrecen a la producción original y en ellas aparecen las mejores firmas sudamericanas.

Uno de los factores de difusión cultural más valiosos, el teatro, ha encontrado en esa gran revista acogida amorosa, y con gran frecuencia inserta íntegros dramas y comedias de autores nacionales, sin perjuicio de exponer en meditados estudios, la situación del teatro rioplatense y los méritos de cada obra y de cada autor.

Florencio Sánchez, el malogrado dramaturgo, recibió los mejores alientos de la Redacción de NOSOTROS, en cuyas páginas aparecieron las mejores producciones del autor de "M'hijo el Doctor".

Necesitamos en Cuba realizar una obra de noble nacionalismo como ésta que se está librando en la Argentina. En ella fueron los jóvenes los que la emprendieron con brillo insuperable y éxito positivo; ¿por qué nuestra juventud no sigue tan noble ejemplo?

En vez de sembrar odios y de ahondar divisiones entre los cubanos, congreguémosnos los representantes de la juventud en una relevante campaña de nacionalismo inteligente, sin proscripciones ni intransigencias, para realzar el nombre de Cuba, para inculcar en las masas el amor a la cultura y a la belleza, bajando hasta el pueblo, ofreciendo en cada taller y llevando a las columnas de cada diario, al uno la conferencia sencilla y afectuosa, sin alardes de libresca y vacua erudición, al otro la vulgarización no empequeñecedora de las obras cubanas, de lo que el literato cubano ha realizado a lo largo de las generaciones, y de lo que el pueblo debe amar y buscar para esparcimiento y elevación de su espíritu.

Así haremos patria, y aportaremos un grano de arena a la obra de cubanización en que debemos sentirnos todos empeñados, a estas horas de prueba y de vacilaciones en que la conciencia nacional se muestra indecisa, descarriada por las egoístas solicitudes de algunos y por el exhibicionismo de tanto pseudo literato que llena cuartillas y perora neciamente, sin más propósito ni más fin que el de buscar esos aplausos a que tan fáciles son la pereza y la inconsciencia."

"NOSOTROS".

NOSOTROS

Año VIII — Tomo XV

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
A	
Aguilar.....	Eugenio Díaz Romero (retrato).. 228
B	
Bayón Herrera Luis.....	Siripo (poema heroico en tres actos. 3. ^{er} acto.)..... 83
Bayona Posada Jorge.....	Poesías..... 209
Bertellotti Fóscolo.....	Ernesto Quesada (caricatura)... 50
' ' '.....	Eduardo Talero (caricatura)... 184
' ' '.....	Martín Reibel (caricatura)..... 263
C	
Calandrelli Matías E.....	Sobre «Il Sogno di Alma»..... 303
Columba.....	José Ingenieros (caricatura).... 122
Cruz Ghio Julio.....	Literatura de juventud..... 264
D	
Díaz Romero Eugenio.....	El viejo (versos)..... 229
Dirección La.....	«La Nación» y el arte nacional 56
' ' '.....	Notas: La guerra.—Roque Sáenz Peña..... 117
E	
Escobar Julio F.....	«Il sogno di Alma»..... 211
F	
Fernández de la Puente J. L..	Intermedio (versos)..... 51

G

Gálvez Manuel.....	La escultura elegiaca: Pedro Zonza Briano.....	67
'	El Salón Nacional de 1914 (I-II).....	284
García Calderón Francisco...	Letras coloniales.....	221

I

Ingenieros José.....	El renacimiento cultural de Cataluña.....	123
----------------------	---	-----

K

Kantor M.....	La moral de Tolstoï.....	188
---------------	--------------------------	-----

L

Levene Ricardo.....	La misión de la escuela.....	106
---------------------	------------------------------	-----

M

Martínez Jerez José.....	El hilo de oro (versos).....	255
Melián Lafinur Alvaro.....	Letras argentinas y americanas.....	296
Mendioroz Alberto.....	Del origen de la poesía (versos).....	271
Muzzio Sáenz Peña C.....	El fabricante de babuchas de Bujará (cuento).....	204

N

Nervo Amado.....	Poetas.....	145
Noé Julio.....	Ciencias Jurídicas.....	308
"Nosotros".....	Notas y Comentarios... 111, 217,	313

P

Palomeque Alberto.....	La negociación de paz con el Imperio del Brasil.....	233
Perkins Jorge Walter.....	La progeñie de Hércules.....	247

Q

Quesada Ernesto.....	Una vuelta al mundo.....	5, 147
Quiroga Horacio.....	La mancha hiptálmica (cuento).....	181

R

Reibel Martín.....	Carne de poetas.....	260
Rinaldini Rinaldo.....	La exposición de artistas argentinos ..	71
'	El cuarto Salón: <i>el vernissage</i>	290
Rojas Ricardo.....	El Salón del Retiro.....	59

S

Senet Rodolfo	«Los primitivos habitantes del Delta del Parauá», por Luis María Torres.....	276
Sweat Heart	Globos de ensayo	200

T

Talero Eduardo	Sol campestre (versos).....	185
-----------------------------	-----------------------------	-----

W

Wilde Oscar	El gigante egoísta (cuento).....	266
--------------------------	----------------------------------	-----

NOSOTROS



NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS

ARTE HISTORIA · FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1.º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI · ROBERTO F. GIUSTI

AÑO VIII — TOMO XVI

BUENOS AIRES

SOCIEDAD COOPERATIVA LIMITADA «NOSOTROS»

1914

KRAUS REPRINT
Nendeln/Liechtenstein

1968

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden



NOSOTROS

EL PLATONISMO EN LA VIDA Y EN LA POESIA

DE LORENZO EL MAGNIFICO

Oh! el poder evocar con el alma traspasada de renacimiento el espectáculo extraordinario, profundo y esplendoroso de esa Florencia de los humanistas y de los Medici.

Feliz quien contra la opinión de los modernos historiadores dogmáticos y economistas — cuyo criterio de hebreos es más apto para juzgar de las convulsiones siempre estomacales de las plebes, que no del bello gesto aislado de los grandes hombres — logre destacar de cuerpo entero, con más relieve que el busto miguelangelesco, la figura del magnífico Lorenzo, del príncipe de los príncipes, de aquel que con el supremo criterio de los espíritus selectos, él, político sumo y gobernante tirano, tuvo en bello desprecio las artes de su política, supo reirse de la libertad y hacer reir a su pueblo, dando a la vez con la piedra filosofal que no es en síntesis sino el mismo oro puesto al alcance del cincel de un Buonarrotti o de la pluma de un Poliziano o del pincel de un Botticelli; del oro dúctil, en fin, ante el platónico aliento de Marsilio Ficino.

Esto pensaba yo cuando después de haber releído el panegírico canto que de Lorenzo de Medici trama el Machiavelli en "Le Istorie Fiorentine" me dirigía una vez pausadamente, como un "caballero de parte" o un consejero medico, desde el "Palazzo della Signoria" al palacio de la antigua vía Larga y al convento de San Lorenzo.

Y es que primeramente con "La Crónica" del Compagni, luego con Machiavelli, Ammirato y algunos fragmentos latinos del Bruni d'Arezzo había penetrado tan hondo en la historia de Florencia y recibido una tan profunda emoción estética de su ambiente — producida esta última por la bella y simple enumeración de los acontecimientos con sus causas eficientes sin pretensiones dogmáticas ni mayores ulterioridades — como cierto no lo había logrado de los modernos historiadores atentos a una finalidad pragmática, ávidos de deducir la enseñanza que no fluye o de inferir la verdad sociológica en estos tiempos de verdades contingentes, y tan exentos de toda emoción artística, en su estolidez científica, como lejos de panegíricos y ditirambos o de sátiras e invectivas.

Y yo había llegado en mis reflexiones a favor de la historia como bella arte a uno de esos pocos principios al cual se asiera mi espíritu violentamente, y era: que la imaginación no puede libre expandirse ante el choque de toda realidad actual, pudiendo sólo idealizar lo que ha sido y ya no es, pues todo mundo del presente es de por sí pragmático, pertenece a la representación, a la reflexión o a la intuición kantiana, mientras tan sólo el mundo del pasado, que se conecta al tiempo y no al espacio, pertenece a la imaginación que forja la belleza en el ideal y adelanta el porvenir.

Y siendo el bien y la belleza dos como manifestaciones de lo absoluto, era evidente que el criterio estético había especialmente informado en la edad antigua la vida de los helenos y de los latinos, así como el criterio ético o moral impúsose más tarde en la edad media entre los bárbaros mediante el Cristianismo, nublado y estrechando el horizonte de la vida, hasta que el milagro griego y su concepto de belleza reaparece con el humanismo bajo el cielo sereno de Toscana, lográndose así un renacimiento del siglo de Pericles con la Florencia de los Medici.

Hacia ya tiempo de que inducido por mi quimera helénica, interesándome particularmente la evolución y la influencia del espíritu heleno en las civilizaciones posteriores, dábame a estudiar las huellas fugaces del paganismo en la edad media, y ya en la edad moderna, en primer término, el renacimiento médico o el siglo de los humanistas. Pero en mi afán de helenismo puro, deseando exclusivamente a ello concretarme, hasta el estudio concomitante de la latinidad dejábalo siempre de lado, como fenómeno diferente. Quería saber tan sólo del intercambio intelectual de

Oriente y de Occidente; de la vida y milagros de los luraños *graeculus*, de esos viejos didáscalos bizantinos de cejas rapadas y barbas piojosas y mantos greicanos que primitivamente enseñaron en las universidades italianas, así como de la procesión profana de los jóvenes que, hace quinientos años, se iban a Bizancio para aprender algo de literatura, de arte y de filosofía griegas, realizando de paso el viaje de la Odysea, atravesando el Jonio azul y el glauco Egeo, divisando la Hélade santa y las islas de nombres armoniosos, viendo y viviendo en fin todo lo que ya habían soñado, y por lo cual podían pensar orgullosamente que sus existencias habían escapado, una vez por todas, a la vulgaridad de toda vida actual y consuetudinaria.

Dentro de la estrechez de mis conocimientos y de mis medios de acción interesábame el estudio de la paleografía griega, me preocupaba la suerte de los papiros y de los viejos códices membranáceos, y los catálogos de manuscritos bizantinos que los filólogos, los bibliotecarios o los mercantes en libros encargaban o traían de Constantinopla a las ciudades de Occidente. (1)

(1) Y a una conclusión para mí triste había llegado mi espíritu después de un estudio más amoroso que largo: la reacción humanista, que iniciándose en Italia, durante el siglo xv, y, divulgándose inmediatamente en toda Europa, determinó el Renacimiento, la Reforma y todos los grandes acontecimientos de la historia espiritual de la moderna era, fué una reacción sin duda clásica; pero, especialmente en su primer período, latinizante más que helenizante, y dentro del helenismo puro, tendió más a la letra que al espíritu. Fué una pura cuestión de gramática. El helenismo en Bizancio, como elemento étnico y espiritual estaba entonces, y desde hacía tiempo, totalmente extinguido. Los pretendidos sabios bizantinos no comprendían ni interpretaban el verdadero espíritu helénico o ático, y la mayor parte de ellos fueron simples normalistas en su propia tierra, que por el solo hecho de hablar un griego bárbaro se creían autorizados a enseñar lo que ignoraban y a ser los huéspedes bien acogidos de Occidente. Apenas si hacen excepción hombres como Chrysoloras, Jorge de Trebizonda o Gemistus Pleto o el Argirópulus. Cuanto más helénicos fueron y se mostraron, por intuición, los espíritus genios de Dante, Petrarca y Boccaccio, o los primitivos florentinos que por un milagro griego sintieron tal vez el canto de las sirenas y allá se fueron, como Guarino Veronese, o Giaccoppo Antonio della Scarperia, o Roberto dei Rossi. Pero la prueba que más impresionaba mi mente de que el helenismo en lo que tiene de más alto y representativo, en espíritu y esencia, no preocupaba entonces en primer término, era la falta de un verdadero criterio concerniente al lugar e importancia debidas distintamente a los griegos clásicos. Homero, Platón y los trágicos no eran autores privilegiados, ni originaban dilecciones, o preocupaban tanto como cualquier otro griego del período alejandrino, así fuese geógrafo o escoliasta, o era superado en el interés de muchos doctos por los mismos padres de la iglesia griega. Cosa esta explicable

Ah! pero como tan sólo la belleza es immanente y eterna, la resurrección de los dioses debiera verificarse por voluntad del destino; por eso que, hacía poco, viniendo de Atenas a Florencia yo había rehecho la clásica ruta de los humanistas. Para que resurgiera el helenismo o su concepto aproximado era menester una previa evolución de las tendencias humanísticas que ya habían revelado todo el misterio profano de la latinidad; era necesario, por otra parte, que la gran ciudad toscana entrara finalmente en un período, sino de tranquilidad en sus relaciones exteriores, por lo menos de seguridad y consolidación de su política interna; y era necesario, por último, que las circunstancias favorecieran el advenimiento de aquel que debería culminar la obra de la restauración del helenismo, el advenimiento en suma, de un gran príncipe platónico. De un príncipe que fuera el arquetipo mismo del hombre de su raza, de su ciudad y de su tiempo; de un príncipe en quien la virtud acumulativa y selectiva de una estirpe autóctona — cuyas raíces más por las circunstancias que por el tiempo arraigaban en lo más hondo del ambiente y de la tierra nativa, se hubiese concretado finalmente en el que debía ser el más vivo engendro de su especie, en el fruto óptimo y apreciado del tronco secular, aparecido después de largamente presentido y vivamente deseado en los connubios amorosos y augurales; de un príncipe, en fin, en quien más tarde la educación otorgádale dentro de las más avanzadas y hondas tendencias espirituales de su tiempo vendría, más que a complementar, a continuar la obra heroica de naturaleza, cuya voluntad está siempre revelándose proteiformemente.

Porque una sola es la voluntad del universo, y la voluntad humana y ésa, en apariencias otra, de la natura no son sino una misma y única voluntad de belleza. Y así como la obra de arte

sólo si se piensa que las grandes obras literarias o filosóficas tenían para ellos un atractivo exclusivamente gramatical o filológico. Del griego lo importante era saber los paradigmas y las conjugaciones, o conocer algunos vocablos para, insertándolos, dar mayor elegancia a algún epigrama o epístola latina. No se tuvo hasta muy tarde, y ya veremos cuando, una noción clara o intensificada de emoción de lo que era la alta poesía griega, ni del pensamiento omnímodo de los grandes filósofos, ni del concepto jocundo de la vida en la Atenas de Pericles. Los humanistas de Bizancio eran *bizantinos*, y los italianos se bizantinizaban. Ni poetas, ni filósofos, ni artistas, ni críticos, ni estetas: eran simples gramáticos, profesantes de retórica y estilística, en el sentido más exterior y pobre que estos vocablos expresan.

de los genios nace de su deseo más férvido, del esfuerzo espontáneamente unánime de las más altas perfecciones del espíritu, de una como incandescencia de su más pura humanidad; así también la voluntad impersonal de la naturaleza en un recíproco determinismo con la humana, toda vez que una raza o una ciudad están por llegar al trance de la gloria, al último fastigio de su perfeccionamiento, al punto en que se logra el estilo, entonces la naturaleza forja un tipo de hombre superior que no es el superhombre en abstracto, ni el héroe de la epopeya, ni el profeta religioso, ni el genio contemplativo o activo; pero sí un ser soberanamente humano que en la ciudad de Florencia y a fines del siglo xv, por ejemplo, resumiera en cuerpo y alma las más típicas perfecciones de los cuerpos y las almas de la ciudad mercante e intelectual, de un ser en quien la visión interna de su alma apareciera, si en obra de arte: arquitecturada como un palacio del Brunelleschi o del Ghiberti, o como la planta misma de la ciudad magnífica, si en obra natural, la visión del valle de Arno, con su cielo azul intenso, y la elegancia de sus colinas evanescentes en un escorzo dulcísimo, y la trama embriagadora de sus vides, y su perfume de oleastros.

Y verificado que hubo el advenimiento del gran príncipe, las puras fuentes propincuas en que abrevara su espíritu no podían ser sino aquellas que consagrara la rehabilitación reciente y aún precaria de los grandes humanistas, vale decir: Platón. Sólo que otra grande hoguera espiritual acababa de encenderse en el decurso del tiempo después de una tiniebla de diez siglos medioevales. Más alto que los últimos fastigios de las catedrales góticas, allá donde no alcanzaban las vibraciones del "Organum" monofónico del Aquinate, ya la voz temeraria del Dante, présaga de la edad moderna, había osado cantar en una lengua románica la más estupenda de las ficciones humanas, que dieron los hombres en llamar divina, ya el estoico gibelino de la quijada enjuta había presentido y expresado el concepto del amor platónico en el "dolce stil nuovo", cuando olvidado de sus furores de "hombre de parte", al arrullo del Arno espiraba sus rimas sobre el "Ponte Vecchio".

Y ya al pintar la lucha de las pasiones humanas hiciéralo en forma tal de lograr el más culminante *pathos* de la tragedia clásica, y había del mito griego extraído las figuras y símbolos de esas pasiones: la lujuria de Minos, la gula de Cerbero, la avaricia de Pluto, la iracundia de Flegias, y había, finalmente, consagrado

tres veces en su glorioso poema el nombre de "Plato divino", comentando aún sus teorías en "Il Convito" y en sus tratados latinos.

Y así cuando Lorenzo vino al mundo, Platón no era ya el todo, y mientras Cosme el Anciano consagraba al jovencito Marsilio Ticino al culto del filósofo académico, hacía que Cristóforo Landino comentara "La Commedia" como una biblia, bajo la cúpula del Duomo, públicamente.

Las fuentes espirituales de Lorenzo vendrían a ser Platón y Dante.

Platón que en la tiniebla ideológica de su caverna alegórica, después de proyectar la luz de su dialéctica elevando así al espíritu desde las sombras precarias hasta las ideas eternas y verdaderas, proclama por último que la causa final de todas las entidades es la suma Belleza identificada con el sumo Bien; Dante que a su vez desciende a los últimos antros del alma humana hasta encontrar las vetas de oro de las pasiones para depurándolas en belleza enseñarnos que hay también una dialéctica de los sentimientos, escala por la cual, priva de ideas, la densa humanidad suele ascender también al sumo Bien; Platón que ávido siempre de almas, después de haber definido la materia en el no ser, todavía no satisfecho de espiritualizar los astros y las bestias y las plantas, fórgale una alma al mundo que sirve de relación, el alma macrocósmica del mundo que en el fondo de la tierra prevé tal vez la convulsión volcánica y siente acaso el ardor del fuego crepitante en las entrañas de sus rocas; Dante que ávido siempre de aspectos de almas, suponiendo que en el mundo de lo efímero ellas no podrían adquirir sus formas típicas y eternas, prefiere descender hasta el Infierno, atravesar el Purgatorio y ascender al Paraíso para, sorprendiendo según la actitud petrificada de los réprobos o el gesto iluminado de los justos, representar por arte soberanamente humano lo extrahumano y divinal; Platón que es inteligencia pura en su optimismo ingénito sin mezcla de otra emoción que esa emoción inherente a las ideas puras, y que encontrando cerrado el horizonte de la vida humana, busca en la preexistencia y en la reminiscencia la solución de los problemas de verdad, bien y belleza; Dante que es imaginación y sentimiento exaltados imbuído, sino de la idea, de algo aún más verdadero que es la emoción filosófica, da por Platón resueltos todos los graves problemas y hallando breve el decurso y el espacio

exiguo, busca en la subsistencia un nuevo mundo por donde echar a volar sus imágenes eternas — tan eternas como las ideas platónicas — y sobre el cual distender su alma azul y cóncava como un cielo astrífero, pero también cargado de nubes grávidas; Platón que, deductivo cual filósofo, descendiendo desde Dios al mundo y a los hombres, construye en su *Timeo* la más estupenda síntesis cósmico filosófica desbordante, a las veces, los límites de la razón humana y expresada con el verbo del filósofo poeta, pues sentía tan hondamente el pensamiento que en él no se distingue aún el arte de la ciencia; Dante que, inductivo cual poeta, ascendiendo desde el hombre al mundo y luego a Dios, construye en su "*Commedia*" la más divina síntesis cósmico poética ultrapasando el vuelo icáreo de toda imaginación, y, expresada en el lenguaje del poeta filosófico al que él siempre aspiraba, llamándose a sí mismo en sus tratados latinos: "*Dantem Alagherium philosophorum minimum*".

.....

Platón y Dante, en fin, cuyos espíritus son dos *logos*, las dos primeras hipótesis de la única divinidad; el uno revela en su obra la emanación de Dios al hombre, el otro la ascensión del hombre a Dios; Platón la preexistencia, Dante la subsistencia; el espíritu del uno se precipita a la tierra como el fuego divino de los bólidos; el espíritu del otro asciende flameante como el fuego terráqueo ardiendo por el orto de los astros, y ambos colocan su visión más allá del *devenir*, del tiempo y del espacio, porque sus espíritus han visto y han vivido en la noción del Ser absoluto, del incondicional abstracto, de cuya estática eternidad el tiempo es sólo la imagen movable, cual la que de los astros las aguas del océano reflejan, en las noches del mundo.

Otro principio con su virtud apodíctica ocupaba mi espíritu frecuentemente atrayéndolo cada vez más hacia la Hélade eterna y luminosa: era la absoluta persuasión de que la evolución del pensamiento filosófico, en sus principios más fundamentales y más trascendentales, no implicaba sino una eterna lucha y un predominio perentorio del sistema de Platón o el de Aristóteles.

La imagen plástica del pensamiento filosófico fingíase como una hermana bifronte alternativamente custodiada y coronada

por hierofantes académicos o peripatéticos. Con el filósofo de Atenas y el sabio de Estagira el pensamiento se inflama y asciende paralelamente hacia la última cúspide del razonamiento, donde, no logrando el infinito, se resuelve en el postrer dilema implícito de quedarse en Platón o en Aristóteles, según buscare preferentemente la verdad en el ideal, o el ideal en la verdad. Toda escuela filosófica posterior no ha sido en realidad sino una adaptación, restauración o sincretismo de esos dos sistemas únicos y típicos. (1)

Sólo que en estos tiempos miserables en que el hombre con una sumisión muy digna de su animalidad, ya demostrada, limitase a cumplir más y mejor con su ley de adaptación, la filosofía y sus conclusiones pesan cada vez menos en los destinos de la humanidad, la inteligencia o el talento se restringen al campo de las ciencias aisladas y aplicadas con el fin evolutivo de las utilidades inmediatas, y la filosofía se reduce a la sola metafísica que está todavía y siempre allí donde la dejaron la argucia acabadora y sofisticismo divino de los griegos.

Pero cuando la lucha entre las escuelas filosóficas se efectuó en el mundo al salir de la escolástica — y nunca espectáculo más hermoso de las fuerzas dialécticas en acción — el triunfo del Platonismo produjo como el más bello e inmediato efecto el Renacimiento artístico y literario. Los primeros humanistas atacaron la escolástica, anteponiendo el puro aristotelismo a aquel otro averroísta o tomista, los últimos humanistas erigirán a Platón contra Aristóteles. Y esta segunda faz del humanismo empieza ya a insinuarse en los últimos tiempos de Cosme de Medici, para revelarse después abiertamente a la sonrisa auspiciadora de Lorenzo.

Con Platón viene el ideal, el ideal que es una forma superior de la verdad y la realidad, con Platón, pues, viene el Arte.

(1) No hacía mucho que leyera en uno de los más grandes filósofos contemporáneos de la reacción neoidealista la reflexión siguiente: "La filosofía moderna es, en su espíritu, la continuación inmediata de la antigua. La filosofía de la edad media se compone de mil años de comentarios de las doctrinas antiguas, imperfectamente comprendidas, para volverlas aplicables a la exégesis racional de la doctrina teológica". Yo, exagerando, diría: efectivamente la escolástica no es una escuela filosófica, es simplemente un método, y métodos son, más que sistemas, el Cartesiano y el Criticismo de los modernos tiempos, y si venimos a nuestros días, en la última reacción neoidealista que ha seguido al positivismo ayer no más triunfante, quien no alcanza a distinguir una vez más el triunfo de Platón sobre Aristóteles?

Pero antes de pasar a estudiar la restauración del platonismo en Occidente, yo desearía rehabilitar y proclamar bien alto la participación primera que en ella tuvieron los sabios de Toscana, independientemente de lo que más tarde hicieran los bizantinos éxules de Oriente.

Como para el fenómeno de la introducción del helenismo, muy anteriormente a la caída de Constantinopla y a la de Tesalónica, ya los espíritus geniales de Dante, Petrarca y Boccaccio habían preconcebido y presentido y tenido como una visión apolínea de toda la idealidad del mundo heleno — siendo así que es ilusorio el suponer que la conquista musulmana haya sido un antecedente necesario e inmediato en el resurgimiento de la antigüedad clásica — así también en lo que se refiere a instauración del platonismo conviene, contra el modo habitual de los historiadores, dejar constancia que en su origen fué una gloria pura de Occidente.

Pues si bien es cierto que el hecho capital de la restauración platónica parece ser la conversión de Cosme de Medici a la doctrina académica, realizada por la prédica entusiasta y delirante del anciano bizantino Gemistus Pleto, ⁽¹⁾—cuando éste fué a Florencia para asistir al concilio que unió temporariamente las iglesias católica y ortodoxa. — no está menos constatado que un intenso soplo de platonismo venía de tiempo atrás benéficamente agitando la mentalidad de muchos grandes florentinos.

Ya hemos visto hasta qué punto, y a pesar de su moral nicomáquea, Dante era y proclamábase platónico; Petrarca vendrá luego y en una de sus epístolas de "Rerum Familiarum" aventurará un paralelo entre Platón y Aristóteles, optando por Platón, y nos comunicaría su regocijo por haberse conseguido en Francia un códice griego de los "Diálogos" divinos, contagiando ese entusiasmo a su amigo íntimo el más tarde tan viejo cuan jovial canciller de la república.

Coluccio Salutati que tocado de un dulce amor por Platón encargó a Scarperia que, de Constantinopla, le trajese un códice completo de los diálogos famosos.

(1) Fué acaso después de algún banquete platónico en la morada interina del Cardenal Cesarini: Cosme salió tal vez acompañado de Gemistus y ambos dirigiríanse a la celda que para sus estudios tenía Cosme en el Convento de San Marco. Allí escuchó sin duda de boca del bizantino la lectura de su famoso opúsculo: "Περὶ ὧν Ἀριστοτέλης πρὸς Ἡλλάδων διαφέρειται". (Puede leerse este opúsculo en el vol. CLX de la "Patrología Greco-latina" del Migne — Biblioteca del Convento de San Francisco.)

Vendrá por último el Bruni Aretino que ya empezara a destacar su personalidad de traductor fiel y elegante de los clásicos helenos y que inducido por Niccoli y Saluttati sería el primero en concebir el designio de una completa versión latina de la obra de Platón.

Vivió Lorenzo su infancia principesca en el suntuoso palacio de la antigua vía Larga, sobre el regazo de su madre la purísima Lucrezia di Francesco Tornabuoni, de cuyos labios dulcísimos escuchó acaso las primeras consejas extraordinarias y las pristinas rimas populares que la misma Lucrezia componía en vulgar lengua, alternando con loas espirituales y con bíblicas historias. (Grato me viene a la memoria el voto de Pulci en su "Morgante":

"Con la tua grazia, Vergine María.
 Conserva la devota alma e verace
 Mona Lucrezia tua, benigna e pia."

Fué su primer maestro de tempranas letras el austero Gentile Becchi, el urbinato no menos pío y docto que Lucrezia, y ante cuya solícita tutela se ensanchaba gradualmente el espíritu aún impúber de Lorenzo. Del niño cuyos ojos se irían haciendo ya a la visión de los códices antiguos que la munificencia sabia de Cosimo y de Piero acumulaba en los suntuosos pluteos del palacio, al amparo de las estatuas de los dioses resurrectos, o ya al espectáculo soberbio de la urbe tumultuosa y febriciente, hispida en su horizonte por las torres de parte güelfa, y pululante de una turba de artífices mayores y menores que con la lana y la seda hacían el oro y con el oro armábanse de infantes para plejarse a la familia, a la maestranza o a la parte, o pagaban siempre caro en la medida de sus medios la cultura del espíritu. Y cuando cumplió quince años fué por su abuelo Cosme el Anciano confiado a Marsilio Ficino y a Cristóforo Landino, los dos más bellos y profundos espíritus del círculo de Cosimo. Y un admirable paralelismo delineaba estas dos mentes: Landino era el filólogo filósofo, Ficino era el filósofo filólogo; Landino de su filología hacía poesía, saturada de la esencia filosófica, Ficino en su humanismo era filósofo impregnado de la imagen y de la emoción

poética; Landino rebuscaba el simbolismo filosófico e interpretaba alegóricamente el mito al comentar Virgilio o Dante; Ficino hacía resaltar el valor estético de las alegorías de Platón, atento siempre en su sistema a las ideas de belleza; Landino criticaba y comentaba "La Commedia"; Ficino traducía y comentaba los "Diálogos" latinamente, y ambos poseídos en el fondo por el divino inspirado de Academos intentaban demostrar que el Gibelino inmergió también su espíritu peripatético en la doctrina platónica, tal como ésta aparece refrescando las fuentes aristotélicas, neoplatónicas y gnósticas, fresca y límpida todavía en la patrística ortodoxa, más enturbiada y tibia, desde luego, en la escolástica tomista.

Pero había sin duda otro elemento educativo que influyó grandemente en el espíritu de Lorenzo: y era el sentimiento de la naturaleza intensificado por la visión frecuente de la campaña toscana. Lorenzo huía a veces de la tensión de los libros, del de las armas, de los cuidados de la política, de la moliente cirenaica de los palacios y del bullicio de la ciudad, y se acordaba entonces que el horizonte de Toscana no se circunscribía a las cinco puertas de los burgos.

Buscaba distracciones en la vida intensa y en la santa y plena comunión con la naturaleza. Amaba locamente los placeres de la caza, sus caballos, sus lebreles y su arnés de cetrería, revelándose a la vez el héroe y el poeta de sus propias églogas venatorias.

Mañanas tibias de octubre, entre el cielo azul y blanco, y los collados cerúleos, y los valles verdicentes de olivares o amarillos por la sílice de aquella tierra toscana, cuando desde la Villa di Carregi o más frecuentemente, subiendo de la ciudad, pasando la Porta al Prato, se dirigía a Cascine y al cerro de Caiano, la mesnada de Lorenzo con sus caballos piafantes y sus nerviosos lebreles y sus fieros gerifaltes, y los "canotieri" y los "falconieri" y los "uccellatori", y el tintineo de los cascabeles, las clarinadas de las trompetas y los ronquidos de los cuernos, e iba la brigada loca hacia los plateados meandros del Ombrone, del río cuya ninfa era amada de Lorenzo y a cuyo numen pronto erigirá la Villa homónima que era como la ninfa misma petrificada sobre el cerro de Caiano siempre verde y auléntísimo.

Y cuando ya el sol en lo alto recalentaba las piedras del camino y las espaldas de los jinetes, tornaba la cabalgata lentamente y fatigada, mientras Lorenzo iba adelante inmune, galopando como

siempre, trepando cuestras y saltando zanjas, con su caza de grullas y de garzas, riendo de Pulci que se perdía en el bosque porque: "qualche fantasia avea in mente", e iba él solo aspirando con avidez el aire embriagador y seco de las viñas solanas, húmedo a ratos por el vaho que exhalaban los terrenos labrantíos, y mil pensamientos fúlgidos y terribles le brotaban de la mente, y mil sentimientos generosos llenaban su pecho, y una alegría inusitada vibraba en sus hipocondrios, y era como si su voluntad individual se anulase, se infundiese y confundiese con la voluntad de la naturaleza, o como si su inteligencia fuera una pura intuición de los elementos y su cuerpo un verde olivo arrasado por el Austro.

Luego entraba a la ciudad por la misma Puerta al Prato, despedía a los perreros y halconeros, y penetrando con sus mesnaderos en la primer cantina o *infrescatoio*, se comentaba allí la partida ("Ciascuno al suo sparvier dava l'onore"), y entre una copa y otra, por ejercitar todas las artes, Lorenzo seducía a la cantinera.

Al día siguiente, entre una duda platónica y una consulta de gobierno, cantaba sus proezas de la víspera escribiendo su brevísimo y vivísimo poema "La Caccia col Falcone", puro, simple, espontáneo, como dictado en lengua hablada, donde el ritmo y el metro no es querido, pero lleno de emoción vivida y donde también muéstrase ese sentimiento de la naturaleza que constituye el fondo mismo de otros poemas suyos como el "Corinto" y el "Ambra", o que embellecerá circunstancialmente algunas estancias descriptivas de "Le Selve d'Amore". Porque ese sentimiento de la naturaleza toscana — y no ovidiana o elegíaca como algunos pretendieran — con más los platónicos conceptos del amor, del devenir, de la belleza, fundido todo en la emoción filosófica del platonismo, tal era la esencia y el estilo de la poesía de Lorenzo, quien supo rivalizar dignamente con su amigo del alma y protegido, Agnolo Poliziano, en llevar la vulgar lengua toscana a las más altas expresiones de la belleza y del lírico fervor.

El concepto de un amor platónico, cual el que se revela en el "Symposio", la trágica idea de lo fugitivo y lo precario que son todas las bellezas terrenales, la concepción de una belleza abstracta y arquetípica — frecuentemente revelándose en el rostro de la amada — de la cual todas las cosas contingentemente bellas participan, el concepto a veces emanantista del universo, la idea

heterodoxa del "Timeo" de un perfeccionamiento sucesivo de los seres como entidades espirituales, y finalmente el concepto de una idea suprema, dios o demiurgo, cuya esencia sea la síntesis llevada a lo absoluto del *χαλοι και αγατοι*, y tan sólo concebible por el espíritu en su ascensión dialéctica, tales son principalmente los platónicos principios que expresados en diferentes formas aparecen informando casi toda la poesía del Magnífico. Y emoción de platonismo se revela tanto en los sonetos petrasquistas de su "Canzoniere", como en el piadoso misticismo popular de sus "Laudi" espirituales, o en las obscenidades de sus "Cantos Carnavalescos". Pero es especialmente en algunas estrofas reflexivas de "Le Selve d'Amore", en los versos finales del "Corinto" y en toda "La Altercazione" — de inspiración netamente platónica — donde los pensamientos académicos logran su más admirable expresión poética.

.....

Pero nada me era tan grato ni me infundía en el espíritu una tan dulce melancolía como el imaginarme los últimos momentos de su vida y su serena muerte y su primero y último coloquio con el Savonarola. Ni rebajaba un ápice la poesía de su muerte la humanísima advertencia de Macchiavelli: "...perché era da intollerabili doglie di stomaco oppresso, le quali tanto lo strinsero che di Aprile 1492 morí, l'anno 44 della sua età."

Fué en una de esas tardes florentinas en el equinoccio de la primavera y en aquella magnífica "Villa di Carreggi", más allá de la puerta de San Gallo, extramuro de la ciudad turbulenta. Hacía tiempo que vivía retirado con su corte de poetas, humanistas y filósofos, en esa aérea finca ya a Cosme el Anciano dilecta, que él la adquiriera de la familia Lippi y luego reconstruyó y embelleció según los planos de Michelozzo Miquelozzi su arquitecto. En aquellos jardines dilatados, bajo los bojedales perennales o a la sombra confidencial de las glorietas entretejidas por la hiedra, reuníanse y formaban sus *symposios* los miembros de aquel íntimo cenáculo platónico que presidiera Ficino, o tal vez como Sócrates y Phedro optaran por sentarse sobre el césped sumergiendo el pie desnudo en una acequia acariciante y musical, tal el Ilisos.

Hacía algunos meses que en el alma del Magnífico alentaba el presentimiento de la muerte cercana, hasta que un día las fuerzas le faltaron y fué cuando leyendo el "Phedon" comentado por Marsilio resolvió abandonarse a la "dulce muerte".

Pero una negra nube de tempestad y de tristeza comenzaba a nublar el sol primaveral de San Miniato y obscurecía el alma de todos los artesanos florentinos, y el conciliábulo de los amigos íntimos reuníase diariamente en la villa fiesolana, donde Lorenzo se moría en su cámara suntuosa con el amplio ventanal del Michelozzi siempre abierto a la luz cerulescente y a la brisa portante de las flores tempranas.

Día 4 de Abril de 1492: todo era silencio y lobreguez en la Villa medicea, hasta las fuentes canoras que regaban las cespederas habían callado. En la cámara contigua a la del príncipe habíanse reunido los amigos predilectos: y eran Marsilio Ficino y Cristóforo Landino, los maestros de Lorenzo, ambos cargados de años, pensamientos y experiencias; luego Pico de la Mirándola con su rubia cabeza partenopea de largos cabellos, y su eterna sonrisa angélica ligeramente atristada por entonces, su erguida figura vestida de rojo; y a su lado, consolándolo aunque en vano, contrastaba la silueta inarrogante y contrahecha de Agnolo Poliziano con su cuello torcido y su nariz desmesurada hacia la cual miraba su bizquera evidente, portando con el gesto habitual en su siniestra un códice homérico; más allá se paseaban en silencio Cavalcanti con Bandini, Benivieni con Scala; y en el rincón más oscuro, en actitud tímida y hosca, un toscó mocetón de sucio aspecto, con el rostro esculpido a martillazos, corto de talla y amplias las espaldas, vestía un burdo camión de lana trasudado en las axilas, y como de un bolsillo le asomaban los cinceles y como tenía las manos musculosas aún blanqueadas por el polvo sacaroideo de los mármoles, fácil era inducir que fuese un joven cliente del "Casino de' Medici", que habría interrumpido su escultórica jornada para recoger el último suspiro de Lorenzo. Poliziano únicamente parecía reconocer en él a cierto joven a quien un día recomendó como motivo escultórico una "Lucha de Centauros y Lapitas".

Ningún otro aparentaba conocerle; no obstante, el nombre de Miguel Angel Buonarrotti ya por Florencia cundía.

Faltaba únicamente para complementar aquella escena la lengua barba hirsuta y la casaca a la greciana de algún áspero gramático bizantino; pero es que uno de los últimos, aquel Demetrio de Chalcondilas había recientemente abandonado la corte de Lorenzo para irse a Milán, llamado por Ludovico el Moro.

Todos se mostraban tristes, resignados y serenos; la mucha

sabiduría acumulada y las muchas bellezas contempladas aportan esa actitud del alma ante la muerte. Mas, pronto aquel duelo de olímpicos fué interrumpido por un espectáculo inusitado: el fraile de San Marco irrumpió y con paso célere dejaba atrás la estancia de Lorenzo. Bajo la capucha cenicienta y como al resplandor de su mirada ignea, fulminante lograba distinguirse su rostro enjuto y amarillo, su frente estrecha, la nariz en gancho y el mentón prominente y descarnado (¿no sugería acaso su presencia la imagen viva de aquel “diávolo” impetrado en sus sermones?)

A su paso una instintiva repugnancia de aristócratas asomó a los rostros de aquellos humanistas, y olvidados de sus propias canongías sintiéronse paganos más que nunca ante aquel último aborto medioeval, cristiano y bárbaro (en todo semejante a aquellos monstruos esculpidos sobre las catedrales góticas) y que en nombre de una estúpida teocracia arrastraba y sublevaba a las turbas ignorantes, contra la autoridad oligárquica de los sabios humanistas y de los Medici magníficos y estetas.

Entraron los amigos en la cámara del príncipe; estaba agonizando. Lorenzo aun reconoció del Poliziano la voz melodiosa y abrió los ojos, viólo hincado junto al lecho, acariciando su mano exangüe. Los otros más allá ante el ventanal abierto contemplaban el crepúsculo que caía con sus lágrimas.

Sólo el viejo Ficino parecía erguirse triunfalmente a los pies del enfermo, junto al busto de Platón coronado de rosas. La exigüidad de su talle parecía agigantarse dentro de su negra túnica, bajo el birrete de raso; sentíase como penetrado del “Divino”, y presto al trance profético, pontificaba su misa platónica profiriendo delirantes frases griegas del “Phedón” o latinos comentarios, que llegaban hasta el alma del moribundo ayudándola a subir: “El Verbo habló antes por Platón que por Jesús—decía—y habló a los grandes de intelecto como a los pobres de espíritu”. Calló un momento y continuó arrobado: “Deus ecce Deus! Júpiter est quocumque vides, quocumque moveris”. Se interrumpió de golpe; Lorenzo quería hablar y no pudiendo hizo un gesto al Poliziano para que le leyera un pergamino cuyo texto había dictado ya en la víspera. Poliziano conmovido desdobló aquel manuscrito y leyó en tono quejumbroso aquellas confesiones de Lorenzo, que decían: “In Platone fratres”... Hermanos en Platón: viví según Belleza y de nada me arrepiento. He sido un bello tirano; distraje a mis hombres de la práctica de sus libertades cívicas, pero fué

mediante mis cantos carnavalescos que enseñaban un concepto más amplio y más jocundo de la vida.

El último artesano de la lana sabe hoy que su moral es sólo un valor mínimo y mientras otra virtud no trascienda de su espíritu — por eso yo la he estropeado en todas las tabernas y en todos los tugurios; — pero he abierto sus espíritus a la visión redentora de las catedrales, de los jardines y de los palacios; les he enseñado a extasiarse ante las estatuas y los cuadros, a interesarse por el pensamiento puro de los grandes libros; artesanos mayores y menores han oído comentar el Dante, con emoción sagrada, bajo la cúpula del Duomo. Pródigo he sido en grande; pero es que de Cosme el *Anciano*, “*pater patriae*”, había heredado el instinto de no fijarme donde terminaban mis riquezas, ni donde comenzaban las del pueblo. Con la misma espléndidez que dí a la Comuna mis florines usé de sus florines y robé a los mercaderes usureros; proclaman ese robo todas las bellezas de la ciudad, los edificios, las estatuas y los cuadros, así como esos siete mil quinientos códices de la biblioteca que formé para vosotros; y aún fuera de Florencia lo proclaman — ¡cuán grato el evocarlo! — cien doncellas de la Puglia y la Calabria, a quienes yo doté de a mil florines para que realizaran el sueño de sus nupcias...” Al llegar a esta parte, Lorenzo hizo un esfuerzo y pudo hablar; fueron sus últimas palabras: “Esa es mi tiranía, juzgad vosotros.

“Hace un momento, fray Girolamo exigíame para bien de mis pecados que restituyese la libertad de Florencia... La libertad de Florencia! yo nunca la he entendido... Dejar acaso que las turbas se gobiernen! Pero ¿y el verbo de Dante ha hablado en vano?... “*monarchiam necessariam mundo, ut bene sit*”... Oh, pueblo miserable y desleal!... Loar debiera mi señoría, cantar mis versos. Elogiar mi tiranía con aquellos versos míos donde elogíé, en mi juventud, la tiranía del Amor... cantar me debía el pueblo:

“O dolce servitú che liberasti
il cor d’ogni servizio basso e vile”.
“Quant’è bella e beata la fortuna
che servo a sí gentil signor mi diede”.

Lorenzo se interrumpió de pronto. La consternación de los amigos llegó entonces al paroxismo. Un hálito de brisa vespéral desfloró la guirlanda que coronaba el busto de Platón, semejante a un Dionisio barbado. (Aquel busto cuya sonrisa eterna parecía

ya no infundir como antes la divina "sophrosyne" y la virtud agatóidea). Y en el silencio angustioso de la estancia se percibió en ese momento las voces de unos cuantos campesinos firolanos que tornaban de Firenze entonando alegremente canciones carnalescas de Lorenzo. Decía un coro de mujeres: "Donne siamo come vedete — fanciullete gaie e liete". Y el coro masculino así alternaba:

"Quant'è bella giovinezza
che si fugge tuttavia;
chi vuol esser lieto sia,
di doman non c'è certezza".

Pico y Poliziano hincados junto al lecho sintieron la algidez de las manos del amigo; Bandini se acercó en aquel momento para mirar de cerca la faz del moribundo, luego miró el cielo a través del ventanal y como rutilaran las primeras estrellas recitó con su voz trémula los versos del "Paradiso": "Parer tornarsi l'anime alle stelle — Secondo la sentenza di Platone".

Ficino sólo añadió, — consolación suprema — el apotegma clásico de Heráclito: "Παντα δεῖ" "todo deviene y pasa..."

Y las campanas de Santa María del Fiore sonaron el Angelus, y luego de Santa Croce a Or San Michele, de Santa María Novella a San Lorenzo y a l'Annunziata, el tantaneo repicaba en coro unívoco, como para transportar en una sola e intensa vibración de música celeste, la vibración divina del alma del Magnífico!

"Laus Plato".

HUGO DE ACHÁVAL.



Hugo de Achával

CANCION DE LA TRAGEDIA

Guerra: clarines, lanzas, espadas y banderas;
Ahoga el crimen en sangre la paz de las fronteras,
Y en su hórrido cubil aullan las fieras.

Se arman los pueblos; marchan; tal vez no volverán!
Juventud fraternal de países enteros!
La Muerte aviva en los guerreros
 Su trágico volcán.

Por todo el Continente ha cruzado la tropa.
La vieja Europa mira su estrago. Madre Europa
Con Francia! Abominable con Júpiter Guillermo!
Montaña hostil, ciudad exhausta, mundo yermo!
Paladean la sangre de su festín las fieras.
Y ha segado la Muerte todas las primaveras!

Se alcen puños al cielo y estallen los dolores!
Su pulmón gonfle el mundo y espante su resuello!
 Emperadores!
 Acomodad el cuello!

Sobrehumana energía de las fuerzas gigantes:
¿Derribaréis el mundo para alzarlo como antes?

La aldea familiar . . .

La aldea familiar que tiene su capilla,
Paz en sus quehaceres y virtud en su escuela,
Armonía en las notas de su canción sencilla
Y amor por la gloria que hay en su escarapela;

Cordial y hospitalaria con sus dones humanos,
 Plaza llena de sol y caminos abiertos,
 Alegre con sus niños, buena con sus ancianos,
 Sin mal para sus vivos, sin mal para sus muertos . . .

La despertó el cañón, la asustó la metralla
 Y la arrasó el horrendo ciclón de la batalla.
 Pobre aldea que tuvo su escuela y su capilla,

Plaza llena de sol y caminos abiertos,
 Armonía en las notas de su canción sencilla,
 Bondad para sus vivos y amor para sus muertos ! . . .

En la buena montaña . . .

En la buena montaña:
 El pastor y su aprisco,
 Y dulce paz eglógica,
 Tal como en un poema de Virgilio.

Confidencial montaña,
 Encumbrada de amor con el sencillo
 Cántico del zagal, con el doliente
 Llorar de la zampoña al infinito,
 Mientras puntuaba la frugal pradera
 En alegre balar todo el disperso aprisco.

El múltiple rebaño ya no existe;
 El pastor ha partido;
 Y en la desolación de la montaña,
 En el hondo silencio del cortijo,
 En la angustiosa lobreguez del valle,
 Tiende la ausencia su crespón de olvido!

Verde el prado y el huerto.

Se eleva en la visión del horizonte
 Como un signo de paz, el hogareño
 Humo de la alquería laboriosa,
 La buena granja.

Verde el prado y el huerto,
Verde el jardín florido,
Viven la juventud y la energía
Su mejor esperanza.

Quien ordeña la vaca ; quien prepara
El blanco queso y la dorada crema ;
Quien labra el fundo, quien cultiva flores,
Quien no trabaja !

Pero cruzaron hombres por el predio,
Por el verde jardín también cruzaron,
Lleváronse los mozos y las bestias,
Dieron fuego al establo y a las casas !

Y flota en la visión del horizonte
Como un signo de paz, el macilento
Humo de los escombros, y se escucha
El medroso llorar de la comarca . . .

Por los mudos caminos.

Pasan y pasan siempre como una caravana
Infinita, marchando de horizonte a horizonte,
Desde la honda noche a la clara mañana,
Desde el monte lejano hasta el lejano monte.

Pasan y pasan siempre bajo la pesadumbre,
De no saber a dónde la jornada termina ;
— “Basta ya, basta ya !” — clama la mansedumbre,
Y el pavor le responde su “Camina ! camina !”

Pasan y pasan siempre por las rutas serenas
Con su carga de males, con su fardo de penas,
Con sus almas fatales, con sus ciegos destinos ;

El candor maternal, la miseria del viejo,
Lo inútil del inválido . . . Es un largo cortejo
De Espanto y de Dolor por los mudos caminos !

Hogar.

No hay noticias! La anciana
Inútilmente espera llorando en la ventana.

Días pasaron, meses!
En este año los campos no han producido mieses.

No hay pan! En lontananza
La pobre madrecita cultiva su esperanza!

— Cuando vuelva, sin duda
Traerá puesta la cruz; sobre su frente ruda
Brillará la aureola de aquel primer encuentro...
Ha de volver, es claro, mi buen batallador!
Lo esperaré aquí dentro
Para llorar en lo íntimo mi dolor y mi amor!

No hay noticias, ni hay pan. La madrecita anciana
Inútilmente espera llorando en la ventana!

Mucho tiempo después, por la calle desierta
Regresaba el soldado:
Vió el ventanal vacío, el postigo cerrado,
Y un crespón en el tosco llamador de la puerta...

MARIO BRAVO.



LA SOLTERONA

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE PEDRO E. PICO

(Estrenada el 21 de Agosto de 1914 en el Teatro Apolo)

PERSONAJES

Madame.	Laura.
Doña María.	Amalia.
María Luisa.	Don Andrés.
Enriqueta.	Roberto.
Raquel.	Enrique.
Pepita.	Don Juan.

La acción en Buenos Aires. — Época actual

ACTO PRIMERO

Patio techado de una casa del antiguo Buenos Aires. La pared del foro es baja y se une al cielo raso por una galería de cristales. Esta galería tiene dos ventanas. Puertas a izquierda y derecha. Del vértice foro derecha, arranca una escalera de caracol que comunica con el ático.

Se ha instalado en este patio por exigencias de sucesivas ampliaciones, el taller de una casa de modas. Mesas, costureros, máquinas de coser, maniqués, telas, etc., etc. Es de mañana.

Ocupadas en diversas tareas de costura forman grupos MARÍA LUISA, 35 años bien conservados; RAQUEL, hermana de la anterior, 18 años; AMALIA, 25; ENRIQUETA, 18 pero mejor vestidos que los de Raquel, y LAURA, 20.

Breve silencio antes de comenzar el diálogo.

Enriqueta. — Julia ya no viene.

Laura. — Medio día de descuento.

Enriqueta. — Es que no viene.

Laura. — Pues si lo sabes...

(Pausa. Entra Pepita por la izquierda. Dice y seis años. Por el cuerpo y la intención, pueden atribuírsele cinco más sin pecado de galantería. Trae una caja portavestidos.)

Pepita. — Otra vez aquí el dichoso vestidito. Ahora se le antojan las guarniciones que le mandó sacar ayer. Y lo quiere para mañana sin falta.

María Luisa. — ¿Qué dicen adentro?

Pepita. — Que se le tolere el capricho.

María Luisa. — Está bien. Déjelo ahí. *(A Laura).* ¿Quiere usted encargarse?

Laura. — En cuanto concluya con esto.

Pepita. — *(Luego de sentarse perezosamente sobre una mesa.)* Estoy cansada de verdad. Catorce calles y cincuenta y dos escalones: tres menos que los años de madame. Y la caja que pesa un mundo... ¿Como si lo viera! Mañana ha de volver con otro pretexto.

Enriqueta. — Las hay fastidiosas, si Dios quiere.

Pepita. — Compadezco al pobre marido. Aunque no parece casada... y no lo es, sin duda. Vicente, el de la caja, sospecha lo mismo. ¿Qué tendrán esas mujeres que se les conoce enseguida? Yo, al menos, no las confundo. *(Transición.)* ¿Y Julia?

Laura. — No ha venido todavía.

Enriqueta. — ¿Dale! Ni vendrá.

Pepita. — ¿Está enferma?

Enriqueta. — No está enferma. Es que... rabio por decirlo y nadie me pregunta nada. En el lugar de ustedes las hubiera abrumado a preguntas.

(Movimiento general de curiosidad.)

Pepita. — Pues yo, en el tuyo, no daría pie al interrogatorio.

Enriqueta. — ¿Qué quieres! Me había propuesto ser discreta una vez en la vida.

Amalia. — Pero, ¿es algo extraordinario?

Laura. — ¿Qué ocurre?

Raquél. — Cuenta.

Pepita. — ¿Es historia?

María Luisa. — Una historia que se repite demasiado entre nosotras.

Enriqueta. — Y de la cual, aunque no lo confiesen, algunas quisieran ser protagonistas.

María Luisa. — No he querido aludirte.

Enriqueta. — Por si acaso... ¡Cómo yo también tengo mi novela!...

Pepita. — ¡Adiós, Felipe Trigo!

Enriqueta. — ¡Adiós!...

Madame. — (*Adentro.*) Señorita Laura.

Laura. — No cuentes. Espera que regrese. (*Mutis izquierda.*)
Laura.)

Pepita. — Pero, ¿quién ha sido? Ese que la esperaba todas las tardes, ¿verdad?

Enriqueta. — Ese mismo.

Pepita. — Yo se lo advertí: con ese irás a todas partes menos a la iglesia.

Enriqueta. — Vivo muy cerca de la casa de Julia. Regresábamos juntas casi siempre, hasta que el mocito empezó a seguirla y ella a volver la cabeza.

Pepita. — Es periodista, ¿no?

Enriqueta. — Así dice. Entonces yo por prudencia... y por envidia, lo confieso, porque a mí me gustaba también...

Pepita. — A mí no. Me desagradan los hombres afeitados. Además, prefiero los de cierta edad, serios, con bigotes y todo.

María Luisa. — Todo. ¿Qué es todo?

Pepita. — Posición, negocio, dinero, presente y porvenir; en fin, todo. ¿Qué decías?

Laura. — Ya estoy aquí. ¿Qué pasa?

Enriqueta. — Anoche llegó a casa la madre de Julia, creyendo que ésta se encontraba conmigo como otras veces; y esta mañana supe que la habían esperado inútilmente.

Pepita. — ¡Voló!

Amalia. — Parece que lo dices con alegría. ¡Voló! ¡Pobre madre y pobre de ella, quizás!

María Luisa. — ¡Cuándo dejaremos de ser pobres nosotras!

Pepita. — Sentimentalismos no, ¿eh?, no quiero. Sí que era muy feliz pegada a la aguja en el taller y a la cocina y a los chicos en su casa! Ustedes no saben lo que es cuidar a un mocosito

que llora toda la noche. ¡Y si sólo llorara! Como que nuestras madres debían pedirnos permiso antes de darnos nuevos hermanitos.

Amalia. — Lo malo será que tenga que volver en peores condiciones.

Pepita. — Con un periodista... ¡seguro! Por eso digo yo que me gustan los hombres serios, con bigotes y todo. Al fin, se van como los otros; pero, tan y mientras...

Raquel. — ¡Qué loca!

María Luisa. — Quizás la locura está en nosotras, las que somos.

Enriqueta. — (Con ironía.) Nosotras...

María Luisa. — Pero, ¿es que tampoco puedo dar una opinión? ¿Se pierde también con los años ese derecho? Si no como compañera, como subordinada podría usted ser más prudente.

Enriqueta. — ¡Eso no!

María Luisa. — ¡Eso sí! Por lo demás, he dicho nosotras por costumbre. Yo me he consagrado ya a San Jerónimo. ¿Estás contenta?

Enriqueta. — Tampoco tú pierdes oportunidad de recordarme.

María Luisa. — Sin intención, te lo juro.

Pepita. — Bueno, bueno; concluya el tiroteo. ¡El tema es tan interesante! ¿Estábamos? ¡Ah, sí! En el ideal de ésta: un marido, un cuarto pequeño y a ensayar economías, ¿no es eso? Yo tengo ese ideal en casa, encarnado en mi hermanita mayor. Cuatro años de casada, tres hijos. ¡Delicioso! ¡Phssss! ¡Callarse! Ahí está uno de nuestros espías.

(En efecto, Roberto asoma la cabeza por una de las ventanas de la galería.)

Laura. — Pero, ¿qué se habrá creído ese pavo!

Raquel. — A mí no me parece tan pavo.

Enriqueta. — ¡Ah! ¿no?

Pepita. — ¡Pchssss!

Enriqueta. — ¿Cuál de ellos es?

Laura. — El más asiduo.

Amalia. — El buen mozo.

Enriqueta. — Es que a mí me parece buen mozo al que a ustedes feo.

Pepita. — Nuestro feo entonces.

(Risas contenidas. Pausa breve.)

Enriqueta. — ¿Se va?

Pepita. — Se queda.

(Otra vez pausa y risas.)

Enriqueta. — ¿Qué hace?

Pepita. — A mí me fastidia ya. ¿Qué tanto disimulo! *(De pronto, sacándole la lengua.)* Eh, ¿curioso!

Roberto. — ¿Fea!

Pepita. — ¿Antipático!

María Luisa. — ¿Pepita!

Roberto. — ¿Charlatana!

Pepita. — ¿Qué quiere, qué mira, qué se le ha perdido? ¿No tiene nada que hacer en su escritorio? ¿Ya verá cómo le aviso a madame!

Roberto. — ¿Ay, qué miedo!

Pepita. — *(Entre bromas y veras).* ¿Madame!

Roberto. — ¿Chismosa!

Pepita. — ¿Mejor! ¿Madame!

María Luisa. — Que la van a oír, señorita.

Pepita. — Me alegraré. ¿Madame!

(Roberto desaparece. Por la izquierda Madame. Cincuenta años bien disimulados por un corsé estrechísimo. Su presencia contiene en parte las risas de las oficiales. Madame habla con marcado acento francés. Cabe añadir que ni en sus palabras ni en sus actitudes llega jamás a la caricatura.)

Madame. — ¿Qué pasa aquí?

Pepita. — Ese de ahí al lado que mata las horas espíandonos.

Madame. — Si ustedes no hacen nada malo. ¿Qué importa? Déjalo no más. Tú eres siempre la misma chicuela revoltosa.

Pepita. — Y la víctima, como de costumbre.

Madame. — Aquí no hay más víctima que yo de sus impertinencias. Y usted, señorita, es preciso poner más silencio. Usted no sabe hacerse respetar de la mocosa.

María Luisa. — Yo...

Madame. — Esto no es un taller; es una cotorrería. *(Transi-*

ción.) No olvide el vestido de madame Galíndez. Hay que ponerle...

María Luisa. — Ya me dijo Pepita.

Silencio. Madame se pasea examinando a la vez el trabajo. Luego, al enfrentar la ventana abomina:

Madame. — ¡Ese imbécil también!

Pepita. — (*A Laura.*) ¿Ha reñido con...?

Laura. — Seguramente.

Madame. — Puede ir ahora a cortar la seda que falta para el traje de novia de mademoiselle Rossi.

María Luisa. — En seguida.

Madame. — ¿Y usted no concluye? Algo más ocultos los broches, ya le dije.

Amalia. — Sí, Madame.

Madame. — ¡Sí, Madame; sí, Madame! Pero es preciso hacerlo también. (*Mutis izquierda María Luisa.*) (*A Laura.*) Debe ir a lo de Romero por tul.

Pepita. — ¿Yo?

Madame. — Señorita Laura.

Laura. — ¿Ahora?

Madame. — Cuanto antes, mejor. (*Medio mutis.*) ¿Mi esposo no es por aquí?

Amalia. — Pasó hace un instante hacia el altillo.

Madame. — ¡Andrés! ¡Este también está bueno! ¡Andrés!

Andrés. — (*Desde el altillo.*) ¿Qué pasa?

(Mutis izquierda Laura, luego de ponerse el sombrero.)

Madame. — ¡Vicente debe ir a almorzar y la caja queda sola, caramba!

Andrés. — Voy en seguida.

Madame. — En seguida, en seguida... Cada día con menos afición al negocio. Quédate, hombre, si quieres. ¡Podía fiarme de tí, hombre!

Andrés. — (*En el altillo, en mangas de camisa, cepillándose el saco. Diez años menos que su cónyuge. Calmoso, algo grave en apariencia y algo hidrópico. Viste pulcramente y lleva cadena de oro, alfiler de corbata y dos o tres anillos.*) Pero, querida, estoy a...

Madame. — Estás... estás como siempre, cuidando de tí exclusivamente.

Andrés. — ¿Vuelves a empezar?

Madame. — ¿No tienes vergüenza, a estas horas así?

Andrés. — Pero, querida...

Madame. — (*Sin hacerle caso.*) Esto va a concluir pronto, antes que tú pienses... ¡Haragán! ¡Perdulario! (*Mutis izquierda.*)

Andrés. — Y a esto llama la gente un matrimonio de conveniencia... ¡Curioso, curioso! (*Mutis derecha.*)

Amalia. — Mal día se prepara.

Enriqueta. — Como que ayer llegó este señor a las cuatro de la mañana.

Pepita. — Hubieras advertido y dejo la broma para otro día.

Amalia. — Por lo visto estas escenas se repiten aquí con frecuencia.

Enriqueta. — Es verdad que tú eres nueva y no sabes... Madame es muy buena. Cuando la veas enojada, dí tú que su marido le ha hecho alguna pillería.

Raquel. — Ahora que don Andrés le hace una todos los días.

Pepita. — Y otra todas las noches; y éstas son las que más le duelen a Madame.

Raquel. — Fallas en la caja, alguna broma con nosotras...

Enriqueta. — Bromas que monopoliza ahora tu hermanita.

Raquel. — No era necesario puntualizar.

Enriqueta. — ¡Oh!, sí. ¡Quién sabe!

Raquel. — ¿Qué quieres decir?

Enriqueta. — Lo dicho. Don Andrés gastaría de buena gana con María Luisa el dinero que le hurta a Madame. No hay en esto ofensa.

Pepita. — Al contrario. Al fin y a la postre, María Luisa ya no está para pensarlo mucho. Yo en su lugar...

Raquel. — ¡Tú en su lugar sí, porque eres una chiclela sin fundamento!...

Pepita. — ¡Y tú una hipócrita!

Raquel. — Y tú...

Enriqueta. — (*Espiando.*) Va a venir Madame otra vez... Por lo demás, no tengas tú miedo: tampoco es don Andrés de los que se arruinan. Esto, aparte, un gran tipo.

Pepita. — ¡Con bigotes y todo!

Raquel. — No se te puede tomar en serio.

Pepita. — Con soda entonces. (*Baja don Andrés.*) ¡El comendador!

(*Risas. Don Andrés contesta sin enfadarse.*)

Andrés. — ¿Qué ha dicho esa? Tú... tú... ¿Qué has dicho?

Pepita. — Nada... Es que...

Andrés. — ¿Tengo monos a la cara, como dicen? Verás si un día le cuento a madame y... (*Pausa.*) ¿No son las once todavía?

Amalia. — Faltan unos minutos.

Andrés. — ¡Cuando yo digue! Está uno a sus ocupaciones, con las manos a la masa, como dicen...

Pepita. — ¡Ha visto! ¡Pobre hombre! ¡No lo dejan respirar!

Andrés. — Mira, mira: yo hago un sayo de mi capa, como dicen. ¿Entiendes?

Pepita. — Si yo le doy la razón, mesié. Es que Madame está hoy con las de Caín... como dicen. ¡Claro! Sus calaveradas...

Andrés. — Tú siempre lo sabes todo. Marisabidilla, como dicen.

Pepita. — Todo o algo más.

(*Pausa. Don Andrés examina y tasa in mente un vestido que cuelga de un maniquí.*)

Andrés. — ¿Es terminado?

Amalia. — Sí, señor.

Andrés. — Bonito. ¿Tela souplé, no es eso?

Amalia. — Sí, señor.

Andrés. — ¿Idea de madame, naturalmente?

Amalia. — Creo que sí.

Pepita. — Madame no ha tenido más que una mala idea en su vida.

Andrés. — Casarse conmigo. Te veo, como dicen.

Pepita. — No, don Andrés: yo lo defiendo.

Andrés. — Gracias: yo me basto. Por que tú, a veces, me tomas por tonto, y mira, ponme el dedo a la boca. (*La felizca.*)

Pepita. — ¡Cuidadito con eso! A ver: cuéntenos su aventura de anoche.

Enriquetta. — Sí, don Andrés.

Las tres. — ¡Que la cuente, que la cuente!

(*A pesar de las burlas y de sus propias protestas, don Andrés no toma muy a lo serio su papel de patrón.*)

Andrés. — Pero entonces, ¿yo no soy nadie aquí? ¿Yo no soy

el patrón? ¿Yo soy un cero a la izquierda, un... un farabuto... como dicen? Yo... yo voy a poner orden aquí.

Pepita. — No se enoje, don Andrés; fué una broma. Mire: yo que usted le hacía liquidar el negocio a Madame, reunía la platica, ¿eh? ¿comprendido?... buscaba luego una... ¿eh? y a volar, que hay chinches, como dicen.

Andrés. — ¡Mira: me haces reír, palabra! Pero sería bueno que no te aficiones al churrete. Si yo he perdido los pantalones, ha sido con mi cuenta y razón... y el mejor día, comprendes, el mejor día... Nada, no me sale nada serio! (*Enciende un cigarro.*)

Madame. — (*Adentro.*) ¡Andrés!

Pepita. — ¡Los pantalones!

Andrés. — Voy.

(*Risas ruidosas.*)

Pepita. — ¡Qué desconsideración! ¡Está el hombre en sus ocupaciones!

(*Nuevas risas que ceden ante la inesperada presencia de Madame.*)

Madame. — Andrés, ¿vienes o no?

Andrés. — Bajaba a este momento.

Madame. — Aquí no tienes nada de hacer; ya te lo he dicho. ¡Esto no es serio, hombre!

Andrés. — Es demasiado serio.

Madame. — (*Va a quitarle el cigarro.*) También te tengo prohibido...

(*Don Andrés, mansamente, deja el cigarro en una cornisa.*)

Andrés. — ¡Curioso, curioso!

Madame. — Sí, reniega aún. (*A Pepita.*) ¿Y, usted, de qué ríe?

Pepita. — Yo...

Andrés. — Ríe de mí, de tu esposo, del patrón de la lancha como dicen. Si tú eres la primera en deprimir mi autoridad, naturalmente... Pero, mira: todo se acaba.

Madame. — ¡Hasta el dinero de la caja!

Andrés. — ¡Curioso! ¡curioso! (*Mutis izquierda.*)

Madame. — ¡Vividor! ¡Perdido! (*Mutis izquierda.*)

Enriqueta. — ¡Gran tipo!

Pepita. — Dentro de un año Madame liquida. Ya lo veréis: mi idea prende.

(Dejan el trabajo. Sácanse los delantales y se aprontan para salir.)

Amalia. — Dichosas ustedes que viven cerca y pueden comer caliente.

Enriqueta. — Para volver con el último bocado. Todo tiene sus desventajas.

Pepita. — Sin contar que nuestro regreso coincide con el de los hombres de negocio. Sólo que a esa hora se ponen imposibles. Ellos y los demás. Yo permito que me acompañen de mañanita, de tarde, al anochecer, a cualquier hora menos a esa. Hay más sol y más gente en la calle... y, sin embargo, es cuando le tengo más miedo a los hombres. ¿Por qué será?

Enriqueta. — Déjate de problemas ahora y vámonos.

Pepita. — A tí te pasó aquello después de almorzar.

Enriqueta. — Y a tí te pasará cualquier día y a cualquier hora.

Pepita. — No adelantes los acontecimientos. En marcha.

Amalia. — Hasta luego.

Enriqueta. — Esta tonta se ha resentido.

Raquel. — Yo no.

Enriqueta. — Hasta luego, entonces... y que te aproveche.

Raquel. — ¿Qué me aproveche, qué?

Enriqueta. — Nada. Hasta luego. Pepita, vamos. Pero, ¿qué haces?

(Origina esta pregunta el hecho de haber tomado el cigarro de don Andrés y fumarlo mientras se pasea con aire solemne.)

Pepita. — Ya lo ves.

Enriqueta. — *(Imitando a Madame.)* Eres una viciosa, una perdularia...

Pepita. — Oh, je m'fff... ¿Cómo es? *(Risas y mutis izquierda.)*

Amalia. — ¡Qué loca! Parece peor de lo que es.

Raquel. — Pues yo creo que es peor de lo que parece. ¿Dónde habrá dejado mi hermana el vestido?

Amalia. — ¿También se quedan ustedes hoy? Creía que lo de ayer era excepcional.

Raquel. — Cosas de María Luisa. De unos días a esta parte está insoportable. Ayer hube de ir a la matinée de la Casa Suiza...

Invitación, permiso, traje... todo listo. Pues a la señorita se le ocurrió a última hora que no debían permitirme esa diversión... y como mamá mira por sus ojos. Esto de almorzar en el taller es de los últimos caprichos.

Amalia. — ¿Y a qué obedece?

Raquel. — Egoísmo de solterona.

Amalia. — No digas eso.

Raquel. — No tiene otra explicación. Le molestan mi dicha, mis ganas de vivir, mis diez y ocho años.

Amalia. — Creo que no eres razonable.

Raquel. — Juzga como quieras. Yo que sufro las consecuencias, tengo esa opinión. Y voy por el cestito. (*Medio mutis.*)

Amalia. — Oye.

Raquel. — ¿Qué pasa?

Amalia. — ¿Por qué te dijo Enriqueta...?

Raquel. — ¡Qué sé yo!

Amalia. — No mientas.

Raquel. — Bueno, te lo voy a decir, pero...

Amalia. — ¿Secretito?

Raquel. — Secretazo. Ese de hoy, el de la ventana...

Amalia. — ¿Tú?

Raquel. — La que viste y calza.

Amalia. — Explica.

Raquel. — Ya te lo he dicho todo. Me quiere, lo quiero, nos queremos. Pon entre estos quererres mucha ilusión, mucha esperanza y algunas lagrimitas...

Amalia. — Entonces debía parecerte de perlas eso que llamas capricho de tu hermana.

Raquel. — No.

Amalia. — ¿No?

Raquel. — Quedándonos las dos, resultan difíciles las entrevistas. Antes nunca faltaba un pretexto o para retardar la entrada o adelantar la salida. Es decir, al revés... Tú misma, sin darte cuenta, me has servido en ocasiones...

Amalia. — Entendido. ¿De modo que esto es cosa vieja?

Raquel. — De veinte días atrás.

Amalia. — ¡Bien has disimulado!

Raquel. — Creo que no ha sido la primera ilusión de nuestro espía. Me refiero a las del patio. De ahí mi reserva.

Amalia. — Luego... ¿hay otra?

Raquel. — Había.

Amalia. — ¿Quién es?

Raquel. — Todavía no lo sé con certeza... ni quiero saberlo. Y calla, que alguien viene.

(Por izquierda María Luisa. Trae unos metros de seda blanca que deja sobre un costurero.)

María Luisa. — ¿Qué haces?

Raquel. — Lo mismo que tú.

María Luisa. — Creo que te había encargado...

Raquel. — Sí, ya recuerdo. Sólo que no sé hasta dónde pueden ir tus exigencias, siendo tuyo el capricho y no estando yo de acuerdo con él.

María Luisa. — ¿Vas a renovar la cuestión?

Amalia. — Eso iba a deciros: no vale la pena.

María Luisa. — ¡Es que esta mocosa!

Raquel. — ¡Es que esta solterona!

María Luisa. — ¿Lo ves? Como la otra. No necesites tú como ella sentirte aludida por la frase más inocente.

Raquel. — Me voy por no decirte algo peor. *(Mutis derecha.)*

María Luisa. — Te parece a ti. ¡Solterona! Y para dejar de serlo poniendo a la vez término a las burlas, tendría que convertirme en algo que por lo visto no es tan ridículo!

Amalia. — Quien hace caso.

María Luisa. — Yo y las que como yo sienten que la juventud termina sin que un cariño la prolongue. Esto hay que pasarlo, Amalia. No te lo deseo.

Amalia. — Yo me resigno de antemano.

María Luisa. — Crees que te resignas; pero allá en el fondo de tu ser rechazas como un absurdo la idea de tu soltería. Como la rechazaba yo; como la rechazan todas. ¡Si yo misma sueño aún y doy cuerpo y alma a ese hombre ideal que al leer alguna novela quedó en el corazón de todas las mujeres! ¡Si yo misma tengo ansias de pregonar un querer apenas advertido y sentido ya con toda el alma!

Amalia. — ¿Es de veras?

María Luisa. — Eso digo yo, eso me pregunto yo a todas horas. ¿Es de veras? ¿Qué intenciones ocultan sus miradas? ¿Ha llegado mi turno? ¿Se han acordado de mí allá arriba? Y el pensamiento vuela, vuela sin detenerse y vive las escenas que a Pe-

pita le parecen tan horribles y cursis: un cuarto pequeño y limpio, una virgen sobre la cómoda, acaso una cunita allá en un rincón, y dos veces al día, un hombre que vuelve del trabajo para sentarse frente a mí en una mesa pobre de dos cubiertos. ¡Qué tonta me pongo! ¿Verdad? Pues tonta sigo y seguiré hasta que un desengaño me vuelva a mis cabales. Hay en mi vida, en esta vida que ahora puedo soñar, ¿oyes? que puedo soñar, hay domingos con sol en las calles, con azul en el cielo, con flores en todas las ventanas, con pájaros en todos los árboles; y una pareja que disfruta ese sol, ese calor, esa fragancia, esos trinos: yo, tu amiga, ésta que puede contar ya sin miedo sus años, y él... él, mi novio ahora, mi marido, mi dios mañana. Qué ganas tengo de poderlo decir a todos y a todas: ¡A Enriqueta, a Pepita, a mi hermana, a mis buenos viejecitos! ¿Me dejas que te bese y te dé en mis besos un poco de esta alegría tan grande y tan nueva? (*La besa.*)

Amalia. — ¡Por qué no será todo amor en el mundo, si él nos hace tan buenas! No creí llorar esta mañana...

María Luisa. — ¿Te pago así? (*La besa otra vez. Adentro, hacia la izquierda se oyen palmadas.*) Llaman.

Amalia. — ¿Quieres que vea?

María Luisa. — Deja; iré yo. (*Mutis María Luisa para volver instantes después seguida de Don Juan y Doña María, viejecitos de 70 y 60 años respectivamente.*) Pasen aquí.

Don Juan. — Buenos días.

Amalia. — Buenos. ¿Cómo está? ¿Y usted, señora?

Doña María. — Ya lo ve, mi hijita, dando trabajo aun.

María Luisa. — Me los encontré en el despacho, perdidos, mirando a todas partes.

Don Juan. — No encontramos a nadie. Esta llamó con las manos y...

Amalia. — A estas horas quedamos muy solas, y hace pocos días era yo la única. Pero, siéntese, señora.

Doña María. — Gracias.

(*Se sienta a la derecha.*)

Amalia. — ¿Y usted?

María Luisa. — Papá quiere crecer todavía.

Don Juan. — Me enfrió, sabe... ¿Y Raquel?

Amalia. — Ahí dentro, calentando un poco las provisiones. ¿Raquel!

Don Juan. — No, no la llame. Después.

(*Se sienta a la izquierda.*)

María Luisa. — ¿Y a qué se debe esta visita tan agradable?

Don Juan. — El caso es que... Cuenta...

Amalia. — Quizás estoy importunando...

Doña María. — No mi hijita, no.

Don Juan. — Venimos por el terreno, sabes...

María Luisa. — ¿Por el terreno?

Don Juan. — El lotecito de Floresta. Hoy debemos pagar la cuota y...

María Luisa. — ¿No le di el dinero anteanoche?

Don Juan. — Ahí está la cosa.

Doña María. — Ahí está.

María Luisa. — (*A Amalia.*) Han hecho un mundo de un grano de anís. Verás. ¿Qué pasa? ¿Por qué no han pagado?

Doña María. — No es culpa mía.

Don Juan. — La culpa no la tiene nadie; pero...

María Luisa. — Concluya, pues...

Don Juan. — Tú viste: yo puse la plata en la punta del pañuelo grande.

María Luisa. — ¿Y?

Don Juan. — Hoy cuando salía para ir al banco no encontré ni la plata ni el pañuelo.

Doña María. — Ahí está la cosa.

Don Juan. — Ahí está.

María Luisa. — ¡Otra hazaña de Enrique! ¡Hasta cuándo van a tener consideraciones con ese bandido! (*A Amalia.*) Un hermano que es una lotería: ni trabaja ni nos deja trabajar. Cuando no está en el café, anda por la comisaría; y si alguna vez se le ocurre ir a casa es para llevarse los pocos centavos que guardan los cajones.

Doña María. — Los amigos.

Don Juan. — La madre, digo yo. Siempre tiene una disculpa en los labios. Las madres de esos amigos, si son tan tontas como tú, dirán lo mismo de él. Tiene ya veinte años, señorita.

Amalia. — Si, lo conozco.

Don Juan. — Ahí está la cosa.

Doña María. — Ahí está.

María Luisa. — Las reflexiones son inútiles ahora. Hay que pagar, ¿no es eso?

Don Juan. — Lo dice la libreta: la falta de pago de una mensualidad. . .

Amalia. — Creo, sin embargo, que hay alguna tolerancia.

María Luisa. — Lo mejor será que ustedes averigüen ese detalle. Hoy es algo difícil conseguir ese dinero. De cualquier manera, mañana arreglaremos.

Doña María. — Entonces vamos hasta el banco.

María Luisa. — Pueden tomar el noventa y cuatro.

Doña María. — ¿En Cuyo?

Amalia. — Eso es.

María Luisa. — Yo les acompaño hasta la esquir a.

Raquel. — (*Por derecha.*) ¡Mamita! ¡Papá! ¿Por qué no me han avisado? ¿Ya se van?

Don Juan. — Tenemos que ir al banco, y hoy cierran a las dos. Adiós.

Raquel. — Adiós.

Don Juan. — Adiós, señorita.

Amalia. — Adiós, señor. Doña María. . .

María Luisa. — Vamos, vamos, no hay tiempo que perder. . .

Don Juan. — Ahí está la cosa.

Doña María. — Ahí está.

Raquel. — Cuidado con las esquinas. (*Mutis derecha Don Juan, Doña María y María Luisa.*) Hay providencia, indiscutiblemente.

Amalia. — ¿Por qué?

Raquel. — Mira la ventana.

Amalia. — ¡Un pañuelo!

Raquel. — Pedido de comunicación. Vete.

Amalia. — ¿Ya?

Raquel. — Y tose antes de regresar.

Amalia. — Haré ganas.

(*Medio mutis derecha.*)

Raquel. — No, por ahí no. Al despacho. Así me adviertes el regreso de María Luisa.

Amalia. — Pides demasiado.

Raquel. — Hoy por mí y mañana. . . mañana por mí también.

Amalia. — Callo y obedezco. Y cuidadito; que yo toseré, pero los ojos he de tenerlos bien abiertos.

Raquel. — Ni una palabra más. Vete.

(*La empuja. Mutis izquierda Amalia. Pausa. Raquel se compone apresuradamente ante un vidrio.*)

Roberto. — (*Asomándose.*) ¡ Por fin !

Raquel. — Quien quiera celeste que le cueste.

Roberto. — Buenos días, ante todo.

Raquel. — Para usted no han sido muy buenos. Le han dicho feo y antipático, y la verdad molesta siempre.

Roberto. — Las que molestan son tus compañeras. La pebeta, sobre todo. Habrás notado que he dicho "tus" compañeras.

Raquel. — Y yo repito lo de ayer: piano, piano.

Roberto. — Eso quisiera yo: tocar.

Raquel. — No sabe usted cómo desafino: más que Pepita.

Roberto. — Usted... Usted... Tú, es cosa resuelta.

Raquel. — ¿ Desde cuándo ?

Roberto. — Desde el martes.

Raquel. — Ni te cases ni te embarques.

Roberto. — Ni me caso ni me embarco. ¡ Es decir ! ¡ No te alarmes ! ¡ Has puesto una cara !

Raquel. — Si no te gusta, digo, si no le gusta.

Roberto. — De lejos... Sube.

Raquel. — Baja tú.

Roberto. — Para que no me tientes otra vez.

(Conviene advertir que la empresa es sencilla, pues la escalera de caracol, en una de sus vueltas, cruza la ventana desde la cual amenaza bajar Roberto.)

Raquel. — No, no. Bromitas no. Lo pueden ver y...

Roberto. — ¿ Cómo se dice ?

Raquel. — Te pueden ver.

Roberto. — Así me gusta. Oye.

Raquel. — ¿ Qué quieres ?

Roberto. — Más cerca. Así. Si subes, voy mañana a tu casa.

Raquel. — ¿ Mañana ?

Roberto. — Mañana.

Raquel. — ¿ Y hablas con papá ?

Roberto. — Hablo.

Raquel. — ¿ Y con mamá ?

Roberto. — También con mamá.

Raquel. — ¿ Y llevarás a la tuya ?

Roberto. — A toda la familia.

Raquel. — Y...

Roberto. — Y al cura. ¿ Hay más garantías ?

Raquel. — Bueno: pero uno solo ¿eh?

Roberto. — Si aún no te he pedido nada.

Raquel. — Sí, ya sé; pero uno solo.

Roberto. — Uno solo. (*Raquel sube poco a poco desesperando a su Don Juan.*) A ver si te detienes ahora.

Raquel. — (*De pronto.*) Oye.

Roberto. — ¿Qué?

Raquel. — ¿Has almorzado?

Roberto. — ¿Qué tiene que ver!

Raquel. — Yo me entiendo.

Roberto. — Sube y no habies más.

Raquel. — Una, dos y...

Roberto. — Sube.

Raquel. — Una, dos y tres.

Roberto. — (*Abrazándola.*) Bendita ventana, providencial escalera que permiten esta conjunción. ¿Te quiero; me quieres; estás en mis brazos: eres mía, mía! Ahora y siempre. Toma; para que cuando te halles lejos de mí, la nostalgia de este calor de labio te devuelva a mis brazos. ¿Verdad que vendrás?

Raquel. — Quita.

Roberto. — ¿Verdad que me sueñas y me ves en sueños junto a ti, lejos de este taller donde todos los días son iguales, de estos trapos, de estas mujeres que sólo saben historias tristes y viejas?...; y otro día en tu casa, en nuestra casa, una casa muy chica, perdida entre los árboles, y estás tú sola, en la ventana, espiando mi regreso tras los visillos...; y otra vez, entre dos luces sales conmigo y pasamos por aquí, y tú me dices ¿te acuerdas?, y yo te aprieto el brazo y nos perdemos riendo entre la gente...; y otra noche muy tarde, juntos también por una calleja silenciosa y oscura, mientras suena a lo lejos la campana del último tranvía, y yo finjo asesinos en todas las sombras y tú lo crees y me arrastras, y llegamos por fin con mucho frío, mucho miedo y muchas ganas de besarnos bajo la luz de nuestro cuarto. ¿Verdad?

Raquel. — ¡No aprietes! ¡No alces la voz! ¡Pueden oírte! Déjame.

Roberto. — ¡No quiero!

Raquel. — Déjame, estás loco.

Roberto. — Me ha quitado el juicio la chica más bonita del mundo. Por eso hago locuras y tú las toleras: la más bonita y la

más santa. ¿Paro qué pides garantías a mi amor si te bastas tú con tu cuerpo moreno, verdad que es moreno? Con tus ojos, con tu boca. Todo ello me lleva hacia ti. ¿Va mi corazón con mis sentidos? No sé; no quiero saberlo ni a ti te importa si al fin estamos juntos. Puedo decirte que quisiera que este minuto fuera toda nuestra vida y terminarla así temblando y sintiéndote temblar entre mis brazos. ¿Verdad que hoy saldrás sola, sin tu hermana?

Raqucl. — ¿Verdad que no?

Roberto. — Me lo has prometido. ¿Vendrás? Sepárate con cualquier pretexto. Yo te aguardo en Suipacha y Cangallo, ¿quieres? Sí, dime que sí, necesito que me digas que sí. Repite en voz baja, junto al oído, que sienta yo el cosquileo de tu aliento, repite: sí, sí.

Raqucl. — Sí; pero déjame. *(Suena un último beso a tiempo que salen por la izquierda María Luisa y Amalia. Roberto desaparece. Gesto de sorpresa dolorosa en María Luisa. Raquel, abochornada, descende poco a poco. Pausa. A Amalia.)* ¡Como para confiarme! *(Mutis derecha.)*

María Luisa. — Era Roberto, ¿verdad?

Amalia. — No sé. Pero ¿qué te pasa?

María Luisa. — Nada. La sorpresa.... *(Se sienta. Pausa.)*

Amalia. — ¿Almorzamos?

María Luisa. — Vete tú.

Amalia. — ¿Y tú?

María Luisa. — En seguida. Vete.

Amalia. — Como quieras.

(Mutis derecha. — María Luisa toma la tela blanca que dejó minutos antes sobre un costurero, vuelve a sentarse y se dispone a coser. — Pausa. — Sale Don Andrés por izquierda, recoge su cigarro y lo enciende.)

Don Andrés. — ¿La han dejado sola?

María Luisa. — Sí, señor. *(Pausa. Don Andrés se acerca.)*

Don Andrés. — ¿Ya almorzó?

María Luisa. — No, señor.

Don Andrés. — ¿Es cosa de apuro lo que cose?

María Luisa. — Sí, señor.

Don Andrés. — *(Siempre a la espalda de María Luisa.)* Pero, ¿qué tiene?

María Luisa. — Nada.

Don Andrés. — ¿Por qué llora?

María Luisa. — No lloro, no, señor.

Don Andrés. — ¡Mais cómo no! Usted llora. Permítame. (*Le toma la tela.*)

Amalia. — (*Dentro.*) María Luisa, ¿vienes?

Madame. — (*Dentro, por izquierda.*) ¡Andrés!

(*Don Andrés, ante la proximidad de tales testigos, cambia de intención y es cruel cuando quiso ser compasivo.*)

Don Andrés. — ¡Usted ensucia la tela! Esto no va a servir, caramba! (*Alternativamente a Madame y Amalia que se asoman por derecha e izquierda.*) ¿Usted ha visto? ¿Has visto tú?

(*María Luisa llora en silencio sin ocultarse ya.*)

ACTO SEGUNDO

Habitación en casa de María Luisa. Puertas derecha e izquierda. Es a la vez comedor, recibimiento y alcoba.

En escena DOÑA MARÍA, MARÍA LUISA y DON JUAN. Las dos primeras en un rincón. DON JUAN se pasea cabizbajo. Se oye el tic-tac monótono de un reloj de pared.

María Luisa. — ¡Por qué no se detiene ese reloj!

(*Pausa. — Don Juan se acerca a su mujer y la contempla apenado.*)

Don Juan. — Deberías acostarte un rato. (*La besa.*) Si hay noticias te despertaremos. ¿No es verdad?

María Luisa. — Sí, mamá, acuéstese.

Doña María. — ¡No podría pegar los ojos!

Don Juan. — ¡Parece mentira! Ayer no más a estas horas estábamos aquí los cuatro tan contentos... ¡Si al menos al irse los hijos se llevaran también la pena que dejan!...

Doña María. — ¡Pobre Raquel! ¡Tan buena, tan juiciosa! ¿Por qué la dejaste sola?

María Luisa. — ¡Podía acaso impedirlo!

Don Juan. — ¡Cuando las cosas tienen que ocurrir!

María Luisa. — Y sobre todo, mamá: ¿de qué valían las pre-

cauciones si ella estaba dispuesta? Dile tú a una mujer que allí está la felicidad, lo misterioso, su sueño hecho carne...

Doña María. — ¡Calla, por Dios! (*Pausa.*) ¡Y esa gente que no viene!

Don Juan. — Para traer malas noticias...

Doña María. — Todo es preferible a esta duda, a estas horas interminables, a este morir despacio...

María Luisa. — (*Maquinalmente.*) ¡Este morir despacio!

Doña María. — Pero es que estas hijas no saben lo que las queremos, ¡Virgen santa!

María Luisa. — Cállese, mamá.

Don Juan. — (*Acariciándola.*) Vamos, vamos... No hay que desesperarse.

Doña María. — Sí, yo comprendo la tentación. Sin embargo, siempre me encontró dispuesta a oirla. ¡Dónde mejor consejo y dónde más cariño! Y acaso no sea el amor quien la lleva, sino la tristeza de este vivir nuestro tan lleno de trabajos. Ella, pobrecita, me hablaba en ocasiones encantada y envidiosa de ciertas casas vistas al pasar o con ocasión de sus tareas, de lo hermoso que debe ser la vida entre cuatro paredes bien alhajadas. Yo misma contribuía a sus sueños recordándole mi pasada prosperidad, y la pobre comparaba y sufría suponiéndose el mismo derecho que otras menos buenas y menos bonitas. (*Transición.*) Ahora sí han llamado. Corre.

María Luisa. — No, mamá. Se equivoca otra vez.

Don Juan. — Es el viento que mueve la puerta.

Doña María. — Estoy segura.

(Escuchan los tres y, en efecto, se sienten las pisadas de Enrique. Entra poco después y se sienta próximo a la mesa que ocupa el centro de la habitación.)

Enrique. — Buenas noches. (*Silencio general.*) Ya me han dado la noticia. ¡Gran noticia! En el almacén corren los comentarios más que los medios litros. (*Pausa otra vez.*) Vean por donde van a conseguir que no salga de casa en una temporada. Todo el mundo lo mira a uno como con lástima. (*Pausa.*) ¡Así son las cosas! Mucho rezongo por mis pavadas que al fin y al cabo no afectan al honor, y de un día para otro...

María Luisa. — Más valiera...

Enrique. — ¿Qué? ¿Qué vas a decir?

María Luisa. — Nada.

(Pausa. — *Al darse vuelta Enrique ve dos velas encendidas delante de una virgen que descansa en la cómoda.*)

Enrique. — Menos mal que le han prendido esas velas a la madona... Santa María... madre de Dios! Puede ser que al fin vuelva la palomita... que el viento había extraviado, y como antes. ¡Lástima de cera! (Pausa. *De pronto, poniéndose de pie.*) Mire, vieja: aquí no hay nada mejor que el palo. Déjese de lloros. Cuando aparezca, porque al fin ha de aparecer dando lástima y llena de disculpas, me la pone bajo mi jefatura ¿ha oído? Yo le voy a enseñar cómo se lleva un nombre honrado!

Don Juan. — ¡Pero, qué estás hablando ahí, qué estás hablando! Te he escuchado en silencio, mordiéndome, para saber dónde llegaba tu cinismo. ¡Tu vida de holganza, tu abandono, tus borracheras no afectan al honor; tu falta de respeto, el olvido de todos tus deberes, tus burlas tampoco afectan al honor. Te has reído siempre de mis consejos, de las lágrimas de tu madre, de los apuros de estas pobres mujeres; y ahora porque los amigos, algunos perdidos como tú, te cuentan en el almacén la locura de tu hermana, ahora vienes aquí a gritar y a sentirte hombre de bien! ¡Es mejor que te calles y respetes así estas canas! ¡Es mejor!

María Luisa. — ¡Sinvergüenza!

Don Juan. — ¡Usted no ha traído más que penas a esta casa; vive indiferente a esta vida nuestra. La noticia, esa gran noticia que ha puesto tanto dolor aquí dentro, lo ha encontrado en el almacén, lejos de nosotros! ¡Te hubieras quedado con tus amigos!

Enrique. — ¡Es claro! ¡Tenía que perderla y la pierdo como de costumbre! No tengo derecho de corregirme y protestar...

Don Juan. — ¡De corregirte!

Doña María. — Bueno, bueno; cállese, mi hijo. Esta no es ocasión...

Enrique. — Está bien. No voy a opinar en lo que debe serme indiferente, según ustedes...

Don Juan. — Más vale así.

Enrique. — Y usted podrá hacer lo que quiera, y perdonarla y admitirla aquí, si llega el caso...

Don Juan. — ¡Yo sé lo que tengo que hacer con ella y con usted!

Enrique. — Conmigo puede empezar desde ahora.

Don Juan. — Entonces se calla.

Enrique. — Es que yo. . .

Don Juan. — (Con extrema energía.) ¡He dicho que se calla!

Doña María. — (Interponiéndose.) ¡Juan, por Dios!

María Luisa. — (Idem.) ¡Papá!

(Llaman a la puerta de la izquierda.)

Amalia. — ¿Se puede? (Pausa.) ¿Se puede?

María Luisa. — Es Amalia (Abre.) Pasa. (Enrique se sienta en un rincón.)

Amalia. — Buenas noches.

Doña María. — ¿Nos trae alguna noticia?

Amalia. — No, señora. Salgo del taller, y lo que allí se oye y se comenta no es para orientarnos precisamente. (A María Luisa.) Que no faltes mañana; hay mucho trabajo y de urgencia.

Doña María. — ¡Nada todavía!

Don Juan. — Recuéstate un rato. Estás afiebrada. Ven: te acompañaré hasta que te duermas.

Doña María. — No, déjame.

María Luisa. — Así está desde anoche.

Amalia. — Descanse unas horas, doña María. Ahora es cuando le hace más falta.

Don Juan. — Vamos. Sé razonable. . .

María Luisa. — Sí, mamá.

Doña María. — (Cediendo.) ¡Pobre hija mía! ¡No acabaré de llorarte nunca!

Don Juan. — Con permiso, ¿eh?

Amalia. — Vaya no más, don Juan. (Mutis derecha don Juan y doña María.) No sabes cómo descaba hallarte sola. (Al ver a Enrique.) ¡Ah! Perdona. No había reparado.

Enrique. — Excusaba decírmelo. Pero continúe. Ustedes complican estas cosas de una manera extraordinaria. (Mutis derecha).

Amalia. — ¿Es que, sabe?. . .

María Luisa. — Lo mismo que tú.

Amalia. — Algo menos quizás. He dicho que vengo del taller. Por los comentarios de hoy, por tus confidencias, por las de Raquel misma, anteriores a las tuyas, deduzco que tienes motivos para llorar en carne propia. Roberto. . .

María Luisa. — Roberto se asomaba al principio por mí. ¿A qué ocultártelo?

Amalia. — Tengo derecho a tu confianza.

María Luisa. — No me lo dijo; pero yo lo supe. ¿Cómo? No sé. Como sabemos esas cosas nosotras las mujeres. Vista desde la ventana del taller mi cara ha de tener aún aspectos juveniles. Me siguió de lejos una tarde, casi anochecido, y otra, y cinco o seis; y yo que había llegado a esta altura de la vida sin un cariño de hombre, di cuerpo a una ilusión, que por ser muy grande, no he podido sin duda retener. Luego llegó Raquel, yo misma con quince años menos y...

Amalia. — Pero, ¿tú no sospechabas?

María Luisa. — El beso de ayer me lo dijo todo. Con él se fué la ilusión aquella, la primera, la única, y se fué definitivamente. ¿Comprendes esto?

Amalia. — Exageras.

María Luisa. — Te he dicho que mis esperanzas se van para no volver. Tampoco en esto nos engañamos las mujeres, aunque en ocasiones se aparente lo contrario. Soy ya solterona, la solterona. Palabra que con ser tan amarga y significar tanta tristeza oculta, hace todavía sonreír a los hombres. Y luego... si tu casa te ofreciera un poco de tranquilidad. Pero ya has visto.

Amalia. — Sin embargo... eso... del marido de Madame... Lo cito a título de ejemplo, probaría... ¿No dicen?...

María Luisa. — Sí, eso dicen. Desde ayer mi pensamiento se arrastra dentro de lo ilícito. Antes rechazaba la idea ciegamente, estúpidamente; ahora, Dios me perdone, a veces, me complazco en ella.

Amalia. — No estás en tu juicio.

María Luisa. — No tienes tú mis años. Desde que ando por la calle estoy acostumbrada al piropo y a las promesas. Algunos, muchos ponderan, ponderaban mi hermosura, otros mi bondad, los menos mi condición de trabajadora. ¡Lástima de manos! Pero estos elogios, dichos casi siempre en voz baja, al doblar una esquina, frente a un escaparate, llegan al oído como antecedentes de proposiciones vergonzosas. Y mientras eres joven, te indignas. En tanto el novio que tú esperas, el que yo esperaba libre el pensamiento de todo pecado, ese que entraría en el corazón luego de hablar con nuestra madre; ese hombre capaz de sentarse a mi lado cada dos o tres noches para contarme sus sueños y sus proyectos, ese no llega, Amalia, no llega.

Amalia. — Ya te dije...

María Luisa. — No has caído entre tanto porque tu juventud que es esperanza, te defiende presentándote la perspectiva de algo mejor.

Amalia. — Y así se pierde el derecho de elegir. No creas: yo también sueño con mi maridito.

María Luisa. — (*Algo exaltada ya.*) Y sucede que a veces lo ves en la calle, en el tranvía, en una de las casas donde trabajas; y sucede que cruzas con él algunas palabras indiferentes o cariñosas, o le miras desde lejos junto a otra mujer; y le comparas con el que llevas dentro de ti, y es igual, el mismo, tan bueno y tan hombre como el que soñastes; y le sigues con la imaginación, y escuchas sus pasos, y se te ocurre que pasa por tu puerta y mira hacia adentro buscándote, y que se aleja por fin, y esto en la realidad, para no volver. ¿Por qué no vuelve, Amalia? ¿Por qué nos dicen los hombres lo que nos dicen? ¿Por qué saben decir esas cosas y por qué podemos nosotras escucharlas y creerlas?

Amalia. — Esas preguntas son más difíciles que las que formula Pepita. Quizás sea mejor así. ¡Se vive tan alegre mientras se vive engañada!

María Luisa. — Confiesa ese anhelo, sin embargo, y se reirán de ti. ¡Es triste! Todas o casi todas dejan algún día de ir al taller. El año anterior Marcela, hace dos semanas Antonia; hoy, Raquel; mañana serás tú la ausente o Pepita o Enriqueta. Y vendrán otras para seguir idéntico camino. ¡Siempre caras nuevas y jóvenes! ¿Cómo se van? Estoy ahora por creer, creo ya que tampoco importa ese detalle, si al fin se van y quieren y viven. (*Se sienta abatida. Pausa.*)

Amalia. — ¡Pobre María Luisa! Yo no sé consolarte. Y es que hay en mí, quizás, algo de tu pena. Pena de amor que sólo el amor o el tiempo que también es cariño, pueden amortiguar. ¡Pobre María Luisa! Ayer quisiste darme con tus besos algo de tu alegría. Yo no puedo darte hoy con los míos la resignación que han de aconsejarte todos. (*La besa.*)

María Luisa. — Lllaman. ¿Quieres ver?

(*Mutis izquierda Amalia. Vuelve a poco seguida de Pepita, Enriqueta y Don Andrés.*)

Pepita. — ¡María Luisa!

Enriqueta. — ¿Cómo estás?

Don Andrés. — Los amigos se demuestran a la desgracia, como dicen. Madame es sumamente afligida, y yo...

María Luisa. — Gracias.

Enriqueta. — Nos hemos encontrado en el camino.

Don Andrés. — Yo tenía encargo de Madame. (*Pausa embarazosa.*) ¿La señora bien?

María Luisa. — Descansa en este momento.

Pepita. — Pero, ¿quién iba a figurarse!

Enriqueta. — Ha sido una sorpresa para todos.

Don Andrés. — Para mí no, y usted perdone María Luisa. Las mujeres son así, contradictorias. Fueron hechas de sorpresa, aprovechando que este señor de Adán dormía como un justo, y de sorpresa viven y se casan... delante o detrás de la iglesia, como dicen.

Pepita. — ¡El que no lo conociera!

Don Andrés. — Estas cosas hacen pensar y desbarrar también. Una novia, una mujer que huye, que se espanta, como dicen, es siempre un espectáculo... ¿cómo diré?... perturbador. Yo recuerdo que la primera picardía se me ocurrió a la cabeza viendo despedir a una novia. Yo era pebete, como dicen.

Pepita. — Nos ha dado la lata durante el camino.

Don Andrés. — Sin embargo, yo creo decir cosas razonables. Yo digo, por ejemplo, ahora vamos nosotros allá y encontramos una gran tristeza, lágrimas, hombres y mujeres desesperados... y para todo esto vamos a pedir y aconsejar un poco de resignación. Más sufrió Cristo por nosotros, como dicen, que yo no lo creo. ¡Resignación! Palabra estúpida, que se dice muy fácil. Y contesto yo que acaso estas penas tuviesen remedio no resignándose precisamente. En vez de la compasión de unos pocos, la tolerancia de todos. ¡La tolerancia! Suprema virtud que dijo este francés Voltaire. Suprimidas algunas fórmulas, algunos convencionalismos, algunas tonterías aceptadas por todos sin discutir, quedan también suprimidas estas escenas, estos dramas. En materia de amor cada cual hace lo que le venga en gana, como dicen... Que a todos nos parezca bien y natural lo que es bien y natural y resuelto el gran problema. Así hablaba yo.

Pepita. — Bastante bien. ¿Lo aplaudimos?

Enriqueta. — Pepita, por Dios... Recuerda...

Pepita. — Es verdad: no estamos en el taller. Perdona, María Luisa. Es que quisiera distraerte. Yo estoy con usted, Don Andrés. A mí me parece natural todo... todo menos el cutis de Madame. Por eso lo defiendo cuando dicen que usted se casó con la caja, con el negocio, con la moneda, como dicen.

Don Andrés. — Locataria, completamente locataria la chiquilla.

(*Risas generales.*)

Enriqueta. — Y hablando de lo que importa, ¿no han sabido nada?

María Luisa. — Nada.

Don Andrés. — Es como saberlo todo.

María Luisa. — Justo.

Don Andrés. — Ella es feliz quizás a este momento. Mañana también... pasado también... más tarde... más tarde también, ¡caramba! porque tendrá al menos este recuerdo. ¿No es verdad, María Luisa?

María Luisa. — Qué sé yo de estas cosas, Don Andrés.

Don Andrés. — Yo pienso a veces con un escritor de España, en la tristeza última de las mujeres buenas. No saber del pecado sino por referencias; no haber vivido algunas de esas escenas que la hicieron persignar de horror al solo pensamiento de ellas; no tener ocasión de arrepentirse de nada... ¡Horrible, horrible!

Amalia. — Si sus propósitos son consolar a las pobres mujeres de esta casa, admitimos sus teorías.

Don Andrés. — Es mi sentir íntimo, Amalia. Usted puede llamarme cínico, corruptor, cara dura... como dicen; pero yo no soy acostumbrado a disfrazar mi sentir.

Pepita. — Sin embargo, se casó con careta.

Don Andrés. — ¿No tienes otro disco, como dicen? Niego, niego la consecuencia. Lo perfectamente comercial, es perfectamente lírico. Porque ese trato ha permitido las ilusiones de Madame. Ella cree ser amada siquiera un minuto.

Pepita. — ¡Es de lo más notable!

Enriqueta. — Está atrincherado contra la honradez.

Don Andrés. — La honradez es machorra, señorita.

Pepita. — ¿Ma... qué? Yo no entiendo eso. A ver: explique, explique. No me ha sonado bien la palabrita.

Don Andrés. — En otra oportunidad. Hoy no llegó el dulce de leche como dicen. (*Risas generales.*) Y me parece que somos de más.

Enriqueta. — Sí, ya es tarde. Vamos, Pepita.

Pepita. — Vamos.

Enriqueta. — ¿Te quedas tú?

Amalia. — Salgo también. Adiós, María Luisa. Después de cenar vendré a acompañarte otro rato si no estás muy cansada.

María Luisa. — Bien.

Pepita. — (*Besándola.*) ¿Irás mañana al taller?

María Luisa. — Sí.

Pepita. — Hasta mañana, entonces.

Don Andrés. — Mis respetos a la señora. (*Disimuladamente y sin que podamos determinar si obra por lástima o por cálculo le entrega un billete de cincuenta pesos.*)

María Luisa. — ¡No!

Don Andrés. — Es de Madame.

Pepita. — (*Desde la puerta.*) Don Andrés, ¿nos paga el tranvía?

Don Andrés. — ¿Por qué no? Y el automóvil...

Amalia. — Yo lo agradezco; pero vivo tan cerca...

Pepita. — Nosotras le tomamos la palabra.

Don Andrés. — Andando, pues.

Pepita. — Lo dicho: a este hombre hay que elevarle un monumento.

Don Andrés. — Tú serías un buen bajo relieve.

(*Risas. — Mutis todos izquierda. María Luisa vuelve a sentarse después de cerrar la puerta. Pausa breve. Por derecha, Enrique.*)

Enrique. — ¿Visitas de pésame, no?

María Luisa. — No eran para ti, de cualquier modo.

Enrique. — Por eso me fugué. (*Silencio. Se pasea por la habitación examinándola y aun pignorándolo todo imaginativamente. De pronto, al ver el billete.*) ¿Y eso?

María Luisa. — Ya lo ves: cincuenta pesos.

Enrique. — Menos mal. Estas desgracias suelen traer dinero. (*Otra pausa.*) ¿Aquí no se cenará esta noche?

María Luisa. — Sí, lo que tú has traído.

Enrique. — ¿Ya empiezas?

María Luisa. — ¿Ya preguntas?

Enrique. — Tengo tanto derecho como tú.

María Luisa. — Rebaja.

Enrique. — Me vas a obligar a...

María Luisa. — Me vas a obligar a que tome las riendas de esta casa y te eche de ella por vago y por sinvergüenza.

Enrique. — ¿Es muy fácil traer dinero como ustedes lo traen.

María Luisa. — ¿Qué quieres insinuar?

Enrique. — A nosotros nos cuesta un poco más ganarlo.

María Luisa. — Cállate, cállate. ¿Qué tienes tú que decir de mí? ¿Qué podrías decir aún en ese supuesto?

Enrique. — No quiero discutir.

María Luisa. — Tú, uno de los nuestros, sangre de nuestra sangre, piensas también como ellos, como los que se llevan a nuestra hermana. Todo es cuestión de precio con nosotras, ¿verdad? Cuando no trabajábamos las mujeres de esta casa, cuando éramos señoritas, la suposición respecto de nuestra vida, partía de la honradez. Había que seleccionar las palabras, velar las intenciones. Ahora que traemos pan porque los hombres no pueden o no quieren hacerlo; ahora que hemos sacrificado, a la fuerza, pero sacrificado al fin, nuestra vanidad y nos hemos olvidado de las consideraciones gozadas, ahora es lícita y es lógica la hipótesis contraria. Las proposiciones llegan desnudas; con descaro las sospechas. Modistilla al fin y al cabo. Así piensas tú y así piensan los que se han llevado a tu hermana. ¡Canalla! Estoy por creer que tus sospechas no son sino insinuaciones, tolerancias anticipadas. Porque eres capaz de eso, si eso te da para tus vicios.

Enrique. — Aplausos en la barra. Raquel hubiera hablado ayer en la misma forma, con idénticas ínfulas.

María Luisa. — Y es posible que yo no pueda hablar así mañana. ¿Y qué?

Enrique. — Mañana puede ser; pasado es difícil. Estás en camino de beata y de beata rezongona.

María Luisa. — ¡Viejo! ¡Viejo!

Enrique. — No llares; se ha quedado dormido junto a la cama. Me voy yo. (*Llaman a la puerta de la izquierda.*) ¿Quién? ¿Quién, he dicho? (*Abre. Entra Amalia.*) ¿Otra vez? Llega a tiempo. Esta se estaba poniendo muy nerviosa. A ver si la calma, mientras doy una vuelta. Como aquí no se cena. Buenas noches. (*Mutis izquierda.*)

Amalia. — ¿Y los viejos?

María Luisa. — Duermen.

Amalia. — Mejor. Ahí está Raquel. Cierra.

María Luisa. — ¿Dónde?

Amalia. — En la esquina. La encontré al salir, en un coche. Lloraba la pobre. La emoción no me ha permitido oírla. ¿Qué hacemos?

María Luisa. — ¿Y si Enrique...?

Amalia. — No, ha quedado en el coche. ¿Qué hacemos? Yo querría llevarla a casa; pero ella desea hablarte.

María Luisa. — (*Después de cerrar la puerta de la derecha.*) Tráela; es lo mejor. Si al fin ha de volver, que sea cuanto antes.

Amalia. — Pobrecita.

María Luisa. — Tráela.

Amalia. — Voy. (*Mutis izquierda.*)

María Luisa. — (*Desde la puerta.*) Dile que están todos dormidos, y Enrique. . .

Amalia. — Descuida. (*Pausa. María Luisa espía por la puerta de la derecha. Luego se pasea nerviosa.*)

María Luisa. — ¡Cómo tardan! (*Pausa. A poco Raquel y Amalia. Raquel se echa en brazos de su hermana.*) ¡Locuela! ¡Locuela!

Amalia. — Las dejo. Espero en la puerta.

María Luisa. — Vuelve. (*Mutis Amalia. A Raquel.*) Siéntate.

(*Espía nuevamente. Al volver y sentarse, Raquel se le arrodilla a los pies.*)

Raquel. — ¿Duermen?

María Luisa. — Sí, cansados de llorar.

Raquel. — No quería venir; era mi propósito vagar por ahí a la ventura. Pero sin querer, sin darme cuenta, llegué a la esquina y ya no supe moverme. Luego tomé un coche y me alejé. A poco dí contraorden. . .

María Luisa. — ¿Y él?

Raquel. — No sé.

María Luisa. — ¿No sabes?

Raquel. — No sé. Ha de serme difícil explicarte. Estaba loca, dormida, no era yo. Me había empeñado en saber un nombre, el de otra mujer. Perdóname, María Luisa, yo. . .

María Luisa. — Sigue.

Raquel. — Me esperaba en la esquina. Anduvimos unas cuerdas en silencio, separándonos en las esquinas donde la gente que espera los tranvías nos miraba mucho. Luego, al salir del centro, me tomó del brazo, empujándome hacia la pared, entre las sombras de los edificios. Me hablaba entonces al oído. Yo sentía el cosquilleo de su aliento y temblaba, temblaba toda entera, como si un frío muy grande penetrase dentro de mí.

María Luisa. — Sigue.

Raquel. — Un hombre, un desconocido se cruzó con nosotros, y me miró risueño, como diciéndome: estoy enterado. Dos o tres veces tuvimos que ceder la acera a otras parejas que también hablaban en voz baja y entre las sombras. Cruzamos una plaza, no sé cual, y como según él íbamos exponiéndonos mucho, subi-

mos a un coche. Minutos después me sentía lejos, muy lejos del taller, más lejos aún de esta casa. El coche ya no hacía ruido; no había ya edificios ni gente. Árboles, muchos árboles; y de rato en rato un vigilante inmóvil como un árbol también en medio de la calle... Yo veía todo esto y no lo veía; me cegaba su voz, simpática, más dulce, más persuasiva, más tibia que nunca. Raquel, mi chica, verdad que me quieres, que eres mía, que nada te importa en el mundo, que me seguirás siempre, que estarás siempre junto a mí... ¡Siempre, siempre, siempre! Yo tenía en los labios un no; pero los labios llenos de besos suyos, no querían abrirse. Y el no quedó allí, en los labios inmóviles y fríos; y él siguió hablándome, convenciéndome, enloqueciéndome. Después no sé... En mi inconsciencia, sólo percibía una palabra, una sola: siempre, siempre, siempre... ¡Y tenía razón y no mentía, porque he de acordarme siempre, he de llorar siempre y he de aborrecerle siempre!

María Luisa. — ¡Y habías escuchado los comentarios sobre Julia! ¡Y sabías lo que se sufre aquí!

Raquel. — ¿Pero es que son todos iguales? ¿Es que todas estamos condenadas a lo mismo?

María Luisa. — A lo mismo no. Yo...

Raquel. — Es que tú no sabes, no sabes lo que es el aliento de un hombre penetrándote cuerpo adentro. Me acuerdo que por broma, me pusiste un día de frío un cuchillo en la espalda. Pues así. Tú no sabes, no sabes... Me ví sola entre aquellas cuatro paredes escritas con lápiz, llenas de nombres y fechas, en aquel silencio de una casa desconocida; me ví sola porque los minutos que puso de plazo para volver se hacían horas y horas — qué esperar, María Luisa; — me ví sola, llena de imaginación de todo esto, de ti, de los pobres viejecitos, de los comentarios del taller, me ví sola; y triste, y burlada, y perdida, y aún conservaba mi cuerpo el calor del suyo y jugaban sus labios en mis labios... Tú no sabes, no sabes...

María Luisa. — No sé. (*Breve pausa.*)

Raquel. — Y ahora te dejo.

María Luisa. — ¿Dónde vas?

Raquel. — A cualquier parte... qué sé yo... A casa de Amalia tal vez. No podría sufrir la mirada de los viejos.

María Luisa. — Pero si al fin...

Don Juan. — (*Desde adentro.*) María Luisa.

María Luisa. — ¡Papá!

Raquel. — ¡Déjame!

María Luisa. — No.

Raquel. — ¡Déjame!

Don Juan. — ¡María Luisa!

María Luisa. — (*A Raquel*). Espera.

(*Apaga las luces de la virgen. Queda la escena a oscuras. Sale Don Juan. Raquel, conteniendo la respiración, se arrincona.*)

Don Juan. — ¿Estás sola?

María Luisa. — Sí, papá.

Don Juan. — Me había parecido...

María Luisa. — Acaba de irse Enrique...

Don Juan. — ¿Has apagado tú?

María Luisa. — Sí; intentaba dormir un momento.

Don Juan. — Yo me quedé allá junto a la pobre vieja... Pero ahora me voy a la cama. ¿Has cerrado?

María Luisa. — No; todavía no.

Don Juan. — Entonces cerraré yo.

(*Cruza la escena para hacer mutis por izquierda.*)

Raquel. — Yo me voy, me voy...

María Luisa. — Ahora... ¿cómo? Quédate ahí. Ya veremos después lo que se hace.

Raquel. — Es que no puedo...

María Luisa. — Calla. (*Vuelve Don Juan.*)

Don Juan. — Bueno, mi hija: acuéstese usted también.

María Luisa. — Sí, papá.

Don Juan. — Hasta mañana. (*Se acerca a Raquel y confundiéndola con María Luisa, la besa en la frente. María Luisa advierte la equivocación y se retira hacia el foro, a espaldas del padre.*) Hasta mañana. (*Al sentirla llorar.*) ¡Pobre María Luisa! Llore, llore... Yo también me estaba conteniendo... Llore: su hermana ha muerto. (*Se desprende de ella y hace mutis por derecha.*) ¡Llore, mi hija!

(*Raquel rompe a llorar desoladamente.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

(El último acto se publicará en el número próximo).

CANTO DE GUERRA

I

Hora de tragedia y de espanto
en que imperan el odio y la muerte
sobre el mundo, de modo satánico.

Hora negra en que el alma consulta
con el cielo, su luz implorando,
para interpretar la locura
de los pueblos y razas.

Tormenta
de iracundos flagelos de rayos!
Diluvio de fuego maldito
que castiga todo lo creado.

Indignación justa de los libres
ante la amenaza del bárbaro,
del bárbaro adusto del norte
que, obsedido por sueño macabro,
se levanta y se arroja al combate
en conquista sin ley, blasfemando
— atilino y grotesco — en arengas
que a los libres no han amedrentado.

Hora de exterminios y rencores
en que la codicia del germano
señala a sus hordas serviles
el camino de los nobles campos
donde el genio latino trabaja
con amor por los fueros humanos.

II

Nunca vieron los siglos momentos
más terribles, más torvos, más arduos.
Toda Europa a las armas acude
y el cañón repercute en sus ámbitos.

Francia unánime, fuerte y serena
va hacia el reto del hosco tirano.

La secunda el honor moscovita,
la acompaña el corazón británico;
y un pequeño país de alma heroica
que el coloso tudesco ha violado
se hace grande en la lid junto a ella.

Desmorónase el Imperio Austriaco
bajo la metralla de Servia, la digna
vencedora del turco taimado.

Y el teutón no logra que la Italia niegue
la garibaldina fe de sus soldados.

III

La humanidad tiembla. El apóstol,
heredero de Pedro, ha lanzado
su anatema a los cetros rapaces
y a la impura soberbia. Y tan blanco
como un dulce cordero teológico
muere por el género humano,
cual su amado maestro divino,
en un símbolo excelso, dejando
esta tierra doliente que riegan
con la sangre sus pobres hermanos.

La paloma evangélica gime
sin llevar en el pico el buen ramo
de la oliva de paz, y parece

transformada en terrible milano
o en un cuervo que anuncia la ruina
a los pueblos en armas que, bajo
la presión ambiciosa de un déspota
se defienden cual leones airados.

IV

Requiriendo las armas ilustres,
su magnífico ideal sustentando,
Francia lleva a la lid pavorosa
el coraje de su recio gallo
cuya espuela sacará los ojos
al innoble, fatídico pájaro
que en la testa del necio fantoche
largo tiempo su orgullo ha posado.
Ave negra! Ave negra que inspírale
sus codicias y antojos insanos
de conquista, que el mundo no acepta
mientras viva un francés o un aliado.

V

La fatal invasión se adelanta
por las milpas que avivó el arado;
las arrasa despiadadamente
y la ruina sucede al trabajo.
Como Ceres, Pomona, Hostilina,
Pan se queja en los surcos hollados
y la tierra suspende el milagro
de sus flores y trigos, y crecen
hierbas malas al sol cuyos rayos
no fecundan ya más la simiente
sino que decoran los llanos
y los montes que dan al combate
el más fragoroso escenario.

Las ciudades recógense — como
en el Africa los desolados
oasis, entre arenas y yermos, —
donde el pueblo más adelantado
diérale a la vida la gracia
de su ingenio y la fuerza del brazo.

Las montañas se cubren de niebla
y como que sollozan los lagos;
y los ríos cantores discurren
con la sangre del hombre mezclados.

Y la luna, que es ojo del cielo,
derramando sus trémulos halos,
funebriza las noches campales
como, en nombre de Dios, deplorando
la tragedia que insólitamente
llena a Europa de luto y de pánico.

VI

Son visiones macabras, visiones
que la Historia no lleva en sus fastos;
es la guerra del hombre moderno
que, con todas las cosas armado,
es más cruel, implacable, agresivo,
impetuoso, tenaz, sanguinario.

La ciudad de la luz vibra y late
como un gran corazón, agitado
por las más tenebrosas ideas.

La invasión formidable del bárbaro
se desborda por tierras de Francia
como un mar; pero el ánimo galo
no vacila en la fe de sus armas
que el honor y el derecho forjaron.

La barbarie demuele y arrolla,
toda ley de nobleza violando ;
y la ira de las hordas ciegas
no respeta mujeres ni ancianos.

Así avanzan, avanzan, avanzan
las falanges de fieros soldados
hacia el grave París que se eriza
de cañones en el zafarrancho.

Mas, de pronto, las huestes fraternas
surgen, todas sus himnos cantando,
y a su empuje les da la victoria
de laurel los más vívidos ramos.

El soberbio teutón se repliega
en derrota, por tierra dejando
la mitad de sus hombres, y brillan
en el alba los bélicos trapos
de Lutecia y de Albión.

En el Norte
las brigadas de altivos cosacos
han rendido una parte de Prusia
y amenazan Berlín, entretanto
que los servios triunfantes recorren
los dominios del rey danubiano.

VII

...Pero, es ardua la gesta! aún las hordas
aguerridas del bruto germano
tienen fe en la victoria y batallan
defendiéndose paso por paso.

VIII

— Guerra cruel, guerra insólita, guerra
sin razones supremas! Amargo
combatir sin ideales que un reino

de famélicos príncipes, bajo
disciplinas absurdas, impone
a la Francia laboriosa y rica
que ha resuelto su problema agrario.

Guerra vil que un villano monarca
sin escrúpulos, ha provocado
para realizar ambiciones
a que opone el derecho sus altos
mandamientos, porque el hombre nuevo
no podrá ser ilota ni esclavo.

Ambiciones de rey vanidoso
que, en delirios, se siente llamado
a regir los destinos de un mundo,
como el gran Bonaparte, imitándolo
nada más que en lo decorativo,
pues del genio latino al germano
rastacuero, va mucho... y aun cuando
las mesnadas aviesas de Prusia
alcanzaran victorias, en vano
trataría el burdo tudesco
de ponerse a la altura del bravo
Capitán que dió al mundo las tablas
de los códigos republicanos.

IX

Paz! Paz! Paz! Como el caro maestro
de las rímas de seda ha gritado;
pero paz que devuelva a la Francia
los girones de su suelo patrio
que el rapaz mercenario teutónico
a fatídico yugo hubo atado.

Paz, paz, paz que resuelva de un golpe,
en un justo y unánime fallo,
la ignominia de los armamentos
para que devengan hermanos

pueblos que por necio capricho
se exterminan y celan, llevados
como fieras que, sin albedrío,
se destrozan en villas y campos.

Paz, paz, paz que suprima autocracias
de supuestos señores, enviados
por el cielo a regir los espíritus!

Paz que dure y repare el estrago,
por fecunda, racional, florida;
paz por convencimiento y por sano
criterio universal, necesaria
al progreso y moral adelanto
de la tierra y del hombre, en su marcha
hacia el sumo ideal sustentado.

Paz de amor que depure las almas
de tremendos rencores bastardos,
y que el hombre cruzar al fin pueda
su camino bajo el sol, llevando
limpia el alma hasta Dios.

Paz divina
que se cierna por todos los ámbitos
tras la hora de horror y de luto,
de tragedia, de miedo y de espanto
en que imperan el odio y la muerte
sobre el mundo, de modo satánico.

CARRASQUILLA-MALLARINO.

París, Setiembre de 1914.

CHARLES PÉGUY

I

En una de las primeras listas de bajas publicadas por la prensa de París, sangriento memorándum de esta guerra inicua que todavía no hemos sentido lo bastante cerca, aquí en medio de nuestra neutralidad materializada, para que el dolor y la indignación hagan surgir de nuestro pecho el grito de terrible angustia que puede ser el único comentario a esta barbarie. — he leído el nombre de Charles Péguy, subteniente de infantería, muerto al guiar sus hombres al asalto de una trinchera alemana en la batalla del Marne. Una bala en la frente le derribó sin vida, en medio de los suyos, allá en las proximidades de París, en la Ile-de-France, donde la noble tierra parece concentrar lo más noble y más puro de sus energías.

El nombre de Charles Péguy no era lo suficientemente conocido entre nosotros, aquí donde la gloriola fácil de los frecuentadores del bulevar tiene inmediata repercusión. Su labor grave, su vida austera, no hacían de él producto de exportación. Nuestros literatomanos no habrían encontrado en su obra, tan francesa, tan sin cosmopolitismos calculados, esa vana y vaga superficialidad que los superficiales declaran propio del espíritu francés, enamorados de sí mismos, Narcisos cosmopolitas que buscan en Francia el reflejo de sus propias miserias. La serena y noble labor de Charles Péguy no admitía los entusiasmos ruidosos, la admiración bullanguera y trivial con que engalana nuestro snobismo ingenuo a los más falsos de los espíritus franceses. Hijo de su tierra, tanto que tenía a orgullo su descendencia directa de rudos campesinos, en el afecto más hondo y sincero a su país natal, era un verdadero representante de su momento. Todo equilibrio, todo serenidad, la obra de Péguy merecería haberse difundido como un

ejemplo. Y en esta hora trágica de póstumo reconocimiento, sólo puede recibir nuestro homenaje, doloroso adiós que evoca la triste esperanza deshecha.

Los críticos americanos, que tanta atención han dispensado siempre a las cosas de Francia, poco o ningún interés han sentido nunca por la labor de Charles Péguy. Ese desconocimiento ha hecho también que la respetaran y en ese sentido no debemos quejarnos. Solamente Francisco García Calderón, un inquieto de las cosas hondas y vitales, en una de las primeras correspondencias enviadas a *La Nación* de Buenos Aires, se ocupó de la singular figura de ese *normalien*, hombre de pensamiento caído en el campo de la acción, que en muchos sentidos puede ser presentado como el prototipo de toda una generación de su patria, la que, siendo hija del Desastre, había entrado a la vida en los días tumultuosos del "Affaire", con altas aspiraciones humanitarias, revolucionaria, audaz, con vagos ensueños de filantropía universal, para venir a cerrar su ciclo en este año de 1914, estrellando la noble frente contra la pavorosa muralla de la Gran Guerra. La vida de este pensador, hijo de la ciencia, rebelde en brazos de las más delirantes utopías, evolucionando al cabo bajo el influjo de las terribles realidades vitales, trabajador infatigable, orientado perpetuamente por un alto sentido de lo bello y de lo justo, merece señalarse como un ejemplo. Hasta su muerte, como subteniente de la reserva, cayendo al frente de sus hombres, es de un triste y doloroso simbolismo. El disparo fatal recibido por Péguy en medio de la frente, muriendo por donde viviera, tiene el trágico significado de un crimen. Con él, guía y maestro de una generación, es toda una juventud la que se va, sacrificada estérilmente en el bárbaro retroceso de todas las ideas que fueron orgullo y esperanza del mundo... Es toda una juventud que desaparece, sorbida por el abismo de la guerra, en una siembra colosal de odios, clamando venganza por tanto ensueño sacrificado, por tanta ilusión destruída, por tanta vida inútilmente elaborada en el amor y en el trabajo...

Egresado de la Escuela Normal en 1897, Charles Péguy publicó bajo un pseudónimo su primera obra: un drama en tres episodios sobre Juana de Arco, editado por la *Revue Socialiste*. Eran éstos momentos de incubación de grandes cosas; algo latía en el fondo del alma francesa, que había de hacerla sacudir la miseria pegajosa de las cosas adaptadas. En lo hondo de las conciencias, auspi-

ciado por el anhelo ardiente de la juventud que deseaba ocupar su puesto, algo comenzaba a agitarse. Contra la materialidad a ras de tierra de los hombres de la tercera república, oponíase un socialismo elevado, todo filantropía y humanidad, con rasgos a lo 1848. El asunto Dreyfus dió ocasión a que tales sentimientos se exteriorizaran. Poco importaba la culpabilidad o inculpabilidad del capitán judío. La batalla, proclamada por Zola en su famoso *J'accuse* el 13 de Enero de 1898, tenía por punto de partida algo más que la justificación de un individuo. Todos los hombres que tomaron parte en la terrible lucha civil que por espacio de algunos años dividió a la Francia en campos enemigos, movíanse por algo más elevado; un sentimiento místico se unía al sentido de la justicia. Entonces la juventud escolar fué dreyfusista y llegó a los límites más avanzados del pensamiento. Más tarde reaccionó ante los desengaños de la realidad; pero, su reacción, lógica, sin desviaciones que pudieran dejar suponer la cobardía o la traición, respondió a los mismos principios que inspiraron la formidable guerra de conciencias. Péguy, al responder a un contrincante, veinte años más tarde, decía: "Nuestro dreyfusismo, como nuestro socialismo, era profundamente espiritual, era profundamente místico, era profundamente una *disciplina mística*".

Los años no pasan en vano y esta simple explicación define perfectamente la gran mudanza introducida en el campo del pensamiento francés, toda una gran desviación de las ideas y de los sentimientos, obedeciendo al recto sentir de una disciplina altísima. Resume admirablemente aquel generoso arranque de una juventud sedienta de ideal, que al aparecer sobre el mundo se dispuso a conquistar la parte que por derecho le correspondía y combatió con tenacidad en su hora, noble y lealmente, con la misma lealtad y nobleza con que más tarde había de apartarse de la lucha, cuando vió a los políticos profesionales invadir el campo de su acción para usurpar las ventajas por ellos obtenidas. Demócrata, humanitaria, esa juventud se hizo a un lado cuando comenzó la reacción jacobina de los Combes, con su demagogia, su anticlericalismo, su política de *fichas*, su dogmatismo ateo. Toda la evolución de la vida espiritual y mental de Francia en estos años inquietos que en tanta sangre y tanto dolor habían de hundirse, se encuentra en aquel magnífico *Jean Barois*, de Roger Martín du Gard, libro de una rara y pura sinceridad, que ahora

al releer atropelladamente, para revivir los días tumultuosos del Affaire, se me ha aparecido como una síntesis novelesca de la obra de Péguy, como si en el tipo creado por el novelista, en concreción maravillosa, latiese la esencia divina que fulguró en el alma del noble filósofo, tan terriblemente arrastrado en la vorágine sangrienta de esta guerra.

II

La grande, la inmensa labor realizada por Charles Péguy puede sintetizarse en esa admirable colección de los "Cahiers de la Quinzaine", publicación única en el mundo por su programa, por la honda brecha que ha abierto en catorce años de constantes esfuerzos en la cerrada maraña del pensamiento de las nuevas generaciones francesas.

Los "Cahiers de la Quinzaine" son apenas conocidos entre nosotros. Esos libros que bajo un título común, inadecuado como el que más, iban sembrando las buenas nuevas de la idea más pura, no han llegado hasta nosotros, donde tantos se precian de seguir el movimiento intelectual francés. Esa publicación independiente, que comenzó a aparecer al día siguiente de la batalla dreyfusista, fué en Francia algo más que una revista. Y en aquel país donde tanta importancia adquirieron las revistas, los "Cahiers" fueron el eje de un grupo de intelectuales, que al día siguiente de la *Melée* se vieron privados de tribuna para sus ideas y eran demasiado orgullosos para solicitar un rincón en los viejos y gloriosos cotarros. Péguy, socialista entonces, que había publicado algunas obras en compañía de un grupo de amigos, decidió transformar esas publicaciones individuales en algo periódico. Y esos mismos libros, sometidos a una administración común, se transformaron en los famosos "Cahiers", a los que Tolstoi había de dedicar una extensa y entusiasta carta, al que Anatole France, seducido como siempre por lo que de juventud y de ideal había en ellos, daría las primicias de su "Crainquebille", y Jaurés y Sorel y Richet, como otros muchos, habían de contribuir a su enaltecimiento. En esos volúmenes, impresos por obreros sindicados, cuya colaboración llegaba a veces a poner en las últimas páginas su nombre, para constancia de la estrecha solidaridad que animaba a todos los elementos de la noble iniciativa, se reve-

laron al mundo intelectual nombres hoy famosos. Romain Rolland comenzó y terminó en los "Cahiers" su famoso "Juan Cristóbal". Los hermanos Tharaud publicaron allí casi todas sus obras, y lo mismo hicieron André Suarés, Julien Benda, Maxime Vuillaume, Pierre Hamp, nombres que todavía no han trascendido al grueso público y para beneficio de los cuales sólo podemos desear que en mucho y mucho tiempo no trasciendan.

La obra de Péguy en los "Cahiers", primeramente impregnada de un vago socialismo que nunca le abandonó, luego orientada hacia nuevas tendencias, se hizo sentir muy hondamente en el espíritu de las nuevas generaciones de su patria. Poco a poco fué evolucionando hacia el cristianismo, en esa aspiración religiosa que últimamente se hizo sentir sobre Francia, cuando el desborde de la República atea llegó a su límite extremo. Esta evolución fué por él mismo explicada en la siguiente forma: "Es por una profundización constante de nuestro corazón en el mismo camino, en modo alguno por un salto atrás, que hemos encontrado la vía de cristiandad. No la hemos encontrado al regresar. La hemos encontrado al final. Es por esto, — que lo sepan todos, — es por esto que *no renegaremos nunca un átomo de nuestro pasado*".

La obra de Péguy fué siempre de combate. Polemista ardiente, levantaba tempestades con sus escritos. Un grupo, de día en día más numeroso, seguía sus inspiraciones, fundamentando una fama sólida, segura, como pocas resistente al paso del tiempo y a la maldad de los hombres.

Su labor, prodigada en los 222 volúmenes publicados de los "Cahiers" es realmente ejemplar. Aparte la labor de dirección, queda el esfuerzo personal, la acción maravillosa del artista que había en él, del pensador profundo, del moralista. Sus obras, numerosas, forman un ciclo que por extraña coincidencia comienza con aquel tríptico en honor de Juana de Arco y termina con otra obra dedicada también a la inmortal lorenesa, como si su vida, lamentablemente perdida en el bárbaro sacrificio de la guerra, hubiese de girar bajo la advocación de la bélica doncella, fatalmente inspirada en el mismo amor a la Francia y como ella condenada al dolor de la muerte sobre la tierra maculada por la planta del bárbaro.

III

La muerte de Charles Péguy tiene para todos nosotros un terrible y altísimo significado. Viene a mostrarnos en su horrible desnudez la llaga de este bárbaro episodio que se está desarrollando en plena época de civilización y cultura, exhibiendo la regresión de los espíritus, vueltos a la desolación moral de los días en que la fuerza era la única razón y la ley única.

De la misma manera que individualmente sólo sentimos el golpe formidable de alguna catástrofe cuando ella nos hiere de cerca, así en este inmenso episodio que llena nuestro mundo, sólo acertamos a verlo y comprenderlo en toda su intensidad cuando en la vorágine de la guerra es uno de los nuestros el que desaparece, diciéndonos todo el horror de la bárbara carnicería humana.

Hasta ahora, rebuscadores de cosas pasadas, contempladores de la vida que pasa al pie de nuestras ventanas y junto a nuestras puertas, no habíamos visto de la guerra más que el aspecto decorativo, sangriento y doloroso, cosa lejana que en la historia seduce y en la vida duele, pero ajena, muy ajena a nosotros. En la multiplicidad de los ejércitos la vida individual desaparecía; el soldado era parte de una inmensa máquina. Y era que por encima de las enseñanzas de la vida se perpetuaban los conocimientos históricos y el soldado era considerado siempre por nosotros como el villano que en otros tiempos acudía a defender los bienes ajenos, mientras las clases privilegiadas vivían su existencia de siempre, lejos de todo peligro y al amparo de toda lucha.

El mundo se ha modificado en torno nuestro. La triunfante democracia ha borrado los privilegios. Y ya en el camino de la igualdad se ha impuesto la nivelación en los sangrientos episodios de la guerra. Los ejércitos se forman con todas las clases sociales y esta será la terrible, la dolorosa y loca enseñanza de esta guerra.

Hasta ahora no lo habíamos visto con la dolorosa realidad con que nos lo impone la muerte de Péguy. El artista, el filósofo, el hombre de pensamiento no ha valido en el campo de la acción más de lo que vale un analfabeto, un hombre innecesario para la cultura del mundo y el adelanto moral de la vida. En la terrible uniformidad que impone la deuda de sangre, el hombre de pensamiento ha valido tanto como el último patán y su muerte no ha tenido más valor que el de un hombre menos, como si su obra

ya realizada no hubiera contribuído a elevar el nivel intelectual de su patria y del mundo, como si todo cuanto de él se esperaba no le hubiese hecho digno de mejor suerte.

Esta muerte ejemplar viene a enseñarnos toda la barbarie de la guerra, más bárbara en la sistemática destrucción que hace de las fuerzas de un país, de todas sus fuerzas, hasta de las más puras y más bellas, sin distinción entre el vulgar campesino cuya vida sin horizontes se mueve en la estrechez animal de las cosas cotidianas y el intelectual cuya amplitud de miras debiera protegerle contra los ataques de la fiera destructora.

La muerte de este hombre de ideas, caído en el campo de la acción menos noble, sacrificado bárbaramente a una necesidad trágica, nos enseña cuán terrible es la empresa de destrucción realizada a nuestros ojos por la guerra. El día en que ésta termine, cuando se pueda hacer el recuento de las pérdidas, cuando al lado de los millares de simples ciudadanos, hombres de vida obscura, vulgares en la monotonía de su vivir de trabajo más o menos útil, se nos deje entrever los claros abiertos en las filas luminosas de los hombres de pensamiento; cuando se nos permita hacer el cálculo de *nuestras bajas* y el mundo sepa qué inmensidad de tesoros de arte, de ciencia, de pensamiento, han sido perdidos para el porvenir con esa juventud, sacrificada a un ideal de barbarie y de muerte, un inmenso clamor llenará el mundo, un grito de desolación repercutirá por todas partes, como protesta de la vida por todo lo que la guerra habrá arrebatado para siempre.

La democracia en la muerte habrá privado al mundo de sus tesoros futuros, haciendo pagar muy caro ese traslado a nuestra época de un ideal de los tiempos de barbarie, cuando había hombres que por interés servían el egoísmo de los grandes. Y la comprensión de esta terrible verdad hará que los hombres se liberten por fin de ese absurdo convencionalismo que les hace aceptar la muerte en los campos de batalla, pagando culpas ajenas, saldando con su sangre la deuda de la ambición imperialista de sus dominadores.

Hasta ahora no se había comprendido esta verdad, porque hasta ahora no había expuesto el mundo todo cuanto tiene de alto y de noble en el inhumano juego. Ahora, empero, viendo cómo se sacrifica con la carne de sus juventudes la esperanza del mañana, viendo cómo se destrozan los nobles cerebros que ha-

bían de ser luz y enseñanza, la gran comprensión llenará los espíritus y por ella no será inútil el sacrificio.

... Pero, entre tanto, ¿quién nos devolverá las obras prometidas y que nunca, nunca más se realizarán? ¿Quién nos dará la belleza arrebatada, la gloria perdida, todo eso que era casi una realidad y que la garra de la muerte nos ha arrebatado estúpida y brutalmente?

Charles Péguy era un ejemplo y es hoy una lección. Con su muerte ha dado la última enseñanza. De su vida, heroica en el trabajo y en la fe, uno de los suyos ha de darnos la síntesis definitiva, que haga perdurar el nombre del idealista. Romain Rolland, el biógrafo de Miguel Angel, de Beethoven, de Tolstoi, debe cerrar dignamente sus *Vidas de grandes hombres* con el recuerdo del amigo desaparecido, con la biografía del filósofo que sintetizó en sus días la esperanza de la juventud francesa, sellada con sangre para salvación del mundo latino, de la civilización y cultura latinas, de lo nuestro y de nosotros mismos, amenazados por la regresión bárbara.

JUAN MAS Y PÍ.

EL CUARTO SALON

LA PINTURA

El lector no encontrará en estas páginas una prolija distribución de notas, como si se tratara de un examen de fin de curso, ni tampoco verá surgir por obra de nuestra fantasía mundos de ensueños ni visiones extremas ante trabajos que, salvo raras excepciones, representan sólo habilidades de oficio que muy poco dicen al espíritu.

Trataremos de expresar a propósito de las obras más características los gustos de nuestra sensibilidad, renunciando a todo sentimiento que pueda turbar la sinceridad de nuestras opiniones. Diremos sin ambages la verdad, apoyándola en las razones que consideremos buenas y útiles.

En aquellos de nuestros círculos en que se cultivan de alguna manera las artes del espíritu, ha sido siempre una novedad escandalosa la práctica de la verdad. No importa; al decir llanamente lo que pensamos nos alienta la esperanza de que el sano manjar que ofrecemos, resulte a algún día sabroso y dulce a aquellos mismos que en un principio lo encontraran áspero y amargo. La verdad lastima, pero sus desgarraduras son las de la luz y de la libertad.

Demás está decir que estas líneas no pretenden encerrar la verdad absoluta; son la expresión *verdadera* de nuestros sentimientos, de nuestros gustos, de nuestro amor bien sincero y hondo por todo lo bello. Nuestro juicio, ajeno a todo convencionalismo literario y a las vaciedades que generan las comanditas artísticas, será la exteriorización de una sensibilidad personal, fortalecida en los eternos principios derivados de las obras maestras del arte.

No por caprichoso *parti-pris*, como pudiera creerse, combatimos

rudamente el arte moderno. Quisiéramos que los artistas volvieran sus miradas hacia los antiguos, y sobre todo que se inspiraran en las enseñanzas derivadas de las obras del Renacimiento italiano. Aquellas obras contienen el germen de toda obra duradera, porque son el triunfo de la verdad, de la razón; porque en conjunto son como la visión incontaminada de una humanidad superior, la apoteosis de la naturaleza humana. Su idealidad luminosa, que es para el alma un reposo y para los sentidos una eterna alegría, es la de todos los hombres que sintieron con libertad y que pensaron con elevación, que vieron en la naturaleza la única generadora inapelable de los principios que rigen la vida del espíritu.

Un artista meditativo encontrará en aquellas obras del Renacimiento italiano, que son como un inacabable himno a la vida armoniosa y simple, himno cuyo eco morirá cuando el hombre deje de sentir, la fuente de las inspiraciones eternas. El artista italiano pinta sin prejuicios ni convencionalismos literarios, sin teorizaciones absurdas, pinta para glorificar la belleza física, rodeándola de esplendor intelectual. Su alma vibra ante el ritmo ligero de un cuerpo juvenil, su espíritu se embriaga con las sutilezas y las profundidades de la inteligencia reveladas en fisonomías fuertes, penetrantes y dulces. Ninguna enseñanza mejor que la suya, porque el del Renacimiento italiano es un arte que inspira, no un arte que somete; su idealidad enardece la sensibilidad, da alas a la fantasía, llena de placidez el alma.

Combatimos el arte moderno porque carece de idealidad, de pensamiento y de belleza verdadera: porque es un arte sin alma, porque sus obras son generalmente simples problemas de técnicos, porque se limita a resolver ecuaciones con el color y vive empeñado en el rebuscamiento de la originalidad. Tanto es así, que el menor llamado a la clara razón, dice Roberto de la Sizeranne, ⁽¹⁾ parece una paradoja o una novedad.

La originalidad consiste en lo que el artista pone de alma, de sensibilidad propia, de inspiración personal e íntima en la obra que realiza. No está en dar una pincelada vertical donde otros la dieron horizontal, ni en poner verde de cromo donde otros pusieron verde de Nápoles. La originalidad reside en la operación mental, no en la particularidad del procedimiento, dice Peladan.

(1) *Les questions esthétiques contemporaines*, Paris 1904.

Es una visión individual de la belleza, más que una invención técnica.

Enamorado de la originalidad del procedimiento, el artista olvida la belleza del asunto, la expresión armoniosa de ideas nobles, aclimatando la fealdad, el realismo grosero, la trivialidad. Se nos ofrece el desalentador espectáculo de una juventud apasionada por lo que la vida tiene de repulsivo y de mezquino, una juventud preocupada de traducir las deformidades físicas y las degeneraciones mentales, una juventud sin ideales, sin sueños, sin aspiraciones.

Hasta su técnica es brutal, realista, siguiendo la pauta moderna, sus colores crudos, puestos en violentas pinceladas que cortan las figuras y destruyen el dibujo a hachazos.

De estos tristes procedimientos el cuarto Salón nos ofrece ejemplos en abundancia, lo que no quita que se canten himnos a nuestros inesperados prodigios; que se llame a un artista de espíritu más ganoso que reflexivo, "manantial inagotable de arte" (!); que a la obra de otro se le dediquen versos franceses que el poeta compuso indudablemente pensando en Rafael o en Leonardo. Que se diga de ellos como de Políctetes que realizan un canon artístico!... ¡Qué falta de discreción y de medida! A eso se llama alentar, estimular. Basta un adarme de buen sentido para reconocer que tales excesos de complacencia son una conducta perversa y criminal. Se ayuda realmente al artista indicándole sus defectos y la manera de corregirlos, definiendo la naturaleza de su talento, señalándole la orientación que debe dar al desenvolvimiento de sus aptitudes. En tanto que los directores espirituales y ciertos engarbulladores literarios que se llaman críticos se dediquen a dirigirles lisonjas en una prosa incongruente e insincera, con gran desconocimiento de la dignidad y los deberes de la sana crítica, nuestro arte no tendrá de tal más que el nombre y más valdría no tener ninguno. Propender a la cultura del artista es mucho más útil que halagar desmesuradamente su vanidad, a pesar de que aquel empeño no cause inmediatas satisfacciones personales.

Nuestro arte puede definirse como Leonardo da Vinci define el arco arquitectónico: una fuerza formada de dos debilidades. En efecto, el arco en arquitectura se compone de dos cuartos de círculo; cada uno de esos cuartos, débil por sí mismo, tiende a caer, pero el uno se opone a la caída del otro y de esas dos debili-

dades que se oponen resulta una fuerza: el arco. La crítica y el arte entre nosotros, débiles en sí mismos, tendían a caer y como los cuartos de círculo se sostuvo el uno en el otro y nació la nueva fuerza: el movimiento de arte nacional que nos preocupa por ahora.

SALA I

Aquellos que visitaran el Salón con ánimo de encontrar obras personales y de espontánea sinceridad, debieron descubrir con alegría el *Retrato* de la profesora Jenny Malatesta, debido al pince! de CÉSAR CAGGIANO. Ninguno de los trabajos pictóricos de este certamen nos ofrece una imagen tan vigorosamente representada, en ninguno hay tanto calor de humanidad como en ese *Retrato*. Y lo que es más, ninguna otra obra revela tan aguda sensibilidad de artista. Caggiano es artista por la sinceridad de su entusiasmo, como por el vigor espontáneo de su técnica, que traduce claro y preciso el sentimiento del pintor. El *Retrato* está hecho con un impulso tan libre, que la técnica tiene una perfecta concordancia con la dignidad de la retratada. Es la técnica del asunto, porque el artista no buscó efectos, quiso sólo expresar lo que el modelo le sugería.

El color es un medio de expresión como la palabra, como lo son los sonidos y no tiene valor sino cuando corresponde a un sentimiento o a una idea. Con ser un simple retrato, la obra del señor Caggiano dice infinitamente más que todas las obras de composición afectada que vemos expuestas. Su elocuente simplicidad es un descanso para el espíritu en medio de aquel conjunto de esfuerzos frustrados y de pretensiones irrealizadas.

Encanta por su frescura, por la espontaneidad con que el pintor ha traducido lo que el modelo sugiere y es; llama y detiene la atención porque realiza en cierta medida una condición de las grandes obras: sujeta la técnica al pensamiento y no el pensamiento a la técnica. No decimos precisamente que sea una obra maestra. Su valor consiste en las cualidades excepcionales que revela, en que es, sin restricciones, hija de quien le dió la vida y no el resultado trabajoso e inhábil de una práctica teórica aceptada por el autor.

La comisión de Bellas Artes, que no consideró digno al señor

Caggiano de una beca para estudiar en Europa, se ha rendido ante el valor de aquella obra, probando así contra lo que enseña una experiencia repetida, que los ingenios equilibrados pueden aspirar, de tiempo en tiempo, a sus legítimas recompensas.

No puede dejar de notarse en la obra del señor Caggiano la actitud demasiado rígida del personaje, la dureza de las ropas, defecto éste común a todas las figuras expuestas. Otra debilidad de la obra es, para nuestro modo de ver, la excesiva crudeza de los tonos violetas y el abuso de este mismo tono. La originalidad que ha querido buscar el artista en ese procedimiento, si tal ha sido su propósito, no vale su sincero impulso, ni el vigor de su personalidad revelado por otras cualidades de su obra.

El señor Caggiano no necesita experimentar, *in anima vili*, el resultado de tales originalidades: que le baste reflexionar en su *Figura* de la sala VI, con la que ha querido sujetarse a la corriente y especializarse en la técnica. Esta obra no tiene el vigor ni la frescura del *Retrato*, no vive como él, le es inferior porque el procedimiento empleado en la *Figura* no es el natural del artista.

Sería bien triste que el señor Caggiano no supiera resistir a las influencias que le rodean, a las teorías anodinas de ciertos círculos, al snobismo incurable de los directores espirituales; que no pusiera al servicio de su fina sensibilidad una voluntad capaz de sobreponerse a las asechanzas de un ambiente hostil.

Al lado del *Retrato* del señor Caggiano expone el señor FERNANDO FADER la *Vuelta del pueblo*, tela que contrasta con su vecina por el carácter de su técnica, por su convencionalismo, por la falta de vida de los personajes, por lo abigarrado y confuso de la composición. Contrasta sobre todo porque no hay en la obra de Fader espontaneidad ni sinceridad alguna y si la obra de Caggiano parece surgir como de un solo impulso, la de Fader, en cambio, está compuesta con una frialdad de operador matemático, que se cuida muy poco de los resultados de conjunto de lo que hace.

En la *Vuelta del pueblo* los detalles concurren a confundir la acción principal, en lugar de aclararla. El espectador siente un instintivo deseo de suprimir las matas del primer plano, de detener la nube enorme que formándose en las lejanías de las montañas avanza como para aplastar a las figuras desprevénidas. El ambiente es falso; nadie creería encontrarse ante un aspecto

de nuestra tierra. Parece una obra hecha de memoria, con el solo fin de experimentar una teoría.

Pero dejemos esta obra falsa con todos sus graves defectos de perspectiva y de dibujo, (el pescuezo del caballo es desproporcionadamente largo y es imposible distinguir la mano derecha de la mano izquierda del animal) para ocuparnos de la obra capital del señor Fader: *Los manilas*, que tiene el mismo carácter general de la *Vuelta del pueblo* y más de uno de sus defectos.

El señor Fader es un artista hecho, con plena posesión de sus medios, un artista a quien la crítica ha colocado en el pináculo. Se nos permitirá, pues, hablar de él con la mayor libertad, sin el recato que se merecen los principiantes.

Bien analizada, la obra del señor Fader ofrece cualidades excepcionales. El señor Fader se ha puesto con ella a resolver mil pormenores de colorido y los ha resuelto. Este es el mérito esencial de la obra y del autor; pero es un mérito que se vuelve una debilidad y hasta grave defecto cuando se considera la obra en su conjunto. Hemos oído decir muchas veces ante la tela del señor Fader: Mire usted ese trozo cómo está pintado; mire las flores de ese manila, y éste y aquél, y el otro detalle. Pero colocado a distancia de la tela, raro habrá sido el espectador que no se haya confundido ante el tumulto de cosas todas del mismo valor, ante la falta de unidad de la composición, ante su algarabía de tonos. La obra cuenta cuatro figuras y las cuatro están tratadas como valores iguales. Parece que quisieran disputarse el primer sitio en la composición. Agréguese a esto que los manilas y los muebles tratados también en detalle, sin preocuparse de la armonía del conjunto, son otros tantos elementos que se disputan la atención del espectador. La vista no encuentra un descanso, un punto de apoyo. *Los manilas* exige una actividad visual, un movimiento de los sentidos para descubrir todo lo que el autor ha querido poner en ella, que fatigan al más tenaz. Como en la *Vuelta del pueblo*, la composición es abigarrada y confusa, porque el pintor se empeña en mostrarnos su habilidad para pintar exactamente cada objeto, con todos los reflejos que le han influenciado, según su teoría realista y hace resaltar hasta los más pequeños detalles. Todo en esta tela se amontona en radical desobediencia a las leyes de la perspectiva; cada objeto, cada figura, cada detalle tiende a brillar por sus propios méritos, celoso de las cualidades de su vecino. La acción principal resulta vaga, perdida en los mil detalles

que debieran concurrir precisamente a darle energía y claridad. En una obra de composición, los detalles deben estar subordinados a la acción principal y guiar en cierto modo al espectador hacia ella. Todo debe tender hacia un común efecto y en esta tela, en cambio, cada detalle tiende a un propio efecto. La tela carece además de vida porque carece de acción. Las figuras estucadas, sin movimiento, son otras tantas naturalezas muertas.

Esta modalidad ofrece un nuevo contraste con la obra tan *viviente* de Caggiano. La de Fader es fría, calculada sin espontaneidad, sujeta a preconceptos de escuela. La sensibilidad del artista está ausente de la obra. Si en un primer instante nos atrae por su riqueza de color, por la alegría de su luz, a la larga concluye por fatigar su vaciedad y su falta de pensamiento.

Se nos dirá que esa obra no tiene por objeto dar una sensación de vida, ni expresar una idea, sino dar una sensación de color. Dejémonos de ñoñerías. El color no es más que un medio y no un fin y la obra de arte vale por lo que expresa. La única sensación que el arte por destino debe darnos es la sensación de belleza. En los grandes coloristas la riqueza de tonos representa las exigencias de una sensibilidad personal, de un temperamento intenso, que necesitaba expresarse con ese brillo y esa elocuencia, pero el color en ellos tiene siempre un alma, reflejo de pensamientos elevados o de hondos sentimientos. El color por el color es un absurdo admitido por el artista moderno para cubrir su pobreza de concepción.

¿Cómo pudo expresar ideas, qué pensamiento pudo haber en la obra del señor Fader? dirá el lector. Tres mujerzuelas ofrecen sus manilas a una cuarta que las recibe desnuda en su habitación. ¿Es éste un asunto idealizable? Claro que no y tan lo ha creído así el señor Fader que no ha tenido el menor cuidado en embellecer el cuerpo de la compradora. Ha pintado un desnudo deforme, ignoble, que pasará por una audacia digna de la admiración de los snobs ávidos de sensaciones nuevas. Como esos snobs mandan en nuestro ambiente, el señor Fader puede quedarse tranquilo.

“Todo el mundo sabe lo que la belleza es y la reconoce no bien la percibe. Un buen fruto no estará manchado, ni será demasiado maduro, estará en el punto de su perfección: un cuerpo hermoso no podrá ser un cuerpo enfermo ni viejo y estará igualmente en el punto de su perfección.” He aquí una verdad útil que

por demasiado sencilla la olvidan con harta frecuencia los sabios del pincel.

Si la finalidad ideal del arte es arrojar un velo de belleza sobre las deformidades de la naturaleza y de la vida, ¿cómo puede un artista detenerse a representar aquello que en la existencia choca y desagrada más?

Si quisiéramos ahondar este análisis, ya nos daríamos buen trabajo al determinar lo que ha sido de la pierna izquierda y de los brazos de la compradora. La tela de los manilas es de tal dureza que suprimen las formas de cuanta cosa cubren. Qué mejor oportunidad para que el artista luciera su ciencia y su gusto que señalar bajo los graciosos pliegues de la seda el relieve completo del cuerpo de la mujer. Era una tentadora dificultad que el señor Fader ha despreciado para seguir sus fatigantes problemas de color. Y de esta tela precisamente se ha dicho que es una obra de museo. ¿Pero de qué museo? ¿del nuestro? ¡Bonito honor!

Tengamos por seguro que toda la ciencia de Fader no vale el sincero entusiasmo de Caggiano. El entusiasmo es una expresión del amor y el amor es en el arte como en la vida el origen de todo creación verdadera.

“La decadencia del gusto moderno, dice Peladan, proviene de la importancia ridícula dada a la pintura y en la pintura a lo imprevisto de los colores que resultarán siempre débiles en comparación del ala de una mariposa de los trópicos, o de la pluma de un picaflor. Es imposible alcanzar, ni aun aproximarse a la naturaleza en los efectos de luz, pero se la vence y se la sobrepasa con la más insignificante línea sintética, puesto que la línea existe sólo en la visión humana”.

Esta tendencia a la supremacía de la pintura y del color la encontramos mucho más pronunciada en el señor RODOLFO FRANCO, que expone en esta sala dos obras, *Castell dell' Rey* y *Nubes en la noche* (?), y en la sala quinta, cuatro *efectos de rocas y aguas*. El señor Franco carece del brillo de Fader, pero tiene en cambio una condición muy preciada en nuestros tiempos: la falta de sentido común. Si nuestros artistas no nos tuvieran habituados a todas las extravagancias, creeríamos que el señor Franco se ha propuesto reirse de nosotros.

Su cuadro *Nubes en la noche* nos trajo repentinamente a la memoria un breve relato que Leonardo da Vinci hace en sus manuscritos. Cuenta el divino artista que Sandro Boticelli, hacién-

dose cargo de la escasa importancia que se concedía en sus tiempos al paisaje, afirmó que el paisaje era un juego de niños y que bastaba para realizarlo tomar una esponja embebida en colores y tirarla contra la tela. Este artista, dice Leonardo, hacía tristísimos paisajes. Dicho sea aquí para tranquilidad del ponderadísimo autor de la *Primavera*, que los paisajes del señor Franco son mucho más tristes de lo que se podía imaginar. Imposible desentrañar nada de esa caprichosa acumulación de manchas.

Debajo de *Nubes en la noche*, expone el señor ALFREDO GUIDO un lienzo titulado *Figuras*, obra que no debió salir del taller donde fué ejecutada. El autor, que ha querido mostrarnos su habilidad en realizar expresiones, nos ofrece el espectáculo de cuatro caras profundamente desagradables. Decíamos que esas *Figuras* debieron quedarse en el taller, porque si bien valen como estudio, no tienen el carácter de una obra. La única finalidad de ese cuadro parece ser la de fastidiar la sensibilidad del visitante. El señor Guido pudo emplear las buenas cualidades que nos revela su trabajo, en hacer una obra de composición que significara algo, o por lo menos que fuera agradable a la vista. Ensayos como *Figuras* son un ejercicio útil para la educación del artista, pero si éste pretende darle el carácter de una obra no servirán más que para su descrédito.

El señor Guido se vale de un falso sistema para dar mayor intensidad e interés a sus expresiones. Las cejas levantadas en gesto mefistofélico, la boca contraída, la mirada hosca o entornada, son recursos de expresión un poco pueriles. La manera más eficaz y más noble de conseguir en pintura efectos expresivos es por el claro obscuro, que el tecnicismo moderno ha puesto en desuso. Que el señor Guido haga la experiencia. Será una tarea breve y de muy útiles resultados. Que cargue las sombras especialmente en los ojos y en la comisura de los labios, que las aligere y las varíe luego a voluntad y verá que el más simple toque le dará una expresión nueva. Su figura pasará por este sencillo ejercicio de la alegría al enojo, de la severidad a la dulzura, de la tristeza al júbilo, sin necesidad de exagerar el dibujo.

Las *Figuras* del señor Guido están mal modeladas, demasiado chatos los rostros y el dibujo en general es deficiente.

En cuanto al color, este artista como la mayoría de sus colegas, sufre las consecuencias de las teorías impresionistas. Los impresionistas dijeron un día que las sombras también eran color y

todo el mundo lo aceptó sin pensar en los lamentables abusos que se cometerían al amparo de tal descubrimiento. Las carnes rosadas de suave coloración han desaparecido para dar lugar a las caras acribilladas por todos los tonos del iris, a los cuerpos tatuados por mil reflejos. La fantasía de los indígenas ha caído en descrédito ante los arabescos con que el artista marca a sus figuras. Los cuerpos son como un cristal a facetas, que al reflejar la luz se cubre de mil tonos distintos.

El señor Guido revela, lo repetimos, condiciones estimables, pero necesario será que reflexione sobre el valor de la obra de arte y el empleo que ha de hacerse de los colores. Por el momento sigue demasiado su capricho que, a más de ser detestable, es, como todo capricho de arte, un mal principio.

A unos pasos de las *Figuras* aparece con su fisonomía suave y bondadosa el *Retrato de la señora L. de la C.* pintado por el señor ERNESTO DE LA CÁRCOVA. Este *Retrato*, es una obra de concepción equilibrada y sana, pero carente de espíritu. Ella nos prueba que su autor, por el estudio paciente de los años ha llegado a pintar con cierta facilidad, sin que haya tenido una disposición natural para ese arte. La obra del señor de la Cárcova, impersonal y llena de defectos, "no conviene a la dignidad de persona constituida en mandos y oficios graves", para usar las palabras del Quijote. Esa tela hace dudar de la fuerza de sus principios y disminuye su autoridad moral.

Si el señor de la Cárcova expone una obra con defectos tan elementales de dibujo y de perspectiva, tan débilmente pintada, es que la perfección artística no tiene para él mayor significado. En tal caso ¿cómo puede desempeñar ese artista, con suficiente autoridad y eficacia el cargo de patrono de becados, que es para nosotros lo que el cargo de director de la Escuela de Roma es para los franceses, es decir, el puesto en la enseñanza del arte más delicado y que mayor número de buenas aptitudes exige?

Créasenos que es poco tranquilizador pensar que el señor de la Cárcova, junto con el señor del Campo del que ya hemos hablado y el señor Collivadino del que mejor es no hablar, constituyen el *alma mater* de nuestro arte.

En la obra del señor de la Cárcova la cabeza del personaje mitad metida en el fondo, que lo amenaza todo, está colocada como en equilibrio sobre el cuello, que aprieta demasiado un collar. Las espaldas son sinuosas, mal delineadas; el busto no tiene su-

ficiente volumen y las ropas, vacías en muchos trechos, se sostienen mal; la pierna izquierda, de la rodilla al pie, no se sabe qué ha sido de ella; el pie de forma ambigua, parece pegado al vestido; el brazo izquierdo ha resultado demasiado corto; las ropas son duras, acartonadas. (1)

El señor ENRIQUE PRINS expone en esta sala una figura. La titula *Sagesse*, no se sabe en virtud de qué razón. Es una obra alambicada, con aspiraciones a visión poética. El cuerpo de esa figura no tiene forma visible y parece evaporarse de puro sutil.

La obra está envuelta en una atmósfera violeta, color grato al señor Prins y que hará valer también en su cuadro de la Sala II, *El abanico*. Como *Sagesse*, *El abanico* está invadido por lo violeta. Violeta es el traje, violeta el cabello, violetas las sombras de la cara y manos. *Sagesse* y *El abanico* están dibujados con descuido y mal modelados, y si bien es cierto que esas dos obras nos revelan al primer pintor... a la violeta, no debieran ocupar lugares tan preferidos en las primeras salas del certamen.

Debajo de *Sagesse*, una señora rebosante de satisfacción burguesa parece reírse de las pretendidas sutilezas de su vecino. Nos referimos a la *Doña Leonor* del señor GONZALO MOREIRA, autor también de la *Cabeza sufriente* expuesta en la misma sala. Esta última obra, expresiva y bien modelada, tiene el mérito de realizar con exactitud el pensamiento del artista.

El *Retrato de familia*, del señor BERNALDO DE QUIROS, representa a una señora y dos niños trajeados a lo Goya, que esperan muy quedos que los retraten. Los tres están en pose, de pie, en postura tan poco graciosa como poco natural. Con esas figuras el artista pudo componer obra más interesante. Bastaba pintar a la madre entretenida con los niños en una actitud más familiar, más íntima, más natural, para decirlo en una sola palabra. Parece que en esa familia no hubiera unidad; la niña mira fijamente hacia adelante sin preocuparse de su hermano ni de la mamá, que

(1) La Comisión Nacional de Bellas Artes ha premiado la obra del señor de la Cárcova, lo que es una flagrante injusticia. Esa tela, como acabamos de verlo, tiene más defectos que cualidades y su autor, ni por sus años, ni por su situación, necesita estímulos. Corre la voz entre los visitantes al Salón de que ese premio fué dado para aplacar antiguos resentimientos entre el agraciado y la Comisión. De ser cierta esta versión, el señor de la Cárcova debiera renunciar la recompensa en favor de algún joven artista.

por su parte se cuidan muy poco de la menor, abstraídos por la misma preocupación: el punto de mira.

Los niños son bonitos, pero de una belleza inexpresiva y la belleza sin expresión, es como una hermosa flor sin perfume: agradable a la vista pero que no atrae ni subyuga. Y todo retrato que se respete debe atraer y subyugar al espectador.

El señor Quirós hace largos años que pinta y pueden exigirse de él obras más perfectas, sin los defectos imperdonables para un artista de su experiencia, que vemos en el *Retrato de Familia*.

La composición es desgraciada, falta armonía en la agrupación de las figuras, como de los objetos. Los muebles, de una pobreza pictórica que contrasta demasiado con el brillo y riqueza de los trajes, están puestos a capricho, sin atención al orden general de la obra. La perspectiva es mala y los valores no están bien determinados. Algunos detalles tienen una importancia excesiva, mientras otros se pierden. Si el señor Quirós hubiera reducido su obra a un lienzo más pequeño, muchas de las debilidades de su técnica hubieran pasado inadvertidas. Se ven demasiado sus defectos. Se ve, sobre todo, que le han faltado fuerzas para cubrir con éxito esa tela enorme. La obra ha salido fría, desleída, confusa.

En obras más pequeñas el señor Quirós ha de brillar mejor, siempre que esas obras no representen algún *Tipo sardo* o un *Ave de presa* (Sala II).

Ante las obras que expone en este Salón, puede determinarse fácilmente que la fuerza del señor Quirós está en los motivos como el *Retrato de familia*. Sus figuras son delicadas y graciosas y pintadas con mayor atención de las cualidades que debe llenar un buen retrato.

El *Retrato de familia*, si no es una obra sobresaliente vale por la intención que ha guiado al artista al componerla. El señor Quirós ha querido hacer una bella obra donde hubiera más fantasía que realismo, comprendiendo que la fantasía, ausente de la mayoría de las obras de nuestros artistas, es un alimento indispensable de la obra de arte.

Pero la fantasía tiene también su lógica y exige un equilibrado ingenio y mucha cultura. En nombre de la fantasía, por ejemplo, no puede realizarse una pretenciosa pantomina como la que ha pintado el señor GREGORIO LÓPEZ NAGUIL, en su cuadro *En las Balcares*. Esos personajes son muñecos no hombres y ese paisaje

es una descabellada acumulación de brochazos. Y con qué suficiencia está hecho! El cielo está *barrido*, no pintado, tal es la soltura y amplitud en la pincelada que ha querido ostentar el pintor. ¿Acaso no pinta así Zuloaga? Sí, pero Zuloaga es un maestro y su pincelada amplia y enorme tiene su razón de ser, mientras que López Naguil es un principiante que no distingue bien el valor de un brochazo.

En arte, como en todas las cosas, hay que empezar por el principio, no por el fin. Que se conforme el señor López Naguil con pinceladas pequeñas, así fueran mezuquinas, mientras tuvieran un justo empleo. Cuando los años y el ejercicio de su arte le hayan dado maestría, que pinte como Zuloaga, si le dan las fuerzas. Zuloaga también debió empezar por dar pinceladas tímidas y añadidas.

Antes de abandonar esta sala justo será decir que el señor FRANCISCO VILLAR ha pintado una interesante *Aguafuertista*, graciosa y expresiva de fisonomía, con mucha luz y mucho carácter, pero muy defectuosa de dibujo. Como todos, el señor Villar tiende a lucir su maestría del color y el color que sólo se sujeta ante una férrea mano, ha cometido algunos estragos. El dibujo de los brazos ha desaparecido casi invadido por los reflejos; el busto se ha venido sobre la mesa, empeñada ésta en querer cortar en dos a la figura. La parte sombreada de la cara está por pasarse a otro plano que la parte luminosa.

Es una lástima que el señor Villar haya malogrado la buena impresión que nos deja su *Aguafuertista* con una obra tan chabacana y defectuosa como su *Miguel Fernando*.

SALAS II Y III

El señor PRÓSPERO LÓPEZ BUCHARDO expone en esta sala segunda un cuadro de grandes dimensiones y que ha titulado *Rapsodia*. Es una obra con muchas cualidades y con grandes defectos. La tela representa un bodegón español donde se han reunido algunos bailarones, cantadores y tocadores. El autor ha puesto en actitudes varias a una serie de personajes, hombres y mujeres diferentemente vestidos y tratados sin cuidado de relacionarlos los unos con los otros. Sólo una escena existe en ese cuadro, escena que pudo constituir toda la obra.

Montada sobre una mesa, una bailadora, “picante en su traza y estilo, ágil la cintura, retozones los pies”, muestra en un gracioso giro los encajes y bordados de la falda y de la enagua. Caído el sombrero sobre los ojos, insolente la actitud, esa figura es la que más carácter, vida y gracia tiene. Al lado de la mesa, el tocador, muy natural en su gesto y postura, desempeña con un profundo convencimiento su papel; del otro lado, cerca de otro tocador, un contertuliano parece pronto a echar un ¡ole!

El resto de la obra no hace más que distraer esta escena, la única que tiene algún carácter y la que forma el trozo mejor tratado de todo el lienzo. El resto de la obra sólo consigue dar al conjunto un aspecto vulgar, trivial. Esos personajes, tan poco españoles a pesar de sus trajes, sin empleo visible, debieron suprimirse. El señor López Buchardo ha olvidado que en arte no basta reproducir la realidad, es necesario componer. La realidad, generalmente interesante, puede ofrecer los elementos de una obra, nunca el motivo. Esa pequeña escena de que hablamos tiene fantasía y está compuesta con acierto, mientras que el resto es frío, indiferente.

El señor López Buchardo, más que un buen artista es un trabajador aplicado, tenaz, con una gran conciencia de los valores técnicos. En su *Rapsodia* hay una perfecta distribución de las luces, la perspectiva es correctísima, cualidad tanto más importante que la generalidad de los artistas la ignora. El dibujo es claro aunque un poco anguloso, las figuras — excepción hecha de la mujer sentada en el tablado, el vestido abierto en vistoso abanico — dan la impresión del movimiento, otra cualidad rara, por no decir única en este certamen. Hay variedad en los rostros; los planos están claramente determinados, cada objeto pintado según su valor y carácter. Pero vista en conjunto, esa tela es trivial.

Antes de meterse en tan difícil empresa, el señor López Buchardo debió acordarse de los muchos pintores españoles que han realizado con una facundia inimitable ese tema. Para realizar asuntos españoles bueno será dejarles el lugar a los españoles, sobre todo siendo ellos extraordinarios artistas. La idealidad de ese pueblo es tan de él, tan íntima, tan local y característica, que un extranjero al querer realizarla está a un paso de caer en lo trivial o en lo grotesco.

Si estas reflexiones lastiman su amor propio de artista, que se

consuele pensando en la cantidad de buenos y aun grandes pintores franceses, ingleses, italianos y alemanes que han fracasado en el mismo campo.

Frente a la obra del señor López Buchardo, un pintor, español precisamente, expone una obra que, dada la reputación de su autor, tiene todo el carácter de una impertinencia. Nos referimos al *Retrato del niño J. V. P.*, obra que el señor JULIO VILA Y PRADES ha pintado en cuatro brochazos y mal. El niño parece recién afeitado a juzgar por los rastros azulados de las barbas; su mirada es hombruna, sin bondad ni gracia. Acompaña a esta obra en el envío del señor Vila y Prades, el *Retrato del señor C. de la T.*, también hecho en cuatro brochazos, obra inconclusa y más mala aun que la otra. El señor Vila y Prades pudo enviar algo más digno a un certamen al que se ha tenido la gentileza de invitarle, siendo él extranjero.

Al lado del señor Vila y Prades expone el señor ALFREDO BENÍTEZ un *Retrato* expresivo, muy natural aunque algo común de técnica. Su *Loco Concepción* tiene más vigor y más carácter.

El *Retrato de la señorita V. P.*, pintado por el señor Miguel Petrone, es una de las obras mejor hechas de esta sala. Ese retrato está bien dibujado, bien modelado, la cara es expresiva y simpática, los valores están bien armonizados, la figura tiene mucho relieve y vida pero le falta ese no sé qué que atrae, que retiene al espectador. Esa figura revela de golpe todas sus cualidades; en seguida de vista el espectador se percibe que nada le queda que buscar en ella. No tiene ese matiz indescifrable de buenos retratos, esa especie de encanto misterioso que incita nuestra curiosidad y nuestro análisis.

No crea el lector que se nos olvida que estamos tratando de un principiante. Hacemos esas objeciones porque a un artista joven, más que a nadie, interesa que se le recuerde las cualidades que debe llenar una buena obra.

Falta a ese *Retrato* calor. El señor Petrone no revela el alma sensible y apasionada que evidencia Caggiano, por ejemplo, que hace de éste un verdadero artista y de su obra un constante motivo de deleite.

La tela de Petrone es, sin embargo, una de las telas mejores de este certamen.

El señor ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN que como arquitecto ofrece un raro ejemplo de medida y de gusto, expone como con-

traste el resultado de sus ensayos pictóricos. Esas telas debieron ser para el señor Christophersen un agradable pasatiempo y un descanso, pero para los artistas, dada su autoridad moral, son un pésimo ejemplo y para el público un placer mediocre. El señor Christophersen es en pintura demasiado audaz y lo que es peor para nuestro juicio, muy *sans façon*.

Sus telas *Midinette* y *Sinfonía Rosa* son un flagrante atentado contra la perfección artística y el señor Christophersen que aconsejaba a sus discípulos que no miraran ciertos desmanes arquitectónicos, sabrá más que nadie lo que significa para la educación de los jóvenes tales libertades.

En la vecindad de *Midinette*, expone sus obras el señor VALENTÍN THIBON. Es fácil ver en este joven a un pintor de talento, lo difícil es descubrir el fin que se propone con sus telas. El año pasado se hizo notar con su *Violinista*, un extraño personaje que padecía de cólicos. Aquella obra desagradable tenía un fin visible y era provocar pesadillas en el espectador. Este año en cambio sus obras, con ser igualmente extravagantes, hacen reír en lugar de dar jaqueca. Es probable, indudablemente, que no sea este el fin que persigue el señor Thibon. Su propósito parece ser más bien el de ofrecernos tipos a quienes las modalidades de su vida le han dado una catadura especial, y crear así una humanidad pintoresca. Y decimos *crear* una humanidad pintoresca, porque la vida moderna, uniforme y trivial, no ofrece al artista tema que reproducir. Los tiempos de un Brenghel el anciano, de un Holbein, de un Durero con sus personajes tan característicos, son para nuestra civilización un sueño fantástico.

Hoy cada hombre aspira a ser como su vecino, a vestirse, a andar, a gesticular, a tener los mismos modos y gustos, a pensar como él. Una idea propia, un gesto particular, el menor acento de personalidad, es un grave atentado contra el orden general. "El primer deber del hombre moderno, decía ya Dotoyewsky, es el de ser una criatura común".

Desentrañar de nuestra vida moderna tipos característicos, capaces de interesar al espíritu, es tan difícil como crear un tipo de belleza, con la diferencia que aquella es una tarea sin finalidad estimable.

El señor Thibon no nos ofrece tipos característicos sino caricaturescos y el interés de su obra deriva más de lo imprevisto de la técnica que de las figuras que representa. *Jesusa* es una mu-

jer común, con ropas de mucama, dibujada de un modo caprichoso. El *Seminarista* sin la sotana, podría pasar por un mandadero o cualquier otra cosa. Lo que hay de característico y original en la obra del señor Thibon es, lo repetimos, el procedimiento, no el asunto. El señor Thibon ha tenido el mérito de dar interés a tres figuras triviales, pero esas figuras están lejos de ser la personificación de un estado y el artista se equivocó en llamarles sentenciosamente *Seminarista*, *Sepulturero* y *Jesusa*, que es en este caso sinónimo de mucama.

La obra del señor Thibon nos descubre a un pintor original y de talento, pero a él puede decirse lo que a muchos, y es que se dedique a pintar asuntos que hablen más al espíritu y abandone para sus estudios de taller los tipos extraños.

La obra del señor MARIO CANALE, *La noche de los viernes*, representa una reunión de artistas, pintada, como es natural, con gran desconocimiento de las buenas reglas. Las caras mal dibujadas, como el resto de la obra, no tienen expresión. No hay en ese interior, ni luz ni atmósfera: el color es sucio, sin belleza; la composición está hecha sin gusto ni arte. Es imposible encontrar en esa obra chabacana y pretenciosa una cualidad apreciable. La comisión de Bellas Artes, como era natural, adquirió *La noche de los viernes*.

El *Retrato* que ha ejecutado el señor DANTE CANASI es una graciosa figura de tonos armoniosos, pintada con gusto, pero muy mal dibujada, defecto éste común a la mayoría de las obras expuestas. Nuestros artistas olvidan con demasiada frecuencia que el dibujo es la base de la pintura y que es imposible hacer obra valedera sin su perfecto conocimiento. No se puede pintar sin saber dibujo, como no se puede ejecutar música sin saber solfeo, ni escribir sin saber gramática. Ingres, viejo ya y en la plenitud de su gloria, entraba un día al Louvre con una carpeta de papeles debajo del brazo. Un grupo de discípulos sorprendidos por la presencia del maestro le interrogaron sobre el motivo de su visita. Ingres contestó que iba a aprender dibujo. El gran artista exageraba un poco, pero a no mediar esa pasión por el dibujo, la fama del autor de la *Source* no se habría elevado tan alto.

El *Retrato* pintado por el señor Canasi habría sido una muy interesante obra si su autor supiera dibujar mejor.

El señor ROBERTO HOSMANN expone un interesante interior, tan bueno como el que expone en la sala primera el señor PEDRO

G. BLANCO. Los dos son excelentes de dibujo y de perspectiva, bien iluminados y con color local.

Algeciras y *Andarroa*, dos acuarelas del señor JORGE SOTO ACEBAL que se revela singularmente hábil en el arte que practica.

SALAS V Y VI

Las salas quinta y sexta han sido para la mayoría de los visitantes un espectáculo risueño, circunstancia que la Comisión de Bellas Artes deberá tener muy en cuenta si quiere conservar el prestigio de estos certámenes. Nada justifica la exhibición de una serie de obras grotescas capaces tan solo de provocar la risa o el estupor — porque hubo almas sensibles que se asustaron retirándose pálidas y sudorosas. No es lo que va dicho una pura fantasía. Rara vez hemos entrado a estas salas sin que hayamos oído a manera de prólogo un coro de risas.

Entre las pocas obras de algún interés expuestas en estas salas, están las *Impresiones* del señor JOSÉ SANMARTINO, que se revela un paisajista de espíritu, con una aguda visión del color. Sus ocho estudios son tantos pequeños cuadros, tal es la perfección con que están realizados. Muy buenos de perspectiva y de dibujo, vigorosos de colorido. Por la claridad de sus tonos, por la manera como están armonizados, los estudios del señor Sanmartino recuerdan ciertas acuarelas de Turner.

Si en sus obras de mayor aliento este artista es capaz de conservar el prestigio de sus estudios, nos dará nuestros mejores paisajes.

Otro buen paisajista es el señor CEFERINO CARNACINI que expone frente al señor Sanmartino, su tela *Pegado al terrón*. El señor Carnacini es quizá algo decorativo, pero esa fantasía que anima a su obra le da un carácter poético no exento de gracia y de gusto. Su paisaje criollo, con ser un tanto extraño, tiene mayor interés que todas las reproducciones realistas, insulsas y fatigantes que nos sirven nuestros pintores. Este artista tiende a *evocar* no a reproducir aspectos de nuestra campaña y esa sola intención es ya un mérito.

El señor EDUARDO SÍVORI ha llegado al final de su larga ruta y hora es ya de que se detenga a contemplar el camino andado. Su *Tata Viejo*, es débil, muy débil.

Entre las viñas, Limones, Cementerio en la montaña. Tres obras distintas y un solo autor verdadero: la señorita ARMINDA DÍAZ SÁENZ VALIENTE. Esta artista revela su sensibilidad delicada en la suave y justa armonización de los tonos, en la dulce poesía que envuelve su *Cementerio en la montaña*, sorprendido en la hora crepuscular; en la luz ardiente que baña su tela *Entre las viñas*.

Esta última obra peca por ser demasiado impresionista. La figura que representa tiene movimiento y es agradable de dibujo, pero su autora pudo modelarla mejor y aclarar los rasgos de la cara. La señorita Díaz Sáenz Valiente ha sacrificado demasiado el dibujo al color. Esa vaguedad que ha querido dar a su figura influenciada por la atmósfera, más que una cualidad es un defecto.

El *Interior* del señor JOSÉ A. MEREDIZ, sencillito de dibujo y pintado con tonos simples, contrasta con las obras de colores vivos y cargados que le rodean. Esta circunstancia debió ser la causa porque llamó la atención de los visitantes del Salón. Por sí sola la obra del señor Merediz resulta insignificante, tanto por el motivo como por el procedimiento.

A riesgo de parecer demasiado exigentes, diremos que trabajar en obras de esa naturaleza es perder el tiempo. ¿Qué placer puede encontrar el espectador en un jarrón que se aburre sobre un mueble y en cuatro sillas puestas simétricamente en una sala? Porque en la obra del señor Merediz la figura del fondo es un accidente de la composición, que nada agrega a la amenidad del conjunto.

El cuadro del señor Merediz no es más que un vástago de la interminable familia, lector amigo. ¡Cuánta necedad pintada grave, concienzudamente! ¡Qué fatal empeño en reproducir los motivos más triviales o los objetos más insignificantes! Qué cierto es que "el artista considera su pincel como una varita mágica y desprecia a aquel que no ve el microcosmo en un botellón y el esplendor armónico de los mundos en una calabaza". Ese mismo artista trata de impertinente a aquel que considera insignificante el interés de un cuarto vacío y exige que se escriba de él mil elogios, que se analice su ciencia, su sutileza de pincel, las misteriosas intenciones de su estilo.

RINALDO RINALDINI.

(Concluirá).

EL SALON DE RECUSADOS

Tenemos los jóvenes (los niños iba a decir), el defecto o la virtud, yo no sé, de rebelarnos a todo y desdeñar, con ese gesto de orgullo que nos hace antipáticos a los mayores, todo juicio severo, sea justo o equivocado, a nuestra capacidad. De buen grado aceptamos que se nos tache de calaveras, malos estudiantes, trasnochadores y hasta gozamos con el escándalo y la maldad en cualquier instante; pero ¡eso de que se dude de nuestro talento o se llegue a poner siquiera un pero a nuestra obra! siempre nos indigna.

Inútil será que el maestro se esfuerce en señalarnos con elocuencia nuestros defectos — que a menudo no son más que un producto de la inexperiencia en la juventud — que todo será ofuscarnos y creer que no se nos comprende y a veces que se nos envidia, por tanta vanidad. Todos nacemos genios, precocidades, hijos de Dios; nada hay ignorado para nosotros. Si se aduce en nuestra contra una falta de estudio, de cultura, de vida, en suma, no tardaremos en sacar a cuento la intuición, esa “cosa” que creemos innata en el ser y que en realidad, lo más que sabemos de ella es no saber lo que es. Con el mismo tono de protección hablamos de aquellos talentos ya consagrados, que el que ellos pudieran usar ocupándose de nosotros; es más, el respeto de que siempre hace uso el maestro con el joven, cuando le aconseja, es, en el joven, ignorado cuando habla del maestro.

¿Voy a hacer cátedra de modestia? Fuera locura intentarlo; primero porque hablar de modestia, en mí sería inmodestia, y segundo porque es la vanidad, según creo, inclinación natural en el ser y presumo que han de resultar débiles todas las prédicas por corregirla. Y es que tenemos por lo general, un concepto tan mezquino, tan falso, del tiempo, que sólo por ser así puede llevarnos muchas veces a manifestar esos desplantes de rebeldía, tontos los unos, ingenuos los otros y repugnantes los más. Se nos figura que vamos a carecer de tiempo, que estamos injustamente oprimidos, en el anónimo, cuando ya han surgido otros menos capaces, según nuestro modo de ver. Por nada nos resignamos a esperar, a ser hombres, a conocer siquiera una parte de lo existente, de lo ya creado. ¡La resignación! He aquí

una palabra cuyo significado no llegaremos a alcanzar nunca en su amplitud. Si tuviéramos una idea más bella de la vida; si veniéramos ¡ay!, una parte, siquiera una parte de ese amor propio, nuestro enemigo, y llegáramos a convencernos al fin, de que las cosas son así porque no deben o no pueden ser de otro modo, ¡cuánto no llevaríamos en ventaja a la vida! Pero, ¿cómo pensarlo, si empezamos por desconocer lo bien que viste la modestia y la complacencia con los demás!...

Colazos de esa inconsciencia, esa vanidad, son los que han llevado a una porción de jóvenes a realizar la idea de establecer, conjuntamente con el Salón Nacional de Arte, un salón de Recusados, y ello me ha inducido a decir estas reflexiones, que no tienen, lo sé, otro mérito que el ser sinceras. Lejos de mí el propósito de juzgar la competencia de la comisión del Salón Nacional, no entraré a discutir sobre si tal o cual obra de las rechazadas lo fué así con justicia o sin razón. Lo cierto es que el espectáculo que presenta la exposición de los recusados, es ruborizante. Obras que no sólo no son nada como realidad (esto fuera lo menos), sino que nada significan tampoco como revelación. Son esos cuadros que todos pintamos de niños, como hacemos versos, y que sirven a nuestras familias para mostrarlos a las visitas de casa y recibir en cambio una serie de elogios, no regateados por cierto; pero nada más.

No es, por lo tanto, una crítica de las obras expuestas lo que nos debe ocupar. Lo que se discute es la idea del Salón. Una comisión encargada de organizar ese concurso nos habla de propósitos patrióticos, de justicia, de valentía, de imparcialidad y de otras varias cosas de este jaez. Será en balde que pretenda esa comisión engalanar un intento pobre de suyo, con visos de nobleza o de honestidad; siempre nos parecerá mezquino. El propósito no puede ser otro: manifestar un descontento, dar campo a la vanidad. Asimismo se oye hablar de un ambiente artístico y de ejemplos de París. No sé por qué me obliga a sonreír esta pretensión de querernos comparar, nosotros, apenas regulares estudiantes, con espíritus más cultos, más experimentados y sobre todo más estudiosos, y desear ya, de un principio, ubicarnos dentro de un medio artístico, que, en París, por ejemplo, se ha formado sólo después de muchos años. Además, se me ocurre también que en Europa, un salón de la índole del que nos ocupa, siendo aparentemente igual al que se intenta establecer aquí, obedece a muy distintos fines. En él, tengo entendido, más que para los princi-

pientes es para dar cabida a esos cerebros extravagantes, casi anormales, no admitidos entre los consagrados o los mecánicos (¿se me entiende?), a veces por incomprensión. Es decir, que sirve ese salón para exponer faltas de ingenio, hechas de ordinario con sobrado ingenio. Cosa que ni por asomos ha ocurrido en nuestro salón de Recusados, de los cuales, por fortuna, sólo unos pocos, menos conscientes del hecho, se han expuesto al fracaso de esta rebeldía.

Parecerá aun pronto, que clamo por una juventud enfermiza, esclava, conservadora, falta de voluntad; pero no, nada de eso. Concibo la rebeldía, o mejor dicho, la juventud, en el pensamiento; ser dueños de nuestro pensamiento — no sumisos o mecanizados — es ser jóvenes; expresar nuestra indignación por el juicio o el consejo del mayor, siempre será ser niños. Y ser niños significa creer en las cosas que, pudiendo ser no han sido. Porque sí, es necesario que nos convenzamos de una vez, que todo lo que tiene algún valor recibirá al fin su justo pago; como también serán efímeras las glorias adquiridas inmerecidamente. La vida está muy por encima de los pequeños juicios de los hombres y creer en genios malogrados no es más que una débil forma de engañarnos a nosotros mismos, apuntalándonos en el favor de una disculpa, en caso de inaptitud.

A poco que se observe en la vida, pronto se echará de ver una pequeña parte, al menos, de verdad de lo que digo. Popularidades que no nos explicamos; favores, aplausos que se nos figuran inmerecidos y que llegan a exaltarnos por una posible injusticia, todo es vanidad. La fama adquirida por reales méritos es la que perdura, y ella se deja poseer si la merecemos.

Como se ve, todo es, a mi parecer, cuestión de tiempo, con tanta seguridad en esta creencia, que si yo fuera al presente una autoridad reconocida, exhortaría a los jóvenes a ser más pacientes y resignados, que es, al mismo tiempo, estar más seguros de sí mismos y creer en no lejanos triunfos. De lo contrario, fuerza es reconocerlo, todo resultará acumular ingenuidades hoy para horrorizarnos mañana, como ha de suceder a los componentes de la exposición de recusados, que si al cabo de corto tiempo no recuerdan esta su actitud con un rubor tan fatal como mortificante, será porque, más conscientes de sus hechos, comprendan que así convenía lo acaecido, para bien suyo.

NOTAS Y COMENTARIOS

JULIO A. ROCA

Ha muerto cuando alrededor de él comenzaba a formarse aquella aureola de popularidad que rodea siempre en la vejez a los hombres públicos que mucho vivieron y lucharon, olvidados o en vías de olvidarse sus errores y sus faltas, y sólo recordada su acción buena y fecunda. Diez años más de vida al margen de los lances de la política, le hubiesen asegurado entre sus mismos contemporáneos aquella veneración unánime a que han alcanzado en nuestra historia muy pocas figuras consulares; pero si tan supremo prestigio sobre el alma de su pueblo le ha faltado en la hora de la muerte, ante su cadáver todos nos hemos inclinado con respeto, y hasta sus más enconados adversarios de ayer, han hecho silencio, encomendando sus agravios al juicio de la posteridad.

Roca ha sido la expresión más típica y más alta de los tres decenios que median entre el 80 y el día de hoy: su acción fué una cosa misma con el desenvolvimiento material y moral de la República en tan largo lapso de tiempo. Propulsor enérgico del enorme progreso material del país, su nombre queda unido a las más bellas conquistas de nuestra civilización: la campaña contra el indio; la política ferrocarrilera; los vastos planes de obras públicas; la organización del ejército y de la armada; el fomento de la inmigración; el embellecimiento edilicio; el desarrollo de la educación pública; la consolidación de la paz exterior; todo lo que ha contribuído a hacer conocer y respetar la República en el extranjero. Ciertamente él no fué la razón única de ese progreso; pero su política sabia y prudente, liberal y activa en el interior, pacífica en el exterior, acompañó y estimuló aquel progreso en todo momento. No imitó modelos extranjeros; conocedor de su tierra palmo a palmo, criollo de la más genuina estirpe, compren-

dió qué debía hacerse después de organizada la nación y supo escoger los hombres y hallar los medios para realizar su pensamiento de gobierno.

El flanco vulnerable de su política, contra el cual menudearon sus ataques los adversarios, fué el valor y los efectos morales de aquélla: en ciertos momentos se quiso ver en su política electoral la única causa del achatamiento cívico del pueblo argentino. La historia, cuando examine bajo una luz más serena este momento y este ambiente, dirá su palabra y establecerá las responsabilidades; se puede, sin embargo, creer, que así como Roca no fué el creador del progreso material argentino, y sí sólo el hombre representativo de su época, tampoco fué el inventor de procedimientos políticos que ya existían antes que él y de los que todos sus contemporáneos fueron partícipes. La historia dirá si él creyó o no en la capacidad política de su pueblo, y si él se engañó o no al respecto. ¿La política inaugurada por Sáenz Peña ha sido la contradicción de la de Roca o su natural evolución, por corresponderles formas distintas a estados sociales distintos?

Sinceramente consideramos prematuro y arriesgado todo juicio. Ha de arrojar alguna luz al respecto el estudio sereno de las transformaciones materiales y morales de la sociedad argentina en los últimos decenios, y la crítica completa y minuciosa de la acción pública y del pensamiento íntimo — revelado probablemente en documentos privados numerosos — del ciudadano ilustre que acaba de extinguirse, no en medio del dolor, pero sí del recogimiento, hecho a la vez de simpatía y de respeto, de su pueblo.

Julio L. Jaimes.

Difícilmente lo olvidaremos, los que fuimos sus discípulos. Era para nosotros algo más que el profesor habitual. Era un maestro. El viejo hidalgo, que hablaba pausadamente y trataba a los jóvenes con afectuosa cortesía, se diferenciaba, esencialmente, del denso pedagogo, que por instinto, desdeña la gente estudiantil. Es que Jaimes era, ante todo, un artista. Su espíritu no se había endurecido en la seca didáctica, sino que se renovaba en la enseñanza, como en la práctica de un arte severo y grato, que ejercía con talento y con sabiduría. Escritor y poeta, conservó siempre, en la cátedra como en el periódico, esa nobleza y esa austeridad que refleja su obra íntegra y esa amplitud de juicio y de crítica

que sólo es don de las mentalidades completas. Durante muchos años, Jaimes difundió entre las generaciones sucesivas de la metrópoli, el gusto de las letras. En vez de inculcar en los cerebros la disciplina árida de los preceptos, despertaba en ellos, con la comunicación de su propio entusiasmo, la capacidad de comprender lo bello y el deseo de cultivarlo. De este modo, son muchos hoy los trabajadores de nuestra cultura, que deben su iniciación a la tarea serena y constante de aquel viejo y buen maestro que les reveló, con su palabra persuasiva y docta, el goce del libro, el amor a la poesía. Pero, sería este un elogio demasiado parco si olvidáramos la principal de sus virtudes de enseñante: Julio L. Jaimes ha educado a los espíritus en la libertad de criterio. Se comprenderá la importancia de esta afirmación al recordar que le tocó asistir en Buenos Aires al comienzo de la renovación literaria. Era la época en que se debatían las fórmulas traídas por los modernistas: el ejemplo de Rubén Darío, de Ricardo Jaimes Freyre y Lugones desorientaba a los indecisos e irritaba a los fieles del clasicismo enflaquecido. El elemento docente era el más reaccionario, el que más se oponía a la evolución, combatiéndola desde la cátedra. Julio L. Jaimes fué de los pocos que comprendieron, sin alterar su propia tendencia, lo transcendental del movimiento y la honda belleza que había en la obra de los renovadores. De tal manera, fué el más sabio y el más útil director de la juventud: les nutría de belleza clásica y les abría el camino del arte contemporáneo, sin la exageración de los militantes, sin los extremos en que caen fatalmente los sostenedores de doctrinas.

Su gran ecuanimidad se debía a su propio talento de escritor y esa amplitud de juicio le venía de su vasto conocimiento de las literaturas, es decir, de la historia de la estética. Y se sabe que no hay estudioso de la historia que sea sectario, pues cuando se está en el secreto de los hechos, y no se ignora la ley de su variabilidad inevitable, lo nuevo no asombra ni suscita oposición. Jaimes, erudito y artista, no podía coincidir con los preceptistas comunes atenedos al dogma de Nebrija. Jaimes enseñó a amar lo bello y nos enseñó a penetrarlo. Así ha trabajado por nuestra civilización, con su cátedra prestigiosa y con su obra literaria. Porque realizó obra abundante y seria. Prosista a la manera clásica, poeta fácil, lleno de esa galantería y esa gracia que caracteriza a la poesía española de fines del siglo XVII, perfeccionó entre nosotros el estudio del idioma y de sus fuentes, haciéndonos amar, a través de

sus evocaciones del pasado colonial, los orígenes americanos que Jaimes, junto con Palma, habían convertido en fundamento de su literatura.

Jaimes fué también un notable periodista y durante mucho tiempo, su tarea en *La Nación* como redactor y como colaborador, contribuyó a la cultura general, al par de su cátedra.

Ha muerto en la ancianidad, y su largo trabajo sólo terminó en las vísperas de su muerte, sin que las fatigas de tan prolongada labor alteraran su distinción de hidalgo, su medida eterna en que había algo de escepticismo jovial. ¿Hemos de decir que Jaimes era boliviano y que en Bolivia desempeñó altos cargos políticos y corrió los riesgos inherentes a la política de aquel medio y en aquella época? Acaso no haga falta decirlo, pues su obra nos pertenece como nos pertenecerá su recuerdo. — *A. G.*

Adolfo Saldías.

Un alto y selecto espíritu desaparece con el doctor Adolfo Saldías.

No es esta la hora ni la oportunidad del juicio definitivo. Deberemos antes descartarnos de prejuicios y esperar que la acción del tiempo y el estudio, combinados, atemien cuando menos el *imperativo* de sus fulgurantes y eximios contendores! Cuarenta años de la vida intelectual argentina están llenos de su esfuerzo patriota, pudiendo de él decirse que muere envuelto y acorazado por la generosidad de su obra, que salvó incólume de memorables polémicas. En 1881, con la publicación de su obra fundamental, *Historia de Rosas y de su época*, con la cual rectifica, integra y depura ideas sostenidas en 1878, en su *Ensayo sobre la Constitución Argentina*, abre una nueva y radical orientación a nuestros estudios históricos, suscitando discusiones efectivamente provechosas, bien que algunas respondieran sólo a los agravios que gratuita o fundadamente dejó en el alma de argentinos ilustres "el tirano Rosas".

El general Mitre recibió, en 1887, el tercer tomo de esta obra del doctor Saldías, "como una espada que se ofrece galanteemente por la empuñadura...", después de haber dejado pasar los dos anteriores "bajo bandera de parlamento..." No obstante, y sin aceptar el criterio histórico del panegirista de Rosas, según la injusta condenación de Vicente F. López, reconoció "la sana

intención que haya podido inspirar su obra, al procurar estudiar los complejos y confusos fenómenos de nuestra sociabilidad al través de la historia”.

Los papeles de Rosas, La evolución republicana, Un siglo de instituciones y Vida y escritos del padre Castañeda, para no citar otros, son libros de admirable síntesis unos y de documentos y análisis otros, que han cimentado el nombre de su autor y han de servir y sirven ya para operar, como lo expresara él mismo, una reacción en favor de Rosas en sentido inverso a la que se empeñan en mantener sin beneficio para nadie, los que en la ancianidad viven de los recuerdos de la juventud.

Conmovidos ante la inesperada desaparición del distinguido hombre de letras, hoy como ayer, al servicio de la República, NOSOTROS le consagra este sencillo homenaje de recuerdo, mientras llega la hora de examinar su vasta obra con la amplitud que toda ella merece. — *D. C. M.*

Luis Ipiña (hijo).

Se fué temprano, como los elegidos, e inesperadamente, como los grandes.

Quienes le conocieron sospecharon que su fuerte inteligencia no llegaría a la madurez, pero ; quién imaginara que la primavera y los veinticinco años le fueran fatales!... Sobraba cerebro a su naturaleza enfermiza, y bien que ésta se negara a las solicitudes de aquél, o bien que aquél se atormentara por la insuficiencia de ésta, sábase que Ipiña era víctima de una desarmonía inicial. Vivió, así, al margen de todo: de la sociedad, de las creencias, de los prejuicios. Fué un inadaptado. Pocos, sin embargo, han deseado como él acordarse al mundo; pocos buscaron con ansia más persistente la fórmula salvadora.

La incertidumbre le hizo escéptico, y el escepticismo le tornó contradictorio. Espíritu lógico, en principio, temió como un personaje de sus relatos, las *ideas* y *Dios*. “Dios, decíase, no puede *ser*, puesto que no *es* el mundo; y las ideas, desde que no son sino representaciones de lo irreal, *más que de lo irreal*, de lo problemático, de lo ignorado, de lo desconocido, *tampoco son*”. Y él, que negara los *ideales*, hubo de buscarlos después en “un par de labios”. Pocas existencias han sido, como la suya, determinadas por la mujer: aguzó para su conocimiento sus facultades de

psicólogo, y para su conquista ideó los procedimientos más inverosímiles. Como el joven Derval de su página citada, había nacido en el trópico y como en él, el estudio no podía acallar “los irresistibles impulsos de su virilidad”. Sensual, sólo pudo hallar lo que domeña el apetito, pero también hubo de aceptar el precepto platónico que aconseja la paz en el amor. Y acaso, si algo debió pesarle en su última hora, habrá sido el no haber amado. . .

En su inquietud perpetua quiso remediar su tormento. Y así, cuando más le agitaba la vida; cuando más impulsado fué al desorden moral, procuró — siendo incrédulo — que la santidad de un alto prelado le redimiera. Ante la ineficacia de su consejo, sólo esperó que la fatiga le perfeccionara. “El solo hombre de verdadera y honda bondad — ha escrito — es el libertino fatigado. Las creencias morales y religiosas no son armas contra la pasión, pero son, en cambio, los términos a que ésta puede conducirnos”.

No creyó en la patria ni en el patriotismo. Burlábase de los declamadores nacionalistas y del *chauvinismo* doctrinario; pero, contradictorio siempre, deliró de entusiasmo cuando Francia, su patria espiritual, lanzóse a la lucha tremenda; y en sus últimos momentos, apresado ya por el mal y encadenado a la muerte, tuvo para Bolivia, su patria efectiva, su nostálgico recuerdo. . .

Su rara personalidad diera motivo a un estudio inteligente, si hubiera quien, con talento, la analizara. Más que sus escritos, escasos y fragmentarios, servirían para tal labor los recuerdos personales, más abundantes.

Estudiante aun, escribió en NOSOTROS sus páginas más orgánicas; las contingencias de la vida le hicieron, más tarde, periodista. De este su último tiempo quedan en las colecciones de *La Mañana*, cuyo “Carnet porteño” escribía, páginas que bien merecen especial recuerdo. — *J. N.*

Carrasquilla Mallarino.

Hállase entre nosotros el distinguido escritor y poeta colombiano Carrasquilla Mallarino, llegado hace días de París, donde desde largo tiempo tiene establecido su rincón de estudio y de arte. Allí ha escrito bellos libros en prosa, y poemas armoniosos que le han granjeado verdadero prestigio dentro de las letras hispano-americanas. Forzado a salir de la capital francesa por las circunstancias actuales, ha decidido realizar una visita a esta tierra

por la que abriga una ferviente admiración y una profunda simpatía. Hace tiempo que Ruben Darío, a quien le une una honda amistad y con quien ha colaborado hasta ahora en las tareas de dirección y redacción del *Mundial Magazine*, comentara su argentinismo en un artículo publicado en *La Nación* bajo el título de "Un poeta argentinófilo", a raíz del hermoso canto compuesto por el poeta bogotano en loor de nuestra nacionalidad.

Carrasquilla Mallarino es un espíritu refinado y sutil al par que vigoroso. Enamorado de la vida intensa, dueño de altos ideales, y animado de un noble sentimiento de solidaridad humana, ha traducido esa su concepción de la existencia en libros tan artísticos y selectos como *Visiones del sendero*, *El jardín de cristal* y *Cuentos y crónicas*.

Viajero infatigable, ha recorrido el mundo entero en peregrinación incesante a la caza de sensaciones para su espíritu, nutrido así de observación y de experiencia. Ha vivido bien su juventud aun lozana y ha disciplinado su carácter en la brega continua por la vida y por el arte. Nos complacemos profundamente en enviar un saludo cordial de bienvenida al distinguido escritor, cuyo afecto por este país obliga nuestra gratitud tanto como despierta nuestra consideración su alta valía intelectual. — *A. M. L.*

En honor de César Caggiano.

El señor César Caggiano, que tan lealmente triunfara en el último Salón, fué festejado por sus amigos con una comida el 24 del corriente mes en los salones del Café Colón. La fiesta fué íntima, como correspondía al espíritu silencioso del obsequiado, a su natural indiferencia por la bulla y la ostentación, grata a la generalidad de los artistas.

Acompañaron en aquella fiesta a Caggiano, alrededor de veinte personas, todas íntimamente ligadas a nuestro movimiento artístico y por lo tanto conscientes de que junto a un bueno y sincero amigo festejaban a un verdadero artista.

Los sentimientos que animaban a los concurrentes a propósito del obsequiado y de su obra fueron justamente expresados por don Martiniano Leguizamón, que tuvo la simpática y generosa idea para quienes le oyeron, de ofrecer el banquete.

Al discurso de don Martiniano Leguizamón contestó Caggiano, y su palabra tuvo el calor y la sencilla elocuencia de sus pinceles.

Caggiano dijo con profunda emoción todo lo que su alma entusiasta sentía. Habló de sus sueños, de su ideal, de sus anhelos, y sus amigos vieron desbordarse con grande placer su sensibilidad tan viva. Los que oyeron a Caggiano debieron retirarse con la impresión de que ese joven amigo colmará todas las esperanzas que entre nosotros se fundan en un arte verdadero.

Asistieron a la comida, las siguientes personas: Martiniano Leguizamón, Jorge Bermúdez, Manuel Gálvez, Mariano A. Barrenechea, Ricardo Finochietto, Hugo Garbarini, Rinaldo Rinaldini, Alfredo A. Bianchi, Walter de Navazio, Tomás Finochietto, Gonzalo Leguizamón Pondal, Miguel Angel Finochietto, Mario A. Canale, Tulio S. Carou, Luis Ponce y Gómez, Juan L. Bussalleu, Carlos Giambiaggi, Julio Dellepiane, Ernesto Liprandi y otros.

En beneficio de "Nosotros". — La fiesta del 9 de Noviembre en el Teatro Apolo.

El día 9 de Noviembre la compañía de Angelina Pagano representará en el Teatro Apolo y en beneficio de NOSOTROS la comedia en tres actos de don Diego Ortiz Grognet, "Las curas milagrosas" y el poema dramático en un acto "Claro de Luna", de don Enrique Richard Lavalle, con música de don Armando Chimenti.

El beneficio de NOSOTROS tiene por motivo — ¿por qué no confesarlo? — procurar fondos que la actual situación universal ha amenguado notablemente. Acaso haya interés en nuestra fe, acaso juzgamos nuestra obra con explicable benevolencia, pero imaginamos que NOSOTROS cumple una misión y representa algo en nuestro movimiento cultural. La crisis económica que en el actual momento echa por tierra instituciones tradicionales y casas legendarias de nuestro mundo financiero, ¿cómo no habría de agrietar las bases que sustentan a nuestra revista? NOSOTROS lleva ya ocho años de vida, durabilidad que no siempre ha favorecido a otras publicaciones de iguales tendencias. NOSOTROS no ha gozado jamás de protecciones oficiales, ni ha sido órgano de camarilla, ni vocero de algún nombre. Vive de sus propias fuerzas y de los lectores que creen en ellas. El momento apremiante que vivimos, si no la pone en trance de muerte, la coloca en situación difícil. Por eso en el Teatro Apolo se celebrará nuestro beneficio.

Tres amigos de la casa han ofrecido sus obras para la fiesta

del 9 de Noviembre y una empresa que lucha por mantener el prestigio del teatro nacional, ha puesto su sala a nuestra disposición. Sólo falta ahora el concurso de nuestros lectores y de nuestros amigos. ¿Nos faltará cuando más necesitamos de él; habrá de negársenos esta colaboración pública cuando hasta ahora por su solo esfuerzo y por su único optimismo se ha publicado NOSOTROS? Tenemos fe en ella. . .

Del programa de la noche poco debemos adelantar.

Se representarán dos obras que la crítica y el aplauso popular han consagrado unánimemente. "Las curas milagrosas" de Ortiz Grognet ha traído a nuestro teatro derrumbado el fresco aliento de la noble comicidad y del intento sano y "Claro de luna" de Richard Lavalle y Chimenti, representa uno de los esfuerzos más encomiables por asegurar sobre nuestras tablas el triunfo del teatro poético. Los tres autores son jóvenes, los tres entusiastas, los tres son fuertes. En esta hora unen su labor inicial a la nuestra ya madura, con una misma esperanza y un mismo deseo.

¿Nuestros lectores y el público habrán de compartirlos?

Un nuevo libro de Manuel Gálvez: "La maestra normal".

En los primeros días de Noviembre será puesto en venta "La maestra normal", nuevo libro de Manuel Gálvez que NOSOTROS ha editado.

Después de "El enigma interior" y de "Sendero de humildad", sus obras iniciales; después de "El Diario de Gabriel Quiroga", vigoroso análisis de la vida argentina; después de "El solar de la raza", bello y fuerte trabajo cuyo éxito clamoroso se recuerda aún como excepcional, ¿qué puede esperarse de este nuevo libro de Gálvez sino su consagración definitiva?

"La maestra normal" es una novela. Hasta ahora no había ensayado su autor el género al que ha llegado — como es forzoso — tras larga peregrinación. Pero es una novela argentina, es una novela "nuestra". Gálvez había prometido la descripción de la tierra natal, de sus costumbres, de sus tipos, y es con esta obra que comienza el cumplimiento de su propósito. Podría haber repetido "El solar de la raza" y habernos revelado en prosa masculina el encanto de nuestras comarcas, pero en tal obra faltaría el hombre criollo, las instituciones que ha creado, y la vida a que ha dado aliento. Por eso ha preferido la novela. Ha imagi-

nado su acción en una de las provincias más argentinas, donde más incontaminado está el espíritu nacional. Los personajes no conocen otro escenario, ni imaginan otros horizontes; tienen el alma sencilla del aldeano y la innata picardía del criollo. Aman, odian, luchan como seres de un mundo pobre, reducido, algo supersticioso y algo aventurero. Entre esas gentes y en ese medio vive "La maestra normal"...

Libro argentino como pocos, este nuevo de Manuel Gálvez ¡a cuántos ha de revelar la propia tierra, tan amada y tan ignorada!

NOSOTROS se felicita al publicarlo que obra tan excelente se agregue a su colección.

"NOSOTROS".



NOSOTROS

TREN URBANO...

(FRAGMENTO DE UNA NOVELA INÉDITA)

Con gran ruido de herrajes y al trote largo de sus dos jamelgos criollos, el tranvía expreso, un coche-jardinera salido de la Plaza Victoria para alcanzar el tren de las seis y diez, corría por la calle Buen Orden, hacia Constitución. La jardinera iba llena de gente que ocupaba los bancos, las estrechas plataformas y los mismos estribos, desesperando al mayoral de saquito cantor y gorrita negra de visera requintada a la izquierda, que no acertaba a moverse para cobrar el pasaje. Casi todos se conocían y conversaban, aun a distancia y en alta voz, informándose de la salud, de la familia, las novedades, y protestando contra el calor prematuro y bochornoso de aquel fin de primavera.

Algunos trataban de leer los diarios de la tarde entre aquella algarabía, sin poder fijar la atención, y otros, mohinos y taciturnos, miraban sin ver los árboles y las rejas de la Plaza Monserrat, el desfile de las casas chatas y sin estilo de la calle Buen Orden, monótona, pobre, de mezquino comercio, desapacible por la ruidosa caravana de los carros de carga que hacían retemblar y saltar los toscos adoquines mal ajustados del pavimento, algo amenizado un poco más allá por el desahogo de la Plaza Independencia, y cuyas aceras de la izquierda, apenas animadas por uno que otro transeunte, calcinaba el sol a pleno rayo.

Sólo dos o tres señoras iban en el tranvía, pues los expresos que no se detenían en todo el trayecto sino para mudar de yunta en la estación-caballeriza al final de la calle Buen Orden, eran utilizados casi exclusivamente por los abonados masculinos que confiaban en su agilidad para saltar del coche al vagón del tren, y que no debían perder tiempo sacando pasaje.

Eran personas que vivían o veraneaban en los pueblitos del sur, y que tenían sus ocupaciones en Buenos Aires, empleados del gobierno, corredores de Bolsa, comisionistas, comerciantes por mayor, industriales, abogados, algunos periodistas, gerentes o administradores de ferrocarriles, empleados de banco, reñatadores... gente, en fin, cuyas tareas terminaban por la tarde y no les exigían madrugar demasiado.

Los jóvenes estaban en mayoría, unos sentados, otros en racimos en los estribos o las plataformas, charlando y riendo a carajada suelta con cualquier motivo o sin ninguno.

Después de pasar por el lado sur de la Plaza Constitución, que era una especie de desierto, pero que no estaba deshonrada aun por las caricaturescas ruinas de castillo medioeval, que sin duda pretenden simbolizar... nadie sabrá nunca qué, el tranvía entró, atravesando un arco bajo en la estación misma, andén por medio con el tren pronto a partir. Los pasajeros se volcaron, más que bajaron, corriendo al asalto de los vagones, mientras la locomotora silbaba como para aumentar su nerviosidad y su incierta prisa.

Segundos después el convoy se ponía en marcha pesadamente hacia el "campo", que entonces comenzaba a poca distancia de la estación, mucho antes de Barracas al Norte.

*

Los coches del tren, divididos en estrechos compartimientos, estaban casi llenos, de modo que los pasajeros del tranvía expreso se hicieron sitio con bastante dificultad. Terrada y los Gómez hallaron tres asientos juntos. La "muchachada", aunque viajara siempre en primera clase, juzgó oportuno esta vez invadir un vagón de segunda, casi vacío, porque en el tren de aquella hora no solían viajar los trabajadores, ocupados generalmente hasta más tarde.

El tren hacía una larga curva entre terrenos baldíos y pantanosos, sujetos a continuas inundaciones, salpicados aquí y allá con

casuchas de mala muerte, covachas innobles, ranchos sin forma; algo más lejos, con una arquitectura que las clasificaba entre el cuartel y el cobertizo, grandes construcciones negras, dominadas por chimeneas que vomitaban humo denso y pardo; después la ruín estación de madera de Barracas al Norte, cuyo nombre estaba escrito en el aire saturado por el olor de las graserías; en seguida el pesado puente que el tren cruzaba con lentitud, como con miedo de derribarlo, y por entre cuya trabazón de vigas de hierro se veían allá abajo, el agua dormida y cenagosa del Riachuelo, en que flotaban chatas y lanchones y algún pailebote sin arboladura; y un poco más lejos, otra casilla de madera, la estación de Barracas al Sur, por cuyo andén consolidado con polvo de carbón y ceniza de las locomotoras, se paseaba invariablemente un viejo y flaco andaluz, cargado de canastas que ofrecía a los pasajeros sus artículos, gritando sin pausa alguna:

— ¡Pandechy-pandurce! ¡Pandechy-pandurce!

Estentóreo clamor partió del coche de segunda en que se habían instalado los jóvenes.

— ¡Sardina! ¡Sardina! ¡Sardina!

Un hombre de blusa azul manchada de aceite y tizne, gorra grasienta de maquinista, calzado de alpargata, sucia y sin afeitarse la enjuta cara, corría por el andén. Al oír la algazara se detuvo, amenazó furioso con el puño a los gritones, y siguió su carrera sin hacer más caso del vocerío, posponiendo la venganza al deber con admirable longanimidad.

Muchos pasajeros se habían asomado a la ventanilla, curiosos de conocer la causa de semejante batahola, pero el tren corría ya campo afuera, hacia la solitaria y aislada estación de Lanús.

— Son los muchachos, — explicó Terrada a Elena Gómez. — Todas las tardes se divierten del mismo modo. A eso llaman "chichonear" lo que debe ser una corrupción de "chinchorear" o "chinchorrear", de ser "chinche", en una palabra, y ya sabe usted, Elena, que la chinche es un hemíptero muy desagradable.

— Ahora lo sé.

— ¿Que es desagradable?

— No. Que es un... ¿cómo dice usted?

— Hemíptero.

— Muchas gracias. Pero que es lo que da lugar a ese chin, a este chi-choneo?

— La víctima es el lampista o lamparero peón de la estación

de Barracas, y los victimarios son los "mocitos" que venían con nosotros en el tranvía. Sin que ellos mismos sepan cómo, han encontrado en la inofensiva palabra "¡Sardina"! un insulto que enfurece al pobre hombre. Y se divierten haciéndolo rabiar.

— ¡Qué guarangos!

Ganas tuvo Ricardo de observarle que "guarango" no era palabra castellana y que debía decir, mal educado, zafio o cosa por el estilo, pero logró contenerse y amplificó el tema, agregando:

— Y eso no sería nada, Elena, si no se entretuvieran en martirizar a cuanto prójimo algo tonto o corto de genio les cae a la mano. Lo fastidiarán, lo "chichonearán" durante todo el viaje, gritándole, manoseándolo, tirándole pelotillas de papel, cuando no algo más contundente, sin que sepa nunca quien le dió, pues al volverse para sorprender a un enemigo, otro proyectil lo obliga a recobrar la posición anterior... y si llega a irritarse, lo que no deja de ser natural, y quiere usar de las manos para defenderse, todos se interponen y lo dejan impotente, si es que no le dan un manteo...

Don Esteban Gómez, reía y meneaba la cabeza como negando la completa exactitud de lo que decía Terrada.

— Qué educación! — exclamó Elena.

— Cosas de muchachos — dijo su marido.

— ¿Cosas de muchachos? ¡Cosas de salvajes! — replicó Terrada, acalorándose. — Los jovencitos de hoy son unos verdaderos indios!

— Una golondrina no hace verano.

— Pero si esto y mucho, muchísimo peor se ve a cada rato, en Buenos Aires. El otro día, sin ir más lejos, pasaba un hombre barbudo, italiano al parecer, frente a la confitería del Aguila... Ya sabe usted, Elena, que allí se reúne todas las tardes nuestra "juventud dorada", obstruyendo la acera, dificultando el tránsito y entrometiéndose con todo el mundo... Pues bien, uno de esos "mocitos" hijo de una familia "consular", se lanzó sin decir agua va hacia el "gringo" y le mesó las barbas, así como suena, le mesó las barbas, entre la gritería y las risas de sus compinches que lo aplaudían..

— ¡No puede ser!

— El italiano, hombre robusto, aunque de edad madura, iba a hacer pasar un mal rato al insolente, cuando la cuadrilla entera cayó sobre él y lo hizo bailar una zarabanda hasta que acudió

la policía. . . Esta sólo pudo tomar al italiano y lo llevó a prestar declaración en la comisaría.

— Vaya una broma! — comentó Elena.

— Tal es la juventud actual, señora. No sé a quien salen esos muchachos. Nosotros no éramos así. Se diría que volvemos al gauchaje, al gauchaje de la peor especie!

— Ni te acalores, ni exageres, que no es para tanto — dijo Gómez reposadamente. — Los “calaveras” han existido y existen en todos los tiempos y en todas partes son una minoría que parece muy numerosa sólo porque da mucho que hablar. En nuestra época también se hacían barrabasadas. Acuérdate. Después de la caída de Rosas — y hasta nuestra época, aquello no fué libertad sino licencia, y el gobierno y la policía no podían con nosotros. Perseguíamos a los lecheros, a los serenos, a todo bicho viviente. Sarmiento decía que llevábamos el poncho bajo el frac. Y todavía va a repetírnoslo en el diario que va a fundar, según se dice.

— Yo no me acuso de ninguna de esas tropelías — replicó Terrada. — Nunca me gustaron y ahora me indignan.

— Bah! Cualquiera diría que te sientes viejo y no puedes ya ni comprender a los muchachos.

A mí, cuando me acuerdo del Alcázar Lírico, por ejemplo, y de los escándalos que allí armaba “lo más granado de nuestra juventud”, cuando pienso en el concierto Mangui, en Petronita, en Bayoneta Calada, y otros infelices que nos divertieron tanto, no puedo menos que reirme. . .

— ¡Vaya un gusto! — murmuró Elena con un mohín desdenoso que usaba especialmente para el marido.

— Pues yo protestaba contra esas bromas groseras, perversas e indignas.

— Por eso te llamaban “el pollerita”.

— A mí nadie me lo ha dicho, porque no lo hubiera tolerado, — dijo Terrada, ásperamente.

— Pero lo decían a tus espaldas. . .

— En fin, prefiero haber parecido un muchacho tímido y no un compadrito disfrazado de persona decente, un gaucho con traje de sociedad, como preferiría hoy si fuera joven pasar completamente de inadvertido, a pertenecer a esa “indiada” que anda a tiros en los restaurants nocturnos, destroza los muebles en las casas públicas, cierra los medidores del gas en los zaguanes, tira hasta con sillas y botellas a los artistas de café concierto, maltrata a los

transeúntes sin conocerlos siquiera, mantea profesores y hasta rectores de Universidad, calotea a infelices cocheros...

— Qué quiere decir “calotea”?

— Estafa, señora. Es una palabra del “lunfardo” o caló argentino, tomada del portugués.

Como iba diciendo: que roba cubiertos, servilletas, cuanto hay, en los cafés donde va a comer, y, como digno coronamiento a estas hazañas, manosea señoras y niñas en plena calle, olvidándose que tienen madre y hermanas ellos también.

— Eso sí es salvaje!! — exclamó Elena.

— Yo no lo apruebo, lejos de eso! — explicó Gómez. — Pero repito que hoy como antes, se trata de una minoría por una parte, y de una enfermedad pasajera por otra. Los muchachos serios, sosegados, son los más, pero no nos fijamos naturalmente en ellos, sino en los alborotadores... En cuanto a tí, mi querido Terrada, te enfureces contra éstos de un modo que raya en pasión... Cualquiera diría que hay un poco de envidia en tu indignación, y que el diablo harto de carne se hace fraile...

— Eso no puede decirse de mí, que nunca...

— Lo sé.

— Lo sabemos, — murmuró Elena con cierto dejo irónico en la voz y en la sonrisa.

*

En el coche de segunda el jaleo había adquirido, entre tanto, grandes proporciones. Los muchachos “chichoneaban”, o si se prefiere “titeaban” a Matraca, el vendedor de diarios ambulante que recorría la línea del sur, de Constitución a Burzaco, y en cuyas tarjetas se leía “José Boni, alias Matraca, Diarista”, título que divertía enormemente a aquella juventud avezada a estas y otras pellejerías; Boni contestaba a las bromas y a los dicharachos no sin alguna gracia y desarmaba a los jaranistas con su sonrisa paciente más que con sus respuestas agudas o insolentes. Cierta insolencia agradaba algunas veces a los “mocitos”, sobre todo si daba pie para hacer a un camarada víctima de inofensiva chacota.

Matraca, estaba sentado en medio del vagón, sobre una pila de periódicos, para defenderlos con todo el peso de su cuerpo, contra un posible avance. Desde aquel trono, que si bien le daba un puesto dominante, lo hacía blanco obligado de toda la atención, repli-

caba a un jovencito de naciente bigote negro, (hermano de Basso y noticiero por obra y gracia de éste) que por hacerse el gracioso, era a la verdad intolerable.

— Eh, don Rosendo! — decía Boni mitad en español, mitad en italiano. — Qué quiere! Todo no son como vusté; yo soy senplichemente un povero “diarista”, ma vusté é un “periodista”. . . que non sa escrivire!

Una carcajada general acogió el dicho, con lo que Rosendo Basso, enfurecido, se precipitó sobre Matraca, tratando de arrancarle la pila de periódicos.

— ¡Ahora vas a ver, gringo insolente! — gritaba rojo y trémulo de cólera.

Mauricio Febre, el gracioso de la compañía y que solía ser ocurrente, se interpuso.

— Cuidado con mi Matraca, que mañana es viernes santo y la necesitamos para que llame a misa.

— Dejame, Mauricio, dejame que le dé unas buenas a ese carcamán roñoso.

— Mecor es que me compre un quintito de la grande — agregó Matraca, ofreciendo billetes. — ¡Mire, don Rosendo, no hay que nocarse: se la va a sacar!

Aunque no quisiera hacer un juego de palabras, que podría tomarse como provocativo, sino más bien conseguir que el incidente tomara un rumbo algo apacible, Matraca consiguió con esto irritar aun más a Rosendo Basso, que pugnaba por trasponer el largo y huesudo cuerpo de Mauricio, única muralla de defensa del amenazado vendedor de diarios.

— ¡Zas! en plena jeta, por curioso. ¡Tomá, metete!

Una gran pelota de papel había ido a apabullar las narices de otro pacífico pasajero, joven, pobremente vestido, que, interesado por el incidente Matraca-Basso, acababa de ponerse de pie para ver mejor. Volvióse frenético y otro pelotazo fué a darle en la cara. Quiso lanzarse a ciegas sobre el grupo, pero los puños de hierro de Antonino González, aferrándose como tenazas a sus muñecas, lo obligaron a dejarse caer en el banco.

— Siéntese, amigo — decía entretanto González con voz meliflua. — ¿No ve que es jugando?

Este nuevo episodio había tenido la virtud de tranquilizar a Basso chico, pero, por sobre el hombro de Mauricio seguía amenazando al pobre Matraca:

— ¡Ya verás en Lomas, gringo de porquería! ¡Ya verás en Lomas lo que te va a pasar!

El último agredido bufaba, entretanto en su asiento, siempre sujeto por González, que le decía cariñosamente:

— ¡Vaya, niño! cálmese. Prométame ser juicioso, quedarse quietito. Aquí todos somos amigos y nadie quiere hacerle "nana". Cálmese...

Y con voz mucho más dulce, agregó:

— ¿No ve, niño, que tengo más fuerzas que usted? Estese quieto y no se mueva de su banco, que, sino, me va a obligar a romperle las narices de una trompada.

— Suélteme... Está bien. Contra la fuerza no hay resistencia... Pero... cuando la seca es larga, no hay matrero que no caiga! — refunfuñó el hombre. Y una vez libre se quedó tranquilo, aunque sus ojos centelleaban de rabia.

— ¡Señores! — proclamó Basso el mayor, cuya pera rubia y cuyas funciones periodísticas (secretario de redacción de un diario inédito) daban cierto aire de autoridad:

— Me parece que basta de broma. Voto por que se declare una tregua para poder conversar tranquilamente.

— ¡Sí, sí! — gritaron los más pacíficos; los demás acogieron la proposición con grandes gritos, aplausos, silbidos, aclamaciones. Aquello fué una batahola infernal.

Pero con todo hubo un momento de relativa calma que permitió reanudar las conversaciones particulares.

— ¿Cómo se llama usted, señor? — preguntó amablemente la víctima de los pelotazos que se había dominado por fin, al impasible Antonino González.

— Pedro Valdivieso, amigo, para lo que guste mandar.

— Me había parecido oírlo nombrar Antonino...

— Es un sobrenombre, como el de Matraca. Pero, mire, señor — y dulcificó la voz — si es para armarme camorra, no tenemos más que bajar en la estación próxima, que allí le arreglaré las cuentas.

— ¡Es lo que deseo! — dijo el otro. — Bajaremos en...

— En Banfield, sí, señor.

Llegaban precisamente a Banfield. El tren se detuvo. Muy comedido, González obligó a su adversario a pasar primero, y cuando estaba en el andén:

— ¿Dónde quiere el niño que vamos? — preguntó con más dulzura que nunca.

— ¡A donde quiera, maula!

— Entonces aquí no más, en un hueco que hay frente a la estación. Nadie nos incomodará. Esperemos a que pase el tren.

Los del vagón de segunda, interesados, sin darse cuenta exacta de la escena, miraban curiosamente por las ventanillas, interpe-
lando a González.

— ¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué estás por hacer?

— ¡Nada, no les haga caso, amigo!

Y echando a andar hizo que el otro, nuevamente enfurecido, lo acompañara, como si tratase de pasar por delante de la locomotora para apresurar el momento del combate a puñetazo limpio. El tren arrancó, los coches pasaban junto a ellos con relativa velocidad, y ya iba en plena marcha cuando los alcanzó el vagón de segunda, con todas las caras asomadas a las ventanillas.

— ¡Amigo! Me llamo Antonino González y estoy en Lomas a sus órdenes. ¡Ahora estoy muy apurao!

Y saltando al estribo del vagón y saludando cómicamente con la mano desde allí, dejó al otro en el paroxismo de la rabia, en pleno andén, bajo la rechifla regocijada y estentórea de los muchachos agolpados a las ventanillas. . .

ROBERTO J. PAYRÓ.

Bruselas, Julio de 1914.

LA POESIA ES OBRA DE BIEN

Hay una gran desolación en todo...
Y quebrada de angustia la garganta,
Las horas van pasando de ese modo.
Yo siento que en la vida ya no canta
Ese buen regocijo de una era
Mejor, esa esperanza del futuro.
Y el grano que nutrió la sementera
Cae de la espiga sin estar maduro.

Poeta soy, soy una voz del Verbo!
Hoy débil y mañana poderosa...
El dulce amor con el dolor acerbo
Nacen en mí como se abre una rosa.
Carne de lucha y alma sensitiva,
Que en cada corazón y en cada cosa
Busca una luz en que su luz se aviva...
Yo soy de aquellos hombres soñadores
Que enlazan a los seres en hermanos
Con palabras que brotan como flores,
Y que siempre las dimos a dos manos.
Y mientras del afán en que se empeña
La humanidad queda un reguero largo
De injusticia y dolor, sobre el amargo
Mundo, sólo el poeta cuando sueña
Hace una obra de bien absoluto...
Y los que entenebrecen a la vida
Maduran un envenenado fruto,
Nutrido con la sávia de una herida
Que no se cierra nunca. Y todo en vano!
Mas de la sangre de ese lodo humano,
En una purificación suprema:
Se alza la armonía del Poema
Como un árbol que brota de un pantano.

Vientos de guerra con voces de muerte. . .
El ángel formidable del rencor,
Quema los pueblos y la sangre vierte
Y caen los hombres a su alrededor.
Es como un alarido que se escucha,
Un jadeo titánico, una tromba
Que arrastra el paroxismo de la lucha
Y atruena el mar y en el campo rimbomba
Bárbaramente, desquiciadamente,
Como en un cataclismo del planeta. . .
Y en ese cuadro de furor demente
Con tintas de una trágica paleta,
Se quiere a la Verdad poner de escudo
Y a la Justicia por enseña sacra,
Y disfrazando un apetito rudo
Todo se vuelca y todo se masacra! . . .
Las testas coronadas siempre han sido
Para la humanidad un regio azote.
Y sobre el mar de sangre que han vertido
Su lúgubre bajel se tiene a flote.
Es la casta divina. . . Necesita
— Puntal terrestre — la espada y la cruz.
Y sobre el pueblo su bondad gravita
Como un yugo clavado en un testuz.
¿No hay que esperar del hombre que levante
La frente, ni coseche nuevos frutos,
Ni eleve al ideal nuevas banderas?
Ellos echan la fuerza por delante,
Y así los atraillan como brutos
Para que se destrocen como fieras!

Yo pienso en el dolor de las esposas
Y de las madres en la enorme cuita.
¿En qué tierras, en qué ignoradas fosas
Duermen los restos que una manecita
Filial, nunca podrá cubrir de rosas? . . .

ERNESTO MARIO BARREDA.

LA POLITICA DE INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

EN LA INDEPENDENCIA DE LAS COLONIAS SUDAMERICANAS

MONROE — CANNING (1)

Con las dos invasiones inglesas, cuyo notorio fracaso como acción de guerra, antes de exacerbar el espíritu de los vencidos, alimentó más aún su curiosidad y su interés, como así mismo el de las clases dirigentes inglesas, por la tierra virgen y el esfuerzo heroico de los vencedores, puede decirse que las colonias hispanoamericanas, recién nacieron a la preocupación, al comentario y como era lógico a la codicia de las cortes de Europa.

Como un contrapeso a las ambiciones secretas al principio, y descaradas más tarde, cuando ya las colonias en plena revolución, la España agónica de Fernando VII no podía hacer otra cosa que seguir las inspiraciones de aquella *Alianza*, que por ironía se llamó *Santa*, y a cuya cabeza estaba Alejandro, de Rusia, con Austria, Prusia y Francia como satélites, como un con-

(1) Este artículo fué escrito hace algunos meses, en momentos que Mr. Roosevelt llegaba al país. No existía ninguna relación, entre su llegada y el artículo, pero tiene esa anterioridad y en este caso, su relativa vejez, como en el vino, constituye parte de su originalidad. Posteriormente el doctor Zeballos, en la recepción que se le dió a Mr. Roosevelt en la Universidad de Buenos Aires, tuvo ocasión de exclamar, dirigiéndose al doctor Anchorena: "Señor Intendente: la calle Canning, debiera llamarse calle Monroe". Esas palabras, casi resumen este trabajo, que no tiene más importancia que el de una labor de paciencia para destruir un error.

El artículo, anterior a esas palabras, debió de haber salido en *La Nación*, al otro día de pronunciadas, casi como corroborándolas. Circunstancias de cualquier índole, impidieron su publicación. Dormido en una carpeta, lo hago despertar, en momentos que Mr. Leo S. Rowe, presidente de la Universidad de Pensylvania, ha sustentado idénticas ideas en la Universidad de La Plata.

trapeso, decimos, aparecen las dos políticas cuyo reflejo sobre la vida de las colonias es el motivo de este artículo.

La política de Inglaterra y la política de los Estados Unidos! Basada la una en las franquicias comerciales que el monopolio español le negó, la derrota aparente de sus soldados cimentó el comienzo de su política eterna: mercados para sus productos. Y como éstos no se obtienen sino con la libertad del comercio, la libertad de las colonias ha de ser el objetivo de todos sus afanes. Y tan es así, que no habían de pasar tres años, que con el propósito de entonces, pero con una táctica distinta, preparó el ambiente que produjera aquel clamor angustioso de la *Representación de los Hacendados* y su corolario: la apertura del puerto de Buenos Aires al comercio inglés.

A mantener la situación que comienza con el primer grito de la independencia argentina y a no dejar que por ninguna causa se abrogue, la política de los ministerios ingleses, variará en los medios, pero no olvidará nunca el motivo esencial a que hemos aludido.

Si los mismos intereses debieron de primar en la política de los Estados Unidos, aunque sumamente atenuados en lo que respecta a su comercio exterior, pues sus progresos industriales de entonces no eran los de hoy, y fuera de su simpatía inmanente por movimientos a los que ellos debían el origen de su nacionalidad, intereses más vitales aunaron su simpatía al destino de las por entonces nacientes repúblicas americanas. El interés de su propia conservación, el evitar que influencias superiores a las suyas doblaran el fiel de los platillos de este lado del Atlántico y lo doblaran en tal forma, que peligrara no ya su influencia como gran nación, sino su misma vida como país independiente.

De ahí esa atención sobre la suerte de las colonias, atención que no decayó un solo instante y que está en una forma gráfica, en los mensajes de sus presidentes y en las discusiones de su parlamento. De ahí ese grito que en su oportunidad y cuando realmente se sintió en peligro, lanzó al mundo con su "América para los americanos". De lo que este grito encerraba como amenaza y como alarma para los que no quisieran escucharlo, está el silencio unánime con que fué recibido, ese silencio entre cobarde e hipócrita que fué la más pública y resonante de sus sanciones.

Una de las pruebas del espíritu que animaba a los Estados

Unidos hacia las colonias del Sur, era la apertura de sus puertos para los buques sudamericanos, sin previa declaración de derechos beligerantes en favor de las colonias insurgentes; declaración hecha más tarde por el presidente Monroe en sus mensajes anuales de 1817 y 1818 y en su mensaje especial de 8 de Marzo de 1822.

Desde los comienzos de la lucha aparece el venezolano Miranda mereciendo todos los respetos de Hamilton y Jefferson. En su mensaje de 5 de Noviembre de 1811, el presidente Mádison, decía: "Al contemplar las escenas que distinguen esta época memorable y estimar sus títulos a nuestra atención, es imposible pasar de largo las que se desarrollan entre las grandes comunidades que ocupan la porción sur de nuestro hemisferio y se extienden en nuestra vecindad".

Este va a ser, más o menos, en lo que respecta al interés y la curiosidad por nuestros destinos políticos, el tono de todos los mensajes anuales de los presidentes norteamericanos. Y he transcrito este párrafo, para que se vea cómo después de un año de iniciada la lucha en casi todas ellas, ésta era seguida por las clases dirigentes de los Estados Unidos, en la forma en que da cuenta este pequeño párrafo mucho más extenso en el original.

Ya con anterioridad y motivado por los inconvenientes que desde 1807 se le presentaban al comercio norteamericano en Buenos Aires, el secretario de Estado, Smith, designó a Joel Robert Poinsett, para que informara al gobierno de la Unión, acerca de los acontecimientos políticos y comerciales de las colonias, como así mismo para intérprete en ellas, de la atención y el entusiasmo con que aquel gobierno seguía los comienzos de sus movimientos emancipadores.

Las instrucciones que se le dieron al "agente de marineros y comercio en el puerto de Buenos Aires", título que encubría su misión casi oficial, tienen la fecha del 28 de Junio de 1810, y con fecha 30 de Abril de 1811, el secretario de Estado, Monroe, acusaba recibo de las informaciones de Poinsett.

Debieron ser sumamente halagadoras, cuando a éste se le designó cónsul general en Buenos Aires y los puertos inferiores del Río de la Plata. Igualmente para Venezuela salió en el mismo carácter William R. Lowy, pero esta representación no tuvo efecto ante la reconquista de aquel país por el ejército de Morillo.

En cambio, en Buenos Aires, la representación norteamericana,

ya sea en una forma confidencial, por medio de agentes acreditados como Poinsett, o después del reconocimiento de la Independencia por medio de sus ministros, en Marzo del año 1822, aquella se ha seguido sin interrupción.

Cuando la mencionada expedición de Morillo se estaba preparando en Cádiz y la suerte de nuestra revolución en 1814 era bastante incierta, Rivadavia con Belgrano y Sarratea, fueron comisionados a Europa para detener con negociaciones de cualquier índole la salida del ejército de Morillo. Ya la historia se ha pronunciado sobre esta zarandeada misión. La intervención de Inglaterra, en la que se tenía mucha fe, quedó ahogada con el resurgimiento de Napoleón escapado de la isla de Elba. Y desviada en esta forma, la misión que en parte ha contribuido a la maledicencia histórica sobre aquellos personajes, la misión tomó un giro distinto e ineficaz.

Los Estados Unidos habían recibido igualmente agentes confidenciales de las colonias sublevadas. En lo que atañe a nuestro país, es recién en el año 1816 que se acreditó, sin un carácter público especial, a don Martín Thompson, ante el gobierno de Wáshington. Poca cosa sabemos acerca de esta misión, a no ser el anuncio hecho al gobierno norteamericano de la próxima declaración de la Independencia, según lo declaraba la carta credencial del director Pueyrredón. Es en este mismo año de 1816 que la cuestión del reconocimiento de las colonias empezó a agitar el espíritu de algunos hombres representativos del Norte.

Los descalabros que los patriotas americanos habían sufrido en la casi mayoría de sus países, a excepción de Buenos Aires, hacían prematuro el acto del reconocimiento, el que por otra parte violaba la estricta neutralidad que el gobierno de la Unión quería observar respecto del gobierno español.

Ya el ministro de esta corte en Wáshington, había hecho terminantes protestas, respecto a la admisión de buques con bandera de las colonias rebeldes, en los puertos de la Unión. Pero este gobierno no creyó que su neutralidad pudiera ser sospechosa, desde el momento que otorgaba los mismos derechos a los barcos españoles, sancionando más tarde, según dice Pastou, que "servicios en favor de gobiernos no reconocidos, no eran violatorios de la neutralidad en el concepto de la ley".

Sin embargo, en Enero de 1817, tuvo lugar en la Cámara de Representantes, una discusión cuya importancia estriba en la

presencia del representante por Kentucky, Henry Clay, a la sazón presidente de la Cámara. Se trataba de la sanción de un proyecto de ley para fortalecer la neutralidad de los Estados Unidos, motivado por las incidencias a que habían dado lugar las repetidas protestas del ministro español en Wáshington, acusando públicamente a este gobierno de violarla en favor de las colonias sudamericanas. Este proyecto iba favorablemente informado por Forsyth, y sus impugnadores fueron Root y Clay.

Root consideraba denigrante para los Estados Unidos reformar una ley que redundaba en favor de España, cuando esto no se había hecho en obsequio del gobierno británico. Y sobre todo prefería la amistad de las colonias a la amistad de España. En cuanto a Clay, tendió a desvanecer el concepto erróneo que se tenía acerca de la capacidad política de las colonias. Y sus palabras, elocuentes y sinceras, le hacen acreedor a través de los años a nuestro reconocimiento, y le dan la primacía que merecen en el cariño y la gratitud de los sudamericanos. A pesar de Root y de Clay, el proyecto fué aceptado por 86 votos contra 62. Pero con la noticia de la declaración de la Independencia Argentina en 9 de Julio de 1816, noticia ampliamente comentada por la prensa norteamericana, y la de las victorias de San Martín en Chile, en Abril de 1817, el presidente decidió enviar una comisión compuesta por César A. Rodney, John Graham, Theodorick Bland y H. U. Brackenridge, "para que se trasladaran al Río de la Plata y pudieran informarlo de las condiciones que prevalecían en aquellas repúblicas".

Al comenzar el año 1818, volvió nuevamente en la prensa, como en el cuerpo legislativo, a agitarse la cuestión del reconocimiento de las colonias. Parece que Clay aspiraba a suceder a Monroe en la presidencia y había ambicionado el cargo de secretario de Estado. Cuando este cargo le fué ofrecido a Adams, su resentimiento de una parte y su simpatía por la causa americana, de otra, lo impulsaron a adoptar una actitud de oposición al gobierno por "el descuido con que éste contemplaba la causa de las colonias". Uno de los amigos de Clay en el Congreso, pidió al gobierno la documentación relativa a estos asuntos hasta el 5 de Diciembre de 1817. En la nota con que el secretario Adams, remitía a la Cámara la documentación pedida, se ocupaba de la misión del argentino don Manuel H. de Aguirre, que según Adams, "no traía patente de ministro público de ningún rango,

ni estaba provisto de plenos poderes para negociar como tal". Estas y otras circunstancias se oponían, a su criterio, al reconocimiento que se pedía. De la abundancia de la documentación se desprendía de que el gobierno norteamericano estaba enterado de la marcha favorable de la revolución en casi todas las colonias. El mismo día que la nota de Adams era enviada al Congreso, Henry Clay pronunció uno de sus más admirables discursos, proponiendo se votaran 18.000 dólares para los gastos durante un año de un ministro americano en Buenos Aires. No entra en los límites de este artículo, comentar la pieza oratoria aludida, en la forma honrosa que se merece y la satisfacción patriótica que comporta, ver cómo la palabra y el aliento de un hombre sincero, sin otro interés que el de la libertad de las colonias, influyeron y apresuraron el reconocimiento de la independencia argentina. En esta sesión, que duró del 25 al 27 de Marzo de 1818, Clay leyó en la Cámara el texto de nuestra declaratoria, se ocupó de la situación de los ejércitos y de los triunfos de San Martín, como es natural, y sobre todo, de la independencia de hecho, en que vivía Buenos Aires desde el año 10. En efecto, a partir de esa fecha, con buena o mala estrella para los soldados patriotas, los soldados españoles perdieron para siempre el gobierno político de lo que fué desde entonces el actual territorio argentino. Todo lo cual robustecía su proyecto, de la oportunidad del reconocimiento y del nombramiento de un ministro. No obstante, el proyecto fué rechazado por 115 votos contra 45.

En su mensaje de Noviembre de 1818, acompañando el informe de la comisión de que hemos hablado en líneas anteriores, el presidente Monroe se ocupaba del espíritu que suponía debía animar un Congreso que dos meses antes debiera haberse reunido en Aix la Chapelle. Este Congreso tenía su origen en una nota inspirada por España y dirigida a los poderes coaligados de la Santa Alianza, pidiéndoles su mediación, entre ella y las antiguas colonias sudamericanas, casi todas independientes en esa fecha. Dice Monroe: "De la política general y curso de procedimientos observados por los poderes aliados, respecto a este conflicto, se infiere que ellos limitarán su intervención, a la expresión de sus sentimientos, *absteniéndose de la aplicación de la fuerza*".

Esto de la aplicación de la fuerza, de parte de algunas de las naciones de Europa, para restituirle a España sus colonias, va a ser en adelante, la preocupación diplomática a la que le dedica-

rán todos sus esfuerzos los hombres dirigentes de la Unión.

En el mensaje de 7 de Diciembre de 1819, ya la actitud de los Estados Unidos parece deslindarse en lo que respecta al reconocimiento de las colonias. No teme, por otra parte, romper la neutralidad al manifestarlo y decir que: "Estos sentimientos de parte de los Estados Unidos, no han sido ocultados a otros poderes con los cuales es deseable actuar de acuerdo". El tiempo transcurrido y la distancia, alejan cada día a España de la posesión de su reino perdido y en este concepto, la situación de los Estados Unidos respecto de las colonias, tiene que ser algo más que la de un espectador impasible.

La actitud franca de este mensaje, está ampliamente justificada por la participación que se le hizo de estas ideas al gobierno inglés por medio del ministro norteamericano en Londres, Mr. Rusch.

El acuerdo que los Estados Unidos solicitaban, era bajo la base exclusiva de la Independencia de las colonias. "Esta era — dice Mr. Rusch — comunicando a su gobierno su conversación con Lord Castlereagh — la determinación adoptada por mi gobierno después de meditarla mucho y estaba obligado a comunicarla con toda franqueza. "El lord inglés, si admitía que el comercio de las colonias debiera ser libre para el resto del mundo, expresaba la opinión de que la lucha debería terminarse sin detrimento para la supremacía política de la madre patria". Fácilmente se comprende el alcance de esta respuesta; la supremacía política sin ningún detrimento para España, si no era la vuelta al yugo abolido en las colonias rebeldes, pues Inglaterra impondría condiciones poniendo a salvo *su* imperio comercial, del viejo monopolio español, se le parecía en lo demás, es decir, en el retorno dulcificado de la codicia española. Esta discrepancia de pareceres, va a traer un acuerdo, en lo esencial, que es la independencia, con el advenimiento de Mr. Canning.

Pero para ese entonces, los Estados Unidos habrán dado el primer paso. A mediados de 1820, el gobierno norteamericano envió a Colombia a Mr. Charles S. Tood, con el mismo título de "Agente de marineros y de comercio" con que acreditó a su primer enviado Poinsett en Buenos Aires y en Junio de 1820, era enviado a ésta en representación del mismo gobierno John M. Torbes.

Ambos llevaban instrucciones, "a no estar autorizados para

tratar el asunto", de exigírseles el reconocimiento de los países para los que iban acreditados.

Esta contradicción entre la política de los mensajes presidenciales y las conversaciones diplomáticas con el primer ministro inglés, era sin duda debido a las vacilaciones consiguientes de los Estados Unidos, al dar un paso de tanta trascendencia para las cancillerías europeas, ocupadas precisamente en buscar la manera de devolverle a España sus ex-colonias. Torbes fué espectador en Buenos Aires, de dos acontecimientos que traducidos en informes a su gobierno, debieron producir la mejor impresión por las determinaciones que provocaron.

Esos acontecimientos fueron: la exaltación al gobierno de don Martín Rodríguez, con sus ministros Rivadavia y García y la noticia de la caída de Lima en manos de San Martín. En esos momentos, Bolívar vencedor en Carabobo, auspicia el Congreso de Cúcuta, donde se proclamaba la unión de Venezuela y Nueva Granada. En Méjico, el general español O'Donojon, — aunque desmentido por Fernando VII, concluía un tratado de paz sobre la base de la independencia de ese país.

El 3 de Diciembre de 1821, un mensaje de Monroe, se hacía eco de esta situación y aconsejaba al gobierno de España pusiera término a esta contienda.

Por una comunicación del Congreso, con fecha 30 de Enero de 1822, éste pidió al Poder Ejecutivo, enviara las comunicaciones, que por medio de sus agentes obraran en su poder, de las colonias cuya independencia hubiese sido declarada con anterioridad.

Con la remisión de los documentos pedidos, el 8 de Marzo de 1822, el presidente aconsejó el reconocimiento definitivo de la independencia de las colonias sudamericanas.

El 19 de Marzo de ese mismo año, la comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes, expidió su dictamen favorable al mensaje del presidente Monroe, "sosteniendo que las naciones extranjeras no tenían el derecho de inquirir quien era el legítimo soberano de un país, sino cuáles eran los poderes existentes en él y competentes para tratar con dichas naciones". A los nueve días de esta resolución, fué votada en la Cámara con un voto en contra.

Por la misma resolución, se autorizaba al Ejecutivo a la inversión de cien mil dólares para darle carácter de efectividad.

Hasta aquí, lo que concierne a la política de los Estados Uni-

dos, antes del reconocimiento de la independencia de las colonias. Vamos a analizar ahora su acción posterior, que por las circunstancias que la rodean, es la que ha hecho inmortal el nombre de uno de sus presidentes y de la doctrina que originó.

El nombre de George Canning, primer ministro inglés en esta fecha, está asociado a la independencia de las colonias en una forma que, según el historiador argentino, Vicente Fidel López, gran autoridad en la materia, debe llamársele el padre de la independencia sudamericana. Sin embargo, después de los minuciosos antecedentes que hemos expuesto, demostrando la acción de los Estados Unidos en esta emergencia, este elogio nos parece injustificado y sin razón. Lo mismo que el doctor López han creído Alberdi, Mitre y toda aquella generación de espíritus superiores, en los que sólo la falta de una documentación amplia y detenida les hizo autorizar con el prestigio de sus nombres una leyenda que ya es conveniente que desaparezca. Fué el doctor García Merou, el que durante el tiempo que representó a nuestro país en Wáshington, desenterró los materiales de los que me he limitado a hacer un análisis, con el deseo de que nuestra juventud no siga creyendo en un error y con el comentario que el doctor García Merou no podía hacer por impedírsele su carácter diplomático. Su libro, es simplemente compilación escueta, ya de mensajes presidenciales, ya de notas diplomáticas, que sacadas de los archivos de la Unión completaban esa parte curiosa de nuestra historia más que argentina, americana. Tiene este trabajo, pues, el mérito de un hallazgo y el poder demostrar así, en una forma documentada y terminante, la inconsistencia de un episodio cuya vida estaba ligada únicamente a la autoridad de los hombres que nos lo legaron.

Dije que el elogio hecho por el doctor López a Canning era injustificado y sin razón. Elogio injustificado, por supuesto, en lo que concierne a su participación en pro de la independencia de las colonias americanas porque sus talentos como estadista, que parece que los tuvo, no están en discusión.

Los Estados Unidos reconocieron la independencia de las colonias el 8 de Marzo de 1822 y recién el 20 de Agosto de 1823 George Canning aparece realmente en escena, tomando parte en el drama cuyo principal papel se le quiere hacer desempeñar.

En esta fecha se dirigió al ministro norteamericano en Londres Mr. Rusch, proponiéndole una acción conjunta entre su gobierno

y el suyo, para evitar una probable intervención europea en las colonias sudamericanas. La contestación de este gobierno fue categórica: "No entrar en arreglos de ninguna naturaleza mientras Inglaterra no se decidiera a reconocer la independencia de las colonias".

Dice Suw, citado por García Merou: "Mr. Canning estaba dispuesto a ver a los hispanoamericanos de nuevo sometidos al dominio de España, si esto podía realizarse por los esfuerzos de España misma". Y era la verdad. Ahí están las notas de Rusch y las proposiciones que a nombre de su gobierno hizo y las evasivas de Canning. Tan es así, que después de la aparición del célebre mensaje de Monroe del 2 de Diciembre de 1823, donde consideraba toda intervención europea en las repúblicas americanas, que Estados Unidos había ya reconocido, como un acto de hostilidad hacia los Estados Unidos, Canning dijo: "que no podía reconocer el derecho de ninguna potencia para proclamar aquel principio y mucho menos para obligar a aquel país a observarlo". ¿Cuál es entonces la obra de Mr. Canning?

Lo que a Canning le dolía no era la servidumbre americana, sino el influjo que obtendría el país que obtuviera parte en su reparto. Tal vez con razón pensaba Canning, que de intervenir las potencias aliadas, las colonias serían para cualquiera, para todas, menos para la damnificada, la que por otra parte desde tiempo atrás carecía de los medios materiales de hacer valer sus derechos. Y esto en Europa es decisivo... No es una broma lo de que el lobo grande se come al chico. Por eso Canning combatió la intronización europea en Sud América, lógico con la política de su gobierno, pero en ninguna forma con el papel que nuestros hombres públicos le han querido hacer observar. De la política de Canning, a la protesta de Estados Unidos para la no intervención de Europa en Sud América, hay la distancia que se encierra en esas dos palabras, lo que va de una más o menos hábil política a una franca y abierta protesta.

El 2 de Julio de 1824 el gobierno inglés resolvió reconocer a las Provincias Unidas del Río de la Plata, vale decir cuando el grito de Monroe, eco de muchas voces que no eran únicamente la suya, hubiera hecho imposible, sin un previo conflicto con los Estados Unidos, cualquier amago europeo en los pueblos sudamericanos.

JORGE WALTER PERKINS.

EN LA PLAYA

Horas de encanto junto al mar amigo!
El cielo me deslumbra, el agua truena...
¡Vagar, soñar, *a solas, sin testigo,*
Hollando el oro tibio de la arena!

Allá, sobre el granítico resalto,
El iris enarcó sus aureolas,
Y precipita al pie su eterno asalto
La cabalgata blanca de las olas...

Horas intensas junto al mar sublime!
¿Qué pienso? No lo sé. Todo es tan puro...
Pero algo siento que se tuerce y gime
Allá en el fondo de mi ensueño oscuro...

Y habla una voz, y dolorosa, interna:
— “Oye tus pasos resonar profanos:
Estás aquí con la Belleza eterna
Que nunca, nunca apresarán tus manos!”

CARLOS OBLIGADO.

LA SOLTERONA

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE PEDRO E. PICO

(Estrenada el 21 de Agosto de 1914 en el Teatro Apolo)

ACTO TERCERO

En casa de Amalia. Cuarto pequeño y sencillo. Al foro gran ventana con vistas al patio. Puertas derecha e izquierda. Una mesa, un pequeño anaquel, máquina de coser y sillas. — Atardece.

Amalia dobladilla pañales en la máquina, y al compás de ésta tararea un valse vienés cualquiera, de esos que están ahora en todos los oídos.

Amalia. — (De pronto.) ¡Ay, es verdad! Me olvidé de la enferma. (Pausa. Se pone de pie, consulta el reloj que está sobre la mesa y vuelve a la máquina. *María Luisa, por derecha.*) ¿Se oye mucho el ruido de la máquina?

María Luisa. — No. Teniendo cuidado con la puerta...

Amalia. — ¿Duerme?

María Luisa. — Parece que sí.

Amalia. — ¿Y el nene?

María Luisa. — Se hermosea por minutos. Voy por leche. ¿Tienes monedas?

Amalia. — Ahí, sobre la mesa. Pero deja, iré yo.

María Luisa. — No faltaba más. Demasiado has hecho y haces por esa infeliz. ¡Qué hubiera sido de ella sin tu ayuda y sin tu compañía!

Amalia. — Puedes mandar a algún chico del patio. Son muy serviciales.

Ver los actos 1.º y 2.º en el número anterior.

María Luisa. — Otra de las ventajas de tu casa.

Amalia. — Ya ves. (*Mutis izquierda María Luisa. Amalia corre hacia ella.*) Cierra con suavidad. Justo. Es que se corre solo el pasador. (*De regreso llega hasta la habitación de la derecha, y luego hasta la ventana que abre.*) Buenas tardes, señora. Sí; mucho mejor. Gracias. Sí, en este momento solita. (*Vuelve a cerrar. Por izquierda Enrique.*)

Enrique. — Buenas.

Amalia. — ¡Por fin! ¿Lo vió?

Enrique. — ¿Y entonces? Pero la he caminado ferozmente. Del escritorio a su casa, de su casa al club, del club al escritorio. Al cabo lo encontré en lo de Monti en compañía de un suísé bastante loro. ¡Gran batata del tipo! Me oyó todo cuanto quise decirle. Vea, amigo: yo pensaba no transigir; pero mi hermana, su víctima, ocultó su vergüenza en otro cotorro... y ojos que no ven, corazón que no siente. Mi casa como boliche en día de elecciones; el viejo con la cara larga; la vieja llorando por los rincones todos los días y a todas horas; María Luisa en disposición de subscribirse a *La Cruz* y *La hojita del hogar*.

Amalia. — Al grano.

Enrique. — Al grano, dijo, y se lo tocaba. Un buen día salí de esta casa bastante cabrero, y sin saber por qué. Posiblemente andaba sin cigarrillos, ¿no? Llegué a la casa de mi hermana y... ya teníamos el regalito de París.

Amalia. — ¿Pero me cuenta a mí?

Enrique. — Para que aprecie la situación. Porque yo he debido ir con un revólver y me he presentado con un argumento. Y es que uno cambia sin querer. Yo pienso ahora cosas que antes no pensaba ni se me ocurrían.

Amalia. — Tengamos paciencia.

Enrique. — Bueno. Usted sabe cómo salí de esta casa aquella noche. Anduve vagando por ahí hasta dar con una banda de música instalada frente a un comité. Hijos del pueblo... Hablaban de eso. Casualidad, ¿no? El amor sin frailes ni registro civil... y ¡qué sé yo! A otra cosa. Di con una borrachería, y después de empinar algunas copas, me acordé que andaba águila. ¡Pito y cana! En el calabozo patié y grité como un loco. Un cuchicheo que llegaba desde el patio me hizo callar. Apliqué el oído. Era el sargento diciéndole amores a una turra sin libreta. ¡Lindo cuadro! Por la azotea el pendant: dos gatos arrullándose

también sin permiso. Al rato me quedé dormido. Soñé que una punta de mujeres me querían sin interés... y yo pasao, completamente pasao con todas... ;Viera el escándalo que me armaron los maridos, padres, hermanos y la purretada, legión de canillitas, gritándome papá entre un "Diario" y una "Razón" quinta! Como tenía un duelo a las siete de la mañana, me desperté. Cabo; ¡con todo! A la calle. Día de sol y de cielo azul. Todas las mucamas en las puertas y las cocineras en la calle, junto a los carritos de verdura. Algunas volvían del mercado con pasito ligero. Un brazo blanco y desnudo empujaba una ventana; en un balcón, una rubia inclinada hacia la calle, tapándose con las manos la abertura del matiné medio desprendido. Y sería el vino, o la conferencia, o la canasta, o todo junto; pero yo pensé entonces que a todos nos gusta la papa dulce, que yo tenía una viga en el ojo, que Roberto, hasta cierto punto, tiene razón, Raquel tiene disculpa y... Montevideo tiene su cerro..

Amalia. — En definitiva...

Enrique. — Promesas: que no piensa abandonarla, que el pibe merecerá todo su apoyo, y que una vez explorados y calmados los ánimos, vendrá a verla.

Amalia. — ¿Aquí?

Enrique. — ¿Dónde sino? Total: nos despedimos como amigos y hasta me prometió un puesto de pagador en las carreras. Veinte por reunión. Ahora, encárguese usted de preparar y proponer la entrevista. Yo no tengo política para eso. ¿He cumplido?

Amalia. — El tiempo dirá. Yo esperaba resultados más inmediatos.

Enrique. — (*Después de una breve pausa.*) Bueno, y ¿cómo andamos de níquel?

Amalia. — En las últimas.

Enrique. — Tome entonces... (*Le da un billete.*) No tengo más. No piense que son de...

Amalia. — Pienso que aquí hace mucha falta, nada más.

Enrique. — ¿No han venido los viejos?

Amalia. — No.

Enrique. — Yo he predicado bastante; pero, es claro, sin autoridad. La pobre vieja está ya con el alma junto a la enferma. La expresión y el silencio de mi padre la contienen. Cuando una idea está muchos años en la cabeza...

Amalia. — Al fin cederán. Puede mucho el cariño.

Enrique. — ¿Ha visto? Yo... yo no sería tan malo si... ¿Me acepta esta flor?

Amalia. — ¿Por qué no?

Enrique. — ¡Y se la pone! Voy a hacer de cuenta que soy yo quien me estoy ahí quietecito, portándome bien para no hacerla daño.

Amalia. — Ya es hora de sentar la cabeza.

Enrique. — ¿Usted quiere?

Amalia. — ¡Comparto el deseo de todos los suyos!

Enrique. — Este... ¡Y es tan lindo ser bueno!

Amalia. — Y tan fácil.

Enrique. — De veras. Este... (*Con rabia por su propia timidez.*) ¡Tuviera guitarra para cantar! Voy a ver a Raquel. (*Mutis derecha.*)

(Amalia queda pensativa. Luego lanza un suspiro y vuelve a los dobladillos. A poco María Luisa, Enriqueta, Pepita y Laura. Antes de aparecer se siente la charla precipitada de Pepita.)

Pepita. — (*Adentro.*) Será riquísimo, por supuesto. Como la madre. ¿Cuándo ha sido? Pero, qué cosa, ¿no? (*Entra delante de todas. A Amalia.*) ¿Cómo te va?

Enriqueta. — ¡Querida!

Laura. — Luego me tratarás de ingrata.

Pepita. — No íbamos a venir porque ya es algo tarde.

Laura. — Yo las animé.

Pepita. — Por otra parte, el acontecimiento justifica nuestra prisa. (*Examinando la habitación.*) Y estás muy bien aquí. Podrás soñar todas aquellas cosas de que hablábamos en el taller. Si esta ventana diera a la calle... ¡completo!

(Llaman hacia la izquierda. Sale Amalia.)

Amalia. — Con permiso.

Enriqueta. — Nosotras supimos la noticia esta tarde.

Pepita. — Yo me quedé muda de sorpresa.

Laura. — Siempre se exagera.

(Por izquierda Amalia y Don Andrés.)

Amalia. — Pues hace un ratito...

Don Andrés. — Es casual...

Pepita. — ¡Don Andrés!

Enriqueta. — ¡Qué coincidencia ¿no?

(Habla en voz baja y maliciosamente con Laura.)

Don Andrés. — Eso venía diciéndole a... (A María Luisa.)
Señorita.

María Luisa. — Tome asiento, señor.

Don Andrés. — Gracias. Madame me pide de transmitir sus excusas. No es muy buena tampoco...

Amalia. — ¿Qué tiene Madame?

Don Andrés. — Jaqueca, dolores a la nuca, opresión al pecho. Jaqueca, pues.

Enriqueta. — Imagina la causa.

Amalia. — Ya.

Pepita. — ¿Y el nene? ¿Dónde está el nene? ¡Yo quiero ver al nene! Pero quién iba a decir... ¿Recuerdan la mañana que le llamé feo y antipático? Me refiero al padre... ¿Recuerdan? Parece que fué ayer...

María Luisa. — Con permiso de ustedes. Creo que me llama.
(Mutis derecha.)

Enriqueta. — ¿Y cuándo fué?

Amalia. — Anteanoche. ¡No quieran saber mi susto! Sola aquí, sin saber qué hacer, ni a quién acudir.

Pepita. — ¡Un nene! ¡Raquel, un nene! ¡Si parece un sueño!

Don Andrés. — Un hijo siempre es un sueño, porque es el porvenir. El porvenir que sonríe hasta en el llanto por medio de una boquita húmeda y roja. Algo indefinido al principio; líneas redondas, suaves, sin carácter. Luego se concreta, brota el músculo, se endurecen las piernas, la cabecita mantiénese firme, el cabello se ensortija... Hasta que el chicuelo habla, y al hablar miente, y al mentir, el futuro, la esperanza que empezaba a concretarse se... difumina una otra vez.

Pepita. — El hombre tiene una enorme práctica, como buen francés.

Don Andrés. — ¿Y eso?

Pepita. — ¿No dicen que los traen de París?

Don Andrés. — A todas partes se cuecen habas, como dicen.
(Risas.)

Pepita. — Como... iba a decir un disparate. Me callo

Enriqueta. — Pues yo voy a ver el francesito.

Laura. — Y yo.

Amalia. — Vamos. (*Medio mutis.*) ¿Y tú?

Pepita. — En seguida. (*Mutis derecha, Amalia, Enriqueta y Laura.*) Antes tengo que arreglar una cuenta con este señor.

Don Andrés. — ¡Bah, bah! ¡Escena tenemos!

Pepita. — Es que no sabes disimular, que me comprometes. Podías haber esperado un poco más...

Don Andrés. — Pero...

Pepita. — Pero, pero... Todo el mundo se está enterando.

Don Andrés. — No digas tonteras, chiquilla. Tú eres la primera a darlo a entender. Andrés por aquí, Andrés por allá; me liaces chirigotas, me dones golpecitos delante de tus compañeras, me pones en apuro a presencia de Madame; me sacas las moneditas del bolsillo; traes todos los días una pilcha nueva, como dicen, sobre el cuerpo, y por último, te empeñas en venir conmigo aquí, a esta casa honrada.

Pepita. — Donde se halla ahora la que tú pretendiste deshonrar.

Don Andrés. — Bien, aquello pasó. Fué un camote, como dicen. Tú lo sabes, chiquilla.

Pepita. — Porque no lo sé quiero probarte.

Don Andrés. — Mira, mira, chiquilla: tú no me pasas; tú quieres algo... Tú tienes ese método: cosa que desees, escena que preparas. Y no creas, chiquilla: el sistema es falible. Yo quiero vivir tranquilo. Para guerra, bastante tengo a casa con Madame.

Pepita. — Y como con ella no te atreves, reservas todas tus energías para mí.

Don Andrés. — Justo. Allí hay dinero, allí hay prudencia; aquí no hay prudencia, pero hay dinero. El orden de los factores no altera la cosa, como dicen...

Pepita. — Pero entonces, ¿quién soy yo? ¿Por quién me tomás?

Don Andrés. — ¡Tú eres una chiquilla muy mona, muy apetecible, muy cosa papa!, como dicen; pero algo, algo... locatelli, como dicen también. El amor hay que tomarlo con tranquilidad. Yo te gusto o yo te conviene; tú me gustas. Se habla, se pasea, se gasta el dinero de Madame lo mejor que se puede, y cuando se concluye, tú te vas por allá, yo me voy por acá. El amor con todas sus prerrogativas y ninguno de sus inconvenientes. ¿Comprendes chiquilla?

Pepita. — Eso es muy discutible.

Don Andrés. — Por lo demás hoy no ha sido posible acercarse

a la caja. Tú has visto. Mañana es otro día. Sacrifica esta noche. Permite que haga el chanco rengo, como dicen, con Madame... ¿Quieres?

Pepita. — ¿Mañana sin falta?

Don Andrés. — Sin falta. ¿Eres contenta?

Pepita. — ¡Hum! Regular, regular.

Don Andrés. — (*Acariciándola.*) ¡Chiquilla, chiquilla! Esta cabeza está a pájaros; pero a mí me encanta, me atrae, me hace ir al despeñadero... Aquí... aquí está un auto de quiebra, la liquidación forzosa del negocio; pero mientras tanto... ¡viva la Pepa!

Pepita. — Como dicen. (*Risas.*)

Don Andrés. — ¡Y la gran canalla se burla todavía! ¿Me quieres?

Pepita. — ¿Sabes que no se me ha ocurrido pensarlo?

(*En la puerta de la derecha, Enriqueta, Laura y Amalia. Enriqueta trae en brazos al nene.*)

Enriqueta. — ¡Aquí está el hombre!

Pepita. — ¡A ver, a ver! ¡Ay qué rico! ¡Igualito al padre!

Amalia. — Verdad que sí.

(*La escena se desarrolla frente a la puerta de la derecha, de modo que apenas se vea el chiquillo.*)

Pepita. — Déjamelos. Pero, ¡qué lindo y qué grandote! ¡Ay, ay que llora!

Enriqueta. — Trae, trae.

Laura. — Conmigo.

Don Andrés. — He ahí tu destino, mocoso: andar de brazo en brazo de mujeres y en todos mal... hoy y siempre. Sin embargo, por el momento tienes la suerte, la inapreciable dicha de carcer de eso que se llama bolsillo. Puedes creer entonces a muchas cosas.

Pepita. — Menos en los años de Madame.

Don Andrés. — Venga para acá el hombrecito. (*Lo toma.*) ¿Ustedes ven? ¡Callado! Comprende que al fin está en buenas manos. ¿Qué dice, amigo? ¿Qué cuenta? ¿Cómo encuentra este valle de lágrimas? Usted se lo imaginaba al revés, ¿no es eso? Pues es así, al revés de ese revés. Usted creía ser saludado con caras alegres y corazones satisfechos, y ahí tiene: lágrimas, prejuicios, tontearías...

Laura. — Empezaron las filosofías.

Don Andrés. — Ah mocoso, lindo mocoso de carnecita blanca, que tienes toda tu felicidad al pecho de tu madre: yo te compadezco, mocoso. Te has presentado a este mundo sin permiso del cura ni del código; y los hombres hacemos pagar muy caro esta descortesía. Los hombres te han colocado ya en una categoría deplacé, para recordártela siempre a todas partes, a todo momento. Tendrás un escollo más a tu carrera, por si eran pocos. Y si alguna vez te indignas, si te sublevas contra esa lógica absurda, podrán llamarte alguna cosa que además de ser muy fea es también verdad. Así están los valores. Lo dicho, mocoso: cuenta con mi compasión. (*Lo entrega.*)

Amalia. — El diablo metido a predicador.

Don Andrés. — Justamente. Sólo el diablo puede predicar con eficacia. En el concepto de ustedes todos los grandes hombres serían sinvergüenzas, desahogados, como dicen...

Enriqueta. — Como usted... sabe.

Don Andrés. — Sólo que cuando son grandes, cuando todo el mundo se entera de que son grandes — ¡miserable privilegio! — todo el mundo se olvida también de que han sido sirvergüenzas.

Enriqueta. — ¡Por dónde vamos a declararlo a usted prócer!

Pepita. — ¡Vivan los sinvergüenzas!

Laura. — ¡Vivan!

Don Andrés. — ¡Y adelante con los faroles!

Pepita. — Como dicen.

Don Andrés. — Eso es: como dicen.

(*Risas. Don Andrés pellizca disimuladamente a Pepita.*)

Pepita. — Las manos quietas.

Don Andrés. — Probaba mi condición.

(*Risas otra vez. — María Luisa sisea desde adentro. Por izquierda Doña María y Don Juan. Llegan a tiempo para presenciar la jarana. Silencio embarazoso. Amalia se lleva al nene.*)

Enriqueta. — ¡Don Juan!

Don Andrés. — Estábamos aquí... viendo al nieto... (*Los viejos permanecen en silencio, juntos, hoscos, sin mirarse.*) La curiosidad vence siempre a la prudencia... y cosas de mujeres...

Francamente el chiquillo es una delicia... Y es que la naturaleza... ¡Caramba! Es una situación...

(Por derecha María Luisa.)

María Luisa. — ¡Papá! Entren.

(Los viejos cruzan la escena en silencio, sin mirar a nadie, como si fuera de ellos el pecado de Raquel. Mutis derecha seguidos de María Luisa.)

Pepita. — ¡Gracias a Dios!

Laura. — Yo no sabía qué decir...

Don Andrés. — Por eso no has dicho nada. Y mira, es mejor que las tonteras mías.

Pepita. — ¿Nos vamos?

Don Andrés. — Es lo más oportuno. Ustedes ya tienen comentario para mañana y pasado. Todo un problema resuelto, pues. Alors...

Pepita. — Pero así...

Don Andrés. — También estas despedidas son de París, francesas, pura uva, como dicen...

(Mutis izquierda. La escena queda sola y ya bastante oscura. En el patio alguien enciende un farol. Por derecha Amalia y Enrique.)

Amalia. — Cuantos menos testigos mejor.

Enrique. — Opino lo mismo. *(Amalia se sienta próxima a la ventana y Enrique en el extremo opuesto de la habitación.)* Debe ser tarde ya.

Amalia. — Las ocho. Este farolito del patio es mi reloj. Las medicinas de Raquel me obligaron a comprar ese que suena sobre la mesa. Pero yo tenía otro más cómodo.

Enrique. — ¿Más cómodo?

Amalia. — Sí. Verá usted: el pregón del verdulero, las siete de la mañana, hora del desayuno y del trabajo; a las once, el pito de la fábrica próxima; dos y media, cruza el patio el vigilante del departamento vecino; las cuatro, el pan nuestro de cada día anunciado por los cascabeles de la jardinera; las seis, otra vez la fábrica; las ocho, esa luz; las diez, toque de ronda. Me parece que mayor comodidad...

Enrique. — ¿Y después?

Amalia. — Después la cama, las confidencias con la almohada,

una que deja de ser una porque el sueño la hace vivir como otras. ¿Para qué reloj, entonces? Ya se encarga la realidad de apuntarnos con sus manecillas y señalarnos nuestro camino y nuestro sufrir.

Enrique. — (*Ya de pic.*) A mí no se me ha ocurrido nunca comprarme un reloj. Les tengo fastidio.

Amalia. — Rarezas.

Enrique. — Allá en casa, la vieja, hace algunos años, me puso un despertador en la mesa de luz. Tuve mucho tiempo su tic-tac en la cabeza. Pero era un tic-tac el de aquel reloj, particularísimo, a veces rezongo, a veces súplica. De mañana me decía: levántate, no seas perezoso, vete a buscar trabajo, y yo vago entonces como ahora, lo hacía callar colocándolo debajo del colchón o tirándolo contra la pared. Inútil, todo inútil; a la mañana siguiente lo mismo. Vivía para atormentarme; más daño me causaba su girar que los retos del viejo. Cuando en algún amanecer borrascoso, en alguna trasnochada de esas tan frecuentes en mi vida, me pillaba un minuto de conciencia, volvía a sermonear: son las cuatro... a estas horas otros hombres van al trabajo... retírate; tu madre estará impaciente viendo tu cama vacía; no te arruines la salud... Y luego, al entrar a casa de puntillas y sentir la tos de papá; ¿ves? ¿no te decía yo?... Concluí por tirarlo al pozo.

Amalia. — Como a San Antonio.

Enrique. — El santo de las mujeres sin novio.

Amalia. — El mío.

Enrique. — ¿Lo ha castigado ya?

Amalia. — Al sol lo tengo desde diciembre.

Enrique. — ¿De veras?

Amalia. — De veritas. (*Pausa.*)

Enrique. — Voy comprendiendo ahora la utilidad de ese juguete.

Amalia. — ¿Se refiere?

Enrique. — A éste.

Amalia. — ¿Y cómo así?

Enrique. — Porque algún día volverá San Antonio a la sombra. Gracias a él podrá usted saber y decir: ahora duerme, ahora trabaja, ahora estará en tal sitio, falta media hora... y diez minutos, y cinco... Y después, andando el tiempo: ¿cuándo le toca al nene?

Amalia. — Eso lo ha leído usted.

Enrique. — En sus ojos.

Amalia. — ¡ Jesús qué expresivos!

Enrique. — Y qué negros y qué hondos, y qué bien está usted con esa risita, y... ¿ a que mañana me compro un despertador?

Amalia. — ¿ A que se queda dormido o lo estrella contra el muro?

Enrique. — ¿ A que no?

Amalia. — ¿ A que sí?

Enrique. — A que... (*Se miran sin hablarse. Enrique se aproxima y estira la mano esperando la de Amalia. Pero en este momento llaman a la puerta de la izquierda.*) ¡ Tengo una suerte!

Amalia. — ¿ Será él?

Enrique. — No es difícil. (*Mutis izquierda.*)

Amalia. — Preveniré a María Luisa. (*Mutis derecha. Vuelve Enrique seguido de Roberto.*)

Roberto. — ¿ Cómo sigue?

Enrique. — Bien, bastante bien. Ahora están con ella los viejos.

Roberto. — Entonces...

Enrique. — Sí, no es el momento más oportuno. Aunque ya están avisados.

Roberto. — Aconséjeme usted.

Enrique. — Yo... Ahí está mi hermana. Ella le explicará...

(*María Luisa por derecha. Enrique hace mutis.*)

Roberto. — María Luisa... Dispéñeme usted la hora y la molestia... Pero desde que su hermano me dejó esta tarde... Pensé retardar la visita... Me ha vencido luego la curiosidad, la pena, la... Vuelvo a vivir un pasado apenas pasado, y al vivirlo, no puedo olvidar que quise, que tal vez quiero aún...

María Luisa. — (*Sin mirarlo hasta el final.*) Tal vez... Sin esa seguridad no comprendo...

Roberto. — Estoy aquí y eso basta. No he querido contrariar este impulso.

María Luisa. — Debo advertirle que soy ajena a las negociaciones de la entrevista.

Roberto. — Negociación... No es la palabra, María Luisa.

María Luisa. — Es la realidad.

Roberto. — En la realidad me puse al mandar una esperanza; en la realidad estoy al compadecer a Raquel con el alma toda; realidad es mi sentir de hoy, como realidad fué, y no audacia

preconcebida, mi pasión de entonces. Mientras somos jóvenes, mientras nuestra vida no tiene ayer ni mañana, es difícil refrenar los impulsos de un hoy todo nervio y sangre y alegría y despreocupación. Yo no he dicho todavía "soy" un canalla, aunque quizás diga andando el tiempo "fui" un canalla.

María Luisa. — Tampoco pensé en recriminarle.

Roberto. — También recrimina el silencio.

María Luisa. — El mío no.

Roberto. — ¡Pues si viera usted cómo lo he sentido siempre! Más que la indignación de Raquel, más que sus protestas y su llanto, detenía mi regreso de arrepentido, ese dolor suyo que apenas sale a los ojos.

María Luisa. — Dolor. Ahora soy yo quien rectifica.

Roberto. — Dolor, repito. Si alguna vez supo usted comprenderme sin oirme, no me exija ahora otra explicación. Ella sería inútil y cruel. Algún día, no sé cuándo, usted ha de explicárselo todo para disculparlo todo también. Entonces dejará de soñar con la perfección, y verá la vida tal cual es. Deme usted la mano, y sea usted mi amiga, y míreme usted a la cara, y ayúdeme a consolar esa otra aflicción que, con ser más honda, tiene todavía remedio.

María Luisa. — ¿Por qué más honda entonces?

Roberto. — ¡Defiende usted su pena!

María Luisa. — ¿Qué menos si no supe defender mi dicha!

Roberto. — ¿Y si al fin llegara?

María Luisa. — Ya es tarde. Trataré de vivir en el corazón de ese niño para contarle un día la historia de una mujer sin historia.

Roberto. — ¿Puedo yo consolarla todavía?

María Luisa. — No, Roberto: la compasión sería un nuevo engaño. Déjeme usted.

(María Luisa le extiende su mano; pero sin atreverse aun a mirarle.)

Roberto. — ¿No quiere usted mirarme?

María Luisa. — *(En un supremo esfuerzo.)* Sí. ¿por qué no?

Roberto. — Gracias. *(Breve silencio. María Luisa y Roberto permanecen cogidos de la mano.)* ¿Podré verla ahora?

María Luisa. — Sí, los viejecitos están ya advertidos y resignados.

Roberto. — ¿Y ella?

María Luisa. — A ella no era necesario decirle nada. Lo espera; lo ha esperado siempre.

Roberto. — Condición del dolor es recordar... ¡Pobre Raquel! ¡Qué fácilmente entré en su corazón y qué difícil le resulta echarme de él!

María Luisa. — ¿Pero cree usted que quiere echarle?

(Breve pausa.)

Roberto. — ¿Me acompaña usted?

María Luisa. — Prefiero quedarme. *(Mutis Roberto por derecha. María Luisa contiene su emoción y se acerca a la ventana. Pasan por el patio hablando en voz baja Amalia y Enrique.)* ¡Ellos también!

(Por derecha, Don Juan y Doña María. Esta se sienta en un rincón; Don Juan se acerca a su hija.)

Don Juan. — ¿Qué hace, mi hija?

María Luisa. — Nada, papá.

(Pausa.)

Don Juan. — ¿Lo viste?

María Luisa. — Sí, papá.

Don Juan. — Yo... yo no he querido, no quiero autorizar esto. No es una solución, no es lo lícito.

María Luisa. — ¡Lo lícito! Si al fin viene la dicha. ¿qué importa por dónde? ¿No ha sido tu felicidad vernos felices a todos? ¿Y si ella comienza a serlo, no estarás tú también en el mismo camino?

Don Juan. — *(Poco convencido pero sin argumentos.)* Quizás. Yo sólo sé que nos cuesta muchas amarguras. ¿Verdad, María?

Doña María. — ¡Ha quedado tan contenta Raquel!

María Luisa. — Pobre mamá.

Don Juan. — Pobre tú, hija mía; tú que no nos has hecho llorar nunca.

María Luisa. — ¡Nunca! Por eso me ha tocado llorar a mí.

(Don Juan se acerca cariñoso a su mujer; María Luisa añora Dios sabe qué, poniendo la mirada en el pedazo de cielo que descubre la ventana.)

LAS CALLES SOLAS

Vago al azar, lo mismo que una sombra... Desiertas pasan, unas tras otras en procesión las puertas...

En las noches de tedio forja el ánimo triste que nada de todo esto que me rodea existe...

¡Dolor, el más doliente, mi dolor!... ¿tú no sabes, cuando en invierno enigran, a donde van las aves?...

Esta ciudad es una perspectiva de techos...

y sin embargo, hay muchos que viven satisfechos, sólo que... en fin... La vida que agobia es una carga, a veces por lo corta y a veces por lo larga...

Para los menos, todo... para los más, apenas...

¡ya estamos dando mucho que decir a las hienas!...

Hay noches en que todo me parece sombrío, desde el azul del cielo, hasta el blanco del río...

y es entonces... ¡quien sabe!... la soledad... el viento... según sea el estado de mi temperamento...

Vago al azar por esas callejuelas lejanas...

no quiero que me acechen el paso las ventanas...

yo entiendo ese lenguaje de señas de los muros y el diabolismo de esos portales tan oscuros...

Las cosas tienen alma lo mismo que los seres: si blasfeman, son hombres; si lloran, son mujeres...

Cuando, con la caricia del sol sube la hiedra, hay estremecimientos lascivos en la piedra...

¿Por qué serán tan malos, algunos?... Hace poco, un pobre viejo, casi casi se vuelve loco:

¡le robaron la hija, se la llevaron lejos!...

los pobres no debieran jamás llegar a viejos...

... y es entonces que todo me parece sombrío, según sea el estado del espíritu mío...

Vago al azar por esas avenidas del centro,
con este mundo extraño que me ahoga aquí dentro...
y me sigue en torno, como gesticulantes,
las tristezas de ahora y los sueños de antes...
Amé, sufrí... ya puedo mirarme en el pasado:
no estoy arrepentido, estoy envenenado...
;primavera del alma, amor, amor, amor!...
... recuerdo que Mercedes parecía una flor...
en cambio Lulú, siempre celosa... y con sus celos
me hacía gastar toda la plata en caramelos...
;Oh, qué pavor inspiran estas calles tan solas!...
en lo alto, las nubes... a lo lejos, las olas...
realidad que me asedia, obsesión que me abrasa...
un astro me sonríe... la muchedumbre pasa...
y es entonces que todo se me antoja... no sé...
según esté mi espíritu... eso: según esté...

Vago al azar, lo mismo que una sombra... y a ratos
mis ojos fosforescan como los de los gatos...
;la lucha, esa nostalgia de la lucha!... En la vida
lo que nace se muere, lo que muere se olvida...
en pos de un año, el otro... una hora, otra hora...
el mismo panorama de sol en cada aurora...
la sensación eterna en cada despertar...
levantarse, lavarse, desayunarse, andar...
vivir, morir... y bueno... no hay otra perspectiva:
el horizonte abajo... lo inexcrutado arriba...
de aquella hermana joven ya ni la sepultura,
y de mí... cualquier cosa... la vejez prematura...
con los años se vienen todos los desengaños...
;no hay vejez más amarga que la de los treinta años!...
... y es entonces... quien sabe... son cosas del esplín...
la neurastenia... el viento... la soledad... en fin...

FEDERICO A. GUTIÉRREZ.

URQUIZA Y LA CONSTITUCION DEL 53

El 25 de Mayo de 1910, cumplió nuestra República cien años de vida propia, y llevamos vividos cuatro de la segunda centuria. Un paso más y habremos arribado a 1916, centenario de la declaración de nuestra independencia.

Las naciones del viejo mundo, que siguen con tanto empeño el desarrollo y progreso de las del nuevo, — sin duda porque ven en ellas la fuente de una gran civilización que ya se diseña en el concierto universal, — nos acompañaron en nuestros regocijos y festejos de aquel año, y nos prestaron su concurso para realzar la magnitud del acontecimiento.

Pocos fueron los que se detuvieron a pensar lo que importaban esos cien años de vida transcurridos, y menos aun los que estimaban en su propio valer el esfuerzo y sacrificios que costó a otros, que no fuimos nosotros, la conquista de la prosperidad que disfrutamos.

Nuestra historia, como la de todos los pueblos de la tierra, registra muy variados acontecimientos, de gran trascendencia los unos, relativamente importantes los otros.

El de la revolución es de primera magnitud, precisamente porque sin ella no se hubieran producido los que le siguieron, desde que dió nacimiento al pueblo que los sustentó.

Pero en el orden institucional, es decir, desde el punto de vista de la organización constitucional del país, cosa mucho más grave aún que la revolución misma, vive un hecho que a mi humilde juicio, vale tanto como el movimiento inicial y significa en su finalidad un doble esfuerzo. A él se vincula la figura de un gran hombre, el general don Justo José de Urquiza, que en los días que corren, empieza a cobrar el alto relieve que le corresponde entre las más grandes figuras de nuestra historia.

Caseros, partida de defunción de un tirano y fe de bautismo de un pueblo libre por su propia soberanía gobernado, marca en la vida de nuestra República el acto más trascendental.

Sin Caseros no podríamos hoy mostrar al mundo esta prosperidad que nos enorgullece y habríamos soportado hasta muchos años después las calamidades que aquejaron a nuestro pueblo.

Como acto de guerra, su importancia es secundaria, si bien es cierto que exigió un esfuerzo sobrehumano de larga gestación, y miles de vidas se dieron por su conquista. Y digo secundario, en relación a lo que vino después del 3 de Febrero de 1852.

Desde la revolución hasta esta fecha, no se había tenido propiamente hablando, ni constitución, ni gobierno, ni libertad, y era su negación absoluta la situación caída. A partir de ella se siente germinar con gran potencia la consolidación del Estado en su entidad política interna y externa, gracias a la clara visión del que cargara con la muy grave responsabilidad de su gobierno y manejo inmediato.

Urquiza tiene de su posteridad mucho que cobrar aún; las grandes rivalidades de hombres y partidos que en su tiempo agitaran tan cruelmente su vida, laten todavía, sin que por eso se haya menguado la justicia que le espera y que alcanzará sin duda, en contra de todas las voluntades adversas.

Del estudio tranquilo, meditado e imparcial de los documentos de la época de la reorganización nacional, se alza majestuosa la figura de Urquiza y se eleva por sobre todos los que en aquel momento histórico pretendieron aniquilar su acción o arrebatarle su obra, con la serenidad propia de los espíritus superiores que soportan y dejan pasar las borrascas que tienen la virtud de probar la firmeza inalterable del héroe.

Voltear a Rosas del poder sería una gloria para el que lo consiguiera y un gran alivio para todos. Muchos lo intentaron sin éxito, Lavalle entre ellos con tan trágico fin, y los más guardaron su persona, sus enconos y protestas en los países vecinos en calidad de expatriados, para volver después de la victoria a disputar el honor de la nueva conquista de la libertad.

Vale por un mundo para nuestro país, el hecho sólo de arrancar a Rosas de su silla criminal, y para gloria y gratitud a Urquiza hubiérale bastado este solo acto.

Sin embargo, Urquiza es más grande como estadista que como militar, su obra verdadera empieza recién después de Caseros,

y su combate más serio lo libró durante varios años posteriores; con el Acuerdo de San Nicolás, en los preliminares de la Constitución del 53, en su presidencia, etc., con todos sus enemigos políticos por razones de rivalidad, que tanto dificultaron su camino y que hoy mismo prolongan la sombra de su influencia retardando la justicia póstuma.

La Constitución que hoy rige los destinos de la Nación, obra de Urquiza, levantó en el escenario político de la época la polémica más temeraria, en la que los impugnadores subordinaban la suerte de la República a sentimientos localistas mezquinos y peligrosos, que pusieron en dura prueba la nacionalidad.

*

El acuerdo de los gobernadores de provincia celebrado en San Nicolás de los Arroyos el 31 de Mayo de 1852, a que convocara Urquiza a raíz de la caída del tirano, fué la manzana de la discordia y el pretexto de que habían de valerse los de Buenos Aires, para oponer su intransigencia e imperialismo a la obra del libertador, que desde ese momento comprendió el duro camino que debía recorrer para alcanzar la integridad y reorganización del país.

No podían conformarse con que un hombre de Entre Ríos y no de Buenos Aires, llevase la dirección del nuevo orden de cosas después de haber sido quien los librara de su yugo, y se hizo necesario entonces, manifestar desde el primer momento su disconformidad con todos sus actos.

No otra cosa inspiró la actitud de la Legislatura de Buenos Aires, con el gobernador López a su regreso del Acuerdo, donde, como todos los demás gobernadores, igualmente interesados por la suerte de sus provincias, había consentido en reconocer transitoriamente en el general Urquiza y hasta tanto se constituyera el gobierno definitivo, al Director Provisorio de la Confederación, con las facultades que le eran en ese momento indispensables para el cumplimiento de su mandato. Se encontraron las atribuciones excesivas, se arguyó de no haber antes el Gobernador solicitado la autorización para concurrir del Honorable Cuerpo, para concluir desaprobando su adhesión al Acuerdo.

La valiente defensa del ilustre gobernante hecha por su Ministro de Instrucción Pública, doctor Vicente Fidel López, es la más

elocuente pieza de la época, y ella por sí sola equivale y destruye todo cuanto se dijo infundadamente en aquella asamblea de tan funestas consecuencias para la unión nacional. Sus principales promotores anotaron aquel día, una grave falta en su foja de servicios.

De allí nació el golpe de estado del general Urquiza, la revolución de 11 de Septiembre del 52 a su retiro de la provincia, la separación del *Estado de Buenos Aires* y como consecuencia, las luchas constantes hasta su reincorporación después de Cepeda.

En este intervalo, es decir, desde el Acuerdo de San Nicolás hasta Cepeda, Urquiza desplegó una energía y actividad pasmosa en favor de la reorganización y paz de la Nación.

Desde el primer momento dejó notar que su anhelo más profundo y sentido era el bienestar de su patria; y así lo dice en la primera comunicación que dirigió desde el campo de batalla de Caseros el mismo día de la gran victoria — 3 de Febrero de 1852, —al Gobernador delegado de Entre Ríos, don Antonio Crespo:— “A Dios mi amigo. El futuro engrandecimiento de nuestra patria llena de un santo júbilo a S. S. Q. B. S. M.”

Urquiza no abusó de su situación, primó en él el buen sentido, revelando por este lado gran cimiento en su carácter.

En una carta de don Adeodato de Gondra, de 14 de Febrero del 52, dirigida al entonces gobernador de Tucumán, general don Celedonio Gutiérrez, se lee: “. . . que la moderación del ilustre general Urquiza después del triunfo, su magnanimidad y su programa político le han cautivado para siempre las simpatías de todos los hombres de este país, aún las de aquellos que antes se habían mostrado sus acérrimos enemigos. Yo no tengo la menor duda de que este hombre de principios tan saludables, de una firmeza de carácter verdaderamente militar y de una nobleza rara de principios, es el único que hoy puede hacer la felicidad de la República llevando adelante la grande obra de la organización nacional que tan felizmente ha comenzado”. Decía una gran verdad, Urquiza era en aquel momento la salvación del país. Y si no, ahí están los acontecimientos posteriores, en que su voluntad de hierro y su grande amor a la patria, le inspiraron tan acertadamente al avocarse el más grave problema que él mismo se planteara después de la victoria: ¡La Constitución!

Si Urquiza hubiese sido simplemente un militar, al que una feliz aventura de guerra le permitía alcanzar el honor de derro-

car a un tirano y devolver la libertad a un pueblo, hubiese desaparecido poco después de la escena nacional, sin dejar otra huella que la de su espada.

Pero es que su obra se inicia, como dije anteriormente, después de la derrota del usurpador, y aparece detrás del soldado el estadista y el hombre de gobierno. Dictar una constitución no se le ocurre a quien solo tiene principios de cuartel, y no es cómodo empeño encauzar a un pueblo habituado al desorden y a la anarquía en una nueva vida de orden, de paz y de concordia.

La conquista de este bien, difícil por sí misma, se agrava, cuando, como en el caso de Urquiza, se oponen violentas pasiones de adversarios tenaces, que por combatir al hombre no temen hacer zozobrar la idea, con evidente perjuicio para la República.

Esta es la acción de los dirigentes de Buenos Aires a que se refiere Urquiza en un párrafo de su circular de 24 de Julio de 1853 al gobernador de Entre Ríos: "En esta política, dice, hay una indigna astucia que tiende a personalizar las cuestiones del más alto interés general, para debilitarlas y por medio de la cual se pretende encubrir el odio que se profesa a las cosas con el rencor que se propaga contra los que las han promovido. Es por quitar este pretexto que he determinado poner en manos del Congreso la renuncia que contiene el mensaje. Si el Soberano Congreso resolviese admitirla, me proporcionará la ocasión de hacer un servicio más a mi patria, y de adquirir la gloria que más puede satisfacerme. El gobierno de Buenos Aires entonces quedará obligado a responder a la razón y a los contemporáneos de los motivos que le inducen a rechazar una constitución que no ha sido hecha para servir a los intereses ni a las pasiones de ningún hombre; una constitución sancionada por autoridad competente y que es la más alta expresión de las necesidades de la República Federal; necesidades de honor, de localidad y de progreso".

El general Urquiza se explicaba esta animosidad contra su persona y sus propósitos en la misma circular diciendo: "Por el triunfo de Caseros había sucedido yo a una administración que había acumulado contra sí odios profundos y venganzas implacables. Natural era que los hombres que abrigan estas pasiones odiosas, tratasen de asaltar al poder libertador, procurando desviarlo del principio moral y salvador de la fusión de todos los partidos que en mi programa de 1.º de Mayo había anunciado a

los pueblos, sería el padrón incommovible de mi política. Los contuve con firmeza y evité la reacción que habría ensangrentado la República. Pero todas aquellas iras de partidos que no pudieron cebarse sobre los enemigos designados por su voracidad, dirigieron desde entonces sus envenenados tiros contra el obstáculo levantado entre ellos y sus víctimas.

“El Congreso puede suprimir mi persona. Yo lo deseo ardentemente y lo agradeceré con extraordinario reconocimiento. Mas con las mismas fuerzas de mi ánimo, representaré la necesidad de mantener invulnerable y permanente el principio de la fusión de todos los partidos, del olvido de todos los extravíos y de la tolerancia de todos los errores pasados. Sin esto, no hay salvación, patria ni constitución. Los que quieran las instituciones sin los hombres, no quieren nada...”

Y hubiera declinado sin resentimiento su investidura de Director Provisorio de la Confederación y Encargado de las Relaciones Exteriores, si con ello conseguía mejorar realmente la situación política y salvar la organización constitucional de la República. Pero comprendió que debía luchar sin desfallecimiento y concluía entonces su comunicación con estas palabras:

“Obremos y no nos dejemos irritar ni commover por las injurias con que pretenden nuestros enemigos entretener el fuego de la discordia, que es tan necesario extinguir. Obremos como hombres, suframos pacientemente los insultos que nos prodigan esos pocos extravíados, cuya vanidad herida es su sola grande pasión. Olvidemos todo para recordarnos en todos los instantes que nuestra patria no necesita más que paz, confederación y constitución”. Y continuó su obra.

*

En vano gestionó el general Urquiza la concurrencia de los representantes de Buenos Aires al Congreso Constituyente de Santa Fe, pues había ya el propósito deliberado de no contribuir a que la Constitución se dictara. “Más de una vez en las Cámaras y en los diarios se formuló un pensamiento concreto: *Tememos la Constitución definitiva de la República bajo el Gobierno del General Don Justo José de Urquiza; contribuiremos a formarla el día que su influencia desaparezca*”.

Contrastes de la historia; los mismos hombres que entonces

gobernaban la Provincia, en su mayoría habían colaborado en el bárbaro desgobierno de don Juan Manuel, y a muy breve tiempo de su caída, manifiestan su *temor* por una constitución que, en el peor de los casos, importaba una gran mejoría de su estado anterior.

Urquiza empleó todos los medios pacíficos para conquistar a Buenos Aires; pero el tratado de 9 de Marzo de 1853, completamente desventajoso para su política, que, como era natural, no aprobó, le hizo comprender que todo arreglo con los hombres de Buenos Aires era imposible dada su excesiva intransigencia.

Como se recordará, esto trajo como consecuencia las medidas de guerra contra la Provincia, que terminaron con la traición del almirante Coe y la desorganización del ejército de Urquiza.

No le quedó, pues, más camino, si no deseaba malograr todos los esfuerzos realizados hasta entonces, que reunir los representantes de las demás provincias y dictar la Constitución sin la concurrencia de Buenos Aires. Sinceramente declaró su pena por esta circunstancia, en el mensaje que leyó un representante suyo, por no poder asistir él mismo, el 20 de Noviembre de 1852, al instalarse el Congreso Constituyente en la ciudad de Santa Fe. Decía entonces: "Porque amo al pueblo de Buenos Aires, me duelo de la ausencia de sus representantes en este recinto. Pero su ausencia no quiere significar un apartamiento para siempre: es un accidente transitorio. La geografía, la historia, los pactos, vinculan a Buenos Aires al resto de la nación. Ni ella puede vivir sin sus hermanas ni sus hermanas sin ella. En la bandera argentina hay espacio para más de catorce estrellas; pero no puede eclipsarse una sola".

Era su sueño, unir a todas las hermanas para siempre y dejarles escrito, de acuerdo con su propia deliberación, los principios que debían guiar su gobierno común.

Por fin, el primero de Mayo de 1853 el Congreso Constituyente sancionó la Constitución Argentina y pudo el general Urquiza, en el día glorioso del 25 del mismo mes, declararla ley fundamental de la Nación.

Su presidencia, de 1854 a 1860, la primera constitucional, fué de grandes beneficios para la República, y aparte de los serios problemas de orden muy diverso en que le tocó entender, hubo de llevar nuevamente las armas de la Confederación, contra el *Estado de Buenos Aires*, en la acción de Cepeda, que terminó con

el pacto de 11 de Noviembre de 1859, en virtud del cual Buenos Aires debía reintegrarse a la unión de las demás provincias y jurar la Constitución del 53.

Con Cepeda y poco después Pavón, quedaba sellada definitivamente la unión de todas las provincias y consagrada la constitución, con las ligeras modificaciones introducidas por la Convención de Buenos Aires del año sesenta.

A Urquiza debemos, pues, entre otros muchos servicios, dos muy grandes; el derrocamiento de un tirano ensoberbecido durante veinte años, y la organización de la República con la constitución que hoy nos gobierna, y a cuyo amparo se produce ahora esta gran regeneración política que ofrece al país una práctica democrática pura y gobiernos de verdadero origen popular, y a los que nos miran desde afuera, el ejemplo de un pueblo libre en pleno goce de sus derechos.

Sin embargo, a Urquiza no se le ha comprendido aún o no se le quiere comprender, su obra es muy superior a la de otros bienhechores de la patria, a quienes la posteridad les está con exceso agradecida.

Tiempo vendrá sin duda en que la justicia se imponga por sí misma, y entonces se habrá visto esta gran figura erguirse por sobre los puntos más culminantes de los bronce y mármoles que hoy consagran al recuerdo y la veneración a ilustres próceres de la República, pero que no pueden reclamar la gloria de mantenerse al mismo nivel.

JULIO GONZÁLEZ YRAMAIN.

Buenos Aires, Setiembre de 1914.

ENTRE LOS FARISEOS...

Hace tiempo que aprendí no sé donde, ni de que labios, el cuento que voy a referir. Es un cuento breve y sencillo; tan breve y tan sencillo que para muchas gentes ha de resultar insubstancial. Pero como ha de agradar a otras gentes, a ellas voy a referirles el cuento.

Era un pueblo cuyo nombre ha olvidado la historia, acaso por sentencia de unos jueces tan sabios como aquellos que condenaron a la pena de olvido al incendiario del templo que pretendió adquirir celebridad con su delito.

Era el pueblo de los fariseos. Y si la historia ha olvidado su nombre y el de cada uno de sus habitantes, en cambio ha recordado siempre sus costumbres para presentarlas sin piedad al vilipendio de los siglos.

Gustaban los fariseos de todos los placeres materiales; durante las horas de la noche se entregaban a los vicios más abominables, entre los cuales eran los menos torpes las danzas, los juegos de azar y la embriaguez. Los que solo practicaban estos vicios recibían de sus conciudadanos el nombre de "impecables". La calumnia era esgrimida como el arma más lícita, pero a fuerza de serlo había concluído por resultar ineficaz, pues nunca podía saberse cuando hablaba la verdad un fariseo, si es que la hablaba alguna vez. La impudicia había llegado a tal punto que comerciaban con el honor de sus esposas y de sus hijas, practicaban la usura más repugnante, y hasta llegaban a envidiar, por una aberración incomprendible, a los que realizaban los actos más innobles.

Pero como acontece siempre, los que más lejos están de Dios, son los que aparentan encontrarse más cerca, y por consecuencia los fariseos, para simular las virtudes que no tenían o para ocultar las miserias en que nadaban, durante una hora determinada del día, por lo general a las doce, acostumbraban concurrir al

templo, y arrodillados y cabizbajos delante de sus ídolos, escuchaban del sacerdote una breve alocución que no entendían, porque empleaba una lengua muerta, y se retiraban tranquilos a sus moradas, como si con ello hubieran quedado sus conciencias exentas de pecado.

Ninguno de los fariseos podía distinguirse de los demás en razón de sus costumbres. Solo un hombre permanecía, entre ellos, completamente ajeno a sus afanes y trajines.

Se le apellidaba el hombre extraño. Su conducta encuadraba dentro de lo que él llamaba la moral absoluta.

Para llegar a Dios, decía, sólo se necesita una cosa: cumplir con los mandatos imperativos de la conciencia. En cambio, la ética de los fariseos proclamaba este postulado: todo es cuestión de fórmulas.

Como era natural, aquella conducta tan en disonancia con el medio ambiente, había de acarrearle los enconos más formidables. Así fué en efecto. Muchas veces había sido invitado a las orgías, pero constantemente había rehusado las invitaciones, sin reprochar en otra forma que con su silencio, a tanta licencia y tanta hipocresía.

Como los fariseos no conocían la virtud, o por lo menos, como no la practicaban, tampoco podían concebir la existencia de un hombre que no estuviera envilecido. Debe ser un malvado, murmuraban algunos por lo bajo. Indudablemente, respondían otros. Y los más audaces, al fin, aseguraban que era un hombre siniestro. Se dice, agregaban los más cínicos, que ha cometido grandes crímenes en los lejanos países que ha recorrido. Se dice, repetían otros, con marcado espaviento, que no adora a los ídolos de la ciudad, y hasta que adora a los ídolos del pueblo que está al otro lado del arroyo... ¡Qué monstruo! exclamaban todos en coro. ¡Es posible que un hombre semejante pueda vivir entre nosotros!

Así estallaban de cuando en cuando aquellas tormentas de odios, pero a fuerza de ser injustas, se disipaban luego, y el hombre extraño, o por mejor decir, el hombre, volvía a ser olvidado, sin que dejara de ser odiado. El se conformaba con sentirse bueno.

Y no solo no caía en el mal que lo incitaba, sino que realizaba todo el bien que podía, y que se hacía tan difícil entre los fariseos. No hay para que decir que en cambio no recibía más que ingratiitudes. El se resignaba diciendo a su conciencia: No solo los per-

dono sinó que tambien los compadezco, porque ignoran la dicha de ser buenos.

Y seguía su ruta invariable y tranquilo.

Sin duda, su firmeza de carácter acrecentaba el rencor fariseo que no podía perdonarle aquella superioridad que los humillaba, y cada uno de los habitantes del pueblo espiaba el más nimio de sus actos, a ver si descubría alguna falla de donde poder inferir que aquel hombre estaba modelado de la misma pasta que todos los fariseos.

Algunos que habían recibido favores de aquel hombre, por grande que fuera su depravación, no dejaban de amarlo y respetarlo; pero lo amaban y respetaban en secreto. Jamás se hubieran atrevido a confesar públicamente sus sentimientos; ello hubiera equivalido a desafiar las iras de la multitud.

Acostumbraban los fariseos, siguiendo una costumbre tradicional, profundamente arraigada, lavarse las manos en agua coloreada con vino tinto en el momento de acostarse. En tiempos remotos, puede decirse legendarios, la costumbre había sido, según la tradición, lavarse las manos con sangre; aunque difícilmente se alcanza como podía obtenerse aquella en suficiente cantidad. Después la sangre fué sustituida por el vino, y por fin con el agua coloreada con vino.

Es el caso que, como acontece siempre, la absurda práctica se perpetuó por espíritu de rutina, pero fué degenerando poco a poco hasta convertirse en una fórmula vana y ridícula.

Esta costumbre, o por mejor decir, esta ceremonia, simbolizaba el arrepentimiento de las culpas; se decía que la sangre lavaba todas las manchas y que el hecho de lavarse implicaba la confesión de aquellas.

Ninguno de los fariseos, cualquiera que fuese su condición y situación, dejaba de practicar todas las noches esta ceremonia, y por nada de este mundo hubiera incurrido en falta tan horrenda...

Y como iba diciendo, todos los fariseos de la ciudad, observaban, o más bien dicho, husmeaban los menores actos del hombre extraño, convertidos en pesquisas encarnizadas, ansiosos de descubrirle alguna falta en su conducta que diera pábulo a la crítica más sangrienta. Y por fin, una noche, dos fariseos, tal vez los más viles y miserables de todos, decidieron ir a espiarlo en el momento en que se entregaba al reposo, y ¡cuál no sería su indig-

nación y su regocijo al propio tiempo, cuando contemplaron que aquel hombre solo se lavaba las manos en agua pura!...

Con los ojos salidos de las órbitas, los puños crispados y el aliento entrecortado por la emoción, salieron aquellos fariseos dando voces estridentes por toda la ciudad para hacer saber a todos sus habitantes que aquel hombre se lavaba las manos con agua pura...

Media hora después una compacta muchedumbre, fanática y amenazadora, llenaba las calzadas y marchaba en dirección a su vivienda, para arrastrar por las calles el cuerpo de aquel gran delincuente y darle muerte a pedradas en la plaza pública, frente al templo de sus grandes ídolos...

Así acabó la vida de aquel hombre extraño. Algunos siglos después encontré una lápida sobre su tumba en la cual alcanzaba a leerse en caracteres borrosos, sobre una piedra rota, esta inscripción, tal vez incompleta: Entre los fariseos hubo un hombre...

LEOPOLDO VELASCO.

Río Cuarto, 1914.

DE LO QUE DIXO EL JOGLAR A LA SU DUENNA

(A la manera de Juan Ruíz).

Maguer en fabla vieja, fabla de buen joglar
que vos ama, sennora, e vos quier'afyncar
como a grant princessa muy dinna de honrrar,
dezirvos he mi cuyta, queradesm'escuchar.

Sabet que vuestros ojos m'an fecho tal ferida,
que non sé como vivo nin es tal la mi vida
desque vi en la plaça vuestra talla garrida,
e que de me catar vos fuestes y servida.

E non he ya reposo nin de noch'nin de dia,
ca fynca en mi alma la vuestra loçania,
la qual es y fyncada con atanta porfia
que synon con la vida tirar non se podria.

Ansy, quando non veyo la vuestra fermosura
e non puedo pagarme de su real natura,
oteo en mi alma su byen clara fegura
donde mi coraçon se goza syn mesura.

Mas y dond'es mi gozo es mi sobeja pena,
como quier que la vuestra beldat que m'encadena
quisier, sennora mia, fues'para mi tan buena
que me mostras'un poco del amor que me llena.

Por ende fiz', sennora, esta troba quexosa
do vos pueda dezir el amor que m'acosa,
que nos'parte de mi, nin me dexa ver cosa
synon vuestra persona, qu'es como la Gloriosa.

Oytme syn dureça e conortad mi llaga,
ca de fazer el byen, e non de ál se paga,
quien demas de fermosa el ser buena falaga
e quier que buen recabdo de su bondat se faga.

Afyncovos, sennora, dat fyn a mi quexura ;
oytm'e non hayades de la nief'la friura,
ca faredesm'ayna fallesçer de tristura,
e morir desamado es muy grant desventura !

P. E. FRANÇOIS.

Buenos Aires, Agosto 1914.

ROSAS

HISTORIA Y FABULA

(A propósito de un libro)

..... "Si Rosas no fué un genio, fué en cambio un hombre enérgicamente autoritario, aun cuando dejara inconclusa su obra".....

..... "*Defendió al país por amor a la Patria*".....

..... "Ha sido, entre nosotros, el prototipo del hombre de carácter".....

ERNESTO QUESADA. — (*La Epoca de Rosas*).

El doctor Urien, miembro de la Junta de Historia y Numismática, acaba de publicar un nuevo libro sobre Rosas; es decir, sobre "El general Lucio Victorio Mansilla": Lucius Victorius Imperator, como dicen, se soñó el galano escritor, después de hacer presidente a Sarmiento! Digo sobre Rosas, porque el doctor Urien, que nunca ha escrito sobre Rosas un libro, en todos los que ha estampado, sin embargo, resulta éste el personaje principal, — pues insensiblemente el nombre de la portada resulta empequeñecido, y hasta desaparece como eje y motivo, para ser un mero accidente en la obra.

Pertenece su trabajo *histórico* al género de "La Novela de la Sangre", que escribiera el doctor Carlos Octavio Bunge, bajo la sugestión quizás, del ruidoso éxito de Mármol, con su talento incomparable de novelista, en *Amalia*; — pertenece mejor dicho — al género de las obras con que se ha hecho conciencia popular sobre Rosas y su época, v. gr.: "Efemérides sangrientas de la dictadura de Juan Manuel de Rosas — con un apéndice sobre sus

robos", — librejo anónimo; repertorium de locuras y safaduras del "tirano", divertidas y sensacionales...

El doctor Urien, que a ratos enrostra furibundo, al general Rosas, su carátula tragicómica, y por ende los figurones de su teatro, Don Eusebio de la Santa Federación y Viguá, cuando no lo era un personaje de fuste, — lo imita, estampando fantasías no obstante, con la desventaja propia del que imita y está fuera de la época... Entonces, ante la creación imaginativa del doctor Urien, los descendientes de los "lacayos" que gobernaron con Rosas — aludidos en sus páginas, qué debemos hacer?...

No defenderé hoy, como "panegirista y descendiente de los servidores serviles de Rosas", a los buenos federales que después de servir a la patria en los campos de batalla, concurren a los congresos, acuerdos y conferencias para afianzar las ideas republicanas de gobierno, que peligraron mientras un Rosas no las consolidara, con mano firme, cumpliendo el más hondo anhelo de los pueblos.

Hay en nuestra historia, "hechos" que resisten a todo evento, y los de quienes con Rosas a la cabeza, defendieron el territorio y honor nacionales de las intervenciones extranjeras, que si no envolvían designios "recolonizadores" (1) no eran ellos improbables, ni es insensato decirlos posible, en connivencia con algunos logistas unitarios; hechos de positiva consecuencia patriótica, que constituyen antecedentes innegables y confesados de nuestra constitucionalidad: sometimiento de los instintos bárbaros, erección del principio de autoridad, anulación de los cabildeos monarquistas y como consecuencia, expresa determinación del régimen republicano federal en 1831, — hechos todos resistentes al cruel examen del doctor Urien y de los que más ilustres o menos le han precedido y le continuarán en la apasionada tarea.

(1) Sarmiento, cuya palabra no será sospechosa al autor, — advirtiendo la posibilidad de la "recolonización" propuso al ministro Elizalde, en 1866, negociar un tratado de *Arbitraje Permanente* con los Estados Unidos, concebido en la vital necesidad de conjurar una tentativa de las potencias europeas para recolonizar la América del Sur, después que los Estados Unidos por el hecho de la guerra civil, etc., ha perdido una parte de su autoridad moral tanto como poder exterior que como república — (Ofi. número 19 de Sarmiento al ministro doctor Elizalde. — New York. 29 de Julio de 1866).

En 1883, por el mismo peligro se clausuran las escuelas donde se "reitalianizaban" los hijos de italianos nacidos en el país, escapando, o que pretendían escapar al "Jus Soli", incorporado a nuestra Constitución como principio determinante de la nacionalidad...

El autor de "Mansilla" sigue pensando por cabeza de mayores, y adherido a una secta de *escribidores* de historia que en muy poco aprecian el "documento" y desconocen virtudes esenciales, que deben adornar a los que se erigen en jueces de las acciones humanas; anticuado hasta por la calidad de los odios que respira, superando a ratos aun a quienes viviendo la época turbulenta los sintieron con razón o sin ella, es claro, que así, . . . "en la estrechez del horizonte histórico de entonces", como dice el doctor Rafael Obligado, "el pensamiento sea un infeliz que desliza por ahí su vida oscura . . ."

Renán ha dicho: Pensad en que desde el principio del mundo todo está puesto en tela de juicio y si los grandes hombres cuyas obras nos han hecho lo que somos, hubieran razonado más, el entendimiento hubiera sido enteramente estéril. ¡Desdichada generación la que no ha visto más que un orden regular y ha concebido la vida como un descanso y el arte como un goce! Las cosas grandes no aparecen nunca en esos ambientes tibios.

Se comprenderá: el trabajo del doctor Urien está asentado sobre las vías empíricas de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, e incluido entre éstos la fulgurante autoridad de José Rivera Indarte, "dignatario de la calumnia", según el inolvidable autor de "Rosas y su tiempo".

En cuanto a la incontrastable autoridad de los primeros, llamo en mi auxilio al mismo doctor Rafael Obligado (cuyo testimonio no necesito encarecer), quien, como presidente de la Academia de Filosofía y Letras, dijo en el discurso inaugural de la cátedra de Historia de la Literatura Argentina, a cargo de don Ricardo Rojas (el 7 de Junio de 1913): "No sé, — dijo el doctor Obligado, — hasta qué punto puede darse por investigada y escrita nuestra historia política y militar: ni si la respetabilidad de los nombres de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, citando sólo sus artífices mayores, basta para que demos por realizada aquella tarea . . . No se falta al respeto que especialmente en esta casa se debe a nuestros dos ilustres historiadores, afirmando que nuevas investigaciones, con metodología más racional, más científica y por eso más verdadera y humana, pueden hacernos dudar de la exactitud de sus conclusiones en los hechos o de la verdad de la pincelada fisonómica de sus héroes. Esto no los menoscabará, sin embargo — agrega — porque Clío es la musa de la justicia distributiva y sabe bien que ni Curtius, el admirable vidente de

los orígenes y los hechos griegos, ni Mommsen, el concienzudo investigador del Lacio y reconstructor de su historia, pueden escapar a la ley fatal de ir quedando rezagados, porque no se progresa sin dejar atrás aun a los mejores”.

No se dirá de éste lo que se opone sobre historiador tan fundamental como el doctor Adolfo Saldías, para quien se reedita el mote de “panegirista de Rosas”, que con tanta sinrazón le aplicara el talento literario de López, en la irritante imposibilidad de contrarrestar con mejores pruebas y mejor lógica la “Historia de Rosas y de su Epoca”.

Pertenece el doctor Urien al grupo de los rezagados: nada debe la historia a su investigación personal, en esta parte la más interesante. Nada, y para comprobarlo, bastaría citar sus fuentes que él se encarga de descubrir, es posible para divulgar que no ha encenagado su espíritu con las versiones desacreditadas que nos encargamos de propalar los que, defendiendo al dictador, salvamos nuestras tradiciones de familia, y en la imposibilidad de justificar sus excesos pretendemos atenuarlos, explicándolos... Bien que, de acuerdo con la ley romana invocada por Mitre en 1857, contra Rosas, podríamos devolver injuria por injuria... Pero, parodiando, todo nos es permitido hacer contra los detractores, cuya indiscutida autoridad constituye una “tiranía” peor que la “de Rosas” para determinados escritores; todo... menos imitarlos. Apasionado, visiblemente, con perfidia casi, traza el doctor Urien este perfil del general Rosas: “reacio al buen ejemplo y desobediente al consejo en la vida del hogar, condiciones, éstas, que eran ingénitas en él, debido a su crasa ignorancia y a su maldad, porque su temperamento rudo, era rebelde a toda clase de disciplina; disciplina contraria a sus hábitos de tendencia gaucha y porque pasada su juventud en el campo, sus inclinaciones se habían connaturalizado con los egoísmos de la vida campera. Insensible al dolor, y por lo tanto incapaz de ternuras y emociones; su carácter voluntarioso y sus inclinaciones perversas por la completa falta de nociones de moral, tenían que abrirle camino, primero, entre el gauchaje, que lo consideraba como el primer jinete de su tiempo, y luego, entre el círculo de los hacendados pudientes ante quienes pasaba por ser el más competente y entendido en negocios de campo”. El doctor Urien, respecto a sus frases despectivas contra nuestros nobles gauchos, podría encontrar buenas respuestas de plumas ágiles, que como las de Martiniano Legui-

zamón y Elías Regules, sin estrujar el lenguaje, se dedican a exaltar las virtudes caballerescas de los gauchos, que mal que nos pese constituyen el fondo común de nuestros antecedentes históricos. Los gauchos, como los negros que sirvieron a la causa de la revolución, no han podido escapar a los dicitos de esta pluma, con la notoria injusticia que sabe el que tuvo la fortuna de conocer un "negro viejo" en casa de los abuelos.

A la cabeza de los gauchos del doctor Urien vemos a José de San Martín, Roque Sáenz Peña, (abuelo del ex presidente), Miguel de Riglos, Estanislao Soler, Vicente López, Manuel Moreno, Dalmacio Vélez Sársfield, Felipe Arana, José María Rojas y Patrón, los Anchorena, Oromí, Alvear, etc.

Como se ve, los gauchos bárbaros del año 20, habían aprendido a ponerse frac y camisa de blonda como en plena corte de Luis XVI. (1)

El autor de "Quiroga", estudio histórico constitucional publicado en 1907 — como así lo llama enfáticamente, sin ser más que un acumulado bilioso, denunciado y descalificado por su propia carátula, en la que ostenta horrible figura, de mono más que de hombre, que dice ser la del general don Juan Facundo Quiroga: el autor de "Quiroga" — digo — cae en los extremos de sus más grandes predecesores, haciendo de Rosas un personaje más torvo y estéril para el bien que el mismo Atila — de ahí que resulta ilógico el desenlace de Caseros y la Constitución de 1853.

A estar a la afirmación de Pelliza, que ha repetido conceptos de sus contemporáneos más eminentes: "Rosas no había dejado ni una ley, ni un decreto que pudiera ser aprovechable en política o administración. Lo brutal, lo abusivo, lo caprichoso, reinaba en todas partes. Aquello era el desorden sistemático". Para establecer la verdad desinteresada me bastará recordar un antecedente, que echa por tierra afirmaciones tan desgraciadas como la que he transcripto.

En la sesión 38 del Congreso General Constituyente, en Santa

(1) Ya en 1852, lo decía Alberdi, en sus *Bases*: "Rosas no ha dominado con gauchos sino con la ciudad. Los principales unitarios fueron hombres del campo, tales como Martín Rodríguez, los Ramos, los Miguens, los Díaz Vélez; por el contrario, los hombres de Rosas, los Anchorena, los Medrano, los Dorrego, los Arana, fueron educados en las ciudades. La *Mazorca* no se componía de *Gauchos*". Esto último parecería haberlo demostrado acabadamente en mi artículo: "La Sociedad Popular Restauradora y La Mazorca", publicado en 1913, con documentos absolutamente inéditos y de gran fuerza probatoria.

Fe a 20 de Abril de 1853, dijo el doctor Gorostiaga, ocupándose del proyecto de Constitución: "Creo que sólo pueden examinarse dos puntos: primero, la naturaleza de la forma de gobierno, que sirve de base al proyecto de Constitución; y segundo, la necesidad de su deliberación. El primer punto está determinado por el tratado del 4 de Enero de 1831"... Así lo aceptó y declaró el gran Congreso, salvándose precisamente por un tratado que es obra legítima de Rosas, el escollo más grave sobre el cual chocaron todas las tentativas de Constitución de 1811 a 1826, a tal punto, que se recordará fué precisamente "el régimen de gobierno" a adoptarse lo que casi hizo fracasar el Congreso de 1816, donde apenas dos voces republicanas se hicieron oír. Bajo ese absurdo criterio, algunos otros han pretendido demostrar la sinrazón de la frase: "en cumplimiento de pactos preexistentes", consignada en el preámbulo de nuestra Constitución. ... Ni una ley, ni un decreto. ... Aquello era el desorden sistemático. ...

Hace algún tiempo ofrecí brevemente las pruebas ⁽¹⁾ de que bajo Rosas, la Universidad de Buenos Aires, contrariamente a lo que se ha osado decir, no dejó un solo día de funcionar, formando en sus claustros con sacrificios que la posteridad apreciará, a los que luego se convirtieron en terribles azotes de su administración, negando el favor recibido del grado y dispensa de los derechos inherentes. He investigado los libros de la agitada época, y ante ellos, como prueba irrecusable, afirmo que los que dijeron y dicen que Rosas obscureció el país clausurando los centros de la cultura, especialmente la Universidad, falsean la verdad. Rosas, espécimen de la degeneración perversa, "insensible al dolor y por lo tanto incapaz de ternuras", a que se nos tiene acostumbrado con el símil de Sila y Nerón, aparece cosa bien diversa cuando se recurre a las fuentes incontaminadas y precisamente cuando su incapacidad para la ternura tenía precioso motivo de manifestarse.

Cuando se trata de la pobreza de don Juan María Gutiérrez que recibió su título gratis, por falta de recursos para costearlo;

(1) Ingenieros, a quien no se puede tildar de *mazorquero*, escribe: "...Esta primera evolución de la política argentina representada por el engranamiento y la subordinación gradual de los pequeños señores feudales, tuvo su personaje representativo en don Juan Manuel de Rosas. En este sentido puede decirse que él *constituyó de hecho aunque no de derecho la nacionalidad argentina* sobre el caos inorgánico. Conviene advertir que después de vencerlo, *sus enemigos políticos han desfigurado su rol histórico* presentándolo simplemente como un tirano implacable". ("La Evolución Sociológica Argentina").

de José Mármol, autor del iracundo verso "ni el polvo de tus huesos la América tendrá"; de Mármol que aparece en 31 de Enero de 1838, solicitando matrícula de primer año de Filosofía, sin poder acreditar sus estudios anteriores de latinidad, a pesar de lo cual obtiene del "perverso Rosas", con fecha 1 de Febrero el permiso de matrícula solicitado. Y a propósito. 50 años de la literatura americana están llenos de las cadenas que el déspota impuso al poeta de la Libertad, y los dolores de su proscripción no son menos sensibles al corazón universal, según esa misma tronante literatura. ¿Dónde está el edicto por el que se proscribió a Mármol? En ninguna parte.

Mármol se proscribió él mismo por asuntos particulares, y si fué encadenado alguna vez, lo fué por la dura ley de las dificultades en que viven los grandes ingeniosos de las musas, aun estando bajo la suave protección de Apolo. Sin embargo, es necesario sostener que pesadas cadenas laceraron las perfumadas carnes del poeta, como es necesario mantener otras bellas mentiras para impedir el derrumbe de 50 años de furibunda literatura con que se pretende justificar otros tantos errores. Cuando se trata de Marco Manuel de Avellaneda, ilustre víctima de Metán, como se le llama, que se gradúa con las mejores notas en la sala de jurisprudencia con Agüero, Gutiérrez, Thompson; de Carlos Tejedor, al que se refiere el doctor Urien en la página 117, como iniciador de la conspiración contra Rosas, en 1839, inspirado por la palabra de don Esteban Echeverría y el concepto patriótico del "dogma socialista" de la Asociación de Mayo. Tejedor solicita gratis, en Abril 4 de 1837, el grado de doctor, por su reconocida pobreza, y el "bárbaro del Restaurador de las Leyes", fundado en razones de humanidad, e invocando el artículo 19 del decreto del 21 de Junio de 1827, de la época unitaria de Rivadavia, concede al después gran hombre argentino el grado gratis, en "razón de sus talentos y notoria pobreza". Cuando se trata de don Juan Bautista Alberdi, que termina con clasificaciones de distinguido y sobresaliente los tres cursos de Jurisprudencia, y que si fué "abogado de Chile y Montevideo", es única razón la de no querer serlo bajo Rosas, como en sus mismas condiciones no lo quiso ser Rafael Jorge Corvalán, hijo del general Manuel Corvalán, primer edecán del Restaurador, no obstante el expediente que inició, de conformidad al decreto de 1836, y de obtener, como obtuvo, del general Rosas, orden de que se le entregara el grado,

cuyo original obra en mi poder. Expediente destinado a comprobar la buena comportación moral en las aulas y la firme adhesión al sistema nacional imperante; medida que impuso a Rosas el estado del país en 1836, concretada en el decreto del 27 de Enero, cuya parte fundamental establece haber sido y ser notoriamente adicto a la "causa nacional de la Federación"; decreto atacado con palos de ciego y cuyo estudio sereno permite interpretarlo en la esencia de su espíritu nacionalista y republicano. De él puede decirse que es una de las tantas comprensiones establecidas por la fuerza del ambiente asegurando "en los hechos" la unidad territorial y espiritual, que permitieron la reunión del Congreso del 53, el afianzamiento de la Constitución, y, por sobre todo ello, la adopción del régimen, que en años anteriores dividiera tan profundamente a los hombres y a los partidos.

Maldad de Rosas desmentida por "hechos" elocuentes y aplastantes para los gratuitos difamadores de la época. Instinto cruel que revela nuevamente el "Tiberio argentino", cuando se trata de la graduación de Vicente Fidel López, autor de la "Historia de la República Argentina", donde con ardor sin igual se fustiga el oprobio de Rosas; de don Guillermo Rawson, Andrés Somellera, Rufino Jacinto de Elizalde, Emilio Agrelo, Jacinto Rodríguez Peña, Benito Carrasco, José María y Claudio Mamerto Cuenca, Francisco Javier Muñiz, los Bosch y cien más que se gradúan bajo Rosas con todos los honores y facilidades; legión de donde salen los más reputados médicos, teólogos, abogados, brillantes escritores y hombres de acción que ha tenido el país, que constituyen todos sin distinción de partidos y colores, plata labrada de nuestro orgullo nacional. Muchos de ellos desde estudiantes enrolados en las filas adversas a Rosas, militantes con los unitarios, que formaron con los franceses, con los ingleses y con los Riveristas el conglomerado más peligroso a la consolidación de la nacionalidad argentina, que la definió y la sostuvo "en los hechos", quien previno nuestra disolución territorial y mantuvo latente por sobre todas las borrascosas agresiones, por sobre todas las dificultades económicas y políticas, el sentimiento de la República, que sólo así pudo llegar intangible hasta los constituyentes de 1853. (1)

(1) Florencio Varela emigró antes de la era rosista, el 29 de Agosto de 1829... Vicente Fidel López, autor de la famosa historia, de pensamiento tan fúlgido y vibrante, dramático de corazón, se ausentó un buen día de

De Rosas se dice cuanto de peor se ha escrito de los más sanguinarios personajes de la historia universal. Bastaría para justificarlo citar frases hechas aplicadas a Rosas de la "inteligente", propaganda realizada por los unitarios. Después de haberse enterado al general Lavalle en tierra extranjera, en 1841, se afirmó que salvado el cadáver de dicho general en Bolivia, Oribe había exigido la extradición del mismo. El espíritu de ferocidad y el sistema de exterminio, parece ser cierto que comienza en Navarro con el sacrificio del coronel Dorrego, citando solo el comienzo de lo que puede llamarse "edad de Rosas"; se manifiesta al través de las proclamas: Lavalle decía: "Se engañarán los bárbaros, si en su desesperación imploran nuestra clemencia. Es preciso degollarlos a todos" (proclama en Corrientes, 1839); entre las máximas de política y guerra circuladas por la comisión argentina, en Santiago de Chile en 1841, bajo la firma de Juan Gregorio Las Heras, Domingo Oro, Domingo Faustino Sarmiento, etc., figuran algunas como éstas: "es necesario emplear el terror para triunfar en la guerra". "Todos los medios de obrar son buenos y deben emplearse sin vacilación". "Debe imitarse a los jacobinos de la época de Robespierre". En 12 de Febrero de 1843 el presidente oriental Suárez refrendado por su ministro, al servicio de los unitarios, Melchor Pacheco y Obes, hacía estampar esta humanitaria declaración: "Todo oriental o vecino de esta República que sea tomado con las armas en la mano o la divisa del ejército invasor extranjero, será fusilado en el acto y por la espalda"; y por este tenor siguen decretos de confiscaciones, degüellos, incendios y exterminio, poniéndose en práctica el terrorismo que se aconsejaba. En Buenos Aires, se propagó el asesinato en todas las formas. El autor de las "tablas de sangre", de Rosas, es también el autor de esta evangélica frase: "es acción santa matar a Rosas". Más. Seduciendo a las mujeres de Buenos Aires con el ejemplo de Carlota Corday, y embriagándolas con esperanzas de gloria, incitábaseles al crimen. "¿No habrá una mujer en

Buenos Aires sin que nadie le molestase. Es sabido, que su señor padre era partidario decidido y admirador de Rosas, aunque el propio hijo pretenda atenuarlo... Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi y Juan M.^a Gutiérrez, en 1837 al inaugurar el *Salón Literario* hacen el panegírico de Rosas, mientras don Esteban Echeverría decía sueltamente la misma noche en son de protesta por la suma del poder acordada a Rosas, bello como el Belial de Milton—según López: "*Hemos realizado con escándalo del siglo una verdadera contrarrevolución!*"...

Buenos Aires, escribía el vocero del unitarismo, Rivera Indarte, bastante heroica para imitar a Judith y a Carlota Corday? ¿No habrá alguna que repitiendo las palabras bestiales que él ama, se introduzca hasta él para pedirle una gracia... y le sepulte en el vientre un puñal envenenado, como hizo Carlota con Marat? ¡Mujeres de Buenos Aires! Si alguna de vosotras emprende tan santa y gloriosa obra no se descuide de envenenar el hierro que destine a ella en un veneno activo, en tintura de cobre, arsénico, ácido prúsico; entonces una tijera, una aguja será bastante..."

Veamos ahora el reverso de Rosas, respecto a Rivera Indarte, que le acusó de los delitos más infames, en los que envolvía la reputación de "Manuelita", a quien también se llega a referir el doctor Urien con más acritud que Mármol, en su folleto de 21 páginas que editó por la Imp. Uruguay en 1851, en Montevideo, publicación que envió a Manuelita, por intermedio del coronel Gimeno.

Rivera Indarte, "hombre desconceptuado por turbios antecedentes" cuyo libro mereció delicadas atenciones y preferencias del general Mitre y que el doctor Urien menciona entre los "elementos valiosos para que en su oportunidad se estudie al hombre funesto, que por tantos años hizo pesar su yugo sobre la parte del pueblo que le sufrió" (página 183): José Rivera Indarte, cuyo nombre lleva el mejor teatro de la docta Córdoba, fué expulsado de la universidad de Buenos Aires, por una falta infamante.

Consta en el "extracto del archivo de 1821 al 1850", (existente en la universidad de Buenos Aires) al folio 53, que se presenta solicitando ser admitido de nuevo en la casa. Informa el vicerrector aconsejando su admisión, por considerar purgadas las faltas del joven Rivera Indarte, que era él capaz de recibir modificaciones saludables, que acredita ya con certificados adjuntos, y el "Tiberio argentino", aborto del infierno, que se dice, cuya maldad tan esmeradamente se propuso demostrar el panfletista Rivera Indarte, el loco de Palermo y de Santos Lugares, permite al "Joven Rivera Indarte" su reincorporación al establecimiento, "si esa reincorporación la necesita para recuperar su honor". He querido tocar un solo aspecto de la cuestión y con todo, tiene el lector para decidirse entre el esbozo macabro de Urien y el perfil que surge de estos detalles que presentan a Rosas con un corazón que si no tiene la suavidad de las violetas, ofrece por lo menos

signos de visible humanidad; excesiva y contraproducente, a estar a las máximas políticas y de guerra que circularon Sarmiento, Calle, Oro y el propio agraciado cuyo reintegro a la vida universitaria le ofrecía bella oportunidad para recomponer su nombre y su crédito.

Las dificultades creadas a la Confederación Argentina por los que gratis se doctoraron, no alcanzaron ¡loado sea Dios! a impedir que se consumaran en los "hechos" lo que ha escrito el doctor Saldías estudiando la anarquía y la reacción orgánica: "la unión federal argentina se realizó entre los años de 1835 a 1840 por los auspicios de las provincias y bajo la dirección del general Rosas, a quien éstas confirieron las atribuciones del Ejecutivo nacional, que se mantuvo hasta 1852". La importancia de los "pactos" en nuestra Constitución, confesada en el preámbulo, no ha podido disminuirse por hábiles juegos de dialéctica y lógica especiosa hasta decirse: es absurdo creer que el Congreso (de 1853) se reunió en virtud de pactos... convenios sin prestigios... (1)

III

En la página 130, siempre haciendo cuadros, el doctor Urien escribe: "Rosas está en sitio seguro, a bordo del "Conflict". (Después de la derrota de Caseros). Allí se encuentra con el coronel Jerónimo Costa; dicese que es oficial de escuela. Lo ignoro, pero sí sé que, cuando llegó el caso, *también emporcó sus manos en sangre*". — ¿Se refiere el autor al emporcamiento del coronel Costa en sangre de franceses al tomar éstos para el general Lavalle la isla de Martín García, en 1838, o se trata de un crimen vulgar cometido sobre ciudadanos indefensos?

Costa, que pertenece a una antigua y conocida familia de Buenos Aires, es un héroe, así reconocido hasta por el comandante del bloqueo y jefe de la expedición a Martín García, Hipólito Daguenet. Intimada la entrega de la isla, como se recordará, el coronel Costa que la defendía, contestó estas palabras dignas del

(1) Benjamín García Victorica: "Orígenes de la organización nacional" — 1912 — Sin embargo, en la reunión plena del 20 de Abril de 1853, del Congreso Constituyente, dijo el doctor Seguí: "... el tratado del 4 de Enero de 1831, *base fundamental del Acuerdo de San Nicolás de los Arroyos y ambos Pactos principio y causa del actual Congreso General reunido para constituir la República*"...

mármol: "Sólo tengo que decirle, que estoy dispuesto a sostener, según es de mi deber, el honor de la Nación a que pertenezco". (Octubre 11 de 1838). También se recordará que aquel puñado de valientes defensores de la integridad americana, entre los que se encontraba Juan B. Thorne, fué diezmado por la superioridad de las fuerzas francesas bloqueadoras en combinación con los unitarios argentinos...

Prisionero el coronel Costa, le fué devuelta su espada, y el mismo Dagueneu, por su comportamiento heroico, le hizo conducir hasta Buenos Aires y entregar al gobernador Rosas, con una nota, que a su respecto dice: "lleno de estimación por él, he creído que no podía darle una prueba mejor de los sentimientos que me ha inspirado, que manifestando a V. E. su bizarra conducta durante el ataque dirigido contra él, el 11 del corriente, por fuerzas muy superiores a las de su mando".

Como se ve, no merece el coronel Costa ser denigrado; no merece y no puede serlo.

El desinterés y la hombría con que sirvió en Rosas a los intereses legítimos de América, y el infortunio que sus largos y probos servicios le comportaron sean bastante castigo para los que, vengándose de Rosas y de sus propios crímenes, desfiguran los hechos y los hombres de un modo atroz! No hay necesidad de infamar gratuitamente a los servidores de Rosas, que lo fueron del país, de la nacionalidad, de América fuerte y libre, porque ello resulta una satisfacción miserable y un esfuerzo dirigido, más que a otra cosa, a acariciar tumbas que no respiran ya los odios que se pretende inocular; que no nos deben alcanzar, olvidándolos en el interés de que sea el amor y la fraternidad lo que vigorice y enaltezca la nacionalidad, eliminando los resabios bárbaros y las adulaciones afrentosas.

La historia ha de hacerse, no por los que se dicen perjudicados, no por los cómplices, no por los corifeos de tal o cual tendencia política, a base de documentos de polémica, sino que ha de hacerse con el amplio criterio de investigación científica e impersonal, como ha de reconstruirse fundamentalmente el cuadro de la nuestra con esas pequeñas impresiones de vida, muchas de las que hasta hoy permanecen secretas y que constituyen el testimonio mejor, a que se refiere Thiers en su Historia de la Revolución Francesa: testimonio del momento en que los actores van a expirar, porque entonces se puede recoger de ellos la verdad, sin participar de todas sus pasiones.

Puede rotundamente contradecirse a los que dicen que los "servidores de Rosas" vivieron perpetuamente en el placer, en la abundancia, en la alegría y también en la inconsciencia bajo el terrible poder sugestionador del gobernante y gozando, como dice el doctor Urien del "pago o premio de las delaciones!..." De cartas particulares, que son los documentos a que Xenopol, en su "Teoría de la Historia", atribuye papel decisivo en la construcción histórica, tomo ligeras notas de las dirigidas a don Vicente Corvalán por el coronel Jerónimo Costa, quienes estaban vinculados por antigua y afectuosa amistad y por la solidaridad de la misma bandera y anhelo de libertad republicana.

Son, como se verá, retazos de pensamientos, de almas a las que el infortunio implacable no alcanzó a disminuir, conservando incólume el fuego que las encendía consagradas perpetuamente al bien y libertad de la patria.

Es con estos fragmentos de fibra heroica que se teje el gran drama, para cuyo estudio se requiere una no menos grande pasión por la verdad.

... "1 de Abril de 1847 — Los salvajes unitarios en Maldonado, que con la presencia del Pardejón (Rivera) habían creado algunas esperanzas, hoy ya se les han disipado como el humo, pues lo ven impotente y sin esperanza de hacer nada por estar completamente a pie... Han venido muchos pasados, éstos confirman cuanto dejo dicho... El Pardejón se ha vuelto borracho, pues dice uno de los pasados, que era su viejo sirviente, que desde por la mañana se le agacha a un botellón de caña que se rellena varias veces hasta la hora de dormir... Abril 13 de 1847.. La muerte del foragido salvaje unitario Vázquez ya lo sabía. En los infiernos con los demás salvajes unitarios, tal vez soliciten de su Majestad Lucifer les dé apoyo e intervenga en los negocios del Río de la Plata, apoyándose en lo mismo que en este mundo hicieron con la Francia y la Inglaterra..."

La cuestión anglofrancesa, promovida para facilitar la eliminación de Rosas, fué efectivamente contraproducente, y cuya importancia se ha intentado disminuir creyéndose apocar los méritos del jefe de la confederación, cuya conducta mereció hasta el decidido aplauso del general San Martín, que por la cláusula tercera de su testamento, le consagró el sable que le había acompañado en sus campañas por la emancipación de América. Pero, en este empeño hay pocos adeptos y no puede atribuirse importancia a la descali-

ficación hecha por el doctor Urien y otros de la política internacional desarrollada por Rosas, que enalteció el concepto de América, llenó el viejo mundo con la discusión de sus intereses y aseguró en tratados memorables con las más grandes potencias principios de soberanía y hasta reglas de conducta a seguirse entre los fuertes estados de la soberbia Europa y las jóvenes nacionalidades del viejo mundo. Hace pocos días, desde su cátedra de Derecho Internacional Privado, con indiscutible autoridad, ha dicho el doctor Zeballos (3 de Junio 1914):

“Juzgadas las guerras anglofrancesas contra la Dictadura con el concepto moderno e independiente, dan la razón a Rosas, quien defendió la nacionalidad argentina para los hijos de extranjeros nacidos en el país y la obligación de los extranjeros domiciliados de defender el territorio, sus propios hogares y propiedades con las armas en la mano.”

Y no es que los hombres como Costa y Granada, y el “militarote” Vicente González desearan la prolongación de la guerra para vivir de las prebendas que aparejaba su estado. Véase sino... “Julio 19 de 1848. Me han asegurado, escribe Costa, que los salvajes unitarios han solicitado la mediación de nuestro gobierno para entrar en negociaciones. Si esto es así yo creo que muy pronto esos malvados y nosotros habremos dejado de sufrir... No dejes de comunicarme lo que sepas, considera en qué ansiedad viviremos en esta soledad”. (Desde Arroyo de Maldonado).

La tregua de los combates sólo permitía a estos héroes calumniados, tomar la pluma, no para impetrar mercedes del restaurador, sino para deslizar hasta el seno de la amistad íntima, como una consolación, la secreta congoja que los laceraba fortaleciéndolos, sin embargo, casi podría decirse, sublimándolos, como el bronce en medio de las llamaradas de la fragua: secretos dolores de grandes almas que van ocupando su lugar en la tabla de los valores argentinos por la propia gravitación de sus méritos, de sus sacrificios, mientras otras se alejan hasta perderse más allá del recuerdo, o penetran en la zona de lo fabuloso y de lo incierto.

Y ahora, yo desco exhumar ante el recuerdo que se ha servido tener el doctor Urien para con el coronel Costa, un papel que vale por el mejor alegato; es el propio inculpado el que habla; escuche doctor Urien: “Arroyo de Maldonado Julio 25 del 48. — Preciso me es, querido Vicente (Corvalán) decirte que te has

equivocado en el motivo que origina mi estado de afección; muchos, tengo, es verdad, *pero mi alma es elevada, y reposo en mis antecedentes, en mis servicios* (y puedo decirlo en el seno de la amistad) *que me son muy honrosos*, y tan persuadido de ello, “que no tengo un solo acto en mi carrera”, que no haya merecido la aprobación de mi gobierno, de cuantos jefes he estado subordinado, de mis camaradas y del pueblo. — Sobre estas bases descansa tu amigo. . . Mi enfermedad, querido amigo, tiene ya 12 años, de consiguiente debo estar muy cansado. Yo he hecho toda la campaña (van 9 años) poco menos que muriéndome y fingiendo muchas veces que sufría menos de lo que realmente sentía. Algunas veces me he levantado de la cama para batirme, y jamás me excusé de ninguna situación por mala que fuese; “así he servido siempre”! (1)

¡Estas son las líneas del hombre que se acusa! Se acusa, pero es dado preguntar porqué se calla sobre su muerte.

¿Habrá de pensarse acaso que el decirlo importe vejamen para alguna personalidad, para algún partido?

¿Habrá de pensarse que por la forma en que se hace morir al coronel Costa se avergüenza a la civilización? ¿Lo ignoran los que acusan o temen las furias, el silencio de los que imponen moldes, y látigos en mano — látigo de seda o de papel — imponen el criterio y hasta las palabras?

¡Responda el doctor Urien!

IV

En la página 160 remata los furiosos denuestos dirigidos a Rosas en el destierro: “fugado”, como él lo llama, envolviendo de paso a sus amigos, “los secuaces de tiempos mejores”, nuestros padres, abuelos, etc., y agrega: “protesta, (Rosas) en sus cartas escritas desde Southampton en el año 1853, así como las que escribió posteriormente, del despojo de sus bienes. . . pero nada dice en recuerdo y gratitud de las palabras que en contra del embargo de esos bienes pronunciaron los labios del entonces coronel Bartolomé Mitre y el doctor Félix Frías. Las palabras de Mitre — agrega el doctor Urien — en “Los Debates”, se sintetiza-

(1) (Cartas de Costa en mi archivo). Esto vale algo más que cualquier acusación “de prosa descosida y pedestre”.

ban diciendo: Que la confiscación de los bienes de Rosas era un atentado, y que las dilapidaciones del mismo debían ser comprobadas en juicio. Esto era lo moral y lo justo, dice Urien.

El doctor Urien cita erróneamente o simula ignorar los discursos pronunciados por el coronel Mitre en la Legislatura de Buenos Aires, los días 3 y 6 de Julio de 1857, tratándose el proyecto de ley que ordena el enjuiciamiento del "tirano Rosas".

Siendo la Legislatura, y no "Los Debates" la que resolvería la cuestión, parece elemental estar a las palabras del diputado Mitre y no a las del periodista Mitre que estaba como tal, en "lo moral y lo justo"; y que, como veremos en la otra faz, que no muestra Urien, estaba en lo inmoral y en lo injusto. Mitre dijo en la Legislatura: "del lado de éstos he de estar, (de los proscriptos) señor presidente, y si fuera ésta una ley de confiscación, por esa ley de confiscación estaría, porque diría con la ley romana: aplíquese a Rosas la ley que él aplicó a los demás y si él confiscó, impóngasele a él la pena de la confiscación. Sin embargo, no se trata ahora de la confiscación; pero si se tratara yo (Mitre) con la mano puesta sobre mi conciencia, votaría la ley que impusiera esa sentencia al tirano, que saqueó el tesoro público y expolió a los ciudadanos" ⁽¹⁾ (Arengas de Mitre — Bib. de *La Nación* — 3.^a Ed. — Unica comp. — Tomo I — 1902 — págs. 152 y 153). El coronel Mitre, como se ve, sostenía una tesis repugnante a la moral, por la cual se ordenaba *robar* al que se decía ladrón. Nada más caprichoso e inexacto. — Rosas no robó y opongo a Mitre, que cita Urien. — pues no es oportuno entrar a pruebas propias, — el testimonio del doctor Ramos Mejía, que acaba de fallecer. El doctor Urien cita en su apoyo al mismo grande hombre autor de "Rosas y su tiempo".

"Pesaba sobre mí, dice el doctor Ramos Mejía, el concepto popular hecho carne en la mente de dos generaciones por la pluma fulgurante de Rivera Indarte... Recuerdo que mis escrúpulos estrujaban al lenguaje para sacar una forma satisfactoria a la pasión política, hasta que, por fin, triunfó la probidad histórica y estampé el pensamiento con franqueza: en el manejo de los di-

(1) Decía el general Mitre en carta al autor de la *Historia* de la Confederación Argentina: Doctor Saldías: "Tengo a Rosas... como administrador de los caudales públicos por un ladrón... Detrás del presupuesto oficial, de los millones de pesos que usted trae, sin mencionar su registro falso de órdenes unipersonales en que no se daba cuenta sino con la orden misma"... Para que se juzgue el valor de afirmaciones pro-

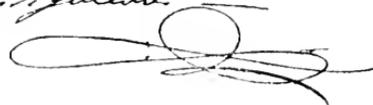
neros públicos, *Rosas no tocó jamás un peso en provecho propio, vivió sobrio y modesto y murió en la miseria*; la raza argentina de antiguo cuño fué así, hasta en sus tiranos". — José María Ramos Mejía. — "Rosas y su tiempo" — Tomo I. — "Introducción", págs. 17 y 18. — Ed. Lajoaune, 1905.

Se comprenderá que no he querido recurrir al historiador Saldías, en refuerzo de prueba, dada la obcecación de algunos escritores llamándole "panegirista". Félix Frías y Carlos Tejedor, antiguos guerrilleros de Lavalle, proscriptos de verdad, fueron, sí, los que se opusieron al embargo de los bienes de Rosas; dijo el doctor Tejedor: que la sociedad era solidaria de sus crímenes; — y el doctor Frías apostrofando virilmente al sustentador de la ley romana llegó hasta preguntar, a los que quieren corra más sangre, si tienen ellos el derecho de acusar. Tejedor y Frías eran acusados porque defendían la moral y lo justo: Por fin, dijo Frías: aquí se sientan, entre nosotros, los que defendieron a los malvados que perecieron en el patíbulo, agregando que todo estaba permitido contra los tiranos, todo... menos imitarlos!

¿Con qué motivos podía Rosas manifestar gratitud hacia el

venientes de persona tan encumbrada y respetable como lo fué el señor general Mitre, yo ofrezco un ejemplar de *las órdenes unipersonales*, extendida a favor de distinguido ciudadano argentino. Hela aquí, facsimilarmente para mejor probanza. Es de puño y rúbrica del señor general Rosas:

Agosto 16/40 -
 El General Edecar D.^o Manuel Corvalán precedido
 al proveedor D.^o Simón Peregó que
 mañana puede ocurrir a la Esone
 ría por Guiminto, mil pesos mone
 da Corasenti, y que puede demorar
 ibir ya se los vea oportunos en
 el punto hasta hoy 16 de Agosto -
 el proveedor Corasenti de plaza, y de
 El Regente General montano, esta resolución al
 Señor Ministro de Hacienda a los ef
 tos consiguientes.



coronel Mitre? El doctor Urien, hay que creerlo, hizo la cita de memoria y olvidó al hacerlo que Rousseau decía: la memoria es como el papel secante. . .

Con razón, y permítase la cita del doctor Saldías: Porque una era la ley, uno el derecho en beneficio de los civilizadores, y otra era la ley y otro el derecho en castigo de los bárbaros.

Se fusilaba a Costa, Bustos y otros militares de antigua estirpe. en virtud de condenación anterior al hecho de ser vencidos pero se clamaba contra los bárbaros que fusilaban al doctor Aberastain, acusado por el general Urquiza de ser coautor del asesinato de los gobernadores Benavidez y Virasoro; sangrienta teoría de civilización y de barbarie desacreditada hasta por el hecho histórico de que, por sobre los planes exclusivistas de los que se pretendían civilizadores, predominó a la larga y por consenso nacional la obra del instinto iluminado de los llamados bárbaros. . .

El alzamiento del 11 de Septiembre era conceptualizado tan transcendental como la revolución de 1810; se antojaba que había levantado "una nueva y gloriosa nación". Y ello no era del todo antojadizo, pues en el diario *Los Debates* se le había bautizado con el nombre de "República del Plata". Bien es verdad que había impuesto sacrificios enormes como *el de haberse don Valentín Alsina paseado del brazo con el comandante Cuitiño*, coautor del alzamiento, en compensación de lo cual Cuitiño fué al patíbulo.

Así eran las épocas. Los hombres se elevaban y descendían en el concepto de los círculos "confiscadores", según las pasiones. Así escribe el mismo doctor Saldías: "Urquiza era el último representante del bandalaje. Anchorena, López, Irigoyen, Terrero,

(1) Para dentro de poco me prometo publicar cuando menos un inventario razonado de numerosas piezas de mi archivo histórico que se refieren inmediatamente al manejo de fondos y demás actos administrativos de la época de Rosas y que concurrirá a dar un mentís rotundo a los *noveladores de la tiranía*, por más que se pretenda descalificar los documentos por el *pecado de su origen*. Ya el señor Groussac, dijo en su estudio "El Desarrollo Constitucional y las Bases de Alberdi" que no ha faltado quien consultara a Rosas, en Southampton, para transmitirnos lo que debíamos pensar sobre los degüellos del año 40". . . El escritor Groussac no dice que Rosas, manifestó alguna vez que el juicio sobre sus actos no podían emitirlo ni sus amigos, que pudieran ser tachados de "complicidad en los delitos", ni sus enemigos, "que se dicen perjudicados por los mismos". . . ¡Ese es Rosas!

Pico, Rosas y cien otros sufren excomunión mayor. — Guido era un mazorquero viejo; del Carril un apóstata de los principios; Derqui otro apóstata servil; Alberdi un traidor; Sarmiento un loco peligroso; Gutiérrez y Gorostiaga palaciegos acomodaticios; Zuviría, Colodrero, Rojo, Pérez, Fragueiro, Colombres y otros eran mazorqueros recalcitrantes que de Urquiza recibían las migajas que ya no podía darles Rosas. Alvarado, Mansilla, Iriarte, Pedernera, Virasoro, Quesada, Lagos, gauchos sableadores por la nuca!!”

V

Otras páginas del libro “Mansilla” están destinadas a fustigar la “canallería” de Rosas y su cobardía con motivo de las cartas que dirigió al general Urquiza y personas de su amistad, a quienes, dice Urien, “extendió la mano como pordiosero” en procura “de una limosna por Dios”. Nada nuevo se agrega que menoscabe el concepto que merece Rosas en su situación de expatriado, debatiéndose en la difícil situación que le crearan los hombres de Buenos Aires, sancionando la indebida apropiación de sus bienes, y hasta las de su esposa e hija. Pero lo cierto es que Rosas, que gobernó tantos años con las facultades extraordinarias; poseedor de una fortuna privada enorme, hecha por sus propias manos, vivió modesto y murió en la miseria, dando el reconfortante ejemplo de haber trabajado hasta la misma tarde del mes de Marzo de 1877 en que fué atacado de congestión pulmonar, guardó cama y asistido por su amorosa hija y el doctor Wibbling, falleció tranquilamente en la mañana del 14 de dicho mes, siendo enterrado sin pompa alguna después de colocarse sobre su modesta caja mortuoria una chapa con la siguiente leyenda: “Juan Manuel de Rosas” — Nació el 30 de Marzo de 1793. Falleció el 14 de Marzo de 1877”.

Por lo demás, podría ofrecer a la curiosidad pública, cartas inéditas de doña Josefa Gómez, del general Urquiza y de otras personas que trataron de aliviar al ex-gobernador y auxiliarle en sus necesidades. No es ésta la oportunidad, pero puede anticiparse que en vez de afean, hermocean a los protagonistas y se exhiben sentimientos íntimos que enaltecen la condición humana, bien que algunas personas no puedan concebir sino mezquines

sentimientos y no se vean conformes sino cuando se les identifica y cristaliza con el horrible rostro de Moloch!

VI.

No podía faltar. En la página 130 se reedita una conversación sostenida por el general Rosas a bordo del "Conflit" con el coronel Costa; fantasía vulgarizada hasta por los almanaques de barrio y por ella se viene a repetir lo que se tiene dicho tantas veces: Que Rosas no pensó jamás en constituir el país. — El doctor Urien ignora la época de Rosas, quiero creerlo así para no pensar que sus afirmaciones son hijas de un criterio retrógrado y de un espíritu que se debate entre la impotencia y la perversidad, como si se tratara de un secuaz cualquiera.

Tiene, sí, en su abono el antecedente de que López, Del Valle, Estrada, Mitre, etc., han dicho lo mismo, es decir, que él repite lo que ellos dijeron por no tener el trabajo de estudiar o por no confesar hidalgamente que el hombre tan implacablemente combatido es el autor de nuestra organización "en los hechos" que permitieron la sanción de la carta de 1853.

Desde 1810 hasta 1827 fracasaron con peligro de la independencia proclamada con defensas miméticas todas las tentativas, ocurriendo dentro de este período desgraciado de convulsiones y ensayos, los sucesos más contrarios al afianzamiento del régimen de libertad e igualdad, que se decía perseguir. El brillante escritor y profesor universitario, don Ricardo Rojas, en el tomo 3.º del "Archivo Capitular de Jujuy": "Origen del Federalismo" — dice: ... así fué perfeccionándose el instrumento de fuerza que esgrimiera Rivadavia y que al ser recogido después en 1820 por los caudillos, sirvió para la guerra fratricida, — y, lógica triste de la historia, — para arma de su propia inmolación. Rivadavia creó en 1811, a un año apenas del Cabildo de Mayo, la prepotencia armada del Ejecutivo sobre el Congreso, de la fuerza sobre la deliberación, del despotismo sobre la libertad, quiso crear la de Buenos Aires sobre la Nación, y al expulsar violentamente a los diputados, que el pueblo de Moreno llamó en 1810 para fundar la República, hizo languidecer en las provincias su fe, en la generosa capital de Mayo, y su fe en los cons-

tituyentes que el propio señor Rivadavia había de ofrecerles varios años después”.

*

Veinte años atrás de 1853, ¿qué se encuentra? La obra de Rosas, contesta la probidad histórica. La unión de todas las provincias, la nacionalidad esbozada sobre el régimen republicano, determinado por el pacto federal de 1831.

Y tan fué necesaria y benéfica la presencia de Rosas, que en 1859, en ejercicio la constitución del 53, la provincia de Buenos Aires, segregada de sus hermanas de la confederación, pretendió erigirse en “República del Plata”.

¿Es acaso posible pensar que Caseros transformó, fundamentalmente, la situación general del país hasta el extremo de permitir, sobre los redobles de la victoria, lo que no se había conseguido hasta el año 27? No. Y eso fué dicho en el Congreso del 53: aun no es tiempo de dar la Constitución. Ha acaecido entre nosotros “un cambio de gobierno que quizás no haya sido sino de personas, no de ideas”... Si, pues, se dió la Constitución, a pesar de las objeciones formuladas por el presidente Zuviría y Fray Manuel Pérez, diputados por Salta y Tucumán, respectivamente: si como dijo otro diputado, Gutiérrez, “la Constitución no es una teoría, nada más práctico que ella; es el pueblo, es la Nación argentina hecha ley”, debemos rendirnos ante la evidencia de que ella se había realizado en los “hechos” antes del 3 de Febrero de 1852, bajo y por Rosas, correspondiendo al general Urquiza el insigne honor y gloria de haber convocado a gobernadores y pueblos para cumplir sus anhelos concretados en el pacto que empezó por reconocer como ley fundamental el inmortal Congreso del 53.

Pero, se dirá: es que bajo Rosas y por sobre su “tiranía” se operó la evolución que cambió el espíritu, transformó las costumbres, aplacó ambiciones, creó necesidades e impuso la Constitución, iluminados y corregidos por la experiencia de los dolores pasados, una vez que se levantó la plancha de plomo que oprimía las voluntades y anulaba los caracteres. ¡No! Según los implacables censores de la época, Rosas deformó y destruyó todo crecimiento, toda evolución la impidió en germen: y hasta para confiscar las ideas mandó talar por centenares las cabezas...

¡Las mandó cortar aun en el seno materno! Entonces la lógica se impone, y el dilema se plantea fatal. (1)

DARDO CORVALÁN MENDILAHARSU.

Julio 1914.

(1) El brigadier general don Manuel Oribe, cuya bella figura militar y moral, ha documentado de mano maestra mi distinguido amigo don Aquiles B. Oribe, aparece entre los *cínicos rosistas*, cuya memoria tan refinadamente se execra! Parece, en verdad, temerario comprometer un esfuerzo para reivindicar el buen concepto de ciertos hombres, tan aporreados por la crítica, pero, precisamente la borra que flota en todos los juicios nos advierte que no estamos, que no somos todavía *verdadera posteridad*, y que las pasiones no están aun serenadas... El general Oribe, de quien conservo muchos papeles, así como de su esposa misia Agustina Contuci, y demás familia, esperaba justicia a su vida, con la tranquilidad que se desprende de la siguiente carta cuya inclusión en esta nota no puedo excusar, siquiera sea como protesta a determinados procedimientos que más parecen dirigidos a *difamar que a ilustrar!* "Señor don Vicente Corvalán. Migte. 17 de Abril de 1852. Mi querido amigo. Usted que me conoce se podrá figurar el gusto que recibí cuando me entregaron su carta y por ella veo que usted es mi antiguo y verdadero amigo. *Nada de cuanto me dice me es extraño, pues usted que ha vivido tantos años conmigo y estará penetrado de mi modo de proceder, no le habría causado poca sorpresa de oír el juicio, que de mí han hecho personas que tenían tantos motivos para respetar mi amistad sincera y mi consecuencia tan acreditada hasta después de los sucesos aquí;* pero no por esto, mi querido Corvalán dejaré jamás de ser el mismo. Después que se pasen algunos años y que los partidos se calmen, los argentinos y orientales me harán la justicia que me merezco (dispénsense esta vanidad)... A su señora y su niño mis cariñosos recuerdos. Agustina, Dolores, Pepa, Felipe y Maza le saludan a usted y yo me repito con sinceridad de usted su atento amigo, Manuel Oribe". Para que esta carta no pierda su encanto y su íntimo carácter, transcribo la posdata que dedica a mi abuela, la esposa del brigadier. Dice: "Mi querida y muy estimable amiga Venturita: a usted, a mi estimado y digno amigo Corvalán, Vicentito (mi padre), y también a mi apreciable misia Carmen (esposa del coronel Granada) y familia, salúdo yo, y mis hijos con la sincera expresión de nuestra invariable amistad, rogándole después de lleno este deber, se digne en nuestro nombre, saludar muy afectuosamente al honrado señor don Esteban Rams y familia; y ustedes, amigos muy recordados y estimados, dignense recibir con estos renglones la seguridad de nuestra verdadera y reconocida amistad, pues es de ustedes muy amiga affma. servidora q. s. m. b. Agustina C. Oribe."

¡Rosas había caído ya, pero incólume salvóse el sentimiento que unió a los hombres que gobernaron, y a las familias hasta quienes se ha pretendido salpicar con sangre de *inocentes víctimas*, inmoladas a una sed de inexplicables venganzas! Se salvó eso y todo lo más bello que surge de estas antiguas cartas con cuya lectura compenso el amargo calumnioso de ciertas propagandas! (D. C. M.).

NUESTRO FOLLETIN

“Las almas”, por Eulogio R. de la Fuente

En Abril de este año apareció en Buenos Aires una novela, hermosa y extraña, de un escritor español residente en la República desde largo tiempo. La obra, titulada TODA LA SED, ha sido leída, pero no tanto cuanto lo merece. Su autor, Eulogio R. de la Fuente, un solitario de alma atormentada, plantea en su libro, presentado en forma de novela, los más inquietantes problemas que agitan el espíritu humano, a los que intenta dar una respuesta dentro de las situaciones que en su misma novela él crea. Pero TODA LA SED no es más que la iniciación de este propósito filosófico; no puede ser otra cosa, destinada como está la novela en gran parte, a presentar los personajes y a tramar con sus pasiones los primeros dramas de los que han de salir las primeras soluciones. El autor ha acabado ahora la segunda parte de su obra que abarcará varios volúmenes. Se titula LAS ALMAS, y si bien es continuación de TODA LA SED, puede ser leída independientemente, con un conocimiento sumario de la acción que en ésta se desarrolla. Porque no se trata de una novela de fáciles intrigas, sino de ideas... Teniendo en cuenta esta circunstancia, NOSOTROS ha creído servir la causa de las buenas letras y hacer cosa grata a sus lectores, adquiriendo del señor de la Fuente los derechos de publicación de su novela LAS ALMAS, que comenzará a aparecer desde el próximo número, precedida de un claro resumen del argumento de TODA LA SED. No se trata ciertamente de un libro vulgar. De su mérito sólo podrá juzgar aquél que no busque en él una trivial narración de aventuras, sino almas e ideas. Almas el autor sabe en verdad crearlas: su visión de los hombres es shekspiriana, y el lector ha de advertirlo desde el primer capítulo. Ideas, sabe lan-

zallas a manos llenas en las páginas de su obra: ideas peregrinas, paradójales, brillantes, absurdas... El lector las avaluará. Sea como sea, repetimos, se trata de un libro nada vulgar, que — como escribió Roberto Giusti de TODA LA SED en el juicio crítico que le dedicó en esta misma revista en el número de Mayo próximo pasado, “ni por la concepción, ni por el desarrollo, ni por el estilo presenta superficiales semejanzas con obra alguna. El autor no imita; es un maestro: piensa, construye, dialoga, escribe con entera originalidad.”

Como muestra del estilo del autor, damos a conocer unas páginas de TODA LA SED, que pueden aislarse del conjunto por ser un cuento que no tiene trabazón con el resto de la novela.

LA DIRECCIÓN.

LA DONCELLA PIOJOSA

Aunque el mes de Diciembre es, ordinariamente, el más frío del año en Budapest, hubo un año en que fué inclemente en demasía, pues los días y sus noches alternaban entre heladas muy bajas y lloviznas ateridas. Cómo Nupling resistió su intemperie es cosa que sólo podría contarse mal. Las cuatro o cinco veces que se le vió circular por la ciudad se observaron en él grandes cambios de indumentaria y de talante, siendo de advertir que marchaba más impasible cuando iba menos vestido y más ligero de estómago.

Nupling era el mendigo de los barrios aristocráticos y de vez en cuando le caía encima algún traje pasable de ayuda de cámara, que jamás se ponía, ni en los días solemnes. Quizás el invierno lo retuvo prisionero en algún barrio popular donde hubiese encontrado mejores refugios, a la manera de los esquimales enclaustrados mal de su gusto en ciudadelas de nieve. El hecho es que apenas pasó la racha durísima y amaneció la primera mañana tibia y soleada, Nupling, harto de comer mal, de dormir peor y de pedir permisos y licencias hasta para estornudar, se dejó seducir por sus rebeliones adormiladas, que lo empujaban hacia latitudes desconocidas, ansioso de calor y alivio. Circuló por la capital a grandes pasos, como cazador ágil, sin acordarse de tender al prójimo la mano pedigüeña; y al caer la tarde, verdadero

bostezo de la primavera, se sujetó el zurrón de mendrugos al cuello, hizo en el aire con el palo descascarado varios remolinos despidiéndose de las grandezas un poco babilónicas de Budapest y emprendió la marcha, abierto el ánimo a toda casta de aventuras y de reveses, tranquilo como curtido explorador de los confines de la desolación y del hambre.

¿Aventurero?... ¿loco?... No vale creerlo. Nupling emigraba y eso es cosa corriente: lo que pasa es que el camino por donde se toma no es menos malo que el que se deja. Nupling no era tan iluso que no supiera que en la vida todo es peor. Había sido siempre un mendigo y no andaba lejos de ser un viejo: ¿qué desastre podría hacerle descender en sus miserias? Nunca había conocido oficio ni ley. Sabía leer y casi llevaba en su zurrón más papel que pan: los mendrugos nunca saciaban su hambre; en cambio, los impresos le ayudaban a sentir la ventura de los hermosos sueños. Una cosa de las ciudades le había maravillado; era la risa de las mujeres dichosas; él no conocía a las mujeres más que por sus risas, que debían ser convulsiones de voluptuosidad y gozo... Caminaba resoplando, duro el ceño a la soledad crepuscular del campo, que no prometía mucho, ligero con la sencillez espartana de su bagaje y saludando con muecas burlescas la niebla que empezaba a descender y que, lejos, se apelotonaba borrando el paisaje. Treinta y cinco años había vivido de las larguezas casuales y no desconfiaba demasiado. Antes que la noche cerrara, comió los mendrugos más duros, echando de menos un plato de caldo que le animaría a tamborilear con los dedos en el estómago antes de dormirse; y habiendo encontrado un puente de tablones tendidos sobre una zanja ancha, se acurrucó debajo, abrazado al garrote. Pero ¡oh, milagro!... debajo de los tablones había otro zurrón y roncaba débilmente una mujer dormida... Nupling vaciló, no sabiendo qué hacer. En la llanura no había divisado otro refugio ni visto una sola cabeza humana: se creía el señor de las brumas bajas, amo de sus movimientos, soberano de sus deseos y de su soledad, y he ahí que topaba con un soberano anterior de la desolación campestre y con una cabeza humana que le invitaría sin ceremonia a marcharse.

— Buenas noches — dijo, decidido a encarar los hechos.

La mujer se incorporó sobre un codo, sobresaltada, mascullando mal despierta:

— ¿Qué es eso? ¿quién está ahí?...

— La noche es fría y venía a dormir aquí. Soy pobre — contestó Nupling.

— ¿Vienes a echarme? — preguntó la mujer con miedo.

— ¿Por qué?... ¿No caben aquí dos miserables?...

— Busca otro sitio — dijo la mujer con tono receloso. — Llevo dos noches sin dormir y quiero llegar a Budapest temprano.

— ¿En qué te estorbaré? — le preguntó Nupling, deseoso de tranquilizarla. — Los pobres no tienen nada que se robe; los pobres sólo tienen su mugre y su hambre. Yo soy el más fuerte y podría echarte; sin embargo, te pregunto si me dejarás dormir aquí. Es de noche y no sé si eres vieja o joven ni si tienes úlceras; no me arrimaré ni a tus remiendos.

— Haz lo que quieras — refunfuñó la mujer, abrazando cuanto le fué posible su zurrón de mendrugos.

Nupling se desembarazó del suyo y se tumbó en el suelo. La noche pasó silenciosa y Nupling no se acordó para nada de la tacañería suntuaria de los grandes portalones de la ciudad, bajo cuya protección durmiera tantas veces. La mujer se agitara a ratos, con inquietud, pero acabó sosegándose vista la inmovilidad reposada de su compañero. Apenas fué día Nupling salió al aire: no había tenido necesidad para ello de abrir puerta alguna; se desayunó con el espectáculo de un hermoso sol y aderezó la barba con el mismo cuidado con que acostumbraba a prepararse para entrar en los templos. No había mirado aún a la mujer, que tosía debajo de los tablones. ¡Bah! una mendiga no ríe como las mujeres dichosas, ni es blanca, ni tiene piel suave... La mujer salió también al sol. Se derretían en el camino hilos de escarcha que desataban en chispas brillantes todos los colores de la luz. Muy lejos, sonaba la campana de una iglesia de aldea, llamando para la primera misa.

— ¿Preparas tu almuerzo, mujer? — preguntó Nupling, estudiando la fisonomía miserablemente amarilla de la desconocida. — El sol no calienta mucho y el fresco aumenta el apetito. Ayer hubiera podido convidarte con carne.

Ella le miró de arriba abajo, descontenta. Sus ojos amoratados tenían la dureza vaga de la calentura.

— Para los pobres el invierno es malo — dijo. — Yo soy mucho más pobre que tú, puesto que ayer no almorcé con carne. Por las mañanas casi siempre chupo carámbanos y eso no engorda. Creo que en Budapest me irá mejor.

— Allí se hacen buenas comilonas de vez en cuando — murmuró Nupling; — yo huyo de esa babel, harto de mendrugos blancos: cuando no tenga esqueletos de gallina que chupar, lameré las piedras. Sí, tú no has engordado por esos mundos; hasta me parece que andas con fiebre y que tienes miedo de todo y de mí... ¿Quieres pan?... tengo pan de los palacios que no estará muy duro.

— Cada cual comerá del suyo — le dijo ella, agriamente. — ¿Acaso tendrías tu tocino limpio?

No quedó Nupling muy contento de tal respuesta. Dió con el palo descascarado algunos golpes lentos en una piedra enterrada en el camino, miró hacia la ciudad de la que se divisaban mal las cúpulas de las torres muy altas y dijo, tropezando al hablar:

— No tienes buenas entrañas, mujer. Eres pobre por fuera; pero eres posiblemente mucho más pobre por dentro. De verdad te digo que no hay que sorprenderse de que los ricos tengan el corazón duro y nos echen con asco.

— ¡Dios los castigará! — repuso la mujer. — ¿Por qué me reprendes si tú eres más rico que yo?

— Es cierto que lo soy — contestó Nupling, entristecido; — tan rico, que no me costaría ningún trabajo deshacerme de todo lo que tengo, con un puntapié de príncipe. Pero... mujer, tú eres joven y debes tener aún en la sangre algún jugo bueno. ¿Estás ya chupada, como las viejas abadesas?

Viendo que no respondía una palabra y que la cara de la desconocida se había congestionado, Nupling se arrepintió de haber sido demasiado áspero. No conocía a las mujeres... ¡ah, las mujeres, el gozo de las mujeres!... Una oleada dulce le subió a Nupling hasta la garganta, con ese pensamiento. Una pobre ¿no era también mujer, por pobre que fuese?... Le pareció que el sol se filtraba amistosamente en sus abstinencias y bajó los ojos, bastante turbado.

— ¿Eres soía?... — le preguntó, disgustado de haberse vuelto tímido.

— En Budapest tengo un pariente zapatero. No sé si habrá muerto de viejo.

— Bueno: ¿y si fuese yo tu pariente?... Supongamos eso: ¿seguirías sola tu camino?

— ¿En qué podrías ayudarme? — le preguntó ella, mirándolo

recelosamente otra vez. — ¡Hum! si mi pariente fuese como tú, no iría a verlo dos veces.

— Y si él necesitara de tí. . .

— ¡Bah! necesitar de una pobre. . .

— ¿Te parece imposible? — gruñó Nupling, enredado en sus ideas casi nupciales, que lo atosigaban. — Pues no hay nada de imposible. Mujer: hace tantos años que no tengo nadie a quien amar ni que me quiera, que no saco ya la cuenta de cuantos años son. ¿Quieres... quieres que yo cargue con el zurrón de los dos?

— ¡Gran hazaña! — contestó ella, escupiendo. — A las mujeres nos dan siempre más limosnas y mejores. ¡Juntarnos!... eso se dice pronto; pero ¿saldríamos con eso de pedir? ¿tenemos nosotros camas donde parir los hijos?... El querer es para las marquesas, que tienen tiempo para todo y que no necesitan romperse la mollera pensando si comerán una comida de piltrafas en el día. ¿Qué tienes tú para darme?

— Nada, mujer — confesó Nupling, apretando los puños. — Nada tengo más que mis sentimientos y puesto que tú los desprecias es prueba de que valen menos que una piltrafa. Pero los pobres, aunque seamos pobres como la ceniza, ¿no tenemos alma y no podemos con ella confortarnos de nuestra hambre?

— ¡Me harás reir!... — replicó la mujer, tosiendo lastimosamente. — ¿De qué país vienes? ¿cantas tus romances muchas veces?... ¿De dónde sacas tú que tienes fuerza para llevar mi zurrón? El primer día sí que lo harías; pero después me partirías las costillas si no me derrengaba yo con el mío y con el tuyo. Y ¿para qué?... para comer menos y para vivir más perramente. ¡Bendición divina!... para vivir como dos infames pecadores!...

— Oye, mujer — dijo Nupling que desfibraba su palo con los dientes; — cerca de la iglesia de San Esteban encontrarás un convento, todo hecho de piedra, con celosías altas y estrechas. En ese convento reparten a las doce de cada día un plato de sopa a los pobres. Hace tiempo, un ladrón penetró en el huerto del convento y se llevó las nueve peras de un arbolito que daba las mejores peras de Budapest. La abadesa planteó querrela y los gendarmes se pusieron en movimiento, porque el suceso era una profanación escandalosa. Al fin dieron con el criminal; era Totti, vendedor de diarios, huérfano: a los doce años, no llegaba todavía. Los gendarmes agarran al rapaz y se lo llevan al convento. El muchacho reía con los ojos, feliz de ser tan niño, ignorante de

lo que era un robo y una profanación. La abadesa compareció detrás de la cortina del locutorio. “— Este es el reo — dijeron los gendarmes — y está convicto de merecer una buena reprimenda...” “— ¡Una reprimenda!... — les dijo la abadesa a los gendarmes. — Ya no hay, entonces, cárceles en Hungría?...” “— No tiene edad para sumariarlo — le hicieron notar los gendarmes; — la ley no castiga a los ángeles...” “— ¡Que pongan, pues, en la cárcel a su padre! — les contestó la santa religiosa. — A dónde iremos a parar si nuestro huerto queda a disposición de los ángeles de la ley?...” Los gendarmes se retiraron; y ellos, que eran grandísimos pecadores, echaron mano al bolsillo, contaron algunos cobres y le dicen a Totti: — “¡Ve al mercado y hártate de peras! ¡Al diablo la *madre* de nadie...!”

— Hablas infernalmente de las monjas — le recriminó la mendiga; — Dios te castigará.

Nupling empuñó su palo descascarado y se irguió gigantesca-mente en el camino. Duro, hosco, brutalmente desolado en el fondo de sus abstinencias, añadió:

— Mujer, vete! Alza enseguida del suelo tus mendrugos y márchate! Tú mereces tus piojos; tú eres más miserable que ellos. ¿Sabes alguna cosa de las alegrías que podrías dar? ¿sabes algo de la fortuna que se puede guardar en el corazón?... Eres tacaña y pobre: te quedas sin tu parte de felicidad por la envidia de la que darías tú. Mereces morir de hambre o de una cox. ¡Vete de aquí, huye pronto, mujer de nadie, madre de nadie! ¡ve a comer la sopa del convento y a dar gracias a Dios por comerla!...

Cuando la mujer estuvo a más de cien metros, Nupling dejó finalmente de perorar y de gesticular. Impasible otra vez, dijo entre dientes:

— No estuvo esto fuera de tiempo. ¿A qué ir más lejos? Basta de mendrugos. No hay más que mendrugos; estoy harto. El sol no calienta; también el sol da limosnas: que vaya si quiere a repartirlas entre los magníficos cardenales.

Ese día no abrió para nada su zurrón. No leyó, ni comió. Tampoco hizo en el siguiente, ni en el otro, ninguna de esas cosas. Y así murió Nupling, sin necesitar nada, harto del todo, como un gran señor de las latitudes de la abstinencia y del hambre.

LETRAS ARGENTINAS

Aguas abajo, por Eduardo Wilde. (1)

Acaba de publicarse "Aguas abajo", libro póstumo de Eduardo Wilde. Junto con "Prometeo y Cía.", "Por tierras y por mares", "Tiempo perdido" y algunas otras cosas, forma este volumen la obra literaria — sino muy extensa, valiosísima por su calidad — de aquel incomparable espíritu; el más positivamente original y sorprendente de toda nuestra literatura.

Un libro de Wilde es sin duda una cosa digna de celebrarse como inestimable regalo intelectual. Nada más lleno de interés, de sutileza, de gracia, y a menudo de hondura que una página cualquiera de este amable escéptico que vivió derramando su ingenio en un derroche prodigioso de aticismo burlón y de penetrante ironía.

La selección rarísima de su talento le destaca de entre la pléyade de escritores nuestros de todas las épocas, otorgándole sitio aparte y categoría prominente. Y si puede haber aún quien crea en la ligereza de su producción porque él la lanzaba así, como al desgaire, incapaz de ponerse previamente el frac del "literato", hora es ya de decir que Wilde es de los que más verdaderamente ilustran y honran la literatura nacional, por su significación especial y perdurable, por su visión "sui generis" de las cosas, que le destacaría en cualquier ambiente; por la suma de sentido filosófico y de cultura profunda que esconden bajo su aparente frivolidad sus escritos imperecederos; por su verba única que le hace el más imprevisto y estupendo de los estilistas que entre nosotros hayan cultivado una manera propia.

(1) Esta nota fué publicada por mí como simple sueto en el diario *La Mañana*. En vez de repetir sus conceptos, encuentro preferible reproducirla en esta crónica. — A. M. L.

Eduardo Wilde, entronca, en efecto, con la familia de los grandes humoristas: de los Swift, de los Sterne, de los Thackeray, del actual Bernard Shaw, de Jules Renard, atesorando todavía rasgos de Molière y algo del picante rapé volteriano; y superando sin duda al decantado Mark Twain por lo trascendente de su ironía. Su "humour" es de tipo sajón y el autor de "Meditaciones inopinadas", coincide por cierto en algo más que el apellido con el Oscar Wilde de las ficciones cómicas. Pero tenía aún Eduardo Wilde otro aspecto si más velado no por eso menos efectivo en su idiosincrasia espiritual y era su capacidad para sentir y expresar la ternura. Y ello no es extraño, si se tiene en cuenta que, suponiendo el humorismo verdadero un sentido profundo de las flaquezas y debilidades humanas y de lo precario de las cosas terrenas, implica, al par que la visión del lado ridículo y risueño de todo ello, la visión también de la faz dolorosa y triste. Nos bastará recordar aquella tocante descripción del niño moribundo y del dolor materno, tan real, tan vívida, tan intensa, tan conmovedora, para conceder a Eduardo Wilde sin reato alguno, la calificación genérica de poeta, es decir, de traductor de todos los sentimientos y emociones que agitan el alma humana desde la risa al llanto.

Su obra y su recuerdo no son, entonces, de los que pasan, pues la primera es demasiado considerable y firmemente marcada la huella impresa por el último. Se nos presenta ya en todo su relieve y altitud esta figura tan amable y tan singular de nuestro medio literario, animada por aquella sonrisa perpetua, tajante y fina como una espada de oro, y ennoblecida por una bondad vasta e imperturbable como que sabía comprenderlo todo, su espíritu flexible, ágil y elegante que le asemejaba a un ateniense de los mejores días.

El libro que acaba de editarse contiene, bajo una forma de ficción novelesca, sus memorias pristinas, pues se refieren a su infancia y a su juventud.

"Aguas abajo" presenta un sumario que augura para el lector un verdadero banquete intelectual, con que han de regocijarse los amantes de las bellas ideas, encerradas en formas leves y armoniosas.

El Sayal de mi espíritu, por Ernesto Morales.

He aquí un libro de versos todo sinceridad y desborde lírico. Hay una deliciosa frescura en sus estancias que cantan el amor de la vida y la vida del amor, en lenguaje espontáneo, suave, cristalino. La emoción eclógica, la casta dulzura bucólica de los campos florecidos, tiene en este joven poeta un cantor delicado y expresivo que define en frases rítmicas y acariciantes sus visiones de la naturaleza y los paisajes de su mundo interior.

Ernesto Morales es un temperamento sensitivo en quien basta la presencia de una flor o una fugaz mirada femenina para suscitar la vibración poética y el deseo de la canción. No creemos equivocarnos si decimos que hay en este muchacho sentimental y soñador un poeta de positiva fuerza y expansión lírica que ha de producir canciones muy bellas así que su espíritu profundice más en las cosas que le rodean. Llegará entonces al verdadero vigor poético, que no consiste como creen algunos, en la sonoridad retumbante ni en el tropo estupendo, sino sencillamente en la mayor potencia para traducir todas las ideas y sensaciones, hasta las más sutiles, con elementos propios y con esa virtualidad esencial del poeta de raza que convence y conmueve, sin que se sepa a punto fijo porqué, usando lo que Ma-caulay llamaba "palabras de encantamiento"; — *words of enchantment*, — dictadas al oído por una voz desconocida y misteriosa.

Entretanto, Ernesto Morales es ya un poeta sencillo y amable lleno de entusiasmo joven y en cuyo volumen se encuentran producciones tan reveladoras como la siguiente:

ACCION DE GRACIAS

¡Oh! la intensa alegría de sentirse poeta
en medio de estos campos que el amor solemniza.
aquí, do vuela el alma en libertad completa
y en cantares agrestes su pasión floraliza.

¡Oh! la intensa alegría de sentirse un asceta
que calza la sandalia y desprecia la liza
de ambiciones bastardas, levantando la neta
visión, que nuestra vida aureolando idealiza.

Todo es quietud, silencio: ni el canalla, ni el necio,
ni el gesto vanidoso, ni insolente desprecio
pueden cortar las alas ni el reposo turbar.

Fray Luis: recién comprendo esas sinceridades
de tus odas, al verme en estas soledades
donde no hay que ocultarse para poder cantar.

José Enrique Rodó ha sintetizado su impresión acerca de este libro en la página que va a continuación, cuya belleza de concepto y de estilo indúcenos a transcribirla:

“... Veo en su manuscrito de versos sinceridad lírica, expresión simpática y feliz, de una juventud que busca en la frescura intacta de su vida interior la transparente vena de armonía. Lo que no se adquiere cuando falta, lo “no aprendido” del canto en que se desata el don natural, está presente en esos versos.

Aun allí donde el ritmo claudica o la ingenuidad pasa del justo límite, se siente la promesa de más altas cosas. Es la obra buena de los veinte años. El tiempo dirá lo demás; el tiempo, que para los sinceros y los fuertes es el triunfo sobre el propio pasado, es el sueño de perfección nunca satisfecho ni rendido:

C'est la nuit, l'âpre nuit du travail dont se lève
Lentement, lentement, l'œuvre, ainsi qu'un soleil.

La doble angustia, por Arturo Vázquez Cey.

El autor de este libro es un espíritu estudioso, amante de las especulaciones filosóficas y propenso a la meditación introspectiva. No es extraño, pues, que ahonde progresivamente su pensamiento y que su poesía haya adquirido en este último libro — que viene después de otros dos: “Las Naves de Oro” y “La voz de la piedra”, — una mayor profundidad conceptual. En cambio este volumen marca una “capitis diminutio” desde el punto de vista artístico de su expresión, en cuanto ésta se torna abstrusa y demasiado compleja, velando la claridad de la idea con imágenes y rarezas de lenguaje poco o nada accesibles.

No es por cierto que Vázquez incurra en extravagancias o rebuscamientos decadentistas ya caducos y, por suerte, pasados de moda. Trátase de un escritor serio que trata de expresar sinceramente sus pensamientos y emociones, sin delicias ni prurito alguno de mal comprendida originalidad. Incide, por el contrario, en los defectos apuntados, precisamente a causa de su naturalidad. En efecto, y aunque esto parezca contradictorio, el poeta se expresa aquí deficientemente porque se expresa con excesiva espontaneidad, es decir, sin depurar antes su estilo y reducirlo

a fórmulas claras y netas y traduciendo demasiado directamente el confuso mundo interior de cerebraciones y estados psíquicos. No es difícil que a él le satisfagan plenamente desde el punto de vista expresivo sus composiciones, pues sabe lo que con ellas quiere manifestar. No olvide, sin embargo, que para los demás la cuestión varía completamente de especie, y que el carácter esencialmente social del arte que se basa, como dice Guyau, en la transmisión de las emociones, exige que el autor modifique los elementos estéticos que para él serían suficientes, adaptándolos a la comprensibilidad ajena por elevado que sea el criterio con que se la considere. El escritor puede negarse a amoldar sus manifestaciones al gusto o a la capacidad intelectual del vulgo y dirigirse simplemente a una *élite* reducida, pero lo que forzosamente tiene que observar siempre son las bases lógicas y psico-lógicas de toda estética del lenguaje; las cuales son permanentes desde que reposan en las leyes del conocimiento. Es indudable que hay apercepciones o cerebraciones complicadas que pueden ser objeto de una manifestación poética, pero a condición de definir las suficientemente para que el lector pueda penetrar su significación.

Hemos incurrido sin quererlo y llevados por el razonamiento, en una disquisición que puede parecer pretenciosa. Lo único que deseábamos señalar es la modalidad defectuosa del verbo, notable en este libro, tan interesante por lo demás como expresión de un alma meditativa y cultivada.

En cuanto al espíritu de estos versos, muchas veces armoniosos y bellos, es atormentado y doloroso como lo sugiere su título principal. El siguiente soneto con que se abre el libro, explicará mejor que nada la índole de esta poesía de raigambre filosófica y en la cual se advierte la obsesión del misterio de la finalidad humana:

LA DOBLE ANGUSTIA

Sí, de llanto, de quejas y de males
Es, alma, este camino en que agonizas
Coronado de sierpes y cenizas
Bajo los centelleos siderales.

Soledad sin amor, días iguales,
Manos frecuentes, pero escurridizas...
Alma, con tu bondad te martirizas:
Dios te lleve a las puertas inmortales.

Las dulces puertas cuya venturanza
Lejanísima asedia tu esperanza
En el negro vacío que te implora.

En la tierra que te hace estremecer,
Mientras vas, noche, germinando aurora,
Alma de Jesucristo y Lucifer.

Dos años de acción socialista, por Alfredo L. Palacios.

Hemos recibido un nutrido volumen impreso en Valencia, conteniendo la labor parlamentaria desarrollada por el diputado Palacios durante los años 1912-1913. El conjunto atestigua la acción eficiente del representante mencionado que ha hecho obra constructiva señalándose por lo procedente y práctico de sus proyectos, como asimismo por el talento con que ha sabido lograr para ellos la sanción de sus colegas.

El presente libro ofrece un alto interés por su significación documental acerca de la historia política y parlamentaria del país y también como aporte de elementos ilustrativos respecto de cuestiones sociológicas, económicas y de política experimental, pues las piezas aquí reunidas incluyen gran cantidad de ideas generales y de información científica y estadística.

Por otra parte, los discursos del doctor Palacios son interesantes por la eficacia de su elocuencia vigorosa y convincente.

Durante su actuación parlamentaria, el diputado Palacios ha hecho sancionar las siguientes leyes:

Año 1904. — Ley núm. 4661. — Descanso hebdomadario.

Año 1905. — Ley núm. 4855. — Impuesto *progresivo* a las sucesiones.

Año 1906. — Ley de patentes. Exoneración de patentes a las sociedades cooperativas que no tienen capital preferido, ni ofrecen privilegios, ni aseguran cargos en su administración a los iniciadores.

Año 1907. — Ley núm. 5291. Reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños.

Año 1912. — Ley núm. 9040. Inspección y vigilancia directa y permanente en los establecimientos industriales y comerciales.

Año 1913. — Ley núm. 9104. Descanso hebdomadario en los territorios nacionales.

Año 1913. — Ley núm. 9143. Trata de blancas, (llamada ley Palacios).

Año 1913. — Ley núm. 9107. Socorros a las víctimas del terremoto del Perú.

Año 1913. — Ley núm. 9114. Amparo a los menores abandonados.

Año 1913. — Ley de presupuesto. Pago por asistencia de las dietas a los legisladores.

En 1905 obtuvo la derogación del decreto de 8 de Noviembre de 1893, referente a los medidores de agua que existían en los conventillos.

Cantos al desierto, por C. Sbariggi. (La Plata).

La ciudad platense es fecunda en nuevos poetas, no siempre tales por cierto. El presente libro es una realización defectuosa de propósitos poéticos simpáticos por el entusiasmo y la vehemencia que les inspira. El autor no domina su verso y carece de imaginación verbal. Su sintaxis precaria y la falta de musicalidad malogran la expresión de ideas y sentimientos delicados y más a menudo libres y altivos, pues las composiciones que forman el volumen denotan un espíritu combativo, más atento, en la elección de su arma, a la capacidad ofensiva de la hoja que a las cinceladuras del pomo. En suma, creemos advertir en el señor Sbariggi un temperamento poético traicionado por la deficiencia de su sentido artístico. Tal vez ello no sea sino producto de una determinada educación literaria y pueda el autor, mediante el ejercicio y la cultura constante, alcanzar una más feliz capacidad para traducirse a sí mismo.

Prosas heterogéneas, por Felipe A. Oteriño.

Colección de cuentos de muy diversa índole, escritos con cierta dexteridad encomiable. El autor, aunque se advierta en muchos defectos que éstas son sus primeras producciones, se hal'a bien encaminado. Hay en su prosa una tendencia a la selección y a la sobriedad que le prestan distinción y dan interés a sus relatos. Creemos notar en el señor Oteriño cierta feliz tendencia para el humorismo y la ironía. Se encuentran en sus cuentos algunas frases llenas de intención, que él mismo se encarga de malograr luego, ingenuamente, abundando sobre ellas y olvidando que "el epigrama es sucinto por definición". Cuando alcance a destacar mejor lo principal de lo superfluo, hará en ese sentido cosas interesantes.

“Los tres López”. Discursos pronunciados en la recepción del académico doctor Antonio Dellepiane.

En la ceremonia solemne de su recepción en la Academia de la Facultad de Filosofía y Letras, que se efectuó el 20 de Julio próximo pasado, el doctor Antonio Dellepiane eligió como sujeto a quien elogiar, a un ilustre escritor argentino, prematura y trágicamente fallecido: Lucio Vicente López; y por tratarse de una figura de noble estirpe espiritual, descendiente de un preclaro historiador y nieto del autor del himno patrio, quiso el doctor Dellepiane, al ensayar el retrato psicológico y literario de Lucio Vicente, delinear también, en el fondo de la tela, las siluetas del padre y del abuelo, eslabonando y reconstituyendo así tres de nuestras generaciones y escuelas literarias.

El intento fué coronado del éxito más completo, y el discurso del talentoso académico resultó un cuadro lleno de vida, como él sabe trazarlos con su prosa nítida y elegante, cuando se echa a rememorar las figuras del pasado.

El bello discurso que constituye una interesantísima página de reconstrucción histórica, ha aparecido en un folleto, seguido de aquel con que el doctor Ernesto Quesada dió la bienvenida al nuevo académico.

“La actual civilización germánica y la presente guerra”, por Ernesto Quesada.

El doctor Ernesto Quesada ha escrito un extenso estudio crítico, que hoy aparece editado en un opúsculo, sobre el libro *La patria alemana*, que el ministro de Cuba en Berlín, Gonzalo de Quesada, publicó el año pasado. Tanto el distinguido diplomático y publicista cubano como su crítico argentino, son sinceros y conscientes germanófilos que fundan su amor a la tierra de Goethe y de Wágner en el conocimiento profundo que tienen de sus altas cualidades morales e intelectuales y de sus asombrosos progresos en todos los campos.

La exposición de tales progresos, corroborada por un nutrido acopio de cifras estadísticas, es el objeto del presente opúsculo, en el cual se demuestra claramente el esfuerzo gigantesco realizado por Alemania en menos de medio siglo, en todos los órdenes de la actividad humana. Al considerar luego la actual guerra, el

doctor Quesada, bien que decidido germanizante, da muestras, como no podía esperarse otra cosa de tan esclarecido hombre de ciencia, de una simpática imparcialidad, y sólo recomienda a sus compatriotas que, precaviéndose del falso sentimentalismo que pudiese arrastrarlos a excesos y errores de opinión tengan ante la tremenda contienda más ecuanimidad en las apreciaciones y equidad en los juicios.

Crítica del Salón Anual, por Juan de Adentro.

Bajo este pseudónimo ocúltase una distinguida dama de verdadero prestigio intelectual, que en el presente opúsculo enuncia observaciones críticas, acerca de las obras expuestas este año en el Salón Nacional. Lástima que su crónica sea demasiado exigua, limitándose a ligeras anotaciones sobre cada cuadro, en vez de desarrollar ampliamente sus conceptos, fundar razonadamente sus opiniones y sobre todo exponer los lineamientos generales de su concepción estética. No obstante adviértense en el autor un conocimiento y familiaridad no escasos, con respecto al arte pictórico como así mismo un gusto seguro aunque un tanto misoneísta por su prevención hacia nuevas formas y tendencias. Completan el presente folleto, un catálogo del Salón y numerosas fotografías de las principales obras.

Los grandes jurisconsultos, literatos y filósofos de la Roma antigua.

Síntesis biográfica, por Horacio N. Dobranich.

El autor de este folleto ha realizado en él una recopilación de datos biográficos y bibliográficos referentes a los autores que el título indica. En breves apuntes se indica la época, actuación y obras de cada personaje. Es un trabajo puramente informativo, útil sin duda y que atestigua erudición al respecto.

Berta, por Pedro Oliveira.

Es una novela algo romántica, sin mayor originalidad ni interés. Podría suceder en cualquier parte, pues su asunto y su ambiente no tienen característica alguna. Está escrita con corrección y considerada como ensayo, podría ser el augurio de producciones más significativas.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

EL CUARTO SALON

(CONCLUSIÓN)

Antes de pasar a hablar de la escultura detengámonos un instante frente a los dos mosaicos expuestos en la sala de la arquitectura: *Primavera* de EMILIO PETTORUTI y *Fugitiva* de CAYETANO DONNIS. El mosaico es una forma del arte que poco se presta para satisfacer el gusto general y es raro hoy día que los artistas se dediquen a la práctica de aquello que no es conforme a las tendencias del público al que todo se sacrifica. Estos dos artistas nos revelan el simpático propósito de trabajar en obras que respondan más a sus gustos que a tendencias impuestas por el medio en que deben actuar, porque el mosaico que tuvo una gran importancia en los comienzos del arte cristiano es hoy día un accesorio arquitectónico rara vez usado. Sin querer sobreponerle a los otros medios de expresión, pues no es el que mejor se presta para las grandes realizaciones de la fantasía, hacemos notar especialmente su aparición en nuestro certamen porque nos complace todo lo que obedece a una vocación natural en el artista.

El mosaico reemplazó en el arte cristiano primitivo a las pinturas de las catacumbas. El alto clero, dicen Cavalcaselle y Crowe, ⁽¹⁾ se había persuadido que la mejor manera de extinguir el paganismo era multiplicar las imágenes cristianas, prefiriéndose luego los mosaicos como obras más tenaces y duraderas. Los primeros mosaicos que se encuentran en Roma y por consiguiente en el resto de Italia datan del siglo cuarto o principios del quinto. Después de las de Roma son las iglesias de Nápoles las que empiezan a adornarse con mosaicos, luego las de Milán y por último las de Ravena, donde esta forma del arte llega a su mayor des-

(1) *Historia della pittura in Italia*, vol. I.

arrollo. En Ravena convertida en capital de Italia, se erigen iglesias y palacios a destajo, según expresión del mismo Cavalcaselle, pues la corte quiere rivalizar con la bizantina por lo menos en magnificencia. Pero cuando el mosaico llega a su apogeo, el arte revela ya una profunda decadencia. Desde los comienzos de la pintura cristiana el artista en cuya mente vive aun el antiguo culto representa al nuevo dios con la imagen empobrecida de Júpiter primero y luego de Apolo y la imitación del arte pagano es tal que muchas obras sólo tienen de cristiano el asunto. La decadencia proviene precisamente de ese estado de transición en que se encuentra el ideal religioso.

La fe pagana que había ido debilitándose cada vez más había quitado al arte su gran impulso y la nueva creencia no contaba aun con suficientes fuerzas para reemplazar al ideal caído.

Es curioso ver como la imagen de Cristo sigue en su representación en el arte la misma evolución lenta que debió seguir la idea cristiana antes de arraigarse en el espíritu de los hombres de occidente. El arte muere porque falta un sentimiento profundo que le sostenga. Renacerá tan sólo cuando la idea cristiana ejerza un poder absoluto en los espíritus. La historia del arte, ha podido decir Salomón Reinach ⁽¹⁾, es sobre todo la historia de un ideal que evoluciona. Los momentos de transición y de debilitamiento de las ideas marcan las épocas de decadencia. Detalle curioso: también los artistas de Ravena tratan de cubrir su inferioridad de invención y su falta de idealidad con el trabajo minuciosamente cuidado y el uso de materiales más espléndidos, es decir, con los recursos de la técnica!

Volviendo a los mosaicos de nuestros jóvenes artistas, señalaremos nuestra preferencia por la *Primavera*, del señor Pettoruti, quien se sujeta mejor a las reglas del arte que practica. Su trabajo revela una fantasía simple y de buen gusto, puesta en relieve por el dibujo claro y elegante. Los colores se complementan bien y la obra ofrece en su conjunto una agradable armonía.

La obra del señor Donniss revela en cambio una exagerada tendencia a descomponer los tonos, empresa poco menos que absurda si se tienen en cuenta las características del mosaico. De ese empeño ha resultado tan sólo un exceso de colorinche, que ha malogrado el buen efecto de su trabajo. El señor Donniss,

(1) *Recueil des têtes antiques.*

que tan buenas condiciones revela, sobre todo como dibujante, es una víctima de su propia originalidad. Lo mismo que el mosaico, su *Desnudo* de la sala VI, excelente de dibujo, se malogra por las extravagancias de su técnica. Esperemos que al amparo de la dulce y sabia Florencia, donde este joven artista reside, se penetre del principio dictado por Renan: si se puede pensar de muchos modos existe una sola manera de expresarse y ésta es la más clara y sencilla.

LA ESCULTURA

Sea porque las leyes que rigen la escultura son de carácter más riguroso, o que el espíritu de estos artistas se sienta animado por más sanos y altos propósitos, sus trabajos están desprovistos de un modo general de ese torpe prurito de originalidad, que hace insoportable la mayoría de las pinturas. Estas obras, aunque no muy extraordinarias, son más verdaderas, más justas, mejores. La escultura, por la naturaleza misma de sus principios, mantiene mal o bien el prestigio de la forma que la visual moderna no ve ya en seguida por el color y los matices. La forma es la primera persona del arte y el color es tan sólo el vistoso ropaje con que se la engalana. La fantasía del ropaje ha ido creciendo a medida que se perdía la virtud de las líneas. En nuestro tiempo en que una vistosa exterioridad brilla más que las más grandes virtudes, en que el aforismo de Blummel — más vale una mancha en el alma que una mancha en el traje — es una práctica, el color, la exterioridad del arte, ha triunfado sobre el alma, la forma. Más vale la deformidad de un cuerpo que la opacidad de un tono, dice el artista. El arte de relumbrón ha perdido el encanto infinito de las líneas puras y armoniosas.

La obra del señor ALBERTO LAGOS, el *Indio Tehuelche*, es indudablemente la mejor de las esculturas, a pesar que se haya dicho con frecuencia que ese personaje caracteriza caprichosamente a su raza. El mérito de la obra del señor Lagos reside en su valor monumental, en la armoniosa proporción del conjunto, en el vigor expresivo de la figura. Exterioriza ese indio cierta resignación feroz y dolorosa que dan a su fisonomía tan varonil un particular interés. La obra es de un bello dibujo y está hábilmente modelada.

Alberto Lagos es de los artistas que más conciencia tiene del significado de la obra de arte y en su breve carrera ha podido probarnos que la belleza es en él una preocupación constante.

El señor HÉCTOR ROCHA es un joven artista con preciosas condiciones, pero un poco precipitado; un artista que prefiere tentar grandes obras antes de estudiar detenidamente el medio de hacerlas perfectas. Este defecto es común a la gran mayoría de los artistas, pero es más sensible en el señor Rocha porque como decíamos, este joven tiene cualidades poco comunes de escultor. Compone con elegancia y ese mismo buen gusto se revela en la elección de los motivos; pero sus obras de este año tienen más o menos los mismos defectos que las del año anterior.

Parece que durante el tiempo transcurrido, este artista no ha tenido el cuidado de analizar sus debilidades o por lo menos no ha estudiado el medio de corregirlas.

Su *Amor de los amores* (obra, dicho sea entre paréntesis, muy convencional) está compuesta con un sentido justo de la armonía, las figuras tienen cierta belleza, pero todo se malogra por los graves defectos de anatomía y de ejecución, defectos que el tamaño de la obra hace mucho más visibles. Los medios técnicos del señor Rocha, insistimos, sirven mal a su inspiración y es lástima porque su inspiración es buena.

Estudia con filosofía y sutil especulación las cualidades de la forma, decía Leonardo, y no pases a la segunda sin antes conocer profundamente la primera. Este es el mejor consejo que pueda darse al señor Rocha como a todos aquellos que se dediquen a las artes del dibujo. Cuando conozca a fondo todas las particularidades de la forma realizará con mucha más facilidad y claro está con mayor perfección las obras que tanto le tientan.

Otro defecto que nos parece oportuno señalar, por cuanto se repite en varias de las obras de este artista, es la introducción de detalles innecesarios como sucede en su hermosa cabeza *Misticismo*, donde una mano aparecida como por obra de encantamiento, malogra la armonía del conjunto. En *Nouveau-née* choca también el mismo detalle inútil. Esas manos estarán bien ejecutadas, pero es necesario sacrificar a la buena armonía del conjunto todo detalle que pueda viciarla, así nos parezca digno de un Miguel Angel.

La Herida de MIGUEL ANGEL NEGRI es, a pesar de alguno que otro defecto muy visible, una de las buenas obras expuestas en

este certamen. Representa a un niño vendándose un brazo herido y es tan natural su gesto, que parece que hubiera sido sorprendido en ese instante por el artista. La sensación del movimiento está hábilmente traducida y en general este bronce revela a un artista capaz de trabajos muy interesantes, impresión que confirma su conté blanco titulado *Despertar*. Los defectos de la obra derivan del poco estudio más que de una falsa concepción del arte y son por lo tanto fáciles de subsanar. *La Herida* está hecha sin ningún prurito de originalidad, condición que le hace por sí sola acreedora de toda nuestra estima.

Otro artista meritorio, cuyas obras debieron ser un halago para quienes visitaron el Salón, es el señor CARLOS OLIVA NAVARRO, que expone una serie de trabajos buenos en su gran mayoría y que revelan a un escultor de gusto, sensible y hábil. También él se ha alejado de esa originalidad temeraria que tantos estragos hace y por la que se pierden tantas buenas voluntades.

De las obras del señor Oliva Navarro, las más estimadas han sido sus cabezas de niños y sus bajorrelieves. En estos bajorrelieves es donde el señor Oliva ha puesto más fantasía, de ahí su superioridad, para nuestro modo de ver, sobre el resto de su obra. Su cabeza de criollo, donde el realismo del asunto excluye toda fantasía es ya menos interesante.

Es de notarse que las obras del señor Oliva Navarro, cuyo mérito acabamos de señalar, son como las de la mayoría de sus colegas, obras pequeñas para vitrina o para interior. La escultura va perdiendo más y más su carácter monumental del que en realidad no debería apartarse nunca.

Los artistas modernos parecen ocupar su fantasía en obras para salones, inútiles para complementar la orientación de un jardín o de un edificio. La escultura se va apartando de su hermana mayor, la arquitectura, para acercarse cada vez más a la pintura, aunque esto parezca absurdo. Por de pronto quiere usurparle el claro oscuro y el color, que son su patrimonio exclusivo, como tiende a usurparle su lugar en las habitaciones donde los bronce van desalojando poco a poco a las telas. Los bronce modernos tienen un aspecto más discreto que las pinturas y muchos de ellos pueden pasar por obras de mérito para un ojo poco avezado, mientras que a los cuadros les vende el color. La luz mortecina de un interior pierde en una generosa penumbra los contornos mal dibujados, las señales de una mano demasiado pe-

sada, mientras que para un cuadro ocurre todo lo contrario. "Cuando tengáis que juzgar un cuadro, decía Diderot en una crónica sobre el Salón de París, estudiadlo a la caída del día, es un instante muy crítico". ¿Quién no ha notado la luz eneguedora con que iluminan las pinturas en un Salón? ¿Quién no ha pensado también que en un interior es imposible de que gocen de esa poderosa ayuda?

Todo esto lo sabe o de todo esto tiene una viva intuición el artista escultor que se dedica a las obras diminutas, amparado por la memoria inmortal de los artifices de Tanagra.

El señor PABLO CURATELLA MANES expone una graciosa cabeza titulada *Pensativa*. Es una obra expresiva, agradable de dibujo y bien modelada. Su *Maternidad* revela bien a las claras que este joven artista no está aún en condiciones para aventurarse en la realización de obras de gran aliento, y esta deficiencia, que se nota en la obra de más de un artista, es para nuestro juicio de las menos perdonables, pues que nada justifica ese precipitado empeño en hacer grandes obras, cuando falta el estudio suficiente y esa seguridad en la expresión de las ideas que dan los años. El defecto principal de este yeso está en la desproporción enorme de las partes. El señor Curatella debió colocar a la madre en una postura que le permitiera armonizar mejor su enorme estatura con las proporciones diminutas del niño y no elegir precisamente aquella posición que hiciera más evidente esa diferencia. Luego el ropaje ocupa un gran lugar en esa obra y el señor Curatella lo ha dejado caer sin gracia, tendido y duro como una lona.

Después de la guerrilla, del señor JOSÉ SUTERA, es una cabeza de muchacho herido, excelente de dibujo y de modelado. La expresión de dolor de la boca es muy verdadera; a pesar de la simplicidad del asunto, esta pequeña obra es de las que encierra mejores cualidades.

Memento, Veritas, Un desco pasa sobre las cosas, Lucha humana (cráneo), *La danza de la vida, Amor y Muerte en eterna lucha*... y más allá la nada. Tal es la obra del señor HUMBERTO SPAGNOLLI.

El señor TROIANO TROIANI expone un yeso titulado *Elegía*, que merece citarse entre las buenas obras por la figura de mujer que forma el motivo principal. Esa figura es armoniosa, elegante de líneas, y la esbeltez de sus formas revela un noble empleo del dibujo.

La obra habría ganado mucho suprimiendo el segundo personaje, un hombre pescuezudo que ejecuta el violín, figura que a más de ser fea está colocada en forma desagraciada. El señor Troiani debió advertir también que el violín es un instrumento poco escultural.

La fuente decorativa que bajo el título de *Pudor* ha expuesto el señor GONZALO LEGUIZAMÓN ha tenido la virtud de alborotar con su simplicidad a la numerosa casta de los contorsionistas en arte, de aquellos que quisieran ver al cuerpo humano retorcido sin piedad, con la misma violencia que se retuerce a un paño mojado antes de tenderle al sol. Ninguno de ellos se explica cómo el señor Leguizamón ha tenido piedad por ese cuerpo de niño, que por ser tierno era más fácil de retorcer, y le haya colocado en la posición más simple, pues es tan simple su postura que el no haber caído en una vulgaridad debe considerarse como un mérito. Ninguno tampoco ha sido capaz de detenerse a examinar el encanto natural que se desprende de esa figura, a pesar del descuido con que han sido ejecutadas algunas de las partes, descuido que, dicho sea de paso, llega al exceso en la ejecución de las manos. La obra, es cierto, no peca por demasiado vigor, pero lo importante es que el señor Leguizamón ha conseguido ser original con los medios más simples y más leales. Se explica, pues, que aquellos que agotan todos los trucos para producir efectos nuevos no gusten de la sencillez de este trabajo.

Susana y Enigma. Así titula los dos mármoles que expone junto con un *Viejo florentino* en bronce, el señor ARTURO DRESCO.

Enigma, tiene la virtud de realizar la expresión de misterio que su autor se propuso darnos, pero esa cabeza es fea, terriblemente fea de dibujo. El enigma está en los ojos, el resto poco agrega. El señor Dresco no tenía por lo tanto necesidad de dibujar de una manera tan caprichosa la nariz, la boca y en general toda la parte inferior de la cara. Esos detalles afean la figura sin darle mayor carácter. El dibujo es muy superior como belleza en *Susana*. Esta cabeza, como *Enigma*, es un poco hombruna, quizá porque el dibujo anguloso del señor Dresco se presta poco para realizar la morbidez de las carnes. El *Viejo florentino* es una obra vigorosa y singularmente expresiva.

Torso de viejo, un estudio del señor FÉLIX GABUTTI, joven que se inicia vigorosamente en el difícil arte del modelado. Este trabajo no podría darnos una exacta visión del talento de este artista

pero nos autoriza a considerarle entre los principiantes bien dotados.

Esta larga crónica del Salón toca a su fin. Como nos pareciera que el tiempo transcurrido quitaba todo interés al examen minucioso de obras que no se destacan por cualidades excepcionales, hemos preferido dar sobre los trabajos de escultura una impresión general, convencidos de que el lector sólo recuerda en su conjunto todo lo que ha visto. Hemos dejado a un lado las obras muy malas, así como aquellas que sólo se distinguen por un pequeño rasgo feliz. En nuestro Salón abundan los trabajos de esta índole, circunstancia que hace terriblemente pesada la tarea de la crítica; pues, ¿cuál es el ingenio, aun el más torpe, que no tiene de pronto un rasgo feliz? Nuestro arte no ha entrado todavía en un período de producción verdadero y si ahondáramos el análisis nos encontraríamos con que, salvo rarísimas excepciones, el tal arte se reduce a la obra impersonal de un grupo de aficionados.

En la mayoría de los casos, aquel que se dedica entre nosotros a *hacer arte*, estudia con el mismo entusiasmo inconsciente, la pintura, la escultura, la música y dedica los ratos de ocio a hacer literatura y atender asuntos profesionales. Inútil decir lo que resulta de este empleo tan diverso de la actividad en naturalezas generalmente mal dotadas. Cualquiera de esas formas del arte requiere para ser desarrollado con alguna eficacia, el empleo de una vida entera de constante labor; una tenacidad y una fortaleza de espíritu que el aficionado desconoce. Una prueba de que la desconoce es precisamente ese amor desmedido por todas las formas del arte para los cuales se cree igualmente dotado.

Antes de terminar citaremos algunos otros nombres. Primero el del señor TORCUATO TASSO, que por los antecedentes de su larga carrera no se le puede pasar en silencio, a pesar de que el carácter que hemos querido dar a estas crónicas justificaría en parte nuestra actitud, sobre todo cuando las obras que expone el señor Tasso no ofrecen ninguna cualidad superior. Por el contrario, creemos que su *Cervantes*, encierra un error. No es posible hacer hoy día, se nos ocurre, una obra que represente al autor del *Quijote*, sin realizar una interpretación de su genio y el señor Tasso se ha concretado a reproducir la imagen tan convencional que todos conocemos, como si se tratara de un señor contemporáneo nuestro. Esa obra no evoca la personalidad de Cervantes, el carácter de su genio inmortal y no satisface, por lo tanto, ese sentimiento profundo que sus escritos han dejado en nosotros.

La cabeza *Ensueño*, la otra obra que expone el señor Tasso, nos parece más original y por consiguiente más interesante.

Las señoritas LUISA ISABEL ISELLA y BLANCA LEGUIZAMÓN, representan al sexo débil en este arte fuerte del modelado. La primera expone una ninfa gentil de formas y que confirma su reputación de artista hábil. La señorita de Leguizamón presenta una cabeza titulada *Ensueño*, que si bien recuerda demasiado la manera de un artista muy difundido, revela a un temperamento sensible y delicado.

El señor HERNÁN CULLEN expone un *Estudio* que contradice la reputación de que goza su autor. Hasta el momento de escribir estas líneas no hemos podido adivinar por qué se dijo que esa obra realiza un canon artístico. Por lo que a nosotros corresponde, ese *Estudio* es el primer trabajo que vemos del señor Cullen y confesamos que no nos ha despertado un desmesurado deseo de ver otros.

Y para finalizar diremos dos pa'abras sobre esa galería de los suplicios que sigue a la sala de la escultura y donde al lado de dos o tres obras discretas se exponen una serie de atrocidades que no nos explicamos con qué fin fueron aceptadas por la comisión. La primera de esas monstruosidades, y que puede resumirlas a todas, es la titulada *La consecuencia de los vicios*, que representa a un degenerado en el último grado de idiotez. Es un espectáculo repugnante e indigno de un certamen cuya finalidad debe ser la de halagar nuestro sentimiento estético. ¿En nombre de qué obscuro criterio se admiten tales lucubraciones? ¿Cómo es posible que una comisión de artistas no vea que tales obras comprometen no ya su nombre de artistas sino de hombres sensatos? Esa obra parece tener un fin moral, pero su autor ignora que no se moraliza en arte con obras dignas de un gabinete de criminología. El principio de toda moral en arte está en la belleza física o intelectual. Los esplendores de la forma o de la inteligencia dan a la naturaleza humana una significación superior y enaltecen nuestro sentimiento de la vida. Y es de un noble sentimiento de la vida que nace toda moral verdadera.

La exhibición de obras como *La consecuencia de los vicios*, nos prueba que si el sentimiento de la belleza, generador de todo buen arte, se manifiesta también por una repulsión instintiva hacia la fealdad, ese sentimiento es para nosotros una pura fantasía.

NOTAS Y COMENTARIOS

Folco Testena y nuestros poetas.

Queremos dejar constancia en estas páginas de una nota muy simpática y muy halagüeña para nuestras letras. Folco Testena, literato y periodista italiano de mucho talento, alma de apóstol y de rebelde, estilista sorprendente que ha adquirido sonoro y muy justo renombre con los *Appunti* que desde largos años viene escribiendo diariamente en *La Patria degli Italiani*, bajo el pseudónimo de *Vir*, páginas vigorosas y nerviosas, llenas de vida y de genuino *humour*, paradójales, batalladoras, finamente poéticas, ha querido últimamente que el público italiano aquí residente conociese y amase nuestra poesía nacional, y con gusto excelente y arte seguro, ha traducido al italiano dos bellos poemas aparecidos en los números anteriores de NOSOTROS. Uno de éstos fué *Sol campestre*, de Eduardo Talero. (véase NOSOTROS, núm. 64) sobre cuya obra de poeta de la naturaleza dió Testena una admirable conferencia, patrocinada por la Liga de Educación Racionalista, el 8 del corriente mes. Así la conferencia como la versión poética aparecieron al día siguiente en *La Patria*, y de veras lamentamos que la falta de espacio nos impida dar a conocer los más elocuentes fragmentos de aquélla.

El otro poema ha sido *La canción de la tragedia*, de Mario Bravo (véase NOSOTROS, núm. 66), cuya versión completa al italiano apareció en *La Patria* el 7 de Noviembre. Testena es un poeta y Mario Bravo puede enorgullecerse de haber hallado un tan espontáneo como talentoso intérprete. Nosotros agradecemos sinceramente al colega *Vir* su amor a la poesía de esta tierra.

Como muestra de la belleza de sus versiones, publicamos a continuación *La villa familiare*, sacada de *La canzone della tragedia*:

La villa familiare che ha la sua chiesetta,
Pace nel suo daffare, virtù nella sua scuola,
Armonia nelle note della canzone schietta
E amore per lo stemma, che ha pur la sua gloriola;

Cordiale ed ospitale quand'offre e quando dona,
 Piazza piena di sole, strade aperte sugli orti,
 Allegra co' suoi bimbi, con i suoi vecchi buona,
 Dolce con i suoi vivi, dolce con i suoi morti...

La ridestó il cannone, la stremó la mitraglia,
 La rase al suol l'orrendo ciclón della battaglia.
 Povero borgo ch'ebbe la scuola e la chiesetta.

La piazza solatia e le strade sugli orti,
 Armonia nelle note della canzone schietta,
 Bontá per i suoi vivi, amor per i suoi morti!...

La fiesta de nuestro beneficio.

Como lo esperábamos y deseábamos, el público y nuestros amigos asistieron al beneficio de NOSOTROS. Si nos alegra el éxito obtenido — ya que él afianza nuestra existencia — más nos satisface la comprobación de las simpatías que acompañan a nuestra revista.

De acuerdo al programa anunciado, representáronse “Las curas milagrosas”, de Diego Ortiz Grognet y “Claror de luna”, de Enrique Richard Lavalley y Armando Chimenti. El público que festejó la gracia desopilante de la primera, aplaudió con agrado los versos de la segunda y asimismo dispensó a Chimenti — que en notable piano Blüthner ejecutara tres de sus composiciones — la más cordial consagración.

¿Necesitamos asegurar nuestro agradecimiento a todos, a nuestros lectores y al público, a los autores de las obras representadas y a nuestros amigos?

Saben unos y otros cuanto es nuestro reconocimiento.

Bibliografía jurídica.

La publicación reciente de varias obras jurídicas de importancia, cuyo análisis requiere detenimiento especial, nos impone postergar para uno de nuestros próximos números los juicios que debieron aparecer en éste.

Nos ocuparemos como corresponde de las siguientes obras que nos han llegado: *La Nationalité au point de vue de la législation comparée et du droit privé humain*, por E. S. Zeballos; *Dharma*. Influencia del Oriente en el derecho de Roma, por Arturo Capdevila; *Apuntes de Derecho Comercial*, por Carlos C. Malagarriga y Néstor I. Aparicio; *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, y de otras cuya publicación se espera. — N.

“NOSOTROS”.



NOSOTROS

POETAS Y PROSADORES PORTUGUESES

Constituye una afirmación ya trivial que la objetivación emocional de los pueblos se ejerce por medio de su literatura y de su arte. La pintura, el grabado, la arquitectura, la estatuaria, así como la prosa, la poesía y la música, son la expresión colectiva, o individual, de las almas. Ellas convierten esta expresión en una realidad objetiva, proveyendo así a los hombres de una vibración nueva del sentimiento.

Respondiendo a una invitación amable que mucho me honra, voy a presentar en breves líneas sumarias los aspectos esenciales de la literatura portuguesa. Y comenzaré por afirmar que existe una literatura portuguesa, — poco conocida, aunque revelada no-

ABEL BOTELHO, ministro de su patria en Buenos Aires, que honra a *Nosotros* con esta colaboración que se le solicitara, es uno de los maestros de la novela portuguesa. Ha publicado una decena de libros y algunos han sido traducidos al castellano y al francés. En nuestro medio intelectual, escaso, disperso, egoísta e ignorante de toda literatura que no sea la francesa o la española, Abel Botelho no ha sido acogido como debiera, dada la excelencia de su labor novelesca y el alto prestigio de su nombre. Por eso, y sin pretender remediar con mi humilde homenaje el descuido de nuestra intelectualidad, he querido traducir su largo artículo, traducción penosa si las hay, pues el estilo del escritor portugués abunda en neologismos, en matices, en las que, digámoslo casi en francés, podría llamarse "bizarrerías". A riesgo de incurrir en la ira temible de los gramáticos, he conservado lo pintoresco y rebelde de su prosa, a sabiendas de que sus giros y palabras no son castizos. Desde que no lo son en portugués, tampoco deben serlo en castellano. — *Manuel Gálvez.*

blemente a través de los siglos, literatura gloriosa y auténtica, llena de ideal, rica de las más bellas tradiciones que la consagración universal ha inmortalizado. Es una literatura frente a la cual la admiración conmovida del mundo nos levantó brillante apoteosis, porque ella es atenuada y suave como el carácter del pueblo que la inspira, pero que en la descuidada modestia de su existencia, cristaliza y perpetúa el adorable trazo característico que le es propio, con la más calma y dulce confianza, — como, bajo la sombra amiga de un viejo gran roble, un cándido héroe durmiendo.

Sabido es que el instrumento principal de las literaturas, su más durable forma de expresión, es el lenguaje. Así, pocos pueblos podrán enorgullecerse de poseer una lengua en tan estrecha y perfecta afinidad con su carácter, como el pueblo portugués. Su genio enamorado y melancólico, difícilmente encontrará otra forma de expresión más apta, por la maleabilidad, por la suavidad, por el ritmo, por la armonía, por el color, para traducir los sutiles refinamientos de la emotividad nacional. En los orígenes de la lengua portuguesa vamos a encontrar, más o menos confusamente mezclados, estigmas y formas de los elementos celtíbero, latino, germano y árabe. Pero no fué la influencia latina la que prevaleció, afinando las corrientes del lirismo, imprimiendo nobleza y corrección a las formas gramaticales. En el primer cuarto del siglo XVI la unidad lingüística portuguesa estaba hecha, — libre de los sonidos aspirados y guturales del norte, — y merced principalmente a la obra de Fernando de Oliveira y Juan de Barros. Después Bernardino Ribeiro la utilizó en armonías extrañas, y Camoens la enriqueció, la vistió de galas, de exuberancias tropicales, la facetó en irisados brillantes, tanto en sus octavas y sonetos como en ese inmortal poema *Los lusíadas*, que, en el decir de Edgar Quinet, “no pertenece sólo a Portugal sino a toda la humanidad”.

En seguida, y siguiendo una evolución natural, las progresivas exigencias de la vida social y psicológica le fueron modificando la sintaxis y ampliando las formas; el *romanticismo*, por la reavivencia de las fuentes orgánicas medioevales, le dió un espléndido incremento, que fué ese vernaculismo⁽¹⁾ impregnado de emo-

(1) Esta palabra no tiene traducción exacta en castellano. Lo vernacular en Portugal equivale a lo castizo en España; pero a lo castizo regional, libre de toda contaminación extranjera. Es un casticismo concentrado,

cionante gracia nativa, tan felizmente estimulado por Garrett; vino Juan de Deus y renovó la dulce vibración sentimental del poema *Menina e moça*; y aún, más recientemente, por la presión de nuevas necesidades, es admirable el avance que, entre otros, por la obra rara de Eça de Queiroz y de Camillo, toma la lengua portuguesa en su forma esmerada, por la incorporación de tanto fino decir, tanta ironía, tanta fluidez, tanto vigor, tanta gracia tintilante.

Hoy el portugués es una lengua sonora, elegante, armada sólidamente; más analítica y más clara, a veces, que el español, prestándose por eso más fácilmente a la traducción flagrante de las emociones; lengua singularmente onomatopeica, por la abundancia de los sinónimos y las riquísimas *nuevas* de sus aumentativos y diminutivos, que tan nítidamente le permiten desnudar las pasiones y fijar los objetos, sin perífrasis, con el más colorido cortejo y llameante opulencia de matices.

*

¿Por cuál de los géneros del arte escrito se manifestó el genio portugués inicialmente? Todos lo sabemos: por la poesía. Cuando aún hacíamos parte de la integridad española, poco después del siglo x, despertaron, en la región que después fué Portugal, los *trovadores* descendidos de Gascuña, con la dulzura provenzal en los labios, errantes, irresistibles; y es entonces cuando, como en Italia, las poblaciones hispánicas inician la floración de un tipo poético común: las *serranillas*, *pastorclas* y *baladas*. Era la identidad del fondo antropológico operando la reviviscencia de las tradiciones ibéricas. Y de tal modo, que en los poetas portugueses, que son piedras miliare, — y ya vamos a ver quienes lo son, — esta estructura poética, este prurito de lirismo trovadoresco, mantiene su unidad, se torna admirablemente bello; y es él lo que, en el reinado de D. Diniz, levanta por vez primera, y afirma, la vitalidad estética portuguesa.

Ya durante nuestro primer rey, Alfonso Enriquez, el ciclo galo-

ardiente y muy territorial. Eça de Queiroz no es *vernacular*; Camilo de Castello Branco lo es en grado máximo. El diccionario de la Academia, sólo tiene "*Vernáculo, la*: (Del lat. *vernaculus*) — adj. Doméstico, nativo, de nuestra casa o país." Algunos escritores españoles contemporáneos, Ramón Pérez de Ayala, entre otros, han empleado el adjetivo *vernacular*.

franco principio a extenderse en Portugal, repercutiendo intensamente en los cantos populares; y es un hecho digno de nota, una gloriosa afirmación que nos hinche de orgullo, que la *canción guerrera*, al convertirse, por la atenuación del ideal bélico, en la novela de caballería, fué en Portugal donde recibió la primera consagración de su forma en prosa en la famosa novela *Amadís de Gaula*. En Francia y España, después, no hicieron, más o menos, sino imitarla. Por la florescencia enorme de irradiación que esta aventura pasional despertó, puede valorarse el fuerte dinamismo orgánico y la incomparable riqueza de la poesía céltica que se infiltrara entre nosotros. En la facilidad lusitana de adaptación de esas narraciones que, en un deslumbramiento soñador, abrían vasto campo a la plástica imaginación portuguesa para la idealización amorosa y aventurera, se revela bien elocuentemente la globulínea excelencia de los *motivos* celtas que enriquecían el genio nacional.

Esta brillante forma novelesca, en que la vivacidad de la acción se ayunta con la plenitud de ardor meridional, diagnosticaba ya la epopeya de un pueblo apasionado e impulsivo hacia el gigantesco anhelo para cuyas alas habría de resultar más tarde estrecho el mundo conocido.

No quiero de ningún modo fastidiar al lector con un trabajo demasiado erudito; por ello me limitaré a apuntar, en breves jornadas sintéticas, las etapas más características de la evolución poética portuguesa. Desde la torva agonía de la Edad Media hasta los comienzos emancipadores del *romanticismo*, cinco grandes poetas contamos nosotros que han influido más o menos poderosamente en la literatura nacional. Son ellos: Bernardino Ribeiro, que idealizó el amor, insulado en la pasividad afectiva de los antiguos trovadores y murió de amor como ellos; Gil Vicente, que acentuó sus predilecciones por la nueva fuerza que despuntaba, — la opinión pública, — y de allí por el culto de la verdad dramática, que no es sino el traslado de los caracteres y de las costumbres creó el teatro portugués; Sá de Miranda, que sonando la nota elegíaca, lanzó el pregón presagiador de decadencia en que Portugal iba a hundirse; Camoens, que glorificó la vida heroica de su patria y murió con ella después de esa claridad genial de *Los lusíadas*, que fué como el postrer relámpago de una luz que se apaga; y, finalmente, Garrett, que volvió a buscar la tradición, y que, mediante el carácter crítico de su

espíritu, resucitó una nacionalidad y abrió en el ambiente social horizontes nuevos.

Es en el primero de estos poetas, es en Bernardino Ribeiro, en quien, estéticamente, la fatalidad del amor alcanza toda la acuidad del sentimiento con una profundidad, un refinamiento y una dulzura como no se encuentra en ninguna otra literatura. En su imperecedera *Pastoral*, donde, como en un esplendente y maravilloso sagrario, se guarda la fina esencia de amoroso arrebatamiento nacional, se habla sencilla y melancólicamente, — con la sinceridad condolida y mansa de un fatalismo irreductible, — se habla de una pasión dominadora, insuperable, absoluta; y por la resignada dulzura de aquellas páginas parece que se sienten correr caudales de lágrimas, . . . lágrimas escaldantes, lágrimas devoradoras, lágrimas de fuego y de hieles, que en su ardor sollozante consumen y rompen, hasta el agotamiento, todas las fuentes sentimentales de una alma. También fueron amores desgraciados los que, por ese tiempo, arrancaron, sentidamente, al corazón de Cristóbal Falcão las doloridas estrofas de *Cristal*, la poesía más patética de cuantas se registran en la historia de la literatura portuguesa.

Y si comparamos la obra de estos dos líricos con la de los españoles Macías, Juan Rodríguez del Padrón, y sobre todo con la del contemporáneo del autor de *Menina é Moça*, Garci-Sánchez de Badajoz, la superioridad de los poetas portugueses es evidente. No alcanzaron los españoles la sinceridad de lenguaje ni la brillantez del sentimiento de Bernardino y de Falcão; por el contrario, quedaron bien lejos de la expresión fulgurante de los nuestros que, en el desvarío de su hiperestesia afectiva, enloquecían o morían de amor.

En cuanto a Gil Vicente, él queda también en la tradición poética portuguesa como una figura primacial. En la época de intensa renovación social en que vivió, su espíritu eminentemente crítico y creador, teniendo la noción consciente de nuestros antecedentes étnicos, echó mano de los gérmenes tradicionales y populares, a los que dió forma literaria, exploró la riquísima vena de la gracia portuguesa y cavó los cimientos del teatro nacional. Y esta instintiva afición que le mereció el estudio del período organizador por excelencia de la sociedad portuguesa, tan original, y tan fuerte, hizo de Gil Vicente uno de los más excelsos traductores del genio lusitano. En el iniciador del teatro portu-

gués, que fué el precursor y el inspirador de Lope de Vega, se destaca en toda su luz el trazo ibérico de independencia, de amor y de sueño; y en sus *Autos*, donde palpita nuestra vida medioeval, se grita, en rasgos de audacia, los peligros de la imbecilización católica que entonces pesaban en la educación; se clama, en plena corte, contra la cruda desnudez de las ignominias sin término que torturaban a los humildes. Doble obra de redención y de justicia. (1)

Más tarde, y pasada la inmovilización contemplativa y triste de Sá de Miranda, el culto de las leyendas y tradiciones nacionales volvió a ser honrado por Luis de Camoens, nuestro poeta más sentidamente y étnicamente portugués. De las lágrimas *saudosas* de los que desde la playa veían partir hacia el lejano mar a los seres queridos, dejándoles en el corazón otro mar de angustias; del épico fragor de las olas, que, al decir de Jacinto Freire, "gemían bajo el peso de nuestras armadas"; del rumoroso cántico del océano, tan lleno de grandeza y de misterio; del estrangulamiento doloroso de la separación; del vuelo audacísimo de nuestros sueños, de la fe, del entusiasmo, de la honesta ambición, de las fúlgidas esperanzas, de la furia crepitante de las aguas y del trémulo parpadear de las estrellas, de todo extraje Camoens los más altos, los más trascendentes *motivos* para traducir nuestra emotividad, haciendo de su poema inmortal la encarnación más bella de la Patria. Gran amante de la Edad Media, y al mismo tiempo encantado por el Renacimiento, Camoens tuvo la suprema comprensión del lirismo italiano, como se ve en la perfectibilidad de los sonetos, al paso que en la *tessitura* finísima de las redondillas reanimó toda la poética de los viejos *Cancioneros*. Y en *Los Lusíadas*, en que fué más colorista que Milton, más vigoroso que el Tasso, más humano que el Dante, Camoens dejó un poema de pertenencia universal y que es, segura-

(1) El hecho de haber traducido este artículo no me solidariza con esta y otras opiniones análogas del autor. Y me permito recordar respetuosamente al maestro de *Fatal dilemma*, que esa "imbecilización católica" medioeval ha producido obras de arte y de pensamiento que figuran entre las más admirables de todos los tiempos. Así las innumerables catedrales góticas, las iglesias románicas, la *Divina Comedia*, la música de Palestrina, la obra inmensa de Raimundo Lulio, la *Summa teológica*, etc. Y sin contar con que esa época produjo almas como la de San Francisco de Asís, cuya pureza y belleza no ha sido superada ni siquiera igualada después.

mente, después de la obra de Homero, el más portentoso y colosal de todo el mundo.

Garret está más próximo a nosotros, ya en el siglo XIX. El levantó la mentalidad portuguesa de la atonía mórbida, del marasmo estéril a que la condenara el intolerantismo sistemático, religioso y civil que durante los siglos anteriores oprimió la vida nacional. Se sabe que el cristianismo, en su iniciación, fué una reacción del genio ario y occidental contra la corrupción asiática. Iluminado y lleno de ingenua fe en los primeros tiempos, este alto sentimiento depurador, después, en el curso de los siglos, por la persistencia triunfante de su dominación, se abastardó. Convirtiéndose en una *tavola* de ambiciones materiales, perdió toda la abstemial pureza del ideal antiguo. Vino la Inquisición y pesó con todos sus horrores en la península ibérica. En otros países ella fué una epilepsia mística del momento; en Portugal y España, no... allí tuvo toda la ominosa amplificación de una calamidad. Expulsó a los moros, a los judíos y a los cristianos nuevos; persiguió, desterró, envenenó, ahorcó, quemó a los pensadores, a los filósofos, a los caracteres osados, a los espíritus sinceros; de suerte que, así, por una especie de selección secular hecha por el terror, los portugueses iban siendo los hijos de hombres que eran obligados a pensar todos en la misma forma y a seguir invariablemente los caminos trillados.

Social y estéticamente, la deletérea influencia de estas causas se hizo sentir bien duramente. El campo del arte era un yermo, no había aliento creador. Aparecen entonces en la poesía figuras como Francisco Manuel de Mello, un crítico de visión restringida; como Antonio José, el Judío, complaciéndose en charros plebeyismos; como Bocage, un negativista y un sensual, que las condiciones del medio perdieron. Y entretanto, es en ese tiempo cuando en el Brasil, tierna prolongación del alma portuguesa, surge la ternura, el cariño y la gracia tocante del lirismo de Gonzaga.

En la alborada del siglo XIX se produjo, felizmente, una fecunda renovación estética, debida, como ya dije, a la maravillosa intuición de continuidad histórica sentida por el romántico liberal Almeida Garrett. De las acritudes del destierro trajo los rayos benéficos de un sol libertador, y dejó en su teatro, en sus novelas, en sus cantares, la obra más potentemente nacional que, después de Camoens, haya surgido entre nosotros. El drama *Fray Luis de*

Souza es, en su trágica simplicidad, un documento psicológico profundo y una síntesis, sentimental y étnica, perfecta. Según Edgar Quinet, cuando, en las últimas escenas, los dos personajes principales dicen adiós al mundo para entrar en un convento "parece que es la nación entera que profesa".

Pero recientemente, casi en nuestros días aún, el artificialismo de las formas clásicas volvió a pretender imponerse, teniendo por sumo pontífice a Castilho. Floreció el romanticismo fácil, amable y efímero de Tomás Ribeiro, de Soares de Passos. Mas contra esta tendencia la reacción espiritual fué grande, y el valiente grito emancipador de la llamada *Escola de Coimbra* volvió a reponer las cosas en su salud primitiva. Juan de Deus, Teófilo Braga, Antero de Quental son las más grandes figuras de esta trinidad benemérita. Orientados por las saludables corrientes de educación filosófica y estética que entonces soplaban del lado de Alemania y Francia, refrescando la mentalidad europea, esclareciendo las conciencias y emancipando los espíritus, aquellas tres grandes cabezas fueron entre nosotros los corifeos de una ardiente renovación mental, ahuyentaron múltiples convenciones, derribaron a los viejos ídolos. Juan de Deus, en su espontaneidad apasionada, en la inconsciencia sublime de su genio, dejónos idealizaciones extrañamente encantadoras, de un lirismo incomparablemente bello. Antero, en sus sonetos alados, y Teófilo en *Visión de los tiempos*, agrandaron el campo de la emotividad estética y se diría que ensancharon el corazón de la humanidad, sacudiéndolo del torpor de un lirismo egoísta y blando, para fundirlo en el comentario sentimental de toda la Naturaleza.

Y es aún la vigorosa impulsión de este movimiento la que hoy vibra y noblemente se afirma, en sus más altas manifestaciones, en la poesía portuguesa. Esencialmente lírica siempre, pero de un lirismo generoso, magnánimo y largo, en que a veces palpitan estremecimientos de vida social, en que nuestra ansia de progreso se funde con la amorosa comprensión de los fenómenos naturales, en que una trascendental emoción panteísta nos procura la transfusión del hombre en las cosas. Pero en el fondo, repito, siempre esencialmente, encantadoramente lírica. Así, por ejemplo en Guerra Junqueiro — actualmente el mayor poeta ibérico, — la unción panteísta de sus *Oraciones* al *Pan* y a la *Luz*, y en el poema *Patria*, cuyo trozo capital es, sin duda, el de los tercetos lapidarios de Nuño Alvarez; así en Gómez Leal, cuya

más tierna y durable obra es la *Historia de Jesús para que lean las criaturas*; así, en fin, en los más recientes, en los que actualmente se hallan en la plenitud de la producción y del talento, — Alfonso López Vieira en el *Pan y las rosas*, Correia de Oliveira en *Alma religiosa*. Eugenio Castro, Augusto Gil, Teixeira de Pascoaes, Juan de Barros, — y de los que un lirismo iluminado y amplio se propaga, como una alborada de sueño, en el mismo conmovido abrazo, por todas las grandes manifestaciones de la Vida.

En suma, la mentalidad lírica es tan innata y corriente cosa en el carácter portugués, que a cada paso surge espontánea, en las hojas eruditas como en las canciones populares, en producciones que han sido escritas sencillamente, como al desgair, con un desataviado desdén generado en la íntima seguridad de su valor altísimo.

Así en esta cuarteta:

Tu chamas-me a tua vida.
A tua alma eu quero ser.
Que a vida acaba na morte
E a alma eterna ha de ser...

O aun en esta otra:

Costumei tanto os meus olhos
A namorarem os teus,
Que, de tanto confundilhos,
Nem ja sei quaes sao meus.

Pero es tiempo de hablar sobre la prosa.

Hay aquí, felizmente, mucho que decir. La honrosa tradición de los cronistas y novelistas portugueses es un hecho auténtico, reconocido; ella no tiene soluciones de continuidad, como el teatro; es una cosa ininterrumpida, constante, probada, sin desfallecimientos y sin sombras. Después de la empenachada eflorescencia de los romances de caballería, tuvimos la simplicidad tocante, el *vernaculismo* ingenuo de los cronistas. Aun hoy es en éstos donde más provechosa lección puede tomar aquel que quiera penetrar anatómicamente en la buena sintaxis y prosodia portuguesa. Con su limpidez ingénita, las narraciones de Damián de Goes, Antonio Galvão, Fernão Lopes, Diego de Couto y Fernão Mendes Pinto, trasmítennos una extraordinaria intensidad

de emoción, son la expresión arrebatada y patética de trágicas existencias, de lances de aventura. ¿Qué es, en último análisis, la *Historia trágico-marítima* sino una figuración, viva y exacta, del aventurero, osado y fatalista carácter nacional? Sí, allí es donde se encuentra, en su evidencia, en su encanto más flagrante, la buena y genuina prosa portuguesa.

Bien portugués fué también el lirismo apasionado de Rodríguez Lobo; y más portuguesas aún son las célebres *Cartas de una religiosa portuguesa*, ese arrebatado soplo de lirismo ingenuo que desde la soledad torturante de una celda monástica rompió, en amorosas sublimidades, en transportados éxtasis, en desvaríos geniales, para encantar y asombrar al mundo. Esa estupenda quejumbre de una alma rota por el abandono altanero y brutal de un guapo oficial francés, es más que un documento humano individual, porque al mismo tiempo nos da la más impresionante documentación de las exaltaciones de que es capaz el alma patria, y constituye el más vibrante y elocuente modelo del género epistolar que se puede admirar en todas las literaturas conocidas. No es posible ir más alto en el ala delirante de la pasión y del deseo.

Pero es sabido que, después de afirmado el movimiento de las lógicas reivindicaciones sociales que convulsionó el siglo XVIII, extendiéndose aún hasta 1830 y 1848, el arte de escribir en prosa se disciplinó en Europa. Un colosal impulso humanitario y estético resumió entonces las aspiraciones de la *élite* de los pensadores y los artistas. La forma narrativa comenzó por ello a dejar su primitiva hechura inofensiva y vaga. Fueron puestos aparte los cuentos de descosida factura medioeval, mero pasatiempo del espíritu, hechos de fantasía e ilusión, de incoherencia y de ensueño. Paralelamente, los estudios históricos se metodizaban. Era el corolario natural de la vida de ese tiempo en que por todas partes rugía, insufrido, ansioso, el mismo ímpetu de equidad y equilibrio, la lucha de los humildes contra el privilegio. No era una sed odiosa de venganzas, sino nuestra innata ansia de redención, el espíritu de la universal armonía corriendo, hirviendo, en las venas del viejo mundo que sacudía los grilletes. Y la piedad de los escritores despierta.

Es entonces cuando se acentúa el movimiento, progresivamente dominante, de la historia y de la novela moderna, con base, con ideal, con intuiciones. Es el momento en que el espíritu de los

grandes prosadores se desdobra al influjo del ejemplo de Taine, de Compte, de Darwin, de Bakounine, de Claudio Bernard, trayendo para las letras un deductivo carácter de método y observación, el gusto por la exactitud y por el documento.

En Portugal la primera figura literaria de ese tiempo, — primera por muchos conceptos, — fué Alejandro Herculano. Poeta, novelista, historiador, era también — lo que le multiplicaba el prestigio — un carácter íntegro, una figura de bronce: como son de bronce la estructura y la solidez de los capítulos de su *Historia de Portugal*, y de bronce, igualmente, sus poemas, que nos dejen en el alma la resonancia majestuosa, grave y profunda de las campanas de los viejos templos. Entre nuestros hombres de letras de todos los tiempos, ninguno tal vez ahora, ejerció como Herculano sobre la conciencia portuguesa más decisivo y avasallador imperio. Le debemos nada menos que la revelación de la conciencia nacional; porque — por medio de un espantoso trabajo de investigación, esclarecido por superior criterio — este coloso de austeridad y desinterés, de erudición y de virtud, — genio más positivo que el de Michelet, más largo que el de Thierry, más humano que el de Guizot, — consiguió desembarullar de la confusión polvorienta de las alabanzas croniqueras y de las leyendas monásticas los orígenes de la lusitana nacionalidad, definió científicamente las leyes de su evolución sociológica, fijó las adorables *nuances* de su emotividad, descubrió y trazó el desdoblamiento de su curva étnica a través de los tiempos. Quiero decir que fué él quien propiamente nos dió el significado social de nuestra razón de existir, fué quien primero infirió de la fijeza de nuestras poderosas ligazones ancestrales, el lógico fundamento a la épica expansión de nuestras glorias. Y esto es toda la fisonomía, toda la finalidad, es todo el destino y toda la vida de un pueblo.

Herculano realizó en la sociedad portuguesa, por el pensamiento, la misma revolución que en el campo sentimental había de ser movimentada por Garrett. Llamado a batallar en los escombros de una sociedad aun humeante, y abrasado desde la primera adolescencia en el más alto fervor patriótico, lo vemos desde temprano consagrarse al engrandecimiento y defensa de la causa liberal; lo vemos obligado a sufrir los insoportables amargores del destierro; lo vemos después, con José Estevão, con Garrett, luchar a pecho abierto en las líneas de Oporto. Paralelamente,

consagró con exclusivo amor al bien de su tierra el valeroso esfuerzo de su brazo y la claridad pòtente de su cerebro. Escribió fulminadoras homilias sobre los errores políticos de su tiempo, fustigó sin piedad toda suerte de supersticiones, en especial la superstición religiosa, y por la luz triunfante de la razón y de la ciencia echó a lo lejos las sombras que velaban la verdad serena de la Historia. Todo esto al mismo tiempo que, como sumo historiador, metodizaba el tan complejo problema de nuestros orígenes, y, como estilista máximo que era, fijaba por poéticas evocaciones y románticos relatos, las características más conmovedoras del genio nacional.

Figuran primordialmente, pues han quedado clásicas, en la literatura portuguesa las ráfagas bíblicas de *La voz del profeta*, las estrofas lapidarias del *Harpa del Creyente*, los salmos fatídicos del *Eurico*. Herculano, vivamente impresionado por los girondinos ejemplos de la Convención, vino a ser entre nosotros el más completo y alto representante de esa fiebre de rehabilitadora conmoción que en aquel tiempo sacudió a los pueblos latinos, — prodigiosa época de renovación y de audacia, de acción y de ensueño, de emancipación y de angustia, época al mismo tiempo ruda y sentimental, vengadora y amorosa, iconoclasta y constructiva, devaneadora y práctica, que refundió las ciencias, que refrescó las artes, que depuró la moral, que renovó las costumbres. De este asombroso conjunto de cualidades no tuvo la civilización portuguesa más puro ni más completo ejemplar que Alejandro Herculano.

Pero particularmente en la novela moderna nosotros vemos que sus principales cultores, en todo el mundo, al paso que adoptaban la lección proveniente de los positivistas, simultáneamente, por la lectura de Juan Reynaud y el titánico estímulo de emancipación que, enseguida, inauguraban en Rusia hombres como Dostoiewsky, Tolstoï, Gogol, Tourgueneff, — impregnaron el nuevo arte de un tocante idealismo sentimental. Y de la junción de estas dos cualidades salió la verdadera novela argamasada simultáneamente en la observación y en el sentimiento, constituyendo el traslado emocional de la Vida.

Hoy día, en la novela, la observación escrupulosa, las magníficas aspiraciones y la combatividad fatigante proceden del vivo amor del hombre a la vida en lo que ésta tiene de más conmovedor y bello, en su inquieta, en su impetuosa y revuelta corriente

de tristezas y esplendores, de contradicciones y de luchas, de decaimientos y esperanzas. Un estremecimiento vario, inédito y diverso siempre, pero en el fondo idéntico, hace vibrar al artista: ora delante de las ciudades laboriosas donde siniestramente humea el jadear doloroso de los que sufren; ora delante del pueblo amotinado, furioso, o simplemente testarudo, alegre; ora delante de las sanas glebas — semejantes a carneros — de los campos, del extenuante jadear de las fábricas; ora contemplando las suntuosas agonías de la luz sobre los tejados de una gran ciudad, y al mismo tiempo imaginando cuantos sórdidos misterios se desarrollaron debajo, en el pantagruélico vientre de la edificación: ora aún, de preferencia, escrutando el tumultuario y silencioso mundo de las ignoradas luchas interiores, de los apetitos, de los sueños, de las pasiones, de los suspiros del alma, de las lágrimas contenidas, — toda la montante marea de los instintos refrenados por una moral reparadora, — un ideal, en suma, por el cual una humanidad mejor pase a apreciar y a gozar mejormente la Justicia y la Belleza.

Para alcanzar tamaño desidératum es claro que los escritores tenían, al mismo tiempo, que sumergirse a fondo en las almas y hacer la conmovida anotación del ambiente; esto es, tenían que renovar las descripciones, con amplitud, con serenidad, con largueza. Antes de esta orientación esencialmente humana, Eliott y Dickens ya anotaban escrupulosamente el ambiente, mas demasiado ceñidos al asunto y siempre con discretas reservas; Jorge Sand, pomposa y opulenta, describía por *dilettantismo*; Stendhal catalogaba; Balzac se demoraba con preferencia en los interiores, en la poca exacta comprensión de que el ambiente prima sobre el medio exterior en el amoldamiento moral del hombre; los románticos agitaron toda una arcaica pandereta, cuyo pintoresco carácter era tan grande como la falta de emoción; Merimée se encastillaba en casi matemáticos rigores; Flaubert sacrificaba todo a la armonía. De suerte que a toda esta grande y generosa aspiración hacia lo perfecto, le faltaba una cosa aún: el movimiento. Fué lo que Zola le trajo a manos llenas.

Escudriñando bien el universo bajo todos sus aspectos, observando corajudamente en la vida, arrancó de ella nuevos *motivos* de emoción y los levantó en sus manos poderosas a la conmovida contemplación del mundo. Sacudiendo las postreras sombras convencionales, alargó el cuadro, lo tornó colosal, para poder mover

gigantes en él. Descendió hasta los que sufren, auscultó el harapo y el hambre, y así atrajo para sus libros un pesimismo lleno de enternecida piedad, les dió la grandeza épica, un formidable heroísmo, un irresistible arranque, un ardor sombrío. Sus antecesores se limitaban a evocar; Zola hizo ver las cosas. Por la magia de su arte poderoso y macizo parece que oímos respirar las multitudes, descendemos al teatro mismo de la acción; mientras que los novelistas antecesores nos dejaban quedar prudentemente... en la puerta.

Y cierto fué que la idea descriptiva, así ampliamente comprendida, por el soplo vivificador que ella trazaba a la literatura, irradió luego e hizo el entusiástico giro de la Europa. En Inglaterra, por ejemplo, Arturo Morriison describe admirablemente los miserables de *East End* en su novela *Tales of mean streets*. D'Annunzio, en Italia, hace galopar con maravilloso brillo las corridas romanas en su *Hijo de voluptuosidad*. De España podré citar a Palacio Valdés, en sus soberbias descripciones de Andalucía, tan empapadas de ironía penetrante; a Pereda, en sus cuadros de la montaña; al impetuoso y revolucionario Galdós, vibrante de exaltaciones generosas; a Blasco Ibáñez, en sus monumentales descripciones de *La catedral*; a Felipe Trigo, el sensualista más refinado que conozco; y a la señora Pardo Bazán, cuya anotación exacta de la vida me hace acordar a Matilde Serao, así como se aproxima a Jorge Eliott por ciertos aspectos de su socialismo atenuado. Y aún, por una preferente y natural atención para con la Argentina, debo mencionar entre los grandes novelistas modernos el nombre, justamente aureolado, de Rodríguez Larreta, que en su *Gloria de don Ramiro* sorprende y dibuja admirablemente la fisonomía social de la España seicentista.

También en Portugal la novela moderna está representada superiormente, con expresivo vigor y raro brillo. Y primero debo citar la obra portentosa de Camilo, una obra asombrosa, colosal, entontecedora, al mismo tiempo idealista y brutal, amargamente compleja, dolorosamente sentida, gigantesca, única. Ella sola constituye una literatura. (1) El cerebro potente y el alma de fuego de

(1) A quienes no conozcan la obra de Camilo parecerán exageradas.—tal vez dictadas por un natural patriotismo.—las palabras del señor ministro de Portugal. Pero no es así. Camilo de Castello Branco, a juzgar por los ocho o diez tomitos que conozco de él, es un novelista de la estirpe de los Dickens, de los Balzac, de los Galdós. Desde luego, casi nadie le iguala en la pintura de los ambientes y así las primeras páginas de

Camilo Castello Branco fundaron entre nosotros la novela de costumbres, donde a cada paso, y con la mayor verdad, hierven plenitudes de amor y desfilan adoradas siluetas de mujer. Su obra es el canto magnífico de la Pasión. En la realidad desnuda de sus figuras, en la dramatización violenta de sus escenas, resalta, bien entera y bien flagrante, la fatalidad audaz, cálida y violenta de la sangre portuguesa. Y el poder de creación de Camilo era tan asombroso, que cuando, habiendo sido un incorregible romántico, se dispuso a hacer naturalismo por *blague*, resultó ante todo, como en esa obra capital *La brasileira de Prazins*, un maestro naturalista de valer.

Después la riqueza de su léxico, la abundancia lujuriente de su vocabulario, es un peculio sin fin, es una cosa igualmente asombrosa, inmensa, inconcebible. Resolvió los más ricos manantiales filológicos del pasado y cuando no rebusca, inventa. De los gongorismos del padre Antonio Vieira apartó lo mejor, dió maleabilidad al verbo de bronce de Herculano; y de todo esto hizo casi una lengua nueva, por la labor artística de la selección de los vocablos, por la factura elegante de la frase y el contorno maravilloso del concepto.

Después de Camilo, naturalmente, viene otro gran revolucionario del sentimiento y de la forma, — Eça de Queiroz. Ya cuando estudiante, en Coimbra, entrando en el gran movimiento de emancipación intelectual a que ha poco me referí, Eça realizó en los dominios de la sensibilidad y de la fantasía una renovación idéntica a aquella que, en el campo filosófico, Teófilo Braga estaba cimentando. Después, en colaboración con Ramalho Ortígao, y señor ya de las cualidades magnificentes de su estro, comenzó a demoler por la risa y a amortajar en una piedad desdeñosa el podrido andamiaje de la sociedad contemporánea. Siguiéron sus novelas. Y para escribirlas no se instaló cómodamente en los archivos, dándose apenas al trabajo linfático de recortar de las crónicas varias personajes sabidos, las viejas criaturas hechas. No; hizo mucho más. Mirando a su alrededor, comentando y

A queda d'um anjo (La caída de un ángel) tienen tanto carácter que quizás no conozco otra novela que en tal sentido se compare con aquella. El entusiasmo del señor Botelho es bien explicable. Y no nos extrañemos de la magnitud de sus elogios a Camilo. El señor Botelho, al contrario de nuestros jóvenes que son viejos a los veinte años, conserva, como buen portugués, el ardor juvenil, el noble entusiasmo de aquella edad romántica. Debemos envidiarlo, sinceramente...

eligiendo, llegó a extraer de este confuso bátratro líneas definidas, a reducir la trivialidad a fórmulas típicas, a estereotipar, en suma, la etiología del individuo y del medio. Y merced a este trabajo más que todo valioso y arduo, que nada compensa, que nada iguala, legó él a sus compatriotas una como benéfica atmósfera espiritual, — hecha de la condensación ardiente de sus sueños de tantos años, amasada en el barro de la propia alma, — y en la cual, por lo tanto, incesantes motivos de sugestión vuelán invisibles, calentando el vuelo de la inspiración, sacudiendo de temblores de vida la impasibilidad esfíngica del Pasado.

No obstante su procedimiento tan cristalino y tan simple, Eça fué con todo un gran colorista; porque procuró y supo sacar de la palabra, del sonido, del ritmo, estrechamente unidos a la idea, el poder máximo de expresión. Por eso algunos lo han acusado de ser un mero pintor de género, incapaz de ver más que el hombre exterior, el hombre contingente, y sin acuidad de visión ni nervio creador bastantes para ver la humanidad de fuera para adentro, profundizando los caracteres, estilizando las pasiones. Es una acusación infundada y absurda, porque innegablemente la palabra, más allá de la función ideativa que le es propia, tiene también forma, volumen y color. En las verdaderas obras de arte la frase obedece a exigencias plásticas, — como se ha visto en Flaubert. Pero entonces podrá preguntárseme: ¿qué es de la psicología, del humanismo, de la intención de la obra? Y yo responderé que todo eso resalta instintivamente del tono mismo de los paisajes, del carácter, de los medios, de la acción, del diálogo. ¿Cuántas veces en Zola, por ejemplo, una simple frase, un dicho a propósito, no rasgan fulgurantes, imprevistas claridades dentro del alma de los personajes! Oh, seguramente la idea se retrata en la imagen. Cualquiera de esas pinturas flagrantes es una estenografía moral, inmensamente más sugestiva, más vigorosa y más amplia que decenas de páginas alambicadas del padre-maestro Bourget. En la verdadera novela las figuras deben vivir, moverse, deliberar, proceder por sí, sin necesidad de que venga el autor a ponerles la etiqueta de su comentario. El arte de los grandes maestros es así.

Pero Eça de Queiroz tuvo aun otra cualidad dominante para supremaciarlo, cualidad que es la verdadera piedra de toque de los espíritus de elección: y fué la ironía. Lo que lo torna verdaderamente grande, y enciende nuestra admiración a su obra, es

ese poder especial de tocar, alto y junto, el comentario espiritual de las cosas.

Y su orientación tornóse, para los intelectuales de su tiempo, un inflexible cuerpo de doctrina. Siguiéronlo, más o menos, todos: Fialho de Almeida, el prosador incomparable que en tantas cosas va más allá del maestro; Teixeira de Queiroz, el escrupuloso anotador de la vida; Julio Lorenzo Pinto, un severo analista; Julio Dantas, un talento polimorfo y un insigne miniaturista; Carlos Malheiro Dias, Silva Gayo, Adolfo Portela, Juan Grave, Mayer Garçao, Albino Sampaio, Luis da Camara Reys, Souza Costa, Julio Brandão y tantos otros.

Los modernos novelistas portugueses enveredan todos por el camino que debe marcar la expresión artística del futuro. Esta forma, tan nítidamente realizada en Francia por Octavio Mirbeau y Anatole, — y pasadas las exageraciones iniciales de Moreas y Paul Adam y los nebulosos devaneos de los simbolistas, — tiende a un afinamiento de la emoción, a una simplificación de los procedimientos, a cualquier cosa de vago que atenúe la dureza geométrica de las líneas y que dé la estructura pasional de las almas. Por una comparación bien simple podemos nosotros darnos cuenta de la tendencia y el carácter de esta evolución. Cuéntase que en la imaginativa y alada industria de los abanicos en el Japón, son artistas hombres los que primero ejecutan la pintura, viniendo después mujeres a sacudir suavemente, al acaso, sobre las tintas aun frescas, un leve puñado de oro. Así, pues, es un fino polvo, caprichoso y trascendente, lo que el novelista actual, una vez fijados los colores y las líneas, debe saber esparcir sobre su cuadro.

ABEL BOTELHO.

Noviembre de 1914.



Abel Botelho

POESIAS

Jacintos.

El bosque exhalaba un aroma virgen,
Con el verde encanto de las hojas nuevas ;
Desde un cielo pálido, muy pálido, un sol
Muy suave tendía sus rayos de seda.

Cogidos del brazo, íbamos callados,
En el tierno encanto de las ramas nuevas,
A través de rústico senderito, bajo
Aquel cielo pálido y aquel sol de seda.

De pronto ella tiembla y detiene el paso :
"Mira, mira, exclama, con dulce sorpresa ;
¡ Jacintos !, ¡ oh, cuántos jacintos !, ¡ oh, cuántos
Jacintos azules entre la áurea yerba !"

¡ Maravilla !, ¡ maravilla !, ¡ maravilla !
Diríase una nevasca de estrellas,
Y sobre las tiernas corolas flotantes
Y casi visibles, sus almas : la esencia.

Lista, ella se curva con suma elegancia
Y su mano nívea, tal abeja inquieta,
Va de flor en flor. Y yo contagiado,
Imito su bello gesto de doncella.

¡ Qué encanto escoger la flor más hermosa,
Asir el plateado tallo con viveza
Y alzarse, en la mano la vara florida,
Cual ángel de un viejo pintor de Florencia !

(1) Del libro en preparación, titulado: *Vaso de dulzura*.

Súbito, yo pienso ; digo : “¡ Qué prodigio!
De nuestros espíritus huyó la tristeza,
Tu cara está rosa, tus labios sonrien . . .
¡ Oh qué niños somos ! ¡ Una flor nos llena !”

Cantiga.

Muere la tarde gris, apenas
Sonrosada de un vago oro ;
El mar azota las arenas
En un rudo vaivén sonoro.

Al horizonte, cruzan lentas
Algunas barcas pescadoras,
Tal grandes aves macilentas
Con rumbo hacia otras auroras.

Sobre el muelle, un viejo mendigo
Canta una lánguida cantiga :
Esa que oí una vez contigo,
Un año ha, mi dulce amiga.

Y al eco de sus notas grises
Te vuelvo a ver en mi hondo anhelo,
Como en esos días felices
Llenos de amor y oro del cielo.

En traje azul, bajo el espeso
Tul y tan pálida y tan fina
Como rendida bajo el peso
De tu gran cabellera aurina.

Y en mi lírico devaneo,
Torno a mirar el mar de encanto,
Mas no lo veo, no lo veo . . .
.....
Mis ojos están ciegos de llanto.

FRANCISCO CONTRERAS.

CON LOS NUESTROS

Un comentario al margen de la Guerra Grande

Durante mucho tiempo una imagen poética, nueva en el arte de la versificación, perturbó nuestras meditaciones. Por esa imagen llegamos a formarnos de la eternidad un símbolo extraño, el símbolo de un gran reloj cuyas manecillas fueran señalando las etapas del vivir colectivo con fría, fatal e inexorable lentitud. Esa imagen, prodigada en exclamaciones líricas al alcance de todos, era la de la Hora. “*¡Cuando llegue la hora; ah, la Hora!...*” escribía un Poeta al comienzo de uno de sus poemas, tendiendo a lo lejos profética mirada... En lo vago, en lo indefinible de las cosas por venir, el poeta entreveía el comienzo de una grande y decisiva reacción del mundo sobre el mundo. ¿Sería esa una hora definitiva para el logro y conquista de sus ensueños! Y como en el deliquio de una quimera largo tiempo acariciada, el Poeta se detenía a pensar, imaginando las bellezas que desde esa *Hora* comenzarían a tornarse tangible realidad.

Hijo del momento y para el momento, el hombre se complace tal un Dios materializado y egoísta, en transformarlo todo a su imagen y semejanza. Incapaz de concebir la grandeza colosal de todo lo que escapa a su pequeñez, lo reduce todo a la baja trivialidad de su tiempo y su espacio. La imagen poética ya citada no es más, hermano Poeta, que una prueba de tu pequeñez humana. Como esos insectos cuya vida tiene la duración de un día nuestro y en cuyo cerebro microscópico no cabe la concepción de tres días consecutivos, tres amaneceres y tres puestas de sol, tú que rimas sobre el papel cuatro ideas bellas, como ese otro que labra el suelo y esos todos que trabajan sobre la tierra y están como tú sometidos a la contingencia de su breve vivir, no puedes concebir la

idea de una eternidad y divides a ésta en pedazos, fragmentarizas la unidad inmensa que va tal un rayo de luz entre dos sombras y tienes necesidad de suponer que todo es, como tú mismo, limitado y breve. ¡Ah, la Hora! Hermano Poeta ¿por qué has dicho esto? ¿Dónde empieza esa división por tí imaginada? ¿Dónde concluye? En el enorme reloj de las cosas eternas quizá tu *hora* no sea más que un transitorio momento sin importancia y otros hechos, por tí despreciados, tengan un valor más alto.

¿Ha sonado esa *Hora*, Poeta? Piénsalo bien, piensa que tal vez lo que tú creas decisivo y definitivo carezca de importancia y las cosas por tí despreciadas perduren como en un gran vuelo hacia la Eternidad. Todo el problema es éste: saber escoger, no dejarse llevar por la impresión del interés. En el estrépito de este momento que pasa, en que tantas cosas se confunden, en que un inmenso clamor de desesperación nos aturde y conmueve, ¿puedes oír tú *la hora* profetizada? ¿Ha sonado en este preciso instante o todo eso no es más que el eco, repetido y confuso, de la formidable renovación prevista? Yo te adivino en la soledad de tu cuarto lleno de ideas, en ese cuarto estrecho donde los libros suplen las comodidades y la máscara del sordo Beethoven fraterniza con la hosca silueta de Zola, como en una síntesis de Belleza y de Verdad, germen de toda Justicia, permanecer silencioso, un tanto inclinada la cabeza, cejijunto y grave, prestando oído a un rumor lejano, muy lejano, que hace palpar tu corazón e hincha tu pecho en un suspiro que tiene algo de trágico...

Cuando el clamor del mundo llega al corazón del hombre, desaparecen todas las ideas forjadas al calor de un interés o de una pasión. Y el mismo poeta que había querido detener la ronda de los días, iniciando una nueva era allí donde estaba su deseo, piensa ahora, en la soledad reflexiva de su cuarto, que esa *hora* por él imaginada estaba ya latente en todas las horas pasadas; que las cosas anheladas por él existían ya en las que despreciaba; que esa *hora* sonó, quien sabe dónde ni cuándo, y que esos hechos trascendentales no son más que la consecuencia de otros anteriores, encadenados en la sucesión de los días. ¡Guerras Europeas! Tú, buen hombre que te detienes a meditar en medio del bullicio de estos momentos clamorosos, no te debe sorprender el hecho bárbaro y sangriento de esa catástrofe que cada día se hunde más en tu conciencia. Tú, que no has prestado oído a tantas cosas, que no has tenido una mirada para las sucesivas trans-

formaciones de *tu* mundo y de *tu* época, no debes quejarte ahora. Como niños hemos pasado al través de esta edad, tormentosa entre las más tormentosas edades, sin darnos cuenta de lo que pasaba en torno nuestro. ¿Tenemos derecho a quejarnos? Un episodio de ayer nos dice que en la batalla del Aisne, cuando ya los ejércitos llevaban dieciocho días de combate, en las proximidades de Albert se produjo un hecho extraordinario. Las tropas aliadas, en plena lucha, vieron de pronto que la artillería enemiga cesaba su fuego sobre ellas y que la trayectoria de los proyectiles se desviaba. Era la población de Albert la que atraía de pronto la actividad enemiga. Y pudieron ver, en medio de la desolación más impotente, que bajo la acción eficaz de la artillería adversaria, el poblado que se hallaba a su izquierda se derrumbaba de pronto, caía con estrépito, desaparecía como si se hubiera hundido, y del montón de escombros salían las llamaradas del incendio.

¿Era *esa* la *hora* de Albert? Pensémoslo bien, porque en esa desaparición de un pueblo, arrasado de golpe como bajo inexorable e inmensa segur bárbara, está el símbolo de todo lo nuestro. La guerra europea hunde las cosas nuestras, hace desaparecer todo lo que constituía la gloria y el orgullo de nuestro tiempo. Pero, antes de esa desaparición, ¿cuántas otras cosas han desaparecido, sin que tú, buen hombre, que al amor de tu lámpara en las familiares veladas cuentas las cosas lejanas que ruedan sobre el mundo; ni tú, Poeta soñador de *horas* augurales, ni yo mismo, hayamos hecho nada para evitar las cosas inevitables y sucesivas!

Una guerra europea nos conmueve sobre todo porque nos perjudica; pero, cuántas otras cosas han pasado por la lejana línea del horizonte, en tumulto de batallas y resplandor de incendios, sin que hayamos querido fijarnos en la sucesión de los acontecimientos, en la fatalidad de los signos anunciadores... Guerras europeas pretenden transformar el mundo, lo derrumban con colosal estrépito y nosotros, como los artilleros en la batalla del Aisne, nos detenemos a contemplar la desaparición teatral y decorativa de todo un mundo, precisamente porque no quisimos fijar nuestra atención en los hechos que se sucedían.

Revoluciones Rusas que se prolongan durante cinco años; Sultanes Turcos depuestos y encarcelados; Parlamentos en Persia; Regicidios en Portugal; Repúblicas Chinas, todo eso en un breve, rápido, tormentoso deslizarse de un espacio de tiempo que habrá

durado diez años de tu vida y de mi vida, lector, sólo un fugitivo instante en el reloj de la Eternidad. ¿Para qué esperar la *hora* profetizada cuando tantos sucesos se han producido? Podemos admirar el teatral derrumbamiento de una época, entre el tronar de los cañones y la humareda de los incendios; porque, en realidad, nadie prestó oído a los continuos golpes asestados durante diez años — espacio de tiempo que no podemos medir por la brevedad de nuestra vida, pues tan absurdo fuera como medirlo por las tres mil seiscientas cincuenta vidas del insecto que dura un día y cuya gloria está en ver caer el mismo sol que alumbró su nacimiento.

*

He aquí que desde el día terrible en que un sobresalto de angustia llenó el alma de la humanidad, en la comprensión de lo *inevitable* que se aproximaba con ruido ensordecedor de catástrofes, no hemos vuelto a tener punto de reposo. Parece haber llegado el fin de un mundo. El universo entero se levanta en armas para dirimir una vieja y ancestral contienda, cara a su corazón y a su espíritu. La gran familia se despedaza en la más sangrienta y bárbara de las luchas, que alcanza a proporciones colosales y se prolonga en una duración jamás calculada. Desde el día trágico en que la mano vacilante de un viejo caduco arrojó sobre el mundo la bomba de todos los peligros, no hubo en el espíritu de nadie que viera con claridad la menor vacilación. Era la guerra, la guerra tantas veces amenazada y que siempre pudo evitarse por concesiones de los más prudentes. Mas ya esta vez no se podía. Aceptar el ultimatum austriaco equivalía a abdicar de toda ley de vida, no ya para Servia únicamente, sino para todos los países que no contaran con una gran fuerza material. Este es el signo, el símbolo, el resumen y la enseñanza de esta guerra. El gobierno servio se comprometía, con la firma de sus hombres de estado, a dar amplias satisfacciones a las exigencias austriacas: amordazaría la prensa, limitaría el derecho de reunión, castigaría a todos sus súbditos culpables por el atentado de Serajevo, prohibiría el tráfico de armas con sus hermanos de la Bosnia esclavizada, expulsaría de su ejército a los oficiales que hubiesen hecho demostraciones de aprobación por el crimen. ¿Qué más? Servia abdicaba moralmente de sus derechos históricos sobre los

eslavos sometidos al yugo teutónico; descendía a lo más bajo que puede descender un gobierno. Pero en Viena, la insatisfecha exasperación senil de un anciano trágico exigía más, y Servia hubo de detenerse en aquel punto preciso donde la dignidad moral del hombre aparece, donde la dignidad se confunde con la vida misma y no se puede hacer una sola concesión sin que todo se derrumbe. La dignidad pesa sobre los pueblos como sobre los individuos; pero a veces el *instinto* de la defensa prevalece sobre la *razón* del interés y Servia, ya en el límite de las concesiones, dijo que no podía dar un paso más. La humillación de Servia envolvía la de todas las pequeñas nacionalidades; era la imposición de la fuerza bruta sobre la razón y el derecho. Existía un Tribunal en La Haya, Servia lo recordó en su nota del 25 de Julio; pero a ella no dió siquiera una respuesta la cancillería austriaca.

Y entonces comenzó la guerra, esa terrible guerra que ha encendido las más ardientes llamaradas en todos los mares y por todos los continentes. Y toda ella, por entero, se reduce a la continuación de un mismo principio: violar la ley.

Siglos de civilización han sido necesarios para tender entre los hombres la urdimbre salvadora de las leyes, red protectora que ha amparado siempre contra los abusos; convencionalismo si se quiere, pero convencionalismo que ha permitido al hombre hacer cuanto ha hecho, floreciendo las obras magníficas de la paz.

Pues todo eso vino abajo, se derrumbó con estrépito, cayó al suelo entre fragor de catástrofes, cuando Austria se dispuso a destrozarse a Servia, culpable de defender su dignidad atropellada. Lo demás, todo lo demás, no pasa de ser el desarrollo de ese teorema planteado en las antecámaras del palacio sombrío de Viena, repercutiendo en la mansión de hierro y acero de Potsdam. Todo lo demás ha sido el desarrollo de ese teorema, la continuidad fatal de un principio peligroso planteado en 1870, desarrollado durante cuarenta años de paz armada, a costa de la sangre y el sudor de los pueblos.

Ahí están los documentos diplomáticos, demostrando la resolución de evitar la catástrofe en unos, en otros de precipitarla. Y vino el atentado infame, la cobardía de un pueblo fuerte que invade el territorio de otro pueblo débil, demostrando con ello su debilidad moral, que le hacía rehuir el recto camino donde otro fuerte adversario esperaba, para buscar el atajo que se suponía libre de obstáculos. Era otra violación de la ley, rasgando el

“pedazo de papel” que garantizaba a Bélgica el respeto de los demás. Y luego, en tumulto de horas trágicas, negras del humo de los incendios, rojas de la sangre de las víctimas, todo no ha sido más que una continua violación de todas las leyes; la falsedad encubriendo la miseria, la traición premeditada, signo de debilidad moral; la *razón* calculadora y fría, prevaleciendo sobre el *instinto* que es defensivo siempre.

No se invadió a Francia por la frontera natural porque había que “ganar tiempo”. Era un duelo en que un adversario hizo fuego antes de que el otro se hubiera puesto en guardia. ¿Precipitación? ¡Más bien cobardía! porque es cobardía toda violación de una ley mutua, libremente aceptada, ya que sólo los fuertes tienen el valor de acomodarse a la rectitud de los caminos difíciles.

Toda la guerra ha sido una continua, flagrante violación de la ley: bombardeo desde los aeroplanos sobre ciudades repletas de no combatientes, destrucción de poblaciones para inspirar terror, fusilamiento de inocentes y de funcionarios extranjeros, atropello de mujeres y niños, ataque a ciudades no defendidas, matando civiles, destruyendo bienes particulares... Todo eso debía de ser “ganar tiempo”, y su resultado fué provocar el odio universal, justificar la animosidad de un mundo que todavía cree en el valor de la ley y sabe que la dignidad no ha muerto en el corazón del hombre.

Por eso se ha levantado contra los dos imperios centrales de Europa el odio y la indignación del mundo civilizado. Esa violación de la ley encubre toda una destrucción de nuestras organizaciones progresivas, en temible regreso al feudalismo despótico. Establezcamos el balance de esta guerra: con Bélgica están Francia, Rusia, Inglaterra, Japón, Servia, Montenegro; Portugal mañana, Italia más tarde, Rumania en momento no muy lejano, Grecia inmediatamente... Civilización, cultura, tradición de nobleza y rectitud de principios. ¿Y con Alemania y Austria? Nadie. ¿Turquía acaso? No; apenas el engaño enmascarado y falaz de la Joven Turquía, con Enver Bajá, Pancho Villa que ha estudiado en las universidades militares de Alemania bajo la dirección de Von Benhardt y que, como el otro Pancho de Méjico es hombre de acción y como él se ha hecho general. Están también con ellos los fanáticos musulmanes que en Armenia degollaron cristianos y violaron mujeres y abrieron el vientre a los niños. Y están los beduinos del pillaje en el desierto. Y están

los traidores del Africa del Sur, restos de aquel puñado de héroes que morían en el Transvaal con la Biblia en la mano y que ahora han cambiado el libro santo por un libro de cheques contra cualquier Deutschland Bank. ¿No dice nada ese balance de pueblos y de razas? ¿No dice nada el procedimiento empleado, la traición, la mentira, el soborno, frente a la unanimidad del instintivo sentimiento nuestro que se alza cada noche para jurar venganza contra los culpables de esta inmensa tragedia?

*

Han violado la ley. Han arrojado sobre el mundo la mancha ominosa de una declaración terrible: la de que la firma puesta al pie de un tratado no debe ser respetada cuando no consulta los intereses actuales de su egoísmo, lo que equivale a arrancar al mundo de su eje y echarlo a rodar en locas volteretas por el espacio infinito sin orden ni regla. El mundo lo ha venido fiando todo en estos cien años últimos a la idea del progreso y a la fe en las cultivadas virtudes de la civilización; pero ha venido un Bentham Hollveg para rectificar esa ingenuidad creída por nosotros y el mundo se ha visto en la urgencia de defender el interés de la humanidad futura, amenazado por esa teoría. ¿Qué reglas de vida serían posibles en lo futuro si el concepto germánico del honor se impusiera en el mundo? Respetar los pactos sólo cuando al propio interés conviene es lo que hacen el débil, el cobarde, el criminal. ¿Qué diría Alemania si mañana la Argentina resolviera retener en provecho propio todos los bienes de los alemanes aquí residentes? Es cierto que la ley les ampara; pero, eso no importa, la ley es "un pedazo de papel" escrito, sin valor ni importancia ante las *necesidades* de un país. ¿Quién puede hacernos creer, de hoy en adelante, en la palabra de un súbdito alemán? ¿Quién puede hacernos aceptar sin desconfianza la firma de un hombre de la Alemania de 1914?

Contra esa tendencia se ha levantado el mundo, abriendo un abismo ante alemanes, austriacos, turcos y el resto del universo. Algo significa esa separación, por más que otra cosa pretendan decir los engañados del método alemán, los que para la desorganizada actividad de nuestra raza gustarían de tener la severidad metódica del alma alemana, cosa tan rara como si se pretendiera dar a la ligereza de la ardilla la magnitud imponente del elefante.

El mundo no tolera esa transgresión de la ley. Y así resulta que por culpa de la senilidad de un monarca y la megalomanía de un César "made in Germany", en estos momentos el mundo ha suspendido la regularidad de su vivir, las fábricas están paralizadas, cerrados los talleres, clausuradas las escuelas; millones de hombres han sido arrancados a sus hogares y conducidos a los campos de batalla; se han hecho ya millares de víctimas; hay decenas de pueblos destruidos y de norte a sur, en todo el vasto mundo, los efectos de ese capricho de dos hombres retardados en la marcha de la civilización, se traducen en miseria, ruina y dolor. Por la voluntad de dos hombres ha sido destrozada la noble Bélgica; se ha arruinado el comercio en París y Berlín como en Hong Kong o Sidney o Buenos Aires; se han paralizado industrias y quedado sin trabajo millones de hombres; se expone a horrible desastre todo el fruto de una larga labor de siglos. Todo por el capricho de dos hombres cuya voluntad de dominio ha llegado al límite de la locura en uno, a la senilidad de carácter infantil en el otro.

Y por ese capricho se han inmovilizado millones de hombres en las trincheras, abandonando su vivir culto y civilizado, para volver a lo primitivo del hombre de las cavernas, inmenso sacrificio que sólo se explica ante la necesidad de oponer una valla definitiva al avance de ese complot de la incultura y del odio a la ley. "Salud, camarada", dice la sombra de Bonnot al Kaiser en una caricatura de Léandre. Bonnot se aplicaba las teorías anarquistas, diciendo que su salvajismo era una aplicación de las ideas de Kropotkine. El Kaiser no lo dice, pero ataca la ley, combate todas las leyes, proclama por encima de todo la voluntad de su poder. ¿No es éste un feroz anarquismo? Los católicos que celebran la marcha de los ejércitos alemanes por odio a la Francia de la Revolución, debieran meditar en esto y tratar de explicarnos qué diferencia encuentran entre el Kaiser ordenando la violación de la ley y el último sectario que, incapaz de comprender a Proudhon, dice que la propiedad es un robo y roba para ser también él propietario...

Desde hace cinco meses nos encontramos en una situación cuya síntesis va en una sola palabra: *Fracaso*. Es el fracaso de los cálculos basados en la fuerza, demostrando que el mundo puede ser algo más. Hace cinco meses que el mundo sufre las consecuencias famosas de la guerra más grande que se haya padecido

nunca, guerra que se nos había prometido rápida, fulminante; a la que la intervención de elementos de destrucción antes desconocidos daría un extraño carácter de cosa inmediata. Se nos había dicho que la preparación colosal de un país, durante cuarenta años educado en la fría y serena reflexión de esa guerra que su voluntad decidiría, haría de ella un terrible juego de solución inmediata. Itinerario trazado de antemano, horario establecido casi al minuto, inflexibilidad impuesta por la razón calculadora, guerra hecha en frío, mecanizada, tenía que resolverse en favor de ellos. Y después de cinco meses tiene el mundo la sorpresa de ver que esos 120 millones de hombres, con 8 millones de soldados, con preparación militar superior a la de todos los demás países, con armamentos monstruosamente extraordinarios, no han obtenido hasta ahora un solo éxito decisivo, pues ni siquiera puede ser tal la "conquista" de Bélgica. Toda esa fuerza, preparada para dominar el mundo, limitándose a la ocupación de un pequeño país! A los cinco meses no se ha derrotado a Francia, no se ha aplastado a Servia, ni siquiera a Montenegro; apenas se ha arañado la fuerte coraza de Inglaterra y chamuscado la piel del gigantesco oso ruso. Han pasado cinco meses y los dos grandes imperios centrales de Europa, que en quince días debían llegar a París y a los dos meses rechazar a los ejércitos rusos, para batir en Diciembre la escuadra inglesa al amparo de la niebla y desembarcar en las islas el ejército vencedor en el continente, se ven obligados a confesar su fracaso. En Francia han llegado hasta donde se les ha dejado, escogiendo el invadido los lugares de la acción y así en todo el resto del inmenso campo de batalla.

Fríos calculadores, matemáticos y filósofos, han creído en la eficacia de los razonamientos para la guerra. Toda su argumentación ha consistido en que estaban mejor preparados. Ante su tecnicismo debía rendirse el mundo. A los cañones de 25 centímetros oponían los de 42; a un ejército de cuatro millones de hombres, uno de ocho; a una movilización que tardaría un mes, la rapidez de siete días. ¿Con tales razonamientos no habían de vencer? En los planes del estado mayor, en lo abstracto de los cálculos, donde todo tiene un valor fijo y determinado, sí; pero no en los hechos prácticos de la vida cotidiana. Así la invasión de Bélgica, que había de hacerles ganar ocho días de tiempo, los detuvo un mes y concitó contra ellos el odio universal. En reali-

dad la guerra se hace con menos cálculo, con menos medida y reflexión y con un poco más de ese noble instinto conservador de la vida que sólo se puede tener cuando se hace guerra defensiva, cuando libre la conciencia y tranquilo el corazón, los pueblos saben que no exponen su porvenir y su dignidad en la partida.

El gigante militarista que asustaba al mundo con la sombra "Koolosal" de su mecanización, ha fracasado por completo. Eran ellos, los hombres de la ofensiva rápida, del ataque frontal y de la táctica a lo Von Sauer, los que tenían un programa a cumplir. Los demás no han hecho promesas de ese género; recibiendo con admirable serenidad llena de dolor, pero sin inquietud, la noticia de la guerra, los demás pueblos han comprendido que la lucha sería larga y todos se han preparado para una resistencia que había de agotar las fuerzas del terrible adversario.

Tres meses de guerra, decían en Berlín; tres años, respondían en París, Londres, Petrograd. El aumento extraordinario de tiempo no afecta a la vida de los países aliados; pero es el gran peligro de los imperios centrales. La misma fijación de un plazo tan breve indica que todo estaba en ella preparado para ese tiempo, concentrando energías para un golpe decisivo. Y lo estaba así, porque tampoco podían hacer otra cosa, allí en pleno continente, rodeados de enemigos, en la amenaza de la asfixia moral y material. Y así se ha fracasado.

Cinco meses han pasado. Los ejércitos alemanes no llegaron a París, no entraron en Calais ni en Dunkerque; su único ataque a la costa inglesa fué la bravata de un matón que, al amparo de las sombras de la noche, arroja una piedra a la ventana de su enemigo; en Rusia se ha bailado una larga contradanza de Varsovia a la frontera, siendo cada giro un golpe para los ejércitos imperialistas y un aumento de fuerzas en Rusia; las colonias alemanas han sido barridas como un montón de hojas secas. Y la guerra, la guerra de verdad, larga, tenaz, hecha en Bélgica, es una verdadera vergüenza, una de las indignidades más grandes de la historia.

Han pasado cinco meses y el gigante del cesarismo alemán no ha cumplido su promesa: no ha limpiado al mundo de la *corrupción* francesa, no ha aplastado la *perfidia* británica, ni dado el golpe de gracia a la *barbarie* eslava. En cambio ha destruído un pueblo pacífico, menospreciando solemnes tratados; ha llenado de sombras la región más bella de la Europa occidental, con ol-

vido de su propia cultura; ha dado al mundo el lamentable espectáculo de una guerra que es la rectificación de cien años de civilidad.

Pero, el mundo se ha levantado; y contra la presión atávica de los propugnadores de lo pasado, un noble sentimiento se opone. La voluntad del mundo es decisiva y el frío razonamiento no prevalecerá sobre ella. Es ahora cuestión de dignidad histórica no tolerar que en nuestra época se sancione la ilegalidad de esta guerra. Debemos esforzarnos en quitar de nuestra generación el estigma que la historia le daría cuando después de cincuenta años se juzgaran estos hechos.

Hermano Poeta: ¿aguardarás aún la llegada de la *Hora* o te precipitarás a aprovechar, modestamente, dignamente, el instante que pasa, decisivo, único?

JUAN MAS Y PÍ.

POESIAS

Carta sentimental.

Este invierno he sentido más que nunca su ausencia. Sus grandes ojos — negros? azules? — En la fiesta del jardín una voz de cristal me ha llamado — era la voz florida, sonora, del remanso — para decirme... — pero, a usted no le interesa la voz del agua, el luto de mi melancolía, las hojas de oro de los árboles, la fiesta del jardín, el color de las rosas...

Amiga,
este invierno he sentido su ausencia, como nunca he sentido su ausencia. Las rosas y la luna lo saben bien: me han visto muchas veces llorando junto a la fuente donde unidos por las manos, — ceremoniosamente — contemplábamos todas las tardes, el morir de las pálidas rosas; las nubes del poniente; el crepúsculo de oro; los altos miradores del jardín...

Todo, todo me habla de usted... Si cae sobre el pálido césped una lánguida rosa, marchita, que se muere, es su mano plegada sobre el seno; si suena la brisa por las ramas cascabeleando a fiesta de tarde, es su dulce plegaria por María; si rueda en el camino, una hoja de oro, fina y pálida, es su blonda guedeja... Todo, todo, las rosas y la brisa y el crepúsculo de oro me hablan de usted — las rosas que en la tarde se mueren — al son de los cristales de plata de la fuente.

Pero a pesar de todo yo la quiero como antes. La evoco en el silencio nocturno de los parques. Si corto en el rosal una rosa muy blanca, es su mano: su mano ceremoniosa y pálida.

La brisa con su voz perfumada, me dice como usted: — “Bienvenido melancólico amigo”; — y yo — “Mi buena amiga, hoy estoy menos triste que ayer”... — ¿Qué labios nuevos me dirán “bienvenido” como los suyos?... ¿Qué mano cortará un lirio para mi ojal, lo mismo que usted sabía hacerlo, tan bondadosamente, cuando el feliz regreso de un viaje?... Oh, dulce amiga, ¡jamás podré olvidar su saludo melodioso y fraternal!

“Bienvenido”! Por siempre, bienvenido, su grato recuerdo, que florece un armonioso encanto de cosas en mi pecho. Bienvenido el recuerdo que me hace hablar de rosas, de lirios y de ensueños, de brisas, oro en árbol, perlería de arroyo... de usted, de mí, de todo, de ellos... de nosotros...

Canción.

La infantina estaba
pálida de pena,
tenía en sus manos
una rosa tierna.

Con sus ojos fieles,
— dos abejas de oro —
en todas las cosas
ponía su asombro.

Rosas de su pecho,
de un rosal gemelas,
palpitaban juntas
por la misma pena.

Flotaba en la brisa
su pelo de trigo,
de oro era su pelo,
de oro, de oro fino.

Cantó una cigarra
sobre el pino azul;
cantó una cigarra
brillante de luz.

En la rosa, un grillo
(rosa de ilusión!)
cual un fiel amante
cantóle su amor.

*

La infantina estaba
pálida de pena,
tenía en sus manos
una rosa tierna.

Yo le dije entonces
con voz dulce y suave,
“si paje no tienes
yo seré tu paje”.

Con sus ojos fieles
— dos abejas de oro —
me miró en silencio,
pálida de asombro.

Me miró en silencio...
Yo le dije entonces,
que la pena es fácil
si la pena es noble.

*

“La pena que deja
pálida la tez,
pálida como una
rosa grande y té”.

“La pena que corta
la rama de Abril,
la rama florida
que está en el jardín”.

“La pena que clava
su agudo aguijón
como abeja de oro
sobre el corazón”.

*

La infantina estaba
pálida de pena,
tenía en sus manos
una rosa tierna.

Escuchó mi cuita,
no me dijo nada.
Sobre el alto pino
cantó una cigarra.

Cantó una cigarra
brillante de luz ;
se quedó cantando
sobre el pino azul.

Amigos, su pena,
¿Quién llegó a saber ?
Yo no fui su paje
Ni lo pude ser.

*

La infantina estaba
pálida de pena.
Díjale mi cuita,
no se la dijera.

*

Pobre la infantina !
se quedó callada . . .
(lengua no tenía).
Cantó una cigarra.

*

Con sus ojos fieles
— dos abejas de oro —
me miró en silencio,
pálida de asombro.

PEDRO M. DELHEYE.

EL SEÑOR GROUSSAC HISTORIOGRAFO

A PROPOSITO DE CRITICA MODERNA

En el prólogo al tomo IX, de los *Anales de la Biblioteca*, que acaba de aparecer, el señor Paul Groussac se ha permitido la ligereza de atribuirse el pontificado máximo de la crítica histórica entre nosotros. Muchos inexpertos habrá que admitirán esta auto-consagración, y como semejante hecho puede redundar en perjuicio del buen nombre de la ciencia histórica argentina, conviene que, analizando los últimos trabajos del señor Groussac, se patentice todo lo que la pretensión aludida tiene de excesiva. ¡No!: el señor Groussac no es maestro en materia de estudios hechos a la moderna, y para demostrar tal aserto basta analizar el estudio que sobre la expedición al Plata de don Pedro de Mendoza publicó en el tomo VIII de los *Anales* de referencia. Y veámoslo:

Trátase, según parece advertirse desde la iniciación de su lectura, de una monografía, con aspiraciones a definitiva, en la que el autor procura establecer la verdad histórica, enmendando yerros anteriores y perfilando detalles, hasta ahora oscuros, con inferencias propias, cuando no con pruebas documentales de reciente adquisición. Visiblemente, el trabajo tiene la apariencia, diría sincrética, de estar inspirado por el deseo de hacer luz sobre los acontecimientos de la primera época de la conquista y colonización del Plata, utilizando materiales de archivo y bajo los dictados de una crítica sistematizada y moderna. Tal supuesto objetivo presente, tratemos de ver si el señor Groussac se ha desenvuelto dentro del marco fijado por la preceptología moderna, y si ha logrado el fin perseguido en su trabajo.

Una primera y muy seria objeción ha de abrir este análisis, y la constituye lo que respecta al estilo empleado por el señor Groussac en su trabajo. El no es, ni con mucho, el que señala como

adecuado la moderna metodología de la historia. Por correcto y por elegantísimo que sea, desde el punto de vista literario, no se justifica en manera alguna su empleo, ahora que la historia debe escribirse con la frialdad con que un paleontólogo expone las conclusiones de una reconstrucción ósea cualquiera. Setenta años atrás, podría haberse disculpado la falla, siquiera como un homenaje a la belleza en el decir, pero hoy esa tolerancia no encuentra posible amparo. Langlois y Seignobos, en su manual de introducción a los estudios históricos, han fustigado el empleo, en la exposición de los hechos del pretérito, de esa forma que parece encantar al señor Groussac, muy capaz, por otra parte, de sacrificar una verdad a la elegancia de un buen gesto. Y no es que se pretenda sostener que el desaliño de la forma debe ser la característica del estilo empleado por el historiador. Lo que se censura es el uso y abuso de la brillantez retórica, y, sobre todo, el empleo de formas acaso apenas aceptables en polémicas *ad hominem*. El señor Groussac ha descuidado todo esto, y no sólo se ha dejado llevar de sus impetuosidades bélicas, arremetiendo furiosamente contra todo lo que no se acomode a su criterio y a sus gustos literarios, sino que ha echado en olvido lo preceptuado acerca de la sobriedad. Su afán de lucir el plumaje llamativo de una rica erudición, lo ha llevado a extremos casi colindantes con el ridículo. La nota de la página CXII, donde se esfuerza en aclarar el origen del adagio *homo hominis lupus*, es un espécimen elocuente de esto, que a veces obliga a la sonrisa. Y si, en lo que hace al estilo, hay en el trabajo del señor Groussac fallas visibles, no son ellas únicamente las anotadas. La pasión del adjetivo, que él emplea tan elocuentemente, quita a su trabajo todo carácter de monografía moderna. Como sus epítetos son acabados y *gráficos*, encierran en sí un juicio, del que las consideraciones que le siguen no suelen ser más que el alegato probatorio. Por lo demás, hasta la misma cultura cae destrozada, a veces, bajo la estocada del epíteto empleado. Aquello de: *lógica ovejuna* (página 386); *prudencia... de papa moscas* (pág. LIX); *expectorar su dicho* (pág. CXVIII); *geografía de gallina ciega* (pág. LV) etc., no son, a todas luces, términos que puedan aceptarse sin protesta. ¿Y qué deja el señor Groussac para los papeluchos de arrabal? A fin de que todo no sea esto, el señor Groussac remata sus desplantes con la nota de la página CVII, donde urgido por el placer de la ironía — que es en él un prurito — hace una alusión visible

y crudamente pornográfica. El pasionismo, además, lleva al señor Groussac a usar un léxico pasado de moda para referirse a la obra hispánica, caracterizada, según él, por la *brutal codicia* (pág. X) y otras cosas *ingloriosas* (pág. XI). En cuanto a su falta de respeto a todo y a su intolerancia única (¡él que ha leído a Voltaire!) ahí están esos ataques virulentos contra Lafone Quevedo, Medina y hasta Trelles, a quien tiene la irreverencia (página CXXXV) de abofetear calificándole de *aficionado que no poesía en grado eminente sino el don de errar*. Pero veamos si es que ésta intolerancia se escuda en la impecabilidad.

Ya está establecido que todo induce a creer que el señor Groussac, empeñado en la tarea de corrector de yerros, ha aspirado a agotar el tema que enuncia el título de su monografía. Pues bien: comienza ella con un paralelo entre las conquistas sudamericanas, paralelo que llevado al terreno de la literatura que las dos más australes produjeron (*La Araucana*, de Ercilla, y *La Argentina*, de Centenera), presta coyuntura al señor Groussac para despacharse contra Menéndez y Pelayo, a quien parece no haber perdonado todavía cierto prólogo a la edición de un apócrifo. En realidad, no llega en este particular el señor Groussac a ninguna conclusión novedosa. Del paralelo pasa el autor a ocuparse de las expediciones que antecedieron a la de Mendoza, comenzando, naturalmente, por la de Solís. A decir verdad, no resulta el señor Groussac muy acabadamente informado acerca de la bibliografía de Solís, pues dice que todo lo que al descubridor se refiere se encuentra expuesto en Madero (1892) y en Medina (1897), echando en olvido la erudita monografía que el señor Lafone Quevedo publicó en la revista *Historia*, con posterioridad a esos trabajos, en 1903, e ignorando — cosa sumamente grave en una monografía como ésta — que existen unas documentadas e ineludibles aclaraciones hechas por el señor de la Puente y Olea en su importantísima obra: *Los trabajos geográficos de la Casa de Contratación*. (1) Aparte de esto, al aludir a la veracidad de las informaciones del autor de las *Décadas*, el señor Groussac parece desconocer que del cotejo entre el texto latino

(1) La obra a que se alude no es ninguna "curiosidad de bibliófilo", como pudiera decir el señor Groussac en su descargo. La Biblioteca Nacional, que él dirige, la posee y la tiene registrada bajo el N.º 77820. Por lo demás, como se trata de un libro editado en 1900, no veo que sea necesario insistir acerca de que es injustificable la omisión del señor Groussac.

de Pedro Mártir y el castellano de Herrera, se ha llegado a la conclusión de que, o Herrera copió a Pedro Mártir — lo que es improbable — o ambos tuvieron presentes igual documentación. En lo que hace a la patria de Solís, en párrafo aparte he de demostrar cómo la ausencia de buena información lleva al señor Groussac por caminos extraviados. Respecto al viaje de Solís a esta parte de América en 1513, veamos de qué manera falla la erudición del señor Groussac y cómo se desvanece el argumento que él sospecha inexpugnable.

Levantándose contra todos sus antecesores, a quienes niega “sentido crítico”, el señor Groussac, después de sentar a su manera, y por simples inferencias, que, no obstante estar ordenada su suspensión, el viaje se realizó clandestinamente, da como argumento probatorio de su aserto, el hecho de que: “Durante todo el año de 1513 *no existe* en España Juan Díaz de Solís” (página XXI). Pues bien: la afirmación del señor Groussac es inexacta. Durante el año de 1513, Juan Díaz de Solís *existió* en España, y la prueba la tenemos en la cédula del 27 de Mayo de 1513. en la que el rey ordena a los miembros de la Casa de Contratación que, si resulta probado que Solís es reo de los delitos de que se le acusa, sea hecho prisionero y enjuiciado en forma, ⁽¹⁾ y en otra del 23 de Diciembre del mismo año por la que el monarca le hace merced de los bienes de un suicida. Si lo apuntado no basta, me remito al libro de *Cargo y descargo hecho al piloto mayor Juan Díaz de Solís*, que se conserva en el Archivo de Indias bajo la designación 32-3-6/25, y en el que Solís aparece actuando a mediados de 1513 en Sevilla. Pero aun admitiendo que tal prueba no existiera, no veo que sea posible aceptar como demostración de que el viaje se realizó lo que expone el señor Groussac, para quien el hecho de no figurar Solís en las actuaciones del pleito de Colón es prueba definitiva.

Tras de Solís, lógicamente, se ocupa el autor de Magallanes y en seguida de Caboto. Al referirse a las postrimerías de este piloto, el señor Groussac (pág. XLIII) apunta el dato de que en 1547 abandonó su puesto en España, pasando al servicio de Inglaterra. La referencia es inexacta, pues en 20 de Octubre de 1548,

(1) Puente y Olea: “Trabajos geográficos de la Casa de Contratación”, pág. 117. El señor Groussac cita esta cédula en una nota de la pág. XXI, pero despectivamente porque ignora los antecedentes que ella tiene y que expone el señor de la Puente en su obra.

por documento fechado en Sevilla, Caboto fué autorizado para trasladarse a Alemania, donde se hallaba el emperador, con objeto de informarle, en su calidad de piloto mayor, *de algunas cosas cunplideras a su servicio e a llevarle la traça de longitud de la navegaci3n* que le había sido encomendada. La licencia para efectuar este viaje le fué concedida por seis meses, quedando en su lugar Hernando Blas y Diego Gutiérrez. Estos datos son insospechables, pues proceden del Archivo de Protocolos de Sevilla, oficio 19, libro IV del año 1548, fol. 4377. ⁽¹⁾

Después de agotar las referencias que hacen a Caboto, Groussac entra de lleno al tema de su trabajo. La biografía de Mendoza, que abre la marcha, no reforma nada de lo que hace a lo que conocemos del Adelantado. Groussac abusa aquí de las inferencias y conjeturas. Ello, a pesar, el comentario al documento XII, relativo a la fortuna de Mendoza, es atendible y aclaratorio. En lo demás, la nebulosidad de Madero queda en pie, malgrado los esfuerzos dialécticos de Groussac. Una muestra de los vicios de método y de forma a que ya se ha aludido, la constituye, fuera de duda, esa estocada que tira al pecho del Consejo de las Indias, contra cuya *ignorancia* geográfica se rebela (pág. LV), al referirse a las capitulaciones de Mendoza. El señor Groussac olvida, cuando tal cosa hace, que esa ignorancia era lógica. El Río de la Plata, antes de firmarse las capitulaciones de Mendoza que tanto sublevan al señor Groussac, ¿qué cartografía poseía? Las expediciones anteriores, como por fuerza tenía que suceder, no efectuaron los estudios para el levantamiento de las cartas cuya ausencia censura el señor Groussac, y estoy bien seguro de que en esa época todavía no se editaba el Atlas de Stieler... ⁽²⁾ Hacer lo que él hace, es colocarse fuera de época y, por lo tanto, pecar contra el más elemental principio metodológico. Con un criterio así, hasta cuadraría vapulear a Cristóbal Colón por que tuvo la *ignorancia* de aventurarse a hacer una expedición, sin tener a la vista las cartas del Almirantazgo... Pero, continúo. Dice el

(1) Cf. J. Gestoso y Pérez. *Algunos datos para la historia de América*, en *Archivo de Investigaciones históricas*. Madrid, 1911.

(2) Las cartas geográficas de que entonces se disponía, como ser las de Vesconte de Maiollo (1515), la atribuida a Alfonso Chaves (1527), la de Turin y la de Diego Rivero (1529), no tenían, por cierto, la exactitud que hubiera sido necesaria para satisfacer la exigencia del señor Groussac. (Las cartas aludidas pueden verse en: *Annexe au mémoire présenté par les Etats Unis du Brésil au G. de la C. Suisse*, etc. Paris, 1899).

señor Groussac, lo cual es exacto, que la demora de la salida de la expedición de Mendoza se debió a que el Adelantado estuvo varios meses postrado en cama: pero agrega una cosa hija de su fantasía, esto es, que los que habían de formar parte de la armada llegaron a enterarse de que Mendoza estaba atacado del *mal gálico*, y que la "noticia tendió un velo negro sobre las risueñas perspectivas de la jornada" (pág. LVIII). Salta a la vista la inconsistencia de la información. Y es más: no existe prueba de que Mendoza estuviera atacado del mal aludido y, por otra parte, aun estándolo, no había de causar ello gran aspaviento entre las gentes de *las tabernas y malecones del Guadalquivir*, a quienes alude el señor Groussac, y que, por cierto, no serían tales como para admitir paralelos con el José bíblico.

He apuntado que falta la prueba del aserto, no sólo porque lo único que se conoce es aquello que dice Centenera en el canto IV, sino, también, porque el señor Groussac, contra lo preceptuado por la metodología, no la trae. (1) A renglón seguido de esta falla contra el método, el señor Groussac comete otra: la de dejar obscuro, más todavía de lo que lo está en Madero, lo que respecta a los acompañantes del Adelantado. Y tal digo porque si aclara detalles como el de que en la expedición no vino hermano alguno de Santa Teresa (págs. LXVI y LXVIII), y el otro de que Osorio sólo tenía 25 y no era "un respetable caballero", como se ha venido sosteniendo, el fondo queda obscuro. Y es de notar la ingeniosa pero poco científica manera que emplea el señor Groussac para salvar los escollos de su insuficiencia histórica. Puesto en el aprieto de solucionar un punto arduo — como en el caso éste de los acompañantes a que aludo — se escurre del peligro dejando caer sobre el asunto un epíteto eficazmente despectivo, y pasando de largo como por sobre cosa baladí. Tal lo denuncian, por lo menos, las páginas LXIX y LXX. Los párrafos: *La navegación descubridora*, *La vida en la carabela*, etc., que siguen, bellísimos en su factura literaria, caen dentro de la censura que se ha hecho al método y al estilo del señor Grou-

(1) Dicen los tratadistas Langlois y Seignobos: "... cada afirmación especial ha de llevar su prueba, el mismo texto del documento en que se base, a ser posible, para que el lector pueda comprobar la interpretación (documentos justificativos), y sino, en nota, el análisis o por lo menos el título del documento, con indicación del lugar en que se encuentra, o de aquel donde se ha publicado". (*Introducción a los estudios históricos*, libro III, cap. V).

sac. Pero si allí la falla es seria, su gravedad se acrecienta cuando el autor se ocupa del proceso y muerte de Osorio (pág. XCIX), donde asume una actitud abiertamente partidista, convirtiendo la exposición en un alegato de curial. ¡Así no se escribe la historia! Sobre la primera fundación de Buenos Aires y las diferentes fechas apuntadas por los historiadores, asuntos de que se ocupa en seguida, el señor Groussac aparece como careciendo de la noticia de las monografías del P. Larrouy, que él está obligado a conocer. ⁽¹⁾ Otro tanto puede decirse del nombre de Buenos Aires, anteriormente aclarado por el mismo erudito de referencia. La enumeración de la fauna (págs. CXXIV y CXXV), que, va luego, necesita una ampliación, y es la que respecta a la antigüedad del caballo en el Plata, cuya existencia precolombiana trata de demostrar el señor Aníbal Cardoso. ⁽²⁾ No hago el cargo de la ausencia de esta indicación en el trabajo del señor Groussac, pues las conclusiones a que me refiero han sido publicadas recientemente, pero lo anoté en razón de conceptuar que el dato tiene una importancia capitalísima, sobre todo si se considera que el enorme número de caballos que había en estas regiones, alrededor de 1580, fué uno de los factores determinantes de la segunda fundación. Ruy Díaz (libro I, cap. IV) dice que andaban en cantidad tan compacta que parecían *grandes montañas* y Rivadeneyra, en su *Memorial*, alude a ellos con admiración. El dato, pues, queda consignado para el historiador futuro.

Un punto que ha merecido especial atención al señor Groussac, y acerca del cual cree exponer conclusiones novedosas, es el que se relaciona con la raza aborigen del Plata (pág. CXXVI y siguientes). Lo que a tal respecto dice, es aceptable — aunque no novedoso — en lo que atañe a los querandíes. Es de notar, sin embargo, que el señor Groussac no aparece como tomando en cuenta las observaciones, bien fundadas por cierto, que el señor José Toribio Medina hizo en su estudio sobre Sebastián Caboto. Y llamo la atención sobre este hecho singular: El señor Groussac que niega a los seguidores de los cronistas primitivos condiciones

(1) *Orígenes de Buenos Aires*, (1905) y *Ruiz Galán y el juramento de Corpus Christi*. (Estudio de cronología histórica). 1904.

(2) El fósil *Equus rectidens* es, para el citado autor, el ascendiente del caballo criollo. ("Anales del Museo Nacional de Buenos Aires", años 1912 y 1913).

de crítica (pág. CXXVII), se parapeta, para establecer que los habitantes de las islas del Delta eran "guaranís", en que en la información de servicios del capitán Gonzalo de Acosta se habla de *Indios de las islas* (pág. CXXX); en que los "testigos presenciales" aluden a que tales indígenas eran enemigos de los cristianos (pág. CXXXI); y en que la *Memoria* de Irala hace referencias a lo primero y a lo segundo. El lector advertirá que la perspicacia crítica no va aquí muy lejos. Frente a este modo de resolver el problema, están los resultados de investigaciones novísimas, hechos desde los puntos de vista: antropológico, étnico y lingüístico. Hoy, — el señor Groussac debía saberlo, — se puede ya demostrar, como lo acaba de hacer el doctor Luis María Torres a base de estudio prolijo de yacimientos y de textos, que los habitantes de las islas más próximas a Buenos Aires — luego difundidos por la costa paranaense — eran Chaná y afines. En cuanto a la etnografía de esta comarca, dicho concretamente, debe reconocerse a los querandís como tribus chaqueñas, vinculadas a los Chaná y afines y finalmente a los guaranís como elemento diferente desde los tres puntos de vista antes aludidos, aunque su *habitat* se haya extendido hasta las islas más australes. ⁽¹⁾ Y ello no lo ha dicho el erudito autor de la monografía.

Del problema etnográfico el señor Groussac pasa a la obra de Mendoza. La indicación de la primitiva ciudad (pág. CXL) que da en su monografía, y lo que dice respecto al combate del 15 de Junio y del incendio del 24 del mismo mes, es aceptable. La información es en este particular buena y las aclaraciones lo son también. Del resto del relato, es decir, de lo que va desde el establecimiento del real hasta la partida y muerte del Adelantado, no hay ni elogio ni objeción que hacer. Ello, empero, tratándose de una monografía podría pedirse más claridad en algunos pasajes.

Y ahora viene la síntesis de esta anotación marginal al trabajo del señor Groussac, destinada a demostrar que en la actualidad no es pontífice en materia de crítica histórica. Una pregunta y su correspondiente respuesta llenarán la exigencia. ¿Qué cosas modifica la nueva monografía, y cuál es su resultado positivo en

(1) No deja de causar sorpresa el hecho de que el señor Groussac, tan amigo de citar los documentos que posee la Biblioteca Nacional, haya olvidado que en la carta del gobernador Valdez y de la Banda, (1599), cuya copia posee la aludida repartición, bajo el registro N.º 7334, hay magníficos elementos para identificar, desde el punto de vista etnográfico, a los habitantes de las inmediaciones de Buenos Aires.

el terreno de las aclaraciones de la crítica histórica? El lector puede haber advertido ya lo que a esto respecta, pero ello a pesar concreto así mi modo de ver. El señor Groussac, según a mí imparcialmente me resulta. — y prescindiendo de los defectos capitales de método que su monografía acusa — si bien ha aclarado algunos detalles, no ha realizado una obra definitiva y mucho menos de molde moderno. Su trabajo, por eso, no puede ir más allá de lo que va un estudio provisorio de crítica de interpretación, un poco personal. Mucho ha influido en ello, fuera de toda duda, el afán del “yo”, que preocupa y extravía al señor Groussac, para quien sólo el criterio propio es el exacto y el impecablemente ponderado. Y queda, todavía, esta objeción: La publicación de documentos probatorios que sigue a la monografía, peca contra el método, pues además de carecer de índice — cosa imprescindible — no se ajusta al plan de un corpus orgánico, como era de exigencia. Esto lo debía saber el señor Groussac.

*

Prometí, líneas atrás, evidenciar que el señor Groussac ignora una documentación fundamental acerca de la biografía del descubridor del Río de la Plata, y me propongo cumplir con lo prometido. Veamos:

Hasta ahora, los historiadores más autorizados no han estado de acuerdo respecto a la patria de Solís. Para unos, que se apoyan en documentos al parecer reveladores, el piloto nació en Portugal, y para otros en España, defiriendo sólo, estos últimos, en el lugar del nacimiento: Lepe y Lebrija. Pues bien: el señor Groussac, consagrado de un tiempo a esta parte a la ímprobable tarea de hacer investigaciones históricas con el sentido crítico del que están desposeídos, según él, todos los que se ocupan de estas cuestiones, ha insertado, bajo su firma, en el tomo VIII de los *Anales*, una no muy extensa monografía sobre el particular. Trata en ella de demostrar que el descubridor del Río de la Plata nació en Lepe, y opina que tal conclusión es *singular entre todas las conocidas* (pág. 386). Desgraciadamente para él, nada nuevo ha descubierto el señor Groussac. Todo lo que ha hilvanado acerca de la historia de Solís en sus vinculaciones con Portugal y, especialmente, en lo que atañe a sus aludidos delitos y fechorías, parte de un falso supuesto ya desvanecido por el

“sentido crítico” de otros cuyos trabajos él desconoce. Me refiero a la identidad del Juan Díaz de la requisitoria de 1495 y del proceso de 1517, con el descubridor del Río de la Plata, que el señor Groussac admite, pues hacer lo contrario, a juicio suyo, es *chocar con la razón y la lógica* (pág. 376). Si el señor Groussac, tan amigo de ver la paja en el ojo ajeno — olvidando que entre los libros de Voltaire que él se jacta de haber leído hay uno que trata de la tolerancia — hubiese dedicado mayor tiempo a la busca documental y bibliográfica, de seguro sabría que el señor de la Puente y Olea en su obra: *Los trabajos geográficos de la Casa de Contratación* (págs. 164 a 181) tiene demostrado, documentalmente, que *ha habido dos pilotos Juan Díaz, coetáneos*, y que el de las reiteradas fechorías nada tiene que ver con el piloto mayor descubridor del Plata. La Biblioteca Nacional, registrado bajo el núm. 77820, posee un ejemplar de la obra a que me refiero.

En definitiva: ¿llega a probar el señor Groussac que Solís nació en Lepe? De ninguna manera, no sólo porque lo que dice está muy lejos de ser convincente, sino, también, porque ignorando la existencia del trabajo del señor de la Puente y Olea, no toma en cuenta los documentos aclaratorios que él aporta y que parecen probar que Solís nació en Lebrija, aunque luego se radicara en Lepe.

En consecuencia: el trabajo del señor Groussac falla por la falta de la única erudición verdadera de que debe echar mano el “sentido crítico”, al cual él tan frecuentemente alude.

Y estas conclusiones a la vista: ¿puede sostenerse, sin mengua de la verdad, que el señor Groussac es el pontífice de la historiografía, como él cree? De ninguna manera. Es éste un trago amargo que quizá provoque, en el que lo tiene que efectuar, el desahogo estéril de pensar que un nuevo caso evidencia aquello que dijera acerca de los párvulos que utilizan el primer diente en morder el pezón... Pero así y todo, tendrá que reconocer que su “imperio” ha pasado y que ya no son éstos los tiempos en que desde *La Biblioteca*, férula en mano, dictaba fallos que todos acataban. Los cachorros de ahora, tal vez porque nacen con un poco de Pirrón en el alma, tienen precocidad en el colmillo...

RÓMULO D. CARBIA.

Diciembre, 1914.

DESDE MI RINCON

A S N O (1)

Dice el Diccionario de la R. A.: “del latín *asinus*, m. Animal cuadrúpedo. En lenguaje figurado “Persona ruda y de muy poco entendimiento”.

Quien desee noticias sobre el origen del vocablo, puede consultar, y con esto me evito el trabajo de copiar cuanto en él se dice, el *Diccionario Filológico Comparado de la Lengua Castellana*, de Matías Calandrelli, tomo II, pág. 547. El erudito filólogo expuso allí brevemente, cuanto puede decirse al respecto, y nada, por lo tanto, me es dado agregar.

Pero si en este extremo, fuerza es asentir, en cambio me rebelo, no contra el Diccionario, sino contra el vulgo que a ciegas, a tontas y a locas, sin ton ni són, estableció absoluta sinonimia entre *burro* y torpe, *asno* e ignorante, *jumento* y estúpido.

¿Torpe el asno? ¿Desde cuándo, y en qué se fundó el pueblo para denigrar de tal suerte a tan simpático, a tan útil, a tan pacienzudo animal?

No quiero referirme al poema *Asncida*, original de Cosme de Aldana — véase la voz *asncida* — por cuanto arroja poca luz sobre el tema que vamos a ventilar; pero a los curiosos recomiendo sí lo que escribió nuestro Pedro Mexía, autor del siglo XVI, a imitación de Luciano y Apuleyo en alabanza del *asno*; ello anda impreso con los *Coloquios y Diálogos*, de dicho autor. Léase con calma, sin prevención, y estoy cierto que, después de la lectura si no convienen con Unamuno en que es el *asno* un asceta, y hasta un místico, averiguarán que dista mucho de ser un torpe, un ignorante, un animal despreciable.

(1) Del vocabulario que precede a un libro próximo a publicarse, titulado *Paremiología asnal*.

Como algo he dicho ya en defensa de cuadrúpedo tan interesante en la *Introducción* de esta obrecilla, y mucho se puede leer en su favor en las páginas de este opúsculo, sólo agregaré ahora, que su carácter sufrido, su proverbial paciencia, la conformidad con que conlleva las privaciones y los vapuleos de irascibles bípedos racionales, más que abdicación de su dignidad asnal, retratan un carácter, un temperamento muy conoedor del papel que desempeña en el seno de la sociedad. No pretende, como ciertos seres, pasarse a mayores; está convencido de que *el que nace para ocharo, no puede llegar a cuarto*; sabe bien que *a donde irá el buey que no are*; y que es inútil pretender *dar coces contra el agujón*; y con filosofía, que ya quisieran para sí más de cuatro mortales, se aviene con su suerte, con el papel que le toca representar en el engranaje económico-rural de los pueblos modernos. No siente el orgullo como el caballo, que mal se compaginaría vicio tan feo con quien es el prototipo de la mansedumbre; y así mismo le da llevar sobre sus lomos a una garrida moza, que a un apestoso trajinero, acarrear bolsones repletos de oro que serones rebosantes de estiércol. Trabajar es su divisa, y al trabajo se doblega con paciencia digna de admiración que no de vilipendio.

Acabo de decir que lo mismo le da llevar en sus lomos a una bella moza que a un descendiente de Picio, y ahora añadiré que fué antaño costumbre, no sólo llevar al patíbulo a los reos, caballeros en burros ó *asnos*, sino vapulear a ciertos delincuentes, brujos, hechiceros, judaizantes etc., paseándolos desnudos de medio cuerpo hacia arriba, mientras los representantes de la justicia descargaban sobre los culpados los golpes de sus flexibles varas. A esta tarea el caballo no se hubiese prestado, el *asno* sí, porque adivinó el alcance de la humana justicia.

“Mentís como borracho, y lleváis talle
de que os haga subir sobre una calle,
y aunque más me lo rueguen,
que por los *asnos públicos* os lleven,”

dice Quiñones de Benavente en su entremés *El retablo de las maravillas*. (1)

Muéstrase a veces burlón, el animal en quien me ocupo, que es propio del filósofo reirse de la ajena tontería; y buena prueba

(1) Véase la voz *borriquito*.

de esto nos suministra el citado autor en su *Entremés de los pareceres*. En él pone en boca del Licenciado, el siguiente sucedido:

“Eso parece un hombre que prestado
pidió un jumento a cierto licenciado,
y excusándose dijo: “perdonadme
que no está en casa el tal *asnicante*”.
Y el *asno* rebuznó en el mismo instante.
Dijo el amigo: “¿no es él que rebuzna?
pues, ¿cómo me decís que no está en casa?”
Y el dueño respondió con grande cólera:
“¡Cuerpo de Dios con vuestro desatino!
¿Quién es más de creer, yo o el pollino?”

Sucedido, cuento o chascarrillo que Montalván repitió en la Jornada I de su comedia *Los hijos de la Fortuna*, metrificándolo de la siguiente manera:

“Tenía un lindo borrico
para sus necesidades
cierto alcalde, y como un día
un su compadre llegase
a pedírselo prestado,
él, por librarse de darlo,
dijo que en el monte estaba;
pero como rebuznase
el borrico a esta sazón,
dijo el otro: “Véis, compadre,
como el borrico está en casa
y que vos os engañasteis?”
A lo cual, muy enojado,
el alcalde sin turbarse
le respondió: “No está tal,
y miente quien lo pensare,
que aunque el borrico lo dice
con suspiros desiguales,
yo digo aquí lo contrario;
y es muy mal dicho que nadie
más crédito quiera dar
a un borrico que a un alcalde,
siendo yo un hombre de bien
y el burro un pécora cámpi.”

Siendo el hecho el mismo, aunque narrado de distinto modo, bien sirve para probar que es el burro, el *asno*, amigo de la verdad, y que oída la mendaz afirmación, quiso poner en ridículo al mentiroso.

¡*Don Asno* llegó a decirse por aquellos siglos en que andaba

muy despierta la sana gracia española! cosa que a nadie sorprenderá ciertamente. Si el Arcipreste de Hita escribió *don Melón*, y Silva, *don bellacazo*, y López de Ubeda *don papel*, etc., etc., porque se podrían amontonar muchas citas, Lope de Rueda escribió con singular donaire:

“Pues yo os prometo, *don asno*, que si apaño un garrote, que yo os haga ir presto”. (1)

Resumen, porque esta papeleta va resultando larga en demasía: que es el *asno* un animal inteligente, cachazudo, porque sabe que *chi va piano, va ratto*, paciente, filósofo, muy amigo del pobre, a quien presta utilísimos servicios, y que arguye sobre ignorancia, ingratitud, abrumarle con denigrantes epítetos.

R. MONNER SANS.

(1) *Los engañados*.

TEDIUM VITAE

Mirando el humo.

Lánguido humo, espira somnolienta,
perezosa y romántica, de ensueño
saturas mi aposento y de beleño
pálidamente azul, mi alma sedienta.

Tu cinta estiras como si una lenta
caricia de mujer o vago sueño,
viniera a mí con un placer sedeño
a mitigar el mal que me atormenta.

Oh! humo que divagas en la oscura
paz de mi estancia, tu impasible y pura
filosofía, mansamente vana,

impregna mi alma indócil de esa buena
dulcedumbre que tiene una serena
inconsciencia de pálido nirvana...

La lámpara.

Siente en el corazón la luz cercana
penetrar como un ave cariñosa
y cobijar con ala bondadosa
la tristeza sutil que me devana.

Cuánto misterio azul, cuánta lejana
remembranza de amor, tu iris me evoca,
mientras afuera llueve y en mi boca
humea el cigarrillo, luz hermana!

Evocando pasadas aventuras
e hilando deleznable conjeturas,
he querido mentir a mi fatiga;

y juntos, en la noche hemos soñado,
y yo no sé si juntos apagado
la llama de ilusión, lámpara amiga...

El corazón.

Arca roja de amor y sentimiento
que vibra de emoción al ritmo leve
de una silueta virginal y breve
como al señuelo de un encantamiento.

Así le rompe un hondo movimiento
y apagan su calor copos de nieve
si el desencanto rememora, aleve,
el himno amargo del abatimiento.

Como una casa cuyo dueño nunca
más volverá a vivir en ella, trunca
está la historia de mi corazón;

me pesa el alma como cosa muerta
y el arca de mi amor es arca abierta
donde solloza la última ilusión...

JOSÉ MUZZILLI.

LAS ALMAS

CONFESIONES DEL BARÓN DE NOORMY

Comenzamos en este número la publicación de la novela LAS ALMAS, que anunciamos en el anterior. Como recordará el lector, dijimos entonces que LAS ALMAS es la segunda parte de una obra cíclica, LAS CONFESIONES DEL BARÓN DE NOORMY, de que es autor don Eulogio R. de la Fuente, y de la cual ya se ha publicado la primera o principios del año que acaba de fenecer, bajo el título de TODA LA SED. Puede leerse, sin embargo, por sí sola, y entendiendo esto la hacemos conocer a nuestros lectores bajo forma de folletín, sin perjuicio de recomendarles la lectura de TODA LA SED, extraña novela que ha de sorprenderlos y cautivarlos.

TODA LA SED es la historia de un alma, la del protagonista, Edgar de Noormy. Trabamos conocimiento con él cuando es todavía un adolescente. Edgar que ha tenido por maestro un peregrino tipo de sabio y filósofo, con algo de brujo, el doctor Flamingt, misterioso personaje del cual sólo corremos parte del velo que oculta su vida, en LAS ALMAS,—Edgar, decimos, está por marchar a la Universidad de Budapest, pues la acción de esta novela se desarrolla en Hungría. El padre de Edgar, señor de los dominios de Noormy, es una admirable figura de noble y de patriarca: cuenta ochenta años; su madre, blanca silueta que apenas atraviesa el libro como un fantasma, treinta y tres. Edgar es un precoz y en su alma se suman todas las audacias y altiveces de su noble estirpe casi milenaria y todas las curiosidades y desequilibrios modernos. Su maestro, el doctor Flamingt, además, ha hecho nacer en él una inextinguible ansia de conocimiento. Y desde que la novela se inicia, lo vemos a Edgar poseído de una doble sed: sed de ideas y sed de sensaciones. La novela, es lenta y casi sin acción, aunque lo lleva al protagonista de la adoles-

cencia a la edad adulta, y en ella seguimos paso a paso las decepciones del hombre que apremiado mentalmente por el desco de la mujer, pasa de experiencia en experiencia y de decepción en decepción, sin dar con la Mujer ideal, con la que satisfaga todos sus sueños y todos sus apetitos. Y no menos frustrados quedan sus anhelos de saber. En los dos mundos que se le abren por delante, el de la Sensación y el de la Idea, busca Edgar las soluciones definitivas, la conciliación del hombre con el universo. En la mujer busca en vano el reflejo de la Eternidad; en la ciencia la explicación del misterio en que nos debatimos. "Edgar — ha escrito un crítico — es nuestra propia alma contemporánea, sedienta de certidumbres, a la vez que decepcionada de los dogmas y las fórmulas; envuelta en el inextricable ovillo de las contradicciones que se crea a sí misma; ya dando tumbos a través de las afirmaciones y las negaciones, sin norte y sin brújula, ya empantañada en la duda sin esperanza. Su maestro, el doctor Flamingt, se lo dice: "Usted es irrealizable en sus pensamientos y en sus deseos... Su mal está en esa exagerada espiritualidad. Usted supera la ambición mitológica de Luzbel: le espera el infierno de esa sed imposible..."

De los personajes de TODA LA SED volvemos a encontrar en LAS ALMAS a las principales figuras femeninas. Ante todo Vilma, hermana del protagonista, en la cual éste ha de hallar por fin la Mujer tanto tiempo buscada; luego Aranka, creída la mujer ideal, soñada largos años, ardientemente deseada, y rechazada en TODA LA SED en el instante supremo, pues Edgar encuentra en ella una mujer como las demás, que se defiende y se entrega a la sorpresa de los instintos, sin sobreponerse a ellos; y por fin Nelia, la hija del doctor Flamingt, extraña creación de la fantasía del autor, mujer a quien el padre, haciendo sobre ella un terrible experimento, ha — ¿cómo decirlo? — desfeminizado, convirtiéndola en pura inteligencia, pero arrancándole con el sexo el alma. Una figura secundaria de mujer juega cierto papel en los primeros capítulos de LAS ALMAS: la de Lea, leona enamorada que temerosa de que Aranka Ordely, ahora viuda, le robe a su amante el vizconde de Teles, envenena a su esposo el caballero de Pecs. Otra figura que reaparece: la de Alda, la joven campesina que fué de Edgar en un día de sol, al pasar, y que de él ha tenido un hijo. De los hombres que desfilan por LAS ALMAS la mayoría son comparsas: sólo Edgar, el doctor Flamingt, y Lucas Hermoening, médico, colega

de Edgar, simpático tipo de paradojista impenitente, juegan en la obra un papel importante; los demás son pretextos para el desarrollo de la acción y la trama del diálogo, procedimiento de que se vale con preferencia el autor para la exposición de sus ideas.

Al iniciarse la novela, Edgar está de vuelta en su castillo de Noormy, después de una agitada existencia en Budapest, donde se doctorara en medicina, existencia que remató trágicamente el suicidio de una de sus amantes, Alicia, que se mata al final de TODA LA SED, para no sufrir la inevitable desilusión del abandono. Los padres de Edgar han muerto; en el castillo sólo viven él, su hermana Vilma, el doctor Flamingt y su hija Nelia. Se abre LAS ALMAS con un diálogo entre Edgar y Vilma.

En el silencio

— Es preciso, Vilma, que no pienses que puedo negarte cosa alguna; pero así como el capellán no me interesa absolutamente, el organista, sí. A su manera, el padre Miecio es un fervoroso artista y eso le disculpa de no ser un irreprochable presbítero. ¿Estando ya obligados a economizar en tales extremos?

— Poco se apura por la respetabilidad de su sacerdocio, — alegó mi hermana. — Me disgusta que la capilla sea lugar para pasatiempos profanos y triviales... no porque sea templo, sino porque es sepulcro. Anda por ella como un labriego por su huerta y... canta óperas y coplas. ¡Es tan joven!...

Continuó con los ojos a medio abrir vigilando, desde la incalculable lejanía de sus ideas, los aparatos que atestaban la sala. Por primera vez había subido a los laboratorios. Tantas raras formas, rígidas, angulosas, de bruñido metal, la inquietaban enigmáticamente. Le dije, distraído en cargar un acumulador eléctrico:

— Si vinieses todos los días, tal vez llegásemos a capturar las energías de las combustiones... Pero, querida, el ser joven no es cargo, no es un crimen. Alguien ha de hacer ruido; cuanto más, mejor. Al paso que vamos pronto quedaremos solos, sin jóvenes y sin viejos. El ruido es una afirmación; las necesitamos... aunque la capilla no deba servir para ello, admitido. Observa el "vivi-radiómetro"... Indica que una persona o un ani-

mal grande acaba de entrar en la torre. Es una de las invenciones de Nelia. ¡Te diré! ¡te diré!... la alegría del presbítero no puede hacernos daño. Anteayer le oí, hacia el fondo del parque, desatando sus sentimientos, abriendo la jaula a sus pájaros. ¿No canta bien?... Y Noormy ¿qué es, Vilma? ¡Una factoría del Limbo! Todos hemos perdido la palabra. ¿No oyes como las arenas ruedan aquí con la petulancia de peñascones? ¿Qué cosa es el júbilo?... Bien lo ves: Janos, Sarolta, Martón, Mikós, ¿no andan por un lado y otro como penitentes, sin valor para pedir que les despidan?...

— Pueden irse cuando quieran, Edgar.

— Sin duda, podrían irse... Pero el padre Miecio ¿no es la excepción? ¿no es el único que se halla en el castillo como un gorrión en un granero? Es un recurso posible. El doctor y Nelia tienen sus asuntos en el Sol, en Neptuno, en fuertes frascos esmerilados... ¿a quién pedirle un bombazo de aire cuando haga falta? Yo... me acabo, apenas existo...

— Sí, ¡eso hay! ¡apenas existes!

— Los tragaluces se han ensanchado un poco; ¡la cárcel es la misma! Discúlpame; tú has venido por algo más que por las coplas...

— Esa cárcel... ¿lo dices seriamente? — me preguntó con respiración forzada, velándose más en su refulgencia de esfinge bañada de sol.

— Nada sería decirlo... lo que consume es tenerlo.

— ¡Ah! ¿te consume tu casa?

— Querida, he acabado, aquí, de bajar a mi pozo. El silencio hizo madurar un desastre. Estoy viviendo ahora por debajo de las lombrices de tierra.

— Señor, "Lais" está ensillada, — nos interrumpió Mikós. — ¿Hay que traerla?

— No, yo iré, — respondí. — ¿Pusiste un buen almuerzo?

— Creo que es bueno, señor.

Sólo esperó Vilma que el criado se fuese para encararse conmigo, melancólica, enérgica:

— Eso es: vives en tu pozo... ¿qué calor llega ahí? Nuestra casa está impregnada de misantropías... la van comiendo los siglos y el sarro de las teorizaciones. Te has enroscado al manzanillo de los sabios y únicamente tienen voz estas máquinas y los libros que consultas... ¡Oh! ¡quiero que vivas! ¡yo!... ¡yo quiero!

La ternura de su firmeza me hizo sonreír. Añadió:

— ¡Cuando un fruto ha madurado, se descuelga y se abre!...

— Algo he proyectado, querida. Empezaré un largo viaje. Tenía que comunicártelo.

— ¡Un largo viaje!... — repitió trabajosamente.

— Asia... Deseo recorrerla. Allá han quedado todavía investigadores incansables, hundidos en las minas de la Metafísica... necesito iniciaciones para sostenerme. De otro modo me destrozaré contra los hechos, porque no aceptaré ya ninguno si no puedo saber en qué y para qué me toca.

— Pero, Edgar, ese intento ¿no es una aberración?...

— ¡Así será, Vilma!... Muchas realidades brutales, incomprensibles, llovieron sobre mí. Debajo de ellas ¡no me salvaré!

Se sentó. Una especie de gasa cárdena se sobrepuso a su palidez habitual. Murmuró:

— ¡Qué ignorante soy! ¿Piensas ir más arriba del dolor?

— Más arriba de la fatalidad.

— ¿Cuál?...

— Querida, actualmente aguanto la inundación como un grillo: quizás podré después verla como una garza. Lo mejor será no esperar más.

No se movió, concentrándose en un esfuerzo por adivinar todo. Me sentí conmovido por la profunda tensión de su espíritu, que pugnaba por fundir en el ensimismamiento el vidrio de las clarividencias... Su tocado era poco gracioso. El pelo, negrísimo y abundante, se ceñía a la cabeza como un grueso capacete desairado, formando desde la nuca dos trenzas caídas... ¡sencillez conventual! El luto exageraba el calor desvanecido de la cara y las manos. En seguida, agregué:

— No te preocupes demasiado. He tenido muy feas peripecias... Volví para reposarme y...

— Y... — me miró muy inquieta.

— Un miedo... ¡miedo de no sé qué! me corre también a mí.

— ¡Miedo, tú! ¡imposible!

— Querida, un destino malo me acompaña. Todo se me escurre de las manos... Vine para colgarme del cuello de mamá y no la encontré; venía contando los besos que le daría en las sienes y ella se había ido ya del mundo hacía dos meses... Estoy habituado a todo lo peor; pero sigo aún tirado de espaldas en los besos que no pude dar en las sienes... y no me incorporo.

— Pero... ¡ella está aquí! — rebatió, a punto de llorar.

— ¡Más muertas hay!... — me quejé, irreflexivamente.— ¡Tal vez lo que amo muere cuando más le amo!

— ¡Qué pesimismo!

— Querida, lo cierto es que mi cabeza está pidiéndole en balde truenos al espacio... En la quietud en que vivo, yo mismo estoy haciendo blancos terribles en mi frente, con muchas piedras a un tiempo. Si esto continuase...

— ¿Por eso quieres viajar?...

— En gran parte, por eso.

— Hay, pues, otras causas...

— Indeterminadas, Vilma. Aprensiones funestas...

— ¿Para quién funestas, Edgar?

— ¡Oh! te confieso que para mí todo es desconocido... El vaticinio más razonable se me da vuelta; la intención más firme me hace ir a chocar con el vacío. Parece que, en efecto, he sido parido por un cráter lunar y que el Caos fué mi padre.

— ¡Si mamá pudiese oírte!...

— Más doloroso le sería verme.

— ¿Verte?...

— Por dentro... verme en mis noches... ver cuántos cadáveres llevo en mi pozo.

Contempló sombríamente planos de motores clavados en la pared lisa; había exceso de intensidad en su juventud. Las fermentaciones de una sangre activa asomaban fugitivamente a las mejillas y el leve movimiento de los labios encantaba, con un color rojo y fresco que parecía lanzado desde los dientes. Los ojos eran como dos misteriosos faros intermitentes que se apagaban después de emitir raudales fúlgidos. Hermosa y grave, hacía descollar en torno de ella la belleza de las meditaciones virginales y tórridas, imágenes imponderables que caían y se levantaban del fondo de los deseos con un antifaz de desmayo.

— ¡Ay, mamá! ¡cuánta responsabilidad!... — dijo con tristeza.

— Hermanita, no me aturdas.

— ¡Qué sola estoy y qué poco valgo para detenerte!

Hubo entre los dos una ansiosa mirada, el atirantamiento de una fibra común que sonó dulcemente. Me dijo:

— Desde que llegué, mamá no habló más que de ti. ¿En dónde estabas? ¿por qué tu destierro? ¿habrías muerto?... Todas sus

quejas y sus advertencias las tengo en el corazón. ¡Qué deprisa se fué! ¿Cómo avisarte? Se moría y te llamaba a ti... ¿Para qué estaba yo a su lado? para recoger esas órdenes que no se redactan, peticiones que no se dicen, pero que están en las palabras sueltas, en la angustia de las últimas cosas que se piensan y que se acarician... ¿Qué me pedía?... que te ayudase a reconciliarte con tu casa. ¡Nada hice!... ¡y otra vez vas a marcharte!

— Vilma... no me tortures... no merezco esas preocupaciones.

— Entonces, Edgar, será que yo merezco la responsabilidad de que todo junto se venga abajo... ¿Huyes de mí?... ¡Dios mío! ¡no puede ser cierto!

— ¡Oh! hermanita... ¿es posible que te se ocurra eso?

Paseó una mirada rencorosa por los estantes y se levantó, encorvada, recubriendo con una risa dentelleada lo que dijo:

— ¡Edgar, quiero que vivas! Cierra esta torre. Mura las puertas, hasta los tragaluces. Quema tus libros; no escribas una línea más. Aprende a llorar y a reír. ¿Has llegado a una altura?... ¡arrójate a la vida desde arriba! Tienes que reanudarte en tus hijos... ¿Es razonable que te pongas a barajar con lo desconocido del porvenir? ¡Ah! ¿soy, pues, tan insignificante que deba permanecer como un punto perdido en el mundo?...

— Eres muy fuerte, Vilma... por tal te tengo.

— ¡Fuerte!... Torvos somos. ¿Qué sobrevendrá si le damos la espalda al abultadísimo pasado de nuestro solar? No te vayas; quiero que no te vayas... ¿Qué podrás encontrar en Asia? Inútilmente le escaparías a tu sombra... ¿Reniegas de nosotros? ¿cuál es nuestro crimen? ¿no sale aquí todos los días el sol de nuestra infancia?

— ¡Calla, Vilma!... — le rogué, echándome de codos en la mesa. — Me sucede que no veo más que mi sufrimiento. Soy hijo y hermano expulsado de mi propio ser por los fantasmas de mi calabozo... se ha formado en mí un tipo incrustado en la desesperación de tres años mortales... y si se desploma nuestra casa ¡creo que me echaré a reír! Ya ves que es preciso que me cure. Quiero curarme de sentir como siento... porque mis sentimientos continúan condensando la desgracia: una contrariedad más, me hallaría en estado de no resistirla.

— ¡Sé mi hermano!... Dame lo que te sobre de tus sentimientos... Soy yo quien está necesitada de sufrir; pero ¡no desertes! Volveremos a jugar a los gigantes... construiremos

preciosas carrozas de papel... pondremos en pie todos los añicos de las almenas... buscaremos viejas empuñaduras de sables en los fosos... haremos arcos y flechas de fresno para matar dragones...

— ¡Me quedaré, Vilma!... — le dije, viéndome revivir con ese chorro de recuerdos melosos — Pero...

— ¡Nada más, Edgar!... ¿Ibas a cazar? ¡Ve! ¡ve! hace seis meses que no sales... Mi yegua es valiente, ¿adónde la llevas?

— A Tahor, — traté de sonreírle.

— ¡Es muy lejos, Tahor! Si Aranka y Orima vinieran... Estuvieron a los funerales.

Bajamos. Yo llevaba la impresión de ir vestido con las telarañas de nuestros desvanes. Tomamos por una calle de frutales el rumbo del patio principal del castillo. El sol de la mañana era malo, sol de mareo y de deprimida embriaguez, ligero y traidor como alcohol. Débilmente llegaban hasta allí voces del órgano de la capilla.

— ¿Qué toca el capellán? — me preguntó Vilma.

— Espera, a ver... Es del "Fausto", de Gounod... la serenata de Mefistófeles.

— Edgar, deseo para mí la capilla.

— Sí, hermanita, sí. ¿Estaba simplemente en eso tu pleito con el presbítero?

— Simplemente. Por lo demás, es un buen hombre.

— Le conformaremos. Compraré para él un armonium y podrá tocar y cantar a su gusto en cualquier torreón. Quien se esconde a veinte varas, sin dificultad descenderá a veintiuna.

— ¿Me reprendes?...

— Querida, acaba de nacer en mí una intranquilidad.

— ¿Puedo conocerla?

— Vilma, ¿intentarías ser una alma desdoblada de la mía?

— Habla, — contestó apoyándose pesadamente en mi brazo.

— ¿Qué clase de aversión te inspiran las arias y cantatas del padre Miccio?

— Puesto que yo tendré ahora las llaves de la capilla, ninguna aversión.

— ¡Ah!... ¡muy bien! ¡comprendido!

— ¿Qué creíste?

— Otra cosa. El arruinado castillo de Noormy tendrá una virtud, que tú le concedes también: seguirá siendo el hogar de las vidas espontáneas...

— ¿Has supuesto que yo era una represa?

— Querida, sé que las almas pasan por muchos desfiladeros y por miles de tempestades: hay que permitirles desahogo. Cada estado sensible es un hecho interior que tiene necesariamente su voz particular; aunque se le pusiesen mordazas, no por ello dejarían de gritar adentro con su timbre ahogado y verdadero; y ¿acaso el infinito escoge para sí las romanzas del bosque?

— Recoge todo, — sonrió. — Los mugidos van a donde van las romanzas. ¿Has querido decirme que quien reúne muchas voces reúne también muchos seres o muchos hechos? . . .

— Sí, justamente eso. Además, confieso que por muchas razones, mis sentimientos de hombre simpatizan más con las voces de víctimas que parecen blasfemar, que con las voces de los agraciados que parecen bendecir.

Me despidió en el portón, con su semblante altivo y de blancas mejillas monacales, que trataba de enseñarme a reír . . .

Humo de sacrificio

En el camino real "Lais" afirmó su trote, desenvuelto como vuelo de golondrina: recorrería las ocho leguas en menos de cuatro horas. Volví a sentir la traidora caricia de aquel sol de fiebres y navajazos, que pudría los rastrojos y descomponía el cerebro, levantando del campo vapores sepulcrales. El paisaje deshojado tenía perspectivas quebradizas que no dejaban mirar con fijeza. La brisa danzaba con las imágenes escamoteadas por la refracción; la tierra rodaba y se transformaba como una playa cambiante. De igual manera mi mente se partía en trozos dentro de la esfera caótica de mis reveses. El espíritu seguía desencajado; todo lo que había sido ambición, amor, desinterés, anhelo de verdad, se quejaba de sus dolorosas descoyunturas, y en un terrible caldo denso y fluido como plomo derretido las visiones del futuro bailaban en continuo escamoteo, sin fijeza, agigantadas o disueltas por una brujería interna sin posible gobierno. Aranka era el espejismo de un puerto. A la grupa venía Alicia, ¡siempre Alicia! . . . sombra hipnotizante y esplendorosa que me recocía sin salir de su espejo fúnebre.

¡ Mis veinticinco años! . . . No tenía más. Pero, ¿desde cuántos

siglos sufría? ¿Por qué todas mis posturas me hacían gemir? Salfía de mi casa echado por la impasibilidad de sus días sangrosos, por la congoja de sus noches vaciadas. Mi madre faltaba... ¿cómo había yo aguantado la calma feroz del castillo? A raíz de la muerte de Alicia fui acometido por necesidades desesperadas de ruido batallante; había galopado por Europa como un endemoniado, líquidando mi salud en bacanales violentas, peyorando en los ateneos, apuntando a los sabios con el florete glacial del automatismo viviente, siempre entre la falsa fortuna de la celebridad y las sugerencias apaciguadoras del pistoletazo... Y para acabar ese ciclo de dolor pestilente, me había refugiado en Nooriny, claustro enemigo donde los escombros y los recuerdos me recibieron con reflejos muertos. El alma tuvo allí que sepultarse en la tiniebla de su propia caverna; y Alicia, magnificada, amada sobre todas las cosas del pasado y del porvenir, revelada en su minuto de sangre, intangible, deseada, santificada, relleno la tiniebla de suprema abnegación, surgió de todos los huecos como sublime deidad que se descubre después del ultraje, amorosa, sumisa e ¡imposible!... Suplicio tal ¿con qué aliviarlo? La claridad póstuma de ese amor la iluminaba a ella en su gloria y a mí en el infierno. El error y la catástrofe ¿habían sido voluntarios?

¡Sol de cenizas!... ¿Bastaría infamarlo para librarse de él? Iba a eso, secretamente: necesario es cauterizar la úlcera o dejarse devorar; la cicatriz no ladraría como la desolladura.

A las dos de la tarde, habiendo terminado sobre la silla mi almuerzo a estilo de oficial en misión de guerra, pasaba al camino vecinal de Tabor, donde se alineaban algunas chozas de agricultores pobres. Un poco más lejos la vía tomaba aspecto de calle aldeana, salpicada de estercoleros y obstruída por carros en descanso. "Lais" cerraba su jornada con un trote orgulloso y casi epiléptico. En un prado cercano ya a la casa de los Ordely, mitad castillo y mitad granja, un mozo de labranzas que abría canales se incorporó impertinente para juzgar del animal y el jinete, mirándonos con el sosiego de un hombre que quiere malgastar el tiempo.

— ¿Está en Tabor la señora? — le pregunté.

— Ha salido en el coche, me parece que para Pecs.

Soltó la azada y se dió la importancia de interrogar:

— ¿Es usted, acaso, el señor escribano que están esperando en

la casa-torre?... ¡Hem! el hombre ya no está para testamentos, se sabe.

—¿Queda muy distante la casa-torre?... Vengo de Noormy.

—¡Santo fuerte! creo que es el señor de allá...

—Sí, amigo.

Corrió diligentemente y se ofreció para acompañarme, haciendo buen gasto de cortesías rústicas y apoderándose de la brida como de una honorífica insignia. Desmonté.

—Mejor, si me engañaron los ojos... — iba diciéndome; — pero lo que es los amitos, sí están, y la gobernanta.

—¿Sale con frecuencia tu ama?

—Desde que el caballero va de mal en peor, mi señora pasa muchas veces el día y la noche en la casa-torre. ¡Vaya! hay tan poco que hacer aquí... El capataz subirá en cuatro trancos para que arriba sepan; por la leñera andará, preparando los alambiques. ¡Mal aguardiente sacaremos! Se sabe. ¿No ha llovido todo Agosto?

—El señor de Pecs ¿está muy grave?

—Da trabajo, da trabajo. ¡Siempre con los espíritus del otro mundo!... No es para creer que dure y que le aguanten así. Y la casa ¿cómo marcha?... peor, se sabe, marcha peor, que cuando los trasgos se meten entre la gente no es para buen negocio, ¡sabido!

—¿Trasgos?...

—Trasgos por arrobas, señor barón, ni más ni menos. ¡Qué tranquilos viven sus excelencias allá! ¡natural! El señor *Flamín* tiene los ácidos... y Eudimida le tiembla como a la santa cruz. ¡Un hisopazo de ácido de escorpión y asunto acabado! Se sabe. Pero aquí y en la casa-torre y en Eryoly estamos a lo que venga... que ni el párroco es hombre de alforjas para esos trances.

—¿Qué trances hubo?

—¡Uf! ¿quién los cuenta? Añí está el cabrero de Tahor, mudo de la noche a la mañana... ¡santo inmortal! Y gracias que no tenemos hasta ahora pestes en el ganado como en Pecs hay, sobre todo el flato... que allá se ve quedar a las vacas en los huesos y sucesivamente. Con permiso de su señoría... ya estamos. ¿Habrá que darle a la yegua una chapuzada?... ¡Vamos, adentro, rosa, vamos!... ¡Eh, Isaslas! ven, hombre, que está aquí el señor barón de la baronesa Ilata, que en paz descansa... ¡ven pronto!

Se ocupó inmediatamente en desensillar, comunicando a "Lais" otras razones no menos originales y divertidas.

Me arrinconé en un extremo del patio, empedrado con canto rodado, cerca de la empalizada que lo dividía del corral. La fatiga me doblaba las piernas. Los gansos y los pavos me obligaron a oír el alboroto de su extrañeza. Se veía al fondo la huerta y a la izquierda el prado; entre una y otro, tupidas mimbreras señalaban el zanjón de desagüe. En la noria un asno proseguía su caminar esclavo con la paciencia de un filósofo. ¡Rara calma campestre! Me encontré allí fuera de tiempo y lugar, casi desconcertado por los graznidos que blandían su lenguaje animal contra el intruso, como si el difunto Ordely los azuzase... Nítidamente, mi memoria proyectó en la tela cristalina del teatro mental la forma de Aranka, tal como ella se me había aparecido en Noormy, joven, señorial, prestigiada, intimidante, inabordable... Un salto de seis años... ¡cuántos sueños hervidores entre esas orillas!... y volví a verla, sorprendida y desnuda, en el apogeo crepuscular de la madurez, espléndida ante el ataque que desmoronaba, en los instintos enervados por el abrazo, las almenas de la virtud sopladadas en barriada por el deseo... Se me subió a la cara el calor humillante de mi impotencia física delante de la nacarada carne que se acostaba ya... y el fantasma del señor de Tahor me contempló con ventaja en esa turbación. ¡Buen caballero arisco y malhumorado!... Comprendí a aquel marido picado por la indiferencia sexual de la hermosa Aranka, soberbio y herido, escupiendo reniegos a solas, huraño y desdeñoso a la vista de su petrificada venus. Me saludó la silueta hosca, desde un caballón de hortalizas:

"—¡Hola! alcachofas, tomates, acelgas... ¡empinaos! He ahí al barón Edgar de Noormy, que heroicamente viene a visitaros y a honrar mi gallinero... Pase usted adelante; adelante... ésta es su casa. No creeré que haya hecho a caballo las ocho leguas por el pésimo gusto de oler a mi mujer... usted es demasiado experto para ello ¡mil centellas! y mi mujer no vale tal viaje ¡tripas de caimanes!... Mire usted bien estos repollos y las coliflores, raquíuticos como mis hijos; cuando yo los cuido, les doy todo... ¡cabezas de cachalotes! ¿qué les falta? Una savia más caliente, una maravilla desconocida... ¡trizas de vírgenes! ¿Trae usted, barón, esa maravilla de que yo no dispongo? Vaya usted, suba, mi mujer puede necesitarle. Yo vivo admirablemente sin

mi esposa, sin amigos y aun sin coliflores. Vaya usted, suba... ¡hocicos de puercos!..."

Me complacía clavándome por mi mano las puntas ortigosas de esa ironía. El mozo trajinaba en la cuadra, preparándose para cepillar a "Lais". Un impulso honrado me decidió a no llevar la excursión más adelante. Le dije que diera a "Lais" una ración doble de maíz y afrecho, pues a las cinco regresaría a casa, y reanudé la divagación agreste...

— ¡No podrá ser, irse a las cinco, ni a las ocho!...

Esa grave protesta fué formulada por un hombre que salió de una tronera y cayó a mi lado, pausado, jerárquico, agradablemente llano. Sin duda era Isaslas.

— Soy su criado para todo, señor barón, — se encorvó. — El buen caballo requiere el buen trato.

— Tiene sangre para más, — me hice el encomiástico.

Isaslas era el hombre de confianza de Tahor, según se echaba de ver por su desenvoltura. Recalcó que yo necesitaba descansar y comer, invitándome a subir.

— Nuestra ama no vendrá hasta mañana, — continuó; — pero el señor Kristian y la señorita van a recibirle con mucho gusto. En la casa-torre hay ocupación para todos, algunos días. Mucha tristeza es de tan buen vecino; no hay quien le salve.

El mozo sacó la cabeza para asegurarse de ser escuchado:

— No hay quien le salve, porque no le dan jugo de pasionarias, ni hojas de trébol del Líbano, para el mal de ojo.

Isaslas le miró compasivamente, con la autoridad de un caudillo obligado a no ignorar cosa alguna.

— Es un inocente, — me dijo, — de los que duermen con siete escapularios... Lo que tiene el caballero es "el linfático"; y es claro que con más agua que sangre en el cuerpo hasta los santos de las paredes han de parecerle brujas... Entonces le vienen los ataques, "el histérico", y todo el mundo se echa a correr y a chillar de oírle.

— Es la bola de sapos, Isaslas; el mismo paciente lo dice — se ofendió el mozo, que atravesaba el patio con dos baldes vacíos. — La bola se le sube a la boca y se le vuelve al estómago y no sale ni por dios ni por el demonio... ¡Y le "subministran" pócinmas de las boticas, cuando tanto bien le podía hacer una cruz de cera bendita en la boca del estómago!

— ¿Qué vecinos tiene el caballero? — pregunté a Isaslas.

— Más cerca está el caballero Elgeinwary, en su señorío de Eryoly, — me informó. — El señor de Eryoly es el mayor amigo del señor de Pecs. Para este lado, está Tahor. De la parte del bosque el señor vizconde.

— ¿Un nuevo vecino? ¿es, por ventura, el vizconde de Teles?

— Eso es, el vizconde Aladar. Y... señor barón, no somos de hierro... Su excelencia debe sentarse y oír a nuestra señorita, que toca el piano como una profesora de Budapest...

Esa vecindad inesperada del vizconde de Teles me molestó bastante. ¿Qué atracción había logrado afincarle por allí y reducir el círculo de sus empresas libertinas? ¿la viuda de Ordely o la mujer de Pecs?... Tal vez las dos. Se me ocurrió proponer:

— Iría hasta la casa-torre si tuviera caballo.

— Uno tenemos, — condescendió Isaslas francamente; — pero es una temeridad hacer más camino, es una temeridad... Se le pondría la montura que trajo su excelencia.

— Con permiso, — fué a plantársenos el mozo, dejando en el suelo los baldes, uno con maíz y otro con agua. — Lo digo para que todos lo sepan; se me ha pasado el miedo... Eudimida le echó al señor de la casa-torre la maldición grande. ¡Eso es lo que pasa! Y el caballero no ve lo que mira y viceversa lo que oye, igualmente que el vinatero de Eryoly no ve los huevos fritos... ¡Eso es lo que hay! ¡Sabido!

— ¿Qué huevos fritos, hombre? — rió Isaslas superiormente.

— ¿Ves que no sabes ni zeta de las cosas?... El vinatero, que no es un hombre de buenas entrañas, bien le conoces... se encontró con Eudimida cerca del cementerio, y le dice, a caballo en el mulo: “¡Que te vuelvas culebra, harpía!”... ¿Sí? ¡buena la hizo! A la noche, cuando el vinatero cenaba, tuvo antojo de comer cuatro huevos fritos, y su linda mujer se los puso en el mantel, doraditos en la grasa de cerdo... ¡Dios nos proteja! El vinatero reventó una yema, y... ¡cuatro culebras negras en el plato! ¡Isaslas, cuatro culebras!...

— ¡Patrañas! — murmuró el capataz casi espeluznado. — ¡Anda, anda, ensilla al “Negro”, que el señor barón quiere llegarse hasta Pecs!... ¡Tragarías un seminario!...

El mozo, triunfante, volvió a cargar con los baldes, pero aun dijo:

— ¡Patrañas! ¡bueno! ¡bueno!... ¿Y cómo es que al caballero se le murieron en quince días sus caballos y su perro grande de

San Bernardo? ¿Cómo es que en la casa-torre hubo por tres veces incendio a la medianoche?... ¡Que no hay hechicería! ¡Sabido!

Dos elegantes jóvenes penetraron por la portada exterior. Supe que fuesen Kristian y Orima. Resueltamente cruzaron el patio; ella, sonriente, encendida, con la gracia impresionable y transportada de los catorce años; él, correcto y grave, con la confianza de un niño que quiere ser hombre. Según mis cálculos, Orima estaba ya por los diez y siete años y Kristian por los veintiuno... ¡Qué triste rastro de anemia ofrecían!

— ¡Era verdad, era verdad!... — se alborozó Orima dándome la mano. — Kristian no quería creerme.

— Pero quería verle, — aclaró él con noble cordialidad de antiguo amigo. — ¿Para cuántos días ha venido?

— Trataba de sorprenderles al llegar de Pecs... — me disculpé, mirando la cabeza de Orima, inclinada como las peonías. — ¿Me perdonarán que no haya subido inmediatamente?

— Usted hizo demasiado al venir, — me contestó ella, apoyándose en su hermano para sonreír mejor.

— También he de ir yo a Noormy, a caballo... — dijo Kristina, cuyos ojos brillaron al pensamiento de tal proeza. — Ahora, haremos avisar a mamá para que usted se ahorre otro viaje. ¡Se enfermaría! Si hubiera quedado aquí la calesa, yo le llevaría a Pecs en media hora.

— No me enfermaré por tan poco, Kristian.

— ¡Ah! si ya lo está... de una legua se ve. ¿Qué le han... — empezó preguntando no sé qué Orima.

Uno de esos ahogos de la pubertad prematura o de la feminidad retardada la cubrió de confusión. Me apresuré a aplomarla:

— Días buenos para mí, como el de hoy, no abundan... pero usted, Orima, hace desear la poesía de las almas enfermas. ¿Hay más de quince kilómetros a la casa-torre?

— Doce, — respondió Kristian.

— ¡Hora y media!... — medí, considerando la estampa del caballo.

Con algún sentimiento me separé de los dos hermanos, bellos y quebrantados en la dulce edad en que, sin estar enamorados de nada, se ama de más... Prometí detenerme al regresar, y momentos después avancé por el camino más detestable del planeta, entre campos yermos. Pronto, mis ideas acentuaron la fealdad

y el desabrimiento del lugar. La tristeza se embalsaba otra vez, profunda y amarga como un océano. La protesta volvía a rugir encerrada en su muralla. Los accidentes desaparecían en el limo de la esterilidad y, como en una gran arruga de mortaja, iba alisando y corrigiendo la ilusión de una Aranka eternamente esquiua y hermosa, que me enajenase gloriosamente o me despeñara de un golpe, haciendo un instante trepidar el firmamento.

— ¡Vizconde! ¡Espéreme!... ¡Vizconde!

Una gruesa voz de gigante era la que gritaba... cuerdas fragorosas. de que la naturaleza había dotado a Elgeinwary en compensación de su fealdad complicadísima. Llegaba al galope por un desvío y esperé.

— ¡Pistones, tiro errado! Usted me dispensará.

— No tengo por qué, caballero Elgeinwary.

— ¡Oh! ¿sabe usted quién soy? Sin embargo... ¡culatas! Usted es el pequeño Noormy...

Los mansos caballos no pusieron entorpecimiento al abrazo, manifestación calurosa que al señor de Eryoly le pareció de rigor. Había ganado en volumen, en rubicundez y en carnosidades colgantes de viejo ogro; pero todo él cloqueaba jovialmente.

— ¡Diez años... once!... ¡cartuchos! bien vuela el tiempo... Ya sabíamos que estaba usted de vuelta, eso es, la noticia ha corrido... Usted ya vale por dos hombres, cuando entonces... ¡el pequeño Noormy!... Y la pobre baronesa ¡quién pensaría que iba a tomarme la delantera! ¿Va usted a casa de Ricardo?

— Sí.

— En marcha, barón; allá me voy también; yo voy todos los días. ¡La entrega esta vez, la entrega! Sigue la brújula de aquel malogrado Pach, que nos ha dejado la peste elegante de los fantasmas. ¡Carabinas! ¡peste de fantasmas!... En Budapest ¿ha visto usted a nuestro Rey?

— Ninguna vez en Budapest, pero sí en Viena. Creo que el emperador de los austriacos ama lo menos que se pueda a los húngaros.

— No ama más a los unos que a los otros, barón, créame a mí. ¡Es la mona! A mí me ha ido siempre tal cual dejándole al gobierno toda la política... Es nuestro mísero Ricardo quien me trae mal. Y con ojo hay que andar ¡baquetas! pues si el contagio corre por el bello sexo no va a ser fácil reír en el Banat. ¿Qué nuevas nos trae del barón Guyla y de aquel suspirante y campanudo folletinista, que se llamaba, se llamaba...

— ¿Aranios? Es millonario y académico. Se ha casado con una dama de altos méritos, Leanka Tisza.

— ¡No se pasarían sin casarse!... ¿Quién les mete a cosecheros de desazones?... En suma, es él... y él se las arreglará según su ciencia y paciencia. Pero aplaudo al prudente Majoros, ya recordará usted, el médico de Temesvár, de negra barba apostólica... Pues bien: ése no ha querido poner la cabeza a la mala siembra y tan soltero sigue como Diógenes. ¡Así hubiesen hecho Pach y Pecs!... ¡dos angelotes del seráfico cielo, tronchados en la trampa, rebanados en el paraíso conyugal!... ¡buen paraíso nos dé Dios! Y lo repito ¡bombardas!... hay que abrir tales ojos como quesos, que nada somos si nos atrapa un fantasma y los diablos amatorios se cuelan hasta en nuestras zapatillas... ¡Ji! ¡ji! ¡Hordas de Belcebú!...

— ¿Se vive, pues, con la monomanía de los fantasmas?

— Se vive como se puede, querido barón, y se muere lo mismo que en la China, poco más o menos. A las enfermedades cualquier nombre les cae cadavéricamente cuando no hay modo de escaparles. El que lleva su pasaporte refrendado por la viruela negra no va mejor ni peor que quien se hizo firmar sus credenciales por la aprensión o los duendes. Solamente que en el caso de Ricardo ¡escopetas! hay gato gordo, hay gato cebado... y juro por todos los polvorines imperiales que yo habría de hacer cuatro o cinco barrabasadas antes de que me colgaran de un duende.

— Explíqueme usted, Elgeinwary...

— ¿Yo? ¿yo?... Vea usted, barón: más de cien cosas que me incumben las desconozco y otras tantas las ignoro; me portaría como un mamoncillo si por ello me fuese a derramar lágrimas detrás de las peñas. ¿Sé si ahora mismo un bellaco cualquiera está mojando mi cartuchera? Gracias a mi padre, soy de los que abren las sábanas sin meter la nariz debajo del colchón ni hurgar peligrosamente en los grandes baúles. Milagros hay, y calamidades, que lo mejor es que pasen y nos encuentren con la vista empañada y en la paz del justo... Y no hay cosa peor que escarbar bombas con alfileres, o atufarse cuando está helando, o resoplarse el rescoldo con los ojos abiertos.

— El vizconde... ¿Son ustedes buenos amigos?...

— Sin duda... ¿Por qué lo pregunta? El vizconde es ave de vuelo ¡gatillos!... excelente bebedor... y se puede ir con él a ojos cerrados a la montería. ¿Más datos? no los tengo. Va y vie-

ne; está o no está. Compró en el valle las tierras del usurero Petofi. Llega con la primavera; con el otoño se marcha. Esta vez... no se marcha. ¿A causa de Ricardo?... lo sabrá su coletito. A pique le veo de quedarse a la sombra de las tejas de Tahor. ¡Ojalá acabe todo bien, porque necesitados andamos de un jolgorio con catorce mil pares de cencerros!

— ¿Se entienden, según eso?...

— ¿Quiénes, barón?

— El vizconde y Aranka.

— ¡Se entienden! ¡se entienden!... a fe que no lo afirmo. Teles es gallo duro y embaucador irresistible ¿estamos, barón? ¡irresistible! No es el hijo de mi padre quien le dejaría un minuto con Eufrosina ¡mostacilla!... importa poco que mi mujer ya no tenga dientes. ¡Si evitas el cerco, evitarás la rendición! Soy perro que conoce la pieza ¡ji! ¡ji!... y al vizconde capaz le creo de asaltar a una ballena del mar. ¡Tambores! la viuda tiene todavía rico jamón ¡vaya si lo tiene! No será cosa de leyenda que Aladar rinda el arma yendo al tufillo casto del ayuno. Estaríamos de carnestolendas ¡ji! ¡ji! ¡ji!... y habría bailes nocturnos, pernadas providenciales, bicocas adorables... ¡Pobre Ricardo si ha de oír el tamboril desde los terrones!

— En todo ello sólo veo — le dije sin saber por donde pincharle, pues se escurría siempre — que usted siente gran afecto por el caballero y poca simpatía por el vizconde... Eso le enaltece, Elgeinwary.

— ¿Eh? ¿eh?... No diré lo contrario, no diré. A Teles le conocí en Noormy, usted sabe cuándo... Nunca le miré con ojos de cordero, porque es engatusador como él solo y nadie cabe en la comarca si hay carne que morder. ¡Es demasiado! Fué también allá, en el castillo, en donde el vizconde trabó amistad con Ricardo... ¡un mal asunto!

— Amistad con Lea... ¿por qué no decirlo?

— Con la mujer de Ricardo, exactamente. Y ya en Noormy hubo los fatídicos fantasmas y trapacerías mal tapadas... ¡Soy claro como el agua! Pero ¿qué me dice usted? ¡Entrométase, barón, en enredos ajenos y ya me contará cómo sale! Se lo confieso: he encontrado veinte veces por esos vericuetos y zanjas felices parejas que se aplicaban a cavar su agujero en el santo suelo... y las veinte veces he mirado a otra parte y no arrojé la piedra, porque Dios y el diablo protegen tales rosquillas y no

queda más recurso que eclipsarse echando vientos por las cejas. ¡Ah! ¡ah!... por allí descubro a ese tunante de Jellachichi; hace tres años que no paga una espiga. En Pecs nos veremos... llegaré casi al mismo tiempo...

El caballo de Elgeinwary, especie de dromedario de las estepas, se desbocó a la caza del deudor moroso galopando con el estruendo de un terremoto. Se divisaba ya un edificio de piedra herrumbrosa, con frentes almenados, de arquitectura pesada y robusta.

Sello de desgracia tenía la Casa-torre, solitaria y cenobítica. El portón entreabierto me echó a la cara un hálito frío, con emanaciones de caballeriza y de paredes sucias. Di dos fuertes aldabonazos con la serpiente de hierro y entré. El zaguán ofrecía aspecto militar de sala de armas, asolada. Llegué a un vestíbulo sombrío y subí una escalera ancha de nogal que me llevó al primer piso, a un recibimiento sin luz, largo, al que daban no menos de doce puertas. Venían hasta allí voces nasales de gente que hablaba en tono monjil, por compases alternos, con la contrición que ayuda a morir en el respeto rituario al genio malo de las dolencias, tono afectado que encubre las satisfacciones del codicilo y que es empujón fingiéndose rezo... Golpeé las manos...

— ¡Ay, señor!...

Era Lea. El susto hizo que, al abrir y verme, fuese a dar en el suelo una bandeja con porcelanas que traía. La esposa de Ricardo me miró desconcertada completamente.

— Edgar de Noormy — me inclinó saludando.

— ¿Edgar?... ¡Pase usted, venga!... ¡Qué buena sorpresa!...

Me tendió las dos manos, pero sospeché que la repentina animación del rostro era muy dudosa. Las tazas rotas atenuaban el efecto de esa mala impresión, pues hay que conceder algo siempre a las supersticiones. Me dejé conducir a una antesala de escasa claridad. Quiso que ocupara con ella un viejo sofá de baqueta, corto y bajo.

— ¡Cuántas víctimas habrá hecho en Budapest! — dijo, tributando esa vulgaridad a los encomios rurales. — Creí en las visiones... ¡Quién iba a pensar que usted vendría a Pecs! ¡uno de los hombres más interesantes de la época!...

— Me han inquietado las noticias que tengo del caballero... ¿es tan grave su estado?

— ¡Dios mío! temo que sí. Cuatro meses lleva cayendo, cayendo... ¿Viene usted de Noormy directamente? Voy a mandar que preparen...

— No, no, he almorzado muy bien.

— Pero cama... Volveré al instante.

— Primeramente veré al enfermo.

Se había levantado y parecía vacilar. En justicia, Lea era mujer para inspirar graves locuras. Podría tener, cuando mucho, treinta y seis años. La cabeza era de una hermosura animal, fina, cruel, digna de una capitana de bandoleros. El cuerpo merecía para su regalo el lecho de las más sedosas alfombrillas esponjadas de una reina persa. Manos de canonesa, boca para golosinas, tronco para ser ofrendado a Astarté en diez días de insaciados holocaustos... ¿Asomaron a mis ojos esas apreciaciones depravadas? Volvió a sentarse.

— Continuamente delira... ¡Dios bondadoso! por conmisericordia podía... ¿Se detuvo usted en Tahor?

— El tiempo preciso para cambiar de caballo.

— Aranka no envejece ¿no es verdad?

— Espero verla aquí; había salido.

— ¿Salido? — me preguntó, alterada.

— ¿He llegado antes? No es posible.

— Seguro es que me estará aguardando en la glorieta, al aire. ¡Cómo habla de usted! ¡qué contenta se pondrá!... Y ahora caigo en la cuenta de que usted es también médico... Pero Aranka... ¡qué bella novela haríamos, si no fuese tanta la diferencia de edades!

Jugaba hábilmente con la voz, cándida y aduladora. Se le cubrió la frente de rocío al decirle, a quemarropa:

— La viuda de Ordely tiene ya empezada una novela con el vizconde de Teles.

— ¿Con Aladar? ¿habla usted de Aladar?... — me preguntó, con respiración apurada. — ¿Sería, acaso, un rival para usted? Además, ¡bah!... desde los cuarenta años se ama a los jóvenes.

Lea me devolvía mi dardo envenenado y aplaudí mentalmente.

— Por mala suerte, mi novela, — le dije, incitado a la insolencia de las represalias sensuales, — principia de pésimo modo... ¿Vamos a ver al caballero?

— Tal vez duerme; pero voy a acompañarle.

Casi se precipitó a salir. Atravesamos gran parte de la casa. Con precaución, abrió una puerta y se adelantó en la obscuridad a fin de abrir los postigos de una ventana alta, volviendo con prisa.

— Le dejo aquí... y de aquí, a dormir — me dijo sonriendo.

Le faltaban los segundos, me imaginé, para averiguar hacia qué parte había encarrilado Aranka su calesa... Se fué en puntillas, volando, mientras yo permanecía en el tablón del umbral encrespándola con mi despecho, enviándole las flechas de mi irritación contra la viuda y su pretendiente, a quienes Lea misma confundiría... ¡Para esa explosión de intrigas había huído de mi casa!

Me senté en un sillón de madera labrada, de cara al enfermo, que me presentó un retrato de Cristo de semana santa, tallado en pasta blanca, agotado y ascético. Sus facciones se habían alargado y la barba gris, de muchos meses, aumentaba la majestad de la larga agonía. Conocía ya muchos episodios de aquel martirio lento y no era difícil reconstruir los restantes. ¡Estorbaba! Lea arriesgaría todo para nivelar su partida con la viuda: unas segundas nupcias serían la cúpula probable del nefando delito; ¡se haría saltar el estorbo! ¡Hermoso rostro romántico y envejecido, lívido amigo de los caballos y los perros, dulce víctima!... “¿Quién tendrá misericordia de ti?”... Le acosaban los furiosos de la lubricidad. El lobo clavaba los dientes en la liebre; la liebre no puede pensar sino en morir pronto. ¿Cuántos eran los verdugos? ¿No era Lea mujer que necesitaba y consumiría a diez gladiadores? Y Ricardo, que habría sido a perfección un amante de égloga o un paje dichoso de escribir y romper cartas a las duquesas ¿cómo vivía aún?...

Me hizo alzar la cabeza un vagido de criatura extraviada, que salió de la cabecera:

— ¡Mamá!...

Quedó en el silencio un prolongado vibrar de cuerdas bajas, tremulación de llantos contenidos, eco de desmesurada congoja, agitación perdida de un desconsuelo infinito que pasaba y volvía... Me pareció que la humanidad entera sollozaba y miré... ¡Implacable alucinamiento! a quien vi en el lecho del caballero fué a Alicia. Flotaba su cabeza sobre las almohadas como un nenúfar en espuma. Chorreaba la sangre como el vino de un tonel abierto con pica... y el martinete del horror me golpeaba en la pavorosa incertidumbre de la ceguera. ¡Terrible Dios!

— ¡Mamá!... — repitió el vagido.

¡Dulce, profundo, maternal sobresalto!... ¡Pasó!... ¿Cómo no es milagrosa la conmoción de una madre delante del hijo mo-

ribundo, cuando es absoluta y divina? ¡También pasa! Me dió un instante la corpulencia de una montaña convulsionada... y pasó. ¡Ah! y si la sublime inhalación de esa cantidad de alma nada puede, nada rehace, ¿qué sabrían detener otras? ¿Qué valdría para el caballero, aun detenida la cuchilla, volver a cazar gamos y corzos habiendo subido ya a la arrasada cima de su verdad viva?... ¿Cómo abolir los tajos después que troncharon?... ¡Bah! y no de otro modo ve el buey caer como una centella el hacha entre las astas. ¡Pobre caballero! El problema de su salud ¿no estaba en esos planos inexpugnables de la fatalidad viviente, a donde las drogas no alcanzan?

No sabía qué hacer. ¿Perseguiría los espectros de Ricardo con fosfatos y cacodilatos, ignorando quién correría mejor y cuándo se toparían? ¿Extraería de la memoria fórmulas propicias y jeroglíficas que tranquilizaran mi conciencia profesional con las contradicciones de los tratados? ¡Tantear entre la vida y la muerte con específicos, más inseguros que una tortuga en un alambre!... Y aquellos espectros ¿qué eran, para empezar?

Una avecilla imprudente que ha saltado con alas torpes para admirar el césped y las flores y que no encuentra después su nido, no tiene acentos tan angustiados y dulces como los tuvo el enfermo, delirando:

— He visto, mamá... ¡almas duras! Me acechan... ¡Nadie conmigo! Hace frío... La gotera que no podíamos tapar una noche... ¡es el odio! siempre más grande... ¡Llévame! Hazme pequeñito... llévame en tu limosnera... ¡dormiré calentito!

Algo es que los oficios formen callo; no perdí el surco de la meditación y por él continué, tortuosamente.

(Continuará).



LOS MISTICOS ESPAÑOLES

EL ULTIMO LIBRO DE UNAMUNO

Pausadamente, hemos leído el último libro de don Miguel de Unamuno. Es un libro doloroso y fuerte. Se titula: "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos".

Son sus páginas bellas y terribles. Expresan la desolación del espíritu, del hombre que piensa y que a la Esfinge interroga. El libro podría titularse: "Dios". Como proemio, estaría muy bien que el lector hallase, los versos aquellos de Rubén Darío en "Lo Fatal":

... y la muerte que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adonde vamos
ni de donde venimos!

*

Una prisión es la vida. Anaximandro de Mileto, en sus prédicas a la gente humilde, hablaba de ese límite que al pensamiento impuso como castigo, una severísima justicia. Pero nunca el alma ha podido resignarse. Inauditos esfuerzos hizo para huir de la prisión. Ya merced al razonamiento, ya gracias a la fe, ascendiendo, peldaño a peldaño, por la escala de Jacob. Estas tentativas no fueron inútiles. La voz que clama en el desierto no se pierde: el eco va con nosotros. Llevamos muy dentro ese anhelo de infinito, y aunque la interrogación persista ante el misterio, de esta lucha desesperada y cruel, han surgido con las religiones y creencias, las flores de la gracia.

Del terror de la muerte derivan todas las religiones. Spencer estudia los mitos al través de la espiritualidad de las razas. La teogonía griega trasluce aquella inquietud ante lo inconocido. Las fuerzas naturales tienen en los Dioses su expresión simbólica, y

en ellos advertimos divinos valores de humanidad. En Grecia, la moral equivalía a conceptos armoniosos de belleza, diosa serena y madre de todos. Pero aquellos filósofos y poetas, luego de planteado el problema del conocimiento, luego de su ejemplo maravilloso de ciudadanía, creado su arte, metodizada su ciencia, se encontraron con el amargo desengaño del que vive una vida confusa sin sentido ni explicación. Los dioses, eran para los helenos, causa y finalidad, eran eternos. “La pena de Júpiter, — dice un poeta — es no alcanzar la muerte”. Todo, pues, hasta los hombres, nacía de Júpiter, pero si Júpiter era eterno y el mundo obedecía a su mandato, y todo estaba sujeto a un perpetuo mudar (Heráclito), y el hombre era apenas, sombra entre sombras o un relámpago en la eternidad, ¿para qué la crueldad de la vida, con alma humana? ¿Capricho de voluntad superior, inexorable castigo? En el Olimpo residía todo poder, pero los helenos habían creado ese Olimpo, y sus dioses cayeron entre la ruina de los mármoles labrados para su gloria. Indemne quedó la mansión eleuxina, de los ritos indecibles, del misterio, de la religiosidad augusta. El viajero llegaba allí para interrogar a la Esfinge y para profesar.

Y quedó, asimismo, dominando Atenas, erguido sobre el azul montículo, el glorioso Partenon, símbolo de una ciudad, cuyo recuerdo perduraría a lo largo de los siglos. En el Eleuxis de los griegos, los iniciados oyeron a Pablo de Tarso referir de un hombre perfecto, que no debía morir y murió por salvar a los hombres, y con esto les reveló el verdadero descubrimiento de la muerte y la inmortalidad del alma, cosas ambas engendradas por el sentimiento trágico de la vida.

“Mon métier est mon art; c'est vivre” — decía Montaigne. Muy bien, pero ¿cómo se vive si no se muere totalmente? ¿Con arreglo a qué? Y si por entero se muere, ¿qué importa el cómo debe vivirse?

Por el corazón, por el sentimiento, en efusión de fe, se llega a Dios, nos dicen los místicos. Pero no le definen. Los racionalistas tratan de inquirir avizorando las tinieblas. Y entre la fe y la razón se entabla el conflicto. No se puede creer en lo absurdo, pero el sentimiento es la suprema razón de vida, opuesta a la razón. ¿Entonces? He aquí la tragedia, la desesperación, la amargura. La vida no es otra cosa que ese trágico y doloroso sentimiento.

Luego, la vida es lo inexplicable, la antinomia de la razón. Y sin embargo, razón y fe, son hijos del Pensamiento. He aquí el caos. ¡Cómo nos duele en el alma esta idea de Dios!

No se trata de dogmas. Han sido ya desmoronados. Ciegan la investigación. Tampoco estas conclusiones son verdades científicas, objetivas, de relaciones de cosas. Son verdad de vida, más palmarias, cuanto sin ellas no podríamos explicarnos nuestro existir.

La posición del escéptico, del ateo, son inmorales, ante el problema eterno. No cabe decir el "no importa". Sí, importa el por qué somos y para qué vivimos. Momentáneamente olvidaremos la terrible pregunta, pero ésta vuelve a nosotros entristeciendo el alma. "Il faut s'abétir", concluía Pascal. Y con agobio y dolor, consignaba sus "Pensées", puesta la mirada en el enigmático más allá. Y acaso, por estos "Pensamientos", Pascal, hombre científico y de método, vive en la memoria de nosotros.

*

Hemos anotado estos comentarios un poco a la ligera. Una crítica más detenida y eficaz, merecen los libros de don Miguel de Unamuno. En el periódico esta crítica no puede realizarse. A la actualidad consagramos nuestro afán diario y cual aquélla, son frívolas nuestras impresiones.

Entre la intelectualidad española, destaca vigorosamente su personalidad el sabio ex-Rector de la Universidad salmantense. Acaso es el más profundo de los pensadores castellanos. Originalísimo en sus ideas y modo de expresión, hasta el punto de que ningún escritor, cual él, acusa con tal relieve estilo propio. Estilo que no radica en lo pulido de la forma, sino en la manera de pensar. Se trata de un escritor sustantivo y fuerte, cuya prosa tiene, si la locución se nos permite, categórica fisonomía de ideas. Es a la vez, don Miguel de Unamuno, filósofo y poeta. Sus poesías son salmos y su filosofía, como toda filosofía verdadera, es esencialmente religiosa. Con nobleza nos expone su verdad de espíritu, mejor dicho de humanidad, y tiene ella tal seducción que a poco, la consideramos nuestra. Es el hombre bondadoso y de afecto. Abrazos de dolor son sus libros. "Creed, — parece decirnos este Maestro, — vosotros mis hermanos en aflicción y desventura, vosotros que sois incrédulos como yo, que dudando alimentáis vues-

tra fe; creed, una obra santa puede ser la de todos, si nos salvamos mutuamente de la incredulidad; vosotros que, cual yo, no encontráis a Dios por la razón, Dios, al cual es preciso erigir en la conciencia, para creer en la inmortalidad del alma, y no sentir el supremo miedo de nosotros mismos”.

*

En una tarde de ocio, en alguna vieja ciudad, nos hemos internado en un templo románico, severo en su fábrica, de altas naves, de líneas nobles y elegantes. Quizás, a tal punto, el órgano sonaba, mientras la luz crepuscular matizaba el oro de los altares, los relieves de los sepulcros, los dibujos de los ventanales. Grave era el canto que acompañaba el órgano. La misma sensación se siente leyendo un libro de Unamuno. Tiene su voz, acentos de idealidad sonora, cual los del órgano. Voz desesperada que clama al cielo. Leyendo al Maestro, reconstruimos en la niebla espiritual a nuestro Dios y en niebla le esculpimos. No importa que la razón destruya luego nuestra fe. Abrazado a una imagen del Redentor, dudaba Lutero. Si la fe se alimenta de dudas, para dudar es forzoso creer. Y al “no puedo creer”, de la razón, se opone el “quiero creer” de nuestro sentimiento trágico. Y por el amor y el dolor, llegamos a la eternidad de la vida. He aquí, la verdad de don Miguel de Unamuno, gran español, de alma seca pero cálida, alma de místico, cuyo rostro nos imaginamos haber encontrado en algún misal antiguo, en algún lienzo de Zurbarán; semblantes de ascetas animados por un incendio de fe divina.

*

En este libro, “Del sentimiento trágico de la vida”, estudia Unamuno en los seis primeros capítulos, la posición espiritual del alma humana, ante la muerte y la inmortalidad, o sea el conflicto entre la razón y la fe. Inquieta el sentido de la vida. Estos capítulos, son a modo de una crítica pura de la investigación. Corresponde a ésta, una posición práctica. No podemos renunciar a la razón y al sentimiento. Los dos factores luchan tenazmente. ¿Cómo solucionar la tragedia?

Unamuno, en este punto, recuerda a Platón, cuando luego de discutir acerca de la inmortalidad del alma, del “hermoso riesgo”,

que valdría la pena de correr, expone los mitos sobre la otra vida, diciendo que conviene a las veces mitologizar, fantasear, divagar. . . Esto realiza el Rector de Salamanca, en los seis capítulos restantes. No ofrece razones científicas, pero si divaga con nobleza y expresa en toda ocasión conceptos elevados. Unas páginas bellísimas escribe el Maestro al propósito del amor y del dolor, no como aquellas de Schopenhauer, crudamente pesimistas sino optimistas más bien. Acaso en la teoría de la fe, por la voluntad de creer, se aproxime Unamuno a la concepción de Schopenhauer. Pero esto es episódico.

El amor sería un contrasentido, afirma don Miguel, si no hay Dios que es el amor supremo. Creer en Dios es anhelar que le haya. Surgen de este anhelo las virtudes teologales y de estas la bondad, finalidad y belleza. Estos conceptos los desarrolla Unamuno seductoramente en los capítulos sucesivos, invocando supremas razones de vitalidad y cordialidad. Acusan los ensayos de Unamuno, algún desorden. Se notan repeticiones en las citas, insistencia, terquedad para asentar algunos conceptos. El lector por ello, se confunde en varias ocasiones al efectuar síntesis mentales. Se diría que don Miguel quiere abusar de la agresividad, de la violencia, de lo arbitrario, de la paradoja. A la vuelta de páginas casi definitivas, cuales las que integran el capítulo "De Dios a Dios", venimos a parar en una "mitología de ultratumba" demasiado superficial para mente tan esclarecida cual la de Unamuno.

Termina el Maestro con una profesión de quijotismo, ante la civilización de Europa y su asamblea de las ciencias y su progreso y mecánica. Acaso todavía no sea tiempo, para que estas lanzas rompa Don Quijote. Acaso sean sólo caballerías y andanzas, estas iras de don Miguel de Unamuno. Porque él burla de la ciencia, pero luego de adquirirla y llegar al "ignorabimus". Burla del progreso y de las normas de cultura, de los helenistas y atenienses de hoy, pero don Miguel explica y enseña griego en Salamanca. El sentido de la vida no se habrá modificado por eso, nunca será un mal la demasiada ciencia, que si añade dolor, como dice el Eclesiastés, el dolor es realidad de vida y es amor y es Dios, en definitiva, al cual por todos los derroteros se llega. En el árbol del Paraíso, la manzana prohibida, era el símbolo del anhelo de curiosidad, de verdad, de inmortalidad, de ambición de vida. Los discípulos de Platón definían la vida, con un tér-

mino, de oculto sentido, no bien estudiado: "pleonexia". Es decir, plenitud, expansión hasta lo infinito. "Por fuera limitados; por dentro, sin límites", — afirmaba Goethe. ¿Para qué volver a la cárcel, señor de Unamuno?

No será preciso traer a colación el episodio bíblico de Caín y Abel, emblema de lo cultural. Abel, hacía vida contemplativa, soñaba, componía dulces imaginaciones inspiradas al son de la flauta... Era hombre de lujo y pereza, amable y ductil, blando y simpático. Acaso una ninfa de nervios dorados le dió sus besos. Caín, labrando los campos, ejercía práctico menester. Su vida era fecunda, activa y noble. Un día Caín como disputase con Abel, el predilecto, reprochándole su ociosidad, pasó a la cólera y de ésta al crimen. Será preciso, señor de Unamuno, que rehabilitemos a Caín. "The strenuous life", ("la vida intensa"). ¿No es el episodio recordado lección para pueblos mediterráneos, absorbidos por los sajones, en razón suprema del más fuerte?

Acción es el pensamiento, pero sin llevarlo a la práctica, sin que se traduzca en obras, de nada sirve, es acción negativa. Don Miguel de Unamuno, burla de la cultura siendo de la misma el más genuino representante. En apoyo de sus apotegmas, Unamuno cita más que a otros, a los pensadores sajones. ¿Será porque los incrédulos son los más fecundos en hallazgo de misterio?

*

No sabemos el qué. Falta algo en el libro de Unamuno. Con un cierto descontento doblamos la última página. No nos sacia.

Fe en la razón y razón en la fe, lucha entre ambas y de ellas una máxima deducción: Dios. ¿Pero cuál nuestra posición práctica ante el conocimiento? Los asertos de Kant siguen en pie. Y aun seguimos interrogando a la Esfinge, impenetrable y muda en el desierto del alma.

*

Bellas y terribles estas páginas, "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos", libro que desde la gloriosa y tradicional Salamanca, la de los maestros en humanidades y en elegancias, nos envía como gentil presente, don Miguel de Unamuno.

FRANCISCO DE LLORCA.

LA "REPRESENTACIÓN DE LOS HACENDADOS" DE MARIANO MORENO

Monografía por Diego Luis Molinari

En los *Anales de la Facultad de Derecho* (2.^a serie, tomo IV, págs. 765 y sig.) y en un libro de 191 páginas, acaba de publicarse un excelente estudio sobre el famoso alegato de Moreno. Su autor es un joven estudiante de derecho, que, a esa calidad, une las más raras de ser inteligente, de ser erudito, y de ser laborioso. Este trabajo nos permite agregar a la opinión expresada tantas veces de que la historia nacional, — la verdadera, — no ha sido escrita, una feliz segunda parte: "pero se está escribiendo". Al simple acopio de materiales, al establecimiento empírico de la relación aparente de causa a efecto, — que ha caracterizado la labor de los historiadores argentinos, en su mayor parte, — deberá suceder un *remaniement* de las fuentes y un aprovechamiento de ellas, inspirados en los principios de la metodología y la crítica históricas. Algo hay hecho, pero es infinito lo que falta por hacer, no ya para alcanzar la verdad histórica, que alcanzaría es "sólo un feliz accidente", sino para discernir en lo posible en la complicación de los factores; para corregir la "refracción" enorme que origina el transcurso del tiempo; para organizar los sucesos y sus causas en una forma que satisfaga las ideas actuales sobre método de la historia. Si el relleno, la carne de la idea que nos formamos de los acontecimientos es siempre un puro producto de la imaginación, es útil y posible fijar exactamente ciertos hechos que limitan el vuelo imaginativo y lo condicionan; tal es la función de la crítica histórica. Los historiadores argentinos, *grosso modo*, en cambio, han utilizado precipitadamente y sin gran criterio los tesoros intactos que la vida nacional les ofrecía; fueron, así, elaborando un con-

cepto de los acontecimientos que no supieron ellos mismos considerar provisorio. Queda, pues, una gran obra que realizar a los hombres que en lo sucesivo aparezcan con la curiosidad de las cosas viejas: rever todos los conceptos admitidos, con un espíritu de amplia crítica.

Dejemos constancia del hecho, hagamos votos por que la grave deficiencia sea salvada paulatinamente por las nuevas generaciones de estudiosos, y saludemos la obra de Molinari, cuya valiosa realidad es el primer anticipo de un penetrante escrutador de las sombras de nuestro pasado, que se anuncia.

La *idea admitida* que Molinari analiza, podría expresarse un poco exageradamente así: "España había constituido en el comercio rioplatense un monopolio estricto en favor de sus súbditos y de ciertos puertos de la península; esta situación inicua no cambió hasta que la "Representación de los Hacendados", documento redactado por Moreno, tuvo la virtud de echar abajo todo el régimen tiránico, conquistando para las colonias la libertad absoluta de comercio, e iniciando económicamente el movimiento emancipador". Más o menos es lo que nos dicen los manuales de historia, y aún los que no son manuales. Sobre esa afirmación versó el análisis crítico de nuestro autor, con tan buen éxito para su lucimiento, que puede asegurar al final de su trabajo la falsedad de todo eso.

Desde el punto de vista del método histórico, caracterizan al trabajo de Molinari: 1.º Una situación, *tournure* o *postura intelectual crítica*, que lo hace recelar de la exactitud de todas las ideas aceptadas, sin previo y estricto control; 2.º El aprovechamiento de documentos y fuentes, éditos o no, que no habían sido utilizados hasta ahora y que aportan elementos de juicio totalmente ignorados (1); 3.º Una ampliación de los puntos de vista, derivada del concepto de que existe interdependencia no sólo entre todos los hechos sociales que ocurren en el país, sino que la dependencia se extiende a toda la comunidad internacional. Molinari estudió la situación económica de las colonias del Río de la Plata *en función* de la situación económica y política de América y Europa.

La primera comprobación de Molinari es que la política eco-

(1) Después de los hallazgos de Molinari, algunas de esas fuentes han sido empleadas en otros escritos.

nómica de la metrópoli con respecto a las colonias fué sufriendo una larga y progresiva evolución, acercándose cada vez más a la libertad de comercio. El verdadero fin de esta evolución lo ve Molinari, con razón, en el decreto de Rivadavia de 4 de Septiembre de 1812, ⁽¹⁾ que permitió a los extranjeros comerciar libremente.

El decreto de 6 de Noviembre de 1809, que fué el resultado del expediente en que Moreno presentó su alegato, sólo fué un punto de la evolución que venía de más atrás y que continuó hasta el decreto de Rivadavia. Siendo así, Molinari cree necesario rehacer la historia de la política comercial española para poder ubicar debidamente el decreto de Cisneros. Es esta la mayor y, a mi juicio, la mejor parte del trabajo del autor. Nunca se ha escrito nada tan completo, documentado y metódico sobre el tema.

Lo que genérica e imprecisamente se llama monopolio comercial de España respecto de sus colonias de América, comprende una suma de prohibiciones mucho mayores que las que se suelen designar con la palabra monopolio: 1.º Las colonias de América no podían comerciar sino con un solo puerto de la metrópoli (Cádiz); 2.º Las colonias no podían comerciar sino por uno de sus puertos; 3.º Las colonias no podían comerciar sino en ciertas épocas, por ciertos buques, (sistemas de las flotas y galeones, etc.), por cuenta de ciertas personas, en cierta cantidad, con ciertos artículos, etc.; 4.º Las colonias no podían comerciar entre sí. Todo sin contar las trabas del comercio interior y terrestre, las trabas administrativas y fiscales: visitas, permisiones, derechos, gravámenes...

Pero el monopolio español sólo en una época comprendió todas esas limitaciones. Molinari divide acertadamente en diversos períodos la política económica de la metrópoli, haciendo notar los momentos en que la evolución marca más acentuadamente su curva, y cuales son sus causas. Esto le proporciona la oportunidad de hacer caer varios *conceptos admitidos*, demostrando la flexibilidad de la legislación colonial española, y la repercusión que los acontecimientos europeos tenían en América, ya fuese tal acontecimiento una nueva doctrina económica que se ponía de

(1) Esto comprueba que la Revolución de 1810 sólo fué superficial; la vieja estructura se conservaba casi íntegra; así lo comprendió Alberdi: ("Sistema económico y rentístico", *passim*).

moda (mercantilismo, fisiocratismo, etc.), ya fuese una verdadera revolución económica (revolución industrial en Inglaterra), o las circunstancias políticas del momento (política napoleónica, bloqueo continental, etc.). Todo repercutía en nuestra América dando su golpe de espátula en su arcilla blanda.

La metrópoli se preocupaba de América mucho más de lo que ha creído el pseudopatriotismo hispanófono; si sus resoluciones eran equivocadas a menudo, ello se debe, en gran parte, a que los informes que se recibían de América eran interesados y provenían de personas que disfrutaban de privilegios que no querían perder.

Molinari divide la época colonial, respecto de la política comercial que España desarrollaba, en tres períodos. El primero (1492-1573) se caracteriza por la prohibición a los extranjeros de ejercer el comercio; el segundo período va desde 1573 a 1778, es decir, desde la designación de puertos únicos para el comercio colonial y la implantación del sistema de las flotas y galeones, hasta la pragmática del libre comercio. Es éste el período en que el monopolio se ejerce en toda su amplitud y que ha quedado como prototipo del sistema comercial español, olvidándose las ulteriores reformas. Molinari analiza las causas de esta — a nuestros ojos — bárbara situación y las encuentra en el estado de España, despoblada y pobre, con su industria arruinada y su marina disminuída; en los peligros de la navegación amenazada siempre por el enemigo, el pirata y el corsario. El tercer período, por fin, precedido por algunas medidas que venían como anunciándolo, comienza en 1778 con el célebre decreto del 12 de Octubre que aumentaba el número de puertos habilitados para el comercio — en España y en América — hasta el punto de hacer prácticamente nula la prohibición; disminuía los aranceles y creaba los consulados en América; este período termina sólo en 1812 con el decreto de Rivadavia que acuerda a los extranjeros la libertad de comerciar. ¿A qué quedaba reducido el monopolio, tan mentado, después de la pragmática de 1778? A que los extranjeros no podían ejercer el comercio ni activa ni pasivamente, ni se podía comerciar en mercancías extranjeras sino en ciertas condiciones. "La fábula del monopolio de Cádiz no se sostiene ante esos hechos", tiene derecho a decir el autor (pág. 35).

Es muy interesante seguir al señor Molinari en su análisis de las consecuencias de la pragmática del libre comercio, especial-

mente cuando hace derivar de ella el nacimiento de la *clase media* americana: "Las fuerzas económicas, libertadas por el decreto, fomentarian, en último análisis, la creación de una clase media, ávida, vanidosa, amiga del fausto y pagada de los honores, que estaba destinada a desempeñar el papel principal en las revoluciones de principios del siglo XIX" (pág. 60). De esa misma medida de gobierno y sus consecuencias proviene el aumento de la población; progresos en la marina mercante; disminución en los precios de ciertos artículos; desaparición de los vagabundos que encontraban ahora fácil ocupación, etc.

Pero la misma prohibición del comercio con extranjeros no fué absoluta; en varias épocas y en circunstancias diversas que el autor estudia, España había acordado permisos para el comercio con los extranjeros. Tales son los otorgados a los franceses después del tratado de Utrecht; los concedidos a los neutrales durante las guerras con la Gran Bretaña; al conde de Liniers para comerciar con las colonias francesas, a los negreros y otras.

Ante tal elasticidad de la legislación española, que Molinari comprueba acabadamente, ¿dónde está la tiranía económica inicua a que se refieren todos los historiadores? Hay que convenir en que se debe rebajar mucho a tal exageración.

Llegamos al nudo del asunto, o sea al año 1809 en que, con motivo de la petición de dos comerciantes ingleses, el virrey Cisneros — recientemente nombrado — se ve avocado al grave problema de acordar o no la licencia por ellos pedida para comerciar con Buenos Aires; petición que da motivo a que se articule un expediente en el que la pieza, por lo menos, más voluminosa es la "Representación de los Hacendados".

Describiendo previamente el *momento* histórico, el autor hace una relación de los factores fundamentales que tendían a la concesión de la libertad pedida: la revolución industrial inglesa que, originando una superproducción, obligaba a ese país a buscar a toda costa nuevos mercados para sus productos y fuentes de materia prima; el sistema continental de Napoleón, con el bloqueo que lo siguió, y que dió motivo a la absoluta paralización del comercio hispanoamericano con la natural estagnación de los frutos coloniales; la situación en que quedó España por efecto de la invasión napoleónica y que la obligó a aceptar tratados con Inglaterra en los cuales quedaba reconocida, en cierto modo, la

libertad de comercio, que tenía para Inglaterra un interés excepcional debido a las expresadas necesidades de su industria.

Es la gravitación de todas esas fuerzas, tan ajenas, aparentemente, y tan desproporcionadas a la minúscula ciudad colonial, lo que debía ocasionar la medida de gobierno que se ha considerado como la simple consecuencia del elocuente alegato del doctor Moreno.

Una razón interna, a su vez originada por los mismos factores, venía a pesar en el mismo sentido: el tesoro del virreinato se hallaba exhausto y grandes necesidades exigían gastos imposibles de efectuar; el comercio de los ingleses que prometía rentas aduaneras considerables, tentaba, pues, al señor virrey.

Se produce la petición de los comerciantes ingleses para que, previo el pago de los derechos correspondientes, se les permitiera introducir sus mercaderías en la plaza. El virrey no se atreve a decidir por sí el grave problema y consulta al Cabildo y al Consulado. El Consulado expresa su opinión favorable ⁽¹⁾ y propone un reglamento. El Cabildo, previa una discusión, también expresa su conformidad. De acuerdo el señor virrey, el Consulado y el Cabildo, el asunto parece que debió terminarse favorablemente para los comerciantes ingleses, sin más trámite y sin la intervención de Moreno que, frente a esa uniformidad de opiniones, parece innecesaria. Pero es que sobrevino una incidencia inesperada, el señor don Miguel Fernández de Agüero, apoderado de los comerciantes de Cádiz — que por la situación en que España se encontraba ejercían un monopolio de hecho, — se presenta a tomar en el expediente una intervención que nadie le daba. En defensa de los intereses de sus mandantes se opone a la petición de los ingleses en un largo memorial ⁽²⁾, recuerda la prohibición de las leyes españolas, habla de la ruina del comercio nacional, si la medida se sanciona, etc. Viene entonces la "Representación" de Moreno, con una lógica que Molinari no ha querido ver. Mientras los intereses de los hacendados de estas provincias no eran atacados, pues el Cabildo y el Consulado se contraían a satisfacerlos, hubiera sido realmente inoportuno un alegato en favor de algo que todo el mundo aceptaba; pero producido el es-

(1) Mitre y todos los demás historiadores dicen lo contrario.

(2) Véase una síntesis de este escrito en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, tomo VIII, N.º 48, pág. 609. Artículo del doctor Ravignani.

crito de Agüero, es indiscutible la pertinencia de una refutación a las opiniones sustentadas por este señor. No lo cree así Molinari: "Hemos visto que el escrito de éste (Agüero) era inoportuno, dada la marcha que seguía el asunto. Lo mismo pasa con el de los hacendados" (pág. 134). Y son, sin embargo, las piezas capitales del expediente, en cierto modo, — a pesar de que sin ellos la solución tal vez hubiese sido la misma; — porque uno expresa los intereses de los que querían mantener el usufructo del resto de monopolio que les quedaba, y el otro defiende los intereses capitales de ganaderos y agricultores con una fuerza, una lógica y una elocuencia que no podrán ser desconocidas. Intereses que ya por entonces eran fundamentales en la economía del país: el conde de Liniers, antes que Anatole France, llamó a esta provincia el granero del mundo.

No es la oportunidad de probarlo con varios pasajes bien explícitos de la propia "Representación", pero me parece innegable que el *pedimento* de este alegato era mucho más tímido que las verdaderas ideas de su autor. Este, a seguir sus propios impulsos, hubiera pedido, sin duda, la libertad de comercio sin trabas.

Después del alegato de Moreno y de la opinión de algunos funcionarios que el virrey solicita, queda terminado el expediente. Convoca, entonces, Cisneros a una curiosa junta consultiva de personas notables, a la que somete en última instancia la consideración del asunto, y cuya resolución favorable al pedido de los comerciantes ingleses, hace propia el virrey.

Molinari llega en su trabajo a las siguientes conclusiones finales: 1.^a El decreto de 6 de Noviembre de 1809, no fué mayormente afectado por la *Representación* del apoderado de los hacendados; 2.^a La vida económica del país no fué mayormente afectada por el decreto de 6 de Noviembre; 3.^a Los sucesos de Mayo de 1810, no fueron mayormente influenciados por el decreto y menos aun por la *Representación*.

Deduca la primera conclusión de que las disposiciones del decreto coinciden casi siempre con las opiniones del Consulado, mientras que las opiniones específicas de la "Representación" son algo distintas. Más amplias, más generosas, más liberales, debió agregar. Pero eso no prueba que el alegato de Moreno no haya coadyuvado a convencer al señor virrey y a las demás personas que intervinieron en el asunto; dado su real mérito, la

conclusión lógica es la contraria; ¿o es que lo único que no influyó en el decreto fueron las buenas razones?

La segunda y tercera conclusión son el objeto de una larga demostración, mediante las constancias de los libros de Aduana y otros documentos de la época, refutando en esto como en lo demás, las opiniones corrientes. Mitre ⁽¹⁾ refiriéndose a las consecuencias del decreto, dice: "El bienestar se difundió en todas las clases de la sociedad, las buenas ideas económicas se acreditaron, los nativos pudieron apreciar la extensión de sus recursos y todos se convencieron de que el único obstáculo que hasta entonces se había opuesto a la consecución de tan grandes bienes, había sido la dominación tiránica de la España y el sistema de restricciones inmorales impuesto a sus colonias. Esta revolución económica, en que la colonia se separará comercialmente de la madre España, fué el primer paso atrevido dado en el sentido de la independencia".

Molinari despersonaliza la historia en esta parte; el factor individual desaparece para ceder su puesto al juego de las grandes fuerzas históricas. Y estas fuerzas resultan ser económicas, casi exclusivamente. Pero olvida Molinari que hubo, por lo menos, una propaganda que si no fué decisiva es injusto no citar como coadyuvante; Belgrano, el secretario del Consulado, era viejo y entusiasta partidario de la libertad comercial y en sus memorias a esa institución no dejaba de expresar sus ideas. ⁽²⁾

Molinari reconstruye hábilmente toda una fase de la vida colonial, su labor es de un mérito y una importancia excepcionales, pero el amor de sus tesis lo ha conducido a una lógica exageración: niega todo valor al brillante alegato de Moreno, no viendo en él más que la frondosidad verbal, tan propia de la época. Quiere quitar a la corona de laurel con que la gratitud nacional ha coronado al gran demócrata uno de sus gajos más preciados. . . . Antes de aceptarse tal juicio, aconsejo que se vuelva a leer la "Representación de los Hacendados" . . .

S. BAQUÉ.

Noviembre 1914.

(1) *Historia de Belgrano*, I, pág. 291, 1887. Y tras del patriarca de nuestra historia todos los que vienen después de él.

(2) *Documentos del Archivo de Belgrano*. (Publicación del Museo Mitre), tomo I, pág. 187.

LETRAS AMERICANAS

LETRAS URUGUAYAS

Oriflamas. (*Discursos y críticas literarias*), por Francisco Alberto Schinca.

La oratoria del autor de este libro y la prosa de sus artículos se caracterizan por un derroche de imaginación verbal excesivo y de gusto dudoso. El bachiller Schinca, como se le llama en los círculos intelectuales de Montevideo, adolece de cierto "penchant" por la retórica, que perjudica a sus producciones. Olvida que puede llegarse a una elocuencia y expresividad más verdadera y eficaz por la concisión del pensamiento y la sobriedad de la frase. Y puesto que tiene talento y es estudioso, no ha de tomar a mal que se le señalen los defectos de su estilo, ampuloso y redundante. El señor Schinca es capaz, por cierto, de escribir con más mesura y elegancia, ya que esa suntuosidad literaria resulta algo "rastaquore". En literatura como en indumentaria, la cuestión está en "ne se faire pas remarquer": en la línea sobria, en la ausencia de colorido chillón, en la elección de los tonos discretos. Esto se impone más, a la larga, por su verdadera excelencia, que el efecto preparado y teatral. La prueba de que el autor de estos trabajos puede producir espontáneamente con mayor naturalidad y belleza es que la mejor pieza de su libro es ese artículo sobre Samuel Blixen improvisado sobre una mesa de redacción y por cuyos defectos, — mucho más escasos que en los otros trabajos — se disculpa en una nota, ignorando que precisamente la presteza con que lo redactara, le ha librado de incurrir en las faltas de gusto, de proporción, y de sincera naturalidad que determina en él la preocupación exagerada del estilo lujoso y la erudición abusiva.

Por lo demás, estos discursos y artículos acreditan en su autor un espíritu inteligente y cultivado, que, en algunos trabajos como los referentes a Rodó, Darío, "Emerson y su Ensayo sobre la naturaleza", etc., evidencia relevantes cualidades.

Estudios históricos. — Tiempos heroicos. — Guerra de la Cisplatina,
por Víctor Arreguine.

El conocido escritor uruguayo don Víctor Arreguine, de uno de cuyos últimos libros nos ocupáramos ha poco, reúne en este volumen una serie de ensayos históricos de positivo interés por los puntos que en ellos toca y por la forma en que están desarrollados.

Hay en sus estudios observaciones muy sugestivas acerca de ciertas épocas y ambientes, y análisis psicológicos relativos a hechos y personajes diversos, en los que trata de esclarecer algunos de los sucesos más salientes de la guerra de la independencia. El libro del señor Arreguine denota una buena educación sociológica y un dominio no escaso de la historia del Río de la Plata.

Crítica literaria, por Juan Antonio Zubillaga.

Contiene este libro una serie de estudios críticos, que son fruto de un amplio criterio y una selecta cultura. El señor Zubillaga participa del moderno concepto de la crítica, según el cual ésta no es el fallo rotundo del domine severo sobre los defectos y calidades de una obra, sino la explicación y el comentario, inspirados por un espíritu de tolerancia y de comprensión de todas las ideas y de todas las maneras, o sea lo que Anatole France sintetizaba en una frase de "La Vie Littéraire": "El crítico es un viajero que narra sus sensaciones a través de los libros".

Los ensayos del señor Zubillaga realizados de acuerdo con esa doctrina de simpatía y amplitud, son minuciosos, lógicos y analizan sagazmente el carácter y el valor moral y estético de los libros que examina. Destácanse en el conjunto una serie de artículos sobre la personalidad de Rodó y cada una de sus obras.

La locura del fauno, por Vicente A. Salaverri.

Después de "La vida humilde", colección de cuentos que demuestra sus cualidades de hábil narrador y colorista, el señor Salaverri ha dado a la publicidad este libro, perteneciente al mismo género, en el que nos ofrece relatos trágicos o sentimentales, envueltos algunos en un ropaje de humorismo amargo, a través del cual trasciende la tristeza de tantas cosas de la "comedia humana".

"Novelas de inquietud", subtitula el autor estas narraciones inspiradas siempre en la realidad, salvo tal cual ficción engendrada

por la fantasía. Son, en efecto, fragmentos de vida que dejan en el espíritu una impresión lacerante. El naturalismo del autor no incurre, sin embargo, en detalles groseros o repugnantes, como podría hacer suponer el título de este libro, y sabe guardar su compostura de artista. Divídese el libro en dos partes: "Castilla Trágica", en que desfilan personajes y se reflejan escenas de aquellas tierras áridas, donde la vida de los labriegos tiene un sabor áspero y brutal, y "El dolor ciudadano", en que se desarrollan episodios de amor, de dolor y de sangre, entre seres y ambientes diversos. Todo ello está realizado con vigor, con sobriedad y eficacia. El estilo del señor Salaverri es siempre movido, pintoresco, abundante en voces castizas. Su libro se lee con interés y con agrado, por lo singular de muchos temas y la honda emoción humana que el escritor ha impreso en esas páginas sin-ceras y fuertes.

Paisajes sentimentales, por Alfredo E. Martínez.

Una delicada inspiración anima las estrofas suaves y tiernas de este libro, compensando las deficiencias de su forma. Hay no poco de banal entre estas composiciones escritas sin mayor dominio verbal y sin esa severidad para consigo mismo que ha de observar el escritor si aspira a realizar una obra estimable. Con todo, el autor pone una emoción simpática en sus versos que mediante una experta lima han de adquirir, esperémoslo, mayor consistencia y belleza.

La literatura como factor moral, por Alberto Nin Frías.

Pequeño folleto en que el señor Nin Frías estudia el valor ético que corresponde a la literatura, señalando sus influencias en la formación del mundo moral y sosteniendo la tesis de que el arte literario no es "irresponsable" ni le está por lo tanto permitido ser *amoral*, sino que en medio a sus caracteres estéticos debe atesorar siempre una intención elevadora y dignificante para la humanidad.

Élitros, por Juan A. Fagetti.

Es una colección de versos de valor muy desigual y casi todos de un exagerado modernismo en cuanto a la forma. Entre ellos figuran, sin embargo, algunas composiciones finas e interesantes.

Este libro contiene, además de los poemas del señor Fagetti, producciones de varios autores jóvenes: Montiel Ballesteros, Berta Fernández, Lautaret, Benavente, Berssetche, Garrasino, Rocha y Garet y Más.

LETRAS CHILENAS

“Los Nuevos”, por Armando Donoso.

El señor Donoso nos demuestra con este volumen de estudios literarios referentes a la personalidad y la obra de numerosos escritores chilenos de las nuevas generaciones, verdadero talento crítico y considerable ilustración. La joven literatura de su país tiene en este exégeta un feliz intérprete que acierta a desentrañar con rara sagacidad el significado de obras y espíritus los más diversos, explicando además con abundancia de ideas generales y de sana doctrina literaria, las conveniencias o desventajas de las distintas corrientes que ofrece la actualidad intelectual.

Una honda comprensión, un gran poder de simpatía y una clara lógica en sus dilucidaciones y análisis otorga al joven crítico amplia capacidad para juzgar y comentar la labor de poetas y prosistas muchas veces complejos y difícilmente coercibles. El señor Donoso posee, por cierto, “ese don de animación que hace de la crítica, no una policía literaria, sino una viva y ardiente interpretación” según la frase de Ruyters, que él ha escogido como epígrafe. Su prosa es animada, vigorosa y no carece de color, yendo en ella el seguro desarrollo dialéctico revestido de un estilo personal y a menudo brillante, sin preciosismo.

El volumen del señor Donoso contiene a más de unas “Ligeras consideraciones sobre nuestra literatura”, trabajos todos ellos de alto interés, sobre Baldomero Lillo, Francisco Contreras, Víctor Domingo Silva, Omer Emeth, Jorge González, Rafael Maluenda, Carlos Pezoa Véliz, Fernando Santiván, Carlos Mondaca y Ernesto Guzmán, que junto con otros jóvenes autores, forman la pujante vanguardia de las nuevas letras chilenas.

Los poemas de la serenidad, por Ernesto A. Guzmán.

Los versos de este poeta, que cultiva exclusivamente el endecasílabo libre, se singularizan por cierta intensidad ideológica más

que por su belleza artística. En este libro expresa su visión filosófica de la naturaleza y de la vida, la cual se resuelve en un sereno optimismo, a cuyo influjo el poeta alaba las cosas naturales y eternas con una unción casi religiosa. Ernesto Guzmán se nos ofrece como un espíritu austero y noble, ajeno al mundanismo literario y rebelde a sus cánones y pragmáticas. Su verso es rígido, seco a menudo; pero fruto siempre de un alto pensar y de un sentimiento elevado. No deleita por su calidad estética, pero es, en cambio, profundamente sugestivo, y obliga a pensar. Lírico en la verdadera acepción del vocablo, pues sus versos son la traducción de su yo más íntimo, y panteísta por su amorosa complacencia en todos los aspectos de la naturaleza este poeta comporta, por su orientación y su manera, una nota original en la poesía chilena del presente.

La casa abandonada, El llamado del mundo, La Reina de Rapa Nui,
por Pedro Prado.

Hemos recibido estos tres libros del culto y talentoso escritor chileno Pedro Prado. Acerca del primero de ellos, colección de artículos y ensayos de carácter filosófico, que ya conocíamos, hemos expresado anteriormente en estas mismas páginas nuestra opinión. En cuanto a "El llamado del mundo", es una colección de poemas realizados casi todos en el moderno verso libre. Prado poeta, recuerda un tanto a Walt Whitman, pues sin tener la pujanza del bardo yanquee, está animado del mismo espíritu de compenetración con todo lo existente, y su entonación adquiere a menudo semejanzas con el acento del cantor de "Leaves of grass". Además, como éste, cultiva una forma poética libérrima y su invocación al mar tiene el carácter de esas jaculatorias de Whitman sin medida ni rima, y vinculada tan sólo entre sí por el ritmo ideológico y el *parallelismo* sálmico. Hay notas de honda emoción y de profunda belleza en los poemas del vate chileno.

"La Reina de Rapa Nui" parece ser un relato basado en leyendas y mitos indígenas. Sin tiempo para leerla, reservaremos para otra ocasión el juicio a su respecto.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

CRONICA MUSICAL

Audición Sarah Ansell.

En el salón *Augusteo* dió últimamente un nuevo concierto la pianista señorita Sarah Ansell, de quien ya hemos tenido oportunidad de ocuparnos.

El programa de esta audición contenía obras de Bach, Debussy, Grieg, Mendelssohn, Moskowsky, Tchaikowsky, y dos autores argentinos: Pascual de Rogatis y Alberto Williams.

Nada hubiéramos agregado a nuestras crónicas anteriores a no mediar la circunstancia de que la señorita Ansell se supera visiblemente en cada una de sus audiciones, y esto esperábamos en verdad, pues era verdaderamente sensible que a su gran dominio del piano no uniese un paralelo conocimiento de los autores que interpretaba. Algo ha avanzado ya en este sentido, pero con todo, aún quedan objeciones que hacerle. Acaso encuentre insoportable nuestra exigencia, pero ya nos hubiéramos evitado el expresarla si la señorita Ansell no estuviese en condiciones de darnos, a costa de poca cosa, cumplida satisfacción de sus méritos.

En otra oportunidad le decíamos: "La preocupación de ser expresiva puede serle tan perjudicial como la misma falta de expresión. Además, el intérprete no ha de ser siempre expresivo. En ocasiones ha de tener el talento de no serlo". Y es que por esa preocupación se desciende, por desgracia, a lo declamatorio.

En ese mismo programa de su último concierto figuraba una obra de esas en las que el propósito de la expresión debe reducirse a puntualizar lo exterior y nada más, porque pertenecen, por su tendencia misma, a lo que podríamos llamar "música de invernáculo". Nos referimos al *Arabesco* de Debussy. (1) ¿Qué

(1) No queremos pasar sin transcribir unas frases de Romain Rolland ("Los Vecinos", 172) respecto de estos novísimos frutos de intelectua-

es lo que hay de vital en esta obra? ¿Hay siquiera una emoción, propiamente dicha? Por más que admiremos a Debussy debemos reconocer que, en verdad, hay muy poco contenido humano en sus obras. De ahí que, al interpretarlo, no puede la señorita Ansell llegar a su auditorio, y lo que es peor, todo lo que haga por animar y vitalizar la nota no será otra cosa que declamación pura.

Siempre hemos advertido en esta intérprete escasa emoción estética (que es preciso no confundir con el vigor exterior, con la brillantez de la digitación). No tiene el sentido de la *nuance*. Pero todo esto ¿se deberá acaso a que interpreta páginas que *vitalmente* no le corresponden?

Decíamos en una crónica anterior: "Deben, sí, abordarse todos los autores, a efecto de penetrar por contraposición todos los estilos, pero es evidente que una razón vital nos induce permanentemente, en todas las artes, a buscar el reflejo de nuestra propia personalidad. No es preciso, pues, buscar los autores; es forzoso buscarse a sí mismo. Por lo demás, el arte es ante todo una misión; debe llevarnos al descubrimiento de nuestro propio ritmo, a la tonalidad de nuestra pasión, a la medida misma de nuestros impulsos, porque el intérprete es, en todo sentido, "la semejanza de su creador".

Poco importa que en lugar de una página de Wágner o de Debussy nos hagan oír una vez más una balada de Chopin o una "Chanson sans paroles", con tal de que el intérprete tenga el sentimiento justo de lo que hace, con tal de que toda su capacidad de amor se haga activa en ese momento. Es muy hermoso contemplar a un artista que vence toda dificultad de técnica, pero mucho más hermoso es contemplar a un artista que nos conmueve.

La señorita Ansell tiene a su favor la ventaja de ser una de las mejores ejecutantes entre nosotros. Le falta el olvidarse del público para obedecerse un poco más a sí misma. Ya ve que es cuestión de voluntad. . .

lismo musical: "El público está harto de vuestro arte crepuscular, de vuestras neurasenias armónicas, de vuestro pedantismo en el contrapunto. Va a donde está la vida, por grosera que sea. Vuestro Debussy es malo, por muy gran artista que sea".

Recital Guglielmini.

Las señoritas Ofelia y Beatriz Guglielmini, recientemente llegadas de Europa, en donde completaron sus estudios de arpa y violín, respectivamente, celebraron en el salón *Augusteo* un recital que alcanzó un buen éxito.

Con un programa bien confeccionado y con las cualidades de las intérpretes que nos ocupan, el resultado artístico es siempre positivo.

El público ovacionó cumplidamente, sobre todo a la arpista, que posee un finísimo sentido del instrumento que cultiva. Sabe que



Ofelia Guglielmini

en el arpa, exterior y serena, no pueden obtenerse más que volumen y graduaciones de volumen, porque es insensible al matiz. La emoción, el color, no pertenecen al arpa. Da, en cambio, la sensación de la línea, con más eficacia que cualquier otro instrumento. He ahí por qué interpretó magníficamente el Arabesco 2.º de Debussy, más adaptable al arpa que al piano. En el Preludio de Chopin-Renié obtuvo una gran amplitud de cuerpo en los acordes, destacando la línea melódica con tan deliciosas graduaciones del volumen, que fué esta versión, sin duda, incomparable.

La Fantasía (opus 95) de Saint Saëns, obra exclusivamente lineal, le dió ocasión de renovar el éxito obtenido con las pre-

cedentes obras, desplegando en ella todos los recursos de mecánica que posee. Con posesión de una técnica superior, la señorita Ofelia Guglielmini tiene también un justo concepto del instrumento que cultiva y un elevado conocimiento de los autores que interpreta. Con estas cualidades puede obtener fácilmente, en sucesivas audiciones, el éxito alcanzado en su primer recital.

La señorita Guglielmini tiene el propósito de hacernos conocer, en un próximo concierto, la célebre fantasía de Dubois, para arpa con acompañamiento de orquesta, obra que ha estudiado bajo la dirección privada de su maestra la arpista Renié. Las obras de Hasselnans, que figuraban en el programa, las estudió



Beatriz Guglielmini

asimismo bajo la dirección de su autor, que fué su primer maestro.

Por lo que respecta a la señorita Beatriz Guglielmini (violín), se había presentado ya como ejecutante en un concierto que realizó en la sala Gaveau, en París, obteniendo en aquella oportunidad conceptuosas crónicas de la prensa francesa.

Tiene todas las condiciones del intérprete serio y sensible, una capacidad singular para la emoción espontánea y una naturaleza psíquica verdaderamente sensible.

De sus interpretaciones hechas en este primer recital, se destacó su versión del *Concierto en mí menor*, de Mendelssohn, obra

en la que sintetizó todas sus cualidades fundamentales: técnica, emoción, talento.

Posee todos los recursos de mecánica necesarios a un ejecutante acabado, una gran destreza digital, pero por sobre todo, posee el don de penetración en el pensamiento musical y un conocimiento ponderado de los autores que interpreta.

Una sola objeción debemos hacerle, y es que se domine un poco a sí misma. Sin un poco de serenidad en ciertos momentos, corre el peligro de que todas sus aptitudes queden, sino anuladas, por lo menos obscurecidas por un exceso de impresionabilidad frente al público. Por lo demás, no nos resta otra cosa que felicitar sinceramente a ambos intérpretes.

Música de folklore.

El conocido guitarrista señor Sinópoli, uno de nuestros primeros maestros del singular instrumento, ha reconstruido una serie de "estilos" y "milongas" muy características como antiguas y que próximamente dará a la publicidad. Por su importancia documentaria, este trabajo merece un sincero aplauso.

JUAN PEDRO CALOU.



NOTAS Y COMENTARIOS

Segundo directorio de "Nosotros".

En la asamblea general ordinaria de la Sociedad Cooperativa "NOSOTROS", realizada en segunda citación, el 21 del mes de Noviembre último, fueron elegidos los miembros del directorio que habían de substituir a los señores que, de acuerdo con el artículo 9.º de los estatutos, fueron designados como salientes por sorteo.

Este recayó en los señores Alberto Gerchunoff, Mario Bravo, Emilio Ravignani, Alfredo A. Bianchi, José M. Bustillo (hijo), Eloy Fariña Núñez, Agustín N. Matienzo y Mariano de Vedia y Mitre.

Los cargos vacantes fueron llenados por la asamblea con los señores Guillermo Achával (hijo), Antonio Dellepiane, Alberto Meyer Arana, Julio Noé, Alfredo L. Palacios, Emilio Ravignani, Ricardo Rojas y Manuel Ugarte. Como síndico fué reelecto el doctor Joaquín Rubianes.

La dirección de NOSOTROS tiene que hacer público su aplauso al primer directorio que con firmeza, a la par que con discreción, ha regido durante dos años la existencia de la revista, haciéndole vencer todos los obstáculos y sosteniéndola aun en períodos críticos como el que hemos atravesado en el año que fenece. No menos fe tiene en la labor del segundo directorio, del cual han entrado a formar parte notabilísimas personalidades de nuestro mundo intelectual, cuyo solo nombre descuenta el éxito seguro. Sin inmodestia podemos decir que más de un ateneo, aquí y en cualquier parte, podría sentirse orgulloso de tener a su frente los hombres que han aceptado regir los destinos de NOSOTROS.

El ilustre poeta Rafael Obligado, al cual la asamblea diera por unanimidad un voto de aplauso por la elevada, activa y señorial forma con que ha presidido el primer directorio, rehusó terminantemente, con ejemplar modestia, todos los ofrecimientos que se le hicieron de una segunda presidencia, sólo aceptando el

cargo de vocal que le corresponde. En su lugar fué elegido presidente por unanimidad el doctor Antonio Dellepiane, jurista y sociólogo de sólida reputación, publicista culto y elegante, catedrático en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras, y académico de esta última. El nuevo directorio ha quedado constituido en la forma siguiente:

Presidente: Dr. Antonio Dellepiane; *Vicepresidente 1.º*: Doctor Manuel Gálvez; *Vicepresidente 2.º*: Dr. Alberto Meyer Arana; *Secretario*: Dr. Julio Noé; *Prosecretario*: Sr. Coriolano Alberini; *Tesorero*: Sr. Enrique Banchs; *Vocales*: Dr. Guillermo Achával (hijo), Sr. Hugo de Achával, Sr. Alvaro Melián Lafinur, Sr. Carlos Obligado, Dr. Rafael Obligado, Dr. Alfredo L. Palacios, Dr. Emilio Ravignani, Sr. Ricardo Rojas, Sr. Manuel Ugarte; *Síndico*: Dr. Joaquín Rubianes.

Estrada, académico.

La Academia de la Facultad de Filosofía y Letras ha incorporado a su seno al eminente escritor Angel de Estrada. En su recepción, que tuvo lugar a mediados de Diciembre, habló sobre Pedro Goyena. Juzgó la personalidad y la obra del recipiendario el doctor Carlos Octavio Bunge, profesor de la casa.

Angel de Estrada llega a la Academia, no por antecedentes universitarios, — no ha sido jamás profesor en la Facultad, — sino por su obra de escritor. Es un homenaje que honra a la Academia tanto como a Estrada.

El autor de "Redención" es un maestro. Su estilo personalísimo, la unidad inalterable de su obra, su sensibilidad, su buen gusto, su idealismo, su fe en el arte, su amor a la belleza, su constancia en el trabajo, le colocan en una situación excepcional dentro de nuestra literatura. Tiene publicados diez nutridos volúmenes, algunos de los cuales admiran por su erudición en cosas de arte y literatura.

La obra de Estrada es europea por su aspecto, su técnica y sus asuntos y está emparentado con los Goncourt, con Gautier, con D'Annunzio y con Huysmanns. Católico como hombre, lo es también como escritor, no sólo por sus opiniones, sino también por la suntuosidad en cierto modo litúrgica de su literatura.

Así "Redención", hace pensar, — sería largo decir por qué, — en las catedrales góticas.

Ninguno más justamente que él merece el título de maestro.

Antonio Monteavaro.

Uno más de esos soñadores que son fácil presa de la vortiginosa existencia de las grandes capitales modernas, y que, una vez caídos en las espiras del remolino, se hunden sin remedio. Cuando, adolescente todavía, llegó de Entre Ríos, su provincia natal, apenas se hizo conocer en los periódicos todos reconocieron en él una de las cabezas más privilegiadas de la alborotada juventud que juraba por el Maestro Darío, y le vaticinaron que iría muy lejos. Le sobraba talento a Monteavaro para responder al vaticinio; le faltó voluntad. El periodismo, vicio muy difícil de abandonar, lo perdió. Bien pronto había de arrastrarlo a las filas de la vida bohemia, y los tristes paraísos artificiales que ella brinda, y la miseria, habían de hacer desde entonces su obra. Faltóle voluntad para salvarse. Lo intentó varias veces; los que lo amaban tuvieron más de una esperanza; vanas esperanzas: su suerte estaba echada.

Y tenía mucho talento. Lo saben todos los que lo conocieron en sus tiempos más felices y vieron brotar de su pluma sus cuentos más originales, sus críticas más penetrantes, sus sueltos más ágiles y briosos. Era poco común su temperamento crítico. Muy culto en literatura moderna, a pesar de lo desordenado de su existencia, juzgaba los libros y los hombres con una rara agudeza, distinguiéndose del común de los críticos por la facultad de ir a fondo en el análisis psicológico y de poner en evidencia con suma maestría todos los elementos de un carácter o todas las intenciones de una obra.

Ha muerto en un hospital, solo, abandonado, después de una larga agonía, no más dolorosa, sin duda, para él y para todos, que sus últimos años de vida. Por eso, si cabe maldecir su mala estrella que tan triste destino le deparó, no es posible lamentar su muerte. Era la única solución. Haya al menos en su tumba la paz que no hubo en su vida.

En honor de Carrasquilla Mallarino.

Un núcleo de amigos y colegas del poeta colombiano E. Carrasquilla Mallarino, que estuvo algunos días entre nosotros conquistando con su hermoso talento y su gran don de simpatía el afecto y la alta estima intelectual de cuantos le frecuentaron, despidióle la noche antes de su retorno a Europa, con una comi-da en lo de Santini.

Fué un ágape amable en que reinó la más sincera cordialidad y el más espontáneo buen humor, como cumple a gentes espirituales, dadas a la frase ingeniosa y a la paradoja sutil. Carrasquilla Mallarino pudo tener en ese momento la grata impresión de que todos los presentes se hallaban allí llevados por francos sentimientos de solidaridad hacia él y en manera alguna por un compromiso, diremos, gremial.

En el instante oportuno Manuel Ugarte sintetizó en una improvisación elocuente y expresiva el espíritu de aquella fiesta, haciendo un cumplido elogio de la personalidad literaria que la motivaba. Carrasquilla agradeció en un breve discurso lleno de emoción el homenaje de sus amigos. Alvaro Melián Lafinur, que habló en nombre de NOSOTROS, lo hizo en una elegante improvisación que le conquistó una ovación merecida. Luego Alberto Ghirardo recitó un bello soneto dedicado a Carrasquilla, que junto con otro de Luis Bayón Herrera, constituyeron la nota poética de la fiesta.

Después hablaron o recitaron versos de su cosecha el propio Carrasquilla Mallarino, y Julio Cruz Ghio, Carlos Schaeffer Gallo, Angel Falco, Melián Lafinur y Manuel Gálvez, dando cada uno una nota de belleza y de sentimiento y siendo celebrados con entusiasmo.

El joven poeta José Gabriel, ante la insistencia general dijo un armonioso poema titulado "Romance de las rosas", poniendo en la recitación de sus versos una emoción comunicativa que contribuyó al éxito de su poesía.

Carrasquilla Mallarino ha partido para el teatro de la guerra, desde donde enviará correspondencias a *La Razón* y *Caras y Caretas*. Por otra parte continuará su valiosa colaboración periódica en esta revista, manteniéndose así felizmente los vínculos espirituales que le unen a nuestro ambiente intelectual.

Asistieron las siguientes personas: Manuel Ugarte, José Ingenieros, Alberto Ghirardo, Angel Falco, Manuel Gálvez, Alvaro Melián Lafinur, Carlos Muzzio Sáenz Peña, Luis Bayón Herrera, Carlos Schaeffer Gallo, Alfredo A. Bianchi, José Gabriel, Horacio Villa, Armando Chimenti, Enrique Diosdado, Julio Cruz Ghio, Belisario Hernández, Alejandro Gancedo (hijo), Próspero López Buchardo, Julio Ortiz, J. Cantarell Dart, Pascual Carcavallo, Benigno Herrero Almada, etc.

NOSOTROS.

NOSOTROS

Año VIII — Tomo XVI

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
A	
Achával Hugo de	El platonismo en la vida y en la poesía de Lorenzo el Magnífico 5
B	
Baqué Santiago	La «Representación de los ha- cendados», por Diego Luis Mo- linari 284
Barreda Ernesto Mario	La poesía es obra de bien (versos) 114
Botelho Abel	Poetas y prosadores portugueses 205
Bravo Mario	Canción de la tragedia (versos). 23
C	
Calou Juan Pedro	Crónica musical 297
Carbia Rómulo D.	El Sr. Groussac historiógrafo . . . 240
Carrasquilla Mallarino	Canto de guerra (versos) 58
Contreras Francisco	Poemas 223
Corvalán Mendilaharzu Dardo	Rosas 156
D	
De la Fuente Eulogio R.	La doncella piojosa (cuento) 179
“ “ “ “ “ “ “ “	Las almas (novela) 256

Delheye Pedro M.	Poesías	236
Dirección La.	Nuestro folletín	178

F

François P. E.	De lo que dixo el joglar a la su duenna (versos)	154
---------------------	---	-----

G

Gabriel José.	El Salón de Recusados	92
González Iramain J.	Urquiza y la Constitución del 53	142
Gutiérrez Federico A.	Las calles solas (versos)	140

LL

Llorca Francisco de.	Los místicos españoles: El último libro de Unamuno	278
---------------------------	---	-----

M

Mas y Pi Juan.	Charles Péguy	65
» » » »	Con los nuestros	225
Melián Lafinur Alvaro.	Letras argentinas	185
» » » »	» americanas	292
Monner Sans R.	Desde mi rincón: El asno	250
Muzzilli José.	Tedium vitæ (versos)	254

N

"Nosotros"	Notas y Comentarios... 95, 203,	302
------------------	---------------------------------	-----

O

Obligado Carlos.	En la playa (versos)	126
-----------------------	----------------------------	-----

P

Payró Roberto J.	Tren urbano	105
Perkins Jorge Walter.	Monroe — Canning	116
Pico Pedro E.	La Solterona (comedia en 3 ac- tos)	27, 127

R

Rinaldini Rinaldo..... El cuarto Salón..... 73, 194

V

Velazco Leopoldo.... :..... Entre los fariseos (cuento)..... 150





AP Nosotros
63
N6
t.15-16

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

